



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

**Antonio Gramsci y el “Risorgimento”  
italiano. Hacia una historia de los grupos y  
las clases subalternas en los *Cuadernos de  
la Cárcel***

**Juan Carlos García Lozano**

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia

Bogotá, Colombia

2022

**Antonio Gramsci y el “Risorgimento”  
italiano. Hacia una historia de los grupos y  
las clases subalternas en los *Cuadernos de  
la Cárcel***

**Juan Carlos García Lozano**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de

**Doctor en Historia**

Director:

Doctor Miguel Ángel Herrera Zgaib

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Historia

Bogotá, Colombia

2022

A la memoria de mis adoradas tías:

MARÍA OLIVA LOZANO GALINDO (1940-2021) y

ELPIDIA LOZANO GALINDO (1946-2011)

*“...si hemos sido derrotados, no podemos  
hacer nada más que volver a empezar  
desde el comienzo”.*

FEDERICO ENGELS

## **Declaración de obra original**

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la Universidad.

*Juan Carlos García Lozano*

23/08/2022

# Resumen

## **Antonio Gramsci y el “risorgimento” italiano. Hacia una historia de los grupos y las clases subalternas en los *Cuadernos de la cárcel***

La tesis doctoral presenta una propuesta de lectura histórica a propósito de los grupos y las clases subalternas en el proceso singular del risorgimento italiano en el siglo XIX. Tomamos en consideración la edición crítica y temática de los *Cuadernos de la cárcel* escritos por Antonio Gramsci entre 1929 y 1935. Para desarrollar la tesis hemos seguido la inquietud por el sentido común en los grupos y las clases subalternas. Con ello proponemos una historia integral que considera la autonomía individual y colectiva de estos grupos y estas clases en la historia italiana y, particularmente, en la fundación del Estado italiano.

Esta es una investigación cualitativa, cuyo componente fundamental es la teoría sobre la historia de grupos y clases subalternas en la obra carcelaria de Antonio Gramsci. El objeto de estudio son los sujetos políticos en la historia social italiana, su praxis política en el Estado nación y los intelectuales en la dirección intelectual y moral, cuya coyuntura de prueba es la unidad territorial y política del risorgimento en el siglo XIX.

El resultado al que hemos llegado nos conduce a asumir una historia integral sobre la autonomía en los grupos y clases subalternas en Italia, cuya transformación cultural se localiza cuando el sentido común subalterno adquiere las condiciones de buen sentido. Escribir la historia de los grupos y las clases subalternas significa, entonces, asumir la crítica del sentido común dominante y la transformación de estos grupos y estas clases sociales en un Estado nación.

**Palabras clave: Gramsci, Italia, risorgimento, subalterno, historia, sentido común, Cuadernos de la cárcel**

# Abstract

## **Antonio Gramsci and the Italian “Risorgimento”. Towards a History of Groups and Subordinate Classes in the Prison Notebooks**

The doctoral thesis presents a proposal for a historical reading of groups and subordinate classes in the singular process of the Italian risorgimento in the 19th century. We take into consideration the critical and thematic edition of the Prison Notebooks written by Antonio Gramsci between 1929 and 1935. To develop the thesis we have followed the concern for common sense in subaltern groups and classes. With this we propose an integral history that considers the individual and collective autonomy of these groups and these classes in Italian history and, particularly, in the foundation of the Italian State.

This is a qualitative research, whose fundamental component is the theory on the history of groups and subaltern classes in Antonio Gramsci's prison work. The object of study is the political subjects in Italian social history, their political praxis in the nation-state and the intellectuals in the intellectual and moral direction, whose test conjuncture is the territorial and political unity of the risorgimento in the 19th century.

The result we have arrived at leads us to assume a comprehensive history of autonomy in subaltern groups and classes in Italy, whose cultural transformation is localized when subaltern common sense acquires the conditions of good sense. Writing the history of subaltern groups and classes means, then, assuming the criticism of the dominant common sense and the transformation of these groups and these social classes into a nation state.

**Keywords: Gramsci, Italy, Risorgimento, subaltern, history, common sense, Prison Notebooks**

# Contenido

Agradecimientos. 10

Presentación: Antonio Gramsci en la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. 12

Primera parte: Fundamentos críticos para pensar la “historia integral” desde la filosofía de la praxis y el historicismo absoluto. 19

1. Capítulo 1: El problema histórico de investigación. 19

2. Capítulo 2: Gramsci en la historiografía contemporánea. 32

3. Capítulo 3: El método filológico-materialista de Gramsci para escribir la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. 54

4. Capítulo 4: *Novecento*, el siglo de la revolución comunista. 68

5. Capítulo 5: Fundar y dirigir el Partido Comunista Italiano. 85

6. Capítulo 6: Sobre la fase económico-corporativa del Estado en Italia. Elementos para pensar la hegemonía. 105

7. Capítulo 7: El discurso del método: De Marx a Gramsci. 112

Segunda parte: “Historia integral” de las superestructuras complejas y de la estructura en el Estado moderno. 126

8. Capítulo 8: La forma intelectual: los intelectuales en la historia de la lucha de clases. 126

9. Capítulo 9: La reconstrucción filológica del pensamiento histórico en Gramsci. 135

10. Capítulo 10: La escritura heterodoxa de los *Cuadernos de la cárcel*. 144

11. Capítulo 11: Hacia la reconstrucción de la “historia integral” en Italia. 148

12. Capítulo 12: La Revolución Francesa y los jacobinos. ¿Cómo se hace clase dirigente? 162

13. Capítulo 13: David Ricardo y las leyes de tendencia en la “historia integral”. 165

14. Capítulo 14: Materialismo histórico y praxis política en Gramsci. 174
15. Capítulo 15: Traducibilidad, Croce y el sentido común dominante. 179
16. Capítulo 16: Croce y el proyecto de una historia ético-política en Italia. 189
17. Capítulo 17: El lenguaje histórico-político de la “Revolución pasiva”. 201
- Tercera parte: Hacia la “historia integral” del *Risorgimento*. 208
18. Capítulo 18: *Quaderni*: una lectura filológica materialista de la “historia integral”. 208
19. Capítulo 19: La larga duración en la “historia integral”: de Imperio Romano a la Reforma. 224
20. Capítulo 20: La Contrarreforma. 242
21. Capítulo 21: El *Risorgimento* como proceso histórico abierto. 249
22. Capítulo 22: El debate intelectual sobre el *Risorgimento*. 266
23. Capítulo 23: Italia como Estado-nación en el siglo XIX. 287
24. Capítulo 24: Las fuerzas motrices del *Risorgimento*. 300
25. Capítulo 25: El *Risorgimento*: lectura abierta de un fracaso histórico. 313
26. Capítulo 26: Hacia la reconstrucción de la revolución pasiva en Italia. 323
27. Conclusión: El revolucionario Antonio Gramsci como historiador integral de los grupos y las clases subalternas. 340
- Bibliografía General. 345

## Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar al Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. A su equipo de docentes investigadores con los cuales compartí el proceso de mi formación en el Doctorado en Historia. Igualmente, a todas las personas que hacen posible el normal desarrollo de Posgrados en Historia y que nos acompañan con su valioso trabajo diario.

Deseo después agradecer mi más profundo reconocimiento y respeto a mi director de doctorado, Dr. Miguel Ángel Herrera Zgaib, por haberme permitido conocer y al tiempo leer de una manera abierta, crítica e interdisciplinaria desde hace veinte años a Antonio Gramsci. Gracias por tantas lecciones y sugerencias en los más diversos temas sobre historia y política en Gramsci, y otros autores a propósito de él. Esta tesis es la confirmación de cuánto valoro sus enseñanzas, y al tiempo su grata y sincera compañía. De él es la expresión “forma intelectual” con la cual abordo el desarrollo histórico-político de la formación social en la presente tesis doctoral.

En tercer lugar, sea esta la ocasión para darle las gracias en mi condición de profesor universitario a los miles de estudiantes de diversas carreras que en mis años de trabajo intelectual en la cátedra universitaria he tenido el honor de conocer y valorar. En un cierto sentido, esta tesis doctoral les debe mucho a ellas y a ellos, especialmente, a los estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia en las Facultades de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales y en la de Ciencias Humanas.

Gracias también a las distintas amigas, amigos, compañeras y compañeros que han estado en diversos momentos durante mi tránsito como estudiante en la Universidad Nacional de Colombia, desde aquel lejano 1998 cuando ingresé a Ciencia Política, hasta el presente con los estudios superiores en el Doctorado en Historia. Por esta vía, debo agradecer especialmente a todos los integrantes del grupo de investigación “Presidencialismo y Participación” de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.

Debo, igualmente, dar mi agradecimiento al maestro y amigo Rubén Jaramillo Vélez, profesor jubilado del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, porque mientras yo estaba editando sus bellos libros *Primacía de la praxis. Ensayos críticos en torno a Marx y el marxismo* (2021) y *Kant y la sociedad moderna* (2021) advertí la importancia de sus contribuciones

para pensar materialmente la historia y la política, situadas estas en el proceso complejo y desigual de la modernidad. He coqueteado entonces con su estilo de escritura, aquí y allá como se verá, especialmente en torno a la carga material de las categorías.

Por último, expreso gratitud inmensa a la Universidad Nacional de Colombia que me otorgó al comienzo del Doctorado una beca de auxiliar docente para continuar mis estudios. También expreso mi agradecimiento a su condición histórica de Universidad que forma subalternas y subalternos para la dirección intelectual, pues me ha permitido a mí, como a cientos de miles de universitarios de la provincia colombiana desde hace más de siglo y medio, hijas e hijos también de campesinos y de trabajadores, construirme y potenciarme como persona, como ciudadano y como profesional. Somos, y siempre seremos, U.N.

## Presentación:

# Antonio Gramsci en la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas

*“...no me voy a consumir en prisión (...) Date cuenta que desde hace unos diez años me encuentro en un ambiente de lucha y que ya estoy bastante templado, y que, además, me pudieron haber matado una decena de veces y sin embargo todavía sigo vivo, lo cual es una ganancia incalculable”.*  
GRAMSCI, carta a la madre, junio 6 de 1927.

Esta tesis doctoral plantea la “reconstrucción” de la “historia integral” de la nación italiana desde la concepción historicista del pensador comunista Antonio Gramsci, cuyo elemento de conexión intelectual, cultural, política y social es el periodo histórico denominado *Risorgimento*. Un proceso nacional complejo y difícil de atrapar por falta de las fuentes primarias que no tenía Gramsci en la cárcel donde purgaba prisión. Aún así, nuestra lectura heterodoxa de Gramsci se hace desde América Latina (Freeland, 2017), pero tomando en consideración a los grupos y las clases subalternas como elemento y prueba de comprensión y análisis histórico.

Asumimos, entonces, el reto intelectual de Gramsci en la reconstrucción de la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas desde la traducibilidad de los distintos saberes científicos y lenguajes sociales, vehiculados ellos a partir del estudio del sentido común de los subalternos. Este es entonces un trabajo conceptual y filológico en los que el saber de la historia y el saber de la política, como saberes prácticos, se complementan de forma heterodoxa en un ejercicio de exploración sobre el nacimiento y formación del Estado-nación italiano durante el periodo del *Risorgimento*. Y con ello entramos también en el debate sobre la relevancia conceptual de la hegemonía civil como proceso histórico, tanto en la teoría como en la práctica del mundo en su larga duración (Anderson, 2017).

En ese mismo sentido, compartimos la idea del historiador Pala y la hacemos nuestra en nuestro trabajo: “la historia que Gramsci elaboró en la cárcel y de la que pretendía sacar enseñanzas y reflexiones para su presente, era la historia de la lucha por la hegemonía en Italia” (Pala, 2021, 37). Es decir, asumiendo la novedad de la historia integral reconocemos el problema de la hegemonía leído desde los grupos y las clases subalternas en formación. Para nuestra investigación es relevante no perder de vista que hegemonía civil implica entonces producción de subjetividad, de ahí la relevancia de irnos, cuando menos, hasta las grandes lecciones históricas y políticas que arrojó la vida de Maquiavelo, y otros autores antes que él, como Dante, para el caso italiano.

Esta contribución doctoral, en suma, es una propuesta de lectura filológica materialista que está animada por descubrir cómo los sujetos sociales y políticos construyen con autonomía individual y colectiva la “historia integral” del mundo. Y para lograrlo asumimos la consideración de explorar material e históricamente los grupos y las clases subalternas en los *Cuadernos de la cárcel* y en la historia humana (Liguori, 2013, 2015; Dube, 2001).

## **Indicaciones metodológicas**

Para desarrollar la presente investigación hemos tomado en consideración los *Cuadernos de la cárcel* de Ediciones Era en 6 tomos (1981-1999), así como la edición temática de Juan Pablos Editor en 5 tomos (1975-2000), al igual que las *Cartas de la cárcel: 1926-1937* editadas por Ediciones Era (2003). Igualmente, hemos considerado los tres tomos de *Escritos de juventud* de Editorial Gorla (2016) y otros textos pre-carcelarios sobre los consejos de fábrica, el fascismo y la Revolución Rusa.

Hemos considerado, igualmente, que las referencias de Giuseppe Cospito, *The Rhythm of Thought in Gramsci. A Diachronic Interpretation of Prison Notebooks* (2016), de Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci* (2000), de Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci* (2019) son relevantes en la propuesta de lectura histórica con respecto a los *Cuadernos de la cárcel*. Cospito nos muestra una relación diacrónica entre pensamientos y hechos en la producción como filósofo de la praxis en Gramsci; Kanoussi, a su vez, le da en su escrito relevancia a los cuadernos especiales para proponer la novedad gramsciana con respecto a la política, el poder y la historia. Mientras tanto Portantiero lee y asume una reflexión de Gramsci como estrategia político y, en ese sentido, como militante y pensador de la estrategia de los grupos y las clases subalternas situados en la historia. Tomaremos entonces una propuesta de comprender a Gramsci como un estratega político situado en la larga historia de los grupos y las clases subalternas en Italia.

La tesis doctoral está integrada por 26 capítulos, el mismo número que contiene *El príncipe de Maquiavelo*, texto que, como sabemos, aborda el tema de la fallida unidad territorial y política del

Estado italiano, mismo elemento que está cuatro siglos después en los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci. Del mismo modo tal como enseñó Maquiavelo como historiador (leyendo a Tito Livio y a los clásicos latinos), enseñanza que retomó con nuevos ingredientes tres siglos después Marx de los historiadores burgueses (Boullainvillers, Thierry y otros), la historia humana, desde el paradigma hermenéutico de la lucha de clases sociales, está leída y circunscrita como una relación abierta de fuerzas sociales-económicas, políticas y militares. Siguiendo esta línea de entendimiento, nuestra investigación aborda la historia como una relación de fuerzas.

En Gramsci, filólogo y diestro lector de Maquiavelo y Marx, el método filológico materialista de la historia integral de los grupos y las clases subalternas está, en efecto, construido conceptualmente como un análisis material de situaciones concretas en una relación abierta de fuerzas, todas ellas inscritas en la “historia integral”. Es la propuesta de Gramsci en la cárcel, extrayendo las lecciones históricas y políticas fundamentalmente de Maquiavelo (Fontana i Lázaro, 2018; Fontana, 1993).

Este enfoque de lectura debe ser asumido desde el comienzo de nuestra reflexión. Debemos asumir que la filología es un saber sobre el proceso histórico intelectual enmarcado en el origen y nacimiento del Estado-nación italiano, el cual abordaremos desde el *Risorgimento*. Este proceso histórico intelectual es también a la vez político y económico, complejo por demás en la larga duración, según las enseñanzas de Braudel (1968). Aunque también existen procesos coyunturales y orgánicos específicos en el registro que adelantaremos siguiendo al propio Gramsci en sus *Quaderni*, y a los historiadores que él va citando y cuestionando, especialmente Croce.

La tesis debido a este componente intelectual, histórico y político está dividida en tres partes integrales: en la primera entramos en detalles filológicos y conceptuales sobre lo que es la filosofía de la praxis (*qua* marxismo), puesto que es el paradigma científico sobre el cual se levanta Gramsci para leer la “historia integral” de los subalternos. En la segunda parte de nuestro trabajo asumimos con Gramsci el reto de pensar una “historia integral” de las superestructuras complejas y de la estructura en Italia, es decir, resaltando la sociedad política y la sociedad civil, situando el mundo material de la producción, así como la forma intelectual y a los intelectuales en su recorrido social, político y militar. Por último, la investigación tiene una tercera parte donde realizamos, apoyándonos en los *Cuadernos de la cárcel*, una propuesta de escritura ordenada de la “historia integral” del *Risorgimento*, como un proceso abierto a la interpretación histórica y a la comprensión del proceso político desde la visión y sentir de los grupos y las clases subalternas en ascenso. No obstante, los que más se interpelan son los intelectuales dirigentes de estos grupos y clases, y el debate historiográfico en curso que propone Gramsci.

En todas estas tres partes de la tesis, siguiendo el consejo que Gramsci da a los historiadores, hemos advertido la importancia filológica de la verificación de los hechos particulares y el poder material de la “autonomía integral” en la maduración cultural de los grupos y las clases subalternas. Iniciativa que se articula cuando estos sujetos políticos asumen de forma inmanente la hegemonía como realidad histórica y política que puede construir nuevas formas sociales, traduciendo al mundo cotidiano sus ricos lenguajes y saberes sociales (Dal Maso, 2018). Siguiendo esta indicación, nuestra lectura histórica asume la crítica del sentido común en los subalternos y su traducibilidad a los espacios de la “autonomía integral”.

## **La estructura interna de la tesis doctoral**

Volviendo al punto de la metodología de fuente, debemos precisar lo siguiente. Los 26 capítulos que integra la tesis se ordenaron según las temáticas argumentales que en cada una de las tres unidades generales se exploran; la división de los capítulos no se hace por fechas o procesos históricos definidos, sino por temas que interesan a Gramsci como lector y escritor.

Los *Cuadernos de la cárcel* en su edición crítica están integrados por 33 cuadernos. La lectura que se hizo permitió dividir la investigación en tres partes integrales, las cuales detallaremos a continuación. Con 7 capítulos la primera parte de la tesis está organizado a partir de los fundamentos de la filosofía de la praxis, los cuales se construyen siguiendo la vida de Antonio Gramsci desde su juventud hasta su arresto en el año de 1926. Una segunda parte de la investigación suma 10 capítulos, siguiendo para ello las teorizaciones de Gramsci sobre los temas principales en sus escritos, con lo cual pensar las superestructuras complejas y la estructura en el Estado moderno (sociedad política más sociedad civil); las superestructuras complejas y la estructura que las acompaña hacen parte del arsenal que está en los *Cuadernos de la cárcel* y por eso son elementos centrales de la época madura de Gramsci cuando se vuelve dirigente obrero y teórico de los subalternos en sus luchas. En la tercera parte se desarrolla en concreto el *Risorgimento*, con una propuesta de lectura centrada en la dimensión de la “historia integral” desplegado en 10 capítulos. Para desarrollarlo se tomaron en cuenta las referencias históricas y políticas que sobre esta coyuntura están esparcidas en los *Cuadernos de la cárcel*, bajo distintas formas y estilos como ensayos, misceláneas, reseñas breves y apuntes varios en los que hay alguna alusión explícita e implícita al *Risorgimento* como proceso histórico y político.

El problema de investigación, en consecuencia, tiene que ver con cuál es la forma en que se realiza una “historia integral” de los grupos y las clases subalternas italianas en un autor crítico como Gramsci. Por lo anterior, la pregunta de investigación es: ¿cuál es la función que cumple el llamado

sentido común en la concepción de Antonio Gramsci para transformar el enfoque tradicional de la historia en los grupos y las clases subalternas durante el periodo histórico del *Risorgimento* italiano?

Gramsci se arma de una arquitectura teórica que piensa la “historia integral” de las superestructuras complejas y de la estructura desde el historicismo absoluto, entendiendo por tal un pensamiento materialista para la acción y la transformación del mundo, proceso histórico que también ha sido llamado por él, y antes por Antonio Labriola, con la denominación de filosofía de la praxis. En esta teorización es importante descubrir la novedad de la “forma intelectual”, porque es a partir de este descubrimiento que los intelectuales orgánicos y tradicionales se asumen como agentes activos de la historia social en la unidad territorial y política de Italia durante su larga historia, tal como Gramsci lo demuestra.

El problema de investigación entonces se desarrollará partiendo del reconocimiento de los sujetos históricos, grupos y clases subalternas, como constructores de la historia social y al tiempo de praxis. Por lo mismo, seguiremos a Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* y la forma crítica en que lee la historia de los grupos y las clases subalternas con el paradigma de la lucha de clases y de grupos sociales. Una lucha social que es de largo aliento y de larga duración en la historia social italiana, remontándose hasta el Imperio romano.

De esta manera, hemos realizado una lectura del material que consideramos válida para su cabal comprensión. Empezamos por los grandes conceptos de Gramsci sobre una posible construcción de la “historia integral” de las superestructuras complejas y de la estructura para pasar luego a focalizar la atención en el proceso histórico-político del *Risorgimento*, reconstruyendo la escritura de Gramsci y dándole un orden de lectura que englobe el proceso italiano. Lo que vamos encontrando en la lectura es que el proceso de unidad nacional y política de Italia, su tardía unidad como Estado nacional en el siglo XIX, implicó la marginación de los grupos y las clases subalternas de la dirección intelectual, moral y política del naciente Estado. Tal es pues la tendencia histórica que recorre las páginas de nuestra investigación.

Consideramos que es a partir de la reconstrucción genealógica y filológica de la historia social de los grupos y las clases subalternas como pueden leerse y comprenderse de la mejor manera los *Cuadernos de la cárcel*. Como un gran libro sobre una nueva “historia integral” de Italia.

## **El estilo gramsciano de la escritura**

Los problemas que hemos encontrado en nuestro trabajo tienen que ver con la escritura misma de los textos de Gramsci y la metodología que utilizó en la cárcel. Una buena parte de ellos son textos

menores de una o dos páginas, misceláneas, sin mayor desarrollo histórico y político, como apuntes que perfilan una serie de temas. A veces estos textos no tienen la referencia básica con respecto a las fuentes precisas de dónde se extrajeron los datos. Existen otros textos más extensos, tipo ensayos, donde se pueden encontrar conceptos más elaborados, una reflexión más profunda y elementos centrales de la reconstrucción de la historia integral de los grupos y las clases subalternas.

Gramsci, como sabemos, no tenía, salvo excepciones notables, acceso a las fuentes primarias, menos a archivos oficiales o fondos especiales de información. De manera que la mayoría de sus referencias históricas son fuentes secundarias, las que extrae en algún periódico o revista especializada. Y por supuesto tenemos alusiones a libros de diverso tipo, muy diversos, no solo históricos, también de otras áreas del saber social y a veces en varios idiomas, no solo el italiano. De manera que reconstruir sin archivos una historia social desde los subalternos, de casi dos mil años, sin las fuentes primarias y archivos a la mano, puede resultar contraproducente para la reconstrucción histórica y política de los periodos estudiados. Para un lector juicioso de Gramsci puede ser difícil leer sin mayores fuentes primarias. Y para nosotros, en términos de la investigación histórica, también lo ha sido.

El aporte de esta investigación a la ciencia de la historia está en advertir que para estudiar la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas debemos prestarle atención al mundo popular, a su cultura, a su concepción de mundo, la cual se organiza, dice Gramsci, desde el sentido común. Con seriedad debemos considerar el sentido común como un elemento central de la vida práctica de los subalternos, como un fundamento de su historia social.

Por supuesto, también pensamos que un aporte de la presente investigación es poner en el escenario doctoral a Gramsci como referente de lectura, análisis y debate, no solo en el escenario de la historia, sino de las ciencias humanas en general. Pensamos, igualmente, que debe ser considerado el aporte de Gramsci con seriedad en los estudios históricos respecto a su lectura de los procesos italianos, su historia, la cultura y el enfoque crítico al leer los grupos y las clases subalternas, tanto en la historia nacional como europea.

Debemos ahora resaltar el aporte del método filológico materialista para escribir la historia desde los grupos y las clases subalternas. Para Gramsci la filología es un método crítico para poder leer y estudiar el sentido común inscrito en las prácticas históricas colectivas de los subalternos, así como en sus lenguajes y sus distintos saberes. Gramsci es un investigador interesado en la cultura popular, en las representaciones sociales, imaginarios y toda la producción cultural nacida al interior de los grupos y las clases subalternas, entre ellas el sentido común y el buen sentido.

Con la filología, tal como enseña Gramsci, todos los documentos del pasado se ponen en juego para la cabal comprensión de la historia humana. Por documentos debemos entender toda la producción intelectual de los subalternos, de distintas maneras no solo las escritas. Sabemos que para el autor italiano todos los hombres y las mujeres son intelectuales, de manera que les asiste una concepción del mundo, articulada de diversas maneras en sus lenguas, dialectos, folklores, prácticas religiosas, relatos, creencias, hechicerías, costumbres, etc.

De esta forma, Gramsci quiere significar que existe una suerte de lenguaje compartido por los grupos y las clases subalternas, el cual debe ser estudiado para descubrir su “historia integral”. Les asiste a los subalternos unas formas colectivas de entendimiento a partir de sus diversas concepciones de mundo. En otras palabras, existe un vínculo entre lenguajes subalternos y grupos y clases subalternas, porque aquellos les provee su identidad cultural a estos, un sentido común y su crítica en un buen sentido y, al tiempo, su constitución como sujetos históricos, es decir, situados en periodos concretos de la historia humana, los cuales pueden ser fácilmente estudiados con los métodos ajustados para ello.

Esperamos que este ejercicio de investigación contribuya a perfilar aún más el debate con respecto a la historia social, la cual tome en consideración la autonomía de los grupos y las clases subalternas en la construcción de lo común. Consideramos también que esta temática de exploración puede ahondar la discusión sobre la importancia del sentido común en la historia y, con ella, de la “forma intelectual”, que construye no sin grandes esfuerzos a despertar nuestro mundo individual y colectivo. Consideramos con Marx, al igual con Gramsci, que estudiar e investigar “historia integral” en términos éticos, filosóficos y antropológicos es situarse en el espacio abierto y plural de la relación de fuerzas que operan el mundo. Nosotros lo hemos hecho a nuestro modo y, por eso, con las enseñanzas aprendidas de Marx y Gramsci, a propósito de la filosofía de la praxis, esta tesis doctoral se ubica en el espacio estratégico de los subalternos, hombres y mujeres construyendo con autonomía la historia material y espiritual del mundo conocido y por conocer.

*Barcelona, España, verano de 2022*

## Primera parte:

# Fundamentos críticos para pensar la historia desde la filosofía de la praxis y el historicismo absoluto

## 1. Capítulo 1

### El problema histórico de investigación

*“La indiferencia es el peso muerto de la historia”.*

GRAMSCI, Febrero 11 de 1917.

En la presente tesis doctoral intitulada *Antonio Gramsci y el Risorgimento italiano. Hacia una historia de los grupos y las clases subalternas en los Cuadernos de la cárcel* se hace una investigación teórica sobre un proceso histórico-político denominado *Risorgimento*, situado en el siglo XIX italiano. Hemos tomado en consideración la construcción y autonomía de un sujeto político en una “historia integral” de los grupos y las clases subalternas en la producción intelectual de Antonio Gramsci, especialmente en su obra póstuma, los *Cuadernos de la cárcel*.

Las referencias historiográficas y antropológicas fundamentales que consideramos en nuestra reflexión son las siguientes: *La fuerza y el consenso. Ensayo sobre Gramsci como historiador* (2021) de Giaime Pala; *Saisir l’histoire. Conception de l’histoire et périodisation Chez Antonio Gramsci* (2018) de Yohann Douet; *Gramsci, storico. Una lettura dei “Quaderni dei Carcere”* (2003) de Alberto Burgio; *Gramsci, il sistema in movimento* (2014) de Alberto Burgio; *Gramsci, Culture and Anthropology* (2002) de Kate Crehan y, por último, *Gramsci’s Common Sense. Inequality and its Narratives* (2016) de Kate Crehan. A continuación, desarrollemos cada una de ellas.

## 1.1 Pala y la hegemonía en la historia

Sobre el periodo histórico-político del *Risorgimento* tenemos la contribución del historiador Giaime Pala, *La fuerza y el consenso. Ensayo sobre Gramsci como historiador* (2021). El autor sostiene la articulación entre el consenso y la fuerza como elementos centrales para explicar desde el concepto de hegemonía el periodo histórico-político del *Risorgimento* en la pluma de Gramsci, leído como historiador. Esta investigación nos muestra la elaboración gramsciana de todo el siglo XIX italiano hasta el comienzo del siglo XX con el fascismo. Para lograr este cometido dice Pala que Gramsci recurre como historiador a la categoría de “bloque histórico” para con ello establecer la unidad existente entre la estructura y la superestructura, relación que encontramos en los *Cuadernos de la cárcel*.

Pala, afirma siguiendo a Gramsci, que el fascismo es una “revolución pasiva” regresiva. Sobre este punto en particular el autor le dedica un capítulo entero a la elaboración de la relación entre hegemonía y revolución pasiva en el contexto progresivo del *Risorgimento*, para afirma, junto con Gramsci, que este periodo debe ser leído, en efecto, como “revolución pasiva”. En palabras de pala: "De modo que el Risorgimento no fue una «revolución burguesa» a la francesa, sino una revolución de las clases altas del Reino de Cerdeña, que extendieron su hegemonía sobre el resto de Italia apoyándose sobre todo en las viejas aristocracias peninsulares” (Pala, 2021,104).

Valga anotar que el autor sostiene que el concepto de “revolución pasiva” durante el *Risorgimento* era para Gramsci un concepto “objetivamente progresivo”, pero careció de iniciativa y participación populares. Lo cual, en otras palabras, da a entender que este proceso histórico-político era un cambio, pero no el más positivo de los cambios posibles. “La categoría, pues, lejos de indicar un simple e imposible «restauración» -«porque es cierto que en el movimiento histórico no se vuelve nunca atrás y no existen restauraciones *in toto*», apuntaba a un tipo de modernización conservadora que aseguraba el mantenimiento de las jerarquías sociales y de las relaciones de dominación a través de la puesta al día de la cultura política y del sistema de gobierno que rige a una nación” (Pala, 2021, 106).

En esta investigación de Pala se deja de lado, porque no es su objeto de estudio, el estudio específico del sujeto subalterno (grupos y clases subalternas), igualmente la teorización sobre las superestructuras complejas, tanto la sociedad civil como la sociedad política, ambas referencias son marginales en su desarrollo histórico durante el *Risorgimento*. Y, por último, el sentido común como producción cultural de los subalternos no aparece en la discusión histórica de Pala, en relación con la concepción de mundo de aquellos sujetos políticos estudiados por Gramsci, los llamados grupos y clases subalternas en formación.

## 1.2 Douet y la periodización histórica

La segunda investigación histórica que nombramos es el trabajo doctoral de Yohann Douet, *Saisir l'histoire: conception de l'histoire et périodisation chez Antonio Gramsci* (2018) presentado en la Université Paris Nanterre. Douet tiene por objeto de estudio el problema de la periodización en la obra de Gramsci, para discernir con ella la distinción histórica entre rupturas radicales y revoluciones. Toma en consideración la filosofía de la historia de Gramsci, haciendo énfasis en su historicismo concreto, fundada ella en la complejidad de las prácticas históricas. De manera que Douet, siguiendo a Gramsci en su *Cuadernos de la Cárcel*, capta las épocas históricas relativamente coherentes y cualitativamente distintas entre sí, y brinda con ellas una sucesión de forma inteligible.

Gramsci con una propuesta de filosofía de la historia, abierta y definida por cuestiones prácticas, estudia detallados procesos histórico-políticos centrales en su lectura como son bloque histórico, hegemonía, revolución pasiva, etc. Lo anterior se acompaña de una serie de análisis puntuales sobre determinadas épocas históricas propias de su interés, como el Renacimiento, la Reforma, la Revolución Francesa, el *Risorgimento*, el fascismo, el americanismo y otras. Un enfoque de larga duración donde se leen procesos históricos sin sujetos específicos de investigación como los subalternos.

Douet con su investigación realiza, entonces, una crítica al posmodernismo y al postmarxismo poniendo de presente la cuestión de la historia en Gramsci. Sostiene por ello que la cuestión de la historia como saber y lenguaje en los *Cuadernos de la cárcel* es central y ella debe ser leída desde la filosofía de la praxis. La tesis de Douet es que con los distintos temas históricos que aborda Gramsci (Edad Media, Comunas italianas, Renacimiento, Reforma, El siglo de las luces, Revolución Francesa, *Risorgimento*) se consagra un aporte intelectual y filosófico *sui generis* a los procesos históricos definidos, lo que se puede denominar una filosofía de la historia.

Debemos resaltar que para Douet es central la cuestión de la historia en Gramsci con un historicismo de tipo realista que no elimina la sucesión de los acontecimientos singulares ni la existente división en totalidades epocales definidas y homogéneas. De ahí que Douet estudie en los *Quaderni* los distintos fenómenos de consolidación, de hegemonía, crisis y transformaciones de la formación social italiana, desde Roma antigua hasta los años de la cárcel de Gramsci y sus analogías respectivas.

Por último, en Douet, como lo podemos observar, no existe un estudio centrado en una historia social de los grupos y clases subalternas italianas, porque ese no es su objeto de estudio, como tampoco estudia específicamente la formación del Estado nación Italiana centrado en la praxis de los subalternos. Lo que a él le interesa es el proceso de la periodización de la historia en Gramsci, no

reduccionista ni homogénea. Gramsci, según Douet, no fue propiamente un filósofo de la historia en sentido tradicional, pero tampoco fue un historiador en sentido disciplinario.

Rescatamos en la investigación de Douet que la concepción de la historia en Gramsci es inmanente al proceso histórico definido por situaciones específicas y con los actores socioeconómicos implicados. Este proceso debe ser leído y comprendido desde la filosofía de la praxis como articuladora de la acción colectiva y la producción de subjetividad en los subalternos. A todo este proceso de subjetivación Douet lo llama una “filosofía de la historia democrática”, inmanente, reflexiva y práctica.

### 1.3 Burgio y la modernización europea

La siguiente contribución teórica que tenemos como referente en el debate es de Alberto Burgio con su *Gramsci storico. Una lettura dei “Quaderni del carcere”* (2003). Esta investigación tiene por objeto de estudio el desarrollo histórico en los *Cuadernos de la cárcel*. Sostiene el autor que en los *Quaderni* encontramos un gran libro de historia: la historia del occidente burgués como crítica de la modernización europea y al tiempo una teorización sobre la historia desde su singularidad y su lógica. Y, por último, también encontramos la relación que Gramsci establece entre historia, filosofía y política, relaciones de suyo complementarias.

Burgio sostiene que Gramsci plantea un sentido de la historia establecida como política en acto, permanente, en relación con la forma orgánica como la está leyendo desde el mismo proceso histórico. A Gramsci le interesa pues el “desarrollo histórico real” con lo cual pueda reconocer la necesidad histórica y la crítica al determinismo, sabiendo que con ello analiza al tiempo la subjetividad de la historia moderna. Burgio, entonces, resalta que Gramsci tiene una concepción de la historia como progreso, encontrando en ella una racionalidad específica. De manera que en los *Quaderni* los lectores encontramos en lo fundamental una historia de la política, y nos hallamos con una teoría concreta de la historia. Como lo sostiene Burgio, en Gramsci se hace presente una teoría de la historia y de la periodización de esta, con lo cual capta la lógica reproductiva y progresiva de la sociedad burguesa en la crisis orgánica que le es inherente, definida esta en procesos específicos de cambio social.

Del trabajo de Burgio queremos resaltar para nuestra investigación la teoría concreta de la historia en Gramsci. Es decir, la historia en cuanto desarrollo. Lo que quiere decir pensar a Gramsci como un historiador del desarrollo histórico, un *continuum*. Gramsci, tal es su novedad intelectual, capta el significado integral de la experiencia política en lo histórico y en lo conceptual. Una interpretación de la continuidad histórica y política de la modernidad y sus crisis.

Debemos subrayar a continuación que Burgio no realiza una historia de la formación de los grupos y las clases subalternas en la fase progresiva de la modernidad, porque su tema de investigación es la periodización del mundo moderno, no la constitución de los sujetos políticos, su nacimiento y el hacerse Estado nacional. Tampoco en su importante estudio sobre la historia europea Burgio desarrolla la lectura desde el sentido común subalterno, ni se articula en este horizonte conceptual su propuesta de modernidad progresiva.

Para complementar la anterior referencia, tenemos una nueva propuesta de Burgio, intitulada *Gramsci, il sistema in movimento* (2014). Este es un texto que asume el pensamiento de Gramsci como una pesquisa temática amplia y lógica sobre su producción intelectual, tanto en sus años precarcelarios como en sus difíciles años en prisión. No es por ello un libro sobre la historia de las formaciones sociales singulares en Gramsci, como lo fue el anteriormente descrito del mismo autor, aunque tiene elementos parecidos en su composición conceptual pues toma en consideración a los *Quaderni*. En este trabajo *Gramsci, il sistema in movimento* se estudia todo el sistema teórico y se integra el material en un voluminoso libro, difícil de concebir en términos integrales. Burgio señala que debemos leer a Gramsci con su ritmo de pensamiento, ubicándonos en el tiempo inmanente de la historia y en ese *continuum* que significa hacer época.

Burgio, a continuación, asume una explicación crítica con respecto a la crisis orgánica de la sociedad burguesa, para lo cual realiza, apoyándose en Gramsci, una reconstrucción histórica de toda la modernidad europea, una suerte de periodización dialéctica. El autor plantea que en Gramsci encontramos una historia del desarrollo histórico en términos de la relación entre lo abstracto y lo concreto, lo progresivo y lo regresivo, las distintas relaciones de fuerza, la reconstrucción racional de los procesos de formación y desarrollo, así como la importancia de la analogía histórica para explicar la historia moderna. Todo ello nos va conduciendo a una historia crítica de la modernidad con sus distintas fases: de Italia a Europa y de esta al Occidente. Una historia de la modernización europea *sui generis*, dice Burgio, inspirada ella en la razón política.

Con esta propuesta de lectura de Gramsci se posibilita entonces estudiar la sociedad burguesa en su desarrollo e inmanencia. Para lograrlo Burgio se acompaña de distintas teorizaciones gramscianas como la sociedad civil, la hegemonía, la revolución pasiva y el cesarismo, el americanismo, el estudio de las élites y la democracia, Italia, el fascismo, la dialéctica, entre otros temas, que, como sabemos, son parte constitutiva del pensamiento gramsciano en los *Quaderni*.

Del libro de Burgio resaltamos la poderosa reconstrucción teórica sobre la larga duración en la historia de la modernidad europea, la misma que leemos en Gramsci. Asimismo, nos interesa del

autor el concepto de desarrollo histórico y ese *continuum* de la historia crítica en el amplio espectro de la modernidad, con la emergencia de la sociedad burguesa.

Ahora bien, el objeto de estudio en los dos libros que hemos considerado de Burgio es una lectura orgánica de todo un amplio y complejo proceso que se sintetiza en la modernidad europea, conceptualizada por Gramsci. En esta amplia reconstrucción desafortunadamente no existe una lectura de la historia desde abajo, desde los grupos y las clases subalternas en formación o desde el sentido común del subalterno en su lucha social y política. La subjetividad subalterna, la producción del sujeto político, se va perdiendo en las investigaciones de Burgio sobre la sociedad burguesa y sus desarrollos históricos concretos. Italia, como caso específico de estudio, no es el núcleo central de la discusión del autor. Un pensamiento continental que va reduciendo la relevancia histórica de Italia en Gramsci. El objeto de estudio de Burgio, recordemos, es el proceso histórico-político de la modernidad, no el caso específico de la unidad política y territorial del Estado nación Italiano o de cómo las clases subalternas se hacen Estado con el correr de los siglos.

#### **1.4 Crehan y la cultura subalterna**

Para nuestro trabajo de investigación sobre Gramsci y el sentido común de los subalternos es relevante referir los trabajos antropológicos de Kate Crehan. El primero de ellos es *Gramsci, Culture and Anthropology* (2002). Crehan señala en este trabajo que existe una cultura subalterna en los *Quaderni* que debe tenerse en cuenta a la hora de estudiar lo que es la cultura, y especialmente la cultura popular, en Gramsci. Porque la cultura en él está entendida en sentido antropológico como modo de vida, con lo cual se experimenta la desigualdad de lo subalterno y de la clase subalterna. Es decir, siguiendo a Crehan, para reconocer la cultura subalterna en Gramsci debemos asumir una serie de conceptos y referencias teóricas como lo son hegemonía, folklore, sentido común, buen sentido, concepciones de mundo, subalternidad, entre otras, sin perder de vista el marco general de la novedad que integra esta lectura antropológica.

Crehan llama la atención diciéndonos que en Gramsci, aunque la clase social no está definida de forma precisa, este es el tema principal de los *Quaderni*. Anota la antropóloga que este concepto de clase social está registrado de forma amplia y de forma inclusiva en su trabajo carcelario. Esto quiere decir que en la propuesta de lectura de la cultura y la historia en Gramsci debemos advertir la relevancia cultural de las clases subalternas.

Entonces, tomando en consideración lo referido, para nuestra investigación es prioritario leer en los *Cuadernos de la cárcel* las relaciones que se establecen con la subalternidad, el sentido común y el buen sentido, así como, entre otros conceptos centrales, como las llamadas concepciones de mundo.

En el estudio de la historia, entonces, no se puede perder de vista la emergencia de las clases subalternas y, en especial, el acento que tiene la cultura subalterna en Gramsci cuando estamos leyendo la historia social contenida en los *Quaderni*. Esta es una idea primordial en términos metodológicos con respecto a la lectura y la escritura de la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas.

Frente a lo anterior, el siguiente libro de la antropóloga Crehan es relevante con respecto al mundo subalterno del sentido común. Se intitula *Gramsci's Common Sense. Inequality and Its Narratives* (2016). En este trabajo Crehan enseña cómo leer a Gramsci desde la realidad histórica de los subalternos, considerando sus propias voces, lenguajes y sensibilidades. En particular debemos detenemos en el aparte del tercer capítulo sobre “Common Sense” intitulado justamente “Common Sense and History”. En ese aparte Crehan enseña, apoyándose siempre en Gramsci, que el sentido común es un producto de la historia y de los procesos históricos, los cuales no podemos olvidar al leer los *Quaderni*. Es decir, es muy útil para la cabal comprensión de la historia de los grupos y las clases subalternas relacionar esta con el sentido común, como proceso y producto de aquella.

Crehan, siguiendo a Gramsci, sostiene la importancia del sentido común popular, es decir, el orden subalterno acrítico y ahistórico de la concepción del mundo, la cual se reproduce en los “simples”, los estratos bajos y amplios de la población. Advirtiéndolo con ello que es en este mundo subalterno donde están los agentes prácticos de las transformaciones históricas, los cuales no podemos olvidar cuando se estudia la praxis en la historia. En otras palabras, si vamos a estudiar la historia y la política de los subalternos (grupos y clases sociales) debemos investigar cuál es y cómo está integrado su sentido común, es decir, su concepción de mundo acrítico y ahistórico, el cual puede ser transformado en buen sentido, como concepción de mundo crítica e histórica. Gramsci busca e induce en su análisis político esta catarsis histórica de los sujetos sociales: que el subalterno criticando su sentido común tradicional llegue a ser un dirigente, creando para ello un nuevo buen sentido que construye desde su propia experiencia de autonomía individual y colectiva.

De esta manera, en Crehan hallamos una relación relevante para nuestra investigación: estudiar el sentido común de los subalternos es el elemento conector de todo proceso histórico-político en Gramsci. Es por medio de esta pesquisa y esta lectura material sobre el sentido común tradicional que se operacionaliza y organiza la “historia integral” de los subalternos. Esto es, sin un estudio crítico del sentido común de los grupos y las clases subalternas no puede haber una historia de los sujetos sociales y políticos. No se puede escribir una “historia integral” de los subalternos sin el elemento cultural del sentido común.

## 1.5 El sentido común en la historia de los subalternos

A partir de todas las referencias anteriores, consideremos a continuación lo más relevante de cada una de ellas para nuestra investigación. Pala (2021) y su interés en situar la fuerza y el consenso, es decir, la hegemonía, en la historia de la reconstrucción del *Risorgimento* italiano; Douet (2018) y su enfoque de un materialismo concreto que lee la complejidad del proceso histórico y en allá la periodización del mismo en Gramsci; Burgio (2003, 2014) y su lectura de los *Quaderni* como un libro sobre la reconstrucción del desarrollo histórico y una teoría crítica a propósito de la larga modernidad europea con su crisis orgánica; Crehan (2002, 2016) y la propuesta antropológica de una lectura de la historia de los grupos y las clases subalternas desde la crítica del sentido común dominante y su transformación cultural en un buen sentido que permite la praxis histórica y política de nuevos sujetos sociales.

Salvo las referencias culturales de Crehan, las anteriores investigaciones que hemos citado, valiosas y útiles en el horizonte de la discusión teórica de la historia, no situaron ninguna de ellas un estudio histórico concreto que tomara en cuenta la relevancia del sentido común subalterno en Gramsci para explicar la historia de los sujetos sociales. Con ello dejaron de lado la importancia de esta práctica histórica, la del sentido común, y no lograron captar los saberes, los lenguajes, las voces y los relatos de los subalternos en la historia social.

Por lo anotado, apoyándonos en Gramsci y Crehan, debemos darle el debido lugar al sentido común en la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. Leemos y comprendemos a Gramsci desde esta perspectiva metodológica, la cual no niega en ningún caso la lucha política de los grupos y las clases subalternas en la historia. Entendemos los *Quaderni* como un libro sobre la constitución histórica, política y cultural de los grupos y las clases subalternas en proceso de liberación y creación de autonomía individual y colectiva. Una nueva forma de la histórica lucha de clases que toma en consideración el tránsito y catarsis del sentido común al buen sentido, es decir, ¿cómo el subalterno se vuelve dirigente?

En ninguno de los autores señalados (Pala, 2021; Douet, 2018; y Burgio, 2003, 2014) encontramos un interés objetivo por la historia de los grupos y las clases subalternas ubicada ella fielmente en la propuesta historiográfica de Gramsci; esas valiosas investigaciones que hemos citado no tienen este objeto de investigación gramsciano y sus metodologías no reconstruyen entonces una perspectiva de grupo y clase subalterna, sino procesos históricos en términos de pensar en general las transformaciones de la modernidad europea. Transformaciones donde los sujetos subalternos en

general quedan al margen del proceso histórico y sus luchas. En particular, Douet y Burgio diseccionan la lucha de clases.

Según las indicaciones enseñadas por Crehan (2002, 2016), pensamos que para hacer una historia de reconstrucción sobre los grupos y las clases subalternas, se precisa un estudio de lo que es el sentido común en una historia situada. Recordando también que para Gramsci la lectura propuesta de una “historia integral” en su texto “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas” es que las clases subalternas, en un proceso complejo de autoformación y autovalorización, históricamente se hacen Estado (Gramsci, 2000, 249). Lo prueba, dice Gramsci, entre otros ejemplos, la historia de la Revolución Francesa y también la historia de la Revolución Rusa. Las clases subalternas se hacen Estado.

## 1.6 Otras referencias metodológicas

Consideramos a continuación como complemento conceptual anunciar los siguientes trabajos, relevantes para la discusión sobre Gramsci, la historia, la cultura y los sujetos políticos en los estudios sobre los *Quaderni*.

La historiadora Florencia E. Mallon con su investigación *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial México and Perú* (1995) ha realizado una contribución al tópico de subalterno y al proceso de la hegemonía en la formación del Estado-nación en México y Perú desde un enfoque poscolonial. Ella ha sido parte de una corriente denominada estudios subalternos latinoamericanos que ha pensado el sujeto en la historia a partir de los aportes encontrados en los Estudios Subalternos hindúes (Mallon, 2010).

Mallon, igualmente, ha explorado desde la historia cultural el subalterno en la formación del Estado-nación, tanto el indígena como el campesino en estudios de caso. Mallon como historiadora ha retomado el proceso de la hegemonía cultural de Gramsci en el punto del proceso de la formación estatal en Perú y México durante el siglo XIX, los cuales no lograron ser exitosos por la ausencia de una hegemonía cultural en los subalternos. La autora encuentra novedoso resaltar las identidades colectivas contrahegemónicas, la cultura popular, en una suerte de historia política desde abajo que resalta la “comunidad hegemónica”.

De otro lado, el caso boliviano ha sido estudiado por René Zavaleta Mercado en sus libros *Lo nacional popular en Bolivia* (1986) y *La autodeterminación de las masas* (2015), entre otros textos, los cuales nos permiten explorar la conformación de la voluntad nacional popular como unidad histórica de los grupos subalternos en curso de hacerse hegemónicos. Y también nos permite analizar

la operacionalización de lo que el historiador boliviano llama la “forma primordial”. Todo lo cual desemboca en la conformación de la unidad nacional popular del bloque histórico en Bolivia, proceso singular que vivió su hito definitivo a mitad del siglo XX con la revolución de 1952.

La hegemonía gramsciana, al decir de Zavaleta Mercado, nos sirve para estudiar la “historia integral” de los procesos subalternos, sus luchas sociales y económicas, así como sus incontables derrotas. Lo nacional-popular y la autonomía social, en la propuesta de Zavaleta Mercado, es un proyecto histórico frustrado de los grupos y las clases subalternas que recorre en buena medida el siglo XX en Bolivia.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe con su libro *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (1987) asumen una lectura matizada y reformista de Gramsci para pensar la unidad popular del proyecto cultural identitario de la hegemonía, pero eliminando la clase social fundamental, la economía y, en general, la lucha de clases en este proceso político. Con lo cual no existe una historización de los grupos y las clases subalternas ni menos de su sentido común, el cual no es estudiado.

Laclau y Mouffe recrean un proyecto posmarxista donde la hegemonía construye una suerte de democracia radical sin un sujeto político definido, salvo por la conformación de un pueblo identitario. Ambos autores cuestionan las categorías tradicionales y esencialistas del marxismo como por ejemplo la denominación de la existencia de base y superestructura. Y, en cuanto autores posmodernos, abogan por una reconstrucción del sujeto desde la articulación del discurso. La propuesta de ambos autores deja atrás el proyecto socialista de Gramsci y eliminan lo subalterno de la historia social.

Álvaro García Linera, siguiendo en buena medida a Zavaleta Mercado, tiene también su contribución histórica y política denominada *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia* (2009). Este libro se ubica en un registro por los movimientos sociales, los indígenas y los grupos plebeyos en Bolivia durante las últimas décadas. Y tiene un acento ideológico y de sentido común que toma en consideración la vida y obra de los subalternos bolivianos.

García Linera integra temas como la democracia y la ciudadanía desde abajo, pero también reconstruye en su pluma la crisis del Estado boliviano y los procesos históricos del siglo XX en los que se ha puesto en juego el bloque de poder dominante. Este proceso ha permitido reconocer ejercicios de autonomía social entre los subalternos y las multitudes; realidades históricas complejas que se han movido entre el obrerismo y el indigenismo, permitiendo una rica pluralidad de voces, de identidades y acciones de los variopintos sectores plebeyos, emergentes en la sociedad civil boliviana.

John Beverley con su libro *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural* (2004) nos pone de frente respecto a la condición cultural del subalterno a comienzos del siglo XXI. Para Beverley pensar lo subalterno implica estar expuesto a modifica la producción académica e intelectual que se ha tenido tradicionalmente en las universidades como centros hegemónicos de pensamiento. Señala el profesor de literatura que asumir la realidad desde lo subalterno llega a ser una nueva forma de sentar posición desde la izquierda en un orden signado por la globalización económica y la posmodernidad. Sostiene también Beverley que en juego está la construcción de las identidades en los distintos sujetos del ámbito cultural.

El subalterno, como sujeto, está expuesto a la influencia hegemónica de ámbitos culturales que lo subordinan, volviéndolo lo que es, una indefinición. Sin embargo, dice el autor que la crisis del Estado-nación abre la posibilidad para una relación más directa en el espacio de la sociedad civil donde están los subalternos con sus luchas culturales. Por último, el subalterno está en una indefinición social, pues no es pueblo, pero tampoco es un ciudadano. Está en lucha.

Otro autor que debemos referir es Luis Tapia con su libro *La coyuntura de la autonomía relativa del Estado* (2009), en el cual presenta una discusión teórica novedosa para entender el Estado contemporáneo en Bolivia, comoquiera que este es leído como un bloque político. Se plantea en el texto lo que ha sido históricamente la construcción del Estado-nación en Bolivia. Y, por esa vía, se cuestiona también la democracia con su lógica de expansión y contracción. El libro ahonda en la cuestión de la autonomía relativa del Estado y lo que ha significado en los últimos años la figura de la asamblea constituyente y el proceso de la reforma agraria, entre otros ejercicios políticos novedosos. Se explora, igualmente, en particular el “bloque nacional popular” y las distintas relaciones de fuerza.

Tapia como politólogo afirma el enfoque de la lucha de clases en Bolivia, en relación con la forma primordial, entendiendo por tal la forma en que se expresa histórica y políticamente la articulación entre el Estado y la sociedad civil.

El sociólogo Massimo Modonesi adelanta también una serie de contribuciones sobre definiciones sociológicas, políticas e históricas retomando especialmente a Gramsci y planteando referencias valiosas sobre la autonomía y la subjetividad política, entre otros conceptos. En los libros *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetividad política* (2010) ha puesto inicialmente en discusión este ejercicio de interpretación para pensar en el tiempo presente las dinámicas sociales y políticas del poder y los sujetos. Igual interés le asiste en el libro *El principio antagonista. Marxismo y acción política* (2016) donde la subjetividad, la autonomía y la praxis

política de los subalternos son elementos relevantes para el estudio de la sociedad capitalista contemporánea.

Otros aportes de Modonesi son los libros *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci* (2013) y *Revoluciones pasivas en América* (2017), en ambos libros se operacionalizan teorías sobre hegemonía, subalternos y otras referencias teóricas gramscianas, así como estudios de caso recientes sobre América Latina en términos de la revolución pasiva como un proceso desde arriba, el cual va reduciendo la autonomía y el antagonismo de los grupos subalternos. Como el autor lo enseña, su lectura toma una posición subjetivista de la revolución pasiva. Con lo cual afirmar también una doble forma de leer este proceso: desde la pasividad o desde la regresividad del mismo.

El historiador Carlos Ginzburg también piensa los subalternos en la historia. En su libro *El queso y los gusanos. El cosmos según un minero del siglo XVI* (1999) explora lo que significa pensar el mundo desde la condición concreta de un subalterno enjuiciado en el siglo XVI. A partir de ahí, leída la situación desde una “cultura primitiva”, puede reconstruir la historia del mundo que le rodea a ese subalterno. Ideas, creencias y esperanzas forman así lo propio de las clases subalternas en un contexto histórico con respecto a la cultura impuesta por las clases dominantes, frente a las cuales el subalterno toma o no distancia. Y por esa vía se erige la constitución del sentido común en ese mismo subalterno.

Otra referencia bibliográfica novedosa es la que nos presenta Gayatri Spivak con *¿Puede hablar el subalterno?* (2009) donde se propone una reflexión sobre la condición social del sujeto subalterno en términos de su existencia material. La autora se pregunta en qué sentido este subalterno tiene autonomía en su relato o este es un hijo más de la dominación cultural, política e ideológica, de la cual es partícipe. Es la subjetividad, en su condición subalterna, la que Spivak expresa al tiempo que su interés es deconstruir esta historiografía tradicional con sus discursos legítimos que negaron la autonomía del subalterno. Spivak como filósofa busca que el subalterno gane autonomía.

De las anteriores referencias que hemos resaltado en la parte final del capítulo sacamos a continuación las siguientes ideas generales para nuestra investigación. Los trabajos históricos de Mallon (1995) y Ginzburg (1999) piensan la dimensión cultural del sujeto subalterno situado en procesos locales definidos; en igual sentido está la interpretación que brinda Beverley (2004) en tensión con la dimensión posmoderna de la cultura dominante.

Los textos del historiador Zavaleta Mercado (1986, 2015) posicionan históricamente al sujeto subalterno leído este desde la hegemonía gramsciana, en igual sentido podemos pensar con respecto

al aporte de García Linera (2009), en términos de que el plebeyo es un subalterno inscrito en un bloque histórico y por ende en una relación de fuerzas que debemos comprender y explicar.

La historiadora Mallon (1995) también hace posible pensar los subalternos en un ámbito de formación hegemónica del Estado nacional, especialmente durante el siglo XIX. Este punto de pensar la hegemonía en la constitución de la subjetividad también podemos detallarlo con matices y con otro enfoque posmoderno, no gramsciano, en Laclau & Mouffe (1987).

Por último, Spivak (2009) y Modonesi (2010, 2013, 2016, 2017) nos permiten pensar lo subalterno con respecto a un proceso cultural que es la producción de una subjetividad y en relación con la autonomía de estos procesos. En Modonesi existe más politización en tanto se reconoce el antagonismo social y la lucha de clases en la historia de los grupos y las clases sociales.

## **1.7 Pregunta e hipótesis de investigación**

A continuación, vamos a leer los *Cuadernos de la cárcel* desde la inquietud por el sentido común de los grupos y las clases subalternas en formación. Y, en esa medida, cómo estos grupos y estas clases subalternas se hacen o no Estado, en un proceso específico, situado durante el *Risorgimento*.

Nuestro enfoque de lectura se da a partir de la “historia integral”, es decir, retomaremos un Gramsci para historiadores y con método historiográfico específico, el cual va de la historia material de los procesos sociales a la filosofía de la praxis, que libera a los subalternos en la “historia integral” (Salles, 2012; Oliva, 2010). Para lograrlo, operacionalizamos la inquietud por el sentido común y su constitución como praxis en la historia de los grupos y las clases subalternas, desde un enfoque que al tiempo reconoce a los saberes y los lenguajes implicados. Leeremos los *Cuadernos de la cárcel* y le daremos un orden de entendimiento desde el sentido común de los subalternos, en tránsito crítico hacia el buen sentido y la autonomía individual y colectiva (Crehan 2002, 2016).

Con todo lo anterior como referente teórico y metodológico, desembocamos en lo que es la pregunta de la investigación: ¿cuál es la función que cumple el sentido común en Antonio Gramsci para transformar el enfoque de la historia tradicional de los grupos y las clases subalternas durante el periodo histórico del *Risorgimento* italiano? Esta pregunta tiene la siguiente hipótesis de trabajo: Antonio Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel* plantea una propuesta de investigación nueva sobre el *Risorgimento* italiano cuando se propone escribir la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas, apoyándose para ello en la transformación crítica operada en el sentido común y en la traducibilidad de los saberes sociales y los lenguajes científicos.

## 2. Capítulo 2

### Gramsci en la historiografía contemporánea

“Toda investigación científica se crea su método adecuado, su propia lógica, cuya generalidad o universalidad consiste solo en ser «conforme al fin»”. GRAMSCI, *Cuadernos de la cárcel*. “Científico. ¿Qué significa científico?”

#### 2.1 El “Marxismo occidental”

Antonio Gramsci fue uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano (PCI), así como delegado de la Comintern y, en ese mismo sentido, comparte una doble función, era un dirigente nacional y un estratega político internacional. Es, por lo mismo, un referente fundamental de los intelectuales que conformaron lo que se denominó el “marxismo occidental” (Anderson, 1979; Losurdo, 2019).

En esta investigación que realizamos con respecto a Antonio Gramsci y los *Cuadernos de la Cárcel* debemos hacer una primera estación para asumir el diálogo abierto y plural con el concepto de “marxismo occidental”, tomando para ello en consideración el aporte del historiador inglés Perry Anderson. Esto quiere decir que debemos asumir el reto de pensar bajo una pregunta guía: ¿cómo Perry Anderson ha leído e interpretado a Gramsci y a su obra los *Cuadernos de la cárcel*? Y, más importante aún: ¿cómo este mismo historiador ha situado las lecciones de Gramsci en el campo de la historia integral durante el siglo XX?

Hablar y, sobre todo, escribir a propósito del “marxismo occidental” refiere la expresión que puso en discusión el historiador Perry Anderson; expresión que también fue difundida en su momento por el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty (Jaramillo Vélez, 2021a). La expresión “marxismo occidental” conecta un amplio espacio geográfico y un tiempo histórico diacrónico inscrito entre los siglos XIX-XX, justamente en el hemisferio occidental y Europa en lo fundamental. Con ello se pone de presente una veta analítica que toma en consideración con seriedad una lectura de la condición humana propia de la izquierda marxista, que no es ni economicista ni menos determinista en el campo

de las relaciones sociales. Así visto el tema, el “marxismo occidental” puede ser asumido como un referente analítico en disputa, toda vez que se lee desde Occidente una realidad que va más allá del espacio geográfico y político en referencia. Y tiene que ver con lo que es la propuesta de Gramsci cuando él se hace la pregunta por su aplicación histórica: ¿cómo leer la sociedad civil y la sociedad política (el Estado ampliado) para pensar la historia como realidad y el bloque histórico como proceso?

Volviendo al punto, cuando el historiador Anderson publica su libro *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1976) la izquierda tradicional está en una crisis con respecto al sujeto de la historia, proceso que se dio posterior al mayo francés de 1968. Igualmente, el bloque socialista está en una profunda crisis ideológica y política, particularmente en la URSS; son los años previos al doble proceso del glasnost y la perestroika, nacidos del desgaste institucional del régimen instaurado siete décadas atrás con la Revolución de Octubre.

Por lo referido, el libro de Anderson arroja luces sobre el pensamiento socialista de occidente, el marxismo heterodoxo, sus teóricos, los aportes fundamentales y las fuentes principales de consulta obligada, alejada esta herencia del régimen soviético de dictadura partidista y del leninismo ortodoxo con el llamado a la combinación de todas las formas de lucha. De manera que en el tránsito de la década de los años setenta, cuando Anderson publica su libro, se vive un proceso de reconfiguración y/o marchitamiento de las izquierdas tradicionales en el mundo y con ello de la utopía que fomentaba el cambio social en muchos casos de forma violenta, y no solo en Occidente, aunque también. Para Anderson, valga señalarlo, la defensa de cierto trotskismo se levanta cual si fuera el último elemento de reserva para una posible reconstrucción del “marxismo occidental”. Por lo menos, en *Consideraciones sobre el marxismo occidental* la indicación final apunta hacia esta dimensión.

En su libro Anderson presentaba a un Gramsci como líder de grupos y clases subalternas en Italia, quien frente a la pléyade de intelectuales marxistas de origen burgués o pequeñoburgués inscritos en la segunda generación con Lenin, Trotsky, Lukacs, Korsh, Benjamin y otros autores, Gramsci era un hombre de extracción pobre y marginal en términos socioeconómicos. Anderson, por último, resalta en Gramsci a un estratega político, temática que con las décadas desaparecerá del imaginario intelectual del marxismo occidental.

Después de *Consideraciones sobre el marxismo occidental* del año 1976 abordemos el siguiente libro de Anderson, *Tras las huellas del materialismo histórico*, publicado en 1983. En esta oportunidad el acento está puesto en auscultar lo que quedó del materialismo histórico y del marxismo en general en su plena crisis, la cual se asomaba una década atrás en su primer libro ya citado, y de la cual ya no

quedaban esperanzas para una reconstrucción del marxismo o algún enfoque dentro de él. Como lo señala el autor, lo que existe en el balance intelectual y político de la década del ochenta son nuevas corrientes teóricas, particularmente filosóficas, afincadas no ya en los sindicatos y los partidos políticos revolucionarios, como enseñó la politización de la primera mitad del siglo XX, sino en los institutos de investigación y en los departamentos de las universidades, como ahora enseñaba la despolitización de la segunda mitad del siglo XX. Así fue entonces cómo la teoría y la práctica se escindieron por completo con el paso del tiempo y los fracasos de las distintas luchas sociales y políticas dan al traste con el marxismo como proyecto generacional (Anderson, 1986, 13).

Sin embargo, debemos detenernos, porque vemos un punto fundamental en la discusión con Anderson: la praxis en la historia. Justamente este es el tema que se va diluyendo a medida que la lectura de los dos libros citados, *Consideraciones sobre el marxismo occidental* y *Tras las huellas del materialismo histórico*, se van asumiendo integralmente en la interpretación de lo que fue y de lo que quedó del convulsionado y violento siglo XX. Tan es así que siguiendo a Hobsbawm podemos afirmar que el siglo XX fue el siglo del marxismo, de su emergencia, su apogeo y, finalmente, su crisis histórica. Con el balance de la lectura de corte intelectual que hace el historiador Anderson el marxismo como corriente se ha agotado como proyecto.

## 2.2. Gramsci, Anderson y la historia social

Si seguimos desentrañando lo que fue la propuesta analítica de *Consideraciones sobre el marxismo occidental* encontramos el siguiente balance histórico e intelectual: Gramsci como uno de los padres fundadores del llamado “marxismo occidental”. Anderson señala que los otros dos padres fundadores de esta corriente intelectual, política y cultural son los filósofos Lukács y Korsch. Y no solo eso, Anderson sostiene también que Gramsci fue “el más grande pensador marxista de occidente” (Anderson, 1979, 94). El último teórico realmente serio en tanto su hacer fue estratégico, pues trató problemas fundamentales de la lucha de clases. Y también en virtud de que escribió sobre el dominio burgués y el modo de revolucionarlo de ir más allá de él. Es decir, Gramsci fue, en lo fundamental, un pensador de la estrategia política en el marxismo.

En ese mismo orden, Gramsci era un hombre práctico, un *zoon politikon* que escribe sobre la lucha de clases porque, al igual que Lukács y Korsch, fue un dirigente político de su propio partido político y, como los otros dos pensadores europeos citados, también fue partícipe y organizador estratégico de levantamientos revolucionarios de las masas, como en Turín en 1919/1920, que aunque fracasaron arrojó luces y aportes necesarios sobre el despertar crítico de los grupos y las clases subalternas en Italia y en Occidente.

Lo comentado es relevante para situar la discusión a propósito de la praxis política en un teórico marxista de Occidente. Pero volviendo a Anderson, podemos considerar que en Gramsci el aporte de la teoría de la hegemonía cumple un papel fundamental, decisivo, en esta misma discusión. Porque es, y no podemos dudarlo, el aporte más significativo que logró el autor italiano en materia política. Y, como lo veremos, también este fue un adelanto con respecto a la “historia integral” y la forma en que Gramsci la asume. En efecto, sostiene Anderson que en Gramsci la propuesta de la hegemonía se basaba en una investigación comparativa y minuciosa del pasado de Europa, tal como fue el estudio científico de los materiales empíricos considerados por parte de Marx y Engels. Así las cosas, Gramsci sigue una lectura histórica centrada en Marx y Engels, por lo menos en materia de investigación histórica sobre la lucha de clases.

Sin embargo, como lo registra el mismo Anderson hablando de hegemonía: “estas concepciones han carecido de todo sistema concreto de periodización que las articule en categorías abiertamente historiográficas del género que Gramsci respetaba escrupulosamente” (Anderson, 1979, 100-101).

Encontramos entonces a un padre fundador del “marxismo occidental” que no pudo asumir, sostiene Anderson, un sistema concreto de periodización historiográfica de su teoría más significativa, la hegemonía. La prueba de ello estaría, no lo dice Anderson, en sus *Cuadernos de la Cárcel*. Específicamente podemos localizar este aporte en los estudios históricos que Gramsci le dedicó al *Risorgimento* italiano, hecho histórico-político del que Anderson por ahora no se apropia para probar hasta dónde sí o hasta dónde no la teoría de la hegemonía fue traducida en coyunturas históricas definidas. O si fue, como lo ha sostenido Anderson y lo hemos leído ya, en una concepción sin un fundamento de periodización y articulación historiográficas.

Pero como el punto es central, detallemos la relación con respecto a la hegemonía en Gramsci y advirtamos la posición no solo histórica, sino también política que acompaña a Anderson en sus reflexiones. Si leemos el libro *Las antinomias de Antonio Gramsci*, publicada inicialmente en 1976 por la “New Left Review”, luego editado, ampliado y mejorado en 2017, la obra presenta elementos de juicio útiles para el abordaje de Gramsci, más precisos que el que pudimos leer en *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, la cual es una obra, como su nombre lo indica, de divulgación.

En primer lugar, debe destacarse que *Las antinomias de Antonio Gramsci* no es un texto histórico que problematice los aportes de Gramsci, sino un texto teórico y político, particularmente filológico. Al igual debemos decir que este no es un texto de reconstrucción intelectual de un pensamiento político que gire sobre el concepto de hegemonía, aunque pueda parecer que sí. *Las antinomias de Antonio Gramsci*, como su título lo indica, es una interpretación sobre las supuestas incoherencias de

la teoría gramsciana de la hegemonía. Interpretación en la cual, justamente, esta posible periodización a categorías historiográficas de la hegemonía no fue estudiada por Anderson, porque, es nuestra posición, los *Cuadernos de la cárcel* no se han asumido en su integridad como un libro que también es histórico e historiográfico y que dialoga en consecuencia con la historia contemporánea de Europa y, especialmente, de Italia antes y durante los años de la cárcel de Gramsci.

Debemos pues hacer el esfuerzo intelectual de leer los *Cuadernos de la cárcel* no solo desde el ámbito filosófico, cultural o político, tal como se han leído desde hace cincuenta años, sino también leer el libro con todos sus volúmenes desde el ámbito de la “historia integral” y del debate historiográfico allí consignado. Aunque, como ya lo advertimos y debemos subrayarlo nuevamente, Anderson se hace la pregunta por esta posible periodización de la hegemonía en el campo de la historiografía, pero, desafortunadamente, no le da una respuesta efectiva en las *Antinomias de Antonio Gramsci*, donde, pensamos, debería probarla.

En esta misma interpretación de Anderson en el libro sobre las “antinomias” se destaca la teorización que hace Gramsci entre Oriente y Occidente, la definición de Estado y sociedad civil, al igual que la relación entre dominación y dirección en el ejercicio del poder político moderno. Elementos claves de lo que es, en efecto, la hegemonía para Gramsci. El historiador inglés en lo sustancial objeta la coherencia de tales definiciones, la precariedad teórica que pueden tener en términos de la práctica política efectiva y la falta de construcción lógica en un pensador de la talla de Gramsci. Estas posiciones tienen su norte en el enfoque crítico de Anderson con respecto al “marxismo occidental” y su marchitamiento, en tanto se asista también a tomar distancia de la herencia leninista de Gramsci. Debemos considerarlo entonces y no perder de vista este punto ya que Anderson como historiador está cruzando armas contra el leninismo en los tres libros citados, frente a los cuales hacemos referencia editorial. Son libros fundamentales en el imaginario del saber histórico contemporáneo, porque posicionan una discusión intelectual sobre Gramsci y contra él, incluso por fuera de la disciplina histórica frente al concepto de hegemonía (Anderson, 2017).

*Las antinomias de Antonio Gramsci* es un libro conceptual que hace parte de una trilogía sobre el “marxismo occidental” del historiador Anderson. En todos ellos hay, en mayor o menor medida, un cuestionamiento a las tradiciones de izquierda, pero también un reconocimiento a sus luchas al igual que a sus derrotas; también, claro está, se destacan sus figuras intelectuales principales, como sus contribuciones teóricas más significativas sabiendo, por ejemplo, que son libros donde se le está diciendo adiós al marxismo como pensamiento para la liberación social, tal como el siglo XX lo conoció. En el caso de Gramsci, como lo reiteramos, la discusión se centra en la teoría de la hegemonía. Pero esta es una discusión operando en dos problemas prácticos del siglo XX que son

centrales para Anderson: la derrota del capitalismo y la construcción de la vía socialista en Europa. En términos de Gramsci, el lenguaje utilizado sería otro, hablaríamos de la filosofía de la praxis.

Desde nuestro punto de vista, el libro *Las antinomias de Antonio Gramsci* no hace una reconstrucción histórica del pensamiento gramsciano sobre hegemonía, porque no la sitúa en una discusión histórica concreta como el *Risorgimento*, donde se logre traducir la categoría gramsciana; por lo mismo, no hay un despliegue conceptual y práctico que pruebe en los textos de Gramsci que la hegemonía no es histórica. Anderson no lo hace pues no es su objeto de estudio. Se pierde por ello la diacronía de la producción intelectual de Gramsci como pensador historicista. Y el proceso histórico-político de tal formación intelectual, no llega a ser sustancial para captar la emergencia cultural de la hegemonía como proceso histórico-político, en la mente y en la escritura de Gramsci, lo que se ha llamado el ritmo de su pensamiento de Gramsci (Cospito, 2017).

Sin embargo, la más reciente contribución de Anderson a la reflexión gramsciana está consignada en la “New Left Review”, *Los herederos de Gramsci* (Anderson, 2015). En ella el autor inglés presenta brevemente a aquellos autores que están en diálogo con Gramsci desde el concepto de hegemonía, vale decir: Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Ranjit Guha y Giovanni Arrighi. En todos ellos la ilación gramsciana se produce a raíz de la lectura novedosa que tienen de la hegemonía como proceso histórico, político o económico. Laclau y Mouffe (2004) tienen una posición hegemónica articulada desde el concepto identitario de pueblo; Guha (2019; 2002) asume que existen grupos subalternos para pensar desde India el siglo XVIII-XIX y con ella la dominación sin hegemonía y, por último, Arrighi (1999) construye un paradigma hegemónico centrado en las relaciones económicas y políticas de las grandes potencias, particularmente de los Estados Unidos y China para pensar la globalización actualmente en despliegue histórico.

Ninguno de los autores referidos toma integralmente la discusión gramsciana de la hegemonía desde los *Cuadernos de la Cárcel*, sino que los leen según la disciplina en la que se encuentran. Laclau y Mouffe desde una posición filosófica, psicoanalítica y sociológica, Guha desde el campo de la historia social asiática y Arrighi tomando en consideración la teoría económica contemporánea, los ciclos económicos y el desarrollo desigual.

Entre los citados, solo Guha ha conservado la inquietud por estudiar desde la historiografía el sujeto subalterno, en este caso hindú y la dominación británica de la India desde la novedad del concepto de dominación sin hegemonía. Al igual que en la propuesta que leemos de Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*, la preocupación por los grupos subalternos tiene en Guha un referente central para entablar un diálogo con el pensador italiano. Y, en efecto, como lo veremos en esta investigación, Gramsci

conceptúa de forma explícita sobre los procesos de dominación sin hegemonía, por ejemplo cuando toma con seriedad la contribución de lo que ha sido la “revolución pasiva” en Italia desde el siglo XIX.

### **2.3 E. P. Thompson y la “hegemonía cultural” en la historia**

Edward Palmer Thompson fue un historiador inglés que no solo escribió libros de historia social como *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) sino que vivió un activismo político muy propositivo en la segunda mitad del siglo XX. Aparte de lo anterior, fue también un referente analítico original en la propuesta de la izquierda militante y en concreto de un marxismo heterodoxo en el campo de la historia. Su originalidad consistió, según nuestra lectura, en plantear elementos para una lectura subalterna de la historia. En ella cabía la formación de los grupos y las clases subalternas, la cultura como elemento conector de la identidad social, de la experiencia, del folklore y de la praxis política. Frente a esto, interesa el acercamiento que particularmente Thompson tuvo con respecto a la propuesta de Gramsci en dos campos que consideramos centrales en nuestra discusión: la hegemonía y el sentido común.

Así visto el problema con respecto a la herencia gramsciana, es el historiador Thompson un autor de referencia básica en nuestra propuesta de investigación para situar a Gramsci en la historiografía, en la historia de Europa y en la relevancia que tienen los *Cuadernos de la cárcel* en la historia como disciplina social comprometida con las transformaciones del mundo contemporáneo (Eric Sebares, 2013).

Por cuestiones de espacio no nos vamos a detener en las discusiones que sobre el marxismo en general existieron entre los historiadores Anderson y Thompson. Subrayamos que Anderson en su libro *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson* asumía un marxismo heterodoxo y abierto a los debates con otras corrientes intelectuales, básicamente abierto a la cultura. En el caso de Thompson, y refiriendo su libro de respuesta a Althusser, *Miseria de la teoría*, su formación era más clásica y defendía una propuesta de marxismo que contara con un pensamiento radical, si se quiere revolucionario, y donde los subalternos cobraban autonomía intelectual y política en la praxis de esta historia humana. De ahí que cuestionara integralmente la teoría y particularmente la filosofía y la herencia ideológica de Althusser, que se había presentado en sus libros, *Para leer el Capital* y *La revolución teórica de Marx* como un teoricista de la lucha de clases.

Existen dos textos del historiador Thompson que vamos a considerar en la discusión con respecto a su lectura de Gramsci. Adviértase entonces la forma intelectual en que el inglés está leyendo al autor

italiano, y hasta dónde existe en Thompson una elaboración propia de los conceptos gramscianos, es decir, de la hegemonía y el sentido común.

El primero de las referencias es el intitulado *Folclor, antropología e historia social* (1994), el cual es la versión revisada de una conferencia que el autor impartió en el Indian History Congress de Calcuta, el 30 de diciembre de 1976. Podemos entonces iniciar considerando la siguiente frase donde Thompson relaciona, siguiendo a Gramsci, la hegemonía con el sentido común. Al respecto sostiene: “Los historiadores de la tradición marxista que han sido influenciados por el concepto gramsciano de hegemonía, han empezado a mirar también de un modo nuevo las nuevas formas de dominación y control de las clases dominantes. Las clases dominantes han ejercido la autoridad por medio de la fuerza militar e incluso la económica, de una manera directa y sin mediaciones muy raramente en la historia, y esto sólo durante cortos periodos. La gente nace en una sociedad cuyas formas y relaciones parecen tan fijas e inmutables como la bóveda celeste. El «sentido común» de una época está saturado de la ensordecedora propaganda del *statu quo*; pero el elemento más poderoso de esta propaganda es simplemente el hecho de que lo que existe, existe” (Thompson, 1994, 63).

Thompson, no obstante, había retomado una referencia central en nuestra discusión con Gramsci y la historia y lo hizo algún tiempo antes en su texto *Patrician*, en el cual podemos leer: “Definir el control en términos de hegemonía cultural no es renunciar a cualquier intento de análisis, sino prepararse para el análisis en los contextos en los que debe hacerse: en las imágenes del poder y la autoridad, en las mentalidades populares de subordinación” (Thompson, 1994, 64).

Y la última referencia de la conferencia en Calcuta que citamos es la siguiente, en la que advertimos la forma como Thompson entiende la relación con el sentido común y la dominación de clase. Señala el historiador: “en una sociedad dada, en la que las relaciones sociales se establecen en términos de clase, hay una organización cognitiva de la vida que se corresponde con el modo de producción y las formaciones de clase evolucionadas históricamente. Este es el «sentido común» del poder, el que satura la vida cotidiana, que se expresa, más o menos conscientemente, en la aplastante hegemonía de la clase dominante y en sus formas de dominación ideológica” (Thompson, 1994, 78).

De esta manera tenemos algunos elementos para el análisis del historiador Thompson con relación al aporte intelectual de Gramsci en la disciplina histórica. En primer lugar, la consideración de la hegemonía operando en la historia, en segundo lugar la relevancia que tiene el sentido común como proceso cultural en esta posible historia de la hegemonía y, finalmente, la definición literal que encontramos de “hegemonía cultural” a partir del sentido común del poder, leído siempre desde un carácter de clase dominante.

Sin embargo, y es desafortunado, Thompson no opera estas reflexiones teóricas y críticas con estudios de caso, investigaciones históricas situadas en épocas particularmente sugestivas en lo político y lo histórico, para con ello probar o negar la discusión de la hegemonía y el sentido común operando en la historia.

Con respecto a la comparación teórica e historiográfica que ya hemos realizado de Anderson frente a Gramsci, debemos señalar que el caso es distinto en Thompson. En este último historiador inglés encontramos una legitimación en la discusión con Gramsci, como lo referimos, respecto a hegemonía y sentido común. Fundamental, pensamos, es el precioso aporte de la hegemonía para entender la historia de la dominación de clase. Igualmente, relevante ha sido advertir en el historiador inglés que esta “hegemonía cultural” se posiciona en el mundo popular a partir de la reproducción del sentido común y de la dominación tradicional que le acompaña.

Por lo anteriormente citado, debemos volver nuestros ojos otra vez al aporte de Thompson frente a la lectura cercana y comprometida que le asiste de Gramsci. En su libro *Costumbres en común* (1995), especialmente en “Introducción: costumbre y cultura”, podemos leer de Thompson lo siguiente, hablando justamente de Gramsci. La frase reza: “Señaló (Gramsci) el contraste entre la «moralidad popular» de la tradición folclórica y la «moralidad oficial». Su «hombre en la masa» podía tener «dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria)»: una de praxis, la otra «heredada del pasado y absorbida sin espíritu crítico». Al hablar de ideología en sus cuadernos de cárcel, Gramsci dice que se apoya en la «filosofía espontánea que es propia de todos». Esta filosofía (concluye) se deriva de tres fuentes: en primer lugar, «el lenguaje mismo, que es una totalidad de ideas y conceptos determinados, y no sólo de palabras, gramaticalmente vacías de contenido»; en segundo lugar, «el sentido común»; y, en tercer lugar, la religión y el folclore populares” (Thompson, 1995, 23).

Reconociendo Thompson que existen fuentes alternativas de “filosofía espontánea”, tal como las propone Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, y en concreto de sentido común y praxis, se alista a asumir una relación entre la experiencia y el sentido común, la cual pasamos a considerar. Escribe Thompson. “Gramsci también insistió en que esta filosofía no era sencillamente la incorporación de un individuo, sino que se derivaba de experiencias compartidas en el trabajo y en las relaciones sociales, y está «implícita en su actividad y que en realidad le une con todos los demás trabajadores en la transformación práctica del mundo real...». Así, las «dos conciencias teóricas» pueden verse como derivadas de dos aspectos de la misma realidad: por un lado, la necesaria conformidad con el *statu quo* si uno quiere sobrevivir, la necesidad de arreglárselas en el mundo tal como, de hecho, está

mandado, y de jugar de acuerdo con las reglas que imponen los patronos, los *overseers* de los pobres” (Thompson, 1995, 24).

Igual, tal y como lo hemos referido párrafos atrás, la relación del sentido común con la dominación interesa especialmente al historiador Thompson. Esta filosofía espontánea, esta praxis de lo popular, es relevante para la historia social que Thompson ha abrazado en su vida profesional como historiador y como militante. Justo el punto de la experiencia en la historia está en relación con el sentido común, en tanto entendemos que es filosofía espontánea: todos los trabajadores la tienen. O como lo va a sostener Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*: es la filosofía de los “no filósofos”. Como a Thompson le interesa la experiencia del mundo popular y, en concreto, del folklore, debe prestar atención y oídos a esta filosofía espontánea del pueblo, de los trabajadores, en general de los procesos atados a la historia de la dominación de clase.

En efecto, a Thompson le interesan los procesos de emancipación de los trabajadores. Y en ese horizonte ha leído la “hegemonía cultural” Gramsci: para entender el proceso de dominación de clase sobre los trabajadores. Pero no solo eso, también para comprender la historia material de estos mismos trabajadores. Para confirmarlo, citemos este pie de página que encontramos en su texto “La sociedad inglesa del siglo XVIII. ¿Lucha de clases sin clases?”, contenido en el libro *Tradicón, revuelta y conciencia de clases*, en el que podemos leer: “La cuestión de si una clase subordinada puede o no desarrollar una crítica intelectual coherente de la ideología dominante -y una estrategia que llegue más allá de los límites de su hegemonía- me parece ser una cuestión *histórica* (es decir, una cuestión respecto a la cual la historia ofrece muchas respuestas diferentes, algunas muy matizadas), y no una que puede ser resuelta con pronunciamientos de «práctica teórica». El número de «intelectuales orgánicos» (en el sentido de Gramsci) entre los artesanos y los trabajadores de Gran Bretaña entre 1790 y 1850 no debe subestimarse” (Thompson, 1979, 59- 60).

Para ir asomándonos a la parte final de la discusión teórica con Thompson, debemos considerar que para él la hegemonía, leída desde la clase subordinada o subalterna, es una cuestión de naturaleza histórica. Temática muy importante en la propuesta intelectual de pensar el aporte de Gramsci a la ciencia de la historia a partir del proceso cultural de la hegemonía, leída ella desde el primado de la forma intelectual.

No debemos dejar de lado entonces que abordamos una cuestión histórica, la cual, a su manera Thompson auscultó con los elementos que tenía a la mano, de lo cual ha dado prueba. Pero que sean otra vez sus propias palabras las que nos den el sentido histórico que para él tenía la hegemonía en sus investigaciones concretas del siglo XVIII. Thompson sostiene a continuación que: “El concepto

de hegemonía es inmensamente valioso, y sin él no sabríamos entender la estructuración de relaciones del siglo XVIII. Pero mientras que esta hegemonía cultural pudo definir los límites de lo posible, e inhibir el desarrollo de horizontes y expectativas alternativos, este proceso no tiene nada de determinado o automático. Una hegemonía tal sólo puede ser mantenida por los gobernantes mediante un constante y diestro ejercicio, de teatro y concesión. En segundo lugar, la hegemonía, incluso se impone con fortuna, no impone una visión de la vida totalizadora; más bien impone orejeras que impidan la visión en ciertas direcciones mientras la dejan libre en otras. Puede coexistir (como en efecto lo hizo en la Inglaterra del siglo XVIII) con una cultura del pueblo vigorosa y autoactivante, derivada de sus propias experiencias y recursos” (Thompson, 1979, 60).

En palabras del historiador inglés la hegemonía de una clase o una serie de clases en la historia moderna ha existido. El banco de prueba que entrega Thompson es la Inglaterra del siglo XVIII. No podemos entender las relaciones de clase en este siglo sin asomarnos de esta forma al concepto histórico y cultural de hegemonía. Concepto que como ha quedado detallado por medio de las referencias que hemos tomado en consideración, sobreviene con la lectura que Thompson ha abrevado de Gramsci. Especialmente en su bibliografía de consulta sobre las notas de Gramsci en la cárcel, Thompson se sirve de la edición inglesa de 1971 intitulada *Selections from the prison notebooks*.

De manera que, como lo hemos considerado, la discusión con Gramsci, con la “hegemonía cultural” y el sentido común como elemento de aquella, vienen a ser asumidos por Thompson en la década de los años setenta, cuando se viene a popularizar la lectura de Gramsci en Europa y especialmente en Inglaterra, desde una óptica teórica y no política. De ahí los trabajos de Anderson que hemos citado y del mismo Thompson que complementan estas relevantes propuestas analíticas con respecto a Gramsci. Y de las cuales el mismo Thompson se alimenta con las referencias también de R. J. Morris, a propósito de la función de los intelectuales en la hegemonía; y de Genovese cuando sostiene que asumir la hegemonía en la historia implica reconocer la lucha de clases (Thompson, 1979, 59).

## **2.4 Guha y los estudios subalternos hindúes**

Ranajit Guha (1922) es un historiador hindú con una formación militante en el partido comunista indio, al cual abandonó luego de la invasión de Hungría por parte de las tropas de la URSS en el año 1953. Hacia 1956 llegó a ser profesor en la Universidad de Manchester en Inglaterra, para posteriormente asumir su cátedra de historia en la universidad de Sussex, de donde fueron derivando sus intereses e investigaciones que desembocaron en 1982 con la fundación de la revista *Estudios subalternos: escritos sobre la historia y la sociedad india*. Hasta 1988 hubo edición continua de la revista, año en el cual Guha se retiró del grupo. Esto sucedió un año antes de la caída del muro de

Berlín, que dio al traste con la URSS como proyecto alternativo al capitalismo. Y como tal podemos considerar que fue el punto final del marxismo crítico en Guha, el cual de cierta manera recorrió desde los tempranos años cincuenta del siglo XX, cuando como lo referimos, tomó distancia ideológica del partido comunista indio.

Según lo referido, el proyecto histórico de publicar los *Estudios subalternos* implicó de forma práctica asumir en la escritura de la historia un marxismo crítico, abierto este al diálogo fecundo con otros saberes sociales, como la antropología, la filosofía, la semiología, etc (Chakrabarty, 2008). Y en general, la influencia de las ciencias sociales, de las que Guha como mentor del grupo de estudios subalternos fue un cultor durante una década.

Lo que interesa de Guha para nuestra investigación es la posición ético-política que toma con respecto a pensar el sujeto subalterno en la historia social. Y para ello se arma de algunas referencias que asume directamente de Antonio Gramsci, las cuales también va modificando según su propio cometido.

Escribe Guha en su libro *Dominación sin hegemonía. Historia y poder en la India colonial*: “hegemonía significa una condición de dominación (D) en la que, en la composición de D, la persuasión (P) es mayor que la coerción (C). Definida en estos términos la hegemonía opera como un concepto dinámico y mantiene incluso la estructura más persuasiva de la Dominación siempre y necesariamente abierta a la Resistencia. Al mismo tiempo, evita la yuxtaposición gramsciana de dominación y hegemonía (un término que a veces es utilizado como dirección) como antinómicos” (Guha, 2019, 48).

La expresión subalterno, al igual que el concepto de hegemonía, utilizados por Guha, son de la cosecha de Gramsci. Ambas referencias eran fundamentales para Gramsci, como lo advertimos al comienzo de este trabajo, también lo fueron para E. P. Thompson en su lectura de la historia social del siglo XVIII, y han sido parte de un interés por la historia social en Inglaterra también, a su manera, en Eric Hobsbawm. Interés cultural que de cierta forma con Guha coge vuelo propio, sabiendo como sabemos que su formación universitaria en Inglaterra se da en el contexto ideológico y político de la discusión con un marxismo crítico, el de Thompson mismo, por ejemplo.

Esta posición ético-político por lo subalterno tiene en Guha a su representante más importante durante este periodo de los años ochenta para pensar la historia de los grupos y las clases subalternas, tal como la llamará Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* cuando se apresta a estudiar sobre el *Risorgimento*.

Detallando su producción intelectual, podemos considerar los trabajos más significativos del historiador Guha para la discusión al tiempo de lo subalterno y de la hegemonía en el campo disciplinar de la historia por él expuesta. Hablamos, por supuesto, de su libro más representativo, *Dominación sin hegemonía. Historia y poder en la India colonial* (2019), el cual fue inicialmente editado en el año 1997 por Harvard University Press y reúne tres escritos significativos de Guha redactados en los años 1986 y 1987, es decir, en la última parte del grupo de “Estudios subalternos”. Y en ellos condensa el autor todo lo referente al tema de hegemonía y subalternos, investigando para ello diacrónicamente la dominación británica del Raj en su India natal.

Consideremos pues este libro en su integridad. Los tres ensayos plantean una discusión contra las élites y su dominación imperial, las cuales no solo han hecho la historia de la India como colonia, sino que la han escrito cual si fuera la verdad oficial de la India. Así es como tenemos que la historiografía tradicional de la India, pro-inglesa y pro-élite, se empieza a cuestionar seriamente desde un enfoque subalterno, el de Guha, que toma en consideración a los nativos, sus tradiciones, sus dialectos y lo más importante, sus luchas históricas. Es claro que Guha abraza la causa de los indígenas de la India, siendo como era de familia terrateniente e individualmente considerado representante de la élite letrada atada intelectual y culturalmente al Imperio inglés. Y esta causa subalterna significa para Guha que las tribus hindúes tienen también una historia nativa que debe ser considerada e igualmente escrita.

Para realizar con ahínco este cometido de escribir la historia desde abajo, desde el subalterno en su condición de nativo, Guha va desgranando con precisión lo que fue esta historia de dominación de las élites en la India. Primero nos enseña que cuando los ingleses forjaron el Raj en la India, este hecho implicó una dominación de facto, sin consenso, hacia y contra los nativos. Pero el problema histórico fue que este complejo proceso se realizó sin la presencia de la hegemonía, es decir, sin una cabal dirección intelectual que tomara en consideración y cooperación a los nativos, a sus tradiciones, sus representaciones culturales y sus luchas. Entonces, la tesis de Guha es que en la India entre los siglos coloniales del XVIII-XIX e incluso hasta Gandhi en el siglo XX, lo que existe es una suerte de “dominación sin hegemonía”.

En segundo lugar, las élites dominantes en la India han asumido para sí la acción autónoma de los nativos, cumplido este proceso, han vuelto funcional la movilización social y cultural de los nativos, pero no hasta lograr articular una hegemonía con ellos y para ellos. Es decir, lo que subyace a la idea expuesta es que existió un proceso de movilizaciones que separó a las élites blancas y pro-inglesas, atadas estas a la institución del Raj británico, las cuales tomaron distancia ideológica y material de los subalternos hindúes. El resultado histórico que arrojó fue que se vendió una suerte de hegemonía

espuria al calor del nacionalismo para hacer suya las movilizaciones de los nativos. Pero la realidad fue otra: la conservación de la dominación plena por parte de la élite blanca, letrada e inglesa derivó en un proceso largo y complejo de dominaciones, incluyendo en esta la que fue realizando la historiografía pro-inglesa. Al final no hay cooperación con el nacionalismo y los subalternos quedan al margen de su propia historia y en su propio país. Una “dominación sin hegemonía”, repetimos, es la tesis de Guha. Fuerza y no consenso. O como diría Gramsci hablando de la experiencia histórica del *Risorgimento*: dictadura sin hegemonía.

El tercer aporte de Guha tiene que ver con la propuesta de reconocerse en una historiografía de la India hecha por los propios indios y no por el Raj británico y sus agentes intelectuales. Esta es la lectura histórica desde la propia condición subalterna de los hindúes como pueblo: una lucha por la autonomía en la escritura de su propia historia. Una historia escrita y articulada desde las propias concepciones de los subalternos, que logre advertir lo que ha significado la larga dominación británica en la India. Una historia subalterna de la dominación hindú es necesariamente una “historia integral” que reconoce la naturaleza social y cultural de lo que ha sido el Estado occidental, colonial y moderno. Una nueva historia de los subalternos es pues una historia donde se pone en cuestión plena la función del Estado occidental como órgano de unidad legítima.

Sobre este último punto, decisivo en una propuesta de escribir una historia desde el subalterno excluido, es el tema sobre el que ha versado la propuesta novedosa de Guha en los años ochenta y comienzo de los noventa del siglo XX. Para seguir el hilo de la discusión con el autor hindú, planteamos a continuación la referencia a los textos. Podemos considerar *Las voces de la historia y otros estudios subalternos* (2002) en los que la inquietud por la escritura de la historia subalterna y las voces de esta misma historia por parte de los subalternos está en cuestión, y particularmente desde una posición que reconoce la autonomía e insurgencia. Es decir, Guha advierte que en la historia nativa de la India los subalternos no son seres pasivos, sino activos y por lo mismo pueden desde sus propias voces lograr escribir su propia historia, más allá del Estado colonial, más allá de la dominación.

Un último referente en el debate intelectual alrededor de pensar la emergencia de una historia por fuera de las élites, cuestionando la dominación estatal, la colonización desnuda, y el reconociendo a los subalternos en su propio hacer, es el libro *La historia en el término de la historia universal* (2002). En este libro se reúnen conferencias del autor en la Universidad de Columbia, las cuales datan del año 2000. En este libro se continúa un cuestionamiento a una historia crítica del colonialismo y de la presunta labor de estatización de esta dominación. En efecto, existe un cuestionamiento a la lectura estatista de la historia que ve en el Estado el objeto más importante de la historia moderna

occidental y oriental. Por eso, para Guha escribir la historia desde los subalternos pone en cuestión de forma integral la dominación del Estado moderno y la presunción de ser él el órgano y la unidad de la historia universal.

## **2.5 Hobsbawm: un Gramsci para la historia social**

Eric Hobsbawm fue el historiador inglés que más difundió el pensamiento de Antonio Gramsci en el campo profesional de la disciplina. Lo hizo a partir de conferencias y una serie de textos muy sugestivos sobre el sardo, los cuales pasaremos a considerar en los párrafos que siguen. Más que una puesta en discusión y polémica sobre los conceptos gramscianos como hegemonía, tal como lo realizó Perry Anderson en su momento y a su manera, en virtud de las posibles antinomias de Gramsci, la propuesta de Hobsbawm fue adentrarse en la conceptualización de Gramsci tratando de asumirla en su real dimensión: desde los grupos y las clases subalternas. En efecto, advertimos en Hobsbawm una veta analítica para la difusión de lo que bien podríamos llamar el pensamiento histórico de Gramsci, soportado él en la condición subalterna de la historia material de los sujetos políticos.

Empecemos, justamente, con un texto ya clásico en la discusión histórica de Hobsbawm intitulado *Notas para el estudio de las clases subalternas* (Hobsbawm, 1983, 45-59). En este ensayo el autor plantea la inquietud con respecto a las clases subalternas y para ello cita a Gramsci como referente en la discusión teórica, o cuando menos en la propuesta de investigación. Ahora bien, Hobsbawm sostiene que lo que entonces existe es una corriente de investigación historiográfica situada entre la sociología y la historia que toma en consideración a las clases subalternas como elemento de estudio e investigación.

Entonces, por un lado tenemos investigaciones sobre movimientos revolucionarios y de obreros típicos de Europa y, por otro, movimientos de liberación nacional y social en zonas o países subdesarrollados. Es así como Hobsbawm refiere los nombres de estos autores con sus respectivas investigaciones. En el primer grupo están como referentes fundacionales los siguientes intelectuales: Mathiez, Labrousse, Lefebvre; y luego se localizan los segundos: Soboul, Coob y Rudé.

Con respecto al segundo grupo de investigaciones sobre movimientos de liberación nacional, debemos señalar, apoyándonos en Hobsbawm, a los autores Shepperson y Price, Chesneaux, Worsley y Cohn. Con estas referencias, debemos pasar así a un tercer grupo de investigaciones. Estas son contribuciones sobre los trabajadores modernos y la cultura popular, particularmente que toman en consideración al folclor como objeto de estudio.

Siguiendo la presentación de Hobsbawm debemos citar qué problema debieron resolver los historiadores de las clases subalternas. Al respecto leemos: “el de la sustancial ineficiencia de las clases subalternas y de sus movimientos durante la mayor parte del proceso histórico” (Hobsbawm, 1983, 52). Es decir, su historia es fundamentalmente una historia de derrotas o ellas mismas, las clases subalternas, son incapaces de ser victoriosas en dichos procesos. De ahí que Hobsbawm trace un interés por las investigaciones históricas sobre las clases subalternas: focaliza la atención en los elementos de cohesión de las sociedades, en tanto son distintos de los elementos de ruptura.

“Pero -continúa Hobsbawm su análisis- las clases subalternas estudiadas por los historiadores son demasiado raras o tal vez en ningún caso conscientes de manera científica de su interés y sus aspiraciones. Sus movimientos son por excelencia espontáneos. A consecuencia de ellos los mecanismos que les impiden realizar sus aspiraciones son de importancia capital” (Hobsbawm, 1983, 53).

En ese sentido es que señala Hobsbawm que las clases subalternas emergen y tienen aspiraciones revolucionarias antes de la constitución de las sociedades capitalistas, como lo fueron los movimientos milenaristas, por ejemplo. Al tiempo estos mismos grupos sociales son incapaces de hacerle frente a la dominación y, a su manera, deben esperar hasta el nacimiento del moderno proletariado industrial para ser eficaces como alternativa social al orden vigente.

Por lo mismo, citando ahora a Gramsci, el historiador inglés sostiene que los movimientos subalternos del mundo capitalista son una “masa incapaz de llegar a una expresión centralizada de las propias necesidades y las propias aspiraciones” (Hobsbawm, 1983, 58). Con lo cual recuerda igualmente Hobsbawm que los movimientos políticos y sociales de la segunda mitad del siglo XX se desarrollan en países o zonas definidas como subdesarrolladas, precapitalistas o muy incompletamente capitalistas, según el caso.

El siguiente referente conceptual en la producción de Hobsbawm sobre Gramsci nos habla sobre la recepción del autor italiano. Nos recuerda entonces que Gramsci no sólo era el filósofo de la praxis política por excelencia, sino que fue el único “teórico marxista genuino” que al tiempo fue el líder de un partido de masas. Y, siguiendo esa línea de interpretación, subraya que los historiadores, marxistas o no, encuentran interesante a Gramsci en virtud de que este no abandonó las realidades históricas, sociales y culturales concretas en sus análisis. Es decir, Hobsbawm piensa que en Gramsci no existen abstracciones ni modelos teóricos reduccionistas.

En efecto, partiendo de lo referido, es decir de Gramsci en diálogo con la historia y los historiadores, citemos a Hobsbawm en su libro *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*: “no hay

ninguna «escuela gramsciana» de historia, ni la influencia de Gramsci en los historiadores puede distinguirse claramente de su influencia en el marxismo en general” (Hobsbawm, 2011, 345). No obstante lo anterior, podemos sostener que la atracción que los historiadores llegan a tener por un Gramsci versado en la historia obedece a su particular lectura de la filosofía de la praxis y cómo esta se va aprendiendo, potenciando y desplegando en las realidades del capitalismo, en Europa y especialmente en Italia.

Detengámonos ahora en las palabras de Hobsbawm cuando señala que Gramsci fue un autor marxista versado en la historia. De esta veta vendría entonces la cercanía de los historiadores con Gramsci. Pero no basta referir lo anterior. También se debe afirmar que en Gramsci hay una novedad en términos de cómo estaba leyendo la “historia integral”, así llamada por él, particularmente la historia italiana. Volvamos pues a Hobsbawm para sostener que: “también hay una influencia específicamente gramsciana en los historiadores, y no simplemente un empuje gramsciano a acudir (o regresar a Marx). Porque no sólo hay ciertos conceptos extremadamente fértiles en la obra teórica de Gramsci, que añaden, por así decirlo, nuevas dimensiones al análisis histórico, sino que él mismo escribió largo y tendido sobre problemas que son esencialmente históricos y también políticos” (Hobsbawm, 2011, 346).

Lo anterior con respecto a situar el análisis histórico o los problemas también históricos en la pluma de Gramsci, frente a los cuales Hobsbawm llama la atención. Pero también con ello se puede ahondar el interés manifiesto de Gramsci en el campo de la historia. Por ejemplo, en lo que tiene que ver con la historia de la ideología y de la cultura en los grupos y las clases subalternas, lo que Gramsci llamaría las “superestructuras complejas”. Aunque Hobsbawm sitúe el punto en las sociedades preindustriales donde existe “gente corriente”, consideramos nosotros que puede ser más amplio este cometido en Gramsci, detallándolo, como lo hace en sus *Cuadernos de la Cárcel*, durante todo el vertiginoso siglo XIX y los comienzos del siglo XX.

La lección final en la que Hobsbawm hace hincapié es que la historia y el estudio del mundo de las clases subalternas tiene a Gramsci como un referente fundamental; campo donde florece la historiografía, tanto de historiadores marxistas como de no marxistas (Erice Sebares, 2013). En concreto esta temática tiene que ver, enseña Hobsbawm, con la cultura popular y su prolífico recorrido durante el siglo XX, con autores tan destacados como Peter Burke, Edward Thompson y Raymond Williams.

Frente a esta temática novedosa de la historia de los grupos y clases subalternas que nos ha puesto Hobsbawm con respecto a Gramsci y su influencia en la historia y la historiografía, en el siguiente

capítulo debemos asumir el reto de pensar cuál es el método del que se sirve Gramsci para escribir una original “historia integral” del *Risorgimento*. Debemos situar a Gramsci en su contexto intelectual. Leerlo a partir de la forma intelectual que le es propia.

## 2.6 Colombia: balance historiográfico sobre subalternos

El historiador colombiano Renán Vega Cantor realiza una investigación en cuatro volúmenes intitulada *Gente muy rebelde* (2002). Es una historia social de los grupos y clases subalternas en Colombia al comienzo del siglo XX, cuando se despliega el capitalismo de la mano del capital norteamericano con sus enclaves productivos. Pero no solo es una historia de la cultura de los de abajo, es decir, subalterna, los cuales estaban en plan de cobrar autonomía partiendo de sus características particulares, como mujeres, indígenas, campesinos y ciudadanos. Leemos también militantes políticos, luchadores cívicos, rebeldes sociales, revolucionarios nacionales. Subalternos todos. Una formación social compleja y desigual en el despliegue inicial del capitalismo colombiano a comienzos del siglo XX.

Esta es pues también una historia de los olvidados por la historia patria y la historia tradicional conservadora o liberal, en un periodo histórico vertiginoso por la movilización, la lucha política y la protesta social, con el consiguiente enfrentamiento violento con el Estado. Se puede decir que en la investigación de Vega hay un enjuiciamiento al pasado y a cómo lo hemos leído. Igualmente, se puede afirmar que en el libro hay un sentido común recorriendo los procesos históricos de los subalternos y sus radicalidades políticas, aunque no se explore en detalle la existencia de este sentido común desde Gramsci. No hay por ello un estudio desde la lucha hegemónica de los subalternos.

Encontramos una lucha de clases surgiendo, creciendo y derramándose por el país rural y sus enclaves económicos en las primeras décadas del siglo XX, con la bandera del socialismo, el anarquismo y la democracia levantándose desde los espacios de explotación del trabajo y la lucha colectiva. Aunque el proceso histórico nos conduce a una derrota histórica, los grupos y las clases subalternas se van haciendo en la inmanencia de la lucha social, política y económica en el libro *Gente muy rebelde*.

Como complemento de lo anterior, están publicando en 1991 Mario Aguilera y Renán Vega Cantor el libro *Ideal democrático y revuelta popular: bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia 1781-1948*. Esta investigación se organiza desde una historia popular de los grupos y clases subalternas en Colombia durante la larga duración, iniciando ella en la rebelión de los comuneros en 1781 y terminando con la muerte violenta de Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Dos

procesos históricos violentos que tienen a los subalternos al tiempo como protagonistas y como víctimas, realidades sangrientas donde se juega la democracia y la voluntad nacional-popular.

Aguilera y Vega como historiadores sociales exploran el discurso y la mentalidad subalterna y realizan con ello un estudio de la influencia de la Revolución Francesa en la ideología de protesta colombiana. La investigación pasa por descubrir las castas, la emergencia del pueblo liberal, la reacción conservadora de finales del siglo XIX y, finalmente, la transición al capitalismo con las luchas obreras durante las primeras décadas del siglo XX, cuyos líderes más representativos son, entre otros, Raúl Eduardo Mahecha, desde la provincia y el caudillo Jorge Eliécer Gaitán, desde la capital del país. Los autores señalan como conclusión que Colombia presenta un cuadro difícil de ficción democrática con respecto a lo que no es como sociedad moderna durante su propia historia.

*Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945* (1992) de Mauricio Archila Neira es una investigación novedosa en su momento, que mostró la formación social de la clase obrera en Colombia, su lucha social y la constitución de su propia identidad. Para lograrlo toma en consideración un periodo histórico que abarca las primeras décadas del siglo XX para con ello pensar el proceso de modernización capitalista, el despegue de la industria y del régimen de enclaves agroexportadores.

Los sujetos sociales que se exploran en el libro podemos catalogarlos de subalternos trabajadores, en tanto están inscritos en una lucha cierta entre la dominación y la resistencia a los procesos capitalistas de tipo colonial. Reconocen ellos, los trabajadores, la experiencia de la explotación y la subordinación que este proceso trae consigo. Todo lo cual hace pensar que a medida que se desarrollan las primeras cuatro décadas del obrerismo en Colombia, cada vez más estos subalternos trabajadores quedan relegados en sus decisiones colectivas y en sus conquistas sociales, donde al tiempo la construcción del Estado como voluntad nacional popular queda proscrita del panorama político.

La historia social que registra el libro reconoce el aporte de la cultura, advierte igualmente que esta es una lucha de identidad colectiva por la constitución del sujeto sindical y de sus espacios colectivos, así como de su tiempo libre, donde se hace autónomo. En el libro lo singular y lo colectivo de esta vida obrera desigual se juega de forma complementaria en la misma construcción de la conciencia de clase, precaria por demás. Es la constitución de una clase social desplegada en varios epicentros productivos que no llegó a ser dirigente de órdenes nacionales ni de la propuesta del Estado integral. Son valiosos, y lo resaltamos, los aportes de estos obreros a la construcción de una novedosa cultura

popular y su lectura de cómo la identidad del trabajador es un proceso que se juega en su misma construcción social y política.

El crítico uruguayo Ángel Rama tiene un libro intitulado *Edificación de un arte nacional y popular: la narrativa de Gabriel García Márquez* (1987) que corresponde a un curso impartido en 1972 sobre el laureado escritor colombiano. Para lograrlo utiliza unos textos representativos de García Márquez como son *La hojarasca*, *El coronel no tiene quién le escriba* y *Cien años de soledad*. La labor que realiza Rama es el de detallar el proceso de formación literaria de García Márquez. Con lo cual Rama inscribe este proceso en la cultura popular que forjó al escritor y que dialoga históricamente con él en sus novelas, en donde el mundo subalterno es materia y contenido.

Entre las referencias que cita Rama se señala a Gramsci y su afirmación de que la literatura italiana durante el siglo XIX no era nacional ni menos popular. Los intelectuales no habían desarrollado un proyecto cultural de tipo nacional que leyera la vida de ese pueblo italiano, los llamados “simples”. De manera que asumiendo la propuesta de García Márquez Rama va sosteniendo que hay distintos periodos de formación en la obra narrativa del escritor colombiano. La obra, dice el autor uruguayo, es producida por un sujeto adscrito a la cultura popular y por la sociedad en la que vive históricamente. Así que lo literario, la obra en sí, dialoga con la tradición cultural de la que hace parte.

En el caso de García Márquez existe un periodo de influencia cultura que recibe el diálogo de otros escritores de su tiempo histórico, esto es, Hemingway Joyce, Faulkner y Woolf. Dialoga García Márquez con la tradición y con ello organiza el escritor colombiano otra tradición literaria. Para ello debe experimentar con el lenguaje. Es decir, lo popular, la tradición, el humor y la historia oral de sectores marginados en la novelística de García Márquez son algunos de los temas que reconoce Rama con respecto a su periodo formativo. El escritor de Aracataca va recreando una cultura popular en la cual tiene sustento y fuente su creación literaria. Una cultura si se quiere subalterna.

Otra referencia es la de María Teresa Uribe y Jesús María Álvarez con *poderes y regiones: problema en la constitución de la nación colombiana 1810-1850* (1987). En este libro los autores plantean una lectura crítica de la constitución de la nación colombiana en un periodo de formación estratégica: desde el proceso de Independencia hasta la revolución liberal del medio siglo. La tesis que va conformando el estudio de Uribe y Álvarez es que no hubo nación en forma de decreto de unidad de Estado, con lo cual se le diera vida a esta, como pasó durante la Independencia con Bolívar y Santander como dirigentes. El Estado, dicen los autores, no se decretó.

Por el contrario, existió una serie de acuerdos de diversos grupos dominantes regionales para organizarse, tomar las riquezas y definir desde las regiones del país acuerdos de poder de diverso

orden monopólico. Lo regional, y en esa medida, lo corporativo, era por entonces muy fuerte frente al Estado republicano existente en las primeras décadas del siglo XIX. Se señala entonces la existencia de una serie múltiple de acuerdos corporativos con los grupos de interés regionales, formalmente dominantes. De manera que el proceso de unidad nacional del Estado colombiano fue muy incipiente, en general precario.

Los grupos subalternos, los campesinos y las negritudes, estaban divididos por los mercados regionales y locales junto con los intereses económicos y políticos en pugna y la apropiación de la tierra, la riqueza y del trabajo asalariado. Lo que había entonces era una incapacidad del Estado colombiano, y de su dirigencia, para formular plenamente una política pública de economía nacional y con ella de dirección del orden colectivo. En palabras de Gramsci, no hubo un bloque histórico, es decir, no existió una clase social dirigente que se volviera hegemónica y se hiciera Estado.

Los libros de Miguel Ángel Herrera Zgaib, *Antonio Gramsci y la crisis de hegemonía. La refundación de la ciencia política* (2013) y *Antonio Gramsci y el pensamiento de ruptura* (2016) nos presentan una lectura sobre Gramsci realizada desde la ciencia política. En este enfoque se materializa una inquietud disciplinar por pensar la hegemonía civil como un proceso de constitución de sujetos subalternos en lucha. Al tiempo se asiste a asumir lo que significa la crisis de hegemonía en términos de aquella situación generadora de filosofía de la praxis, potenciando al máximo un pensamiento para la acción.

La propuesta del autor se centra en pensar la ruptura como creadora de realidades históricas y políticas novedosas en el orden de los grupos y las clases subalternas, aprovechando para ello la crisis de hegemonía del Estado. Gramsci, entonces, es leído como un pensador de la ciencia política que puede darle lecciones al mundo contemporáneo sobre los saberes científicos y los lenguajes sociales en órdenes desiguales e injustos como lo son Colombia y América Latina.

El historiador Marco Palacios en el libro *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia* (2002) sostiene en un ensayo intitulado “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica” una propuesta de lectura en términos de la ausencia de hegemonía para pensar el proceso histórico de Colombia en el siglo XIX. Un problema político de marca mayor. Al tiempo este texto es una crítica al economicismo en la lectura histórica que se ha hecho sobre la relación Estado y región.

Palacios, apoyándose en Gramsci, señala la fragmentación de las clases dominantes durante el siglo XIX, donde lo político, es decir, el Estado no logró tener legitimidad y el localismo y el regionalismo causaron estragos en el proyecto de unidad nacional. El historiador reconoce el atraso material del

país como un gran obstáculo para la unificación del Estado, proceso político que, pese a esto, se llevó a cabo desde arriba, es decir, desde las clases dominantes, pero con muchas incertidumbres.

Por último, señalemos que para Palacios el proceso histórico que registra sobre el Estado nacional está marcado por fuertes conflictos al interior de las mismas clases dominantes. Con lo cual se confirma la tesis de la ausencia de hegemonía civil en la conformación de la unidad del Estado durante el largo siglo XIX.

En los libros de Juan Carlos García Lozano, como autor en *La lucha contrahegemónica de las Farc-Ep (1998-2002)* (2016) y como editor en *Las Farc-Ep en la coyuntura de la paz negociada (2010-2017). Un acercamiento a su lenguaje político subalterno* (2021), se examinan con categorías gramscianas la formación de un sujeto subalterno en dos procesos históricos definidos. En el primer libro el tránsito de la paz a la guerra durante el gobierno presidencial de Andrés Pastrana y en el segundo el tránsito de la guerra a la paz durante el gobierno de Juan Manuel Santos.

En ambas coyunturas históricas se asiste a un juego de relaciones de fuerzas entre el Estado y su régimen presidencial frente a los grupos y las clases subalternas que ejercitan acciones políticas definidas, entre la paz y la guerra irregular. Y en ese contexto se investiga a un grupo subalterno armado ilegal, las Farc-Ep. Estas dos investigaciones coyunturales sobre lo político se explican desde la crisis de hegemonía del Estado colombiano y la autonomía política, individual y colectiva de los subalternos en las últimas décadas. En el primer caso, está el sentido común dominante operando en la guerra, en el segundo caso, encontramos la articulación a partir de una suerte de lenguaje político subalterno en la constitución de la paz negociada, con sus limitaciones incluidas.

Debemos considerar para el caso colombiano el estudio filosófico del profesor Jorge Gantiva Silva, *Un estudio sobre Gramsci. El sentido de la filosofía, de la política y la tarea del pensar* (2008). En este trabajo el autor propone una lectura de Gramsci desde la filosofía para pensar con ella la ética, la pluralidad, la pedagogía y los movimientos sociales. Aborda la cuestión del Estado y dimensiona la relevancia del bloque histórico para pensar bajo esta expresión la política y el poder, como procesos complementarios en Gramsci. Gantiva Silva, siguiendo al autor italiano, sostiene que todos somos filósofos y reivindica que los trabajadores tienen en este cometido una realidad que la filosofía no puede desconocer en términos de afirmar una cuestión ética en el convivir con los demás.

### 3. Capítulo 3

## El método filológico-materialista para escribir la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas

“...la naturaleza humana es el conjunto de relaciones sociales históricamente determinadas, es decir, un hecho histórico verificable, dentro de ciertos límites, con los métodos de la filología y de la crítica”. GRAMSCI, *Cuadernos de la cárcel*. “La ciencia de la política”.

#### 3.1 Una investigación filológica de la “historia integral”

La investigación histórica sobre el *Risorgimento* en los *Quaderni* de Gramsci que escribimos ha tenido el siguiente recorrido crítico-conceptual y hermenéutico. Hemos seguido con detalle y seriedad al propio Gramsci en su escritura, lo hemos situado en su contexto intelectual y a partir de ahí hemos seleccionado una serie de “notas” de los *Quaderni*. Con este compendio de referencias extraído del documento histórico -los *Cuadernos de la cárcel*- hemos desplegado un seguimiento conceptual y relacional, material y coyuntural, con respecto a la temática objeto de esta investigación: el *Risorgimento* como un largo proceso histórico-político en la formación del Estado-nación en Italia. Proceso fallido, desigual, complejo, rico en lenguajes y saberes, no agotado en el periodo histórico del siglo XIX.

Con la propuesta gramsciana sobre los lenguajes científicos y los saberes sociales en la larga duración de la “historia integral” del Estado-nación italiano, hemos separado tres distintos periodos históricos para hacer claridad sobre los recorridos: a) el tránsito de la República al Imperio romano en cabeza de César y Augusto; b) el medioevo o época de los Comunes y c) la época del mercantilismo y de las monarquías absolutas. A este proceso inicial que Gramsci ha registrado en sus “notas”, le

hemos agregado un cuarto periodo de estudio que tiene que ver justamente con el *Risorgimento* como tal, de 1848 a 1870. Proceso que, como decimos, no se agota en estos años de estudio, sino que llega, según Gramsci, incluso a las décadas del fascismo italiano en el siglo XX.

Esta “historia integral” del Estado-nación italiano, leído en la larga duración que sumado da dos mil años, tiene que ver con la afirmación de la “hegemonía” como concepto histórico-político útil para pensar este largo proceso. Gramsci, como historiador empírico, se sirve de ella en distintos pasajes hablando de los antecedentes históricos, políticos y económicos del *Risorgimento*. Es decir, desde el mismo comienzo de la formación del Estado-nación italiano, con César y Augusto, se precisa reconocer la emergencia de la hegemonía como un doble proceso histórico-político: por un lado el que tiene que ver con la dirección intelectual y moral de las clases y los grupos sociales aliados al gobierno y, por otro lado, el que se ejerce con la dominación económica, política e ideológica sobre las clases y grupos sociales subalternos, formalmente adversarios o antagonistas contra dicho gobierno. Proceso, éste último, que no es explícito en lo que la llamada historia patria ha arrojado sobre esta historia de formación estatal: una historia de legitimidad, de consenso, de unidad italiana, en últimas.

Entonces, en el repaso de la larga duración, extraída de los *Quaderni*, encontramos la hegemonía civil como proceso de dirección intelectual y moral en su doble faceta: primero, como concepto histórico-político útil para traducir filológicamente la historia integral de los grupos y las clases subalternas en tránsito a hacerse hegemónicas. Segundo, como proceso histórico-político, en tanto es un instrumento fundamental en la formación del Estado-nación para lograr encausar con ella la forma intelectual que guía la conformación de las superestructuras complejas (sociedad civil más sociedad política).

En efecto, Gramsci no solo descubre un concepto central que hace parte de los saberes sociales de la historia y la ciencia política -la hegemonía civil-, sino que hace una descripción y un análisis tanto coyuntural como orgánico del largo proceso histórico-político que se despliega con la hegemonía como realidad situada. Y el caso es Italia, su patria.

Sin embargo, también debemos sostener que Gramsci compendia este descubrimiento en un método filológico (genealógico) que descubre las *procedencias* y las *rupturas* de los sujetos sociales, políticos e históricos, en tanto grupos y clases subalternas con lenguajes históricos y saberes sociales, los cuales se inscriben en la formación del Estado-nación moderno italiano. Esto quiere decir que la

investigación que él está realizando, con sus adelantos y realidades, y respecto a las subjetividades subalternas en acto, burguesas y proletarias, tienen un nacimiento y una confirmación social en escenarios desiguales de lucha contra la dominación, contra la explotación, en la praxis política de incontables derrotadas, en la guerra misma con sus derramamientos de sangre. En suma, una historia de los grupos y las clases subalternas leída con el paradigma de la lucha de clases y de los grupos sociales. Antagonismo social que está en el orden mismo de la creación humana de lo común y que tiene que ver con cómo se entiende lo común, esto es los lenguajes científicos y saberes sociales y su traducibilidad (Ives, 2004; Ives & Lacorte, 2010).

### **3.2 La genealogía de la formación social**

Subrayamos que Gramsci no habla literalmente de genealogía en su investigación. Pero siguiendo primero a Nietzsche (2006) y luego a Foucault (1988, 2000), si se trata de saberes históricos y lenguajes sociales de grupos y clases subalternas, las que han sido dominadas y olvidadas por la historia oficial y por los poderes establecidos, el método para descubrir sus potencialidades y sus *procedencias* como sujetos sociales autónomos está en considerar un repaso de corte genealógico-filológico en las relaciones de fuerza. Este es un Gramsci no solo leído como pensador y teórico político, sino también, fundamentalmente, un autor para la concebir la historia contemporánea en su genealogía y el mundo global en crisis (Kanoussi, 1998; Herrera Zgaib, 2013).

Hacer genealogía, en ese sentido, es hacer historia a contrapelo, una historia *desde abajo*, una historia integral de la larga duración en la conformación de los sujetos sociales y políticos. Una genealogía de los grupos y las clases subalternas, entonces, pone de presente la potencialidad creativa de los sentidos comunes, con lo cual se politiza la historia en el marco de un orden que crea lo común. Con Gramsci asistimos así a la propuesta de pensar una historia integral que se traduce en “historia integral”: el Estado-nación como objeto de estudio en todos sus órdenes complejos, vale decir, sociedad política más sociedad civil. Una historia de superestructuras complejas que es igualmente guiada por la forma intelectual.

La genealogía y la filología por sus diversas procedencias son saberes subalternos y asumen una condición de autonomía frente a los poderes establecidos, los que sean. Y como lo leemos en esta investigación, los grupos y las clases subalternas no solo tienen sus realidades histórico-políticas situadas, sino sus propias verdades, sus propias concepciones de mundo, sus propias ideologías en el ámbito de la historia y la política, y en general de los saberes sociales y los lenguajes históricos de

un mundo popular subalterno. Un mundo social-histórico construido por los distintos sentidos comunes (Cospito, 2018).

Hegemonía, como proceso histórico-político de dirección intelectual y moral, y la genealogía-filología como método de investigación de lo subalterno, son los instrumentos conceptuales fundamentales con los cuales se realiza la investigación sobre los grupos y las clases subalternas en el *Risorgimento* italiano. Todo lo cual nos conduce a la forma en la que se presenta el proceso para el cabal entendimiento de la larga duración y en ella la formación del Estado-nación italiano. Como lo enseña Marx en *El Capital*, no es lo mismo el proceso de investigación que la presentación de la investigación. La lectura final de lo que es la investigación concluida ha vivido una larga etapa previa con la lectura y la relectura, la recuperación de fuentes, los borradores escritos, el análisis de todo el material, la escritura de resúmenes, etc.

Darle un orden a la lectura y por lo mismo, una comprensión cabal al material reunido, es la fase final de la investigación. Es el proceso de la escritura como liberación de un pensamiento propio. Y como se vio en el presente ejercicio, es relevante para la comprensión de la investigación seguir en detalle a Gramsci en su exposición y análisis, seguir pues su método filológico. Por lo mismo, no nos ahorramos la referencia directa de las notas del autor y menos a su pensamiento, al contrario, fomentamos este proceso de involucramiento directo con la fuente primaria, los *Quaderni*. Además, si nuestro interés intelectual es descubrir una novedad tanto en la historia de la formación del Estado-nación italiano, como en él en la emergencia de los grupos y las clases subalternas, Gramsci es un diestro escritor que no se agota en la lectura. Y debe ser leído en el contexto de una historia del siglo XX a contrapelo (Gilly, 2006).

El orden de exposición de la presente investigación arrancó por la parte final de los *Quaderni*. Aunque los *Quaderni* (Q.) se empezaron a escribir en 1929, debemos darle un sentido a la pesquisa que hace el propio Gramsci desde los años 1932-1934, etapa de madurez intelectual. En el Q. 13 (XXX), No. 17, que corresponden a dos notas, la del Q. 4 (XIII) y Q. 8 (XVIII) Gramsci escribe la nota intitulada “Analisi delle situazioni: rapporti di forza”. Lo que aquí está contenido define en buena medida la forma de exposición y presentación que se desplegará en toda la actual investigación en curso. Es decir, al propio autor en cuestión no solo lo leemos, sino que lo aplicamos a su propia teoría. Vamos por ello a llamar a este proceso un ejercicio de autoaprendizaje conceptual con la historia.

### **3.3 Un ejercicio de autoaprendizaje conceptual**

“Analisi delle situazioni: rapporti di forza” en el *Q.* 13 (XXX), No. 17 es un texto de metodología de dos saberes científicos, la historia y la ciencia política, leídos desde la filosofía de la praxis. En ese sentido, está integrado con un discurso histórico-político de cómo leer y situar al tiempo la articulación del saber histórico y del saber político en el estudio de una sociedad dada. Por otro lado, el saber del pasado y el saber del presente y sus relaciones complementarias tienen lenguajes sociales precisos que Gramsci va tejiendo en una unidad complementaria. Este es el texto donde consideramos que existe una articulación que repolitiza la historia integral bajo la premisa de la emergencia de los grupos y las clases subalternas. Con lo cual el autor va a sentar las bases para construir una pesquisa por la hegemonía como proceso histórico-político de la larga duración y una genealogía de las procedencias subalternas; ámbitos que van a ser leídos desde la creación autónoma de lo común por parte de los sujetos sociales. Es decir, con miras a que el subalterno como subjetividad material se haga protagonista de la historia integral. En el marco de este cometido por el mundo subalterno está el interés de Gramsci para lograr realizar una “historia integral” en el que la complementariedad entre la ciencia política, la historia integral, la lingüística y los distintos saberes científicos, así como los lenguajes históricos de estos saberes, se integren en una nueva concepción material del mundo de hondo acento práctico.

Hemos advertido que el doble saber de la ciencia política y de la historia está en el texto de investigación que a continuación consideramos. Empecemos por este punto. ¿Cuál es el saber de la ciencia política? Gramsci inicia caracterizando que existen “situaciones” o “relaciones de fuerzas” con las cuales despertar el interés por “la realidad de hecho” y con ello suscitar con utilidad “intuiciones” rigurosas y vigorosas asaz necesarias. Pero también nos dice el autor que se precisa entender que existe la estrategia y la táctica, al igual que plan estratégico, propaganda, agitación, orgánica, o ciencia de la organización y de la administración pública: expresiones propias de la ciencia política. Todo lo cual se desagrega así: el saber de la ciencia política se especifica para el involucramiento activo en la “realidad de hecho” y para la generación en consecuencia de “intuiciones” precisas sobre esa misma realidad. El cometido politológico que describe Gramsci es incidir sobre ese presente en curso, leído en el plano de las distintas relaciones de fuerzas: un plano de inmanencia.

De manera que los elementos de observación empírica de la realidad de hecho, propios de la ciencia política, se pueden situar en los distintos grados de relaciones de fuerzas, pero iniciando el recorrido por las relaciones de fuerzas internacionales, que es lo más macro en el asunto porque compete a los Estados como sujetos del proceso. Es decir, debemos advertir primero lo que corresponde a la gran

potencia, las agrupaciones de Estados en “sistemas hegemónicos” y los conceptos de independencia y soberanía. Con la realización de lo anterior se puede pasar, ahora sí, dice Gramsci, al “grado de desarrollo de las fuerzas productivas”, así como a las correlaciones de fuerza política y de partido (“sistemas hegemónicos en el interior de los estados”) y, por último, a las correlaciones de fuerzas políticas más inmediatas, llamadas “técnicamente militares” (Gramsci, 2013, 366).

De manera que va quedando claro que en el saber de la ciencia política existe el lenguaje de las relaciones internacionales. Ahora bien, desde las relaciones internacionales se puede leer a un Estado-nación específico puesto que tienen un objeto definido de estudio, el cual se consideró en el párrafo anterior. Empero, Gramsci sostiene que las “relaciones sociales fundamentales” vienen en primer lugar en la lectura sobre las situaciones, mucho antes que las relaciones internacionales. Si en las “relaciones sociales fundamentales” se asiste a una innovación orgánica en la estructura económica, se entiende que con ella se va a modificar integralmente las distintas correlaciones de fuerzas absolutas y relativas en el campo internacional; esta traducción se da vía expresiones técnico-militares. Entiéndase también entonces que, según Gramsci, son las innovaciones en la estructura económica las que marcan el sentido también de la importancia o no de la posición geográfica de un Estado-nación, aunque esta realidad reaccione sobre aquella, en la medida en que las superestructuras reaccionan sobre la estructura y la política igualmente sobre la economía, en tanto saberes.

Las relaciones internacionales, en efecto, reaccionan pasiva o activamente sobre las correlaciones políticas, es decir, sobre la hegemonía de los distintos partidos políticos en curso. De ahí que entre más subordinación de la vida económica de una nación a las relaciones internacionales con sus potencias definidas, más representa, dice Gramsci, un partido político específico esa situación de subordinación y se esfuerza por aprovecharla contra otros partidos políticos vigentes (fue el caso de Nitti en la Revolución italiana “*técnicamente* imposible”). Frente a lo anterior, dice Gramsci que el llamado “partido del extranjero” puede ser leído en consecuencia como el más nacionalista, gracias a su subordinación internacional, a las distintas naciones o a un grupo de naciones que son igualmente hegemónicas.

Sin embargo, a continuación Gramsci se plantea un giro en el análisis, el cual se registra con la formulación de un problema mayúsculo, con arreglo a lo inmediatamente anotado, de ahí que se cuestione: ¿cuáles son las relaciones que se dan entre la estructura y las superestructuras? Esta es una pregunta que no es propia de la ciencia política sino de la historia como saber científico sobre el nacimiento de los órdenes sociales. Por eso el autor anota que con una respuesta acorde a este

problema se puede llegar a un “análisis acertado de las fuerzas que operan en la historia”; la historia de un cierto periodo, y con este análisis ya podemos determinar su correlación, lo cual quiere decir, nada más ni nada menos, medirla. Para lograrlo se requiere tomar en consecuencia dos principios o cánones de interpretación histórica fundamentales para la filosofía de la praxis, a saber: “1) el de que ninguna sociedad se plantea tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o no estén, al menos, en vías de aparición o de desarrollo; 2) el de que ninguna sociedad se disuelve ni puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida implícitas en sus relaciones” (Gramsci, 2013, 366).

Al estudiar y registrar estos dos cánones se puede pasar entonces a señalar una serie de principios de metodología histórica, los cuales por ahora Gramsci curiosamente no registra. De ahí que se detenga en el estudio de la estructura, que como hemos dicho tiene que ver con el campo situacional de la historia y de su lenguaje. Pasa por ello a considerar el autor que existen en la historia integral movimientos orgánicos, “relativamente permanentes” y también movimientos de coyuntura, “ocasionales, inmediatos y casi accidentales”. Y los explica.

Los movimientos orgánicos, por un lado, son más amplios que los movimientos de coyuntura, de manera que estos últimos fenómenos ocasionales dependen en realidad de aquellos más permanentes. La significación que arrastra consigo el movimiento coyuntural no tiene gran alcance histórico, como sí lo tiene la del movimiento orgánico. El movimiento coyuntural por su misma naturaleza presenta una característica de crítica política al día, limitada, superficial, afectando con ello a un reducido grupo de dirigentes y también a ciertas personalidades inmediatamente responsables del ejercicio del poder. Contrario a lo anterior, el movimiento orgánico tiene una cualificación particular pues produce una crítica histórico-social de alcance trascendental que afecta consecuentemente a las grandes agrupaciones, a las masas, a los grupos y a las diversas clases sociales allí involucradas.

Advierte Gramsci que cuando se estudia un periódico histórico definido debe determinarse de forma clara la diferencia de criterio que se presenta entre el movimiento coyuntural y el movimiento orgánico (Gramsci, 2013, 367). Y esta separación esquemática para un historiador integral es más que relevante: se hace fundamental.

El ejemplo que entrega Gramsci como prueba de lo anotado es una crisis prolongada durante décadas en un país determinado. Este hecho histórico signado por la crisis revela al tiempo varias cosas. Primero que en la estructura económico-social de ese país específico se han revelado y emergido una

serie de “contradicciones insanables” que han madurado de tiempo atrás, pero también que las distintas fuerzas políticas que actúan constantemente para defender la estructura igualmente se esfuerzan por sanar y superar las contradicciones vigentes. Tal es su tarea histórica en una dialéctica *in crescendo*. Esos esfuerzos constituyen lo que debemos entender por lo ocasional o coyuntural, advirtiendo a continuación que este es el terreno en el que se organizan prácticamente las fuerzas antagónicas. Estas buscan con sus acciones demostrar en los hechos que existen ya las condiciones suficientes y necesarias para que se resuelvan históricamente los problemas en desarrollo. La demostración histórica, en efecto, dice Gramsci, puede ser verdadera si se consigue triunfar, pero la forma en que se despliega es a través de una serie de largas polémicas ideológicas, religiosas, políticas, jurídicas, de muy diverso tipo y naturaleza. Sin embargo, estas polémicas se pueden medir en términos de si ellas son convincentes y alteran o no la disposición que tienen las fuerzas sociales en la praxis. Anota, igualmente, Gramsci que las fuerzas sociales que actúan en la historia integral no solo se plantean el poder resolver el problema que les ocupa la atención, sino el deber histórico de hacerlo. Ese incumplimiento del “deber histórico”, la historia asumida como necesidad y ansias de libertad, subraya él, agrava el desorden y prepara el terreno para catástrofes aún más graves.

Después Gramsci vuelve a anotar la importancia que tiene caracterizar la relación justa y medible entre los movimientos orgánicos y ocasionales. Se precisa con fundamento evitar los errores en las definiciones, porque si no se hace, se puede llegar a exceso de “economicismo”, o, por el contrario, a exceso de “ideologismo”, según el caso. Entonces, economicismo o doctrinarismo pedante, así llamado, existe cuando se exponen como inmediatas causas que lo son en términos mediatos; aquí se está entonces sobreestimando las causas mecánicas del proceso histórico. Ideologismo, por el contrario, es cuando se afirma que las causas inmediatas son las causas eficientes únicas en consideración; aquí se está exaltando justamente el elemento individualista e individual del proceso histórico.

La lección entonces es que siempre debe aplicarse la caracterización según sea el caso de movimientos o hechos orgánicos y movimientos o hechos coyunturales, tanto cuando existen los desarrollos regresivos o de aguda crisis, como cuando existen los desarrollos progresivos y de prosperidad empírica. Un historiador integral, reconoce esta separación. Es fundamental, en esa medida, no olvidar establecer el nexo dialéctico preciso entre ambos movimientos históricos e investigaciones, dice Gramsci. El caer en un error y no saber caracterizar los dos movimientos históricos lleva a afectar la historiografía y su interés en la reconstrucción de la historia pasada. Pero es mucho más grave que esa afectación ocurra en el saber práctico de la ciencia política, porque

de lo que se trata aquí es de construir el presente y el futuro de un país. Por lo mismo, siempre debe tenerse en cuenta el análisis objetivo e imparcial en ambos saberes científicos, tanto en la historia como en la ciencia política (Gramsci, 2013, 368).

### 3.4 Hechos concretos en las relaciones de fuerza

Siguiendo con nuestro desarrollo conceptual, los criterios metodológicos anteriormente expuestos por Gramsci pueden ser significativos si ahora se aplican y se operacionalizan al examen de hechos históricos concretos. Francia puede ser considerada el ejemplo perfecto en la larga duración de los procesos, entre los años 1789-1870. En efecto, es con el hito de la Comuna de París de 1870-1871 cuando se agotan históricamente los distintos “gérmenes” originados en el hito de 1789; esto quiere decir que la nueva clase social emergente, la burguesía en este caso, infringe una derrota a los representantes de la vieja sociedad, del *Ancien régime*. Pero no basta con lo anterior, es decir, con el estruendo de la doble derrota de la aristocracia y la nobleza. También esta nueva clase social burguesa debe derrotar, y lo hace, a los “grupos novísimos” de proletarios en ebullición, que consideran superada la nueva estructura nacida con la Revolución de 1789, probando con ello que lo burgués es “vital” frente a lo viejo y frente a lo inmediatamente nuevo. Es decir, la historia integral prueba que la burguesía francesa, como clase hegemónica, se convierte en una clase revolucionaria.

Gramsci sostiene que hacia los años 1870-1871 quedan sin validez los principios de estrategia y táctica política que nacieron justamente hacia 1789 de la mano con la Revolución y que se desarrollaron ideológicamente en la revolución social del año 1848, resumiéndose éstos en la fórmula política de “revolución permanente”. (¿Qué tanto de esta fórmula pasó a Mazzini en la insurrección de Milán de 1853? ¿Ocurrió de forma consciente o no? Son preguntas claves que se formula Gramsci sobre el proceso de la unidad italiana en el *Risorgimento*).

Precisa Gramsci que distintos historiadores no están de acuerdo, y no pueden estarlo con fijar los límites históricos definidos al grupo de acontecimientos que sumados constituyen lo que es la llamada Revolución Francesa. En efecto, para una serie de autores como Salvemini la Revolución se consuma en la batalla de Valmy del año 1792. Se afirma así que Francia crea el nuevo Estado y ha organizado a la fuerza político-militar para defender la soberanía territorial de los invasores extranjeros. Para otros historiadores como A. Mathiez con su libro *La Révolution française*, la Revolución continúa hasta el Termidor del año 1794. E incluso se habla de varias revoluciones en seguidilla. De ahí que la pregunta de Gramsci sea pertinente: ¿sobre el periodo de Termidor y la labor de Napoleón se trataría de revolución o contrarrevolución?

Para otro grupo de historiadores la Revolución se extendería, según el caso estudiado, hasta 1830, 1848, 1870 e inclusive hasta la Primera Guerra Mundial en 1914. Gramsci dice que hay una dosis de verdad en cada una de estas afirmaciones presentadas, porque las contradicciones internas de la estructura social francesa desarrolladas desde 1789 encuentran una “composición relativa” solo hasta la tercera República francesa de 1870, con lo cual Francia vivirá sesenta años de vida política equilibrada luego de padecer ochenta años de “agitaciones de onda”, cada vez más extensas cada una de ellas, a saber: 1789, 1794, 1804, 1815, 1830, 1848, 1870. Con lo anterior Gramsci precisa que es a partir del estudio histórico de las ondas de diversa oscilación con lo que se reconstruye las relaciones entre la estructura y las superestructuras, por un lado; y por otro, entre el desarrollo del movimiento orgánico y el movimiento coyuntural de la estructura. Entonces, podemos caracterizar la mediación dialéctica entre los dos principios metodológicos, previamente anotados (“ninguna sociedad se plantea...” y “ninguna sociedad se disuelve...”) como propios de la fórmula político-histórica de la revolución permanente. (Gramsci, 2013, 369).

Las correlaciones de fuerzas hacen parte del mismo problema de investigación con respecto a la naturaleza de la estructura y las superestructuras complejas, y sus diversas relaciones. Por eso se suele leer en las narraciones históricas la expresión correlaciones de fuerzas favorables o desfavorables a tal tendencia. Esta frase, dice Gramsci, no explica lo que debería ser explicado. Señala entonces que con esta frase en abstracto se limita a repetir el hecho que debe precisamente explicarse en detalle, pues solo se ha reducido a presentarlo primero como hecho y luego como ley abstracta y como explicación en sí. El error histórico justamente está en dar un canon de investigación y de interpretación como si este fuera la “causa histórica”. Por ello, Gramsci pasa a considerar que debemos distinguir en el estudio de la historia social los tres momentos o tres grados de correlaciones de fuerzas implícitos como tendencias históricas definidas. Vale decir: 1) correlación de fuerzas sociales ligadas a la estructura; 2) correlación de fuerzas políticas con relación al partido político y 3) correlación de fuerzas militares decisivas. Estudiemos cada una de ellas, siguiendo a Gramsci.

1-Esta primera correlación de fuerzas es de tipo social y está ligada a la estructura determinada, objetiva e independiente de la voluntad de los hombres; puede medirse con los instrumentos de los sistemas de las ciencias exactas o físicas. En esta correlación se parte de la base social y del desarrollo de las fuerzas materiales de producción, donde se localizan los grupos sociales con sus funciones específicas y con una posición definida en la producción misma del sistema. Gramsci define que esta es una “realidad rebelde”: porque es objetivo el número de empresas, la población urbana y el número

de asalariados, entre otros datos inobjetable. Como se parte de esta división estratégica de grado objetivo, se puede estudiar entonces si en esta sociedad existen o no las condiciones necesarias y suficientes para una posible transformación. De ahí que se permita controlar el grado de realismo y de “actualidad” de las distintas ideologías en el terreno de las contradicciones que la división social misma ha originado en su desarrollo histórico.

2-La correlación de fuerzas políticas. Con ella se da a entender el grado de homogeneidad, autoconciencia y de organización política que tienen los distintos grupos y clases sociales previamente definidos. Pero esta correlación tiene distintos momentos de la conciencia política colectiva según su manifestación en la historia. A- primero existe una conciencia económica-corporativa. En esta relación existe una conciencia de unidad homogénea en un mismo sector de la producción: por ejemplo, un comerciante con otro comerciante. Unidad del grupo profesional en cuanto tal. Pero aún no existe una conciencia compartida de grupo social más amplio: aquella que da unidad, por ejemplo, del comerciante con el fabricante. Falta luego la solidaridad del grupo social en cuanto tal. B- ya existe la conquista de la solidaridad de intereses de todo el grupo social, pero adscritos estos intereses únicamente al campo económico. Hallándose en este momento es cuando la conciencia política de los grupos se plantea la cuestión del Estado-nación como aspiración a conseguir una serie de reconocimientos en el campo de la igualdad y de la participación jurídico-política con los que son los grupos dominantes vigentes. C- en este tercer escalón ideológico se llega a la conciencia de que los intereses corporativos del sector superan el orden corporativo de grupo, meramente económico, y por lo mismo pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subalternos aún no tenidos en cuenta.

Gramsci dice que esta última es la fase más política de todo el proceso histórico leído hasta ahora, porque es el tránsito de la estructura económico-corporativa a las superestructuras complejas: las ideologías germinadas se hacen partido político, chocan entre sí y entran en una serie de luchas y polémicas, al final de las cuales una sola fuerza o una combinación de ellas se impone sobre el resto, difundándose por todo el ámbito social y uniendo los fines económicos y políticos, al tiempo se da la unidad intelectual y moral sobre el grupo dirigente. Con ello existe la creación de un terreno de lucha en el plano universal que crea una “hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados”. (Gramsci, 2013, 370).

Así tenemos en la concepción de Gramsci que el Estado como institución se concibe como un organismo propio de un grupo político específico, que tiene como destino generar las condiciones

favorables para la máxima expansión de este mismo grupo. Pero esta expansión se presenta y se asume como una expansión en el plano más universal, en tanto es el desarrollo de todas las energías nacionales que se han volcado en el proceso histórico. Gramsci registra que el grupo dominante se coordina con los intereses de los grupos subalternos, de manera que la vida estatal se despliega cual si fuera un continuo formarse y superarse de “equilibrios inestables” en el ámbito de la ley y el orden entre el grupo fundamental dirigente y el resto de los grupos subalternos, formalmente dominados por aquél. Dichos “equilibrios inestables” hacen posible que los intereses del grupo dominante que se hace hegemónico se preserven, hasta un cierto nivel específico, y nunca hasta el interés económico-corporativo.

No obstante la explicación detallada y separada punto por punto, Gramsci afirma que en la “historia real” todos estos tres momentos se implican recíprocamente de forma horizontal y vertical, es decir, según su producción material (horizontal) y según los territorios (verticales), dando como resultado una combinación entre ellos y una separación, según el caso. Estas mismas combinaciones pueden representarse en una propia expresión organizada económica y políticamente. Gramsci llama la atención que estas relaciones internas de un Estado-nación se entrelazan a las relaciones internacionales, con lo cual se posibilita la creación de nuevas combinaciones novedosas e históricamente concretas. De ahí que precise que una ideología que nace en un país desarrollado puede difundirse sin más en países menos desarrollados culturalmente hablando, incidiendo con ello en el juego de las distintas combinaciones aquí expuestas.

Ahora bien, apunta Gramsci una reflexión que debemos tener en cuenta: esta combinación de fuerzas internacionales y fuerzas nacionales se complejiza mucho más con la existencia en cada Estado-nación de numerosas secciones territoriales de variada estructura y con diversas correlaciones de fuerzas en todos los grados (Gramsci, 2013, 371). Es decir, el estudio de casos de investigación histórica debe ser el propio de cada estructura y de cada relación de fuerzas, según su naturaleza.

3-El tercer momento es el último de la correlación de fuerzas. Este es el que tiene que ver con las fuerzas militares, inmediatamente decisivo de plano en tanto modifica *realmente* las relaciones de fuerzas de la situación. Gramsci anota que el “desarrollo histórico” está oscilando entre el primer y tercer momento con una mediación precisa del segundo momento. En esta última correlación de fuerzas militares debemos distinguir, cuando menos, dos grados. El militar o técnico-militar como tal y el político-militar. En la historia integral los dos grados se han presentado en una serie de combinaciones diversas. Como referencia en la discusión Gramsci analiza el *Risorgimento* italiano.

En este periodo, señala, existió la “desastrosa falta de dirección político-militar”, básicamente por responsabilidad del Partido de Acción (liberal-republicano) y su probada incapacidad congénita para la dirección. Igualmente, el partido piemontés-moderado fue responsable, antes y después de la revolución de 1848 al hacer suyo una suerte de “maltusianismo económico-político”; es decir, porque no quería asumir la posibilidad real de llevar a cabo una verdadera reforma agraria ni tuvo el interés de convocar entonces a una asamblea nacional constituyente, sino que buscaba conseguir que la monarquía piemontesa se extendiera libremente por todo el territorio de la península, sin ninguna condición o limitación popular, salvo la sanción de precisos plebiscitos regionales (Gramsci, 2013, 372). Todo ello sumado fue el fresco de un gran fracaso histórico.

### **3.5 Crisis históricas fundamentales**

Ahora, con respecto a la explosiva cuestión social, se precisa comprender si las crisis históricas fundamentales están determinadas inmediatamente por las crisis económicas. Gramsci dice que debe excluirse de plano que las crisis económicas inmediatas produzcan por sí mismas acontecimientos fundamentales. Solo pueden crear un terreno más favorable para la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y de resolver las cuestiones que pueden afectar el desarrollo estatal: la crisis económica afectan las ideologías. En ese sentido, las afirmaciones a propósito de los periodos de crisis económica o de prosperidad social sólo pueden provocar juicios unilaterales, los cuales deben descartarse de plano en el análisis tanto político como histórico. Por ejemplo, bajo esta premisa, el historiador Mathiez, oponiéndose a la “historia vulgar tradicional”, sostiene que la Revolución Francesa de 1789 ocurrió en el marco de conflictos superiores al meramente económico, relacionados estos con el prestigio y con la exasperación del sentimiento de independencia, autonomía y de poder de vastas masas.

Entonces, la ruptura del equilibrio de fuerzas en la Francia absolutista prerevolucionaria no ocurrió por únicas y privilegiadas causas mecánicas de pauperización total del grupo social subalterno en la ciudad, ya sea de burgueses o de trabajadores, aunque la miseria endémica para el campesinado fuera acuciante y explosiva. El bienestar o malestar económico como causa de nuevas realidades históricas es un aspecto realmente parcial del problema histórico de la correlación de fuerzas en sus diversos grados. Lo que sí puede haber, dice Gramsci, son las manifestaciones concretas de las fluctuaciones de coyuntura del conjunto de las correlaciones sociales de fuerza, en cuyo terreno se hace el tránsito de una correlación a otra, es decir, de la social a la política y de esta a la militar. En este proceso de crisis y lucha es relevante no perder de vista la catarsis del sentido común en la historia de estas

álgidas coyunturas, con lo cual se reorganizan las subjetividades, los programas políticos y los grupos y clases subalternas en su dirección ideológico-política (Oliver, 2017; Crehan, 2016).

Ahora bien, si este proceso dinámico de las correlaciones de fuerzas logra ser detenido, pueden producirse “conclusiones contradictorias” en ese orden. Por un lado, el viejo orden junto con la vieja sociedad resiste y logran exterminar físicamente a la élite adversaria, aniquilando, al tiempo que se aterroriza a las masas de reserva. De otra parte, puede producirse la destrucción recíproca de las fuerzas en conflicto, instaurándose a cambio de ello la “paz de los sepulcros”, resguardada esta a su vez por la presencia sancionatoria de un centinela extranjero con poder de decisión.

Frente a todo lo anteriormente descrito, Gramsci apunta una referencia importante tanto para la ciencia política como para la historia como saber social. Si se está escribiendo un capítulo de la historia pasada, el análisis de situaciones es entonces un fin en sí mismo. Pero si la propuesta se ofrece desde la ciencia política el análisis cobra una notable significación en la praxis, porque sirve para justificar una actividad práctica, una “iniciativa de voluntad”. Y esto es así porque todo análisis de situaciones va mostrando cuáles son los puntos de menor resistencia frente a los cuales la fuerza de voluntad debe ser más decisiva. Igualmente dicho análisis va a sugerir cuáles son las operaciones tácticas más importantes por ser inmediatas; indican cómo plantear de la mejor manera una campaña de agitación política exitosa, cuál es el lenguaje que será mejor comprendido por las multitudes.

De lo anterior se desprende que, asumiendo la ciencia política, el elemento decisivo de toda situación real es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta con antelación para ser desencadenada y lanzada en el momento oportuno contra los adversarios específicos. La tarea política está pues en hacer cada vez más compacta y consciente esta fuerza social. Afirmación que se prueba en la historia militar y en la atención con la que se han preparado a los ejércitos para, si es del caso, *manu militari*, empezar una guerra en cualquier momento. Los grandes Estados, dice Gramsci, lo han sido no solo por su grado de preparación militar para entrar en las coyunturas internacionales, sino también porque tenían de forma precisa la posibilidad concreta y material de insertarse eficaz y favorablemente en ellas (Gramsci, 2013, 374). En este campo de discusión con Gramsci la ciencia política supera a la historia.

## 4. Capítulo 4

### *Novecento, el siglo de la revolución*

“Marx significa la entrada de la inteligencia en la historia de la humanidad, significa el reino de la conciencia”.  
GRAMSCI, *Nuestro Marx*.

#### 4.1 El jorobado de Turín

Antonio Gramsci era un joven militante socialista en 1917 cuando estalló a más de dos mil kilómetros de distancia la Revolución Rusa, cuyos ecos de felicidad se escucharon con una fuerza inusitada y embriagadora en Turín, la ciudad obrera donde residía. Tenía entonces 26 años y hacía 4, gracias al entusiasmo de su hermano Gennaro, militaba en el Partido Socialista Italiano (P.S.I.) con la promesa de encontrar un mejor mañana. Había llegado a esta ciudad industrial de más de cuatrocientos mil habitantes en 1911 dejando atrás el sur pobre de su niñez, su Cerdeña natal donde nació en 1891, para asistir como estudiante a la Universidad de esta pujante ciudad obrera al norte de Italia, en la que debido a su inteligencia se había ganado una beca para estudiar filología en la Facultad de letras.

Si seguimos la biografía realizada por Fiori (2017) la condición socioeconómica de Gramsci como estudiante universitario era precaria, debido no sólo a su pobreza familiar, sino sobre todo al hecho de tener siempre una insuficiente salud, en virtud de que a los tres años sufrió una caída cuya implicación permanente fue una fractura en su columna vertebral, deformándosele su espalda con una joroba que lo hacía caminar casi de lado. Su estatura en la edad adulta no pasará de 1.52 centímetros. Esta realidad física definirá en buena medida a un ser solitario en sus primeros años de juventud, en la Universidad y mucho antes en su tierra natal. Algunas de estas realidades psicológicas y culturales se pueden encontrar en las cartas que como una larga confesión escribirá mucho después en la cárcel (Gramsci, 2003).

Un hecho histórico singular marcará el comienzo de la prolífica carrera periodística del joven Gramsci en Turín, lanzándolo a él como sardo, igual que a su generación, a una vivencia visceral del presente italiano, proceso violento que los marcará de por vida: el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. La llamada guerra de las trincheras. Haciendo parte de la juventud del P.S.I. Gramsci entra en el debate intelectual que arroja el inicio de la guerra y por ende escribió entonces el que es considerado el primer texto que se le conoce como escritor público: *Neutralidad activa y operante* (Gramsci, 2013, 18-20). Lo escribió en *Il Grido del Popolo* el 31 de octubre de 1914 como respuesta a un texto de igual dimensión publicado algunos días antes por Benito Mussolini, hasta entonces compañero del mismo partido político. Mussolini a raíz del artículo en cuestión, publicado justamente el 24 de octubre de 1914, va a ser destituido de la dirección del periódico *Avanti!*, órgano de difusión del P.S.I.

El P.S.I. sostenía por entonces frente a la primera guerra mundial una política de neutralidad absoluta. El artículo escandaloso con la firma de Mussolini en *Avanti!* intitulado *De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operante* implicaba una toma de posición contraria de principio a fin a la estipulada por la dirección del partido: una “neutralidad activa” en la guerra. Mussolini buscaba con ello involucrar de forma decidida a Italia en la Primera Guerra Mundial. Cuestión que defenderá con ahínco tres semanas después, el 15 de noviembre de 1914, cuando funde un nuevo periódico, *Il Popolo d'Italia*, de corte fascista, cuya tarea justamente era esa: involucrar a Italia en la conflagración europea.

El involucramiento del joven Gramsci en la vida pública italiana, cuya marca de nacimiento se da en el contexto incierto de la primera guerra mundial, hace que su rol como estudiante activo de filología en la Universidad de Turín cada vez más pase a segundo plano, hasta que abandona definitivamente las aulas y con ello sus prometedores estudios: el 13 de abril de 1915 entregará su último examen universitario. Tiene entonces 24 años. Unas semanas después el reino de Italia, cuyo nacimiento se remonta al hito del *Risorgimento* de 1861, decide entrar como actor en la Primera Guerra Mundial. Era el 24 de mayo de 1915. A raíz de este suceso histórico el tiempo de vida de Gramsci como militante comprometido de ahora en adelante lo va a llenar con una vertiginosa vida pública como escritor prolífico en los periódicos, revistas y en los órganos de la izquierda turinesa, con los cuales ganará su vida material. Es pues en el contexto de la Primera Guerra Mundial cuando nace el Gramsci político.

En plena guerra, y con los estallidos que le son propios, se dan los sucesos que llevan a la declaración de la revolución de febrero de 1917, por la cual el Zar Nicolás II entrega el poder soberano que ostentaba la familia Romanov en Rusia. Abandona así sus funciones como monarca y con ello

desaparece una dinastía que duró cuatro siglos continuos. Se abre pues un periodo de reformas de corte liberal en Rusia; este proceso se libra con la vía parlamentaria y cuando todas las fuerzas políticas rusas se aprestan a decidir qué hacer con su Imperio. Es febrero de 1917 y la guerra mundial no parece llegar pronto a su fin.

## 4.2 El tiempo de la revolución social

El 29 de marzo de 1917 Gramsci escribe en *Il Grido del Popolo* (Gramsci, 1917) que frente a las asimilaciones que se hacían en la prensa burguesa con respecto a que la Revolución Rusa se parece a la Revolución Francesa, debe advertir él que aquella desembocará en un régimen socialista. “La revolución rusa ha ignorado el jacobinismo”, anota Gramsci (1917). El jacobinismo, tal es la idea que está desarrollando, debió conquistar históricamente en Francia a las mayorías con recia violencia. El jacobinismo, así lo entiende el joven Gramsci, es propio del carácter burgués que domina con violencia, no tiene pues el espíritu proletario de la creación y de las masas con su praxis de autonomía social. En cambio, sigue diciendo el joven autor, en la Revolución Rusa existe un espacio de libertades, de lucha contra el autoritarismo. No puede ser entonces la dictadura de una “minoría audaz y decidida” como en Francia durante las jornadas de 1789. Comentando este suceso revolucionario, grandioso por demás, Gramsci (1917) apunta: “Es el advenimiento de un orden nuevo, que coincide con cuanto nuestros maestros nos habían enseñado”. Era claro para Gramsci que en la Revolución Rusa de febrero no había jacobinismo.

A este escrito que hemos citado le sucede uno más significativo por las hondas repercusiones históricas que tiene en la vida de Gramsci y en su proyecto intelectual formativo, actualmente en curso. Su título, en efecto, era sintomático de lo que significaba el periodo histórico que Gramsci estaba viviendo en Italia y con él la Europa de los proletarios. El artículo se intitulaba *La revolución contra “El Capital”*. Fue entregado inicialmente para su publicación en *Avanti!* el 24 de noviembre de 1917 al que se le consignaron una serie de tachones producto de la censura a la que estaba obligado, pero posteriormente fue publicado en su integridad tal cual como lo redactó su autor en *Il Grido del Popolo* el 5 de enero de 1918.

Gramsci en este artículo en cuestión está definiendo cómo la nueva realidad rusa, fruto de los sucesos revolucionarios de octubre de 1917, está organizándose y cobrando cuerpo con el correr de los días bajo la forma de una dictadura del proletariado. Por lo mismo, por la rapidez de los acontecimientos, sostiene que esta revolución de los bolcheviques está hecha más de ideología que de hechos. Al ser así, en Rusia no se está proyectando la teorización que Marx plasmó en *Das Kapital*. Sostiene Gramsci: “*El Capital* de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses más que el de los proletarios”

(Gramsci, 2013, 39). Siendo así, en Rusia, siguiendo los cánones del materialismo histórico, debió haberse instaurado la dominación de la burguesía primero antes que la del mismísimo proletariado. Pero no. Los hechos inusuales en Rusia superaron los esquemas ideológicos, afirma Gramsci. Y con realismo político el autor plantea que los bolcheviques en el poder revolucionario reniegan ahora del legado ideológico de Marx, porque los cánones del materialismo histórico no son tan férreos. Los hechos, producto de la voluntad de los hombres, son más fuertes.

La pregunta planteada por Gramsci sobre el marxismo de los bolcheviques se responde a continuación con una frase contundente: los bolcheviques no son *marxistas*. Es decir, ellos no se contentan con repetir frases dogmáticas de Marx. Por el contrario, los bolcheviques son aquellos que viven el pensamiento marxista cuya bandera de lucha es que el máximo factor de la historia es el hombre mismo, los hombres que se unen y se forman con férrea voluntad colectiva. La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, sentencia el novel autor, hace la historia del presente.

En Rusia, sigue diciendo Gramsci, la guerra europea ha servido para “sacudir las voluntades”. La Revolución Bolchevique enseña entonces que las prédicas socialistas en Rusia han funcionado. Y no solo eso: “La predicación socialista permite vivir dramáticamente en un instante la historia del proletariado, sus luchas contra el capitalismo, la larga serie de los esfuerzos que ha de realizar para emanciparse idealmente de los vínculos del servilismo que hacían de él algo abyecto, para convertirse así en conciencia nueva, en testimonio actual de un mundo por venir. La predicación socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso” (Gramsci, 2013, 41).

Con todo, este artículo de Gramsci contra *El Capital* exhorta un llamado profundo a sus compañeros italianos, a los proletarios de la norteña ciudad de Turín para, también ahí, “sacudir las voluntades”. Advertimos en sus palabras la fuerza de la historia cuando ella se asume como creación humana de lo común. Este es el proceso ideológico-político que Gramsci está viviendo en su historia personal, mientras se va haciendo también dirigente político de masas.

Gramsci, en esta proyección histórica, para probar su posible potencial de pensador político y, por qué no, también de joven conductor de las masas obreras en la coyuntura histórica que se abrió luego del final de la Primera Guerra Mundial en 1919, tendrá como prueba de fuego el experimento de los consejos de fábrica en el norte italiano. El reino de Italia, recordemos, había entrado a la gran guerra en 1915 luchando contra el imperio austro-húngaro de la Triple Alianza y al terminar la misma en el Tratado de Versalles en 1919, se encontraba exhausta en el bando vencedor de la Triple Entente: sumaba algo más de un millón de muertos y heridos y una economía postrada y endeudada no permitía hacerse ilusiones sobre la penuria de los años por venir y quiénes, en consecuencia,

soportarían las cargas. Con este difícil panorama nacional que pone en calzas prietas a la cuestión social del mundo del trabajo, sobreviene un hito que marcará con fuego la conciencia de los proletarios italianos, cuya voluntad, en efecto, se pone a prueba con el concurso de cientos de miles de compañeros obreros y campesinos movilizados. La historia italiana conocerá esta coyuntura pre-revolucionaria como el bienio rojo (“bienio rosso”).

El antecedente teórico de este suceso es el artículo *Democracia obrera*, escrito a cuatro manos junto con su camarada Palmiro Togliatti, dos años menor que él, y publicado en *L'Ordine Nuovo* de junio 21 de 1919. Gramsci llama la atención sobre un ejercicio de autonomía obrera, sin el dominio vertical del partido político, ni del sindicato, que cobrará cuerpo definido a favor de los llamados consejos de fábrica. El problema va a ser presentado de la siguiente manera:

“¿Cómo dominar las inmensas fuerzas desencadenadas por la guerra? ¿Cómo disciplinarles y darles una forma política que contenga en sí la virtud de desarrollarse normalmente, de integrarse continuamente hasta convertirse en armazón del Estado socialista en el cual se encarnará la dictadura del proletariado? ¿Cómo soldar el presente con el porvenir, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando últimamente para crear y «anticipar» el porvenir?” (Gramsci, 2013, 61).

### **4.3 La democracia obrera en cuestión**

Para el binomio Gramsci/Togliatti la democracia obrera era posible a partir de las propias instituciones que ha creado históricamente la clase obrera explotada, respetando para ellos las autonomías y las articulaciones que tienen. Frente a los nuevos estratos populares que están en la influencia del Partido Socialista, la tarea prioritaria era hacer que la clase proletaria y semi-proletaria se eduque, adquieran así todos sus integrantes la experiencia necesaria y al tiempo ganen la rica conciencia política para hacerse al poder del nuevo Estado en formación.

Ni los sindicatos ni el Partido político pueden absorber a toda la clase trabajadora, puesto que esto implicaría un trabajo de muchos años. De lo que se trata es que el Partido siga siendo el educador, el poder supremo que armoniza y organiza las fuerzas en la lucha social. Esta realidad implica que las instituciones de la clase obrera deben preservarse en su autonomía, reconociendo al tiempo sus necesarias articulaciones. Organizar y articular estas instituciones obreras piden Gramsci y Togliatti en el artículo que referenciamos y que era como tal un llamado al Partido Socialista y a sus dirigentes. Es así como dicen: “Los centros de la vida proletaria en los cuales hay que trabajar directamente son el taller con sus comisiones internas, los círculos socialistas y las comunidades campesinas” (Gramsci, 2013, 62).

Gramsci y Togliatti están perfilando desde entonces los órganos del poder proletario en una Italia empobrecida y en plena postguerra. La novedad advertida que debemos subrayar una vez más es que estos son órganos democráticos, propios de los obreros y proletarios, un poder que nace con ellos y para ellos. Dos deben ser entonces las consignas orgánicas que los obreros pueden asumir en su articulación: “Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica” y “Todo el poder del Estado a los consejos obreros y campesinos”. En esta propuesta política los comités de barrio son las células dirigentes para la nueva lectura del poder obrero, nacidos desde el mundo popular, lo cual quiere decir: “Los comités de barrio se ampliarían en comisariados urbanos, controlados y disciplinados por el Partido Socialista y por los sindicatos de oficio” (Gramsci, 2013, 63).

La novedad entonces es que ambos líderes obreros *qua* intelectuales, Gramsci y Togliatti, defienden la democracia obrera y campesina para organizar a las masas, asumiendo que están conformándose libremente como un “ejército en el campo de batalla”. En cada fábrica, sostienen, existirán asambleas que se sumarán a otras asambleas en otras fábricas y así sucesivamente. Un poder escalonado.

Aunque ambos autores señalan que estas ideas propuestas son sólo estímulos para el pensamiento y la acción de los camaradas al interior del Partido Socialista, lo cierto es que al tiempo están trazando un futuro programa político a favor de la autonomía obrera y campesina frente a toda la historia vivida en Italia. Es en ese sentido que dos frases llaman, finalmente, la atención al concluir el escrito: “Decir la verdad, llegar juntos a la verdad, es realizar una acción comunista y revolucionaria” y “El que quiere el fin, tiene que querer los medios” (Gramsci, 2013, 63).

Estando en este debate por la autonomía obrera, le llegará a Gramsci la solicitud de ser el redactor de un nuevo órgano obrero *L'Ordine Nuovo*, cuyo número primero apareció el 1 mayo de 1919, día internacional del trabajo. Justamente, en ese mismo órgano aparecerá el 11 de octubre siguiente un artículo sin firmar intitulado “Sindicatos y consejos”, en él su autor, Gramsci, sigue abogando por los consejos de fábrica, afirmando nuevamente que la dictadura del proletariado los requiere: “El consejo de fábrica es la célula primaria de dicha organización, porque en el consejo están representadas todas las ramas del trabajo de forma proporcional a la contribución que cada oficio y cada rama del trabajo da a la elaboración del objeto que la fábrica produce para la colectividad, porque se trata de una institución de clase social. Su razón de ser reside en el trabajo, en la producción industrial” (Gramsci & Bordiga, 1975, 75).

Gramsci entendía que el consejo de fábrica era el modelo ajustado del Estado proletario en formación. La solidaridad obrera, según él, tiene más sustento en el consejo de fábrica; en igual sentido, este es por excelencia el órgano apto para la educación y el desarrollo social de las masas

obreras, acuciosas de liderazgo. La dictadura del proletariado, en suma, emerge en Gramsci, como lo hemos citado, desde la organización autónoma de la fábrica. Viene de abajo, del trabajo asalariado, y se proyecta a toda la nación, una nación de obreros y campesinos en formación.

#### **4.4. El ejemplo húngaro en el horizonte**

Comentando los sucesos que dieron al traste con el soviét de Hungría, levantado heroicamente por los trabajadores entre marzo y agosto de 1919, Gramsci escribe el 25 de octubre de 1919 en *L'Ordine Nuovo* “Los sindicatos y la dictadura”. En este texto leemos la función que cumplieron los sindicatos en el intento fallido del proletariado húngaro, cuya república se consumió en la inacción. La revolución obrera en Hungría, igual como pasó en la Rusia bolchevique, debió librar una dura lucha no solo contra sus enemigos de clase, la burguesía, sino, fundamentalmente, contra los sindicatos. Los sindicatos, señala Gramsci, actuaron contra la república húngara en un plan de desorganización, sembraron con ello la falta de unidad entre los obreros y el ejército rojo. La derrota fue su cabal consecuencia histórica.

La dictadura del proletariado en Hungría estaba pues en tensión permanente contra los sindicatos. De aquí se desprende una enseñanza que Gramsci toma como propia en términos de lo que la educación revolucionaria implica en la formación de las masas, cuando se reconoce el sindicato como instrumento de socialización. Pero no solo eso: “deben convencerse también de la necesidad de crear, antes de la revolución las condiciones psicológicas y objetivas que imposibiliten todo conflicto y toda dualidad de poderes entre los distintos organismos en que se concreta la lucha de clases proletaria contra el capitalismo” (Gramsci & Bordiga, 1975, 83).

La tensión histórica que advertía Gramsci se derivaba de las ideas lanzadas por la Tercera Internacional en Moscú entendiéndolo que el tiempo que se vivía en Europa daba para avanzar en la construcción de una dictadura del proletariado, dejando al margen la propuesta que acaudillaban los sindicatos mientras abogaban por una “verdadera democracia”. En la Rusia revolucionaria esta tensión fue superada cuando se formaron los consejos de empresa. Pero esta opción política no fue la que tomaron el resto de países europeos, sostiene Gramsci. Esta tensión entre la vía revolucionaria de la dictadura del proletariado versus el sindicato no se resuelve en las experiencias obreras que está conociendo Gramsci desde Turín, al respecto anota: “esa actitud ha erosionado en Hungría la base del poder proletario, ha provocado en Alemania feroces carnicerías de obreros comunistas así como el surgimiento del fenómeno Noske, ha determinado en Francia el fracaso de la huelga general del 20-21 de julio así como la consolidación del régimen de Clemenceau, ha impedido hasta ahora toda

intervención directa de los obreros ingleses en la lucha política, y amenaza con escindir profunda y peligrosamente las fuerzas proletarias en todos los países” (Gramsci & Bordiga, 1975, 84).

La conclusión política que va sacando Gramsci es que los sindicatos europeos se muestran incapaces con la historia para superar de plano la sociedad capitalista. Incapaces entonces de llevar y conducir el proletariado a la definición de los destinos más altos de la humanidad: la emancipación del trabajo.

Los últimos párrafos del artículo que estamos refiriendo de Gramsci son para recordar el hito del soviético húngaro, cuya derrota hemos descrito. Señala Gramsci cómo los sindicatos tomaron una posición abstencionista, negándose con ello a todo trabajo creador, con lo cual fueron edificando un Estado dentro del Estado. Estos líderes de los sindicatos húngaros se acompañaban de una “psicología burocrático-reformista” y eran espiritualmente limitados. Consideraban, por ejemplo, en tanto sindicatos nacidos del régimen burgués, que los proletarios húngaros no estaban habilitados para las tareas por venir en la dictadura obrera y menos en la gestión directa de la producción. La “democracia” a la que hacían alusión los líderes de los sindicatos era aquella que le permitía a la burguesía húngara tomar el mando como clase propietaria bajo el entendido de que con ella debe negociarse, perpetuando así las negociaciones y los contratos de trabajo. La táctica entonces de la burguesía era demorar los hechos o que estos nunca sucedieran. Como lo afirma Gramsci, la burguesía pretendía que se esperase a la revolución internacional, sin llegar ella a comprender que la revolución internacional se estaba justamente manifestando en Hungría con la revolución húngara. Al igual que en Rusia y en todas las huelgas obreras que levantando la bandera roja de la dictadura del proletariado encendían los furores en Europa y de un mundo por venir.

El último número del órgano comunista de revolución húngara, *Vörös Ujság*, el 2 de agosto definió con dramatismo el cuadro de la derrota histórica que estaba siendo infringida al proletariado: “La «verdadera» democracia se instaurará en Hungría porque todos los que podían decir algo serán iguales en el descanso de las tumbas y los demás gozarán de los mismos derechos ante el látigo del verdugo. La disputa entre el partido y el sindicato cesará porque durante mucho tiempo no habrá en Hungría ni partido ni sindicatos; la disputa por decidir si la dictadura debe utilizar la fuerza o la ternura cesará también porque la burguesía y los verdugos habrán decidido ya el método de su dictadura: centenares de horcas servirán para anunciar que la disputa se ha resuelto a favor de la burguesía por la debilidad del proletariado” (Gramsci & Bordiga, 1975, 89).

Mientras tanto, y cuando en Budapest era aplastada la revolución húngara, mil kilómetros al oeste, en Turín, se asiste a las jornadas del llamado bienio rojo con los obreros como protagonistas. En septiembre 13 de 1919 Gramsci publica en el periódico *L'Ordine Nuovo* el escrito “A los comisarios

de sección de los talleres Fiat-centro y patentes”. Allí hablándole a los obreros toma en consideración la nueva forma que está adquiriendo la organización sindical, cuyo germen propio del proletariado, tiene como punto de discusión la propuesta de crear “comisarios de sección”.

#### **4.5 El poder de los obreros industriales**

Esta iniciativa de los obreros de la Fiat está siendo replicada por entonces en otras fábricas de la ciudad de Turín y de la provincia. Gramsci, en ese sentido, llama a la creación de nuevas organizaciones obreras en las fábricas que han sido tomadas. La nueva sociedad que se edifica se levantará sobre el trabajo, en consecuencia apunta Gramsci: “La masa obrera tiene que prepararse para conseguir efectivamente el pleno dominio de sí misma, y el primer paso por ese camino consiste en disciplinarse lo más sólidamente en la fábrica, de modo autónomo, espontáneo y libre” (Gramsci, 2013, 65).

En este mismo escrito Gramsci resalta la nueva moral de los obreros, la creación de una nueva legislación y, fundamentalmente, la urgencia de disciplina en la organización obrera. Puntualmente dice: “Vuestro poder, opuesto al de los patrones y sus oficiales, representará frente a las fuerzas del pasado las fuerzas libres del porvenir, que esperan su hora y la preparación, sabiendo que será la hora de la redención de toda esclavitud” (Gramsci, 2013, 66).

El 8 de noviembre de ese mismo año Gramsci vuelve a tomar la pluma para publicar en *L'Ordine Nuovo* el artículo “Sindicalismo y consejos” con el cual sumar fuerzas para defender nuevamente a los “comisarios de sección” en las fábricas. Toma distancia así de los señalamientos que se hacían con respecto a que la irrupción de los “comisarios de sección” eran sólo los órganos del sindicalismo tradicional. En el artículo leemos: “La teoría sindicalista ha fracasado por completo en la experiencia concreta de las revoluciones proletarias. Los sindicatos han demostrado su incapacidad para encarar la dictadura revolucionaria” (Gramsci & Bordiga, 1975, 94). En palabras de Gramsci, el sindicalismo ha sido y es entonces una de las formas como se expresa la sociedad capitalista. No sirve, en consecuencia, para superar dicha sociedad en Italia. Por el contrario, debe asumirse que los obreros son productores, no asalariados; igualmente, los obreros no son mercancía, no son criaturas del régimen de explotación capitalista. El obrero, entonces, debe asumirse como parte autónoma de un orden en todo el amplio sistema de trabajo, viviendo para ello la unidad del proceso industrial.

De esta manera Gramsci trae a colación el análisis de la experiencia que están viviendo los obreros de Turín cuando ellos se insertan primero psicológicamente en todo el proceso de la fábrica y asumen el complejo de relaciones productivas en curso. A saber: “El obrero solo puede concebirse como productor si (...) supera esa fase y ve toda la actividad turinesa de la industria productora de

automóviles y concibe Turín como una unidad de producción caracterizada por el automóvil, concibe una gran parte de la actividad general del trabajo turinés como algo que existe y se desarrolla por el hecho de que existe y se desarrolla la industria del automóvil y, por tanto, concibe a los trabajadores de esas múltiples actividades generales igualmente como productores de la industria del automóvil en tanto creadores de las condiciones necesarias y suficientes para la existencia de esta industria” (Gramsci & Bordiga, 1975, 95-96).

Desde esta célula obrera, anota Gramsci, debe concebirse la construcción del futuro Estado obrero, cuando el mismo obrero en tanto constructor siente que hace parte de una clase social y se vuelve comunista, es decir, revolucionario. La experiencia histórica probada con éxito se localiza de forma contemporánea en los consejos proletarios de origen ruso, las cuales son catalogadas como células revolucionarias del futuro Estado soviético.

La experiencia organizacional acumulada entonces en Turín daba cuenta de que los “comisarios de sección” no se articulaban a la lectura y la práctica del “sindicalismo pseudorrevolucionario”, el llamado sindicalismo reformista. A los “comisarios de sección” no se les puede asimilar a experiencias anteriores del sindicalismo. Estamos, entonces, frente a una nueva realidad social y política, de la cual Gramsci como militante, como dirigente, como periodista, es más que consciente. Sigamos sus palabras: “El movimiento de los comisarios es la negación de toda forma de individualismo y de personalismo; es el comienzo de un gran proceso histórico en el que la masa obrera toma conciencia de su inalterable unidad basada en la producción, basada en el acto concreto del trabajo, y de una forma orgánica a esta consciencia suya constituyendo una jerarquía y haciendo brotar dicha jerarquía de su intimidad más profunda para que esta sea voluntad concreta de un fin preciso a alcanzar, voluntad concreta de un gran proceso histórico que indefectiblemente ha de terminar en la dictadura proletaria” (Gramsci & Bordiga, 1975, 97-98)

#### **4.6 El consejo de fábrica en desarrollo**

En febrero 14 de 1920 Gramsci publica en *L'Ordine Nuovo* un nuevo llamado al consejo de fábrica con el título “El instrumento de trabajo”. Allí podemos leer: “El Consejo de fábrica y el sistema de los Consejos de fábrica ensayan y revelan, en primera instancia, las nuevas posiciones que ocupa la clase obrera en el campo de la producción; dan a la clase obrera conciencia de su valor actual, de su real función, de su responsabilidad, de su porvenir. La clase obrera saca las consecuencias de la suma de experiencias positivas personalmente realizadas por los diversos individuos, adquiere la psicología y el carácter de clase dominante y se organiza como tal, es decir, crea el soviét político, instaura su dictadura” (Gramsci, 2013, 67).

Hemos visto cómo la educación es un elemento fundamental para pensar la mejor organización de los consejos de fábrica. Para Gramsci es un tema recurrente durante estos años de formación. La clase obrera turinesa, por ejemplo, ya ha probado en los hechos que se puede educar “comunísticamente”. En palabras de Gramsci: “Las asambleas, las discusiones para la preparación de los Consejos de fábrica, han dado a la educación de la clase obrera más que diez años de lectura de los opúsculos y los artículos escritos por los propietarios de la lámpara del genio” (Gramsci, 2013, 68).

La organización de la fábrica se presenta a partir del Consejo de fábrica en tanto encarna la asamblea de comisarios. El comisario es la célula básica de dicha organización y está conformada por trabajadores. Pero la autoridad del Consejo de fábrica está en el comité ejecutivo. Con esta novedosa forma de vida en la fábrica, los obreros han ganado en autonomía, disciplina y liderazgo. Existe por ello una conciencia ganada de “autogobierno”. El Consejo de fábrica está en la base del nuevo orden social que se está construyendo.

El 5 de mayo del año 1920 Gramsci vuelve al debate público con un artículo intitulado “El consejo de fábrica” publicado nuevamente en *L'Ordine Nuovo*. En este caso escribe sobre la revolución proletaria como un “larguísimo proceso histórico”. Explica lo que es el acto revolucionario como un esfuerzo decidido por romper la máquina del Estado burgués para construir sobre sus ruinas, y con la destrucción de todo el aparato económico, un nuevo Estado obrero. Gramsci afirma que el periodo que está viviendo Italia es revolucionario, porque la clase obrera tiende con todas las fuerzas disponibles a fundar su propio Estado. “Por eso decimos que el nacimiento de los Consejos de fábrica representa un grandioso acontecimiento histórico, representa el comienzo de una nueva Era de la historia del género humano” (Gramsci, 2013, 78).

Con estos lineamientos, Gramsci también sostiene que el partido y el sindicato no deben ser tutores o sobreestructuras ya constituidas de la nueva institución que nace con el proceso histórico de la revolución obrera. Estas dos organizaciones son solo “agentes conscientes de su liberación”, ayudando con ello a la liberación de los trabajadores industriales y agrarios respecto a las fuerzas que se encarnan antagónicas en el Estado burgués y que deben vencerse para que cumplida esta etapa la revolución socialista sea exitosa.

Un nuevo artículo de Gramsci alumbró con los días el debate intelectual en el contexto histórico del “bienio rojo”. Se titula “Por una renovación del Partido Socialista” y fue publicado el 8 de mayo de 1920 en *L'Ordine Nuovo*. Es un balance pormenorizado que analiza el grado político en el que se encuentra la situación de los obreros y los campesinos, medido este con el rasero de la lucha de

clases. En esta situación crítica se plantea por entonces, de forma explícita o de forma violenta por parte de los trabajadores, la cuestión fundamental de la propiedad de los medios de producción.

Los trabajadores se organizan y la crisis política se extiende en Italia, incluso con la emergencia de nuevas formas económicas, hasta hablar incluso del tránsito hacia una revolución económica. Las posiciones chocan entre sí y se presentan antagónicas. Los industriales y los terratenientes, por su parte, se organizan en la Confederación General de la Industria italiana que llama al orden y a la victoria sectorial. Para apoyar con la fuerza estas palabras, se conforma un cuerpo armado mercenario respaldado por el Estado burgués para arremeter contra las posiciones de los obreros en las fábricas. Se busca por todos los medios minar las nuevas y autónomas instituciones de la fábrica creadas en este “bienio rojo”: los consejos y los comisarios de sección. Por último, los propietarios agrícolas están dispuestos a destruir la producción prolongando con ello las huelgas agrícolas y llevando hasta el límite el caos, el hambre y la desesperación. La situación política está en el límite de las posibilidades.

Gramsci como militante político y como periodista obrero entrega su parte en el contexto álgido de una coyuntura cuyo carácter es prerrevolucionario: “La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede a la conquista del poder político por el proletariado revolucionario, mediante el paso a nuevos modos de producción y de distribución que permitan una recuperación de la propiedad, o bien una tremenda reacción de la clase propietaria y de la casta de gobierno. Ninguna violencia dejará de aplicarse para someter el proletariado industrial y agrícola a un trabajo de siervos; se intentará destruir inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (Partido Socialista) e incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) al sistemas de engranaje del sistema burgués” (Gramsci, 2013, 72).

El artículo de Gramsci también consignaba una serie de realidades urgentes que debían considerarse por sus camaradas: la falta de conducción y concentración revolucionaria de las fuerzas obreras y campesinas; el Partido Socialista solo era un partido “meramente parlamentario” y no tenía el carácter de revolucionario; en esa medida el Partido Socialista está ausente del panorama internacional y no lee lo que pasa en Europa; por último, se precisa que el Partido Socialista se transforme en un partido del proletariado revolucionario con el horizonte claro de llevar a cabo la construcción de una sociedad comunista.

#### **4.7 Sindicatos contra consejos obreros en Turín**

“Sindicatos y consejos” es la continuación del debate que ha propuesto Gramsci meses atrás. Fue publicado en *L'Ordine Nuovo* el 15 de junio de 1920. En este texto como lo hemos registrado páginas

atrás continúa su combate contra el sindicato: “Objetivamente el sindicato es la forma que toma la mercancía trabajo, la única que puede asumir, en el régimen capitalista, cuando se organiza para dominar el mercado” (Gramsci & Bordiga, 1975, 133). Un sindicato está conformado por funcionarios o técnicos cuya función es concertar vía pactos, vía acuerdos una serie de posiciones reformistas y a partir de ello conducir a los trabajadores hasta posiciones de “equilibrio ventajoso” para beneficio de la fuerza de trabajo. Gramsci resalta que la legalidad del trabajo en la industria es un compromiso que se acepta mientras la “correlación de fuerzas” es desfavorable a los trabajadores.

Mientras el sindicato era la forma mercancía del capital industrial, el consejo de fábrica es todo lo contrario: es la negación misma del poder capitalista. Resalta Gramsci: “El consejo es la negación de la legalidad industrial, tiende a anularla en todo momento, tiende constantemente a conducir a la clase obrera a la conquista del poder industrial, a convertir a la clase obrera en la fuente del poder industrial (...) El consejo, por su espontaneidad revolucionaria, tiende a desencadenar en todo momento la guerra de las clases; el sindicato, por su forma burocrática, tiende a impedir que la guerra de clases se desencadene” (Gramsci & Bordiga, 1975, 134-135).

El único punto de acuerdo que existe entre el sindicato y el consejo de fábrica es que una parte o la mayoría de los electores del consejo de fábrica están organizados en el sindicato. En ese orden es que ambas instituciones pueden llegar a complementarse, pero, entiéndase bien, impulsada en todo momento por la iniciativa de la guerra de clases que anida en la autonomía del consejo de fábrica. Es, justamente, en el consejo de fábrica donde se juega la autonomía del trabajo y, por esa vía, como lo plantea igualmente Gramsci, se juega la “iniciativa en la creación de la historia”. Son los consejos de fábrica con su espontaneidad, con su autonomía, los que crean la historia de la emancipación del trabajo. En cerca de dos años de luchas obreras en Italia, los convulsos años del “bienio rojo”, la idea de la autonomía de los trabajadores es el aporte que Gramsci está defendiendo con ahínco en cada uno de sus incontables artículos de prensa. La batalla ideológica que ha librado Gramsci, casi en solitario, es a favor de unos consejos democráticos de fábrica. Una lucha histórica por la igualdad.

Cuando llegó el momento del balance histórico con respecto a las luchas libradas al calor del insurgente “bienio rojo”, nuevamente Gramsci tomó lápiz y papel para exponer las ideas a sus camaradas en Europa. Escribirá entonces el informe enviado al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en julio de 1920, el cual será publicado en su momento en *L'Ordine Nuovo* y llevará por título “El movimiento turinés de los consejos de fábrica”. Nuestro autor inicia relatando los sucesos de la huelga de abril de ese mismo año cuando los obreros de Turín asumieron su heroísmo: “Por primera vez en la historia se dio efectivamente el caso de un proletariado que se lanza a la lucha por el control de la producción sin ser movida a esa acción por el hambre ni por el paro. Además, no

solo fue una minoría, una vanguardia de la clase obrera, la que emprendió la lucha, sino la masa entera de los trabajadores de Turín, que entró en liza y llevó adelante la lucha sin preocuparse por las privaciones y los sacrificios, hasta el final” (Gramsci, 2013, 81).

En efecto, los industriales de Turín a principio de marzo de 1920, frente al brote de inconformismo en las fábricas, habían llamado al orden a todos los obreros rebeldes, obligándolos a abandonar sus posiciones de combate; acompañaron los capitalistas este llamado con una organización sectorial, Confindustria. La iniciativa fue respaldada en bloque por la fuerza pública, la cual pensaba que con una acción de facto se podían lograr disolver los Consejos de fábrica y para ello emplazaron cañones y ametralladoras en puntos estratégicos. Con el respaldo de 50 mil soldados se cerraron las fábricas el 28 de marzo. El 3 de abril siguiente se declaró la huelga general que fue secundada por 500 mil trabajadores industriales y agrícolas de Turín, el Piamonte y su provincia, afectando a cerca de cuatro millones de personas. Sin embargo, el despliegue de esta lucha obrera no se amplió al resto de Italia, sellando con ello su derrota estratégica. La cual fue oficializada el 24 de abril con un acuerdo respaldado por el gobierno, donde se reconocía tácticamente la autonomía de las comisiones obreras, pero no así el poder productivo decisorio en la fábrica, la cual pertenecía como monopolio a los propietarios.

#### **4.8 Conclusiones de una derrota política**

Gramsci registra con honestidad que los obreros turineses estuvieron solos en la lucha política sin la ayuda de ningún partido, ni del Partido Socialista ni de la Confederación General del Trabajo. Lo que sí recibieron a cambio los obreros en huelga fue la burla de la dirigencia, tanto la del Partido como la de la Confederación, táctica oportunista para con ello romper todo vínculo de solidaridad que pudiera despertarse por parte de los obreros y los campesinos del resto de Italia. Así fue como el Partido Socialista y la Confederación General del Trabajo, órganos obreros, abandonaron a su suerte a los 500 mil trabajadores de Turín. La dirigencia del periódico *L'Ordine Nuovo*, que inspiró la iniciativa de la rebeldía obrera y de cierta forma dirigía la práctica de la autonomía de los trabajadores, Gramsci entre ellos, fue consecuente con su ideario y acompañó con su accionar a los rebeldes, hasta su derrota.

Para Gramsci la huelga obrera demostró la traición de la dirigencia de izquierda en una ciudad particularmente apta para la lucha de los trabajadores. En sus palabras: “Turín es un centro estrictamente industrial. Casi tres cuartas partes de la población, que cuenta medio millón de habitantes, se componen de obreros; los elementos pequeñoburgueses son una cantidad ínfima. En

Turín, además, también hay una masa compacta de empleados y técnicos organizados en los sindicatos y adheridos a la Cámara del Trabajo” (Gramsci, 2013, 82).

Turín, capital obrera del norte italiano, ha sido a comienzos del siglo XX una ciudad combatiente y a favor de las causas de la emancipación del trabajo. En plena Primera Guerra Mundial, en mayo de 1915, estalló en esta ciudad industrial una insurrección armada contra el anuncio de Italia de entrar en guerra contra Alemania. Luego, en agosto de 1917 se desplegó, nuevamente en Turín, una segunda insurrección a favor de la revolución bolchevique en Petrogrado. Recuerda a continuación Gramsci un episodio de esta historia obrera: “La noticia de la Revolución de marzo en Rusia fue acogida en Turín con una alegría indescriptible. Los obreros lloraban de emoción al recibir la noticia de que el zar había sido derrocado por los trabajadores de Petrogrado” (Gramsci, 2013, 84).

Según la convicción de Gramsci, esta última insurrección que hemos citado en Turín, apoyando la Revolución Rusa, marca un ascenso escalonado en el movimiento de masas. Después del 23 de agosto de 1917 y durante cinco grandiosos días los obreros combatieron en las calles de la ciudad. Los insurrectos estaban apertrechados y disponían sus cuadros de ametralladoras, granadas y fusiles. El pueblo acompañó la acción de los trabajadores en las calles levantando barricadas, abriendo trincheras y rodeando los barrios con alambradas electrificadas, rechazando con ello las acciones de la poderosa fuerza pública. Los soldados, a su vez, no se sumaron a la iniciativa de rebelión en curso y con esta decisión se selló la derrota de los obreros comunistas. Más de quinientos obreros cayeron en las calles. Detenidos y desterrados los obreros perdieron toda la iniciativa revolucionaria.

Acabada la Primera Guerra Mundial el movimiento proletario en Turín realizó avances significativos en el contexto de la Tercera Internacional. Recuerda Gramsci este periodo de la siguiente manera: “Los problemas económicos y políticos de la revolución eran objeto de discusión en todas las asambleas obreras. Las mejores fuerzas de la vanguardia obrera se reunieron para difundir un seminario de orientación comunista, *L'Ordine Nuovo*. En las columnas de este semanario se trataron los varios problemas de la revolución (...) la cuestión de los Consejos de fábrica se puso al orden del día” (Gramsci, 2013, 87).

El Consejo de fábrica era la prolongación de comités obreros que habían surgido tiempo ha. En otras condiciones, con otras funciones y con, igualmente, otras dirigencias sindicales. *L'Ordine Nuovo*, lo sabemos ya, propugnó e hizo propaganda por la transformación de los comités obreros en los nuevos Consejos de fábrica en cada fábrica, en cada taller, los cuales hemos analizado páginas atrás. Los Consejos de fábrica se fueron arraigando en la conciencia de las masas y en la práctica de todos los días hasta ser lo que fueron: órganos para la dirección de las masas.

Gramsci recuerda uno de los tantos hitos del Consejo de fábrica en Turín, pasemos pues a considerarlo: “El 3 de diciembre de 1919, los Consejos de fábrica dieron una prueba tangible de su capacidad de dirigir movimientos de masas de gran estilo; por orden de la sección socialista, que concentraba en sus manos todo el mecanismo del movimiento de masas, los Consejos de fábrica movilizaron sin preparación alguna, en el curso de una hora, 120.000 obreros organizados por empresas. Una hora después el ejército proletario se precipitaba como una avalancha hasta el centro de la ciudad y barría de calles y plazas a toda la canalla nacionalista y militarista” (Gramsci, 2013, 89).

Sabemos que los Consejos de fábrica fueron despertando a su paso opositores políticos y enemigos de clase. El sindicalismo, el Partido Socialista y el periódico *Avanti!* fueron de los primeros opositores; la burguesía, y en general el Estado burgués, lo fueron de lo segundo.

El 17 de agosto de 1920 Gramsci publicará en *L'Ordine Nuovo* el artículo “Los grupos comunistas”. Volverá a poner de presente la novedad de los Consejos de fábrica frente al sindicalismo tradicional. Se detiene en su originalidad para proponer su actualidad en el horizonte de la lucha obrera italiana. Los Consejos de fábrica, afirma, son los espacios por excelencia en los que la clase obrera “se realiza a sí misma”, sin intermediarios y sin delegaciones de poder.

Para terminar estas descripciones fundamentales sobre los Consejos de fábrica, en su origen, apogeo y derrota, para explicar con ello la formación ideológico-política del joven dirigente Gramsci, desembocamos en algunas referencias sobre el aporte histórico del órgano más representativo del proletariado turinés en el periodo rebelde que hemos descrito. Hablamos, por supuesto, del *L'Ordine Nuovo*.

#### **4.9 El nacimiento de *L'Ordine Nuovo***

En abril de 1919 cuatro personas comprometidas con la causa obrera se organizan para empezar una nueva publicación de izquierda en Turín. Son ellos: Palmiro Togliatti, Angelo Tasca, Umberto Terracini y Antonio Gramsci, que es el mayor con 28 años. La reunión que funda *L'Ordine Nuovo* en el recuerdo de Gramsci guarda estas impresiones: “queríamos hacer algo, algo, algo; nos sentíamos angustiados, sumidos en la ardiente vida de aquellos meses posteriores al armisticio, cuando parecía inminente el cataclismo de la sociedad italiana” (Gramsci, 2013, 95). La labor denodada de los cuatro intelectuales italianos se va a traducir en un órgano cultural con proyección política, el semanario *L'Ordine Nuovo*. Con los meses, este semanario se convertirá en el periódico de los Consejos de fábrica. Esta es la dignidad que trae consigo este órgano de difusión en un contexto de militancia

intensa, en el que Gramsci junto con sus jóvenes camaradas se involucra en la construcción de una nueva historia: la historia de los grupos y las clases subalternas en Italia.

Confiesa Gramsci que fue él quien tomó la iniciativa en la redacción del periódico con respecto a abrazar la idea de los Consejos de fábrica, con lo cual pudiera descubrirse una tradición soviética en la clase obrera italiana. El compañero Tasca había rechazado esa iniciativa en abril de 1919, pero las semanas pasaron y Gramsci que no olvidaba la idea tomó nuevamente la vocería. Registró de esta manera estos momentos: “Togliatti y yo urdimos entonces un golpe de estado de redacción: el problema de las comisiones internas se planteó explícitamente en el número siete de la revista. Una tarde, pocos días antes de escribir el artículo, expuse al camarada Terracini la línea del mismo, y Terracini expresó su pleno acuerdo con la teoría y con la práctica resultante; el artículo, con el acuerdo de Terracini y con la colaboración de Togliatti, se publicó, y entonces ocurrió todo lo que habíamos previsto: Togliatti, Terracini y yo fuimos invitados a celebrar conversaciones en los círculos educativos, en las asambleas de fábrica, fuimos invitados por las comisiones internas a discutir en reducidas comisiones de fiduciarios y administradores de las comisiones. Seguimos adelante; el problema del desarrollo de la comisión interna se convirtió en central, se convirtió en la idea del *L'Ordine Nuovo*; se presentaba como problema fundamental de la revolución obrera, era el problema de la «libertad» proletaria” (Gramsci, 2013, 97).

Gramsci subraya lo que significaron históricamente los Consejos de fábrica: una nueva institución de carácter público. El partido y el sindicato, por el contrario, eran instituciones antiguas de carácter privado. El obrero en el Consejo de fábrica era un productor en tanto hablemos de una institución pública. Esta idea novedosa bajo la premisa de la libertad y la autonomía fue desarrollada por el periódico *L'Ordine Nuovo* y por Gramsci, fundamentalmente. No fue desarrollada bajo la terminología de la sociedad dividida en clases, sino de la organización industrial con sus asociaciones y órganos propios de la experiencia de Turín, recuerda el mismo Gramsci. Turín, valga señalarlo, era entonces el “taller de la revolución comunista italiana”. También, en esta misma simbología como síntesis del porvenir, Turín representaba la capital mundial del automóvil. Es decir, era el mismo siglo XX andando.

## 5. Capítulo 5

### Fundar y dirigir el Partido Comunista Italiano

“Karl Marx no es responsable de las absurdas pretensiones ideológicas de los «marxistas»”. GRAMSCI, *L'Ordine Nuovo*, 4, IX, 1920.

#### 5.1 Hacia la fundación del Partido

Terminada las batallas históricas de los Consejos de fábrica en las mancilladas calles de Turín, Gramsci junto con sus camaradas del *L'Ordine Nuovo* deben realizar el balance político con respecto al futuro de la organización obrera a la que pertenecen, tanto frente al semanario del que son redactores como del Partido Socialista en el que son partes integrantes como intelectuales dirigentes. La maduración de este proceso político implicará con los meses por venir la fundación del Partido Comunista Italiano (P.C.I), llevado a cabo en el hermoso puerto de Livorno, Toscana, el 21 de enero de 1921 con tres de los cuatro camaradas que fundaron el semanario *L'Ordine Nuovo*: Terracini, Togliatti y Gramsci. Tasca, compañero de aquellos, se había apartado del proyecto fundacional partidista. Esta separación ocurrió, en efecto, mucho antes de que los Consejos de fábrica fueran derrotados por las tropas de asalto gubernamentales; Tasca tomó distancia de un proyecto político que él consideraba no era ajustado a la teoría proletaria que por entonces abrazaba, situación que Gramsci en su momento recordó públicamente con un llamado de atención a su compañero. Observemos este desenlace de la amistad obrera de dos intelectuales italianos, donde el centro de discusión era qué son y para qué sirven los Consejos de fábrica. Sostiene Gramsci en su requisitoria:

“El camarada Tasca, lector muy poco atento del *L'Ordine Nuovo*, no ha captado nada de este desarrollo teórico, el cual, por lo demás, no es más que una traducción, para la realidad histórica italiana de las concepciones del camarada Lenin expuestas en algunos escritos que ha publicado *L'Ordine Nuovo* mismo, y de las concepciones del teórico americano de la asociación sindicalista revolucionaria de los I(ndustrial) W(orkers of the) W(orld), el marxista Daniel de León” (Gramsci, 2013, 99).

En efecto, el camarada Tasca había considerado otras posiciones en juego. En ellas no planteaba la cercanía con las masas obreras turinesas en lucha, tal como se desencadenó en la realidad material intensa como la que vivió Turín, y frente a la cual, como hemos visto páginas atrás, Gramsci se sumó de forma explícita, en tanto era uno de sus más valientes líderes en la prensa *qua* dirigente. Por ello, volvamos a los cuestionamientos que Gramsci le dirige a su compañero: “Tasca tenía una información muy superficial sobre el problema de los Consejos y una invencible manía de formular «su» concepción, de iniciar «su» acción, de abrir una Era nueva para el movimiento sindical” (Gramsci, 2013, 101).

La nuez del problema está en que en el discurso de Tasca, como lo leemos, está consignada la reivindicación del movimiento sindical como organización privilegiada en la dirección obrera. Gramsci, por el contrario, tenemos pleno conocimiento de ello, abrazaba la causa de la autonomía obrera tal como ella se desplegaba en las prácticas espontáneas en las fábricas de Turín y por fuera del monitoreo vertical que ejercía el Partido Socialista o a su vez los sindicatos tradicionales.

Precisemos una última referencia de este debate con respecto a las referencias teóricas que entraron en la polémica Gramsci-Tasca y que como lo proyectamos hace algunas líneas atrás, es el germen de la fundación del P.C.I. Afirma Gramsci que en *L'Ordine Nuovo* del 5 de junio de 1920 se hizo pública un extracto sobre la Comuna de París escrita por Marx, en el que este pensador alemán refiere el carácter industrial de la sociedad comunista de los productores. Pues bien, Gramsci a continuación escribió: “En esta obra de Marx han encontrado De León y Lenin los motivos fundamentales de sus concepciones, y sobre esos elementos se habían preparado y elaborado los artículos de *L'Ordine Nuovo* que el camarada Tasca, repitámoslo, ha mostrado leer muy superficialmente, precisamente por lo que hace al número en que se originó la polémica, y sin ninguna comprensión de la sustancia ideal e histórica” (Gramsci, 2013, 100).

En el mismo periódico obrero que es su órgano de difusión, *L'Ordine Nuovo*, Gramsci va a plantear la urgencia de la fundación del Partido Comunista. El artículo lleva por título *El Partido Comunista* y salió a la imprenta en dos números, el 4 de septiembre y el 9 de octubre de 1920. En este largo artículo Gramsci defiende la idea del partido, y lo hace de la siguiente manera: “los rasgos característicos de la revolución proletaria no pueden encontrarse más que en el partido de la clase obrera, en el Partido Comunista, el cual existe y se desarrolla en cuanto es la organización disciplinada de la voluntad de fundar un Estado, de la voluntad de dar una estructuración proletaria a la ordenación de las fuerzas físicas existentes y de poner las bases de la libertad popular” (Gramsci, 2013, 103).

Era claro para Gramsci que el obrero conservaba la autonomía espiritual y la libertad al interior del Partido Comunista. Y no solo eso, también con esta lectura del Partido Comunista como órgano de los proletarios, se asiste a una voluntad de lucha y de creación revolucionaria que no se pierde ni se reduce a la relación mando-obediencia. La liberación, afirma Gramsci, se consigue con el concurso activo del Partido Comunista. Al respecto anota: “El Partido Comunista es el instrumento y la forma histórica del proceso de liberación íntima por el cual el obrero pasa de ser *ejecutor* a ser *iniciador*, de ser *masa* a ser *jefe* y *guía*, de ser brazo a ser cerebro y voluntad; en la formación del Partido Comunista puede sorprenderse el germen de libertad que tendrá su desarrollo y su expansión plena una vez que el Estado obrero haya organizado las condiciones materiales necesarias” (Gramsci, 2013, 105).

Una frase sintetiza la idea central que Gramsci acaricia por entonces: en el Partido Comunista el obrero es “organizador además de organizado”. Director y dirigido, tales son las tareas del obrero en la nueva formación. Acaso no haya mejor definición de lo que es o puede ser un gobierno de la democracia subalterna.

## 5.2 Debates teóricos comunistas

La revolución proletaria, afirma Gramsci, pasa necesariamente por la organización del Partido Comunista. De las cenizas de los partidos socialistas nacerán entonces los futuros partidos comunistas, sostiene el autor sardo. Los partidos políticos, en una definición rápida, son el reflejo y la nomenclatura de las clases sociales. En el caso de Italia el Partido Socialista, al que pertenece Gramsci por voluntad, vive un proceso de descomposición de sus formas asociativas. No es ya un partido revolucionario. El Partido Socialista, igualmente, no dirige el proceso político de los proletarios. No es pues un partido marxista. Que la fracción comunista del Partido Socialista se organice y funde el Partido Comunista Italiano (P.C.I.): es el llamado urgente que hace Gramsci.

Con lo anterior, Gramsci abona ideológicamente el terreno para la fundación de lo que va a ser el P.C.I. en Livorno, el 21 de enero de 1921. Lo que tenemos son las palabras de un dirigente del proletariado que se está haciendo desde la prensa obrera y al hacerlo se proyecta a nivel nacional. Gramsci llama a sus compañeros a la acción: “Los comunistas, que con su energía y su espíritu de iniciativa han salvado a la clase obrera de un desastre durante la lucha de los metalúrgicos deben llevar hasta las últimas consecuencias de su actitud y de su acción” (Gramsci, 2013, 110). Deben por ello fundar el P.C.I.

Gramsci conoce como dirigente la situación política en que se desarrolla la lucha de clases en Italia. Sabe como intelectual que los antagonistas de los trabajadores se preparan para librar nuevos golpes. Se ajustan las fuerzas sociales y se perfilan nuevas organizaciones de choque. Es el fascismo. Gramsci

a esta nueva realidad le ha dedicado una serie de textos en *Avanti!* y en *L'Ordine Nuovo*, los cuales seguirá escribiendo hasta cuando sea apresado por el régimen fascista al finalizar el año de 1926. Detallemos algunos elementos de estas referencias para considerar el cuadro de las fuerzas política de la reacción, las cuales le van a propinar a Gramsci y a sus camaradas la mayor derrota de su vida: la cárcel y con ella la derrota, el silencio y posteriormente la muerte.

Gramsci advierte que en el Estado italiano en los años veinte existe un proceso de descomposición particularmente conformado por la pequeña burguesía. El poder del Estado, al igual que su organización armada, ha entrado durante el contexto de la posguerra en este proceso de descomposición acelerada. Este tema lo irá detallando en los artículos que fue publicando durante el intenso “bienio rojo” y posterior a él. En *Avanti!*, por ejemplo, el 11 de diciembre de 1920 le dedicó a esta cuestión el artículo *La fuerza del Estado* (Gramsci, 1979, 65-66). El Estado italiano se cae a pedazos, sentencia Gramsci.

En “El pueblo de los monos”, publicado en *L'Ordine Nuovo* del 2 de enero de 1921, Gramsci ahonda su lectura de la descomposición del Estado italiano. Sostiene que esta descomposición implica a la pequeña burguesía y se originó realmente en la última década del siglo XIX. Al respecto podemos leer: “La pequeña burguesía pierde toda importancia y decaen todas sus funciones vitales en el campo de la producción, con el desarrollo de la gran industria y del capital financiero: se convierte en pura clase política y se especializa en el «cretinismo parlamentario»” (Gramsci, 1979, 67). La pequeña burguesía en descomposición, corrompe y arruina al Estado italiano, con lo cual forja la realidad del fascismo, dándole su sustento ideológico. Al tiempo que esto ocurre, la clase dominante italiana defiende con tesón la propiedad privada industrial y agrícola de los asaltos revolucionarios de los obreros y campesinos pobres. El fascismo es entonces el agente activo de la contrarrevolución. Es la violencia privada que va sublevando a una parte de la población.

### **5.3 Contra el fascismo**

Algunos meses después, Gramsci vuelve a publicar un artículo contra los fascistas. Se intitula “Italia y España” y pone de presente lo que está pasando en estos dos países. Fue publicado en *L'Ordine Nuovo* del 11 de marzo de 1921 y en él podemos leer: “¿Qué es el fascismo, observado a escala internacional? Es el intento de resolver los problemas de producción y cambio con ametralladoras y revólveres. Las fuerzas productivas han sido arruinadas y destrozadas en la guerra imperialista” (Gramsci, 1979, 73).

En Italia hacia 1919, en pleno contexto del “bienio rojo”, tal como pasó años atrás en España, se ha escalado a la fase de armamento de las clases medias y, al tiempo, se han introducido en la lucha

de clases de estos grupos los métodos militares de asalto y de golpes por sorpresa. Sostiene Gramsci: “en Italia la clase media cree poder resolver los problemas económicos con la violencia militar; cree curar la desocupación con pistoletazos, cree calmar el hambre y secar las lágrimas de las mujeres del pueblo con ráfagas de ametralladora” (Gramsci, 1979, 74).

Volviendo al asunto, resaltemos que este proceso de vertiginosa descomposición social y política que implica el fascismo tiene una explicación histórica desde el proceso precario que llevó a la unificación italiana en el *Risorgimento*. Escribe Gramsci: “El fascismo es el nombre de la profunda descomposición de la sociedad italiana, que no podía dejar de estar acompañada por la profunda descomposición del Estado, y que, hoy, sólo puede ser explicado con respecto al bajo nivel de civilización que la nación italiana pudo alcanzar en estos setenta años de administración unitaria” (Gramsci, 1979, 75).

El fascismo al decir de Gramsci era un “antipartido”, una psicología bárbara y antisocial desarrollada en una sociedad cuyos estratos de población tienen tras de sí una inmadurez probada en la violencia de facto. De esta afirmación, sostiene Gramsci, se puede explicar el carácter violentísimo que se ha desplegado en Italia la lucha de clases.

Sigamos por ello detallando las características del antagonista fascista que surgió tras la Primera Guerra Mundial y que está proyectándose en el contexto convulso que lleva la emergencia revolucionaria de los heroicos Consejos de fábrica; que está, por último, inscrito en la lucha de clases contra los obreros y las masas trabajadoras en autonomía, cuyo órgano rector de dirigencia se organiza ahora como Partido Comunista de Italia.

Gramsci, uno de sus intelectuales italianos más probados en la lucha ideológica, afirma del fascismo en el escrito “El verdugo y la víctima”, publicado en el ahora diario *L'Ordine Nuovo*, y que dirige desde enero de 1921: “El fascismo es un movimiento social, es la expresión orgánica de la clase propietaria en lucha contra las exigencias vitales de la clase trabajadora, así como al fascismo le pertenece la iniciativa de la guerra civil; la clase trabajadora es la víctima de la guerra de clase y no puede haber paz entre la víctima y el verdugo” (Gramsci, 1979, 84).

En los siguientes meses Gramsci continuará analizando la acción del fascismo *in crescendo*, por lo mismo entra a desentrañar la naturaleza de los “fasci” y de cómo obtuvieron el apoyo de las autoridades y de los capitalistas. Como comunista pone en cuestión el terror que conlleva el fascismo. Y se pregunta, en ese mismo sentido, si en Italia se asistirá a la manifestación fascista de un golpe de Estado. Sin embargo, Gramsci también sostiene que puede haber acaso una escisión del fascismo que lo debilite en dos partes en lucha: el fascismo agrario y el fascismo pequeñoburgués al que

pertenece Mussolini. Los distintos artículos de Gramsci durante todo el año 1921 señalan el intento liberticida de la reacción italiana, contra el cual Gramsci y el Partido Comunista de Italia se ponen en guardia.

Estando en estos análisis como periodista, como militante comunista y como ciudadano italiano, Gramsci debe preguntarse ahora por la procedencia histórica de estas nuevas realidades acaudilladas por la reacción agraria y pequeñoburguesa, esto es, por el fascismo. Leamos, entonces, sus palabras escritas algunos meses antes de la marcha triunfal sobre Roma de Mussolini y sus 70 mil camisas negras.

#### **5.4 Un poco de historia social**

El texto en *L'Ordine Nuovo* se tituló “Un año”, y se publicó el 15 de enero de 1922. En él leemos una referencia histórica fundamental en nuestra investigación sobre el *Risorgimento*: “La democracia italiana, como se creó desde 1870, carece de una sólida estructura de clase por no haberse realizado el predominio de ninguna de las dos clases propietarias: los capitalistas y los agrarios. La lucha entre estas dos clases representó en la historia de los otros países el terreno para la organización del Estado moderno, liberal y parlamentario. En Italia esta lucha ha faltado casi enteramente o, mejor dicho, se ha verificado en una forma equívoca, como un sometimiento, de naturaleza burocrática y plutocrática, de las regiones centrales y meridionales del país, habitadas por las clases agrarias, a las regiones septentrionales, donde se desarrolló el capital industrial y financiero” (Gramsci, 1979, 102).

Esto quiere decir que, cuando menos, desde 1870, con el hito de la unidad del reino italiano como Estado nación, debemos adoptar un punto de vista histórico fundamental en el análisis social y político: el esfuerzo de determinadas capas dirigentes de incorporar al espacio de la clase dirigente a las personalidades más eminentes de las organizaciones obreras.

Por lo mismo, y ante la dimensión profunda del tema, retomemos la discusión que plantea Gramsci con la historia frente a la Italia pre-fascista. A saber: “La necesidad de mantener un régimen democrático, que al mismo tiempo era dominio de minorías burguesas y se manifiesta como predominio de una restringida parte de la nación sobre la mayor parte del territorio, impulsó constantemente a los representantes del industrialismo y de la plutocracia septentrional a tratar de cumplir sus propios cuadros de clase dominante incorporando en ella a las masas obreras y anulando la lucha de clases en la zona. Hasta 1900 los capitalistas septentrionales buscaron una alianza con los latifundistas meridionales para sofocar al mismo tiempo la lucha de clase del proletariado industrial y las explosiones de violencia de las clases pobres del campesinado meridional. Pero resultó claro que esta alianza a la larga trastornaría la situación, dando el poder del Estado a los latifundistas y

haciendo perder al septentrión las posiciones de privilegio conquistadas con la unidad nacional” (Gramsci, 1979, 103).

Después vendrán para Gramsci en su calidad de dirigente político sus viajes por Europa, a Berlín, como representante del Partido Comunista de Italia; a Rusia en especial como delegado comunista del ejecutivo ampliado de la Internacional, reunión a la que partió en mayo de 1922. Dejaba entonces Turín luego de 11 años de residencia y lucha política, y renunciaba, en consecuencia, a la dirección del diario que fue forjando *L'Ordine Nuovo*. “Aquel viaje iba a representar un gran cambio en su vida: por su enriquecimiento político junto con los protagonistas de la Revolución rusa y por el encuentro con Julia Schuchth, que lo había de completar” (Fiori, 2017, 186).

## 5.5 La victoria política del fascismo

Estando en Moscú en su condición de delegado le llegará la noticia de la Marcha sobre Roma del fascismo. Era el 28 de octubre de 1922. A raíz de este movimiento de la derecha fascista, se reorganiza el antagonismo social en Italia y el Partido Comunista de Italia (P.C.I) va a ser perseguido. En consecuencia, Bordiga como secretario del Partido Comunista va a ser detenido y cundirá entre sus camaradas el inmovilismo político.

Frente al cuadro de persecuciones y detenciones en masa el P.C.I. vive su peor momento. El ejecutivo ampliado de la Internacional asumiendo la seriedad de los hechos y la difícil situación del cuadro dirigente, decidió liquidar el grupo dirigido por Bordiga y organizar un nuevo ejecutivo del P.C.I. Se dispuso entonces desde Moscú que Gramsci se trasladara a Viena, Austria, para seguir de cerca los acontecimientos políticos de Italia. A los 32 años debía Gramsci asumir la tarea de la conducción del partido en pleno ascenso del fascismo.

Después de pasar año y medio en Moscú a finales de noviembre de 1923 su vida tomaba un nuevo rumbo como dirigente político. El balance histórico de las experiencias por las que él había pasado como periodista del *L'Ordine Nuovo*, como dirigente y como intelectual comunista, fueron poco a poco madurando en Moscú con la rica experiencia de vivir en un país cuya revolución estaba en curso ascendente. Gramsci había llegado a responder por qué habían sido derrotados sus camaradas en el “bienio rojo” y en general por qué la lucha de clases se presentaba en Italia en la forma en que se desarrollaba, en contra de los proletarios. Con estos arrestos pudo escribir el texto *¿Qué hacer?* al periódico *Voce della Gioventú* de Milán el 19 de noviembre de 1923. Al respecto podemos leer: “He aquí nuestra debilidad, he aquí la razón de la derrota de los partidos revolucionarios italianos: no haber tenido una ideología, no haberla difundida entre las masas, no haber fortificado las conciencias

de los militantes con certezas de carácter moral y psicológico. ¿Cómo asombrarse entonces de que algún obrero se haya vuelto fascista? (Gramsci, 1981, 169).

El mismo Gramsci entraba a dilucidar este interrogante, que corresponde a toda la generación de izquierda que estaba siendo vencida en las ciudades de Europa. De ahí que haya escrito: “a mi parecer, es necesario comenzar justamente por aquí, por el estudio de la doctrina que es propia de la clase obrera, que es la filosofía de la clase obrera, que es la sociología de la clase obrera: por el estudio del materialismo histórico, por el estudio del marxismo (...) reunirse, comprar libros, organizar lecciones y conversaciones sobre este tema, formarse criterios sólidos de investigación y de examen y criticar el pasado para ser más fuertes en el futuro y vencer” (Gramsci, 1981, 170).

Sin embargo, las noticias que llegaban desde Italia también eran buenas. El 6 de abril de 1924 Gramsci había sido elegido diputado por una circunscripción de Venecia, con lo cual disponía de inmunidad parlamentaria y podía, si lo quería, volver a Italia. Así lo hizo. Después de cinco meses y medio abandonaba las comodidades de Viena. Era el 12 de mayo de 1924. Algunos meses antes, estando aún en esta ciudad austriaca, había recibido la triste noticia de la muerte de Lenin en Rusia, por lo cual Gramsci había tomado lápiz y papel para homenajearlo con un texto intitulado “Jefe”. Lo publicó en *L'Ordine Nuovo* el 1 de marzo de 1924. En él podemos leer: “El compañero Lenin fue el iniciador de un nuevo proceso de desarrollo de la historia, pero lo fue porque él era también el exponente y el último aspecto más individualizado de todo un proceso de desarrollo de la historia pasada, no sólo de Rusia, sino del mundo entero” (Gramsci, 1979, 134).

## **5.6 La dictadura proletaria es expansiva**

Manteniendo su lectura de que el poder obrero viene de la democracia, de abajo hacia arriba, expone nuevamente esta idea, la cual fue madurando en los combates que libraron sus camaradas y él mismo en los revolucionarios Consejos de fábrica en Turín. En consecuencia, podemos leer un Gramsci profundamente democrático en el texto intitulado “Jefe” sobre Lenin: “La dictadura del proletariado es expansiva no represiva. Un continuo movimiento se verifica de abajo hacia arriba, un continuo intercambio a través de todas las capilaridades sociales, una continua circulación de hombres. El jefe que hoy lloramos encontró una sociedad en descomposición, un polvillo humano, sin orden ni disciplina, porque en cinco años de guerra se había agotado la producción, fuente de toda vida social. Todo fue reordenado y reconstruido, desde la fábrica hasta el gobierno, con los medios, la dirección y el control del proletariado, de una clase nueva, es decir, desde el gobierno a la historia” (Gramsci, 1979, 136).

Estando aun viviendo en Moscú Gramsci puede palpar la realidad de la situación de los soviets y del Partido Comunista de la URSS. Puede, por ello, afirmar con autoridad, lo siguiente: “Los estatutos de la Internacional dan al partido ruso la hegemonía de hecho en la organización mundial” (Gramsci, 2013, 130-131). En efecto, la cuestión de la hegemonía, es decir, el problema de la dirección política, intelectual y moral en la revolución, va a ser un elemento fundamental que arrojó el viaje de Gramsci a Rusia, estando como estaba viviendo en el país donde gobiernan los obreros y los campesinos. Este tema prioritario de la hegemonía con los años por venir, con la cárcel a cuestas, volverá a ser prioritario en su pensamiento histórico y político.

Cuando Gramsci retornó a Italia con inmunidad parlamentaria debido a su condición de diputado, el 12 de mayo de 1924, el P.C.I no existía como organización homogénea. Había una parálisis expansiva, una separación entre los dirigentes y los cuadros políticos periféricos. Bordiga, que había sido sacado de la dirección del partido por la Internacional. Sin embargo, seguía con el apoyo de la mayoría de las federaciones. Las masas en consecuencia seguían el sectarismo y el extremismo del camarada Bordiga con sus predicaciones incendiarias. En la reunión clandestina que se llevó a cabo al regreso de Gramsci a Roma, éste pudo comprobar con sus propios ojos la división manifiesta que existía en las filas del P.C.I: mociones y facciones por doquier. Por si lo anterior no fuera poco, el contexto italiano era de franco terrorismo de Estado.

El biógrafo Fiori relata de la siguiente manera el cuadro histórico en el que se encontraba Gramsci por entonces: “En los dos años pasados en el extranjero había cambiado. Había cumplido los treinta y tres años y tenía más garra, manifestaba una voluntad de dominio antes insospechada en él. Ahora veía más claramente que en el pasado la necesidad de que coincidiesen la elaboración del pensamiento político y el ejercicio del poder para la afirmación de aquel pensamiento” (Fiori, 2017, 206).

Todas las semanas Gramsci celebraba varias reuniones políticas tanto con los dirigentes del partido como con los camaradas de las bases sociales. Las diferencias políticas con Bordiga continuaron hasta profundizarse y ser abiertamente antagónicas, cuando Gramsci planteaba la creación de alianzas antifascistas, incluso con el apoyo de sectores burgueses cercanos al proletariado. Las tareas de la reorganización del partido a Gramsci le tomaban mucho tiempo. Disciplinado y con seriedad seguía con sus proyectos intelectuales, sumado el hecho de ser diputado comunista. Incluso pensaba con cierto optimismo que por la ola de desprestigio social el fascismo pronto caería, como cuando se dio el secuestro y homicidio del diputado socialista Giacomo Matteoti, pocas semanas después de su regreso a Italia. Pero se equivocaba.

Como decimos, la situación política en Italia tendía a descomponerse de forma violenta con la práctica del terrorismo de Estado. En esta difícil situación Gramsci, líder flamante y diputado del P.C.I. va a encontrarse con su cuñada Tatiana Schutch; con los meses por venir forjará con ella la amistad más importante de su vida: su compañía durante sus duros años de cárcel. Era enero de 1925 y su vida transitaba velozmente. Tatiana Schutch será una compañía fundamental para los tiempos que están por venir y frente a los cuales Gramsci, el sagaz político de izquierda, avezado dirigente comunista, parece no darse cuenta.

Gramsci, debido a su condición de dirigente comunista, requería partir nuevamente para Moscú a la reunión del ejecutivo ampliado de la Internacional. Salió rumbo a su destino a finales de febrero de 1925 para la reunión que se celebraría el 21 de marzo siguiente. En este viaje conocerá a su primer hijo, Delio de 8 meses, y pasará largo tiempo con su esposa rusa Julia Schutch. El 29 de abril retornaba nuevamente y para siempre a Italia.

Llega de su viaje de Rusia y se encuentra con una iniciativa del gobierno Mussolini para perseguir a los partidos, las organizaciones y los distintos grupos antifascistas que por entonces se han multiplicado en Italia. Continúa Gramsci imperativamente comprometido con su vida de diputado comunista. El 16 de mayo de 1925 se registra que nuestro dirigente por primera vez se pronunció en el parlamento italiano. Su voz no era la del tribuno, ni la del caudillo, sino la de alguien que tiene una voz “apagada y tenue”, como la de un profesor en la cátedra. Frente al fascismo, encarnado en la figura de Mussolini a quien tenía frente a sí, y con quien había sido compañero años atrás en el Partido Socialista, Gramsci pronunció estas palabras para la historia: “Desde esta tribuna nosotros queremos decir al proletariado y a las masas campesinas de Italia que las fuerzas revolucionarias italianas no se dejan destruir, que vuestro turbio sueño no llegará a realizarse” (Fiori, 2017, 37). La soledad que vivía en Roma, las precauciones personales que tenía que tomar en la calle para su seguridad y la ilegalidad del partido que dirigía, lo agotaban más de lo posible. En varias ocasiones debió despistar a la policía que lo espiaba siguiéndole los pasos.

## **5.7 Las tesis de Lyon**

Estando en esas, en enero de 1926 se llevó a cabo la reunión del III Congreso Nacional del Partido Comunista de Italia (P.C.I). Gramsci y Togliatti redactaron algunos meses antes los borradores de las tesis de Lyon, lugar donde se lleva a cabo la reunión. En Turín previamente al Congreso, se reúne la comisión política preparatoria del mismo. En este encuentro Gramsci tomará la palabra para plantear lo siguiente: “En ningún país puede el proletariado conquistar y conservar el poder con sus solas fuerzas; por tanto, tienes que conseguir aliados, o sea tiene que llevar a cabo una política que

le permita ponerse a la cabeza de las demás clases que tienen intereses anticapitalistas y guiarlas en la lucha por derribar la sociedad burguesa. La cuestión es particularmente importante en Italia, donde el proletariado es una minoría de la población trabajadora y está distribuida geográficamente de modo tal que no puede pensar en llevar adelante una lucha victoriosa por el poder sino después de haber dado una solución exacta al problema de sus relaciones con la clase campesina. Por lo demás, existe una reciprocidad entre el problema de la alianza de los obreros y los problemas de la organización de la clase obrera y del partido; estos últimos se resolverán más fácilmente si el primero se encuentra en vías de solución” (Gramsci, 1981, 221).

Este punto de discusión sobre la “alianza”, cómo y con quién, será capital en la propuesta política e intelectual al interior del Partido Comunista de Italia, previo al desastre que el fascismo con su persecución sin tregua le propinará al P.C.I. ese mismo año. Gramsci aclara entonces la situación: “El problema de la alianza entre los obreros y los campesinos ha sido planteado ya por la dirección del partido, pero no puede decirse que todos los camaradas hayan comprendido bien sus términos y tengan la capacidad de trabajar por su resolución, especialmente en las zonas en que habría que trabajar más y mejor, o sea en el sur” (Gramsci, 1981, 221). Estos eran, recuerda él, los problemas propios de la táctica y la estrategia del partido en términos de cómo se leen las relaciones entre el proletariado y las demás clases anticapitalistas en Italia y en Europa. Las mayores diferencias, en términos de estas relaciones con la alianza, así como la lectura internacional, resalta Gramsci, se dan entre la dirección del partido y la extrema izquierda del mismo acaudillada aún por Bordiga.

En esa misma línea de pensamiento reitera Gramsci en tanto líder de la propuesta que está presentando a sus camaradas: “El problema de la conquista de una influencia decisiva en la mayoría de la clase obrera y el de la alianza entre los obreros y campesinos están estrechamente relacionados con el problema militar de la revolución” (Gramsci, 1981, 223).

Entonces vendrá a continuación el encuentro del Congreso con las tesis de Lyon redactadas por Gramsci y Togliatti, las cuales se conocerán como “La situación italiana y las tareas del PCI”. En estas tesis se definirá que el fascismo era un método de estabilización del capitalismo italiano. Otra idea central, que ya veíamos en la reunión que se celebró con la comisión previa, fue la propuesta política de buscar una alianza del proletariado en la lucha antifascista.

Debemos detallar las 44 tesis de Lyon con las que se derrota derrotar la extrema izquierda del P.C.I., la cual entonces era la mayoría en el partido con Bordiga a la cabeza. Con estas tesis se enmarca la tentativa de estructurar un partido partiendo de la historia y la realidad social, política y económica de Italia en la coyuntura violenta de los años veinte. Unidad entre el leninismo y la situación nacional

italiana, pero sin reformismos ni revisionismos en curso. Se afirma una vía de masas con el liderazgo intelectual y político del P.C.I.

En estas tesis encontramos el pensamiento maduro de Gramsci, de aquel joven pobre que llegó a Turín desde el sur y se hizo a un liderazgo con proyección nacional durante los últimos 15 años de su vida. Las derrotas personales y partidistas, así como las tareas de la dirección, poco a poco, le hicieron mirar y estudiar la historia del Estado-nación italiano, así como la historia del proletariado y del campesinado en su país natal. Son las derrotas obreras y campesinas frente a la burguesía primero y luego frente al fascismo pequeñoburgués, las que le hacen estudiar la historia de su país. Y como veremos, la experiencia arrojada por la desigual historia nacional italiana es la que está consignada como fundamento teórico en las tesis de Lyon.

Gramsci y Togliatti señalan en su escrito que en Italia es confuso el carácter originario del movimiento obrero, porque en él están implicados tendencias diversas como el idealismo mazziniano, el humanitarismo de los cooperativistas, los partidarios de la mutualidad y del bakuninismo. “El origen tardío y la debilidad del industrialismo explican la ausencia del elemento clarificador dado por la existencia de un proletariado fuerte; otra consecuencia fue que incluso la ruptura entre anarquistas y socialistas se realizó con veinte años de retraso (1892, congreso de Génova)” (Gramsci, 1981, 226-227).

Precisamente en este congreso se funda el Partido Socialista con una doble composición política. Por un lado, había una serie de intelectuales cuyo “marxismo” propendía por una reforma democrática al interior del Estado italiano, acompañado para ello del concurso de las masas proletarias. De otro lado, existía una segunda fuerza, que se apoyaba en la acción de los proletarios y de tendencias claramente de corte obrero, pero sin la necesaria conciencia teórica. A esta inicial división le siguieron dos fases históricas: hasta 1900 el partido fue reformista democrático; después de 1900, con más libertades e iniciativas, el partido no supo cómo organizar sus fuerzas para darse a sí mismo un carácter de organización marxista. Con los años, los elementos intelectuales se divorciaron del partido. Triunfó entonces al interior del partido una visión integralista con un “verbalismo conciliador”.

El partido se fue dividiendo aún más con los años y con la llegada de la Primera Guerra Mundial aún más; recuérdese el caso de Mussolini. Solo hasta la fundación del Partido Comunista de Italia en Livorno, durante el año 1921, se superan las dificultades nacidas con los primeros años del Partido Socialista y que arrastraba consigo. A saber: la ausencia de una “opción de clase” con su organización respectiva, la falta de un programa del partido, la ideología del mismo, y los problemas sobre la táctica y la estrategia. En Livorno fue cuando se forjó, con su separación del Partido Socialista, como un

partido bolchevique y, en consecuencia, como un partido revolucionario, el que requería el proletariado italiano. De ahí deriva entonces su nuevo nombre: Partido Comunista de Italia.

Hablando de la estructura social italiana, Gramsci y Togliatti, sostenían la debilidad del industrialismo en Italia, cuyo opositor era una agricultura como base natural de la economía del país. Sigamos su análisis: “Entre las clases industriales y agrarias se interpone una pequeña burguesía urbana, bastante extensa, cuya importancia es considerable. Está compuesta predominantemente de artesanos, profesionales y empleados del estado” (Gramsci, 1981, 228). No hay pues una lucha entre industriales y agrarios como se da en otros países, sino que los industriales, a su vez, tienen un sistema de compromisos comerciales claramente definidos con las clases agrícolas y, particularmente, con los terratenientes. Existe también una superabundancia de mano de obra agrícola pobre que migra regularmente a los trabajos industriales que ofrecen las ciudades. El acuerdo industrial-agrario, como era de esperarse beneficia a un reducido grupo de privilegiados, los grandes industriales, en desmedro de la inmensa población trabajadora que queda al margen de la riqueza social. El resultado no es otro que el estancamiento de regiones enteras como el Mezzogiorno y las islas, así como el aumento de la miseria de la población trabajadora, sumado esto al hecho de la migración permanente.

## **5.8 Primeras referencias al *Risorgimento***

Con lo anterior, la clase industrial italiana al no controlar toda la economía nacional, no llega a hacerse con la dirección del Estado ni con la sociedad civil. Si seguimos a los dos autores citados, Gramsci y Togliatti: “Solo le resulta posible construir un estado nacional cuando puede explotar factores de política internacional (el llamado *Risorgimento*). Para reforzar el estado y para defenderlo, necesita establecer compromisos, con las clases sobre las que la industria ejerce una hegemonía limitada, particularmente los agrarios y la pequeña burguesía. Esa situación origina una heterogeneidad y una debilidad de toda la estructura social, así como el estado que es su expresión” (Gramsci, 1981, 229). Es en el ejército de Italia en donde se expresa esta debilidad típica de la estructura social.

Como lo hemos registrado, la relación entre los industriales y los agrarios está mediada por una base territorial establecida, la separación norte-sur, sabiendo igualmente que en el norte se organizan los grandes centros urbanos, la producción y la población agrícola. “En consecuencia, todos los inherentes a la estructura social del país contienen un elemento que concierne al estado y amenaza su unidad. Los grupos dirigentes burgueses y agrarios buscan la solución del problema a través de un compromiso. Ninguno de estos grupos posee, por su naturaleza, un carácter unitario y una función unitaria” (Gramsci, 1981, 230). El Mezzogiorno, desde este punto de vista, es colocado como región

con un tratamiento desigual de población colonial. En esa misma medida, al unir explotación económica y opresión política, la población trabajadora del Mezzogiorno está como fuerza social en permanente movilización contra el Estado italiano.

En este cuadro general de las relaciones de fuerzas entre los grupos, el proletariado italiano ocupa un lugar fundamental, sostienen Gramsci y Togliatti. En efecto, la industria frente a la falta de materias primas se apoya en la mano de obra de trabajadores especializados. Y, en segundo lugar, existe una heterogeneidad y una serie de conflictos que debilitan a los grupos dirigentes. Frente a esta calamitosa realidad, el proletariado italiano se presenta como una unidad: tiene una función unificadora y coordinadora de toda la sociedad. No es una amenaza para la unidad del Estado italiano. Por último, valga señalar que junto al proletariado industrial se presenta una masa de proletarios agrícolas esparcida, fundamentalmente, en el valle del Río Po.

Gramsci y Togliatti pasan a considerar lo que es la política de la burguesía italiana. Sostienen por ello un barrido histórico de la influencia de la burguesía en el origen del Estado. A saber: “El objetivo que se propusieron alcanzar las clases dirigentes italianas, desde los orígenes del estado unitario en adelante, fue el de mantener sometidas a las grandes masas de la población trabajadora, impidiendo que, al organizarse en torno al proletariado industrial y agrícola, se convirtieran en una fuerza revolucionaria capaz de realizar una completa transformación social y política que haga nacer un estado proletario. Pero la debilidad intrínseca del capitalismo las obligó a basar el ordenamiento de la economía y del estado burgués en una unidad obtenida por la vía de compromisos entre grupos no homogéneos. En una amplia perspectiva histórica, este sistema se mostró inadecuado al fin que perseguía” (Gramsci, 1981, 230-231). Todo ello arrojó recurrentes obstáculos a la economía nacional, con los cuales se generaron nuevos conflictos sociales y nuevas movilizaciones de las masas, que presionadas, una vez más, se rebelaban contra el Estado.

Pasan luego Gramsci y Togliatti en sus tesis de Lyon a considerar cabalmente la división histórica del proceso ideológico-político que estamos comentando en nuestra investigación sobre Italia y la formación de la unidad nacional y territorial: De 1870 a 1880, primero, y posteriormente de 1880 a 1900. Sigamos entonces el discurso con sus intensidades y detengámonos en sus elementos más representativos.

En la primera década citada, de 1870-1880, se asiste al periodo más débil del Estado italiano. “Las dos clases que integran la clase dirigente, los intelectuales burgueses y los capitalistas, están unidos en un propósito de mantener la unidad, pero divididos en cuanto a la forma que se debe dar al estado unitario. Falta entre ellos una unidad positiva. Los problemas que el estado se plantea son limitados

y se refieren más a la forma que a la esencia del dominio político de la burguesía; entre ellos predomina el del equilibrio presupuestario, que es un problema de pura conservación. La conciencia de la necesidad de ampliar la base de las clases que dirigen el estado solo llegan con los inicios del «transformismo»” (Gramsci, 1981, 231).

El Vaticano, a su vez, se presenta como la cabeza visible de un bloque reaccionario y antiestatal, organizado por los agrarios y la gran masa de campesinos atrasados y dirigidos por los ricos propietarios y los clérigos. Con el Vaticano hay una doble lucha: contra el Estado burgués, unitario y liberal, al tiempo, el campesinado es tratado como un ejército de reserva contra el avance del proletariado socialista ante el despertar de la industria nacional. El Estado italiano reacciona entonces con una serie de medidas anticlericales.

En el segundo periodo, de 1890-1900, la burguesía se plantea ahora sí la organización de su propia dictadura. Y pasa a considerarla desde el plano económico y político. Se resuelve pues la contradicción entre la burguesía intelectual y los industriales. Pasa así a liderar la primera por sobre la segunda, tanto en el plano con las relaciones internacionales como al interior de Italia. Se erige una suerte de proteccionismo industrial-agrario. Sumado a esto, se da la alianza entre los industriales y los terratenientes. El Vaticano, como institución, ve así diezmada sus fuerzas en los propietarios de tierras del Mezzogiorno, los cuales pasan a sumarse al Estado burgués. Por otro lado, el Vaticano refuerza sus posiciones reaccionarias contra el movimiento obrero con una nueva encíclica. La clase dirigente italiana reacciona en consecuencia organizando un programa anticlerical por medio de la masonería.

## **5.9 La separación histórica entre el norte y el sur**

De lo anterior se derivan las siguientes consecuencias históricas en términos de la maduración del sujeto social y político: “En este periodo es cuando aparecen los primeros progresos reales del movimiento obrero. La instauración de la dictadura industrial-agraria plantea en sus términos reales el problema de la revolución, determinando sus factores históricos. Surge en el norte un proletariado industrial y agrícola, mientras en el sur, la población rural, sometida a un sistema de explotación «colonial» es mantenida en su estado de sojuzgamiento mediante una opresión política cada vez más acentuada. En este periodo se plantea con toda claridad los términos de la «cuestión meridional»” (Gramsci, 1981, 232).

Como lo podemos comprobar, Gramsci y Togliatti siguen haciendo en las tesis de Lyon un balance coyuntural pormenorizado de la situación política al comienzo del siglo XX, con respecto a todos los temas y en relación al Estado y la sociedad italiana: desde la emergencia de grupos rebeldes de

campesinos meridionales, las brigadas sicilianas en el sur de Italia, hasta el programa del Partido Comunista como partido de tipo bolchevique, pasando por la situación política del fascismo y las tareas de la revolución nacional. Detengámonos, entonces, en algunos elementos relevantes para la discusión con Gramsci y Togliatti.

Luego de la derrota de las tentativas insurreccionales del proletariado, la burguesía italiana consolida sus posiciones para evitar el avance democrático del movimiento obrero, quitándole a una serie de iniciativas parlamentarias el impulso y la legitimidad para proponer una insurrección popular. El proletariado de esta manera se vuelve cómplice de la dictadura reaccionaria. Esta es la tercera fase histórica que estamos analizando con Gramsci y Togliatti va de 1900 a 1910. Es la llamada fase de concentración industrial y agraria. En ella el proletariado agrícola se incrementa en un 50% en su composición social. Surgen entonces movimientos rurales con vigor y se asiste a una nueva reivindicación del campesinado. El Vaticano, al advertir la situación crítica, se moviliza y funda la Acción Católica, buscando con ello retener a las masas campesinas atadas ellas a las clases dirigentes tradicionales.

Terminado este periodo histórico, en 1914, al inicio de la Primera Guerra Mundial, se presenta una acción decidida del proletariado y de los campesinos en masa, es decir, una tentativa de insurrección contra el Estado reaccionario. En efecto, terminada esta guerra será más claro el intento de unidad tanto del campesinado como de los proletarios en formación para buscar un bloque con la constitución de un partido de clase y con él plantear la insurrección.

Sin embargo, con la posguerra italiana sobreviene un nuevo periodo histórico con la máxima concentración económica en la industria. El proletariado a su vez ha alcanzado su máximo desarrollo en la organización; frente a él están las clases dirigentes y el Estado en franca disgregación. Las masas sociales han despertado abruptamente a la vida política luego del descalabro social y económico producto de la guerra. A la acción de los proletarios le sigue ahora la acción de los campesinos. Huelgas y ocupaciones de fábricas, así como ocupación de tierras, es el proceso histórico que se vive. El Vaticano y las clases dirigentes no se quedan pasivos y se mueven para evitar una desbandada de las masas campesinas y obreras hacia las filas de la izquierda. Empero, no hay una clase homogénea que logre dirigir la sociedad civil y el Estado. Se abre entonces una profunda crisis de poder que no sabe utilizar para sí el proletariado movilizado.

A lo anterior le falta liderazgo e ideología, como lo dirá Gramsci. Volviendo con Gramsci y Togliatti: “La derrota del proletariado revolucionario se debe, en este periodo decisivo, a las deficiencias políticas, organizativas, tácticas y estratégicas del partido de los trabajadores. Como

consecuencia de estas deficiencias, el proletariado no logra ponerse al frente de la insurrección de la gran mayoría de la población para hacerla desembocar en la creación de un Estado obrero; al contrario, él mismo sufre la influencia de otras clases sociales que paralizan su acción. Por tanto, hay que considerar que la victoria del fascismo, en 1922, no es una victoria sobre la revolución, sino la consecuencia de la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias en razón de sus carencias intrínsecas” (Gramsci, 1981, 234).

Sobreviene entonces por la lógica de las relaciones de fuerzas, la reacción en cabeza del fascismo. Este movimiento acompaña la lucha del capitalismo contra la clase obrera y su autonomía política. Por ende, como reacción política y social recibió la bendición y el apoyo de todos los viejos grupos dirigentes, especialmente, de los terratenientes, amenazados estos por la acción en bloque de masas campesinas movilizadas ocupando las tierras. Pero, socialmente, dicen Gramsci y Togliatti, el fascismo tiene un contexto fundamental adscrito a la pequeña burguesía urbana y también a una nueva burguesía agraria atada a ciertas regiones de Italia. Es el proceso histórico que hace novedoso al fascismo italiano.

Siguiendo nuevamente al dúo Gramsci y Togliatti leemos: “En esencia el fascismo modifica el programa conservador y reaccionario que siempre fue predominante en la política italiana sólo por una manera distinta de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. La táctica de los acuerdos y compromisos es sustituida por el proyecto de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía, en un solo organismo político bajo el control de una central única que debería dirigir simultáneamente el partido, el gobierno y el estado. Este proyecto corresponde a la voluntad de resistir a fondo todo ataque revolucionario, lo que le permite al fascismo ganar la adhesión de la parte más resueltamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los terratenientes” (Gramsci, 1981, 235).

## **5.10 Gramsci como Secretario del P.C.I.**

Después de las tesis de Lyon cuyos grandes temas hemos considerado en el marco de nuestra investigación sobre la formación del Estado italiano, Gramsci presenta nuevamente otra serie de documentos para la discusión con sus camaradas. Uno de ellos que fue publicado en el periódico *L'Unitá* el 24 de febrero de 1926, es el informe del Tercer Congreso del Partido Comunista donde él y su grupo habían salido vencedores con un 90.8% de los votos, frente a un 9.2% de la extrema izquierda con Bordiga como líder (Gramsci 1981, 259-278). Gramsci entonces ha sido elegido ese enero de 1926 en Lyon como Secretario del Partido Comunista.

El segundo documento útil para la discusión histórica y política con la rúbrica de Gramsci se intitulaba “Un examen de la situación italiana”. Este era el informe del Comité Directivo del Partido Comunista de agosto 2 y 3 de 1926; como el anterior, son textos para el debate político de la coyuntura histórica que está viviendo Italia con el fascismo, los problemas en curso que esta realidad presenta y las responsabilidades políticas y de formación que debe asumir el Partido Comunista, junto con las acciones que se derivan de ello (Gramsci, 1981, 278-288).

Como lo podemos comprobar, el ejercicio intelectual y político de Gramsci estaba en alza después de su llegada de Rusia y, se vigorizará más a partir del hecho de ser elegido de forma mayoritaria como Secretario del partido en el Congreso celebrado en Lyon ese año de 1926. Trabajando en estos ejercicios teóricos y de organización partidista, en un contexto de luchas vertiginosas y reuniones de diverso tipo, que le consumen su tiempo, Gramsci va a ser capturado en Roma por la guardia fascista en la noche del 8 de noviembre de 1926; no importó que le asistiera la inmunidad parlamentaria, se había librado contra él una orden de arresto inmediato que se cumplió a cabalidad por la guardia fascista.

La situación en los días previos al arresto del líder comunista era sintomática de la radicalización y de la violencia que acompañaba al régimen fascista en esta fase histórica. El 31 de octubre en Bolonia, Mussolini había sufrido un atentado personal por parte de un joven de 15 años llamado Anteo Zamboni. La reacción de los grupos fascistas adictos al régimen como apoyo explícito al *duce* no se hizo esperar. Estas fuerzas de choque secundaron sus vótores políticos con saqueos, incendios y marchas en distintas ciudades italianas. El 5 de noviembre siguiente el régimen fascista vive una reorganización radical: el Consejo de Ministros solicitaba al gobierno nacional la anulación de todos los pasaportes, la utilización de las armas contra aquellos que traten de expatriarse de forma clandestina, la supresión de la prensa antifascista y, por si fuera poco, la disolución de todas las organizaciones y partidos antifascistas. Quedaba pendiente de resolución la instauración de la pena de muerte que debía discutirse en el pleno de la Cámara el 9 de noviembre siguiente.

El drama político de la detención de Gramsci como líder proletario, durante los días previos al arresto policial, lo describe de la siguiente manera el biógrafo Fiori: “En aquella situación extrema todos creían que Gramsci debía de ponerse a salvo. Se había dispuesto su refugio en Suiza. Con el encargo de acompañarlo hasta Milán, fue a Roma la esposa del administrador de *L`Unità*, Ester Zamboni. Pero Gramsci consideró que no debía seguirla. ¿Por qué motivos?” (Fiori, 2017, 261). Según Camila Ravera integrante del Partido Comunista y citada por Fiori, Gramsci sostenía que los dirigentes debían permanecer en Italia “hasta el momento en que fuera realmente imposible”. Pero también, apunta Fiori, que Gramsci esperaba estar presente en la sesión plenaria de la Cámara donde

se discutiría la pena capital. O, incluso, es posible que no creyera que habría alguna detención para él, toda vez que gozaba de la inmunidad parlamentaria como diputado comunista. Craso error.

Acaso el motivo también fuese una posible renovación parlamentaria de la oposición política al régimen que leía por aquellos días en el diario fascista *Il Tevere*. Total, Gramsci -causa sorpresa decirlo frente a un líder proletario leninista- no tomaba las medidas básicas de seguridad para resguardar su vida, huir de Italia en búsqueda de su esposa e hijo en Rusia o siquiera alejarse fuera de Roma a la clandestinidad. Nada importó. El 8 de noviembre a las 22:30 horas llegando a su casa de habitación fue detenido. No oponiendo resistencia alguna al llamado de las autoridades fascistas, fue conducido a un calabozo. Tenía entonces 35 años de edad.

Su detención intempestiva, el vagar de una cárcel a otra, el encierro en sí mismo con todo lo castrador que implica, la nula responsabilidad política con el Partido Comunista y con la Internacional, la negación que se le hizo como líder del proletariado italiano, como intelectual europeo de proyección en toda la izquierda mundial; sumado al hecho de sus recurrentes enfermedades, agravadas todas ellas por la difícil situación carcelaria y la distancia con respecto a su familia, a su esposa y sus hijos, estos elementos sumados uno a uno produjeron el golpe definitivo propinado contra el mejor pensador político marxista en occidente (Hobsbawm, 2011, 319-337).

Este encierro de Gramsci se enmarca en una derrota histórica sufrida por toda una generación de revolucionarios europeos bolcheviques, la cual se sella en los convulsos años veinte del siglo XX, y así debe ser asumida en el análisis histórico-político del periodo en estudio. Esta realidad fáctica en buena medida determinará el pensamiento revolucionario de Gramsci y lo que escribirá entre las paredes de la cárcel. De esta derrota histórica para la izquierda mundial en el contexto de los años veinte, vencidos todos los proyectos de izquierda revolucionaria en Europa, el último de los cuales era la singular experiencia italiana, no vuelven a recuperarse de sus crisis los grupos y las clases subalternas durante todo lo que queda del siglo XX.

Resumiendo: Gramsci ha vivido tres derrotas como líder del proletariado italiano, las cuales hemos visto en esta descripción histórica páginas atrás: la que sobrevino luego del impresionante “bienio rojo”, la que se produjo con la victoria del fascismo italiano marchando sobre Roma y persiguiendo al proletariado y la última, la definitiva, su detención como enemigo público del Estado fascista y la condena inicialmente a 20 años de cárcel.

De esta derrota final Gramsci a los 35 años de edad como intelectual orgánico del proletariado italiano no se va a poder levantar como lo hizo en las dos primeras derrotas; con esta derrota política en su calidad de dirigente máximo del Partido Comunista, iniciada la noche del 8 de noviembre de

1926, morirá el 27 de abril de 1937, una semana después de encontrar su libertad. Literalmente se ha descabezado a un partido comunista en ascenso revolucionario; las masas quedaron huérfanas, cuando no aterrorizadas. Acéfalo y sin un dirigente político con proyección nacional como Gramsci, la historia italiana se reorganizará en contra de los grupos y las clases subalternas. Una derrota política que sentirá y vivirá a su manera también Europa.

Con la detención de Gramsci se derrotaba la vía política comunista que abanderaba la autonomía de los consejos obreros en Occidente. Se hunde también con ello la vía democrática, parlamentaria y hegemónica del bolchevismo igualmente en Occidente.

Un breve pasaje redactado en los años 1932-1934 y consignado en los *Cuadernos de la cárcel*, que empezará a escribir golpeado por la soledad y la depresión en 1929, para evitar la inactividad intelectual, puede dar luz sobre lo que significaba histórica y políticamente este periodo de viacrucis que Gramsci y sus camaradas empezaban a transitar en la cárcel, proscritos y perseguidos como estaban por el fascismo victorioso. Escribe Gramsci: “la vieja sociedad resiste y se asegura un periodo de «respiro», exterminando físicamente a la *élite* adversaria y aterrorizando a las masas de reserva” (Gramsci, 1981, 350).

Con este cuadro histórico y político, signado por la victoria de sus antagonistas, es comprensible que la pregunta que recorre de principio a fin los *Cuadernos de la cárcel* y que Gramsci como militante comunista se esfuerza en contestar en las miles de páginas que escribe bajo la censura fascista sea la siguiente: ¿por qué fuimos derrotados? Esta es una pregunta histórica, materialista, porque no debemos olvidar que toda derrota política en el campo estratégico de la lucha de clases es una confrontación con la historia de los procesos sociales, políticos, culturales y económicos en los cuales estamos inscritos y de los cuales no podemos desprendernos en tanto somos seres humanos sujetos activos de la historia. La vida de Gramsci es prueba fehaciente de lo anterior.

Ahora debemos pasar a las referencias intelectuales y conceptuales con las cuales Gramsci en la cárcel se acompaña y, al tiempo, se defiende de la derrota sufrida. Y con ello perfilamos también su pensamiento histórico y político sobre Italia.

## 6. Capítulo 6

# Sobre la fase económico-corporativa del Estado en Italia

“Maquiavelo como figura de transición entre el Estado corporativo republicano y el Estado monárquico absoluto. No es capaz de apartarse de la república, pero comprende que sólo un monarca absoluto puede resolver los problemas de la época. Esta división trágica de la personalidad humana maquiavélica (del hombre Maquiavelo) sería digna de estudiarse”, GRAMSCI, “Cuaderno 6” (VIII), 1984, III, 45.

### 6.1 Pensar la historia del Estado con Maquiavelo

Con la lectura cuidadosa principalmente de Maquiavelo y Marx, entre otros autores, Gramsci como filósofo de la praxis asume desde la cárcel el propósito político de pensar el bloque histórico, la sociedad civil y el Estado, en la formación social de Italia. Como lo hemos visto en los capítulos anteriores, el pensamiento materialista de Gramsci, especialmente su pensamiento histórico, siguiendo para ello la lección de Engels, no se define a partir de fórmulas contenidas en esquemas abstractos de fácil aprendizaje. La historia humana no es un vademécum de fórmulas esquemáticas.

Para Gramsci la historia humana, leída esta desde la historia integral de los sujetos implicados, grupos, clases e individuos, intelectuales, está definida por la creación *ex novo*. Para Gramsci, la historia integral en tanto proceso material de una relación de fuerzas, es de suyo una creación humana de lo común. En este capítulo necesitamos relacionar a Maquiavelo con Gramsci para con ello poder pensar la fase económico-corporativa del Estado italiano en su larga historia. Y en esa medida también pensar los intelectuales en la historia integral de los grupos y las clases subalternas.

Para Gramsci la creación humana de lo común implica un saber social y una práctica política; en palabras más ajustadas a su concepción de mundo, el arte y la ciencia de la política. En efecto, para

Gramsci la historia humana es un proceso social y político, es decir, relacional en tanto en ella se implican distintas relaciones de fuerzas, las cuales ejercitan una lucha igualmente histórica y política; no podemos pues marginar la política como orden de lo común frente a lo que ha sido la historia de las sociedades. Y para ello nos sirve este diálogo con Maquiavelo, un *tour de force*.

Para lograrlo, vamos a considerar dos referencias de Maquiavelo como historiador publicadas por dos reconocidos historiadores. El primero es José Luis Romero con su clásico *Maquiavelo historiador* (1943) y el segundo el libro de Quentin Skinner intitulado *Maquiavelo* (2008). Sostienen ambos autores, Romero en todo su libro y Skinner en el capítulo final sobre *Historia de Florencia*, que Maquiavelo es un historiador que va considerando una lectura integral de la sociedad en la que ha vivido y de su aporte en términos de ser un pensador de tipo republicano, abierto a las ideas del naciente mundo moderno, como lo es la fundación del Estado, tema que transita por toda la obra del genial florentino.

Entonces, situándonos históricamente en una ruptura cultural con Maquiavelo, pensar lo común a partir del genio florentino del Renacimiento es ubicarse en un proceso complementario entre la historia y la política, como saberes y como prácticas sociales; vale decir, como conocimientos y como procesos que arrojan grandes lecciones sobre lo humano. Por eso, hemos considerado que en el comienzo del pensamiento histórico gramsciano se encuentra una propuesta de leer a Maquiavelo como un jacobino burgués y revolucionario, incluso antes que la experiencia brindada por Marx.

Leído por Gramsci en el encierro carcelario y antes de este suceso, el florentino fue un pensador político moderno de tipo radical, situado en el meridiano del Renacimiento, pero también contemporáneo, es decir, inscrito en la emergencia de los grupos y las clases subalternas en la larga historia de la lucha de clases, que llega incluso hasta el siglo XX con la pregunta por el Estado, justo cuando Gramsci está escribiendo.

Para Gramsci, según el “Cuaderno 13” (XXX) escrito en los años 1932-1934, Maquiavelo era un intelectual que fue expresión política de un tiempo de luchas sociales. Por un lado, de las luchas propias de la república florentina por afirmarse en cuanto tal; por el otro, de las luchas entre los distintos Estados italianos buscando un equilibrio en la península y, finalmente, de las luchas por la hegemonía entre los Estados europeos y los Estados italianos (Gramsci, 1999, 27).

Leyendo las obras de Maquiavelo, *El arte de la guerra*, *El príncipe* e *Historia de Florencia*, Gramsci aborda al autor florentino como un político, es decir, como un hombre de acción que se sirve del saber de la ciencia política, como “filosofía de su tiempo”, para propender por el desarrollo autónomo de las monarquías nacionales absolutas. Maquiavelo es un pensador situado en una coyuntura histórica

revolucionaria, consciente de su cometido político en tanto hace parte una clase social en ascenso y para ello, se sirve de la historia como un saber práctico, útil para hacerse a un análisis de las condiciones reales, materiales, de Italia y Europa.

Gramsci, sostiene, incluso, que en Maquiavelo encontramos a un pensador progresista que descubre *in nuce* la separación de poderes y el parlamentarismo como régimen representativo. No obstante, Gramsci también reconoce que las instituciones parlamentarias en Italia fueron “importadas del extranjero”, con lo cual se selló el atraso y el estancamiento de la historia política y social de Italia en un largo periodo, el que va del siglo XVI hasta el siglo XVIII (Gramsci, 1999, 29).

Tomando a Maquiavelo como referente de discusión, una pregunta fundamental con su consiguiente posible respuesta, alumbra la problemática histórica que Gramsci está abordando en sus *Cuadernos de la cárcel*, particularmente el “Cuaderno 13” (XXX) donde leemos: “¿Por qué en Italia no se dio la monarquía absoluta en tiempos de Maquiavelo? Hay que remontarse hasta el Imperio Romano (cuestión de la lengua, de los intelectuales, etcétera), comprender la función de las Comunas medievales, el significado del catolicismo, etcétera: en suma, hay que hacer un esbozo de toda la historia italiana, sintético pero exacto” (Gramsci, 1999, 16).

De esta manera, una pregunta contra-fáctica sobre el Renacimiento en cabeza de un intelectual burgués como Maquiavelo, se responde con un estudio de larga duración, mil años atrás, buscando en ese complejo recorrido histórico-social los rastros de la posible formación de la voluntad nacional popular italiana.

Para Gramsci, justamente, este ha sido el gran problema histórico de Italia: no contar con esta voluntad nacional popular. Como lo veremos en los *Cuadernos de la cárcel*. Los intelectuales italianos desde los tiempos del Imperio Romano no han tenido un carácter nacional popular; es decir, no han trabajado políticamente en pro de la construcción histórica de una voluntad nacional popular italiana. Si nos situamos históricamente a partir de las Comunas medievales, el proceso de buscar esta voluntad nacional popular implica un trabajo serio y detallado por descubrir una fase histórica llamada por Gramsci “económica-corporativa”.

Si seguimos a continuación el análisis de Gramsci nos encontramos con la siguiente frase que complementa nuestra idea: “La razón de los sucesivos fracasos de los intentos de crear una voluntad colectiva nacional-popular debe buscarse en la existencia de determinados grupos sociales, que se forman desde la disolución de la burguesía comunal, en el carácter particular de otros grupos que reflejan la función internacional de Italia como sede de la Iglesia y depositaria del Sacro Imperio Romano, etcétera. Esta función y la posición consiguiente determina una situación interna que se

puede llamar «económica-corporativa», esto es, políticamente, la peor de las formas de sociedad feudal, la forma menos progresista y más estancada: faltó siempre, y no podía constituirse, una fuerza jacobina eficiente, la fuerza que, precisamente, en las otras naciones suscitó y organizó la voluntad colectiva nacional-popular y fundó los Estados modernos” (Gramsci, 1999, 16).

En efecto, en la historia integral que traza Gramsci es central advertir la emergencia de ciertos grupos sociales autónomos, que en Italia no lograron germinar, particularmente de tipo jacobino. Estos grupos revolucionarios no llegaron a darse una formación política porque no había una estructura histórica que los contuviera. De manera que la voluntad nacional popular no se puede crear en un proceso atrasado como lo fue la fase económico-corporativa. Entendiendo por ello que una cosa es la voluntad nacional popular que piensa un Estado, y otra es la voluntad económico corporativa, que como su nombre lo indica, es una voluntad atada a una corporación económica, gremial y sectorial si se quiere, que no puede ni quiere ser de tipo nacional.

Al no haber una burguesía en Italia de carácter jacobino durante el Renacimiento, la aristocracia terrateniente existente se convirtió en una fuerza hostil al cambio histórico, acompañada de una burguesía rural parasitaria, que sobrevivió a la disolución de la burguesía comunal como clase.

## **6.2 La voluntad nacional popular**

A continuación, apunta Gramsci cuál fue el sujeto histórico-político que hizo falta en el largo proceso de conformación de la posible voluntad nacional popular italiana. Leemos en el “Cuaderno 13” (XXX): “Ninguna formación de voluntad colectiva nacional-popular es posible si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen *simultáneamente* en la vida política. Eso pretendía Maquiavelo a través de la reforma de la milicia, eso hicieron los jacobinos en la Revolución francesa, en esta comprensión debe identificarse un jacobinismo precoz de Maquiavelo, el germen (más o menos fecundo) de su concepción de la revolución nacional” (Gramsci, 1999, 17).

Maquiavelo en sí mismo, como intelectual orgánico, en toda su teoría política e histórica contenida en sus grandes obras, está entonces encarnando una propuesta de revolución burguesa. El príncipe es un sujeto político e histórico con la forma de un partido, el cual está llamado a una revolución de tipo jacobino. En esa medida, históricamente el pensamiento renacentista de Maquiavelo se adelanta tres siglos a la experiencia histórica y política de los jacobinos en la Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII. Este es su “jacobinismo precoz”, al decir de Gramsci.

Ahora bien, como el pensamiento histórico de Gramsci está situado también en el proceso de formación política posterior a la Revolución francesa, incluyendo a Italia en ella, deben advertirse las

dinámicas continentales que se vivieron en dicho periodo postrevolucionario. ¿Qué pasó posteriormente a la derrota histórica de los jacobinos y luego tras la derrota militar de Napoleón en Waterloo? Gramsci responde: “Toda la historia desde 1815 en adelante muestra el esfuerzo de las clases tradicionales para impedir la formación de la voluntad colectiva de este género, para mantener el poder «económico-corporativo» en un sistema internacional de equilibrio pasivo” (Gramsci, 1999, 17). La historia de la lucha de clases y de los grupos sociales en el siglo XIX vive entonces un proceso de relativas derrotas políticas en el campo histórico de la voluntad nacional popular.

Volviendo al punto del análisis histórico-político con Maquiavelo, tenemos que afirmar siguiendo a Gramsci, que la estructura estatal italiana por las históricas influencias extranjeras, permaneció en una “fase semifeudal”. Maquiavelo buscaba frente a ella un progreso para la formación de Italia como Estado y para ello quiso vincular la ciudad al campo. Gramsci entonces se pregunta si Maquiavelo tenía teorías económicas y por eso leemos a renglón seguido: “se trata de ver si el lenguaje esencialmente político de Maquiavelo puede traducirse en términos económicos y a cuál sistema económico puede reducirse. Ver si Maquiavelo, que vivía en el periodo mercantilista, se adelantó a su tiempo políticamente y anticipó alguna exigencia que luego encontraría expresión en los fisiócratas” (Gramsci, 1999, 29).

Esta inquietud que tiene Gramsci a propósito del pensamiento económico de Maquiavelo en términos de su lectura fisiocrática, se emparenta con una lectura materialista que el propio Gramsci sostiene sobre el jacobinismo francés cuando resalta: “el jacobinismo francés sería inexplicable sin el presupuesto de la cultura fisiocrática, con su demostración de la importancia económica y social del cultivador directo” (Gramsci, 1999, 29). Apoyándose entonces en Gino Arias en los *Annali di Economia*, Gramsci afirma que aunque las teorías económicas de Maquiavelo ya fueron estudiadas, cabe la pregunta por el pensamiento económico del pensador florentino. Y, justamente, cabe porque de lo que se trata es de hallar una veta analítica de tipo materialista tanto cuanto se ha afirmado por parte de Gramsci que Maquiavelo fue un intelectual de tipo progresista, adelantado para su tiempo histórico.

Esta vena progresista en Maquiavelo como figura intelectual renacentista está en su pensamiento realista sobre una forma novedosa de leer y entender la “democracia”. Según la referencia esgrimida por Gramsci en la nota intitulada “Maquiavelo” del “Cuaderno 14” (I) de 1932-1934: “La «democracia» de Maquiavelo es la de un tipo adecuado a su tiempo, esto es, del consenso activo de las masas populares para la monarquía absoluta, en cuanto limitadora y destructora de la anarquía feudal y señorial y del poder de los curas, en cuanto fundadora de grandes Estados territoriales

nacionales, función que la monarquía absoluta no podía cumplir sin el apoyo de la burguesía y de un ejército permanente, nacional, centralizado, etc.” (Gramsci, 1999, 125).

Maquiavelo, entonces, tenía en su haber un pensamiento realista que propendía por “educar al pueblo”, tornándolo consciente de sus labores, para con ellos alcanzar el fin deseado, vale decir, la unidad italiana. Se requería, dice Gramsci siguiendo a Maquiavelo, una sola política, la realista: el realismo popular de masas. En ese sentido, Maquiavelo, varios siglos atrás, se emparenta políticamente con los teóricos de la filosofía de la praxis, Marx y Engels.

No olvidemos pues esta traducibilidad de la forma intelectual de Maquiavelo al tiempo presente de la conformación de la filosofía de la praxis, cuando Gramsci está redactando sus famosos *Cuadernos de la cárcel*. Maquiavelo, para Gramsci, era un *zoon politikon* progresista, que puede ser leído desde el siglo XX con una óptica revisionista. El oficio del traductor llamamos a esta operación intelectual que actualiza a Maquiavelo al tiempo presente. Detallemos, sin embargo, este punto desde otra perspectiva. Sigamos a Gramsci en la nota “Maquiavelo”, consignada en “Cuaderno 17” (IV) de 1933-1935, cuando escribe: “Existe la «pasión» del «jacobino» en Maquiavelo y por eso él debía gustar tanto a los jacobinos y a los iluministas: es éste un elemento «nacional» en sentido auténtico y debería ser estudiado preliminarmente en toda investigación sobre Maquiavelo” (Gramsci, 1999, 318).

### 6.3 ¿Jacobinismo durante el Renacimiento?

Gramsci advierte en su interpretación que existe una línea de continuidad intelectual y política entre un Maquiavelo republicano en el contexto de la Florencia renacentista del siglo XVI y el Maquiavelo jacobino que influirá a los revolucionarios franceses en la Gran Revolución de 1789. Subrayamos este referente con la siguiente frase de Gramsci citando a Ruso en sus *Prolegomeni*, en la nota “Gran política y pequeña política” del “Cuaderno 13” (XXX) de 1932-1934: “Maquiavelo examina especialmente cuestiones de gran política: creación de nuevos Estados, conservación y defensa de estructuras orgánicas en conjunto; cuestiones de dictadura y hegemonía en gran escala, o sea en toda área estatal” (Gramsci, 1999, 20).

Para cerrar la presentación con Maquiavelo, Gramsci en el “Cuaderno 8” (XXVIII) de 1931-1932, citando a Gino Arias en los *Annali di Economia della Università Bocconi* toma en consideración la sugerencia de Maquiavelo como “economista”. También citando al intelectual Einaudi plantea que se debe tomar en consideración que el mercantilismo era una “simple” política económica, pues no suponía un “mercado determinado” ni un “automatismo económico”.

En esta lectura de tipo materialista, Maquiavelo tendría un lugar preponderante. Dice Gramsci: “Si se prueba que Maquiavelo tendía a suscitar vínculos entre la ciudad y el campo y a ampliar la función de las clases urbanas hasta el punto de exigirles despojarse de ciertos privilegios feudales corporativos con respecto al campo, para incorporar a las clases rurales en el Estado, se demostrará también que Maquiavelo, implícitamente, superó en la idea la fase mercantilista y que posee ya rasgos de carácter «fisiocrático», o sea que piensa en el ambiente político-social que es el que presupone la economía clásica” (Gramsci, 1984, 297-298).

Como este tema en concreto es materia de investigación, Gramsci deja una consideración, a propósito de la novedad intelectual de Maquiavelo como posible “economista” fisiocrático, y para ello cita a su amigo Piero Sraffa, profesor de historia económica en la Universidad de Cambridge. A saber: “El profesor Sraffa llama la atención sobre un posible acercamiento de Maquiavelo a un economista inglés de 1600, William Petty, a quien Marx llama «fundador de la economía clásica»” (Gramsci, 1984, 298). Gramsci afirma que Marx habló de las obras completas de William Petty en su último libro, con el cual terminaba *El Capital*, hablamos justamente de *Teorías sobre la plusvalía*, donde se compendia la parte histórica de su crítica al capital. El libro fue editado inicialmente a comienzos del siglo XX por Karl Kautsky.

## 7. Capítulo 7

# El discurso materialista del método: de Marx a Gramsci

“Las tentativas científicas que tratan de revolucionar una ciencia no pueden en ningún caso ser comprendidas por la gran mayoría. Pero, una vez desarrollada la base científica, es muy sencillo realizar la vulgarización del tema”. Marx a Kugelmann, diciembre 28 de 1862.

### 7.1 ¿Gramsci continuador de la teoría de Marx?

En una de las tantas cartas que Marx en el exilio londinense de 1862 le dirige a su amigo el ginecólogo Kugelmann podemos leer lo siguiente, a propósito de la preparación del primer tomo de *El Capital* por entonces en curso de redacción (publicado finalmente en 1867) y del libro que le antecedió en la discusión intelectual *qua* método, la *Introducción general a la crítica de la economía política*, editado en 1859. Señala Marx: “ese tomo comprende lo que los ingleses llaman *the principles of political economy*. Junto con la primera parte contendrá la quintaesencia de la cuestión. El desarrollo de los otros problemas, si exceptuamos quizás las relaciones entre las diferentes formas políticas y las diferentes estructuras económicas de la sociedad, podrá ser llevado a cabo, sin problemas, por cualquier otra persona, partiendo de lo que yo ya he publicado” (Marx, 1974, 25).

En efecto, partiendo de lo publicado por Marx, es decir, lo que llamaremos el bloque histórico, Gramsci sesenta años después de la carta de marras asume el reto de continuar el trabajo intelectual y pensar la concepción materialista de la historia en las duras condiciones de las prisiones fascistas, donde paga condena. Para ello, considerará de entrada, igual que su maestro Marx, la existencia de las “formas políticas” y de las “estructuras económicas”, conceptos centrales que serán considerados nuevamente ahora como “superestructuras complejas” y “estructura” en tanto se suman ellas dos como realidades complementarias a un “bloque histórico”. Bloque histórico, lo resaltamos, va a ser

la unidad fundamental para pensar el proceso material de la lucha de clases en la historia humana desde la lectura propuesta por Gramsci.

Bajo esta premisa conceptual se orienta el último texto escrito por un Gramsci en libertad y que data del año 1926; no fue publicado por él en virtud de su apresamiento, pero vio la luz en París intitulado como *Algunos temas sobre la cuestión meridional* publicado en la revista *Lo Stato Operaio* en 1930. Este escrito es novedoso en su estructura, toda vez que es el primer escrito en forma de ensayo que se le conoce a Gramsci; en él se marca un precedente intelectual que reorganizaba la discusión teórica de nuestro autor con respecto al tópico nuclear del “bloque histórico”.

Partiendo de la rica experiencia histórica obrera y campesina que se saldó en la derrota del “bienio rojo” (1919-1920), Gramsci en sus escritos pre-carcelarios, es decir, en los periódicos obreros, en los informes políticos del partido y en sus cartas privadas, ha estado pensando reiteradamente en los problemas que arroja la lucha política no exitosa para la corriente del materialismo histórico. Por ejemplo, este interés por sacar útiles lecciones teóricas y prácticas de la derrota política del proletariado lo encontramos de modo preferente en el escrito *¿Qué hacer?* de octubre de 1923, cuando el Partido Comunista Italiano tenía solo dos años de existencia y el fascismo triunfante había llegado a Italia. Como él mismo lo escribirá, lo que tenemos consignado acá es “una despiadada autocrítica de nuestra debilidad” (Gramsci, 1990, 168).

Recordemos algunas alusiones muy puntuales que Gramsci lanzará en el escrito de 1923, las cuales al tiempo proyectan los temas fundamentales de sus futuras investigaciones como intelectual orgánico del proletariado en lo que será desde 1929 sus *Cuadernos de la cárcel*. “Nosotros no conocemos Italia. Peor todavía, no tenemos los instrumentos adecuados para conocer Italia tal como es realmente, y entonces nos encontramos en la casi imposibilidad de formular previsiones, de orientarnos, de establecer líneas de acción con una cierta probabilidad de acierto. No existe una historia de la clase obrera italiana. No existe una historia de la clase campesina” (Gramsci, 1990, 169).

Estas dos últimas afirmaciones las consideramos capitales en nuestra investigación con respecto a la pesquisa de Gramsci por escribir una urgente historia de los grupos y las clases subalternas en Italia. Una historia que en muchos casos podemos considerarla el registro de una larga derrota en distintos periodos de Italia.

Más adelante Gramsci continúa martillando con más énfasis este mismo discurso: “Basta plantearse estas preguntas para advertir que somos completamente ignorantes, que estamos desorientados. Parecería que en Italia nunca se hubiera pensado, ni estudiado, ni investigado. Parecería que la clase

obrero italiana nunca hubiera tenido una concepción propia de la vida, de la historia, del desarrollo de la sociedad humana. Y sin embargo, la clase obrera tiene una concepción propia: el materialismo histórico. Y sin embargo, la clase obrera tuvo grandes maestros (Marx, Engels), que demostraron cómo se examinan los hechos, las situaciones y cómo del examen se extraen las orientaciones para la acción” (Gramsci, 1990, 169).

Con lo anterior, el autor va tejiendo una respuesta al problema histórico-político que ha vivido, cuando están emergiendo con distintas crisis políticas y sociales los grupos y las clases subalternas; tema que se plantea crudamente en las propias carnes mancilladas de la clase obrera italiana, tanto en la resistencia desplegada en las fábricas, como en la derrota sin atenuantes en las calles, lugares centrales donde se confirma la nula ideología política de los subalternos para la dirección de los procesos sociales que no pueden conducir ni llevar a cabo.

## **7.2 La cuestión meridional en la historia**

Con estos presupuestos analíticos en mente, debemos ahora avanzar y lanzarnos al ensayo que da origen a las referencias crítico-conceptuales que tendrán de forma orgánica los famosos *Cuadernos de la cárcel*; hablamos, por supuesto, del texto seminal *Algunos temas sobre la cuestión meridional*. Este es el primer ensayo político que ha construido Gramsci y lo redacta en los albores de su detención por la patrulla fascista.

Tantos los *Cuadernos de la cárcel* como este ensayo que a continuación describiremos, no fueron publicados por el autor (*Algunos temas sobre la cuestión meridional* fue publicado en París, a instancias de su camarada Palmiro Togliatti en 1930, por la revista “Lo Stato Operaio”: no sabemos si Gramsci leyó este ejemplar); de manera que su carácter está en ser borradores de un trabajo intelectual, es decir, materiales de una investigación en curso que Gramsci siguió desarrollando hasta cuando sus fuerzas le abandonaron, tal como lo fue para su maestro Marx la investigación inconclusa de nueve tomos sobre *El Capital*. Y así deben ser leídos. Advirtiendo este detalle epistemológico y de método, tanto los *Cuadernos de la cárcel* como el ensayo *Algunos temas sobre la cuestión meridional* plantean una discusión fundamental por la organización obrera y campesina con el objetivo de historiar la lucha de las clases y de los grupos subalternos en Italia entre los siglos XIX y XX.

Como lo hemos referido Gramsci está leyendo e interpretando la historia integral italiana desde el presente fascista hasta el pasado más lejano, llegando incluso al Imperio romano. Este es el método gramsciano historicista y en general el de la filosofía de la praxis: la dialéctica y el antagonismo social se lee desde el presente inmediato al pasado más lejano.

El tránsito teórico que asumiremos en ambos textos citados nos lleva inicialmente del descubrimiento de la alianza de clases en 1926, para desembocar años después en la lucha por la “hegemonía social” en los *Cuadernos de la cárcel*. Todo lo cual debe ser leído desde el paradigma histórico de la lucha de clases y, especialmente, desde la historia de las superestructuras complejas.

Con el ensayo de 1926 y hasta los trabajos últimos de 1935, cuando por agotamiento físico e intelectual finaliza la escritura de los *Cuadernos de la cárcel*, encontramos en la escritura de Gramsci la maduración de un pensamiento definido por uno de sus maestros, Antonio Labriola, como filosofía de la praxis. Y en esta concepción de mundo, entre otros temas conexos como la función de los intelectuales, la literatura nacional y la lingüística, encontramos una propuesta de lectura a partir de la “reconstrucción” de una historia de los grupos y las clases subalternas en Italia, cuyo primer eslabón, como decíamos párrafos atrás, es, justamente, *Algunos temas sobre la cuestión meridional*.

La “fórmula mágica” que se plantea en la coyuntura histórica de la lucha de clases con el fascismo gobernando el Reino de Italia implica considerar con seriedad la figura de la “alianza política entre los obreros del norte y los campesinos del sur para derrocar el poder estatal de la burguesía” (Gramsci, 1990, 306). La acción, señala Gramsci, tiene un carácter revolucionario, porque está sellado con un acuerdo complementario entre las dos clases aliadas, campesinado y proletariado industrial, bajo la dirección intelectual y política de este último.

Con la realización de esta “alianza” entre las dos clases sociales citadas se reconoce que pervive un problema histórico que debió resolverse: la cuestión meridional italiana (el “mezzogiorno”). En efecto, son los comunistas turineses quienes han abanderado de tiempo atrás este punto de discusión en el plano político nacional y, en cuanto tal, se la han propuesto a la vanguardia obrera revolucionaria como uno de los aspectos más significativos de la actual lucha de clases italianas. Este es el pensamiento de Gramsci en el ensayo que analizamos y que data del año 1926.

Lo que opera entonces es un cambio histórico y político en términos de las primeras líneas con las que se contaba de tiempo atrás en la arena de la lucha de clases. Señala por lo mismo Gramsci: “El protagonista de la cuestión meridional era ahora el obrero revolucionario de Turín y de Milán, y no ya los Giustino Fortunato, los Gaetano Salvemini, los Eugenio Azimonti, los Arturo Labriola” (Gramsci, 1990, 306-307). La cuestión meridional para el año 1926 no solo es la cuestión del campesinado pobre y excluido, sino de los obreros revolucionarios; es la cuestión social de los grupos y las clases subalternas en formación, no de los dirigentes liberales, conservadores, técnicos o socialistas, como los referidos anteriormente por el autor. Esta es una lectura comprometida desde abajo, desde los subalternos, es decir, verificada desde el mismo escenario de la lucha social.

De esta forma es como Gramsci desemboca en el corazón de una rica discusión intelectual que está siendo planteada en *Algunos temas sobre la cuestión meridional*: el problema de qué grupo o cuál clase social despliega potencialmente con su liderazgo político el proyecto histórico de la hegemonía. Leamos pues *in extenso* el siguiente párrafo para hacernos una idea de la propuesta integral: “Los comunistas turineses se plantearon concretamente la cuestión de la «hegemonía del proletariado», o sea de la base social de la dictadura proletaria y del estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en que consigue obtener el consenso de amplias masas campesinas. Pero la cuestión campesina está en Italia históricamente determinada, no es la «cuestión campesina y agraria en general»; en Italia la cuestión campesina tiene, por la determinada tradición italiana, por el determinado desarrollo de la historia italiana, dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar la mayoría de las masas campesinas significa, por tanto, para el proletariado italiano dominar esas dos cuestiones desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que representan, incorporar esas exigencias a su programa revolucionario de transición, plantear esas exigencias entre sus reivindicaciones de lucha” (Gramsci, 1990, 307).

Como lo podemos leer, la hegemonía propuesta por Gramsci como proyecto histórico implica la consideración al mismo tiempo de la dirección y la dominación en una sola clase social: el proletariado como clase dirigente y dominante. Pero este problema político, como lo anota el autor, está históricamente determinado, tanto en la cuestión meridional como en la cuestión vaticana. La conquista del poder político entonces solo se puede verificar cuando se conquistan las amplias masas campesinas asentadas en estas dos regiones, liderazgo que debe asumir como tarea histórica en curso el proletariado revolucionario, del cual Gramsci es su intelectual orgánico desde las jornadas del Bienio Rojo.

Prejuicios y egoísmos deben ser vencidos y abandonados por parte de los obreros cuando estos mismos se plantean el problema histórico de la dirección intelectual de la sociedad italiana, anota Gramsci. Y más aún, como complemento a lo anterior señala: “El metalúrgico, el carpintero, el albañil, etc., tienen que pensar solo como proletarios y no como metalúrgico, albañil, etc., sino que tiene que dar un paso más, tienen que pensar como obreros miembros de una clase que puede vencer y puede constituir el socialismo sólo si está ayudada y seguida por la gran mayoría de esos estratos sociales. Si no se obtiene eso, el proletariado no llega a ser dirigente, y esos estratos, que en Italia

representan la mayoría de la población, se quedan bajo dirección burguesa y dan al estado la posibilidad de resistir al ímpetu proletario y de debilitarlo” (Gramsci, 1990, 312).

En consecuencia, advierte Gramsci que la burguesía italiana desde finales del siglo XIX había perdido la tranquilidad en su dominación de clase frente al avance progresivo de las organizaciones proletarias. Hitos de este proceso fueron las insurrecciones de Sicilia en 1894 y luego la de Milán en 1898, las cuales pueden considerarse como *experimentum crucis*. A este periodo histórico de 1890-1900 por lo convulso y violento que fue se le denominó la “década sangrienta”.

Gramsci, a propósito de esta coyuntura histórica y teniendo en la mira una lectura desde el proletariado revolucionario, escribe: “la burguesía debió renunciar a una dictadura demasiado excluyente, demasiado violenta, demasiado directa: contra ella se rebelaban, *simultáneamente*, aunque no en forma coordinada los campesinos meridionales y los obreros del norte. En el nuevo siglo la clase dominante inauguró una nueva política de alianzas de clase, de bloques políticos de clases, es decir de democracia burguesa” (Gramsci, 1990, 313). El siglo XX vio entonces nacer una nueva forma de lucha, la “alianza de clase” y también los “bloques políticos”.

### **7.3 Una alianza de clase como propuesta**

Debemos a continuación precisar que la llamada alianza de clase para estudiar el inicio del siglo XX en Italia está siendo asimilada en la lectura de Gramsci como si esta misma expresión fuera sinónimo de la “hegemonía”, tal como esta última categoría después se desarrollará en los *Cuadernos de la cárcel*. En su momento veremos que son dos cosas distintas en lo histórico y lo político. Al tiempo debemos igualmente resaltar que la expresión “bloques políticos”, en efecto, remitirá a un concepto también tutelar utilizado con ese mismo nombre en singular en los *Cuadernos de la cárcel*.

La burguesía italiana en su dominación política al comenzar el siglo XX fue pragmática: optó por construir un “bloque industrial capitalista-obrero, sin sufragio universal, con proteccionismo aduanero, con el mantenimiento de la centralización estatal (expresión del dominio burgués sobre los campesinos, especialmente los del Mezzogiorno y las islas), con una política reformista de salarios y de libertades sindicales” (Gramsci, 1990, 313). A este proceso histórico-político de dominio burgués le siguió la reacción con una década de luchas sociales, de 1900-1910, donde cobran vida las crisis más radicales del movimiento socialista y obrero. Las masas trabajadoras, en efecto, reaccionaban con espontaneidad contra sus propios dirigentes sindicales. La respuesta a estas acciones fue la organización del sindicalismo como movimiento revisionista de inspiración soreliana y de corte reformista, que con el tiempo va a caer en los brazos del fascismo.

Afirma Gramsci que este particular sindicalismo estuvo a favor de un bloque integrado por campesinos, y en primer lugar por campesinos meridionales. Este sindicalismo, anota a renglón seguido el autor, es una “débil tentativa” de los campesinos meridionales vía intelectuales que pretenden dirigir al proletariado. En realidad, continúa Gramsci, este es un “nuevo liberalismo”, más belicoso y agresivo que el que le antecedió tiempo ha.

En este contexto de inconformismo social, para confirmar el tipo de movimiento espontáneo y político de los trabajadores, debemos registrar que entre el 7 y 14 de junio de 1914 se vivió intensamente en Italia la semana roja, con una vocería articulada bajo el liderazgo anarquista del intelectual Errico Malatesta. Un hito entonces en la lucha obrera italiana.

En esta década que comentamos el capitalismo italiano se fortalece hasta desarrollarse; lo logró en términos de sus nuevas actividades desplegadas en la agricultura del valle del río Po. Sin embargo, como lo escribimos unos párrafos atrás, las distintas huelgas de los obreros agrícolas fueron lo más notable y característico de todo este proceso histórico al comienzo del siglo XX.

Gramsci registra en el mismo texto que referimos la emergencia del corporativismo de clase en las fábricas de Turín. Pero también las distintas luchas de los obreros en esas mismas fábricas durante la década de 1910-1920, proceso que desembocará en una nueva forma de organización creada ella de la misma en lucha de clases durante el “bienio rojo”, 1919-1920. En efecto, es la fundación del Partido Comunista Italiano en 1921. Citemos a Gramsci: “A través de estas acciones, la vanguardia proletaria se conquistó una posición social de avanzada, y ésta es la base del desarrollo del Partido Comunista en Turín” (Gramsci, 1990, 317).

En el mismo ensayo *Algunos temas sobre la cuestión meridional* el autor repasa las características de los tres estratos sociales que conforman el Mezzogiorno. Consideremos su reflexión, la cual se perfila desde la misma crítica a los intelectuales: “La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales se encuentran perpetuamente en fermentación, pero, como masa, son incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y a sus necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios, en el terreno político, y los grandes intelectuales, en el terreno ideológico, centralizan y dominan, en última instancia, todo ese conjunto de manifestaciones. Como es natural, la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión en el campo ideológico. Por eso Giustino Fortunato y Benedetto Croce representan las llaves del sistema meridional y, en cierto sentido, son

las dos figuras máximas de la reacción italiana” (Gramsci, 1990, 318). Con esta última frase entramos de lleno a desarrollar la forma intelectual en Gramsci.

## 7.4 El problema cultural de los intelectuales

Gramsci con las referencias que leemos en párrafos anteriores está pensando entonces cuál es la función de los intelectuales en la historia de la lucha de clases en Italia. Particularmente él se detiene en la existencia de los intelectuales meridionales, en tanto estos son un estrato significativo en la vida nacional italiana. Su importancia está en que más de las tres quintas partes de la burocracia estatal salen de estos estratos adscritos a los intelectuales meridionales.

Partiendo de estas afirmaciones, Gramsci ahonda la discusión con respecto a los intelectuales en el capitalismo. En la historia integral, el viejo intelectual tenía una base campesina y artesanal de forma recurrente; la clase dominante, por ejemplo, se servía de un tipo particular de intelectual extraído de estos estratos sociales. Sin embargo, la historia cambió en algunos países con la emergencia de nuevas formas de vida capitalista y sobrevino con la industria el organizador técnico. En el Mezzogiorno, todavía a comienzos de siglo XX, se desarrolla el viejo tipo de intelectual, atado a los procesos materiales de la agricultura, por lo cual de allí se extrae la mayoría del personal del Estado; conserva, es cierto, una función de intermediario entre el campesino y la administración estatal. Gramsci, por último, señala que en la Italia meridional predomina este tipo de intelectual.

De otro lado, el intelectual del sur procede socialmente del burgués rural como propietario pequeño y medio de tierras, el cual no es propiamente un campesino. Como está educado con la mediación del burgués rural, el intelectual del sur tiene como fundamento social un desprecio anticipado hacia el campesino trabajador, al que hay que seguir explotando hasta el último cansancio. En ese sentido, tiene también un pánico hacia el campesino y sus violencias destructivas. A este cuadro psicológico se le debe sumar la hipocresía y la habilidad para engañar y seguir dominando a las masas campesinas, en su inmensa mayoría analfabetas, no educadas por el Estado.

Como el clero pertenece al grupo social de los intelectuales, Gramsci considera algunas ideas sobre ellos. Registra, en ese sentido, la diferencia establecida entre el clero meridional y el clero septentrional. El cura septentrional, por ejemplo, tiende a ser hijo de artesano o de campesino, conserva sentimientos democráticos y está más ligado a los campesinos, por lo mismo su prestigio está en que es un dirigente de toda la familia. Por el contrario, el cura meridional tiene otra naturaleza porque en el Mezzogiorno no se vivió con toda radicalidad la separación institucional de la iglesia y del Estado, la cual sí tuvo hondas repercusiones en el norte del país.

En la zona meridional y pobre de Italia las parroquias y los conventos conservaron o reconstruyeron propiedades mobiliarias e inmobiliarias. En el Mezzogiorno el cura frente al campesino no solo es un administrador de tierras, es, igualmente, un usurero que pide elevadas tasas de intereses; en tanto hombre, el cura es un ser sometido a las pasiones de la carne y el poder, es decir, las mujeres y el dinero. Trae a colación Gramsci un dicho popular pertinente que reza: “El cura es cura en el altar; afuera es un hombre como todos los demás” (Gramsci, 1990, 320).

Al leer todo este cuadro de costumbres, la conclusión histórica que se saca siguiendo el análisis de Gramsci es que el campesino meridional, pobre, sin propiedad y sin educación, está ligado al gran terrateniente gracias a los buenos oficios del intelectual, incluyendo en esta referencia a los privilegiados curas. Esta realidad histórica se traduce en que los movimientos campesinos terminan por hincarse ante las instituciones estatales, a saber, las comunas, las provincias y la cámara de diputados. En esta labor política de sometimiento del campesino pobre se inscriben los intelectuales que trabajan favoreciendo los intereses de los grandes propietarios, a los que sirven.

## **7.5 La cuestión campesina sin solución**

La única novedad histórica con respecto a esta tradicional separación entre campesinos e intelectuales se llevó a cabo a raíz de los sucesos y consecuencias de la Primera Guerra Mundial. En efecto, sigamos a Gramsci y sus referencias históricas: “La guerra pareció introducir un elemento nuevo en este tipo de organización con el movimiento de los ex combatientes, en el que los campesinos-soldados y los intelectuales-oficiales formaban un bloque más unido entre sí y en cierta medida antagónico con los grandes propietarios. No duró demasiado y el último residuo de esto es la Unión Nacional creada por Améndola, que tiene una sombra de existencia por su antifascismo” (Gramsci, 1990, 320).

No obstante lo anotado por el autor, en Cerdeña, su región de origen, el movimiento de los ex combatientes contó con mayor trascendencia política, toda vez que allí logró crearse una estructura social más sólida pues no contaba en su haber con grandes propietarios rurales. No tenían función alguna de dirección intelectual, comoquiera que no existían tradiciones culturales y políticas que así lo acreditaran como en el Mezzogiorno continental. Lo anterior quiere decir que la “presión de abajo”, salida de las masas campesinas y pastores, no se enfrentó con la resistencia y el límite político de los grandes propietarios.

Sicilia es un caso aparte en el análisis histórico-político de los grandes propietarios. Allí los grandes propietarios están más cohesionados que en el Mezzogiorno continental. Esto puede deberse a que existe la industria y el comercio desarrollados, porque Sicilia es una de las regiones más ricas de

Italia. Sumado a ello está el hecho de que las clases superiores sicilianas sienten la importancia en la vida nacional y la hacen sentir. Sigamos a continuación la lectura de Gramsci: “Sicilia y el Piamonte son las dos regiones que han dado el mayor número de dirigentes políticos al estado italiano, son las dos regiones que han tenido un papel de primer orden desde 1870 en adelante” (Gramsci, 1990, 321). En efecto, desde el año en que se formaliza la unidad italiana como Estado independiente, 1870, Sicilia y el Piamonte son dos de los bastiones de la vida nacional. En Sicilia, huelga decirlo, por sus características sociales las masas populares son más avanzadas que en el resto del Mezzogiorno.

Volviendo entonces al punto de discusión con respecto a la función dirigente de los intelectuales frente a los campesinos meridionales, Gramsci pasa a considerar que lo que existe políticamente es un “monstruoso bloque agrario”, cuya función es ser intermediario y guardián del capitalismo septentrional y de los grandes bancos. Lo que se defiende con ello desde el comienzo hasta el final es la preservación del *statu quo*. En este “bloque agrario meridional” no hay lugar para mejoras, reformas o progreso alguno a favor de los campesinos pobres y analfabetas.

Ninguna clase media se puede formar en tales condiciones económicas, ni puede haber una imbricación entre el norte y el sur para que dicho propósito se consumara con una especie de “difusa burguesía capitalista”. Opera en este orden social la función histórica de los intelectuales y su dirección frente a las masas campesinas iletradas. Sigamos, otra vez, las indicaciones y cuestionamientos de Gramsci: “Por sobre el bloque agrario en el Mezzogiorno funciona un bloque intelectual que prácticamente sirvió hasta ahora para impedir que las resquebrajaduras del bloque agrario se volvieran demasiado peligrosas y determinasen un derrumbe. Exponentes de este grupo intelectual son Giustino Fortunato y Benedetto Croce, quienes pueden ser juzgados como los reaccionarios más activos de la península” (Gramsci, 1990, 323).

## **7.6 Fortunato y Croce como intelectuales no subalternos**

En ese mismo sentido, tomando la referencia de los grandes intelectuales que acabamos de citar, es que Gramsci dice que la Italia meridional ha sabido ser una gran disgregación social: por la función cumplida por los intelectuales Fortunato y Croce. En esta región de grandes propiedades privadas existen al mismo tiempo también los grandes intelectuales que han ejercido una función de producción cultural situada en nichos particulares. No son organizaciones de cultura media, sino de “grandes acumulaciones culturales y de inteligencia”. Vale decir: la existencia de academias, empresas culturales, casa editorial Laterza y una revista como *La crítica*. No existen, en ese variado repertorio, revistas medias y pequeñas, ni casas editoriales de formaciones medias de intelectuales

meridionales. Ha habido, por el contrario, una fuerte presencia de la figura del gran intelectual meridional por encima incluso de las formaciones de los intelectuales medios.

Las revistas de los distintos intelectuales del Mezzogiorno estaban pues influidas por las figuras cimeras y dominantes de Fortunato y Croce, que aunque habían nacido en el sur italiano, como sostiene Gramsci, estaban ligados ambos a la cultura europea y por esa vía mundial. En efecto, estos dos grandes autores eran, y no podían ser otra cosa, que “supremos moderadores políticos e intelectuales”. La tarea política de estos intelectuales continentales no se hizo esperar y cumplieron a cabalidad su función igualmente histórica, largamente acariciada por los grandes propietarios del Mezzogiorno, a saber: “En un ámbito más amplio que el muy sofocante del bloque agrario han conseguido que el planteamiento de los problemas del sur no rebasa ciertos límites, no se hiciera revolucionario” (Gramsci, 1990, 323).

Por lo anotado, Fortunato y Croce cumplieron la función histórica de consolar las veleidades de rebelión contras las condiciones existentes de los jóvenes intelectuales y de los campesinos, para, en esa misma medida, conducirlos según una “línea media de serenidad” en el pensamiento y, fundamentalmente, en la acción: la pasividad política.

Frente al fracaso histórico en Italia de una reforma religiosa que incluyera a las masas, ha operado en cambio con el burgués Croce una suerte de revolución intelectual y moral: su filosofía idealista. Una concepción del mundo que ha superado con creces al catolicismo parroquial y a cualquier religión mitológica existente en el ámbito italiano. Las palabras de Gramsci tienen su peso en este debate y las retomamos: “En ese sentido, Benedetto Croce ha cumplido una altísima función «nacional»: ha separado a los intelectuales radicales de las masas campesinas, permitiéndoles participar de la cultura italiana y europea y a través de esta cultura los ha hecho absorber por la burguesía nacional y, por tanto, por el bloque agrario” (Gramsci, 1990, 324).

Partiendo de estas contundentes afirmaciones, Gramsci contrasta a continuación la función de los intelectuales del periódico *L'Ordine Nuovo* y de los comunistas turineses para decir que tanto los unos como los otros no serán, en ningún caso, como Fortunato y Croce. Sostiene al tiempo que todos ellos han sentido la influencia y las lecciones de Fortunato y Croce, pero que, igualmente, son en sí mismos una “ruptura” con esa tradición intelectual y moral conservadora. Gramsci también dice que se está en el comienzo de un nuevo desarrollo intelectual y político que ya ha dado sus primeros frutos y que “los dará todavía”. Esa producción intelectual autónoma y radical en el caso de Gramsci serán sus *Cuadernos de la cárcel*.

La novedad conceptual operada después en los *Cuadernos de la cárcel* debe entonces buscarse, como lo hemos hecho, a partir de este ensayo intitulado *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, que hemos seguido en sus puntos fundamentales. Y frente al cual, a partir de lo anotado, debemos conectarnos entonces con la parte final del mismo.

## 7.7 La importancia política de Giobetti

Decíamos entonces junto con Gramsci que los comunistas turineses y el órgano de difusión y formación *L'Ordine Nuovo* habían procedido de forma novedosa en el contexto histórico de la lucha de clases. Esta novedad está en que presentaron al proletariado urbano como el “protagonista moderno de la historia italiana” y, en concreto, de la cuestión meridional. Han conseguido modificar por ello las formas de pensar de determinados estratos intelectuales de izquierda. Es el caso notable del periodista y político antifascista Piero Giobetti, que sin ser comunista comprendió la relevancia social e histórica del mundo naciente del proletariado. Es por ello que como anota Gramsci, el periódico *L'Ordine Nuovo*, de tendencia marxista y que él dirigía, educó al liberal Giobetti.

Hablando de este intelectual liberal, Gramsci recuerda de él lo siguiente: “Resultó ser un organizador cultural de gran valía y tuvo en ese último periodo una función que no debe olvidarse ni subestimarse por parte de los obreros. Él abrió una trinchera más allá de la cual no retrocedieron ya el grupo de intelectuales más honrados y sinceros que en 1919, 1920 y 1921 vieron que el proletariado había sido como clase dirigente superior a la burguesía” (Gramsci, 1990, 325).

Giobetti murió luego de una golpiza que le propinó una escuadra de fascistas en enero de 1926, varios meses antes de que Gramsci escribiera *Algunos temas sobre la cuestión meridional*. Los comunistas del *L'Ordine Nuovo*, con Gramsci a la cabeza, no lucharon contra la revista *La Rivoluzione Liberale* de Gobetti. Sobre este último, Gramsci precisa el motivo: “él representaba un movimiento que no debe combatirse” (Gramsci, 1990, 325). Giobetti era pues un enlace con los demás intelectuales italianos. En primer lugar, con los que se habían formado en la técnica capitalista y tenían vocación de izquierda durante las jornadas del Bienio Rojo (1919-1920). Y en segundo lugar, por su conexión con intelectuales meridionales como Guido Dorso, quien junto con otros intelectuales introducía la cuestión meridional a partir de involucrar el proletariado del norte italiano.

Los últimos párrafos de Gramsci en *Algunos sobre la cuestión meridional* son dedicados al problema de los intelectuales en la historia reciente de Italia. Ya hemos visto cómo Giobetti es relevante en el debate sobre el proyecto del proletariado entre los años 1919-1921, cuando menos, igual de cierta manera a como antes lo fueron en el discurso de Gramsci la presentación de Fortunato y Croce, como intelectuales que sirvieron a la lucha de la burguesía italiana contra los campesinos del sur. Es por

ello que Gramsci debe detallar más el punto de la *forma intelectual* para pensar el mundo del trabajo en Italia.

En consecuencia, resaltemos con Gramsci *in extenso* cuál es la función histórica de los intelectuales y, más aún, porqué son significativos como grupo social para el estudio de la historia social y de la lucha de clases sostiene Gramsci: “Los intelectuales se desarrollan lentamente, mucho más lentamente que cualquier otro grupo social, por su misma naturaleza y función histórica. Los intelectuales representan toda la función intelectual de un pueblo, cuya historia entera quieren asumir y sintetizar: esto se ha dicho especialmente del intelectual de viejo tipo, del intelectual nacido en el terreno campesino (...) a nosotros nos interesan los intelectuales como masa, y no solo como individuos. Es sin duda importante y útil para el proletariado que uno o más intelectuales, individualmente, se adhieran a su programa y a su doctrina, se fundan con el proletariado, se conviertan en parte de él y se sientan parte de él. El proletariado es, como clase, pobre en elementos organizativos, y no tiene ni puede formarse un estrato de intelectuales sino muy lentamente, muy fatigosamente, y solo después de la conquista del poder estatal. Pero también es importante que en la masa de los intelectuales se produzca una fractura de carácter orgánico, históricamente caracterizada; que se articule como formación de masas una tendencia de izquierda en el sentido moderno de la palabra, o sea orientada hacia el proletariado revolucionario. La alianza del proletariado con las masas campesinas exige esa formación, aún más, lo exige la alianza del proletariado con las masas campesinas del sur” (Gramsci, 1990, 326).

La función de dirección intelectual y moral de los intelectuales se complementa políticamente con la formación de una alianza histórica entre el proletariado del norte y el campesinado del sur. Aquí obra, y no debemos olvidarlo, un cambio en cómo se está leyendo la lucha de clases en la historia italiana. Gramsci advierte, por ahora, que la lucha de clases del proletariado implica erigir una gran alianza con otras clases sociales, particularmente con el campesinado pobre del sur. Las fuerzas nacionales portadoras de la vida nacional y del futuro son respectivamente para Gramsci, el proletariado y el campesinado. Con ellas es que se logra organizar una alianza histórica que “destruirá” el bloque agrario meridional. Para lograrlo se precisa la acción inteligente del partido político, con miras a dirigir, a partir de formaciones autónomas e independientes cada vez más amplias, a las masas pobres de campesinos del sur. Para llevarlo a cabo, la primera gran tarea es disgregar el bloque intelectual que actúa como armadura flexible, pero resistente del bloque agrario.

Todas estas referencias, originales por demás, que se leen en el ensayo *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, nos hablan fundamentalmente del “bloque histórico”. La unidad entre la

estructura y las superestructuras complejas, la cual en palabras de Gramsci, implica en el caso de Italia por su misma formación social la conformación de un “bloque agrario meridional”.

Por supuesto, para pensar las nuevas formas de organización política y con ellas derrotar ese bloque agrario dominante, se precisa modificar la lectura que se ha tenido de la lucha de clases, la cual reza que el proletariado como vanguardia histórica deberá hacer la revolución social. Gramsci dice que no basta el proletariado, se necesita la presencia activa del campesinado bajo la figura de una alianza histórica, la cual primero debe disgregar al bloque intelectual dominante. Es decir, la nueva lucha de clases primero debe librarse desde la *forma intelectual*. De ahí sobreviene la importancia de la función cultural de los intelectuales en la historia de la lucha de clases. Tal es la novedad política de Gramsci.

## 7.8 ¿Un bloque agrario en formación?

Pensando esta novedad del “bloque histórico”, es decir, del bloque agrario meridional, del bloque intelectual, de la labor de los intelectuales en la historia con Fortunato, Croce y Giobetti, de la alianza entre el proletariado del norte y el campesinado pobre del sur, del clero italiano gobernando la propiedad privada y los campesinos pobres y, en general, de la convulsa historia italiana de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que dio validez cultural al ascenso de la lucha de clases, Gramsci va a ser apresado por un comando fascista la noche del 8 de noviembre de 1926.

Reparemos el último párrafo del último texto que escribió Gramsci en libertad, y que en general hemos referenciado en grandes líneas. En él, en esas líneas finales, hace el autor una suerte de homenaje al intelectual liberal Giobetti. Sostiene cómo Giobetti ayudó al proletariado a disgregar el “bloque intelectual”. Afirma también que la obra de Giobetti ha sido “gigantesca y difícil”, pero es digna de todos los sacrificios. Incluso si ese sacrificio es la vida misma, tal como, en efecto, ha sido el final de Giobetti, muerto en enero de 1926 luego de recibir como hemos dicho una paliza por parte de una escuadra fascista.

En la noche del 8 de noviembre de 1926 le corresponde el turno a Gramsci. Es apresado y conducido a un calabozo. Está dispuesto con mucho coraje a asumir este sacrificio, como Giobetti. Ha sido vencido en plena lucha y él lo sabe. Tiene 35 años de edad y bien sabemos que su condición intelectual y política como secretario del Partido Comunista Italiano está en alza, igualmente lo acompaña la prolífica y sesuda producción intelectual. *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, así lo acredita.

## Segunda parte

# “Historia integral” de las superestructuras complejas y de la estructura en el Estado moderno

## 8. Capítulo 8

### La forma intelectual: los intelectuales en la historia de la lucha de clases

“Mándame aquel volumenzote de artículos y estudios sobre el Risorgimento italiano que se llama, me parece, *Storia politica del secolo XIX* y el libro de R. Circa, *La formazione del programma dell' unità nazionale*, o algo parecido”. GRAMSCI. Carta a Tatiana, 9 de diciembre de 1926.

“Estoy leyendo el primer tomo de la *Église et la bourgeoisie* (300 pp.) del *Origines de l' esprit bourgeois en France* de un tal Groethuysen (...) tuvo la paciencia de analizar molecularmente las colecciones de sermones de libros de devoción de antes de 1789, para reconstruir los puntos de vista, las creencias y las actitudes de la nueva clase dirigente en formación”. GRAMSCI. Carta a A. Berti, 8 de agosto de 1927.

#### 8.1 El preso político más importante

Gramsci está en la cárcel, era el fin de año de 1926. En estas adversas condiciones, luego de su aplastante derrota política como diputado, advierte que no debe desfallecer en términos intelectuales, por ello se prepara para librar la última de sus batallas: una lucha intelectual y moral en la larga

historia de la lucha de clases que le precede y le desborda. Lucha que se librará desde un doble escenario: la lectura y la escritura de sus *Cuadernos de la cárcel*, al igual que sus igualmente importantes *Cartas de la cárcel*. Detallemos inicialmente algunos elementos significativos de estas últimas, donde la forma intelectual como elemento de unidad de la “historia integral” de los intelectuales tiene su origen, para pasar luego al registro de los primeros. En muchos aspectos seguiremos a Vacca (2020).

Piero Sraffa era amigo personal de Gramsci desde 1919. Participó con él en Turín durante el proceso cultural que dio vida al periódico *L'Ordine Nuovo*. Sraffa venía de una rica familia burguesa, su padre era un prestante abogado de Milán, pasos que su hijo siguió hasta volverse él también un diestro y reconocido economista, aunque se doctoró en derecho. Sin ser un socialista decidido ni estar afiliado a ningún partido político de izquierda, Sraffa compartía una sensibilidad proletaria que entrega con presteza y afecto a su amigo Gramsci. Sraffa será su gran compañero en la última parte de su vida, y, por eso mismo, hermano de la causa proletaria por fuera de las cárceles fascistas.

A Sraffa le escribirá Gramsci una carta el 11 de diciembre de 1926, cuando han pasado algunos días de su intempestiva captura en Roma: “Me dirijo a ti para que me hagas el favor de mandarme algún libro. Quisiera tener algún buen tratado de economía y de finanzas para estudiar; un libro fundamental, que tú podrás elegir según tu juicio. Cuando te sea posible mándame algún libro y alguna revista de cultura general que te parezca interesante para mí. Queridísimo amigo, tú conoces mis condiciones familiares y sabes cuán difícil me es recibir libros a no ser por algún amigo personal: créeme, que no habría osado darte semejante fastidio si no fuera forzado por la necesidad de resolver este problema de aburrimiento intelectual que me preocupa en especial” (Gramsci, 2003, 42).

Después, el 19 de diciembre de 1926, Gramsci le escribe a su cuñada Tatiana Schutz: “Te quiero decir otra cosa muy importante: mi amigo Sraffa me escribió que abrió para mí una cuenta corriente ilimitada en una librería de Milán, a la cual podré pedir periódicos, revistas, libros, y además me ofrece toda la ayuda que quiera. Como podrás ver puedo esperar el futuro con suficiente serenidad” (Gramsci, 2003, 46).

En otra carta a su cuñada Tatiana, el 13 de enero de 1927, Gramsci le explica la situación en la cárcel con los libros, y la ayuda decidida de Sraffa: “Me llegaron muchos libros de Milán, así que también desde ese punto de vista estoy tranquilo. Puedo leer y estudiar. Además organizamos una escuela de cultura general, yo enseño historia y geografía y frecuento el curso de alemán. Me inscribí a tres diarios y a unas quince revistas; el servicio ya comenzó a funcionar. Ahora debo recibir un montón de libros de Milán porque aproveché la cuenta corriente que me abrió mi amigo Sraffa, quien además

añadió libros nuevos y revistas a la lista que yo mandé a la librería que él frecuenta. Así que si tardan mucho mis libros de Roma, no pasa nada, igual puedo estudiar y ocuparme útilmente. En fin, debes convencerte de que a mí no me falta nada, y debes evitar cualquier agitación y nerviosismo. Mi amigo Sraffa sigue insistiendo que me dirija a él también para la ayuda económica y para recibir blanquería y alimentos. Me va a mandar leche condensada suiza, para empezar. Yo pienso dirigirme a él en caso de necesidad, primero porque él es rico, y no le pesa ayudarme, y en segunda porque su oferta no es por pura cortesía y académica: me mandó espontáneamente como 1.000 liras de libros; así que tú puedes estar tranquila” (Gramsci, 2003, 53).

Sraffa a su manera y desde la distancia física, viviendo cómodamente en Inglaterra con un contrato como profesor de economía en Cambridge desde 1927, se irá convirtiendo con los años en una suerte de benefactor tal como lo hizo Federico Engels con Carlos Marx; en este caso, financiando a su amigo Gramsci, quien pasa en la cárcel fuertes privaciones físicas, materiales e intelectuales. Sin el apoyo económico de su amigo Sraffa, difícilmente existiría esa empresa cualitativa de investigación en las ciencias sociales que llamamos los *Cuadernos de la cárcel*. A la compañía de Sraffa debemos agregar la presencia significativa de Tatiana, la cuñada de Gramsci, con la que compartirá una presencia física, ética e intelectual, como quiera que ella se encontraba en Roma y podía, en lo posible, visitarlo con cierta regularidad, según disposiciones de la cárcel, cuando no se lo impedía la precaria salud de ella misma.

Las cartas a Tatiana son las que más nos dan a entender la estructura inicial de lo que serán los *Cuadernos de la cárcel*. Tatiana fue una interlocutora fundamental en términos de la creación intelectual de Gramsci en la cárcel; era quien lo impulsaba a su trabajo creativo, cosa que molestaba a Gramsci; ella le reconocía su valía como dirigente, en diálogos no exentos de diversos desencuentros y muchos regaños, los de Gramsci.

Entonces, a la presencia financiera, como compañero de la causa, de Sraffa con Gramsci, debemos agregar el respaldo familiar y las tensiones intelectuales y morales que este último vivió con Tatiana y de la cual dan cuenta una serie de cartas inscritas en una lucha denodada por hacer útil la compañía. Las *Cartas de la cárcel*, por lo mismo, tienen un hilo de discusión en la presencia significativa de Tatiana como interlocutora ocasional de Gramsci. Y nos permiten, repetimos, un primer acercamiento a la obra gris de los textos que con los años en prisión y las numerosas lecturas y correcciones llegarán a ser los *Cuadernos de la cárcel*.

## **8.2 Pensando una investigación histórica**

Pero volvamos, entonces, al registro de las cartas. Gramsci desde la cárcel el 19 de marzo de 1927, mucho antes de que los cuadros de las distintas enfermedades lo vayan postrando físicamente, le envía una carta muy importante a su cuñada Tatiana, quien por entonces hace la suerte de compañera de diálogos e infortunios en Roma. En la carta en cuestión entra a relacionar una propuesta de escritura que le tomará el resto de sus días con sus noches, así como sus pocas o muchas energías, aunque él entonces no lo sepa del todo.

Podemos leer en la carta citada la tarea histórica que Gramsci se propone, uno de cuyos puntos centrales es el siguiente: “Una investigación sobre la formación del espíritu público en Italia en el siglo pasado; en otras palabras, un trabajo sobre los intelectuales italianos, sus orígenes, agrupaciones, según las corrientes de la cultura, sus modos de pensar, etc. Tema sumamente sugerente, que yo naturalmente sólo podría esbozar en líneas generales dada la absoluta imposibilidad de tener a mi disposición la inmensidad de material necesario. ¿Recuerdas mi corto y superficial ensayo sobre Italia meridional y sobre la importancia de B. Croce? Bueno, quisiera desarrollar ampliamente la tesis que bosquejé entonces, desde un punto de vista «desinteresado», «für ewig»” (Gramsci, 2003, 70).

Los otros tres puntos que Gramsci quiere considerar por escrito son: un estudio de la lingüística comparada desde la metodología, un estudio sobre Pirandello y el teatro italiano y, finalmente, un ensayo sobre las novelas de suplemento y el gusto popular en la literatura. Todos los temas en sí mismo son complejos en términos de las dificultades que entrañan y, al tiempo, son temas relacionales y complementarios en cuanto integrante de un todo en constitución. Justamente, en esa misma carta que citamos, Gramsci más adelante sintetiza los distintos puntos que quiere tratar en su prolija investigación carcelaria bajo la siguiente frase: “el espíritu popular creativo en sus diversas fases y grados de desarrollo” (Gramsci, 2003, 71).

Debemos ahora señalar que Gramsci le dirige a su hermano Carlo la siguiente frase, consignada en una extensa carta del 13 de agosto de 1928 donde le pide, entre otras cosas, que solicite una celda para él solo: “En la solicitud añade que mi trabajo anterior me hace sentir demasiado las dificultades para el estudio y la lectura que hay en un cuartote con tales enfermos y pide que una vez solo, se me conceda papel y tinta para dedicarme a algún trabajo de carácter literario y al estudio de las lenguas” (Gramsci, 2003, 168).

El 8 de octubre de 1928 Gramsci insiste y le dirige desde la cárcel a su hermano Carlo la siguiente solicitud con respecto a la misma petición anteriormente expuesta: “Infórmame del trámite que hiciste o debes todavía hacer para que yo pueda escribir. No debes limitarte a escribir al abogado Niccolai; debes hacer el trámite al Ministerio tú mismo, a nombre de la familia. Yo creía que lo habrías hecho

antes que yo. Si hubiese sabido lo habría hecho yo mismo directamente a través de la cárcel” (Gramsci, 2003, 176).

Existen otras dos breves referencias sobre el tópico de la escritura inicial de los *Cuadernos de la cárcel* que pasamos a considerar, en las cuales se advierte que la autorización para poder escribir en la celda le había sido concedida a Gramsci por el mismísimo Mussolini. En efecto, así se procedió luego de una solicitud firmada por la madre de Gramsci, Peppina Marcias, fechada el 25 de agosto de 1928, la cual fue respondida afirmativamente en enero de 1929. De lo anotado se deriva que el 29 de enero de 1929 Gramsci le escribe con cierta novedad nuevamente a su cuñada Tatiana: “Ahora que podré escribir me haré un plan de estudio y yo mismo pediré los libros que necesite” (Gramsci, 2003, 188). Y la siguiente alusión a su cuñada sobre este tema es la carta del 9 de febrero de 1929, en la que podemos leer: “¿Sabes? Ya escribo en la celda. Por el momento sólo hago traducciones, para soltar la mano, mientras tanto pongo orden en mis pensamientos” (Gramsci, 2003, 189).

El 25 de marzo de 1929 Gramsci retoma en un diálogo con Tatiana la temática de sus escritos carcelarios, llamados por él “notas”, en consecuencia le escribe lo siguiente: “Decidí ocuparme principalmente y tomar notas sobre estos tres temas: 1) La historia italiana en el siglo XIX con especial atención a la formación y desarrollo de los grupos intelectuales; 2) la teoría de la historia y de la historiografía; 3) El americanismo y el fordismo” (Gramsci, 2003, 197).

Algunos meses después, vuelve Gramsci a tener un comentario con Tatiana sobre su trabajo intelectual en curso. En la carta del 17 de noviembre de 1930 le comenta de forma puntual lo siguiente, ampliando lo que ya conocemos en sus anteriores cartas: “Me fijé en tres o cuatro temas principales, uno de los cuales es aquel de la función cosmopolita que tuvieron los intelectuales italianos hasta el siglo XVIII, que luego se divide en varias secciones: el Renacimiento, Maquiavelo, etcétera. Si tuviera la posibilidad de consultar el material necesario creo se podría hacer un libro verdaderamente interesante que aún no existe; digo libro sólo por referirme a la introducción de cierto número de trabajos monográficos, porque la cuestión se presenta diversamente en las distintas épocas, y según yo creo habría que llegar a los tiempos del Imperio romano. Mientras tanto hago notas” (Gramsci, 2003, 271).

### **8.3 Un escrito sobre la formación de los intelectuales**

Nuevamente a su cuñada Tatiana, Gramsci vuelve a comentarle su trabajo en ciernes sobre los intelectuales. Es la carta del 3 de julio de 1931 en la cual ahonda algunos detalles y que reza como sigue, *in extenso* la reproducimos: “uno de los temas que más me ha interesado durante los últimos años es el de poder fijar algunos aspectos característicos en la historia de los intelectuales italianos.

Este interés surgió en parte por el deseo de profundizar el concepto de Estado y por otro lado por darme cuenta de que algunos aspectos del desarrollo histórico del pueblo italiano. Aun limitando la investigación a las líneas esenciales, ésta sigue siendo formidable. Hay que remitirse necesariamente al Imperio romano y a la primera concentración de intelectuales «cosmopolitas» («imperiales») que éste causó, por lo tanto, hay que estudiar la formación de la organización clerical cristiano-papal que le da la herencia del cosmopolitismo intelectual imperial una forma europea de casta, etcétera, etcétera. Según yo creo, sólo así se explica que únicamente se puede hablar de intelectuales italianos «nacionales» después del siglo XVII, o sea después de las primeras luchas entre el Estado y la Iglesia, con el *jurisdiccionalismo*. Antes, los intelectuales italianos eran cosmopolitas, ejercían una función universal (ya sea para la Iglesia o para el Imperio), o sea no nacional, contribuían a organizar otros estados nacionales, en calidad de técnicos y especialistas, ofreciendo «personal dirigente» a todo Europa. No se concentraban como categoría nacional, como grupo especializado de las clases nacionales” (Gramsci, 2003, 318-319).

En esta misma carta que citamos, también le dice a su cuñada que este tema de los intelectuales puede dar lugar a una serie de ensayos, lo que significará finalmente realizar una “investigación erudita”. Y como colofón al comentario, Gramsci anota: “la costumbre de una severa disciplina filológica, adquirida durante los estudios universitarios, quizá arraigó en mi excesivos escrúpulos metodológicos” (Gramsci, 2003, 319).

Dos meses después, en la carta del 7 de septiembre de 1931, encontramos nuevamente a Gramsci escribiéndole a su cuñada sobre los intelectuales, la materia que por entonces está tratando por escrito en sus *Cuadernos*, y de la cual en este nuevo comentario profundiza en relación con el Estado y la hegemonía. Por considerarlo valioso para nuestro análisis de la historia italiana y los intelectuales en ella, reproducimos todo el párrafo en cuestión: “El estudio que hice sobre los intelectuales es muy vasto como diseño y realmente no creo que en Italia haya libros sobre el tema. Ciertamente hay mucho material erudito pero disperso en un número infinito de revistas y archivos históricos locales. Además yo amplió mucho la noción de intelectual y no me limito a la noción común que se refiere a los grandes intelectuales. Este estudio también lleva a ciertas determinaciones del concepto de Estado que por lo general es entendido como sociedad política (o dictadura, o aparato coactivo para confirmar la masa popular según el tipo de producción y economía de un momento dado) y no como un equilibrio de la sociedad política con la sociedad civil (o hegemonía de un grupo social sobre la sociedad nacional entera ejercida a través de las organizaciones así llamadas privadas, como la iglesia, los sindicatos, las escuelas, etcétera) y es precisamente en la sociedad civil donde operan especialmente los intelectuales (por ejemplo Benedetto Croce es una especie de papa laico y es un instrumento

altamente eficaz de hegemonía, aun si de vez en cuando esté en contraste con uno u otro gobierno, etcétera). De esta concepción de la función de los intelectuales, según yo, se explica la razón o una de las razones de la caída de las *comunas* medievales, o sea del gobierno de una clase económica, que no supo crear su propia categoría de intelectuales ni por tanto ejercer una hegemonía además de una dictadura; los intelectuales italianos no tenían un carácter popular-nacional, sino cosmopolita, según el modelo de la Iglesia, y a Leonardo le era indiferente venderle al duque Valentino los planos de las fortalezas de Florencia. Las *comunas* fueron por tanto un estado sindicalista, que no logró superar dicha fase y devenir Estado integral, como en vano lo indicaba Maquiavelo quien, a través de la organización del ejército, quería organizar la hegemonía de la ciudad sobre el campo; por ello él puede ser considerado el primer jacobino italiano (el segundo fue Carlo Cattaneo, pero con demasiadas quimeras en la cabeza). De ahí que el Renacimiento deba ser considerado como un movimiento reaccionario y represivo en comparación al desarrollo de las *comunas económicas*, etcétera. Te hago estas observaciones para convencerte de que cada periodo de la historia italiana, del Imperio romano al Risorgimento, debe ser visto desde este punto de vista monográfico” (Gramsci, 2003, 329).

Gramsci en esa misma carta que estamos citando le sostiene a su cuñada que si tiene ganas y si las autoridades carcelarias se lo permiten escribirá un “esbozo” de la temática en 50 páginas y se lo enviará a ella. En las *Cartas de la cárcel* que tenemos a la mano no hay lugar para un esbozo de tal dimensión. Consideramos pues que Gramsci nunca llegó a terminarlo (tal vez hace parte de sus *Cuadernos de la cárcel*) y, por lo mismo, no se lo envió a su cuñada, pese a prometérselo por escrito.

#### **8.4 La forma intelectual en proceso ascendente**

Continuando esta pesquisa con respecto a las *Cartas de la cárcel* y al tema de los intelectuales, la forma intelectual y en general, a cómo trabaja intelectualmente Gramsci, debemos detenernos en otra carta también a su cuñada que despierta nuestro más vivo interés; es la carta fechada el 22 de febrero de 1932 en la que podemos leer: “En lo que se refiere a las notitas que hice sobre los intelectuales italianos, ya no sé por dónde empezar; están dispersas en una serie de cuadernos, mezcladas con otras notas varias, así que primero tendría que juntarlas para poderlas ordenar. Este trabajo me pesa mucho, porque tengo demasiado seguidos migrañas que no me permiten la concentración necesaria; también en la práctica la cosa es muy agotadora por el modo y las restricciones en las que hay que trabajar” (Gramsci, 2003, 378).

Gramsci, igualmente, en la parte final de la carta de marras le escribe a su cuñada que la idea que tiene en mente es “reordenar” esas notas, dividiéndolas por temas para luego ahora sí “sistematizarlas”. Lo que él desea con ello, dice, es alcanzar cierto orden intelectual que no tiene.

La última referencia de Gramsci de forma explícita a la cuestión de los intelectuales, en diálogo abierto con su interlocutora Tatiana, la podemos considerar en la carta del 28 de marzo de 1932, en ella anota: “El tema tiene que ver con la historia de los intelectuales italianos que me interesa y sobre la cual estoy escribiendo notas y observaciones a medida que mis cartas o lecturas me proporcionan motivos” (Gramsci, 2003, 388).

En las cartas que escribirá posteriormente Gramsci desde la cárcel no vuelve a considerar explícitamente las notas de los cuadernos, ni vuelve a mencionar en detalle a los intelectuales y menos la historia por etapas del Estado italiano o la hegemonía como proceso histórico. Pero en esas mismas cartas, desde el año 1926 cuando llega a la cárcel, hasta el año 1937, cuando muere, Gramsci pasa revista a un intelectual muy discutido y leído por entonces como Benedetto Croce, al que le va dedicando varios párrafos en muy diversas cartas; igualmente en distintas cartas del periodo citado encontramos alusiones breves o extensas a otros intelectuales como Maquiavelo, Marx, Ricardo, Dante, Hegel, Freud, Tolstoi, Pushkin y a otros diversos autores del universo filosófico, político, económico y literario del mundo.

Debemos señalar que las cárceles en las que malvive Gramsci tenían a su cargo bibliotecas no especializadas, que le permitían a los distintos internos, entre ellos Gramsci, hacerse a algunos ejemplares de libros o pedir revistas y periódicos para leer, según el caso. Es decir, no solo fueron llegando a Gramsci las decenas de libros de la librería de Milán que había abierto con cuenta corriente su amigo Sraffa, sino también los libros que Tatiana, su cuñada o su hermano Carlo, le enviaban por solicitud del mismo Gramsci. A lo anterior, igualmente, debemos sumar los libros, revistas y periódicos de las distintas cárceles que Gramsci frecuentó y de las cuales se sirvió para construir ese cerebro colectivo que llamamos los *Cuadernos de la cárcel*.

Las *Cartas de la cárcel*, volviendo a ellas, entre otros temas personales, familiares y judiciales allí consignados, se van configurando en una suerte de vademécum sobre la producción de los intelectuales en el periodo histórico que abarca el mundo moderno. Podemos considerar que Gramsci encarcelado, enfermo y solitario, es un intelectual que habla y discute sobre y con los intelectuales. Él encarna la figura del intelectual dirigente que aunque derrotado, no cesa en serlo. Con cierta felicidad escribe sus ideas y expone su conocimiento erudito sobre lo humano, los saberes y los lenguajes sociales. La huella de esa lucha individual y colectiva por la verdad de una vida, de una

historia integral de los subalternos y de su paso por el mundo del capitalismo, la podemos leer en sus dos hitos intelectuales, por los cuales aún hoy es recordado, las *Cartas de la cárcel* y los *Cuadernos de la cárcel*. Se puede decir que son una misma obra en dos momentos donde habla en voz baja y deben, en consecuencia, leerse en seguidilla: la primera obra es subjetiva y la segunda es objetiva.

Algunas referencias finales del propio condenado, en su condición histórica de luchador político situado en la Italia de su tiempo, nos pueden servir para hacer el cuadro general de este “combatiente”. A su hermano Carlo el 12 de septiembre de 1927 le escribe: “algunos me creen un gran diablo, otros me tienen casi por santo. Yo no quiero hacerme ni el mártir ni el héroe. Creo ser simplemente un hombre medio, con sus profundas convicciones las cuales no cambia por nada en el mundo” (Gramsci, 2003, 109). Otra referencia útil para la reflexión es la siguiente, cuando Gramsci habla de su encarcelamiento con su hermana Teresina: “para mí es un episodio de la lucha política que se libra y seguirá librándose no sólo en Italia, sino en todo el mundo, quién sabe todavía por cuánto tiempo” (Gramsci, 2003, 139).

Gramsci mismo está inscrito en la histórica lucha de clases; a partir de ahí debe leerse y comprenderse. Por lo mismo, su lucha intelectual también es nuestra lucha intelectual. Como él dice: “quién sabe por cuánto tiempo”.

## 9. Capítulo 9

# La reconstrucción del pensamiento histórico en Gramsci

“...mi cultura es fundamentalmente italiana y éste es mi mundo”. Gramsci a Tatiana, 12 de octubre 1931.

### 9.1 Cuestiones de método

En el *Cuaderno XXII*, 2, que data de los años 1933-1934, encontramos un artículo nuclear intitulado “Cuestiones de método”. En este texto hallamos un elemento clave a propósito de cómo estudiar a un autor, particularmente a los fundadores de la filosofía de la praxis, Marx y Engels en sus obras póstumas. La siguiente es la caracterización que sobre el proceso de investigación realiza Gramsci en el artículo citado: “Es evidente que el contenido de estas obras póstumas debe ser tomado con mucha discreción y cautela, porque no puede ser considerado definitivo, sino sólo material todavía en elaboración, todavía provisional; no puede excluirse que estas obras, especialmente si estuvieron en elaboración durante largo tiempo y que el autor no se decidió nunca a completar, en todo o en parte fuesen repudiadas por el autor o no consideradas satisfactorias”, (Gramsci, 1999, 249).

Esta misma referencia sobre el método aplica para la obra de Gramsci intitulada *Cuadernos de la cárcel*, el cual es nuestro objeto de estudio. En efecto, lo que tenemos frente a nosotros son textos póstumos del autor. Por ello, no deben ser en principio considerados definitivos, aunque hayan pasado largos y difíciles años en elaboración. Por lo mismo, vamos a proceder con “discreción y cautela” y, en esa medida, consideraremos a los *Cuadernos de la cárcel* como borradores de una larga investigación en curso que el autor no pudo publicar, en virtud de las durísimas condiciones carcelarias, primero, y, posterior a ellas, debido a que le sobrevino intempestivamente la muerte a solo una semana de haber ganado su plena libertad.

Por lo referido, debemos ser más precisos y subrayar que Gramsci nunca publicó un libro en su vida. Durante sus juveniles años de periodista en Turín y luego en las largas jornadas de lucha

partidista como militante y dirigente político en Roma, nunca recopiló sus escritos contados en miles y miles de páginas, muchas de ellas relevantes para estudiar el periodo histórico-político de autonomía de los subalternos que estaba viviendo. Aunque era un lector voraz, nunca supo qué era publicar un libro ni presentarlo a la crítica especializada. En ese sentido, podemos decir que no consideraba que sus análisis consignados en sus escritos tuvieran mayor trascendencia social, salvo los que la coyuntura periodística y el combate político le iban marcando. Gramsci, en suma, apoyándose en su evidente modestia, nacida en la marginación social y la pobreza en Cerdeña y luego en sus años de estudiante en Turín, no pensaba que pudiera ser un pensador. Incluso, se despreciaba a sí mismo como intelectual revolucionario, como dirigente subalterno, guardando siempre un bajo perfil, tanto en sus años de libertad como dirigente y diputado, como después en las cárceles fascistas.

Para ilustrar lo escrito, debemos a continuación detenernos en una carta significativa del 7 de septiembre de 1931 que Gramsci le dirige desde la cárcel a su cuñada Tatiana. En ella podemos leer: “Durante diez años de periodismo escribí tanto como para constituir 15 o 20 tomos de 400 páginas; pero eran escritos del día y según yo debían morir con el día. Siempre me negué a hacer selecciones aunque fueran cortas. En 1918 el prof. Cosmo quería que le permitiera hacer una selección de los editoriales que yo escribía cotidianamente para un diario de Turín. Cosmo pensaba publicarlos con una introducción muy benévola y honorable para mí, pero no quise permitirlo. En noviembre de 1920 me dejé convencer por Giuseppe Prezolini de publicar en su editorial una selección de artículos que en realidad habían sido escritos bajo un plan orgánico pero en enero de 1921 preferí pagar una parte de los gastos ya hechos y le retiré el manuscrito” (Gramsci, 2003, 328-329).

Volviendo a los *Cuadernos de la cárcel*, y advirtiendo que son borradores de una investigación en curso, que se publicó de forma póstuma, se precisa considerarlos desde su misma naturaleza como documento histórico. Este mismo documento histórico debe ser leído al tiempo con las *Cartas de la cárcel*, porque en estas existen referencias fundamentales para el cabal entendimiento de los primeros. Gramsci en el mismo artículo que ya hemos citado párrafos atrás, “Cuestiones de método”, es preciso en reconocer la precaución de las cartas con las siguientes palabras: “También el estudio del epistolario debe hacerse con ciertas precauciones: una afirmación taxativa hecha en una carta no sería probablemente repetida en un libro. La vivacidad estilística de las cartas, si bien a menudo es más eficaz que el estilo más mesurado y ponderado de un libro, a veces conduce a deficiencias de argumentación; en las cartas, como en los discursos, como en las conversaciones, se incurre más a menudo en errores lógicos; la mayor rapidez del pensamiento va a menudo en perjuicio de su solidez” (Gramsci, 2003, 249-250).

En las *Cartas de la cárcel* encontramos los fundamentos básicos de la investigación en términos del norte conceptual que el autor les fue trazando. Sin embargo, es allí, en algunas de estas cartas, donde encontramos con cierto asombro una manifiesta modestia intelectual con respecto a lo que Gramsci como autor está escribiendo.

## 9.2 Una investigación sobre los intelectuales

Como el tema que nos ocupa en nuestra investigación es el proceso de formación del Estado Italiano durante el llamado *Risorgimento*, focalicemos entonces nuestra atención allí y dejemos de lado otros temas capitales para Gramsci, como la lingüística, el teatro de Pirandello y las novelas de folletín y suplemento. Si amerita una lectura complementaria, volveremos con estos temas que solo dejamos aquí citados muy al margen.

Recordemos que la primera referencia que encontramos sobre la investigación histórica que Gramsci quiere realizar está consignada en la siguiente idea que hace parte de la carta escrita a su cuñada Tatiana, fechada el 19 de marzo de 1927: “Una investigación sobre la formación del espíritu público en Italia en el siglo pasado; en otras palabras, un trabajo sobre los intelectuales italianos, sus orígenes, agrupaciones, según las corrientes de la cultura, sus modos de pensamiento, etcétera, etcétera. Tema sumamente sugerente, que yo naturalmente sólo podría esbozar en líneas generales dada la absoluta imposibilidad de tener a mi disposición la inmensidad de material necesario. ¿Recuerdas mi corto y superficial ensayo sobre Italia meridional y sobre la importancia de B. Croce Bueno, quisiera desarrollar ampliamente la tesis que bosquejé entonces, desde un punto de vista “desinteresado”, «für ewig».” (Gramsci, 2003, 70).

También recordemos que el 25 de marzo de 1929, nuevamente a su cuñada Tatiana, le escribe Gramsci lo que es por entonces su programa de investigación en la cárcel (Gramsci, 2003, 197).

La pesquisa por el origen de los intelectuales italianos, que leemos en la carta del 19 de marzo de 1927, se le va convirtiendo a Gramsci, dos años después, en un proyecto de escritura sobre la historia de la formación intelectual de Italia en el siglo XIX, respaldado con una discusión sobre la historia y la historiografía en el marco de la investigación sobre los intelectuales italianos. El otro tema conexo a la discusión sobre la formación de los intelectuales es americanismo y fordismo, que tiene que ver con un proyecto histórico-político de estudiar el comienzo del siglo XX en los Estados Unidos de América y en ella de la hegemonía del trabajo intelectual sobre el trabajo material.

Recordemos, igualmente, que 17 de diciembre de 1930, nuevamente a su cuñada Tatiana, Gramsci le escribe siguiente referencia conceptual sobre el trabajo de investigación en curso, los *Cuadernos de la cárcel*, los cuales ya empezó a redactar. (Gramsci, 2003, 271).

En esta referencia conceptual de la carta encontramos algunas novedades que, como se advierte, no estaban en las dos cartas anteriores. La más importante de ellas en tanto engloba una idea es que Gramsci se propone estudiar la larga duración en la formación de los intelectuales italianos. Ya no es solo el siglo XIX, sino también el siglo XVIII, remontándose con ello cada vez más atrás en la historia italiana, en una suerte de etapas históricas sucesivas donde el Renacimiento y Maquiavelo, como hitos capitales, son una especie de bisagras para poder adentrarse en la comprensión de los lejanos tiempos, hasta, por último, llegar al Imperio romano.

Seis meses después de la carta anterior que citamos, puede leerse que Gramsci ha variado la investigación, o, peor aún, acaso se ha desengañado de ella. En la carta a su cuñada Tatiana del 3 de julio de 1931 podemos leer *in extenso* lo siguiente: “ya no tengo un programa de estudio y trabajo, cosa que naturalmente tenía que suceder. Yo me había propuesto reflexionar sobre una serie de cuestiones, pero esas reflexiones a un cierto punto deberían pasar a la fase de una documentación y por lo tanto a una fase de trabajo y elaboración que requieren de grandes bibliotecas. Eso no significa que pierda el tiempo por completo, pero ya no tengo gran curiosidad en determinadas direcciones generales, por lo menos, por ahora. Te quiero poner un ejemplo:- uno de los temas que más me ha interesado durante los últimos años es el de poder fijar algunos aspectos característicos en la historia de los intelectuales italianos. Este interés surgió en parte por el deseo de profundizar el concepto de Estado y por otro lado por darme cuenta de algunos aspectos del desarrollo histórico del pueblo italiano. Aun limitando la investigación a las líneas esenciales, ésta sigue siendo formidable. Hay que remitirse necesariamente al Imperio romano y a la primera concentración de intelectuales “cosmopolitas” (“imperiales”) que este causó, por lo tanto, hay que estudiar la formación de la organización clerical cristiano-papal que le da a la herencia del cosmopolitismo intelectual imperial una forma europea de casta, etcétera, etcétera. Según yo creo, sólo así se explica que únicamente se puede hablar de intelectuales “nacionales” después del siglo XVIII, o sea después de las primeras luchas entre el Estado y la Iglesia, con el *jurisdiccionalismo*. Antes, los intelectuales italianos eran cosmopolitas, ejercían una función universal (ya sea para la Iglesia o para el Imperio), o sea no nacional, contribuían a organizar otros estados nacionales, en calidad de técnicos y especialistas, ofreciendo “personal dirigente” a toda Europa. No se concentraban como categoría nacional, como grupo especializado de las clases nacionales. -Como ves, éste es un tema que puede dar lugar a toda

una serie de ensayos, pero para ello es necesaria toda una investigación erudita. – Lo mismo sucede con otras investigaciones” (Gramsci, 2003, 318-319).

Gramsci, por supuesto, ha profundizado en la cuestión histórica de los intelectuales italianos, leídos en la larga duración del Estado italiano, es decir, desde el Imperio romano. Ya se reconoce como novedad que hay distintas clases de intelectuales en esta historia italiana: intelectuales cosmopolitas e intelectuales nacionales, cuando menos. División que obedece a la función precisa que desempeñaron según los territorios. Pero también tenemos una idea central al comienzo de la frase de Gramsci: él quiere profundizar en el estudio histórico del Estado italiano y para ello debe asumir como elemento concreto la historia de los intelectuales en este largo proceso de más de dos mil años. Como él mismo lo dice: “una investigación erudita”.

### **9.3 Los intelectuales y el Estado moderno**

Dos meses después de la carta que hemos citado, otra vez Gramsci despliega un análisis sobre la materia que está investigando en carta a Tatiana del 7 de septiembre de 1931 que referimos. (Gramsci, 2003, 329).

En esta significativa carta Gramsci va desarrollando el elemento conceptual que venía de la anterior cita, la función de los intelectuales, y a partir de ahí pasa a explicar los móviles de la historia italiana con respecto al nacimiento y a la formación del Estado italiano. En esta carta ya tenemos nuevos elementos de estudio, particularmente en lo que tiene que ver con la definición del Estado: sociedad política (dictadura) con sociedad civil (dirección intelectual).

A este último proceso histórico-político de dirección intelectual lo llama el autor hegemonía. En ese sentido, los intelectuales operan en el espacio privado de la sociedad civil, espacio donde se disputa la dirección del Estado, la hegemonía. Este proceso como lo leemos fue fallido en tiempos de las comunas medievales ya que, como lo dice el propio Gramsci, no lograron forjar una categoría de intelectuales, es decir, de dirigentes en la sociedad civil. La función de los intelectuales durante las comunas entonces fue precaria, debido a que no lograron realizar un “Estado integral”: la creación de la sociedad política más la sociedad civil.

Desde entonces se registra este problema con respecto a la función cosmopolita de los intelectuales que no logran pensar la articulación con el Estado italiano. Proceso que no se logró solucionar con el Renacimiento y que sobrevino, incluso, en el siglo XIX con el *Risorgimento*. Tales son las palabras con las que Gramsci está explicando la larga duración en la formación intelectual del Estado italiano,

según sus distintas fases. A este proceso histórico-político expansivo lo vamos a llamar a partir de ahora *la forma intelectual*.

Consideremos a continuación en nuestro discurrir conceptual por las páginas de las *Cartas de la cárcel*, la siguiente referencia de Gramsci que páginas atrás registramos, fechada el 22 de febrero de 1932 y dirigida a su cuñada Tatiana. Podemos leer que el autor ha llegado a un cierto límite intelectual. (Gramsci, 2003, 378).

En efecto, Gramsci acusa en la cárcel el cansancio intelectual y la fatiga propia de diversas enfermedades que por entonces lo aquejaban hasta reducirlo a una condición de enfermo penitenciario. Aun así, como lo comprobamos, ha escrito. Y mejor aún: seguirá escribiendo, aunque en varias de las cartas del periodo podamos leer que está realmente agotado, exhausto, para continuar escribiendo o tan siquiera pensando. Una de las discusiones intelectuales con las cuales cruzará armas Gramsci es el pensador italiano Benedetto Croce, al que ha llamado párrafos atrás “papa laico”, por su función en la hegemonía del Estado italiano.

#### **9.4 El problema histórico-político de la hegemonía**

En las *Cartas de la cárcel* encontramos una serie de referencias sobre Croce como intelectual liberal revisionista. En la carta de Gramsci a Tatiana del 2 de mayo de 1932, podemos leer: “Croce, en la actividad histórico-política, únicamente pone el énfasis sobre aquel momento que en política se llama “hegemonía”, consenso, dirección cultural, para distinguirlo del momento de la fuerza, de la constricción, de la intervención legislativa y estatal o policial (...) en la misma época en la que Croce elaboraba su falso instrumento, la filosofía de la praxis, a través de sus mayores teóricos modernos, elaboraba en el mismo sentido el momento de la “hegemonía” o de la dirección cultural era revalorado sistemáticamente, en oposición a las concepciones mecanicistas y fatalistas del economicismo. Así fue posible afirmar que la característica esencial de la más moderna filosofía de la praxis consiste precisamente en el concepto histórico político de “hegemonía” (Gramsci, 2003, 398-399).

Gramsci cuestiona que Croce como pensador liberal en su libro *Storia d'Europa* está advirtiendo solo el momento de la hegemonía en la historia, es decir, de la dirección intelectual. Al tiempo le replica que en la historia no solo existe la dirección intelectual y cultural, sino también el momento de la fuerza, de la dominación y la dictadura. En Rusia, Lenin, apoyándose en la filosofía de la praxis, está renovando el momento de la hegemonía dejando atrás el mecanicismo y el economicismo que la ha caracterizado en las corrientes de izquierda durante décadas. De manera que desde la filosofía de la praxis, es decir, el marxismo, la novedad intelectual está en advertir el concepto histórico-político de la hegemonía. Entonces, no solo Croce ha reconocido la importancia de la dirección

intelectual en la historia, sino que la filosofía de la praxis con Lenin como intelectual orgánico la ha renovado desde el campo del proletariado. Con lo anterior, no podemos entonces olvidar que la hegemonía es un proceso histórico-político, es decir, estudiado y situado tanto en la historia como en la ciencia política. Croce solo lo estudia desde la historia ético-política; Lenin la estudia desde los dos saberes advirtiendo que la hegemonía es teoría y práctica: filosofía de la praxis.

El 2 de mayo de 1932, Tatiana recibe otra carta de Gramsci en la que durante varios párrafos se discute sobre Croce y, a propósito de su teoría de la historia. En ese orden, se sigue desarrollando el tema de la forma intelectual en la historia y la función que ha tenido Croce como intelectual en la historia italiana de la lucha de clases. Escribe Gramsci: “Me parece que la historia de Croce solamente puede llamarse historia “especulativa” o “filosófica” y no ético-política, y es en este carácter suyo, y no en ser ético-política, donde reside su oposición al materialismo histórico. Una historia ético-política no está excluida del materialismo histórico en cuanto ésta es la historia del momento “hegemónico”; en cambio sí está excluida la historia “especulativa”, como toda la filosofía “especulativa” (...) su filosofía es una “filosofía especulativa”, y en cuanto tal es una continuación plena de la trascendencia y de la teología con un lenguaje historicista” (...) ¿Es posible pensar en una historia unitaria de Europa que inicie a partir de 1815, o sea desde la Restauración? Si una historia de Europa puede escribirse como formación de un bloque histórico, ésta no puede excluir a la Revolución francesa ni a las guerras napoleónicas, que en el bloque histórico europeo son la premisa “económico-jurídica”, el momento de la fuerza y de lucha. Croce asume el momento siguiente, aquel en el cual las fuerzas desencadenadas previamente se equilibran, devienen catarsis por así decirlo; Croce hace de ese momento un hecho en sí y con ello construye su paradigma histórico. Ya había hecho lo mismo con la *Storia d'Italia*: comenzando por 1870, ésta descuidaba el momento de la lucha, el momento económico, para hacer la apología del momento puramente ético-político, como si éste hubiese caído del cielo. Croce, naturalmente, con todas las perspicacias y las sagacidades del lenguaje crítico moderno, creó una nueva forma de historia retórica; su forma actual es el concepto “histórico” que está en el centro del libro de Croce, o sea el concepto de “libertad” (Gramsci, 2003, 400).

En esta carta Gramsci empieza a desnudar el edificio intelectual que ha construido Croce como pensador burgués. Si su historia es oposición a la filosofía de la praxis, lo es porque Croce recrea un carácter especulativo en la filosofía y en la historia. La novedad, hemos dicho con respecto al avance intelectual de Lenin, fue que le otorgó a la filosofía de la praxis un momento de la hegemonía, es decir, una lectura intelectual desde el momento ético-político. Croce a su vez disfraza sus palabras y sus intereses con un lenguaje historicista.

En efecto, es en el marxismo y no en Croce, donde podemos encontrar, dice Gramsci, una historia ético-política. El momento hegemónico cuya contribución última la ha dado Lenin, incluye una historia ético-política. En ese orden, como todo intelectual tiene una función histórica, la función de Croce es combatir la filosofía de la praxis. Para combatirla en el espacio de la lucha de clases, Croce tiene que negar que exista el momento de la fuerza, el momento económico en la historia de Europa y particularmente de la Revolución Francesa y de contera las guerras napoleónicas.

Con esta última acción Croce lo que realiza es una apología del momento ético-político, negando con ello un primer elemento de la historia, la materialidad de la lucha en la historia integral. La “historia retórica” de Croce no reconoce el bloque histórico, es decir, el momento de la fuerza, de la lucha, la economía, más el momento de la hegemonía, el proceso ético-político. La historia de la forma intelectual en Gramsci, como antes en Marx y Maquiavelo, reconoce ambos momentos: la fuerza y la dirección. Los *Cuadernos de la cárcel* están integrados a partir de esta unión histórico-política. Como documento histórico los *Cuadernos de la cárcel* hacen parte de una larga tradición en la lucha de clases y en la afirmación política de los grupos y las clases subalternas.

## 9.5 El transformismo político

Tenemos otra carta significativa dirigida a Tatiana, data del 6 de junio de 1932. En ella Gramsci detalla el proceso histórico-político de Italia durante el convulso siglo XIX con el *Risorgimento* y profundiza al tiempo la función de los intelectuales vía “transformismo”, incluso en el siglo XX con Croce. Una parte de los extractos de la carta señala lo siguiente, dice Gramsci: “Si estudias toda la historia italiana de 1815 en adelante, ves cómo un pequeño grupo dirigente logró absorber en su círculo metódicamente a todo el personal político que expresaban los movimientos de masas de origen subversivo. Entre 1860 y 1876, el Partido de Acción, mazziniano y garibaldiano, fue absorbido por la monarquía, dejando un insignificante residuo que continuó existiendo como Partido Republicano con un significado más folklórico que histórico-político. El fenómeno fue llamado “transformismo” y no era un fenómeno aislado; era un proceso orgánico que sustituía, en la formación de la clase dirigente, aquello que en Francia tuvo lugar durante la Revolución y con Napoleón, y en Inglaterra con Cromwell. De hecho, el proceso continúa molecularmente aun después de 1876. Asume una magnitud importante durante la posguerra, cuando parece que el grupo dirigente tradicional no es capaz de asimilar y digerir las nuevas fuerzas expresadas por los acontecimientos. Pero este grupo dirigente es más “malicioso” y capaz de cuanto se podía pensar: la absorción es difícil y pesada, pero sucede a pesar de todo, por muchas vías y con diversos métodos. La actividad de Croce es una de esas vías y de estos métodos (...) Colocada en una perspectiva histórica, de la historia italiana, naturalmente, la actividad de Croce aparece como la más potente máquina para “conformar” las

nuevas fuerzas a sus intereses vitales (no sólo inmediatos sino también futuros) que el grupo dominante posee hoy” (Gramsci, 2003, 407-408).

Con esta cita de Gramsci reafirmamos nuestro cometido de estar leyendo a partir de las *Cartas de la cárcel* la reconstrucción pormenorizada de una larga historia de la forma intelectual, con respecto a la formación del Estado italiano. En esta historia de los intelectuales es muy importante no perder de vista la función que ellos tienen en la lucha de clases y de los grupos sociales implicados. Función que en el caso de Italia, según el análisis de Gramsci, llevó a que no existiera una clase dirigente en la conformación del Estado nacional. El movimiento de masas, las fuerzas sociales y las iniciativas subversivas fueron absorbidas y desactivadas por los intelectuales de los grupos dominantes, por lo menos desde comienzos del siglo XIX, es decir, tras la derrota de Napoleón Bonaparte.

En esta larga historia de la forma intelectual, la teoría y la práctica de Croce como intelectual de la burguesía liberal ha jugado papel protagónico. Por lo mismo, los *Cuadernos de la cárcel* se convierten en un ejercicio de lucha intelectual contra los intelectuales de los grupos dominantes italianos y entre ellos está Croce de forma especial. Gramsci como pensador comunista se inscribe en la historia de la lucha de clases, a esta historia le va a agregar la lucha de los intelectuales como forjadores de hegemonía, la de aquellos que han tomado posición desde la perspectiva de los grupos y las clases subalternas, así como los hay a favor de los grupos y las clases dominantes. En los *Cuadernos de la cárcel* encontramos esta reconstrucción de la “historia integral” italiana.

## 10. Capítulo 10

### La escritura de los *Cuadernos de la cárcel*

“He pensado mucho estos días, mucho. He intentado imaginarme cómo será vuestra vida a partir de ahora, porque sin duda yo estaré mucho tiempo sin noticias vuestras, y he vuelto a pensar en el pasado, tomando de él causa de fuerza y de confianza infinita. Soy y seré fuerte” GRAMSCI, Carta a su esposa Julia Schucht, 20, IX, 1926.

#### 10.1 Una inaudita concentración de hegemonía

En el tiempo del aplastamiento social y político perpetrado contra los grupos y las clases subalternas italianas, fruto de la acción de facto realizada por el fascismo, se impone la reconstrucción de la historia vivida por aquellos que fueron derrotados, cuando no aplastados del todo por la reacción. La tarea inmediata era aprender de la historia, vieja maestra.

En el caso de Gramsci en cuanto era un dirigente comunista italiano en desgracia y, más que todo, pensador bolchevique del mundo político occidental, esta tarea implica por un lado la reconstrucción de toda la historia de la lucha de clases en Italia, y por otro, cruzar armas con la teorización de la lucha de clases misma, como aquella que lo ha lanzado al encierro de la cárcel. Se impone, igualmente, como él mismo lo plantea a su esposa en la carta que sirve como epígrafe de este capítulo, sacar fuerzas de ese pasado.

Intelectualmente no está derrotado: sabe cuáles son sus fuerzas y se entrega a ellas: “Soy y seré fuerte”, repite en ese mismo epígrafe. Pero, es necesario pensar: ¿es posible para un *combatiente caído* como Gramsci sacar fuerzas del pasado? La prueba de fuego de esta dinámica de creación intelectual, ético-política y cultural está consignado en los 33 *Cuadernos de la cárcel*. Sí, la respuesta

fue afirmativa; sí, fue posible que el combatiente caído y en desgracia sacara fuerzas del pasado: “echóse a andar”, como canta el verso eterno de César Vallejo<sup>1</sup>.

Consideramos que en la cárcel una nueva forma en la lucha de clases empieza para Gramsci: una novísima lucha de clases en la teoría, en los saberes sociales y en la filosofía de la praxis como un todo; una lucha de clases también contra la vieja historia patria de Italia y con ella contra lo que han sido las clases dominantes italianas, francamente en el ocaso político con el fascismo.

Nuevos antagonistas aparecerán en estos procesos de ganar conciencia social, los intelectuales en distintas épocas, así como nuevos dramas políticos desfilarán en una larga historia que reconstruye la praxis no siempre visible ni menos exitosa de los grupos y las clases subalternas en Italia. Este va a ser, y así lo consideramos, un largo periodo de despliegue de la “guerra de posiciones”. Le consumirá todas sus fuerzas al autor, tanto que al final de sus años, hacia 1935 le va a ser imposible volver a la redacción y corrección de los *Cuadernos de la cárcel*. Está exhausto intelectualmente y agotado en términos políticos. En ese año de 1935 suspende y da por terminado este periodo *sui generis* de lucha de clases desde la teoría; le quedan, es cierto, dos años de vida pero ya las fuerzas, ahora sí, le abandonan por completo.

Empecemos nosotros la descripción, análisis y comprensión de este rico y creativo periodo histórico e intelectual del interno Gramsci, la llamada “guerra de posiciones”, iniciada en el año 1929 con el *crash* de la Bolsa de New York, y terminada en 1935, en plena expansión militar del Tercer Reich, violando con ello los puntos fundamentales del Tratado de Versalles. El mundo, Oriente y Occidente, el capitalismo y el socialismo, poco a poco se enlistan en sus posiciones bélicas, mueven sus divisiones y se aprestan a librar la Segunda Guerra Mundial; ese es el telón de fondo de la redacción en solitario de los *Cuadernos de la cárcel*. En el trasfondo político de Italia y de Europa está la guerra, que como dijera Hegel, es el gran amo. Y Gramsci en el encierro intuye que todo el periodo de los años treinta concluirá en la guerra.

Debemos en consecuencia definir de entrada el periodo de la lucha de clases, leído bajo el primado de la “guerra de posiciones”. Este último es un nuevo concepto histórico-político cuya cosecha data de los intensos años carcelarios y, por lo mismo, no lo hayamos expuesto en los textos precarcelarios de Gramsci, los cuales capítulos atrás hemos referido. Necesitamos un primer acercamiento al concepto y a su materialidad histórica.

---

<sup>1</sup> Poema “Masa” de 1937.

En los *Cuadernos de la cárcel* durante los años 1930-1932 Gramsci ha delimitado este concepto de corte histórico-político. Asumámoslo desde el comienzo en nuestro análisis sobre la lucha de clases de los intelectuales. Sostiene Gramsci: “La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso hace falta en ella una inaudita concentración de hegemonía y, por tanto, una forma de gobierno más «interventista» que tome más abiertamente la ofensiva contra los grupos de oposición y organice permanentemente la «imposibilidad» de disgregación interna, con controles de todas clases, políticos, administrativos, etc., consolidación de las posiciones «hegemónicas» del grupo dominante, etc. Todo esto indica que se ha entrado en una fase culminante de la situación político-histórica, porque en la política la «guerra de posición», una vez conseguida la victoria en ella, es definitivamente decisiva” (Gramsci, 1981, 330).

Podemos considerar a partir de esta primera definición una operación intelectual de hondo calado que, igualmente, Gramsci pondrá de presente en sus escritos en términos de un método de corte materialista: la traducibilidad. Leemos en los *Cuadernos de la cárcel* de los años 1932-1933: “La traducibilidad presupone que una cierta fase de la cultura tiene una expresión cultural «fundamentalmente» idéntica, aunque el lenguaje es históricamente diferente, está determinado por la tradición particular de cada cultura nacional y de cada sistema filosófico, por el predominio de una actividad intelectual o práctica, etc.” (Gramsci, 2013, 100).

## 10.2 Traducibilidad de saberes y lenguajes sociales

Entonces, podemos apoyándonos en Gramsci y realizar la operación de la traducibilidad de los lenguajes y los saberes filosóficos y científicos. Bajo este precepto analítico podemos a continuación “traducir” el proceso histórico de un país determinado a otro país, al igual que un lenguaje filosófico o político de un país específico o de una cultura se puede “traducir” a otro país u otra cultura. Gramsci, lo veremos en capítulos más adelante, así mismo lo hace con destreza en los *Cuadernos de la cárcel*. La filosofía de la praxis, es decir, el marxismo, precisamente está habilitado para estos ejercicios intelectuales complejos, en tanto él es la consecuencia mejor lograda de la traducibilidad, cuando menos de tres saberes históricos comprometidos con la historia humana: la filosofía alemana, la economía política inglesa y la ciencia política francesa.

Con lo anterior queremos decir que nosotros podemos, en efecto, servirnos de la expresión “guerra de posiciones” como “metáfora”, en tanto el lenguaje es *per se* metafórico, para pensar el proceso intelectual y ético-político que desempeña Gramsci en la cárcel cuando escribe en solitario las 2.848 páginas de los *Cuadernos de la cárcel*. Gramsci, como intelectual orgánico está a la ofensiva, librando en el encierro carcelario una “guerra de posiciones” por la dirección intelectual y moral de la

sociedad italiana y, especialmente, por el liderazgo de los grupos y las clases subalternas en la historia integral italiana, en ese entonces en franca derrotada y retroceso. Sus últimos años, así como sus energías, Gramsci las dedica a la liberación del trabajo, a la liberación de los subalternos, así como de sus compañeros, sus camaradas, que han sido como él derrotados en las batallas: solo tiene un lápiz y una serie de cuadernos de escolar en los que escribe sus ideas. Gramsci se convierte con estos elementos en un cerebro colectivo en el encierro. Derrotado libra una nueva batalla intelectual en la lucha de clases.

Gramsci era entonces un cuadro político comunista que se está posicionando de una serie de lenguajes científicos y saberes sociales en el campo de la filosofía de la praxis, entre ellos la historia, la ciencia política, la filosofía, la lingüística, la literatura y la crítica cultural, con los cuales librar la última de sus batallas en el campo estratégico de la lucha de clases reconfigurada desde la hegemonía civil.

En esa medida, los *Cuadernos* deben ser leídos como una obra intelectual y ético-política de combate cuya característica básica es que en ella se está a la ofensiva, acaso de modo decisivo, en la búsqueda de una “inaudita concentración de hegemonía”, para llevar con ella a cabo, en el presente o en el futuro, la liberación de los grupos y las clases subalternas; acción que es dirigida por un combatiente enfermo y derrotado entre rejas, igualmente subalterno, que está purgando su pena como recluso en virtud de que ha cometido el peor de los delitos posibles: ha intervenido con presteza y arrojo en la dirección intelectual de la lucha de clases, tomando partido a favor de los proletarios italianos, como él, también derrotados.

## 11. Capítulo 11

# La reconstrucción de una “historia integral” en Italia

“La literatura debe ser al mismo tiempo elemento actual de civilización y obra de arte”, GRAMSCI, *Cuaderno 21* (XVII), 1999, 40.

### 11.1 El momento histórico-social traducido

“Un determinado momento histórico-social no es nunca homogéneo, por el contrario, es rico en contradicciones. Éste adquiere «personalidad», es un «momento» del desarrollo, por el hecho de que una cierta actividad fundamental de la vida predomina en él sobre las otras, representa una «punta» histórica: pero esto presupone una jerarquía, un contraste, una lucha” (Gramsci, 1999, 101). Las anteriores son las palabras consignadas por Gramsci en el “Cuaderno” 23 (VI) de 1934, intitulado “Crítica literaria”. Siguiendo al autor debemos advertir que leyendo la historia humana, situándola en los distintos procesos históricos concretos o periodos, incluyendo en ellos los distintos saberes sociales (política, economía, literatura, etc.), puede existir un momento histórico-social que se traduce como unidad para la comprensión, el análisis y la reflexión de todo el conjunto social allí condensado. Gramsci, en tanto filósofo de la praxis, está interesado en descubrir cuáles son las contradicciones del “complejo histórico-social” que anidan en ese momento histórico-social, para con ello, una vez descubierto, reconocer la llamada «punta» histórica. Entendiendo por esta aquella actividad predominante o representativa frente a las demás actividades. Una actividad hegemónica.

Este es el caso de la crítica a la civilización literaria italiana cuestión que Gramsci le dedica en los *Cuadernos de la cárcel* especial deferencia y un sinnúmero de notas. Ello obedeció a que para él dicho proceso civilizatorio, con respecto al mundo literario, representa una lucha por crear una nueva cultura italiana. Un nuevo arte que reconoce la materialidad social de la literatura nacional. Gramsci

está comprometido con la causa de la nación italiana y, por ende, también está interesado en este despertar cultural, como él dice, civilizatorio.

El problema de pensar la nación italiana y con ello asumir los distintos problemas de formación que conlleva dicha operación identitaria, hacen que Gramsci conceptúe sobre el carácter no nacional-popular de la literatura italiana; la cual ha sido lo más diversamente difundido de toda la cultura italiana, empezando por los versos y las prosas de Dante en el siglo XIII, cuando menos. De manera que para estudiar los problemas de la formación de la nación italiana se precisa, siguiendo siempre el método de Gramsci, iniciar un recorrido histórico-social por la rica cultura literaria de Italia en diversos periodos históricos.

Debemos, entonces, volver nuestra mirada al “Cuaderno” 21 (XVII) escrito en los años 1934-1935, intitulado “Problemas de la cultura italiana. 1ª literatura popular”, donde señala Gramsci que el problema de la lengua italiana es muy antiguo y “resurge” cuando se lleva a cabo la unidad política y territorial durante el *Risorgimento*, con la formación del Reino de Italia en 1861 con el rey Víctor Manuel II. Con la anterior referencia, podemos comprobar que ha existido, según Gramsci, un problema de unidad histórica a partir del italiano como lengua nacional. A saber: “Se remonta a los primeros tiempos de la formación de unidad cultural italiana. Nacidos de la conformación entre las condiciones generales de Italia y las de otros países, especialmente de Francia, y por el reflejo de condiciones peculiares italianas como el hecho de que la península fue la sede del Imperio Romano y se convirtió en la sede del mayor centro de religión cristiana” (Gramsci, 1999, 35).

A renglón seguido Gramsci subraya que las clases intelectuales y los dirigentes italianos no han considerado que exista un nexo de tales problemas en la formación italiana. Estas clases intelectuales y estos dirigentes italianos a lo sumo han leído los problemas desde una perspectiva “intelectualista”, pero sin una perspectiva histórica, evitando pues reconocer que no ha existido en la historia italiana una conciencia de unidad orgánica frente a estos problemas. Por lo mismo, no pueden derivar una “solución político-social” concreta y coherente a los tiempos. Frente a este reto histórico e intelectual, Gramsci desde la cárcel, apoyándose en sus estudios filológicos, se plantea con sus notas el cometido de “reconstruir” los caracteres fundamentales de la vida cultural italiana. Por lo mismo, pasa a considerarlos: “unidad de la lengua, relación entre arte y vida, cuestiones de la novela y de la novela popular, cuestión de una reforma intelectual y moral o sea de una revolución popular que tenga la misma función que la Reforma protestante en los países germánicos y que la Revolución francesa, cuestión de la «popularidad» del Risorgimento que habría sido alcanzada con la guerra de 1915-18 y con las transformaciones subsiguientes, de donde el empleo inflacionario de los términos de revolución y revolucionario” (Gramsci, 1999, 35-36).

## 11.2 La cultura nacional italiana

Como lo vamos a ir leyendo, Gramsci en términos de su método de estudio y de escritura, va a ir relacionando conceptualmente los temas de análisis para pensar Italia, en una suerte de “complejo histórico-social”, donde de la cultura nacional en general, con la literatura y la estética a la cabeza, hace el tránsito en un segundo momento a la unidad italiana, es decir, a la formación política e histórica del Estado italiano, incluso no deteniéndose en el *Risorgimento*, sino llegando a las primeras décadas del siglo XX con el fascismo. Una unidad histórica que implica leer la continuidad de las fuerzas sociales entre un pasado reciente o lejano y un presente alimentado por nuevas complejidades.

Bajo estos lineamientos metodológicos, Gramsci va a ir definiendo que en Italia no ha existido una literatura popular. Lo segundo que anota es que él quiere quitar el “retórico prejuicio” de que la nación italiana ha existido siempre desde los tiempos de Roma antigua hasta el inmediato presente. La nación italiana se ha jugado en esos dos imaginarios: la pretensión de una literatura popular italiana que no existe y la idea, absurda por demás, de que siempre ha existido Italia como nación.

Para que exista Italia como nación y como unidad territorial debe haber la creación histórica de una serie de fuerzas materiales que la hayan puesto en esa nueva relación con respecto a Europa y el mundo. La impresión que se tiene leyendo las notas de Gramsci sobre este proceso histórico social es como si Italia no hubiera pasado por la bulliciosa modernidad, presentado a su vez un cuadro de pantomima con su corte de apariencias y sombras bufas.

En los apuntes intitulados *Literatura popular. Italia y Francia*, que hace parte del “Cuaderno” 14 (I) de los años 1932-1935, nos encontramos con la siguiente apreciación de Gramsci: “Italia no tuvo las premisas históricas que por el contrario existieron en Francia. Nada hubo en Italia semejante a la Revolución de 1789 y a las luchas que le siguieron; sin embargo, en Italia se «hablaba» como si tales premisas hubieran existido (...) Era cómodo hacer creer que la Revolución de 1789, puesto que había ocurrido en Francia, era como si hubiese ocurrido en Italia, por aquello de que era cómodo servirse de las ideas francesas para guiar a las masas; y era cómodo servirse del antijacobinismo ultraconservador para lanzarse contra Francia, cuando eso servía” (Gramsci, 1999, 127).

Gramsci señala que el recorrido por la literatura italiana es central en la discusión con respecto a pensar el Estado italiano y particularmente su lengua, debido a que la civilización es también literatura: *el arte es expresión*, señala Croce. En la concepción de Gramsci la civilización italiana, compleja por demás, presenta una novedad que el autor pasa a considerar. Entonces podemos leer: “cada nueva civilización, en cuanto que era tal, incluso oprimida, combatida, obstruida de todas

maneras, se ha expresado literariamente antes que en la vida estatal, es más, que su vida literaria ha sido el modo de crear las condiciones intelectuales y morales para la expresión legislativa y estatal” (Gramsci, 1999, 196).

Es muy importante para nuestra comprensión del asunto sobre la formación histórica del Estado italiano, y del *Risorgimento*, no perder de vista el horizonte de la discusión de Gramsci: la civilización se expresa primero de forma literaria antes que en el Estado como institución política. Esto da a entender que primero es la cultura, la llamada civilización, expresada ella por medio de sus novedosas formas literarias, a partir de la producción de sus propios intelectuales. Crear las condiciones intelectuales y morales de un orden colectivo es trabajo permanente de la cultura como proceso histórico de un pueblo. Y en esa misma medida, después de la reforma intelectual y moral sobreviene lo que es su expresión legislativa y estatal, es decir, el poder instituido que le da forma política a ese nuevo orden social.

Sigamos con esta misma idea, pero ahora con la referencia operativa que realiza Gramsci sobre el intelectual Ugo Ojetti que ha sostenido que existe escasa popularidad de la literatura pasada, de los clásicos en primer lugar. Sostiene Gramsci que es prioritario asumir este hecho cultural. En sus palabras: “Esta observación es fundamental para un juicio histórico sobre la actual cultura italiana: el pasado no vive en el presente, no es elemento esencial del presente, o sea que en la historia de la cultura nacional no hay continuidad y unidad” (Gramsci, 1999, 153). Ese pasado ha sido leído entonces como “cultura libresca y escolar”, dice Gramsci, y no como “elemento de vida”; lo cual da a entender cómo el sentimiento nacional italiano no se ha formado aún y está, por el contrario, en vías de formación. La conclusión que arroja este proceso cultural precario es que la literatura nacional italiana no ha sido un “hecho nacional”, sino que ha tenido un ámbito “cosmopolita”. Una literatura no italiana para extranjeros, Dante y Petrarca, por ejemplo.

### **11.3 Sobre los intelectuales y su función dirigente**

Siguiendo la discusión, Gramsci asume que existe a continuación una distancia entre los intelectuales que escriben en Italia y los públicos lectores de esos mismos escritores. La consecuencia de este hecho histórico es que estos lectores buscan la literatura por fuera de la península itálica. Sin embargo, hay un proceso que se puede reconocer desde el inicio del análisis siguiendo a Gramsci: “Cada pueblo tiene su literatura, pero ésta puede venirle de otro pueblo, o sea que el pueblo de que se trata puede estar subordinado a la hegemonía intelectual y moral de otros pueblos” (Gramsci, 1999, 155). Como lo veremos en el barrido histórico que haremos en capítulos posteriores, es el caso

especial de Italia, subordinada históricamente a la hegemonía intelectual y moral de otros pueblos más poderosos en la modernidad europea como Francia o Austria (Jaramillo Vélez, 2021a, 2021).

Detengámonos pues en la cuestión del pasado y su posible continuidad en la formación histórica del Estado nacional, en este caso, con respecto a la cultura italiana desde sus intelectuales y, especialmente, de su nula literatura de carácter nacional. Gramsci es un autor que nos pone de presente la imagen del pasado como una posibilidad abierta que nos transforma como individuos, como grupos, como clases sociales que operan en la historia presente y pasada. Es cierto, una continuidad, un historicismo en la lucha misma se siente leyendo a Gramsci como pensador materialista.

Traduzcamos a continuación este elemento, apoyándonos en Gramsci Si el presente es una *crítica* del pasado, en tanto es su superación histórica, ¿el pasado de un pueblo no debe ser tenido en cuenta? Sostiene Gramsci que se debe descartar lo que el presente ha criticado del pasado. Se debe traducir luego una decisión que es de corte político, es decir: “debemos tener conciencia exacta de esta crítica real y darle una expresión no sólo teórica, sino *política*. O sea, que debemos estar más apegados al presente, que nosotros mismos hemos contribuido a crear, teniendo conciencia del pasado y de su continuarse (y revivir)” (Gramsci, 1999, 193).

Gramsci con estas últimas palabras es un pensador que agencia la construcción de la historia subalterna “surgida de abajo”. Esa construcción, que es al tiempo política como en Maquiavelo, se realiza en un tiempo presente: en el que se vive y donde se lucha. La creación surgida *de abajo* permite que un sector nacional, en este caso el más bajo en lo económico y lo político, pueda de suyo participar poniendo de presente toda la vida del pueblo, y, como dice Gramsci, ponga a todos y cada uno, delante de sus propias responsabilidades, las cuales son de carácter inderogables. Continuando con el autor: “El error histórico de la clase dirigente ha sido el haber impedido sistemáticamente que semejante fenómeno se produjera en el periodo del Risorgimento y haber hecho la razón de ser de su continuidad histórica el mantenimiento de esa situación cristalizada, desde el Risorgimento en adelante” (Gramsci, 1999, 117).

#### **11.4 El *Risorgimento* como proceso histórico**

Gramsci sabe que antes de 1870 Italia no fue un “cuerpo unido”, por lo mismo, tiene escasa o nula tradición la unidad política, territorial y nacional del país. Sin embargo, como lo comenta el autor, hubo elementos novedosos que no deben olvidarse. Si seguimos a Gramsci debemos conceptualizar lo siguiente: “Italia tuvo y conservó sin embargo una tradición cultural que no se remonta a la antigüedad clásica, sino al periodo entre los siglos XIV y XVII y que fue vinculada a la era clásica del Humanismo y del Renacimiento. Esta unidad cultural fue la base en verdad muy débil del

Risorgimento y de la unidad para centrar en torno a la burguesía a los estratos más activos e inteligentes de la población, y sigue siendo el sustrato del nacionalismo popular” (Gramsci, 1981, 150).

En esta unidad cultural que está citando Gramsci la labor que desempeñaron los intelectuales fue preponderante para el desarrollo de los eventos con respecto a la precariedad económica y política del *Risorgimento*. En tanto materialista Gramsci le da un sustento argumental socio-histórico a una realidad fáctica comprobada a través de los siglos: la formación histórica de los intelectuales. Al respecto, anotará en el “Cuaderno 12” (XXIX) de 1932 lo que él considera es el primer elemento en la historia de los intelectuales: “Cada grupo social, naciendo en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo, orgánicamente, una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no sólo en el campo económico, sino también en lo social y político” (Gramsci, 1986, 353).

La base económica, se entiende, en tanto condición estructural es la base histórica de toda formación social y política, incluyendo en ella especialmente a los intelectuales y lo que hemos llamado la forma intelectual. A partir de esta realidad es posible considerar el proceso precario y contradictorio que vivió Italia en el siglo XIX.

Debemos por lo anterior subrayar que para Gramsci hay dos elementos de análisis a tener en cuenta: uno, no hay ninguna actividad en la que no estén presentes los intelectuales y dos, existen, en consecuencia, varias categorías de intelectuales en la historia integral. Para traducir la discusión debemos en consecuencia tomar el segundo elemento que Gramsci le traza a los intelectuales en su historia. A saber: “todo grupo social «esencial», emergiendo a la historia desde la precedente estructura económica y como expresión de su desarrollo (de esta estructura), ha encontrado, al menos en la historia conocida hasta ahora, categorías sociales preexistentes y que incluso aparecían como representantes de una continuidad histórica ininterrumpida incluso por los más complicados y radicales cambios de las formas sociales y políticas” (Gramsci, 1986, 354).

Partiendo de estos referentes conceptuales Gramsci asume el reto heurístico de proponer una metodología histórico-política de cómo abordar a los diversos intelectuales, para con ello lograr estudiar e investigar lo que ha sido hasta el siglo XX la formación social de Italia de la mano de los intelectuales en su larga historia milenaria. De manera que la historia de Italia como nación-Estado se convierte al tiempo en la historia de la formación de los intelectuales. Partiendo de este esquema analítico con las dos características anotadas anteriormente podemos seguir la forma intelectual que se descubre en las distintas etapas históricas de Italia.

Gramsci para realizar este recorrido histórico primero va a estudiar la categoría de los intelectuales eclesiásticos en Italia, en tanto ellos ejercieron un monopolio intelectual de vieja data, que estaba atado por hondas raíces de representación a la gran propiedad de la tierra. En sus propias palabras: “La categoría de los eclesiásticos puede ser considerada como la categoría intelectual orgánicamente ligada a la aristocracia terrateniente: era equiparada jurídicamente a la aristocracia, con la que compartía el ejercicio de la propiedad feudal de la tierra y el uso de los privilegios-estatales ligados a la propiedad” (Gramsci, 1986, 354). De esta manera, la estructura de la tierra ligada a los terratenientes cobra unidad en la superestructura ideológica de la creencia religiosa, encarnada con sus buenos oficios en los intelectuales eclesiásticos.

Pero esta unidad programática entre la tierra y el espíritu no era monolítica en términos de la adscripción plena de los intelectuales en todas las regiones de Italia. Había diferencias profundas en las mismas clases dirigentes. Por ejemplo, anota Gramsci que la burguesía italiana presentaba divisiones desde el siglo XIX. Sostiene el autor: “en Italia la burguesía rural produce especialmente funcionarios estatales y profesionalistas libres, mientras que la burguesía citadina produce técnicos para la industria: y por eso Italia septentrional produce especialmente técnicos e Italia meridional especialmente funcionarios y profesionalistas” (Gramsci, 1986, 357).

Para lograr estudiar la categoría de los intelectuales precisa Gramsci reconocer las dos funciones en las que ellos están comprometidos. Por un lado, el consenso espontáneo de las grandes masas de la población y, por otro lado, las actividades propias del aparato de coerción estatal que mantiene unida la disciplina en términos legaliformes. Esto es: “Los intelectuales son los «encargados» por el grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (Gramsci, 1986, 357). Son pues estratégicos en el escenario de la dirección intelectual y moral de una sociedad y de un Estado. El trabajo intelectual implica organización y conectividad. Sin ellos no hay orden social.

## **11.5 Las superestructuras complejas en movimiento**

En este mismo texto que estamos detallando intitulado “Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales”, Gramsci especifica no solo la función de hegemonía social que se le traza a los intelectuales en la división social del trabajo, sino que también, en tanto pensador de la praxis, va a precisar que debemos conceptualizar una realidad histórica de corte inmaterial, las superestructuras.

Es clave no olvidar que por un lado en el estudio histórico de Gramsci sobre Italia se presenta la estructura productiva, atada ella en lo fundamental a la gran propiedad de la tierra. Y por otro lado

vienen a descubrirse las superestructuras complejas, es decir el ámbito de lo ideológico-político del dominio. Siguiendo esta separación que está en Marx, justo en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Gramsci despliega sus mejores herramientas teóricas para describir las superestructuras complejas.

Debemos pues volver a las palabras de Gramsci: “Es posible, por ahora, establecer dos grandes «planos» superestructurales, el que se puede llamar de la «sociedad civil», o sea del conjunto de organismos vulgarmente llamados «privados», y el de la «sociedad política o Estado» y que corresponden a la función de «hegemonía» que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al de «dominio directo» o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno «jurídico» (Gramsci, 1986, 357).

Esta separación y complementariedad entre las superestructuras complejas, sociedad civil y sociedad política, está considerada partiendo de una verdad histórica que Gramsci asume como propia en toda la discusión sobre la forma intelectual en Italia. Como lo hemos leído todos los hombres son intelectuales en tanto toda actividad humana implica intelecto, pensamiento, esto es, concepción del mundo, pero, y aquí viene el aporte de Gramsci, no todos los intelectuales tienen la “función de intelectuales”. Es decir, no todos los intelectuales tienen en su haber la función precisa de la dirección intelectual y moral, es decir, conducir pueblos, clases o grupos sociales. Lo cual es tanto como afirmar que las superestructuras complejas, sociedad civil y sociedad política, están dirigidas y organizadas por un tipo de intelectuales.

El dominio ideológico-político del Estado moderno en su larga historia de formación es obra del pensamiento, de la inteligencia, de la imaginación y de la creación humana de lo común. Sin los intelectuales orgánicos de la ciudad y sin los intelectuales tradicionales del campo no existiría el Estado capitalista ni el mundo moderno tal como lo hemos conocido.

Reconociendo esta unidad histórica encarnada en el Estado, Gramsci enfilaba baterías para especificar estas dos categorías de intelectuales que son de su interés en su trasegar histórico: los intelectuales urbanos y los intelectuales rurales. Con esta separación dialéctica, como en todas las parejas conceptuales que hemos referenciado (como sociedad civil y sociedad política o como intelectuales e intelectuales dirigentes), Gramsci va a reconstruir la formación social italiana. Para lograrlo debe tomar en consideración una categoría que interpele la historia integral de la península itálica. Y esta categoría son los intelectuales. Como las anteriores parejas de análisis, esta va también a dividirla entre intelectuales de tipo urbano e intelectuales de tipo rural. Y como lo veremos en los siguientes

párrafos la división de esta categoría alcanza su punto máximo cuando escriba sobre los intelectuales orgánicos y los intelectuales tradicionales.

Sobre los intelectuales de tipo urbano dice Gramsci que han crecido con la industria moderna. Su función básica es darle articulación a la masa con el empresariado. Por su parte, los intelectuales de tipo rural son en buena medida “tradicionales”, es decir, están ligados a las masas campesinas y a la pequeña-burguesía de las ciudades intermedias.

Después de la anterior caracterización entre el campo y la ciudad, sobreviene un punto central en la discusión de Gramsci cuando sostiene: “El punto central de la cuestión sigue siendo la distinción entre intelectuales como categoría orgánica de todo grupo social fundamental, e intelectuales como categoría tradicional; distinción de la que brota toda una serie de problemas y de posibles investigaciones históricas” (Gramsci, 1986, 359). En efecto, acá se está refiriendo a intelectuales de tipo orgánico e intelectuales de tipo tradicional en la historia italiana.

Este problema en sí mismo lleva a Gramsci a una lectura más orgánica de la historia integral italiana, la cual se remonta incluso a la época dorada de Roma. Sigamos pues al autor en esta pesquisa histórica de largo aliento: “La formación de los intelectuales tradicionales es el problema histórico más interesante. Está ciertamente vinculado a la esclavitud del mundo clásico y a la posición de los libertos de origen griego y oriental en la organización social del Imperio romano. Esta separación no sólo es social sino nacional, de raza, entre masas nobles de intelectuales y la clase dominante del Imperio romano se reproduce después de la caída del Imperio entre guerreros germánicos e intelectuales de origen romanizado, continuadores de la categoría de los libertos. Se entrelaza con estos fenómenos el nacimiento y desarrollo del catolicismo y la organización eclesiástica que durante muchos siglos absorbió a la mayor parte de las actividades intelectuales y ejerció el monopolio de la dirección cultural, con sanciones penales para quienes quisieran oponerse o incluso eludir el monopolio” (Gramsci, 1986, 361).

Este fenómeno de los intelectuales, sostiene Gramsci, en el caso de Italia se da de forma intensa y se divide según distintas épocas históricas. Siguiendo esta idea de un esquema para realizar una historia de los intelectuales italianos, Gramsci, igualmente, apunta a que en Italia la distinción conceptual se da en términos de la función internacional y cosmopolita de los intelectuales italianos; causa y efecto del estado de “disgregación” de la península itálica desde la caída del Imperio romano hasta la unidad italiana de 1870. Es decir, una lectura de larga duración.

Justamente, con respecto a lo anteriormente anotado, el “Cuaderno 3” (XX) de 1930 con una nota intitulada “La investigación sobre la formación histórica de los intelectuales italianos” se nos presenta

como el cuadro general de lo que está haciendo Gramsci en la cárcel. Debemos detenernos en esta referencia para comprender el trabajo intelectual en curso y con ello el método histórico de la larga duración. En esta nota dice Gramsci que debe “remontarse” hasta los tiempos del Imperio romano, cuando Italia era el centro de las clases cultas de todos los territorios imperiales. Esto quiere decir: “El personal dirigente se vuelve cada vez más imperial y cada vez menos latino, se vuelve cosmopolita: los mismos emperadores no son latinos” (Gramsci, 1999, 88).

Gramsci reconoce entonces que existe una “línea unitaria de desarrollo de las clases intelectuales italianas”, las cuales operan en Italia. No es pues una línea nacional y unitaria la que sigue Italia como país. Y al no serlo, esto implicó un “desequilibrio interno”. La investigación que sigue Gramsci en la cárcel con respecto a la formación de los intelectuales italianos y con ello de la formación social italiana, debe dar cuenta de esta línea de desarrollo.

## **11.6 La lengua vulgar en Italia**

Debemos, por lo anteriormente expuesto, focalizar la atención en esta historia italiana, en ese pasado donde se niega la unidad italiana y también por qué se niega. La forma en que traduce Gramsci la discusión como estudioso de la filología, se da, como lo escribimos, tomando en consideración la función cosmopolita de los intelectuales italianos. Siguiendo esta propuesta de lectura, encontramos la nota “La cuestión de la lengua y las clases intelectuales italianas” del “Cuaderno 3” (XX) de 1930. Leemos en este texto lo siguiente: “puede decirse que en Italia, desde el 600 dC, cuando puede presumirse que el pueblo ya no comprendía el latín, de los doctos, hasta el 1250, cuando comienza el florecimiento de la lengua romance, o sea durante más de 600 años, el pueblo no comprendía los libros y no podía participar del mundo de la cultura. El florecimiento de las Comunas da impulso a la lengua vulgar y la hegemonía intelectual de Florencia da una unidad a la lengua vulgar, o sea que crea un vulgar ilustre” (Gramsci, 1999, 74). Fue la lengua vulgar la que conectó culturalmente a los simples.

Cuando Gramsci escribe sobre el “vulgar ilustre” está refiriéndose al florentino elaborado por los intelectuales de la vieja tradición: florentino en su vocabulario y en su fonética, pero latín por la sintaxis. Sobre este tema a continuación Gramsci expone pertinentes comentarios. El triunfo de la lengua vulgar, o sea del florentino, sobre el latín no fue fácil toda vez que los doctos italianos, salvo poetas y artistas, escribían para la Europa cristiana y en absoluto para la unidad de Italia. Por ello, como lo constata Gramsci algunas líneas después, lo que tenemos es una concentración de intelectuales cosmopolitas, los cuales se imponen sobre los nacionales.

Como complemento a lo anterior encontramos esta frase en el mismo texto no menos importante en la discusión: “La caída de las Comunas y el advenimiento del principado, la creación de una casta de gobierno apartada del pueblo, cristaliza este vulgar, del mismo modo como se había cristalizado el latín literario. El italiano es de nuevo una lengua escrita y no hablada, de los doctos y no de la nación. Hay en Italia dos lenguas doctas, el latín y el italiano, y éste acaba por predominar, y por triunfar completamente en el siglo XIX con el alejamiento de los intelectuales laicos de los eclesiásticos” (Gramsci, 1999, 74).

Siguiendo el punto del pasado imperial, es decir una suerte de genealogía de la forma intelectual, Gramsci se adentra en esta materia con un texto intitulado “Función cosmopolita de la literatura italiana”, “Cuaderno 17” (IV) de los años 1933-1935. En ella podemos leer: “la literatura latina florece después de César, con el Imperio, o sea precisamente cuando la función de Italia se vuelve cosmopolita, cuando no se plantea ya el problema de la relación entre Roma e Italia, sino entre Roma-Italia y el Imperio. No se puede hablar de nacional sin lo territorial: en ninguno de estos periodos el elemento territorial tiene una importancia que no sea simplemente jurídico-militar, o sea «estatal» en sentido gubernamental, sin contenido ético-pasional” (Gramsci, 1999, 324).

Lo anterior quiere decir que Gramsci no está convencido de que Italia tuviera antes de César, durante las guerras púnicas en las que Roma derrotó a Cartago, una unidad territorial. No hay entonces “nacionalidad” italiana como lo afirma un autor como Augusto Rostagni cuando teoriza sobre la autonomía de la literatura romana.

## **11.7 El problema histórico-político de la unidad italiana**

Si seguimos un paso más adelante en la investigación sobre los intelectuales en la formación italiana, debemos considerar el apunte intitulado “Para la formación de las clases intelectuales italianas en la alta Edad Media”, que está en el Cuaderno 3 (XX) y data del año 1930. Allí sostiene Gramsci que en la investigación histórica sobre los intelectuales es necesario tomar en cuenta, aparte de la lengua, en este caso el latín, todo lo relacionado con el derecho. Vale decir: “Caída del derecho romano después de las invasiones de los bárbaros y su reducción al derecho personal y consuetudinario en confrontación con el derecho longobardo; surgimiento del derecho canónico que de derecho particular, de grupo, se eleva a derecho estatal; renacimiento del derecho romano y su expansión por medio de las Universidades” (Gramsci, 1999, 85). Este tema obedece al tema de las superestructuras.

Como lo anota el autor, estos fenómenos referidos se suceden espaciados en un desarrollo histórico general. Es cierto, este proceso en su despliegue representó que el derecho canónico y con ella la economía jurídica de las nuevas formaciones sociales, acompañado de la formación de la mentalidad

imperial-cosmopolita medieval, así como del desarrollo del derecho romano adoptado a las nuevas realidades sociales, dieron lugar a la emergencia, nacimiento y estratificación de los intelectuales italianos cosmopolitas que llegan hasta el siglo XIX. Este será, como lo estamos registrando, el gran problema histórico-cultural de los intelectuales italianos: no pudieron hacerse intelectuales nacionales sino intelectuales cosmopolitas. No pudieron pensar Italia como nación, sino como epicentro de un Imperio.

Siguiendo este rastro de la formación social de estos intelectuales en Italia, Gramsci vuelve la mirada y escribe un texto sobre la materia siguiendo para ello las referencias del monseñor Francesco Lanzoni en el Cuaderno 5 (IX) de los años 1930-1932. La pregunta que se formula el autor es: ¿cómo se formaron los centros culturales religiosos en Italia durante el final del Imperio romano y el comienzo de la Edad Media? Responde esta inquietud Gramsci con las siguientes palabras: “estos agrupamientos no pueden separarse de la vida económica y social y dan indicaciones para la historia del nacimiento de las Comunas. Sobre el origen de las ciudades mercantiles” (Gramsci, 1999, 298).

Continuando el recorrido histórico con la pregunta sobre la función social de los intelectuales italianos, Gramsci desemboca en una pregunta situada en la emergencia del descubrimiento del nuevo mundo, América. Dice así: ¿por qué Cristóbal Colón sirvió a España y no a una república Italiana? La respuesta está en la propia historia de Italia y hace parte de una nota intitulada “Función internacional de los intelectuales italianos” que está localizado en el “Cuaderno 5” (IX) y data de 1930-1932. Allí leemos: “La burguesía se desarrolló mejor, en este periodo, con los Estados absolutos, o sea con un poder indirecto que no con todo el poder. Éste es el problema que debe ser relacionado con el de los intelectuales: los núcleos burgueses italianos, de carácter comunal, estuvieron en condiciones de elaborar una categoría propia de intelectuales inmediatos, pero no de asimilar las categorías tradicionales de intelectuales (especialmente el clero) que por el contrario mantuvieron y aumentaron su carácter cosmopolita. Mientras que los grupos burgueses no italianos, a través del Estado absoluto, obtuvieron este objetivo muy fácilmente porque absorbieron a los mismos intelectuales italianos. Seguramente esta tradición histórica explica el carácter monárquico de la burguesía moderna italiana y puede servir para comprender mejor el Risorgimento” (Gramsci, 1999, 271-172).

Es claro que el problema histórico y político se localiza en la precaria o nula formación burguesa de los intelectuales italianos, los cuales no pudieron hacerle frente hasta asimilarlos a los intelectuales de tipo tradicional, especialmente el clero con su poder establecido. El clero latino, en efecto, como grupo intelectual dirigente era más poderoso y hábil que los mismos núcleos burgueses italianos en

formación, los cuales sellaron su derrota con respecto a la dirección del Estado, desde su mismo origen comunal.

Gramsci en su repaso pasa inmediatamente a considerar otro periodo histórico fundamental, el Renacimiento. Y con ello hace una evaluación a la idea que ha desarrollado, esto es, la nula vocación nacional de los intelectuales italianos, los cuales, valga subrayarlo, según Gramsci, ni siquiera se han tomado la molestia de escribir un libro digno sobre el Renacimiento, sino que le han dejado esta tarea a intelectuales extranjeros. La nota se intitula “Renacimiento” y está en el Cuaderno 3 (XX) de 1930. Dice así: “Me parece que el Renacimiento es la fase culminante moderna de la «función internacional de los intelectuales italianos» y que por ello no ha obtenido respuesta en la conciencia nacional que ha sido dominada y sigue siendo dominada por la Contrarreforma” (Gramsci, 1999, 114).

Por supuesto, como Gramsci lo recuerda, debe anotarse un hecho histórico significativo que contribuyó a la nula labor de los intelectuales críticos y autónomos durante el esplendor del Renacimiento: la Contrarreforma. Existieron, por supuesto, los procesos contra Galileo, contra Bruno y otros intelectuales, los cuales deben ser tenidos en cuenta en esta historia integral de los intelectuales.

Anota Gramsci que la Contrarreforma fue fórmula eficaz debido a su fortaleza institucional, al lograr impedir el desarrollo científico en Italia. En otros países con credo protestante la Iglesia católica era débil y allí se pudieron desarrollar con más vigor las ciencias. Después registra Gramsci cuál ha sido la función concreta de la Iglesia en Italia durante el Renacimiento, lo podemos leer en la nota “Historia de los intelectuales italianos” que está consignado en el Cuaderno 6 (VIII) y data de 1930-1932. El texto de Gramsci sostiene: “La Iglesia habría contribuido a la desnacionalización de los intelectuales italianos de dos maneras: positivamente, como organismo universal que preparaba personal para todo el mundo católico, y negativamente, obligando a emigrar a aquellos intelectuales que no querían someterse a la disciplina contrarreformista” (Gramsci, 1984, 111-112).

## **11.8 Corporativismo de la burguesía italiana**

Otro elemento histórico que tiene en cuenta Gramsci en su investigación sobre los diversos hitos de intelectuales italianos es el proceso que se siguió en el *Risorgimento* italiano. En la nota “Función cosmopolita de los intelectuales italianos. Risorgimento” del Cuaderno 5 (IX) de 1930-1932 debemos citar: “En el Risorgimento se tuvo el último reflejo de la «tendencia histórica» de la burguesía italiana a mantenerse en los límites del «corporativismo»” (Gramsci, 1999, 359). Y la prueba de esta limitación histórica está en que no se pudo resolver la reforma agraria. Ni Gioberti ni los cavourianos ni Mazzini. Ningún político o partido político italiano resolvió un problema histórico capital en el

escenario de la formación intelectual italiana. Incluso, en los tiempos de Gramsci, cuando en el calabozo escribe los *Cuadernos de la cárcel*, este problema histórico, igualmente político y social, seguía sin ser resuelto.

A propósito de este estudio sobre el *Risorgimento* es útil distinguir las distintas etapas en las que Gramsci va a dividir la historia de Italia desde la conformación dada por la unidad italiana. Consideremos pues el texto intitulado “Notas de cultura italiana. A propósito del protestantismo en Italia”, que hace parte del Cuaderno 14 (I) de los años 1932-1935. Según Gramsci en la época del *Risorgimento* existe un liberalismo laico y un catolicismo liberal; en los años 1870 a 1900 es el tiempo del positivismo y el anticlericalismo masónico y democrático; entre 1900 y la Primera Guerra Mundial se despliega el modernismo y el filosofismo idealista; luego desde la Primera Guerra Mundial y hasta el Concordato de 1929 tenemos una nueva posición del problema de los intelectuales y del pueblo que Gramsci no pasa a considerar en detalle (Gramsci, 1999, 119).

Para concluir este capítulo no debemos olvidar la tesis que ha registrado Gramsci en distintas notas de sus *Cuadernos de la cárcel*: los intelectuales italianos históricamente no tienen vocación ni oficio a favor de la vida nacional italiana. Debemos por ello registrar como cierre un último elemento salido de la pluma de Gramsci. El texto se intitula “Historia nacional e historia de la cultura (europea o mundial)” y se encuentra en el Cuaderno 3 (XX) de 1930.

En este texto citado el autor nos pone nuevamente frente a la función internacional de los intelectuales italianos. Esta función es leída por Gramsci como un defecto crónico de la formación social italiana. La referencia reza: “Históricamente esta función internacional ha sido la causa de la debilidad nacional y estatal” (Gramsci, 1981, 102). Relacionemos esta cita con la siguiente del apunte intitulado “La tradición de Roma” y que hace parte del Cuaderno 5 (IX) de 1930-1932, sostiene: “Otro aspecto a observar es la valoración del elemento no romano en la formación de las naciones modernas” (Gramsci, 1999, 275). Con lo cual se concluye que en Italia no se ha pensado la “comunidad nacional” ni la vida del Estado-nación, sino una comunidad universal, cosmopolita, con sus cuadros dirigentes, todo ellos organizados y conducidos por el clero, muy católico y ecuménico.

## 12. Capítulo 12

# La Revolución Francesa y los jacobinos o ¿cómo se hace clase dirigente?

“Puede suceder que quien ha tenido la hegemonía durante la guerra, acabe por perderla por el debilitamiento sufrido en la lucha y deba aceptar que un «subalterno» que ha sido más hábil o más «afortunado» ocupe el lugar hegemónico”.  
GRAMSCI, 1984, Cuaderno 7 (VIII), 288.

### 12.1 Los jacobinos en la dirección intelectual y moral

En los *Cuadernos de la cárcel* existen amplias referencias al proceso histórico-político de la Revolución Francesa y sus consecuencias durante el siglo XIX. Particularmente a Gramsci le interesa el tema del jacobinismo, es decir, el proceso *sui generis* de cómo un grupo subalterno se hace dirigente en la historia integral de Francia. Es a partir de esta experiencia histórica que toma como modelo la analogía francesa con respecto a la emergencia del sujeto político autónomo que Gramsci propone una lectura histórica, la cual aprende del rico pasado francés sobre la construcción orgánica de la vida nacional y del Estado que opera. ¿Cómo se hacen los subalternos la clase dirigente?, es la pregunta que corre varias notas de Gramsci.

En las páginas que siguen tomaremos en consideración algunos elementos de análisis de historia integral sobre el jacobinismo como ejemplo de la praxis social y política de los grupos subalternos en una revolución en curso. Precisamente, Gramsci en “Notas sobre la vida nacional francesa” (“Cuaderno 13” (XXX) de 1932-1934) conceptúa de la siguiente manera el descubrimiento operado durante la Revolución Francesa. Este extenso párrafo enseña lo siguiente: “El desarrollo del jacobinismo (de contenido) y de la fórmula de la Revolución permanente puesta en práctica en la fase activa de la Revolución francesa ha encontrado su «perfeccionamiento» jurídico-constitucional en el régimen parlamentario, en el periodo más rico en energías «privadas» en la sociedad, la hegemonía

permanente de la clase urbana sobre toda la población, en la forma hegeliana del gobierno con el consenso permanentemente organizado (pero la organización del consenso es dejada a la iniciativa privada, y por lo tanto de carácter moral o ético, por ser un consenso «voluntariamente» dado de un modo u otro). El «límite» encontrado por los jacobinos en la ley Chapelier y en la del *maximus*, fue superado y alejado progresivamente a través de un proceso complejo, en que se alternan la actividad propagandística y la práctica (económica, político-jurídica): la base económica, por el desarrollo industrial y comercial, es continuamente ampliada y profundizada, desde las clases inferiores se alcanzan hasta las clases dirigentes los elementos sociales más ricos en energía y en espíritu de empresa, la sociedad entera está en continuo proceso de formación y de disolución seguida de formaciones más complejas y ricas en posibilidades; esto dura, en líneas generales, hasta la época del imperialismo y culmina en la guerra mundial” (Gramsci, 1999, 79-80).

El barrido histórico del proceso francés que alcanza Gramsci en el párrafo anterior, asume que durante más de un siglo operaron ricas energías de las fuerzas sociales jacobinas en Francia. Es significativo que el impulso revolucionario de los subalternos alcanzara en términos de formación, incluso, hasta la Primera Guerra Mundial. Fue este un proceso de abajo hacia arriba, de grupos subalternos a dirigentes, donde se aprendió al tiempo un complejo escenario de lucha social, política y económica. Con lo anterior se afirma que sí existieron las clases dirigentes en formación durante la historia moderna de Francia y que esas mismas clases sociales construyeron el Estado-nación. Es decir, las clases sociales se hicieron Estado nacional. Es la enseñanza de Gramsci en términos de asociar el sujeto social subalterno con la institución del Estado-nación. Realidad que no se vivió en Italia. Y por ello es importante mostrar el ejemplo histórico exitoso de Francia. Gramsci realiza con esta fórmula un ejercicio de traducibilidad de un hecho histórico.

## **12.2 La traducibilidad en la “historia integral”**

Siguiendo con esta idea anterior, retomemos el discurso de la hegemonía como dirección intelectual y moral del mundo urbano sobre el mundo rural a partir del llamado al sufragio universal en Francia. Señala Gramsci en “Notas sobre la vida nacional francesa”: “Durante la Revolución, el bloque urbano parisiense guía en forma casi absoluta a la provincia y se forma así el mito del sufragio universal que debería siempre dar la razón a la democracia radical parisiense. En 1871 París ha dado un gran paso adelante porque se rebela contra la Asamblea Nacional de Versalles, formada por el sufragio universal, o sea que implícitamente «comprende» que entre «progreso» y sufragio puede haber conflicto; pero esta experiencia histórica, de valor inestimable, se pierde inmediatamente porque los portadores de la misma son inmediatamente suprimidos. Por otra parte, después del 71

París pierde en gran parte su hegemonía político-democrática sobre el resto de Francia por diversas razones” (Gramsci, 1999, 89).

La Comuna de París de 1871 sella entonces el elemento de novedad histórica-política que irrumpió con la gran Revolución de 1879: la hegemonía democrática de París sobre el mundo rural y con ello de los jacobinos sobre los campesinos, como guías aquéllos de éstos. Es en la historia integral donde se pone a prueba el proceso autónomo de un grupo subalterno con respecto a la hegemonía política; es en el proceso revolucionario de Francia, desde 1789, con París a la cabeza, donde se despiertan como un volcán en erupción las energías colosales de la dirección de vastas masas que hacen la historia. A ese proceso histórico-político Gramsci lo llama hegemonía civil.

La pérdida de la hegemonía político-democrática por parte de un París insurrecto sobre Francia con la derrota agonizante de la Comuna en 1871 se debió, dice Gramsci en la misma nota que hemos citado, a dos realidades complementarias: primero, porque se difunde en toda Francia un tipo particular de capitalismo urbano y al tiempo se han creado las condiciones históricas y culturales para la difusión de un movimiento radical socialista que cubre todo el país.

En segundo lugar, porque París en tanto capital roja deja de tener una unidad revolucionaria, es decir, un grupo dirigente único, lo que da al traste con su unidad democrática en una variedad caótica de grupos sociales y partidos políticos antagónicos. No obstante, las lecciones de la historia con respecto a la hegemonía civil, estaban aprendidas con fuego vivo en las carnes proletarias de los miles de comuneros que en 1871 eran arrojados a las orgías de sangre impulsadas por la burguesía francesa en los salones relucientes bañados en oro de Versalles.

## 13. Capítulo 13

# Sobre David Ricardo y las leyes de tendencia en la “historia integral”

“El insistir en el elemento «práctico» del nexo teoría-práctica, después de haber escindido, separado y no sólo distinguido los dos elementos (operación meramente mecánica y convencional) significa que se atraviesa una fase histórica relativamente primitiva, una fase todavía económico-corporativa, en la que se transforma cuantitativamente el cuadro general de la «estructura» y la calidad-superestructura adecuada está en vías de surgir, pero no está aún orgánicamente formada”. GRAMSCI, Cuaderno 11 (XXXIII), 1986, 254.

### 13.1 La ley de tendencia en la historia económica

Gramsci en la nota *Introducción al estudio de la filosofía. Inmanencia especulativa e inmanencia historicista o realista* del “Cuaderno 10” (XXXIII) de 1932-1935 intitulado “La filosofía de Benedetto Croce” conceptúa sobre las tres fuentes doctrinarias como “momentos culturales” que alimentaron el nacimiento de la filosofía de la praxis en la primera mitad del siglo XIX. A saber: la filosofía clásica alemana, la economía clásica inglesa y la literatura y práctica política francesa. En palabras de Gramsci, es la filosofía de la praxis la que ha elaborado la filosofía, la economía y la política como cultura de una época. Esta forma de elaboración implica una “síntesis nueva”. Son entonces tres momentos integrados y complementarios: teórico, económico y político. Al respecto, apunta Gramsci: “el momento sintético unitario me parece que debe identificarse en el nuevo concepto de inmanencia, que por su forma especulativa, ofrecida por la filosofía clásica alemana, ha traducido en forma historicista con la ayuda de la política francesa y de la economía clásica inglesa” (Gramsci, 1986, 144).

A continuación viene la propuesta de lectura desde la filosofía de la praxis que está haciendo Gramsci, para articular con ello una investigación sobre las relaciones entre la filosofía alemana, la política francesa y la economía clásica inglesa. Este punto va a gravitar en la discusión de Gramsci, y por ello va a reconocer lo siguiente: “me parece que puede decirse que la filosofía de la praxis es igual a Hegel más David Ricardo. El problema debe plantearse inicialmente así: ¿los nuevos cánones metodológicos introducidos por Ricardo en la ciencia económica deben considerarse como valores meramente instrumentales (para entendernos, como un nuevo capítulo de la lógica formal) o han tenido un significado de innovación filosófica? ¿El descubrimiento del principio lógico formal de la «ley de tendencia», que lleva a definir científicamente los conceptos fundamentales en la economía de «homo oeconomicus» y de «mercado determinado», no ha sido un descubrimiento de valor también gnoseológico? ¿No implica precisamente una nueva «inmanencia», una nueva concepción de la «necesidad» y de la libertad, etcétera? Esta traducción me parece precisamente la que ha hecho la filosofía de la praxis, que ha universalizado los descubrimientos de Ricardo extendiéndolos adecuadamente a toda la historia, obteniendo con ello originariamente una nueva concepción del mundo” (Gramsci, 1986, 144-145).

Bajo esta propuesta de lectura de Gramsci nos encontramos entonces con tres conceptos materialista en la concepción del mundo habilitada por Ricardo, como intelectual de la burguesía en ascenso, y con los cuales pensar la historia moderna del capitalismo: la “ley de tendencia” en relación con el “homo oeconomicus” y el “mercado determinado”. Con estos dos elementos se pone en discusión una nueva concepción de inmanencia y por esa vía de la necesidad en la construcción de la historia humana.

El oficio que está llevando a cabo Gramsci es el oficio del traductor: la filosofía de la praxis traduce un saber y un lenguaje económico, el de Ricardo, al campo de la historia con la “ley de tendencia”. Con lo cual se reconoce a la historia en el capitalismo como una fuerza impulsada por la necesidad humana de la libertad. Es lo que operacionalizamos al estudiar históricamente el *Risorgimento* y sus tendencias coyunturales y orgánicas.

Para seguir analizando en detalle este punto de la ley de tendencia, Gramsci precisa ahondar en la novedad que arroja Ricardo como intelectual: sus cánones empíricos de investigación, la conexión de Ricardo con Hegel y Robespierre, el origen histórico de los principios ricardianos, atados ellos al desarrollo de la clase burguesa como clase mundial y del mercado mundial en consecuencia; con lo cual se pueden estudiar las leyes de regularidad necesaria o las llamadas “leyes de tendencia”, las cuales, dice Gramsci, son leyes que tienen un sentido “historicista” en tanto en ellas se verifica el “mercado determinado” con sus momentos de desarrollo. Luego anota: “La economía estudia estas

leyes de tendencia en cuanto expresiones *cuantitativas* de los fenómenos; en el paso de la economía a la historia general el concepto de cantidad es integrado en el de calidad y en la dialéctica cantidad se vuelve calidad (*cantidad: necesidad; calidad: libertad*. La dialéctica cantidad-calidad es idéntica a la de necesidad-libertad)” (Gramsci, 1986, 145).

### 13.2 Regularidad y necesidad en la historia económica

Por lo inmediatamente anotado, y asumiendo la importancia de las “leyes de tendencia” para la filosofía de la praxis, requerimos asumir a continuación una lectura integral de la nota “Regularidad y necesidad”, contenida en el “Cuaderno 11” (XVIII) de 1932-1933 y que lleva por título “Introducción al estudio de la filosofía”. En esta nota la comprensión del asunto, a propósito de la historia del capitalismo, se da entre dos grandes intelectuales de la sociedad burguesa: Marx y Ricardo. Al respecto señala Gramsci: “¿Cómo surgió, en el fundador de la filosofía de la praxis, el concepto de regularidad y de necesidad en el desarrollo histórico? No parece posible pensar en una derivación de las ciencias naturales, sino que por el contrario parece que debe pensarse en una elaboración de conceptos nacidos en el terreno de la economía política, especialmente en la forma y en la metodología que la ciencia económica recibió de David Ricardo” (Gramsci, 1986, 325).

Es decir, que para Marx, al igual que para Gramsci, cuando hablamos de regularidad y necesidad en el “desarrollo histórico”, necesariamente lidiamos con el saber y el lenguaje de la economía política en Ricardo. La historia del desarrollo del capitalismo en ese sentido se descubre con las claves conceptuales que arroja la economía ricardiana, y no con otras.

A continuación, Gramsci registra la siguiente teorización: “Concepto y hecho de «mercado determinado», o sea verificación científica de que determinadas fuerzas decisivas y permanentes han aparecido históricamente, fuerzas cuyo operador se presenta con cierto «automatismo» que consiste una cierta medida de «previsibilidad» y de certeza para el futuro de las iniciativas individuales que a tales fuerzas consienten después de haberlas intuitido o verificado científicamente. «Mercado determinado» equivale por lo tanto a decir «determinada relación de fuerzas sociales en una determinada estructura de producción», relación garantizada (o sea hecha permanente) por una determinada superestructura política, moral, jurídica” (Gramsci, 1986, 325).

Como lo podemos ver el concepto historicista de “mercado determinado” para Gramsci implica una relación histórica de fuerzas y no solo un saber económico atado a la riqueza social de una clase social dirigente. La expresión “mercado determinado”, entonces, une e integra la estructura económica y la superestructura ideológico-política en una relación de fuerzas complementarias, siempre abierta en tanto es relacional.

La operación intelectual que hemos descrito antes sigue los siguientes pasos en la propuesta de Gramsci. Por un lado, se han verificado las fuerzas decisivas y permanentes que operan en la historia del capitalismo, con su “espontáneo automatismo”, es decir, que no dependen de arbitrios individuales o de intervenciones arbitrarias gubernativas, sino que son relaciones de fuerzas objetivas en tanto pertenecientes a la estructura económica, por lo mismo, determinadas. Registra Gramsci que al hacer esta operación, el científico social ha reconocido el “automatismo” de las fuerzas históricas aislando los hechos económicos de las combinaciones en las que se presentan, por lo mismo ha establecido las relaciones de causa y efecto, de premisa y consecuencia. Con lo cual también se ha llegado a la concreción histórica de una determinada sociedad económica.

Si esto es así, piensa Gramsci, nos enfrentamos a que el nacimiento de la ciencia económica clásica debió haber demostrado hasta su verificación las nuevas relaciones de fuerzas, las nuevas condiciones históricas y las nuevas premisas sociales con las cuales se organizó un “mercado determinado” con su automatismo y su fenomenismo, los cuales se presentan como algo dado, es decir, “objetivo”.

### **13.3 La historicidad del mercado determinado**

Sin embargo, en el análisis de este saber histórico, el que trae consigo la economía clásica por Ricardo, sobreviene la presencia crítica de Marx y los aportes históricos y metodológicos de la filosofía de la praxis. Escribe, en consecuencia, Gramsci: “La «crítica» de la economía política parte del concepto de la historicidad del «mercado determinado» y de su «automatismo», mientras que los economistas puros conciben estos elementos como «eternos», «naturales»; la crítica analiza realísticamente las relaciones de las fuerzas que determinan el mercado, profundiza sus contradicciones, valora las modificaciones relacionadas con la aparición de nuevos elementos y con su reforzamiento y presenta la «caducidad» y la «sustituibilidad» de la ciencia criticada; la estudia como vida pero también como muerte y halla en su interior los elementos que la disolverán y la superarán infaliblemente, y presenta al «heredero» que será presuntivo mientras no haya dado pruebas manifiestas de vitalidad, etcétera” (Gramsci, 1986, 325-326).

Como lo podemos determinar en la lectura, en la filosofía de la praxis con Marx a la cabeza tenemos la historicidad del “mercado determinado”. Es en ese sentido que se afirma la caducidad y la sustituibilidad de la sociedad capitalista junto con la forma Estado. En el origen del capitalismo pues anida también su finitud. Es decir, su historicidad, el proceso por el cual la sociedad capitalista con todos sus poderes es sustituida por otro tipo de sociedad. Siendo así la cuestión, debemos volver a la propuesta de Gramsci sobre la historicidad del “mercado determinado”, concepto que ha sido retomado de las enseñanzas de Ricardo y, claro que sí, de la crítica explícita hecha por el propio Marx.

Sigamos entonces a continuación el discurso de Gramsci: “Hay que tomar estas consideraciones como punto de partida para establecer lo que significan «regularidad», «ley», «automatismo» en los hechos históricos. No se trata de «descubrir» una ley metafísica de «determinismo» y tampoco de establecer una ley «general» de causalidad. Se trata de verificar cómo en el desarrollo histórico se constituyen fuerzas relativamente «permanentes», que operan con una cierta regularidad y automatismo. Incluso la ley de los grandes números, aunque sea muy útil en términos de comparación, no puede ser asumida como la «ley» de los hechos históricos” (Gramsci, 1986, 326).

Como lo podemos leer, Gramsci no está haciendo una lectura determinista del momento económico para pensar la historia integral durante el capitalismo. Porque una cosa son las fuerzas relativamente permanentes y otra es el determinismo económico que pretende explicar la historia en términos absolutos. En Gramsci se asiste a una crítica explícita del determinismo económico para explicar toda la historia humana. En ese orden es que Gramsci está interesado como pensador de la autonomía en lo que él llama la ley de los hechos históricos: leyes de regularidad y automatismo a partir de las fuerzas vivas que operan en la historia humana. Entendiendo por fuerzas vivas a los sujetos sociales, políticos y económicos.

Retomando la explicación de Gramsci, debemos volver los ojos a Ricardo y con él al interés que expresa por la ley de los hechos históricos. En consecuencia, leemos: “Para establecer el origen histórico de este elemento de la filosofía de la praxis (elemento que es, además, nada menos que su modo particular de concebir la «inmanencia») habrá que estudiar el planteamiento que de las leyes económicas fue hecho por David Ricardo. Se trata de ver que Ricardo no tuvo importancia en la fundación de la filosofía de la praxis sólo por el concepto de «valor» en economía, sino que tuvo una importancia «filosófica», surgió un modo de pensar y de intuir la vida y la historia. El método «puesto que», de la premisa que da una cierta consecuencia, parece que debe ser identificado como uno de los puntos de partida (de los estímulos intelectuales) de las experiencias filosóficas de los fundadores de la filosofía de la praxis. Debe verse si David Ricardo ha sido estudiado alguna vez desde este punto de vista” (Gramsci, 1986, 326).

### **13.4 Ricardo piensa la hegemonía civil**

¿En qué sentido Ricardo contribuyó con una forma o modo de pensar la historia?, es la pregunta que inquieta a Gramsci. Y, en efecto, las indicaciones teóricas de que se vive Gramsci van en ese sentido. Ricardo ayudó a pensar un “método”, asumiendo para ello el “mercado determinado”, en tanto se puede tomar la expresión “puesto que” como premisa para explicar la relación de fuerzas en la historia. Causa y efecto; con las consecuencias que crea toda relación de fuerzas. En pocas palabras:

con Ricardo existe la regularidad y la racionalidad como leyes inscritas en la necesidad de los hechos históricos.

Retomemos ahora la exposición de Gramsci: “Parece que el concepto de «necesidad» histórica está estrechamente vinculado al de «regularidad» y de «racionalidad». La «necesidad» en el sentido «especulativo-abstracto» y en el sentido «histórico-concreto». Existe necesidad cuando existe una *premisa* eficiente y activa, cuyo conocimiento en los hombres se ha vuelto actuante planteando fines concretos a la conciencia colectiva, y constituyendo un conjunto de convicciones y de creencias poderosamente actuante como las «creencias populares». En la *premisa* deben desarrollarse contenidas, ya desarrolladas o en vías de desarrollo, las condiciones materiales necesarias y suficientes para la realización del impulso de voluntad colectiva, pero está claro que de esta *premisa* «material», calculable, es decir, un complejo de actos intelectuales y de éstos (como su producto y consecuencia) un cierto complejo de pasiones y sentimientos imperiosos, o sea que tengan la fuerza de inducir a la acción «a toda costa»” (Gramsci, 1986, 326-327).

La necesidad en el sentido histórico-concreto que utiliza Gramsci es una fuerza actuante en la historia humana. Por ello, está en relación directa con la regularidad y la racionalidad de los hechos históricos. La necesidad, en este sentido, es una voluntad colectiva entre la causa y el efecto con la fuerza material que tienen las creencias populares, atados al sentido común dominante.

La historia humana del capitalismo leída como una relación abierta de fuerzas lleva consigo la necesidad de las acciones humanas; este concepto lo podemos encontrar en dos pensadores que leen el ascenso de las clases dirigentes en dos periodos históricos, por un lado Maquiavelo con la burguesía italiana y por otro lado Marx con la emergencia del proletariado industrial europeo. Repetimos: la necesidad es una fuerza material de la historia humana. Bajo esta concepción es que Gramsci aboga por una lectura materialista de la historia y no especulativa-abstracta como la que escribió, por ejemplo, Croce. En igual sentido, Gramsci reivindica la racionalidad en la historia.

Ahora pasemos a considerar la teoría del valor en Ricardo e, igualmente, su lectura de la tendencia a la caída de la cuota de beneficio. Gramsci, al igual que Marx, señala que la teoría del valor-trabajo tiene una larga historia que culmina con los aportes dados por Ricardo. Este comentario hace parte de la nota intitulada “Puntos de referencia para un ensayo sobre Croce” que es parte sustantiva del “Cuaderno 10” (XXXIII) de 1932-1935 intitulado “La filosofía de Benedetto Croce”. Frente a un debate con Croce sobre la teoría del valor-trabajo, Gramsci agrega: “Por lo tanto la cuestión es ésta: el tipo de hipótesis científica propia de la economía política que abstrae no principios económicos del hombre en general, de todos los tiempos y lugares, sino de leyes de un determinado tipo de sociedad,

¿es arbitrario o por el contrario más concreto que el tipo de hipótesis de la economía pura? Y puesto que un tipo de sociedad se presenta pleno de contradicciones, ¿es correcto abstraer sólo uno de los términos de esta contradicción? Por lo demás, toda teoría es un parangón elíptico, porque siempre hay un parangón entre los hechos reales y la «hipótesis» derivada de estos hechos” (Gramsci, 1986, 176).

A Gramsci en contraposición a la lectura realizada por el historiador y filósofo Croce, le interesan las leyes de determinada sociedad, la sociedad capitalista. En ella las contradicciones juegan papel preponderante en términos de que, como lo hemos escrito párrafos atrás, estas contradicciones son una realidad dinámica que impulsa a la sociedad capitalista desde la necesidad y la racionalidad de los hechos históricos.

Ahora bien, en la nota intitulada “La teoría del valor como parangón elíptico”, contenido en el “Cuaderno 10” (XXXIII) de 1932-1935 podemos leer, nuevamente una crítica a la posición de Croce sobre Ricardo. Se pregunta Gramsci: “¿Era arbitraria la teoría de Ricardo y es arbitraria la solución más precisa de la economía crítica? ¿Y en qué punto del racionamiento estaría el arbitrio o el sofisma? Habría que estudiar bien la teoría de Ricardo sobre el Estado como agente económico, como la fuerza que tutela el derecho de propiedad, o sea el monopolio de los medios de producción” (Gramsci, 1986, 194). En efecto, en la apreciación de Gramsci, Ricardo es un intelectual que asume el Estado como una relación de fuerzas cuando reduce la sociedad económica a pura “economicidad”, es decir, al libre juego de las fuerzas económicas. En este pensamiento económico de Ricardo los trabajadores asalariados no podían coaligarse ni hacer valer su fuerza histórica como sí lo hacía con creces la clase social organizada en el aparato de Estado.

### **13.5 La tasa de ganancia como ley económica**

Ahora debemos dar paso a la nota “Puntos de referencia para un ensayo sobre Croce” contenida en el mismo “Cuaderno 10” (XXXIII). Lo primero que dice Gramsci es que esta tendencia descendente a la tasa de ganancia es una ley económica, la cual fue demostrada en su momento en el tomo III de *El Capital* de Marx. Sin embargo, acota Gramsci, en el tomo I de *El Capital* también se presenta a estudio el punto de la ley tendencial de la tasa de ganancia a partir de la existencia de la plusvalía relativa, proceso debido al progreso técnico del capitalismo.

A partir de lo citado, podemos ahora leer de Gramsci lo siguiente: “Además habrá seguramente que determinar mejor el significado de ley «tendencial», dado que ninguna ley en economía política puede dejar de ser tendencial, dado que se obtiene aislando un cierto número de elementos y dejando de lado, por lo tanto, las fuerzas contrapuestas, seguramente habrá que distinguir un grado mayor o

menor de tendenciosidad, y mientras que generalmente el adjetivo «tendencial» se sobreentiende como obvio, se insiste por el contrario en él cuando la tendenciosidad se convierte en una característica orgánicamente relevante como en este caso, en el que la caída de la tasa de ganancia será la predominante. ¿Cuándo se puede imaginar que la contradicción llegará a un nudo gordiano, insoluble normalmente, pero que exija la intervención de una espada de Alejandro? Cuando toda la economía mundial se haya vuelto capitalista y de un cierto grado de desarrollo: esto es, cuando la «frontera móvil» del mundo económico capitalista haya alcanzado sus columnas de Hércules. Las fuerzas contraoperantes de la ley tendencial y que se resumen en la producción de cada vez más plusvalía relativa tienen límites, que son dados, por ejemplo, técnicamente por la resistencia elástica de la materia, y socialmente por la medida soportable de desocupación en una determinada sociedad. O sea que la contradicción económica se vuelve contradicción política y se resuelve políticamente en una inversión de la praxis” (Gramsci, 1986, 169-170).

El anterior párrafo sintetiza lo que hemos referido páginas atrás sobre el mercado determinado, la necesidad y la racionalidad en Ricardo para leer con ellas la historia y sus tendencias. E, igualmente, tenemos la relación con la inmanencia histórico-realista y su vínculo con las leyes de tendencia en la sociedad capitalista, en el que la caída de la cuota de beneficio es una de ellas, acaso la fundamental.

En la nota que hemos citado, “Puntos de referencia para un ensayo sobre Croce”, puede volverse a leer una crítica a Croce por parte de Gramsci. El ejemplo es el siguiente: Croce en tanto intelectual europeo olvida la ley del trabajo socialmente necesario como elemento central en la formación del valor y de la ganancia estudiado en el tomo I de *El Capital* de Marx. En igual sentido, el industrial norteamericano Henry Ford a comienzos del siglo XX asiste a una lucha continua para poder escapar a la ley de la caída de la tasa de ganancia. Lucha infructuosa por demás, tanto para uno como para otro.

### **13.6 Explicación sobre la ley de tendencia en la historia**

Dilucidando este tema de la ley de la caída de la tasa de ganancia, Gramsci explica lo que es la tendencialidad. Dice, por ejemplo, que la tendencialidad no solo implica a fuerzas contraoperantes en la realidad. Sostiene, igualmente, el autor que esta ley de la caída de la tasa de ganancia es el aspecto contradictorio de otra ley, la de la plusvalía relativa que determina la expansión de la fábrica y el desarrollo del modo de producción capitalista. Entonces, Gramsci concluye con una significativa idea que a continuación retomamos: “El significado de «tendencial» parece, por tanto, tener que ser de carácter «histórico» real y no metodológico: el término sirve precisamente para indicar este proceso dialéctico por el que el impulso molecular progresivo conduce a un resultado tendencialmente

catastrófico en el conjunto social, resultado del que parten otros impulsos individuales progresivos en un proceso de continua superación que sin embargo no puede preverse infinito, aunque se disgrega en un número muy grande de fases intermedias de diversa medida e importancia” (Gramsci, 1986, 172).

Podemos dar por terminada la inquietud de Gramsci sobre la llamada ley tendencial a la caída de la tasa de ganancia, reconociendo que esta es una ley con carácter histórico progresivo. Es decir, hace parte del proceso de formación y desarrollo de la sociedad capitalista, por ello, la misma se puede historiar. Como a su manera Gramsci lo hará de forma indirecta cuando lea la tendencia histórica del orden capitalista de producción durante el *Risorgimento*, proceso que retomaremos en la tercera parte de esta investigación.

## 14. Capítulo 14

### Materialismo e historicismo absoluto

“El proceso de desarrollo histórico es una unidad en el tiempo, por lo que el presente contiene todo el pasado y de éste se realiza en el presente aquello que es «esencial» sin residuo de un «incognoscible» que sería la verdadera «esencia». Lo que se ha «perdido», o sea, lo que no ha sido transmitido dialécticamente en el proceso histórico, era en sí mismo irrelevante, era la «escoria» casual y contingente, crónica y no historia, episodio superficial, desdeñable, en último análisis”. GRAMSCI, Cuaderno 7 (VII), 1984, 163.

#### 14.1 ¿Todo es política?

Gramsci en el Cuaderno 7 (VII) de 1930-1931, en la nota intitulada “Materialismo y materialismo histórico”, escribió: “Todo es política, incluso la filosofía o las filosofías (...) y la única «filosofía» es la historia en acción, o sea la vida misma. En ese sentido puede interpretarse la tesis del proletariado alemán heredero de la filosofía clásica alemana, -y puede afirmarse que la teorización y la realización de la hegemonía hechas por Ilich han sido también un gran acontecimiento «metafísico» (Gramsci, 1984, 173-174).

¿Cómo entender esta frase? La filosofía de la praxis en la concepción de Gramsci implica considerar que el pensamiento no es mera abstracción conceptual, sino que también es praxis, encarnada en individuos, grupos, sujetos y clases sociales que crean y recrean un mundo material. Este es un pensamiento para la acción: de esta manera concreta está leyendo Gramsci la historia del pensamiento moderno, las superestructuras y, particularmente, aquel pensamiento que desemboca en la filosofía de la praxis. De esta manera, todo es político: nada escapa a la praxis individual y colectiva del ser humano cuando lo hemos definido como un ser de posibilidades, historicista, imbuido en un ámbito material de relaciones de fuerza. Materialismo histórico se le ha llamado.

Siguiendo esta referencia sobre el hombre como ser de posibles, leído desde el materialismo histórico de Gramsci, encontramos la siguiente definición antropológica y filosófica que perfila mucho mejor la propuesta del autor, consignada esta en la nota intitulada “Introducción al estudio de la historia”, y que hace parte del “Cuaderno 10” (XXXIII) de 1932-1935: “El hombre -escribe Gramsci- debe concebirse como un bloque histórico de elementos puramente individuales y subjetivos y de elementos de masa y objetivos o materiales con los cuales el individuo se halla en relación activa. Transformar el mundo externo, las relaciones generales, significa potenciarse a sí mismo, desarrollarse a sí mismo” (Gramsci, 1986, 215).

Detengámonos, por ahora, en la expresión “bloque histórico”. Este es asumido como la unidad entre lo individual y lo colectivo, al tiempo también une lo subjetivo con lo material. Es, entonces, la unidad de la diferencia entre estructura y superestructuras complejas. Sin embargo, a medida que avanzamos en la lectura la conceptualización sobre bloque histórico se vuelve más compleja. En la nota “Estructura y superestructuras”, que hace parte del “Cuaderno 7” (VII) de 1930-1931 encontramos la siguiente frase: “La estructura y las superestructuras forman un «bloque histórico», o sea que el conjunto complejo y discordante de las superestructuras son el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción. De ahí se deduce: que sólo un sistema de ideologías totalitario refleja racionalmente la contradicción de la estructura y representa la existencia de las condiciones objetivas para la subversión de la praxis” (Gramsci, 1984, 309).

## **14.2 La ideología como concepción del mundo**

Como lo iremos leyendo, Gramsci va a ir cuestionando el tema de la ideología como “reflejo” de la estructura económica. Y con ello pone en tela de juicio esta lectura de totalidad del bloque histórico, el llamado determinismo económico, aunque el proceso dialéctico real se mantenga en el ámbito de las relaciones de fuerza.

Debemos por eso recordar que en el “Cuaderno 7” (VII) de 1930-1931 Gramsci había sostenido una definición de bloque histórico apoyándose en Marx, a saber: “las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, distinción de forma y contenido meramente didascálica, porque las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin las fuerzas materiales” (Gramsci, 19084, 160). Como lo vemos, el bloque histórico es una unidad real entre lo material y lo ideológico. Tanto lo primero como lo segundo son definidos a partir de la relación tendencial de fuerzas en la historia: existen por un lado las fuerzas materiales y, por otro, igualmente, existen las fuerzas ideológicas actuando en la historia humana.

Esta propuesta de pensar el bloque histórico es propio de la filosofía de la praxis. Bloque histórico entonces así definido es la forma en que se traduce una situación histórica situada tanto en lo ideológico como en lo material. No solo la vida material, las fuerzas productivas, tienen su historia, también se pueden historiar las ideologías. Es lo que hace en buena medida Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*.

En la nota “Esperanto filosófico y científico”, que hace parte del “Cuaderno 11” (XVIII) de 1932-1933 podemos encontrar la siguiente frase que asume el tema de la metodología histórica propuesta por Gramsci para leer la historia: “La filosofía de la praxis, reduciendo la «especulatividad» a sus justos límites (...) parece ser la metodología histórica más adecuada a la realidad y a la verdad” (Gramsci, 1986, 317). Es a partir del bloque histórico como unidad entre estructura y superestructuras complejas como se traduce conceptualmente este pensamiento para la acción que llamamos con Labriola y con Gramsci filosofía de la praxis.

Por supuesto, para Gramsci las ideologías en tanto concepciones de mundo son perfectamente criticables e igualmente superables por estar situadas en la historia humana. Sobre el particular, en el “Cuaderno 11” (XVIII) de 1932-1933 encontramos la nota “Historia de la terminología y las metáforas” en la que leemos, a propósito del texto de Marx *Contribución a la crítica de la economía política*: “«no se puede juzgar una época histórica por lo que ella piensa de sí misma», o sea por el conjunto de sus ideologías” (Gramsci, 1986, 323).

### **14.3 Las superestructuras: realidades históricas concretas**

No se pueden juzgar las épocas históricas por sus propias ideologías, porque ellas son históricas y remiten en tanto situadas a las “apariencias”. Citemos en la misma nota la siguiente referencia: “la «apariencia» de las superestructuras no es un acto filosófico, de conocimiento, sino sólo un acto práctico, de polémica política, se desprende del hecho de que no es postulada como «universal», sino sólo para determinadas superestructuras (...) la afirmación de la «apariencia» de las superestructuras significa solamente la afirmación de que una determinada «estructura» está condenada a perecer, debe ser destruida y el problema que se plantea es si esta afirmación es de pocos o de muchos, si ya es o está por convertirse en una fuerza histórica decisiva o si es puramente la opinión aislada (o aislable) de algún fanático aislado obsesionado por ideas fijas” (Gramsci, 1986, 323-324).

Si las superestructuras son realidades históricas, debe situarse la justa relación entre la economía, en tanto en ella se sintetizan las fuerzas materiales, frente a las concepciones de mundo, vale decir, las distintas ideologías en uso. Para complementar lo anterior, en la nota “Estructura y superestructura” del Cuaderno 7 (VII) de 1930-1931, podemos leer el combate de Gramsci contra el determinismo

económico, considerado por él como “infantilismo primitivo”. No es de la cosecha del materialismo histórico presentar la fluctuación de política e ideología como expresión inmediata de la estructura. Por el contrario, fue Marx, como investigador concreto, el que en sus obras históricas, *El 18 brumario de Luis Bonaparte* y *La guerra civil en Francia*, entre otras, perfiló una forma de entender la historia de la lucha de clases, acota Gramsci: “Un análisis de estas obras permite fijar mejor la metodología histórica marxista, integrando, iluminando o interpretando las afirmaciones teóricas dispersas en todas las obras” (Gramsci, 1984, 161).

Algunos elementos metodológicos de estas investigaciones históricas en Marx, y que resalta Gramsci, son las siguientes. Primero, la dificultad de identificar la estructura “estáticamente”. En palabras de Gramsci se trata de lo siguiente: “Una fase estructural puede ser estudiada y analizada concretamente sólo después de que ha superado todo su proceso de desarrollo, no durante el proceso mismo, a no ser por hipótesis y declarando explícitamente que se trata de hipótesis” (Gramsci, 1984, 162). Segundo elemento que fue deducido del primero: “un determinado acto político puede haber sido un error de cálculo de parte de los dirigentes de las clases dominantes, error que el desarrollo histórico a través de las «crisis» parlamentarias gubernativas de las clases dirigentes, corrige y supera” (Gramsci, 1984, 162). Precisa por ello el autor que el materialismo histórico mecánico y determinista no considera la posibilidad del error político, pues se cree que todo acto político es determinado *per se* por la estructura, como reflejo aquél de esta. Y esto no es cierto.

Tercer y último elemento metodológico sobre el materialismo histórico al decir de Gramsci: “No se considera lo suficiente que muchos actos políticos se deben a necesidades internas de carácter organizativo, o sea vinculadas a la necesidad de dar una coherencia a un partido, a un grupo, a una sociedad” (Gramsci, 1984, 162). Para Gramsci, según lo anotado, debe preservarse la unidad del proceso de desarrollo histórico. Y la unidad en el tiempo quiere decir leer entonces la realidad del bloque histórico, es decir, tanto la estructura como las superestructuras complejas. Y con ellos a la sociedad política y a la sociedad civil.

#### **14.4 La catarsis histórica como momento ético-político**

En los términos que ofrece la filosofía de la praxis es a partir del estudio del bloque histórico que podemos reconocer en detalle el momento de la catarsis en un periodo histórico, cuando las relaciones de fuerzas operan una nueva realidad política en las superestructuras complejas. Sigamos por ello a Gramsci en su descripción que encontramos en el “Cuaderno 10” (XXXIII) de 1932-1935, nota intitulada “El término «catarsis»”. Subrayamos de esta nota la siguiente frase: “Se puede emplear el término de «catarsis» para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional)

al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo «objetivo a lo subjetivo» y de la «necesidad a la libertad» (Gramsci, 1986, 142).

La misma emergencia de la filosofía de la praxis, en su desarrollo cultural, es evidencia histórica del momento catártico en curso. En las propias palabras de Gramsci: “La fijación del momento «catártico» se convierte así, me parece, en el punto de partida de toda la filosofía de la praxis; el proceso catártico coincide con la cadena de síntesis que son resultado del desarrollo dialéctico” (Gramsci, 1986, 142). Con lo cual, se prueba una de las tesis de Gramsci: la historicidad de las distintas concepciones del mundo, situadas en un proceso cultural que debe ser comprendido. La concepción historicista de Gramsci y de la filosofía de la praxis implica por ello comprender la racionalidad en la historia humana y por esa misma vía la irracionalidad en la historia. El historicismo absoluto no puede dejar de lado esta doble lectura.

## 15. Capítulo 15

### Traducibilidad, Croce y el sentido común

“Una gran cultura puede traducirse en la lengua de otra gran cultura, o sea que una gran lengua nacional, históricamente rica y compleja, puede traducir cualquier otra gran cultura, o sea ser una expresión mundial. Pero un dialecto no puede hacer lo mismo”. GRAMSCI, “Cuaderno 11”, (XVIII), 1986, 247.

#### 15.1 “Todos somos filósofos”

En una de las notas más relevantes del novedoso y estimulante pensamiento socio-histórico de Gramsci, intitulada “Apuntes para una introducción y una iniciación en el estudio de la filosofía y de la historia de la cultura”, consignada en el “Cuaderno 11” (XVIII) de los años 1932-1933, podemos leer la siguiente sentencia: “todos los hombres son «filósofos»” (Gramsci, 1986, 245). Gramsci como pensador materialista nos confronta con un tema de un tenor antropológico y filosófico: todo el mundo tiene una “filosofía espontánea”. En concreto, no existen hombres o mujeres que no sean filósofos o filósofas *per se*; no existen seres humanos en la historia sin manifestación alguna de cualquier tipo de actividad intelectual, incluso de forma inconsciente, por más precario que esto sea.

Es muy importante considerar que esta definición antropológica que reza todos los hombres son filósofos tiene tres elementos integradores para Gramsci y con los cuales se demuestra la tesis. Registremos cada uno de estos elementos: “1) en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y de conceptos determinados y no solamente de palabras gramaticalmente vacías de contenido; 2) en el sentido común y el buen sentido; 3) en la religión popular y por lo tanto en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, modos de ver y actuar que se revelan en aquello que generalmente se llama «folklore»” (Gramsci, 1986, 245).

El lenguaje, el binomio sentido común y buen sentido, acompañado de la religión popular y el folklore en cuanto tal, son elementos integradores para afirmar con ello que todos los seres humanos

hacemos parte de una o de varias concepciones del mundo. Detallemos esta inquietud filosófica y antropológica sobre la concepción del mundo, la cual está determinada por una pregunta orgánica en tanto es histórica: *¿qué es el hombre?*

En efecto, en el “Cuaderno X” (XXXIII) de 1932-1935, Gramsci escribió una nota intitulada “Introducción al estudio de la filosofía. ¿Qué es el hombre?” en la que conceptuó lo siguiente: “¿qué es el hombre? no es una pregunta abstracta y «objetiva». Nace de lo que hemos reflexionado sobre nosotros mismos y sobre los otros y queremos saber, en relación a lo que hemos reflexionado y visto, qué somos o qué podemos llegar a ser, si realmente y dentro de cuáles límites somos «constructores de nosotros mismos», de nuestra vida, de nuestro destino. Y esto queremos saberlo «hoy», en las condiciones dadas hoy, de la vida «actual» y no de cualquier vida y de cualquier hombre” (Gramsci, 1986, 220).

La anterior definición implica asumir al ser humano en general, desde su misma materialidad, es decir, como un ser histórico que se crea a sí mismo con autonomía, que cuenta con las potencialidades sociales para nombrarse un hacedor, un constructor de su vida individual y colectiva. El hombre es, según Gramsci, una “serie de relaciones activas”, un proceso que reúne tres elementos activos: al individuo, a los demás seres humanos y a la misma naturaleza.

Sigamos a continuación el complemento de esta última caracterización en la pluma de Gramsci integrando los tres elementos expuestos: “El individuo no entra en relación con los demás hombres por yuxtaposición, sino orgánicamente, o sea en cuanto entra a formar parte de organismos desde los más simples hasta los más complejos. Así, el hombre no entra en relación con la naturaleza simplemente, por el hecho de ser él mismo naturaleza, sino activamente, por medio del trabajo y de la técnica. Más aún. Estas relaciones no son mecánicas. Son activas y conscientes, o sea que corresponden a un grado mayor o menor de inteligencia que de ellas tiene el hombre individual. Por eso puede decirse que cada cual se cambia a sí mismo, se modifica, en la medida en que cambia y modifica todo el conjunto de relaciones de las que él es el centro de conjunción” (Gramsci, 1986, 221). Como lo podemos comprobar este es un discurso a favor de la autonomía individual y colectiva.

## **15.2 La praxis humana en la historia**

El hombre, en efecto, en la caracterización antropológica que estamos registrando es, y no puede dejar de ser, *praxis*, esto es, un ser práctico con el mundo y para el mundo. Este hombre práctico, en general este género humano práctico, es el que empieza a estudiar Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* y que recorre toda su producción intelectual en los distintos saberes sociales, entre ellos el que tiene que ver con la política y la historia. Pero esta investigación compleja de suyo se despliega desde

una realidad histórica situada en la que también se ubica Gramsci: la realidad material de los grupos y las clases subalternas inscritas en la lucha social y política. Para lograrlo, Gramsci como pensador y como militante comunista debe recurrir al estudio del sentido común, el cual se convierte en la forma ideológica en que se traduce este hombre práctico, cotidiano, histórico y popular, esto es el subalterno, tanto en lo inmediatamente individual como en lo común.

Gramsci asume la propuesta antropológica, aquella que dice que todos los hombres son filósofos, y se inscribe materialmente en una concepción de mundo afincada en la filosofía de la praxis, la cual considera la participación activa en la historia del mundo, llegando a ser cada hombre guía de sí mismo. Un hacedor, hemos escrito.

Por lo mismo, debemos abordar entonces la discusión teórica gramsciana y su método a propósito del sentido común en relación con la religión y la filosofía, la cual está en la nota sobre “historia de la cultura” cuya referencia dejamos párrafos atrás. Lo primero que debemos subrayar es que la filosofía está definida como un “orden intelectual”. Ni la religión ni el sentido común llegan a ser órdenes intelectuales en concretos. Señala Gramsci cómo la religión es un elemento de tipo “disgregado” perteneciente al mismísimo sentido común acrítico y ahistórico. En ese orden, enseña Gramsci: “no existe un sólo sentido común, que es también él un producto y un devenir histórico. La filosofía es la crítica y la superación de la religión y del sentido común y en ese sentido coincide con el «buen sentido» que se contrapone al sentido común (Gramsci, 1986, 247).

Si la filosofía en la explicación de Gramsci debe ser entendida como “buen sentido”, el sentido común, por otro lado, se abordará como una concepción acrítica del mundo, por lo mismo debe ser criticada y superada por otro orden intelectual. Gramsci apoyado en su inquietud política comunista estudia el sentido común, inscrito este en el mundo subalterno, para con ello lograr su cabal superación histórica porque la dominación, la explotación y la marginación social se han vuelto sentido común en los subalternos. Sigamos la siguiente reflexión: “La religión y el sentido común no pueden constituir un orden intelectual porque no pueden reducirse a unidad y coherencia ni siquiera en la conciencia individual, para no hablar de la conciencia colectiva” (Gramsci, 1986, 247). Sin embargo, el sentido común presenta, según el autor, un núcleo sano llamado “buen sentido”, el cual puede desarrollarse hasta convertirse en una cosa unitaria y coherente en el proceso de elaborar la autonomía. Ese lado bueno se define cuando se superan las pasiones bestiales y elementales del mundo popular en una nueva concepción de la necesidad, la cual posibilita, ahora sí, el actuar en una dirección consciente con sus potencialidades. En palabras de Gramsci el proceso es el siguiente: “Éste es el núcleo sano del sentido común, lo que precisamente podría llamarse buen sentido y que merece

ser desarrollado y hacerse unitario y coherente” (Gramsci, 1986, 249). Unitario y coherente, es decir, potenciando los procesos de autonomía entre los grupos y las clases subalternas.

De esta manera, no podemos confundir la filosofía con el sentido común, aunque el interés de Gramsci es, entre otros temas, comprender el paso de uno a otro momento histórico. En sus propias palabras: “en la filosofía son especialmente marcadas las características de elaboración individual del pensamiento; en el sentido común, por el contrario, lo son las características difusas y dispersas de un pensamiento genérico de una cierta época en un cierto ambiente popular” (Gramsci, 1986, 251). Gramsci, ya lo sabemos, busca conectar el sentido común con un proyecto de elaboración de una filosofía para amplias masas sociales acríicas, a las cuales llama “los simples”, es decir, los subalternos. La creación de esta filosofía (cual si fuera la misma filosofía de la praxis) debe conectar la vida práctica del mundo cotidiano con un nuevo sentido común, y de esta manera con la coherencia que tienen las filosofías en su naturaleza particular y general. Se entiende que esta iniciativa tiene que ver con el proyecto cultural de los simples: la superación de su concepción del mundo implica que dejan de ser subalternos para volverse dirigentes: guías de sí mismos.

Justamente la filosofía de la praxis que abraza Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel* implica la crítica radical del sentido común en los simples, es decir, de todo el mundo cultural existente de carácter subalterno. Si al comienzo la filosofía de la praxis asume que todos los hombres son filósofos, lo hace tomando en consideración que el sentido común preexiste en todos los hombres, especialmente en los subalternos. Y, subrayamos, el sentido común hace parte sustantiva del mundo popular y de los imaginarios populares adscritos a los simples, aquel definido por los grupos y las clases subalternas. El sentido común es un elemento prioritario en la construcción del mundo popular. Es a partir del sentido común como se puede operacionalizar una historia integral de los subalternos que consulte la autonomía individual y colectiva, tal es nuestra tesis de investigación.

### **15.3 Contra el sentido común dominante**

Gramsci señala que la filosofía de la praxis, en la función histórica de esta acción contra el sentido común popular, está en la innovación cultural y en hacer crítica una actividad ya existente, aquella que hace parte de la práctica del sentido común de los simples. Con esta autonomía filosófica, que también es política y cultural, los simples dejarán de ser simples y los subalternos dejarán de ser subalternos. La historia moderna, y en especial, la historia de las revoluciones burguesas del mundo moderno, y en ella la cuestión de cómo la burguesía en tanto clase subalterna se hizo clase dirigente y dominante, es la prueba material de esta afirmación.

Si seguimos nuevamente a Gramsci, la crítica del sentido común en los grupos y las clases subalternas hace que este mundo popular cobre conciencia y coherencia ideológico-política. La filosofía de la praxis leyendo la historia integral de estos grupos y estas clases subalternas es de suyo una actividad revolucionaria, porque los sujetos cobran autonomía individual y colectiva. En palabras de Gramsci: “la filosofía de la praxis no tiende a mantener a los «simples» en su filosofía primitiva del sentido común, sino por el contrario a conducirlos a una concepción superior de la vida. Si afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples no es para limitar la actividad científica y para mantener una unidad al bajo nivel de las masas, sino precisamente para construir un bloque intelectual-moral que haga políticamente posible un progreso intelectual de masas y no sólo de escasos grupos intelectuales” (Gramsci, 1986, 252).

Gramsci al inscribirse en la crítica del sentido común lo que quiere es también ubicarse en la larga historia integral de los grupos y las clases subalternas. Situar en esta historia materialmente implica liberar la subjetividad y potenciar al tiempo la creación de lo común en todos los subalternos que han existido. Una historia novedosa de las superestructuras complejas de sociedad política y sociedad civil. Esta es la función que cobra la lectura de lo común en la historia integral cuando con aquella se afirma que el trabajo vivo y la naturaleza crean y recrean la riqueza en la historia. Es lo que encontramos de forma volcánica en los primeros párrafos del *Manifiesto Comunista* de 1848 y que Gramsci, sin duda, tiene en mente mientras escribe en la cárcel.

Este proceso histórico-político de liberación del mundo popular al que están adscritos los simples hace una operación que, como decimos, innova la concepción que se tiene del mundo subalterno. Para lograrlo, se precisa traducir la hegemonía como proceso social. Sigamos a Gramsci en esta propuesta conceptual: “La comprensión crítica de sí mismos se produce pues a través de una lucha de «hegemonías» políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real. La conciencia de ser parte de una determinada fuerza hegemónica (o sea la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia en la que teoría y práctica finalmente se unifican” (Gramsci, 1986, 253). Esta unidad de teoría y práctica es un “devenir histórico”.

#### **15.4 El buen sentido como praxis liberadora**

Con este concepto histórico-político de hegemonía aplicado a la realidad material de los simples, es decir, de los grupos y las clases subalternas, se supera el precario y contradictorio sentido común dominante en el que habitan millones de trabajadores. Supone este proceso una unidad intelectual y ética bajo la forma de una crítica real del mundo práctico, que posibilita a los simples (los subalternos)

una elevación hacia niveles superiores de la cultura: la creación de un buen sentido. El proyecto de la autonomía.

Entonces, el cometido intelectual que está trazando Gramsci en la cárcel para estudiar la historia integral de los subalternos, tanto la pasada contada en siglos como la reciente coyuntura por él vivida, es desplegar una suerte de historización del pensamiento, que permita a la concepción del mundo afincada por la filosofía de la praxis ser leída como buen sentido, con personalidad histórica definida. El buen sentido, así visto, es una fuerza intelectual que transforma la historia humana. La “historia integral” de los grupos y las clases subalternas que está articulando Gramsci le apuesta a esta despertar del buen sentido. Una historia del buen sentido.

Ahondando más en la propuesta, Gramsci señala que el sentido común no solo emplea el principio de causalidad, sino que a partir de una serie de juicios, el sentido común logra identificar la causa exacta, “simple y a la mano”. Porque como lo hemos visto, el sentido común es un modo práctico de entender el mundo por parte de los grupos y las clases subalternas. Pero este proceso tiene su historia material que Gramsci recrea de la siguiente manera: “El «sentido común» no podía dejar de ser exaltado en los siglos XVII y XVIII, cuando se reaccionó contra el principio de autoridad representado por la Biblia y Aristóteles: se descubrió que en el «sentido común» había cierta dosis de «experimentalismo» y de observación directa de la realidad, aunque empírica y limitada” (Gramsci, 1986, 212). En efecto, para Gramsci el sentido común es una técnica que arroja cierta experimentación. Una verdad práctica del mundo popular con sus dichos e historietas al mejor estilo del que recrea con jocosidad y autonomía Sancho Panza en *Don Quijote de la mancha*.

Empero, esta técnica del sentido común no debe hacernos olvidar que en él anidan también concepciones mitológicas, supersticiones y hechicerías populares. Si es cierto que para los simples la certeza del sentido común se origina en la religión, debemos considerar con Gramsci que la religión es una ideología, una superestructura. Pero la religión como concepción del mundo no es una prueba ni es una demostración.

En esa misma referencia sobre la religión, para dar crédito a la objetividad de lo real, se afirma por parte del sentido común de los simples, que el mundo existente ha sido creado por Dios. Esta forma de explicación cae en un craso error, dice Gramsci, en tanto ella es catalogada como una *filosofía del hombre de la calle*: “no sabe establecer los nexos reales de causa y efecto, etcétera, o sea que afirma como «objetiva» una cierta «subjetividad» anacrónica, porque ni siquiera sabe concebir que pueda existir una concepción subjetiva del mundo y qué es lo que eso quiere o puede significar” (Gramsci, 1986, 308).

Los simples entonces presentan en sus representaciones, creencias y prejuicios muy variados, igualmente supersticiones populares de diverso origen, incluyendo en ella a las hechicerías, los espíritus y demás representaciones populares que tienen, en efecto, fuerza práctica. Todo ello tiene que ver con el sentido común de los simples. Y debe ser estudiado en esta propuesta de pensar la historia integral de los subalternos.

Dicho lo anterior, sigamos en consecuencia el rastro que deja Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*. Abordando la crítica al libro *Teoría del materialismo histórico: Ensayo popular de sociología marxista* (1921) escrito por Nicolai Bujarin, Gramsci escribió en el “Cuaderno 11” (XVIII) de 1932-1933 la nota “Observaciones y notas críticas sobre un intento de «Ensayo popular de sociología»”, a propósito del autor ruso y su enfoque divulgativo para una comunidad de lectores no intelectuales de profesión. Allí leemos: “habría debido tomar como punto de partida el análisis crítico de la filosofía del sentido común, que es la «filosofía de los no filósofos», o sea la concepción del mundo absorbida acríticamente por los diversos ambientes sociales y culturales en los que se desarrolla la individualidad moral del hombre medio. El sentido común no es una concepción única, idéntica en el tiempo y en el espacio: es el «folklore» de la filosofía y como el folklore se presenta en formas innumerables: su rasgo fundamental y más característico es el de ser una concepción (incluso en los cerebros individuales) disgregada, incoherente, inconsecuente, correspondiente a la posición social y cultural de las multitudes de las que aquél es la filosofía. Cuando en la historia se elabora un grupo social homogéneo, se elabora también, contra el sentido común, una filosofía homogénea, o sea coherente y sistemática” (Gramsci, 1986, 261).

La “filosofía de los no filósofos”, es decir, la concepción de mundo de las masas, de las multitudes, del pueblo llano, incluyendo en ellos a los campesinos, los trabajadores y asalariados de distinto tenor, está toda ella definida por el folklore. Gramsci estudia estas concepciones del mundo popular para con ella, así lo pensamos, estudiar la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas en su materialidad. Como intelectual orgánico propone una lectura y un método crítico al respecto, y entrega detalles para realizarlo. Sigamos pues sus diversas referencias en la nota que sobre Bujarin ya hemos citado: “Los elementos principales del sentido común son proporcionados por las religiones y por lo tanto la relación entre sentido común y religión es mucho más íntima que entre sentido común y sistemas filosóficos de los intelectuales” (Gramsci, 1986, 262).

Como lo podemos comprobar, la religión es el primer escalón en la referencia al sentido común del pueblo llano subalterno. Es su primera concepción del mundo, con la cual cobra realidad el mundo inmediato circunscrito al día a día en el que viven, trabajan y sobreviven, cuando no en el que mueren. Precisemos con Gramsci que: “En el sentido común predominan los elementos «realistas»

materialistas, o sea el producto inmediato de la sensación tosca, lo que por otra parte no está en contradicción con el elemento religioso, todo lo contrario; pero estos elementos son «supersticiosos», acríticos” (Gramsci, 1986, 262).

Estos elementos de tipo “realistas” y “materialistas” que habitan en el pueblo, en los simples, dan a entender que existe una serie de verdades en el propio sentido común, las cuales deben ser tomadas con precaución. Es decir, y hacemos hincapié en ello, Gramsci no está hablando del sentido común como concepción mentirosa de la realidad. Por el contrario, está afirmando que el sentido común es un elemento práctico del mundo de los subalternos. Para seguirlo comprobando, citemos nuevamente al autor: “Lo que se ha dicho hasta ahora no significa que en el sentido común no haya verdades. Significa que el sentido común es un elemento equívoco, contradictorio, multiforme, y que referirse al sentido común como confirmación de la verdad es una insensatez. Podrá decirse con exactitud que cierta verdad ha llegado a ser de sentido común para indicar que se ha difundido más allá del círculo de los grupos intelectuales, pero en tal caso no se hace otra cosa que una constatación de carácter histórico y una afirmación de racionalidad histórica” (Gramsci, 1986, 264).

Para Gramsci era claro que el sentido común como concepción del mundo de los pobres es toscamente retrógrado y fuertemente de carácter conservador. Sin embargo, cuando una verdad histórica se difunde entre las masas, entre los pobres, entre los subalternos, se difunde velozmente en tanto se convierte ella en sentido común, en una nueva concepción del mundo expresada como fuerza material que se expande social y culturalmente.

El caso de Francia es ilustrativo al respecto, dice Gramsci. Tomando este ejemplo histórico, pasa a considerar lo que debe resaltarse de la producción intelectual francesa sobre el sentido común en tanto material para ser investigado en una historia integral. Citamos por ello otro extracto de la nota que escribió Gramsci sobre Bujarin. A saber: “En la literatura filosófica francesa existen tratados de «sentido común» más que en otras literaturas nacionales: esto se debe al carácter más estrictamente «popular-nacional» de la cultura francesa, o sea el hecho de que los intelectuales tienden, más que en otras partes, por determinadas condiciones tradicionales, a aproximarse al pueblo para guiarlo ideológicamente y mantenerlo vinculado al grupo dirigente. Así pues, podrá encontrarse en la literatura francesa mucho material sobre el sentido común que utilizar y elaborar; la actitud de la cultura filosófica francesa con respecto al sentido común puede ofrecer incluso un modelo de construcción ideológica hegemónica. También las culturas inglesa y norteamericana pueden ofrecer muchos indicios, pero no en forma tan completa y orgánica como la francesa” (Gramsci, 1986, 262-263).

Asomarse al caso francés para Gramsci implica considerar la historia del Estado nacional, la voluntad nacional-popular y los distintos procesos políticos por los que transitó la vida francesa, por lo menos desde la Revolución Francesa de 1789 hasta bien entrado el siglo XX, durante la Primera Guerra Mundial, incluso. La historia francesa particularmente, pero también la historia inglesa y la historia norteamericana, le enseñan a Gramsci una triple lección que sirve a su estudio histórico sobre el sentido común dominante. Señala Gramsci: “En realidad, en todos los casos, el resultado fue el de superar un determinado sentido común para crear otro más apegado a la concepción del mundo del grupo dirigente” (Gramsci, 1986, 263). Con lo cual se da a entender que el sentido común es una construcción histórica, atada ella a la dirección intelectual y moral del grupo hegemónico que lidera la sociedad. O sea, para conocer a los dirigentes de un país se precisa focalizar la atención en el estudio del sentido común que han hecho suyo y que con ello han contribuido a difundir entre las masas, logrando hegemónizarlas. En efecto, realidades políticas hegemónicas probadas en la lucha política, lideradas por clases igualmente hegemónicas, han existido en Francia, Inglaterra y en los Estados Unidos, no así en la historia moderna de Italia. Este es el problema histórico y cultural que está en solitario enfrentando Gramsci al escribir sus *Cuadernos de la cárcel*.

## 15.5 Marx y Croce, críticos del sentido común

Volviendo al debate crítico, en Marx, señala Gramsci, existe la referencia directa al sentido común, pero con la variante de que este proceso histórico es leído a partir de la solidez que tienen las creencias populares, cuestión que encontramos probado en *La ideología alemana*. Las indicaciones ideológicas al respecto las da el propio Gramsci con las siguientes palabras, consignadas en el texto que ya citamos de “Teoría del materialismo histórico: ensayo popular de sociología marxista”: “Pero se trata de una referencia no a la solidez del contenido de tales creencias sino precisamente a la solidez formal de éstas y por lo tanto a su carácter imperativo cuando producen normas de conducta. En las referencias se halla también implícita la afirmación de la necesidad de nuevas creencias populares, o sea de un nuevo sentido común y por lo tanto de una nueva cultura y de una nueva filosofía que se arraiguen en la conciencia popular con la misma solidez y carácter imperativo de las creencias populares” (Gramsci, 1986, 264-265). Y claro, sobre la genealogía de dicho proceso en el capitalismo encontramos algunas alusiones a su materialidad en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, los famosos borradores que escribió Marx en París.

Así como existe un reconocimiento a Marx en términos de sus inquietudes con respecto al sentido común, igualmente tenemos una crítica de Gramsci a dos intelectuales contemporáneos en Italia, Benedetto Croce y Giovanni Gentile, ambos filósofos y políticos italianos. Sostiene Gramsci que la actitud de Croce frente al sentido común no parece clara pues al tiempo que se complace con que

algunas proposiciones filosóficas sean compartidas por el sentido común dominante, también asume que en el sentido común como agregado caótico de concepciones dispares puede hallarse cualquier cosa. Gramsci concluyó al respecto: “Por lo demás, esta actitud de Croce con respecto al sentido común no ha llevado a una concepción de la cultura fecunda desde el punto de vista nacional-popular, o sea a una concepción más concretamente historicista de la filosofía, lo que por lo demás sólo puede suceder en la filosofía de la praxis” (Gramsci, 1986, 263).

En efecto, el gran intelectual italiano, historiador también, Croce, no logra llegar a conceptualizar la vida nacional-popular a partir de la realidad histórica y política del sentido común; se pone en guardia precisamente contra ella: le teme a la autonomía del mundo popular y por ello teme que los subalternos ganen autonomía en la historia integral. A Gentile, político y pensador fascista, le ocurre lo mismo con su confusa “tosquedad”. Escribe a renglón seguido Gramsci: “La filosofía de Gentile, por ejemplo, es toda ella contraria al sentido común, bien sea que se entienda por éste la filosofía ingenua del pueblo, que detesta cualquier forma de idealismo subjetivista, bien sea que se entienda como buen sentido, como actitud de desprecio por las cosas abstrusas, los artificios, las oscuridades de ciertas expresiones científicas y filosóficas. Este coqueteo de Gentile con el sentido común es cosa muy amena” (Gramsci, 1986, 264).

Como lo podemos leer, las referencias al sentido común no eran de buen recibo en la élite intelectual de los grupos y las clases dominantes durante la Italia del fascismo. Ni Croce ni menos Gentile estaban interesados en ahondar en la temática citada, en cuanto ellos eran grandes pensadores de las clases dominantes que cómodamente querían seguir gobernando; temían ambos intelectuales considerar la potencial autonomía del sentido común en la historia integral de los subalternos, el cual como un fusil pudiera apuntar al corazón del sistema de dominación. Eran, en ese sentido, Croce y Gentile, diestros antijacobinos transitando los intersticios del siglo XX.

## 16. Capítulo 16

### Croce y la historia ético-política

“En la historia de la cultura, que es mucho más larga que la historia de la filosofía, cada vez que la cultura popular ha aflorado, porque se atravesaba una fase de transformaciones y de la ganga popular se seleccionaba el metal de una nueva clase, se ha tenido un florecimiento del «materialismo», viceversa en el mismo momento las clases tradicionales se aferraban al espiritualismo”. GRAMSCI, Cuadernos 16 (XXII), 1999, 264.

#### 16.1 Croce: un intelectual contra los subalternos

En el “Cuaderno 10” XXXIII de 1932-1935 Gramsci analiza una temática precisa y al tiempo nuclear de lo que son los *Cuadernos de la cárcel*: “La filosofía de Benedetto Croce”. Precisamente Croce en tanto pensador histórico es descrito por Gramsci como un intelectual burgués que sirve a su propia clase social en el ascenso político que registra la historia elitista desde el siglo XIX. Escribe a propósito Gramsci: “Lo que importa a Croce es que los intelectuales no se rebajen al nivel de las masas, sino que comprendan que una cosa es la ideología, instrumento práctico para gobernar, y otra la filosofía y la religión, que no debe ser prostituida en la conciencia de los propios sacerdotes. Los intelectuales deben ser gobernantes y no gobernados, constructores de ideologías para gobernar a los otros y no charlatanes que se dejan morder y envenenar por sus propias víboras”. (Gramsci, 1986, 117).

En efecto, Croce es visto como un intelectual europeo revisionista del siglo XIX. Para desarrollar esta idea Gramsci sostiene que como pensador italiano, Croce, lee de una forma particular el materialismo histórico, haciéndolo funcional a favor del orden de la representación burguesa y de las clases dominantes. Esto es: “La reducción de Croce del materialismo histórico a canon de interpretación de la historia, fortalece críticamente la orientación «económico-jurídica» en la escuela italiana” (Gramsci, 1986, 118). Con lo cual Croce sienta las bases conceptuales para cuestionar orgánicamente la filosofía de la praxis en cuanto esta sea tomada como un pensamiento

revolucionario. En otras palabras, para Croce la filosofía de la praxis no puede transformar el mundo presente, sólo puede limitarse a explicar el pasado, sirviéndose del paradigma de la lucha de clases en la historia. Para Croce la filosofía de la praxis es un saber sobre el pasado y no sobre el presente o futuro de la sociedad. En ese sentido, la filosofía de la praxis, según él, no puede transformar el mundo presente.

Con estas apreciaciones Gramsci cataloga a Croce como líder intelectual de las diversas tendencias revisionistas de los años noventa del siglo XIX, específicamente de Bernstein en Alemania, Sorel en Francia y la escuela económico-jurídica italiana. Gramsci, en esa misma línea de pensamiento, sitúa a Croce en un periodo histórico revisionista, desde 1912 a 1932, cuando elabora su teoría de la historia ético-política con miras a liquidar en lo político-ideológico al materialismo histórico y a Marx con él. Es decir, la producción intelectual de Croce como historiador burgués y como filósofo se inscribe en la lucha de clases en Italia, tomando posición siempre a favor de las clases dominantes y por ende, contra la autonomía de los grupos y las clases subalternas. Ya observamos en el capítulo anterior cómo Croce se pone en guardia contra los simples. En sus libros de historia sobre Europa e Italia se confirma esta idea.

Al ubicarse en el espacio de la historia ético-política, es decir, privilegiando la posición de las clases dirigentes italianas y por extensión también europeas, Croce asume con empeño una tarea igualmente histórica que describe de la siguiente manera Gramsci en “La filosofía de Benedetto Croce”: “Es una hipóstasis arbitraria y mecánica del momento de la «hegemonía». La filosofía de la praxis no excluye la historia ético-política. La oposición entre las doctrinas históricas crocianas y la filosofía de la praxis está en el carácter especulativo de la concepción de Croce. Concepción del Estado en Croce” (Gramsci, 1986, 114). Es decir, Croce no solo reduce la filosofía de la praxis a canon de interpretación del pasado sin contenido sobre el presente, sino que su misma filosofía e historia son especulativas.

Con lo anterior Gramsci da luces para mirar al trasluz de la historia integral la lectura amañada de Croce, pero políticamente funcional a la dominación de clase a la que él como historiador liberal se entrega. Con Croce lo que existe al leer desde su propio ángulo la filosofía de la praxis es un historicismo especulativo. Una lectura metafísica de la lucha de clases y por extensión, como lo hemos referido, una especulación del momento de la hegemonía civil. Para Gramsci, la filosofía de la praxis desborda las contribuciones de la historia ético-política de Croce. Lo detallaremos en los siguientes párrafos.

Ahora bien, sobrevienen las palabras de Gramsci sobre la tradición historiográfica en la cual se sitúa Croce como intelectual de avanzada y de signo liberal. En los *Cuadernos de la cárcel*, en la nota “La

filosofía de Benedetto Croce”, leemos: “Puede decirse que la historiografía de Croce es un renacimiento de la historiografía de la Restauración adaptada a las necesidades y a los intereses del periodo actual. Croce continúa la historiografía de la corriente neogüelfa de antes de 1848 tal como fue fortalecida a través del hegelianismo de los moderados que después de 1848 continuaron la corriente neogüelfa. Esta historiografía es un hegelianismo degenerado y mutilado, porque su preocupación fundamental es un temor pánico a los movimientos jacobinos, a toda intervención activa de las grandes masas populares como factor de progreso histórico” (Gramsci, 1986, 123). Esta lectura histórica se entronca con la propuesta también histórica que nace con Vincenzo Cuoco y su lectura de la república Partenopea del reino de Nápoles en 1799. Croce como Cuoco están de acuerdo con la revolución pasiva en la historia: aquella que privilegia la negación de la autonomía política en los grupos y las clases subalternas y con ella de lo que puede ser históricamente la hegemonía civil en el Estado capitalista.

## **16.2 La historia ético-política como propuesta**

Croce, volviendo con él, en su condición de historiador de avanzada asume el paradigma de la historia ético-política para leer integralmente la historia italiana y Europea. Sin embargo, Gramsci entra a cuestionar en mayor o menor medida esta forma de lectura historiográfica. Al respecto sostiene nuestro autor en el mismo texto que estamos citando: “Se observa que la historia ético-política es una hipóstasis arbitraria y mecánica del momento de la hegemonía, de la dirección política, del consenso, en la vida y en el desarrollo de la actividad del Estado y de la sociedad civil. Este planteamiento del problema historiográfico reproduce su planteamiento del problema estético; el momento ético-político es en la historia lo que el momento de la «forma» <es> en el arte; es el «lirismo de la historia», la «catarsis» de la historia” (Gramsci, 1986, 125).

Croce no explica la historia integral, en este caso, la historia del Estado italiano, sino que especula sobre ella. Gramsci le precisa a Croce cómo éste deja por fuera en su reflexión histórica, hablando del momento político, a los mismos partidos políticos en lucha. Justamente, al negar los partidos políticos, el momento de la pasión no es abordado, y al no hacerlo, es inexplicable la conformación de los ejércitos permanentes y de la misma burocracia militar y civil en el Estado. En suma, con Croce como pensador de lo político en la historia europea se confirma un arsenal de filosofía ultraspeculativa que niega a los sujetos políticos y a los grupos en la lucha de clases. Croce diseña la historia.

Así visto el asunto del momento ético-político, Gramsci dirige sus baterías nuevamente contra Croce al sostener que en la filosofía de la praxis se piensa al tiempo ambos momentos: el momento de la

dominación, de la fuerza física, y el momento ético-político, esto es de la dirección intelectual y moral de un pueblo en ascenso histórico-cultural. En la historiografía marxista que está vindicando Gramsci se ubican ambos momentos.

Nuestro autor reitera esta doble posición, la fuerza y el consenso en la “historia integral”, con la siguiente idea que demos asumir: “Puede decirse que no sólo la filosofía de la praxis no excluye la historia ético-política, sino que incluso la fase más reciente de ésta consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la «valoración» del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos y meramente políticos. Croce comete el grave error de no aplicar a la crítica de la filosofía de la praxis los criterios metodológicos que aplica al estudio de corrientes filosóficas mucho menos importantes y significativas. Si empleara estos criterios, podría encontrar que el juicio contenido en el término «apariencias» para las superestructuras no es otra cosa que el juicio de la «historicidad» de éstas expresado en polémica con concepciones dogmáticas populares y por lo tanto con un lenguaje «metafórico» adecuado al público al que va dirigido” (Gramsci, 1986,126).

En efecto, para Gramsci la historia integral, hablando con ella para fundamentar la formación del Estado-nación en Italia desde el siglo XIX, no se reduce a una mera historia ético-política, tal como es la lectura especulativa que presentó grandilocuentemente Croce en sus libros *Historia de Europa en el siglo XIX* e *Historia de Italia de 1871 a 1915*. La lectura de la “historia integral” en Gramsci es, por el contrario, orgánica: una historia integral toma en consideración los distintos momentos y relaciones de fuerzas del orden social, lo económico y lo político (con lo político-militar) integradas en la nota “Análisis de situaciones. Relaciones de fuerzas” y consignada en el “Cuaderno 13” (XXX) (Gramsci, 1999, 32-40). Croce solo lee este proceso desde el ámbito cultural del consenso y la dirección ético-intelectual como unidad, dejando por fuera en su lectura los momentos de la lucha social en el plano económico y político o político-militar.

Croce, debemos subrayarlo, con esta metodología especulativa atada al consenso deja por fuera de la historia social de los siglos XIX y XX en los que se escenifica la fuerza, la dominación y la guerra. Es decir, parte fundamental de lo que es la historia de los pueblos no se registra en las investigaciones de Croce. Este pensador burgués sólo entiende y comprende a la historia como legitimidad, es decir, la creencia del consenso. En ese sentido sigue al sociólogo alemán Max Weber.

### **16.3 La estructura económica en la filosofía de la praxis**

Croce no comprende entonces la función histórica de la filosofía de la praxis. Incluso, en palabras de Gramsci, Croce parece que actúa de forma “mezquina y abogadil” mostrando un prejuicio que lo ciega y en consecuencia lo desvía de su objeto de estudio. Acota Gramsci en el texto “La filosofía de Benedetto Croce”: “La filosofía de la praxis se deriva ciertamente de la concepción inmanentista de la realidad, pero de ésta en cuanto depurada de todo aroma especulativo y reducida a pura historia o historicidad o a puro humanismo. Si el concepto de estructura es concebido «especulativamente», ciertamente se convierte en un «dios oculto»; pero precisamente éste no debe ser concebido especulativamente, sino históricamente, como el conjunto de las relaciones sociales en las que los hombres reales se mueven y actúan, como un conjunto de condiciones objetivas que pueden y deben ser estudiadas con métodos de la «filología» y no de la «especulación». Como un «cierto» que será también «verdadero», pero que debe ser estudiado ante todo en su «certeza» para ser estudiado como «verdad»” (Gramsci, 1986, 128).

Como lo podemos leer, la estructura al no ser un “dios oculto”, se explica en tanto ella es una realidad histórica inscrita en las relaciones sociales de hombres y mujeres que hacen el mundo práctico. Pero hay más novedades allí. Sigamos otra vez a Gramsci en su explicación del método historiográfico, estudiado desde la filología como aquello que es lo propio de la filosofía de la praxis. Podemos leer entonces: “No sólo la filosofía de la praxis está conectada con el inmanentismo, sino también con la concepción subjetiva de la realidad, precisamente en cuanto que la pone de cabeza, explicándola como hecho histórico, como «subjetividad histórica de un grupo social», como hecho real, que se presenta como fenómeno de «especulación» filosófica y es precisamente un acto práctico, la forma de un contenido concreto social y el modo de conducir el conjunto de la sociedad para forjarse una unidad moral. La afirmación de que se trata de «apariencia», no tiene ningún significado trascendente y metafísico, sino que es la simple afirmación de su «historicidad», de su ser «muerte-vida», de su hacerse caduca porque una nueva conciencia social y moral se está desarrollando, más comprensiva, superior, que se presenta como la única «vida», como única «realidad» en confrontación con el pasado muerto y renuente a morir al mismo tiempo. La filosofía de la praxis es la concepción historicista de la realidad, que se ha liberado de todo residuo de trascendencia y de teología incluso en su última encarnación especulativa; el historicismo idealista crociano permanece todavía en la fase teológico-especulativa” (Gramsci, 1986, 128).

Es desde este enfoque caro a Croce, situado él en una lectura idealista, no materialista, como se ha abordado la escritura de la historia de Europa y también de Italia, en los años en que Gramsci está en la cárcel. Croce ha hegemonizado esta forma de escritura a comienzos del siglo XX: una forma de historia que niega la economía en la relación de fuerzas. Y por ello Gramsci, como crítico de Croce,

pasa revista a su contribución teórica de corte teológico-especulativo. Gramsci, como autor y como militante, se sitúa conceptualmente en la lucha de clases frente al historiador idealista Croce.

## 16.4 La revolución pasiva en la teoría de Croce

A partir de todo lo anterior se desprende en Croce lo que se ha dado en llamar una «revolución pasiva», sobre la cual versarán las discusiones de Gramsci que hemos citado consignadas en el “Cuaderno 10” (XXXIII), intitulado “La filosofía de Benedetto Croce”. Dice Gramsci: “¿Puede haber una historia de Europa del siglo XIX sin tratar orgánicamente la Revolución Francesa y las guerra napoleónicas? ¿Y puede hacerse una historia de Italia en los tiempos modernos sin las luchas del Risorgimento? En uno y otro caso Croce, por razones extrínsecas y tendenciosas, prescinde del momento de la lucha, en donde la estructura es elaborada y modificada, y plácidamente asume como historia el momento de la expansión cultural o ético-político. ¿Tiene un significado «actual» la concepción de «revolución pasiva»? ¿Estamos en un periodo de «restauración-revolución» que se ha de establecer permanentemente, organizar ideológicamente, exaltar líricamente?” (Gramsci, 1986, 114-115).

Gramsci recuerda que en la historia integral de los pueblos no podemos olvidar el momento de la lucha, que es, justamente, el momento en que se forja la estructura económica, lo social-histórico. Citando el ensayo de Croce intitulado, *La Storia dell'Europa nel secolo XIX*, así como sus otras contribuciones *Storia del regno di Napoli*, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, *La rivoluzione napoletana del 1799* e *Storia dell'età barocca in Italia*, Gramsci va a conceptualizar críticamente el paradigma de la historia ético-política en Croce.

Entonces Gramsci pasa a considerar una pregunta inicial que continúa la disertación sobre la historia integral leída antes: “¿es por casualidad o por una razón tendenciosa que Croce inicia sus narraciones desde 1815 y 1871, o sea que prescinde del momento de la lucha, del momento en el que se elaboran y agrupan y alinean las fuerzas en contraste, del momento en que un sistema ético-político se disuelve y otro se elabora en el fuego y con el hierro, en el que un sistema de relaciones sociales se desintegra y decae y otro surge y se afirma, y por el contrario asume plácidamente como historia el momento de la expansión cultural o *ético-político*?” (Gramsci, 1986, 128-129). Es la misma pregunta con respecto a la lucha y su relación directa con la confirmación de la estructura socio-económica, la cual venimos considerando páginas atrás.

Para responder esta pregunta que integra a los sujetos históricos en la lucha social, es decir, la relación de fuerzas en la historia humana medida en la estructura, Gramsci pasa a una extensa argumentación histórica que citamos a continuación, con lo cual le contesta nuevamente a Croce.

Retomemos así el siguiente comentario: “Puede decirse, por lo tanto, que el libro sobre la *Storia d'Europa* no es más que un fragmento de historia, el aspecto «pasivo» de la gran revolución que se inició en Francia en 1789, se desbordó por el resto de Europa con los ejércitos republicanos y napoleónicos, dando un poderoso empujón a los viejos regímenes y determinando, no su hundimiento inmediato como en Francia, sino su corrosión «reformista» que duró hasta 1870. Se plantea el problema de si esta elaboración crociana, en su tendencialidad no tiene una referencia actual e inmediata, no tiene el fin de crear un movimiento ideológico correspondiente al de la época tratada por Croce, de restauración-revolución, en el que las exigencias que hallaron en Francia una expresión jacobina-napoleónica fueron satisfechas en pequeñas dosis, legalmente, reformísticamente, y se consiguió así salvar la posición política y económica de las viejas clases feudales, evitar la reforma agraria y especialmente evitar que las masas populares atravesaran un periodo de experiencias políticas como las que vivieron en Francia en los años del jacobinismo, en 1831, en 1848”. (Gramsci, 1986, 129).

Pero no sólo la anterior descripción histórica tiene que ver con la revolución pasiva en el siglo XIX italiano, sino igualmente con la historia de la península itálica en el siglo XX, especialmente con la experiencia del fascismo, como expresión política de una revolución pasiva en curso por entonces. Señala Gramsci al respecto: “se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento «plan de producción», esto es, sería acentuada la socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose sólo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia. En el cuadro concreto de las relaciones sociales italianas, ésta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales, en competencia con las más avanzadas formaciones industriales de países que monopolizan las materias primas y que han acumulado capitales imponentes” (Gramsci, 1986, 129).

## **16.5 La guerra de posiciones en la historia europea**

La anterior referencia de Gramsci es una hipótesis ideológica, vale decir, es un elemento de la llamada “guerra de posiciones” en el campo económico internacional, en tanto la revolución pasiva lo es en el campo político de las fuerzas en el espacio de la lucha social. Para considerar esta hipótesis de trabajo, Gramsci pasa a sintetizar cómo entiende las relaciones de fuerzas en Europa durante el siglo XIX, así como a comienzos del siglo XX. Al respecto subraya en “La filosofía de Benedetto Croce”: “En la Europa de 1789 a 1870 se dio una guerra de movimientos (política) en la Revolución Francesa y una larga guerra de posiciones desde 1815 hasta 1870; en la época actual, la guerra de

movimientos se ha dado políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921 y le ha seguido una guerra de posiciones cuyo representante, además de práctico (para Italia), ideológico, para Europa, es el fascismo” (Gramsci, 1986, 130).

Entonces, en Europa, al decir de Gramsci, no se ha vivido una historia de libertad como cree idealmente Croce. Para abordar esta cuestión Gramsci se remonta a la referencia conceptual de Hegel cuando definió a la historia como historia de la libertad, sobre la cual afirma que es válida para todo el género humano, en todo tiempo y lugar. A continuación Gramsci continúa señalando este punto: “la historia es libertad en cuanto que es lucha entre libertad y autoridad, entre revolución y conservación, lucha en la que la libertad y la revolución continuamente prevalecen sobre la autoridad y la conservación (...) ¿Cuál es pues la característica del siglo XIX en Europa? No la de ser historia de la libertad, sino ser historia de la libertad consciente de serlo; en el siglo XIX en Europa existe una conciencia crítica que antes no existía, se hace historia sabiendo lo que se hace, sabiendo que la historia es historia de la libertad” (Gramsci, 1986, 130). Es decir, Croce no tiene razón y Hegel sí.

Al tratar estos temas sobre la historia de la libertad en la Europa del siglo XIX Croce, según Gramsci, entra en falacias en general y falacias argumentativas en lo particular. No distingue, por ejemplo, la filosofía de la ideología, así como no distingue, o no quiere distinguir, la religión de la superstición, con lo cual tampoco logra entender a cabalidad la dimensión histórica de la filosofía de la praxis, que es su oponente doctrinario por excelencia.

Sobre Croce en tanto historiador escribe Gramsci la siguiente apretada y cortante síntesis: “Cree tratar una filosofía y trata de una ideología, cree tratar de una religión y trata de una superstición, cree escribir una historia en la que el elemento de clase es exorcizado y por el contrario describe con gran esmero y mérito la obra maestra política mediante la cual una determinada clase logra presentar y hacer aceptar las condiciones de su existencia y de su desarrollo de clase como principio universal, como concepción del mundo, como religión, es decir, describe en acto el desarrollo de un medio práctico de gobierno y de dominio” (Gramsci, 1986, 131). Con lo cual, la pregunta sobre qué tipo de historia le interesa a Croce sigue abierta. Y este es un problema intelectual de marca mayor.

No obstante los errores conceptuales del historiador y filósofo Croce, Gramsci valora el aporte que ha entregado en la reflexión crítica que ha tenido contra la filosofía de la praxis, en la cual, como sabemos, Gramsci se ubica. En otro párrafo que complementa estas ideas anteriores, Gramsci escribe sobre Croce: “Representa esencialmente una reacción frente al «economismo» y al mecanicismo fatalista, aunque se presente como superación destructiva de la filosofía de la praxis. Incluso en el juicio del pensamiento crociano, vale el criterio de que una corriente filosófica debe ser criticada y

valorada no por lo que pretende ser, sino por lo que es realmente y se manifiesta en las obras históricas concretas (...) El pensamiento de Croce debe pues, por lo menos, ser apreciado como valor instrumental, y así puede decirse que ha atraído enérgicamente la atención sobre la importancia de los hechos de la cultura y de pensamiento en el desarrollo de la historia, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida orgánica de la sociedad civil y del Estado, sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto” (Gramsci, 1986, 134-135).

## 16.6 El aporte conceptual de Croce a la historia

Como lo podemos confirmar leyendo la anterior cita, la filosofía de la praxis le debe a Croce un avance en la reflexión sobre las superestructuras complejas, e, igualmente, desde la teorización de la hegemonía civil hasta la función histórica de los intelectuales en el Estado capitalista. Aunque Croce se declare un anti-Marx, y por esa vía un antijacobino, como lo subrayó Gramsci, su aporte intelectual ha sido significativo en la historia de la cultura y, particularmente, frente a la propuesta de hacer una historia integral de los grupos y las clases subalternas, que explora la intensa escritura de Gramsci en la cárcel.

Pero existe otra referencia central que debe considerarse a continuación. El aporte histórico y político de Lenin como intelectual orgánico en Rusia está en la discusión abierta por entonces con Croce desde Italia. A propósito escribe Gramsci: “contemporáneamente a Croce, al más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis, en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias «economistas» ha revalorizado el frente de lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuarentiochesca de la «revolución permanente». Para la filosofía de la praxis, la concepción de la historia ético-política, en cuanto dependiente de toda concepción realista, puede ser asumida como un «canon empírico» de investigación histórica a tener siempre presente en el examen y profundización del desarrollo histórico, si se quiere hacer historia integral y no historia parcial y extrínseca (historia de las fuerzas económicas como tales, etcétera)” (Gramsci, 1986, 135).

No obstante, era claro para el intelectual Gramsci que él desde la cárcel está cruzando armas contra Croce en tanto se asume en un ámbito relacional de fuerzas en una lucha no solo social sino política y cultural. Preponderante es señalar que la historia ético-política proyectada por Croce no es *per se* una filosofía de la praxis; son dos concepciones opuestas de historia, tal como Gramsci lo ha expresado en párrafos anteriores.

Por lo mismo, reforcemos este punto y citemos nuevamente a Gramsci cuando critica a Croce en su calidad de historiador. Gramsci enseña sus armas de la siguiente manera: “La historia ético-política, en cuanto que prescinde del concepto de bloque histórico en el cual contenido económico social y forma ético-política se identifican concretamente en la reconstrucción de los diversos períodos históricos, no es otra cosa que una presentación polémica de filosofemas más o menos interesantes, pero no es historia (...) La historia de Croce representa «figuras» deshuesadas sin esqueleto, con carnes flácidas y flojas incluso bajo los afeites de los barnices literarios del autor” (Gramsci, 1986, 137). Concretamente en el periodo posterior a 1870 con el *Risorgimento* en Italia, sostiene Gramsci que existe el “transformismo”, como una forma propia de la revolución pasiva. Y en ella el aporte de Croce con su historicismo ha sido fundamental, aunque limitado a unos escenarios que debemos pasar a considerar.

## 16.7 ¿Una historia conceptual sin sujetos políticos?

Es necesario precisar entonces con Gramsci cómo en los textos de Croce la historia se vuelve conceptual y el ámbito propio de intelectuales profesionales, una élite letrada, es decir, un binomio de conservación e innovación; con ello se deja de lado la “realidad en movimiento”, la dialéctica, que entraña la historia, es decir el proceso mismo de la lucha y la afirmación de las subjetividades, así como la creación de la estructura social (lo socio-económico).

El siguiente párrafo, en este sentido, confirma la apreciación de Gramsci al respecto de la metodología histórica que desarrolla en la cárcel. Leamos sus palabras: “Si es necesario, en el perenne fluir de los acontecimientos, establecer conceptos, sin los cuales la realidad no podría ser comprendida, también es preciso, y es incluso imprescindible, establecer y recordar que realidad en movimiento y concepto de la realidad, si lógicamente pueden ser separados, históricamente deben ser concebidos como unidad inseparable. De otra manera ocurre lo que le sucede a Croce, que la historia se convierte en una historia formal, una historia de conceptos, y en último análisis una historia de los intelectuales, incluso una historia autobiográfica del pensamiento de Croce, una historia inútil. Croce está cayendo en una nueva y extraña forma de sociologismo «idealista», no menos ridículo e inconcluyente que el sociologismo positivista” (Gramsci, 1986, 139). Es decir, una “historia conceptual” sin lucha de clases, sin dominio ni fuerzas: tal es la propuesta de Croce como historiador de las élites europeas.

Debemos a continuación enmarcar culturalmente a Croce siguiendo para ello las ideas historicistas de Gramsci. Croce, como sabemos, es un gran intelectual liberal de la burguesía italiana con decenas de libros publicados. Se puede incluso parangonar con los intelectuales del Renacimiento. Al respecto

conceptúa Gramsci: “La posición de Croce es la del hombre del Renacimiento frente a la reforma protestante, con la diferencia de que Croce revive una posición que históricamente ha demostrado ser falsa y reaccionaria y que él mismo (...) ha contribuido a demostrar que es falsa y reaccionaria” (Gramsci, 1986, 180). El que Croce tenga la posición de un hombre del Renacimiento quiere decir que es un intelectual limitado a un selecto grupo de intelectuales letrados; cercano a una realidad social que sigue siendo fervientemente católica, con lo cual no se afecta la situación ideológica de las amplias masas ignoras, los simples y los subalternos en su lucha cotidiana por sobrevivir, cuando no por malvivir.

Croce en absoluto ha sido un intelectual adscrito a lo que fueron las tareas de los intelectuales durante la Reforma protestante en Europa: un dirigente popular de las masas campesinas ganando autonomía y por ello subjetividad. Croce, subrayémoslo, era un intelectual burgués de las élites en ascenso social: un intelectual tradicional del sur italiano, el cual formaba a otros intelectuales también tradicionales, pero atados estos últimos más al circuito de las ciudades y al mercado burgués en despliegue forzado. Escribe Gramsci: “Pero Croce no ha «ido al pueblo», no ha querido convertirse en un elemento «nacional» (como no lo fueron los hombres del Renacimiento, a diferencia de los luteranos y calvinistas), no ha querido crear un grupo de discípulos que, en sustitución suya (dado que él personalmente quisiera reservar su energía para la creación de la alta cultura), pudiesen popularizar su filosofía, tratando de convertirla en un elemento educativo desde las escuelas elementales (y por lo tanto educativo para el simple obrero y campesino, o sea para el simple hombre del pueblo)” (Gramsci, 1986, 181).

## **16.8 Un renacentista en el siglo XX**

Croce entonces era un hombre del Renacimiento, aunque expresaba exigencias y relaciones internacionales en el plano cosmopolita, es decir, europeo. Croce, por eso mismo, no podía ser un intelectual nacional para la unidad de Italia herida. Era por sobre todas las cosas un intelectual europeo actuando en consecuencia. Y en cuanto tal, tenía unas características que lo hacían lejano del pueblo, a los subalternos, y cercano a las clases dominantes. Nunca quiso por eso ser un intelectual que irrigara vida nacional a la angustiante realidad italiana del siglo XIX y principios del siglo XX. Para reforzar esta idea citemos a Gramsci: “El de Croce es un ateísmo de señores, un anticlericalismo que aborrece la tosquedad y rudeza plebeya de los anticlericales desarrapados, pero se trata siempre de ateísmo y de anticlericalismo; por ello se plantea la pregunta de por qué Croce no se ha puesto a la cabeza, si no activamente, al menos dando su nombre y su patrocinio, de un movimiento italiano de Kulturkampf, lo que habría tenido enorme importancia histórica” (Gramsci, 1986, 188).

Así visto, en palabras también de Gramsci, Croce como intelectual era una especie de “papa laico”, aunque por su moral pertenecía a los intelectuales renacentistas, sin adscripción plebeya aclaramos. De ahí se desprende que Croce nunca llegó a ser un intelectual popular, un hombre de Estado italiano con arraigo en las amplias masas campesinas y trabajadoras tanto del sur como del norte. Por el contrario, su función histórica fue entonces limitada, pues se ubicó él mismo en el escenario de la larga lucha de clases, siendo en lo posible un educador histórico de las clases dirigentes, con las que se identificó. Y a fe que lo consiguió.

## 17. Capítulo 17

### El lenguaje histórico-político de la “revolución pasiva”

“Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el Risorgimento italiano) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones”. GRAMSCI, “Cuaderno 15” (II), 1999, 188.

#### 17.1 El intelectual Vincenzo Cuoco

El concepto histórico de revolución pasiva en Gramsci es nuclear con respecto a su lectura del periodo histórico-político del *Risorgimento*. Sigamos su registro introductorio en los *Cuadernos de la cárcel*, especialmente en la nota intitulada “El concepto de revolución pasiva” que está en el “Cuaderno 15” (II) de 1933. Gramsci refiere que dicha expresión está consignada originalmente en el tratado de Vincenzo Cuoco, a propósito de la denominada revolución napolitana del año 1799. Subraya Gramsci cómo el concepto original ha sido modificado y enriquecido con posterioridad. En efecto, ha operado en él una traducibilidad desde el discurso gramsciano de la forma intelectual en la historia integral. Sigamos pues esta traducibilidad de la voz “revolución pasiva” en el lenguaje de Gramsci y con su método filológico.

Sostiene el autor que el concepto de revolución pasiva debe ser deducido de los dos principios fundamentales de la filosofía de la praxis operados por Marx en su introducción de *Contribución a la crítica de la economía política* (2004), vale decir, de la ciencia política como saber de la revolución social: ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado

en su interior encuentran todavía lugar para su posterior movimiento progresivo; y la sociedad no se traza tareas para cuya solución no se hayan formado las condiciones necesarias para su posterior resolución.

En palabras de Gramsci debemos elaborar seriamente estos dos principios toda vez que deben ser depurados de residuos propios del mecanicismo y del fatalismo. Deben, igualmente, situarse en los tres momentos de un análisis de “situación” o equilibrio de fuerzas, valorando en buena medida el segundo momento, llamado equilibrio de fuerzas políticas y, especialmente, también en esa misma tónica, el tercer momento, denominado equilibrio de fuerzas político-militares (Gramsci, 1999, 32-40). Con estas referencias, entremos en la discusión historicista.

Sobre el *Risorgimento* Gramsci hace la siguiente observación, que no es para nada marginal: “Se puede decir que Pisacane, en sus *Ensayos*, se preocupa precisamente de este tercer momento: él comprende, a diferencia de Mazzini, toda la importancia que tiene la presencia en Italia de un aguerrido ejército austriaco, siempre dispuesto a intervenir en cualquier parte de la península, y que además tiene tras de sí toda la potencia militar del Imperio de los Habsburgo, o sea una matriz siempre dispuesta a formar nuevos ejércitos de refuerzo” (Gramsci, 1999, 194).

No debemos olvidar que la realidad que otorga la llamada revolución pasiva no significa pasividad política, sino preparación para entender el análisis de relaciones de fuerzas y, en concreto, la relación de fuerzas político-militares, la cual para Gramsci, es inmediatamente decisiva. Tal como lo estaba analizando Pisacane en el contexto del *Risorgimento*, por encima, incluso del sagaz Mazzini, dos líderes políticos italianos.

Gramsci en la misma nota que hemos citado, afirma que la expresión revolución pasiva también puede tener otros ejemplos históricos útiles para la explicación del proceso relacional que esta realidad implica en la conformación del Estado-nación. En ese sentido, se precisa considerar el tipo particular de cristianismo que se desarrolló en el seno del Imperio Romano. Y también deben tenerse en cuenta otras versiones religiosas más contemporáneas de la revolución pasiva como lo son el gandhismo y el tolstoísmo como teorizaciones ingenuas y de tinte igualmente religioso. Siempre recordando que estas ejemplificaciones alimentan el análisis de la situación concreta, particularmente del tercer elemento político-militar, debemos asumir la tarea en consecuencia.

Citando la lección brindada por Vincenzo Cuoco cuando nombró al primer periodo del *Risorgimento* italiano como revolución pasiva, Gramsci en el texto “Maquiavelo” (“Cuaderno 15” (II) del año 1933) se pregunta hasta dónde dicha expresión está en directa relación con el concepto de “guerra de posiciones”, contraponiéndose este a su vez a “guerra de maniobras”. Se pregunta concretamente

Gramsci: “¿existe una identidad absoluta entre guerra de posiciones y revolución pasiva? ¿O existe al menos o puede concebirse todo un periodo histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobra?” (Gramsci, 1999, 187).

Esta inquietud se traduce con los ejemplos históricos que brinda el periodo estratégico del *Risorgimento*. Sostiene Gramsci que el conde de Cavour, líder del Piamonte, en lucha contra Giuseppe Mazzini, líder republicano, cada uno a su manera, representa elementos de guerra de posiciones y guerra de maniobras, es decir, se complementan. Dice también Gramsci que Cavour era el representante de la revolución pasiva-guerra de posiciones y que Mazzini a su vez lo era de la iniciativa popular-guerra de maniobras. No obstante, a renglón seguido Gramsci precisa que Cavour era consciente de su misión, en tanto Mazzini que se creía un “apóstol iluminado”, no era consciente de su posición y menos de la de Cavour. El no haber sido Mazzini una figura realista en el ámbito de las relaciones de fuerzas hubiera hecho que el Estado italiano se hubiera fundado posiblemente sobre bases “menos atrasadas y más modernas”. Pero no fue así. Y la historia arrojó su veredicto.

## **17.2 El *Risorgimento* italiano como problema**

Esta lectura de la historia en la formación del Estado italiano y desde los intelectuales planteada por Gramsci, a propósito de la revolución pasiva como proceso abierto, implica asumir que existen “modificaciones moleculares” que alteran las fuerzas en lucha, con lo cual, estas mismas fuerzas modificadas se convierten en matrices de nuevas modificaciones. Un proceso dialéctico *in crescendo*. Entonces, tomando este referente, continuamos con el hecho histórico que fue analizado de la siguiente forma por Gramsci: “Así en el *Risorgimento* italiano se ha visto cómo el paso al cavourismo (después de 1848) de elementos siempre nuevos del Partido de Acción, modificó progresivamente la composición de las fuerzas moderadas, liquidando el neoguelfismo por una parte y por la otra también las oscilaciones de Garibaldi, etcétera). Por lo tanto, este elemento es la fase originaria de aquel fenómeno que fue llamado más tarde «transformismo» y cuya importancia no ha sido, hasta ahora, sacada a la luz que le corresponde como forma de desarrollo histórico” (Gramsci, 1999, 188).

Lo anotado solo resalta una vez más la interpretación expuesta dialécticamente por Gramsci en el sentido del vacío que acompañó al intelectual Mazzini *qua* líder, al no saber leer la misión histórica y política de Cavour, perdiéndose él mismo en la lucha. Este proceso inconsciente implicó que Mazzini jugaba a favor del Piamonte, es decir, de Cavour. Mazzini, subraya Gramsci con propiedad, no sabía leer la dialéctica.

En esa misma idea, citando el libro *Miseria de la filosofía* de Marx, Gramsci sintetiza la dialéctica: “cada miembro de la oposición dialéctica debe tratar de ser todo él mismo y lanzar a la lucha todos sus propios «recursos» políticos y morales, y que sólo así se tiene una superación real” (Gramsci, 1999, 188). Esta definición de la dialéctica se complementa con otra que precisa Gramsci sobre la revolución pasiva y que pasamos a considerar. Hablando justamente de los teóricos de la revolución pasiva y de la “revolución-restauración” como el dirigente Gioberti, sostiene Gramsci: “en éstos la «incomprensión» teórica era la expresión práctica de las necesidades de la «tesis» de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse «superar», o sea que en la oposición dialéctica sólo la tesis, en realidad, desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis: precisamente en esto consiste la revolución pasiva o revolución restauración” (Gramsci, 1999, 188).

Unas líneas después Gramsci pasa a considerar que lo inmediatamente anotado significa el tránsito de la “guerra de maniobras” a la “guerra de posiciones”, la cual sucedió en Europa posterior a los hitos revolucionarios de 1848, y que tampoco fue comprendida en Italia por Mazzini y los mazzinianos que la hacían corte. Igual proceso escalonado se vivió en el hito revolucionario francés de 1871. Lo que operó en ambos momentos fue que las guerras militares brindaron el “modelo”, aunque las doctrinas militares en sí mismas se desplegaban bajo la forma de una guerra de movimientos. En ese sentido, Gramsci se plantea que debe estudiarse al intelectual Pisacane como teórico militar del mazzinismo. Fue Pisacane, en efecto, también quien intentó darle al Partido de Acción un contenido sustancial a la antítesis superadora de las prácticas tradicionales; Mazzini, quien había realizado un llamado a la insurrección popular, no contó con éxito. Y fue vencido en el acto.

### **17.3 Pensando la guerra de posiciones**

A partir de estos hechos en el ajedrez militar de la coyuntura del *Risorgimento*, Gramsci saca lecciones históricas para la llamada guerra de posiciones. Dice el autor: “La forma concentrada y simultánea se había hecho imposible por la técnica militar de la época, pero sólo en parte, o sea que la imposibilidad existía en cuanto a la forma concentrada y simultánea, no se hizo proceder una preparación política ideológica de largo aliento, orgánicamente predisuelta para despertar las pasiones populares y hacer posible su concentración y el estallido simultáneo” (Gramsci, 1999, 189).

Consumidos los sucesos históricos de 1848, que dieron al traste con la iniciativa de la insurrección popular en Italia, hubo un tiempo que llenó de derrotas el terreno político. Precisa Gramsci cómo los moderados italianos hicieron una crítica a su proceso político, renovándose al tiempo como grupo. Como consecuencia de ello, el neoguelfismo fue liquidado, contando a su vez con una nueva

dirigencia en ascenso. Sin embargo, en el campo del mazzinianismo, y de los liberales republicanos, no hubo autocrítica alguna. Y si la hubo fue, sostiene Gramsci, una “autocrítica liquidadora”: muchos cuadros abandonaron al líder Mazzini y formaron el ala izquierda del partido del Piamonte. Pisacane, a quien el mismo Mazzini consideraba estrategia de la revolución nacional italiana, fue, en ese sentido, partidista: el único que desde dentro ensayó algo distinto, pero no logró articular una nueva política de tipo orgánico. La situación histórica no era para nada halagüeña.

Volviendo a la misma nota “Maquiavelo” que estamos considerando, Gramsci sostiene que la relación “revolución pasiva-guerra de posición” durante el *Risorgimento* italiano puede igualmente ser estudiada en una serie de aspectos, distintos a los inmediatamente abordados en los párrafos anteriores. Los aspectos a tener en cuenta son: el personal y el reclutamiento revolucionario. El primero se presentó en la Primera Guerra Mundial entre oficiales de carrera y oficiales de complemento, y de otro lado, entre soldados de leva y voluntarios-*arditi*. El segundo aspecto tiene que ver con el reclutamiento revolucionario. Citemos a Gramsci: “Los oficiales de carrera correspondieron en el Risorgimento a los partidos políticos regulares, orgánicos, tradicionales, etcétera, que en el momento de la acción (1848) demostraron ser ineptos o casi y en 1848-49 fueron dominados por la oleada popular-mazziniana-democrática, oleada caótica, desordenada, «extemporánea»” (Gramsci, 1999, 192).

Esta oleada mazziniana produjo una serie de éxitos como la República romana y Venecia, superior, dice Gramsci, a los éxitos alcanzados por los moderados. Pasados los calores de estas luchas y luego del estallido social de 1848, las dos fuerzas descritas, la regular y la carismática, se organizaron alrededor de dos figuras políticas singulares, Cavour y Garibaldi. Pero fue Cavour quien terminó confiscando el resultado a su favor.

Esta apreciación histórica se estrella con otro suceso que se ha descrito anteriormente: el reclutamiento. Mazzini, subrayémoslo, siempre se estrelló contra el reclutamiento revolucionario. Tanto los intentos de Milán en 1848, como el de Roma en 1849, en ninguno de ellos, tuvo a Mazzini con la capacidad básica de organizador y dirigente de las situaciones. Sin embargo, esta realidad sobre el reclutamiento revolucionario cambió durante el segundo periodo histórico del *Risorgimento*, de 1859 a 1860. Por ejemplo, el reclutamiento de los Mil realizado a instancia de Garibaldi fue llevado a cabo porque este se apoyaba en las fuerzas piamontescas y luego de que la flota inglesa brindó la protección en el desembarco de Marsala, la toma de Palermo y en la anulación final de la flota borbónica. Otra cosa era Mazzini sobre el terreno como dirigente nacional. En Milán después de las cinco jornadas, así como en la Roma republicana, Mazzini como intelectual subalterno bien pudo haber construido unas plazas de armas para los nutridos reclutamientos orgánicos y así disponer

de una ventaja cualitativa considerable, pero no lo hizo. Al sumar estos errores estratégicos se abrió tiempo después su conflicto con Garibaldi en Roma y luego se abrió paso el siguiente conflicto, más definitivo, esta vez en Milán, frente a su par Cattaneo y el grupo democrático por él representado.

## 17.4 La derrota histórica en Italia como tendencia

El balance histórico-político y militar descarnado que realiza Gramsci a los líderes populares y militares subalternos del *Risorgimento* que hemos citado apretadamente da elementos para pensar cómo el análisis de situaciones en un contexto histórico determinado implica la consideración de una serie de derrotas históricas necesarias para que los grupos y las clases populares, subalternas, maduren conscientemente su crítica al sentido común dominante y ejerciten, en consecuencia, actos de autonomía en lo individual y lo colectivo. Sobre el particular, sigamos la nota conclusiva de Gramsci: “De todos modos el desarrollo del proceso del Risorgimento, si bien sacó a la luz la enorme importancia del movimiento «demagógico» de masas, con jefes de fortuna, improvisados, etcétera, en realidad fue expresado por las fuerzas tradicionales orgánicas, o sea por los partidos formados desde hace mucho tiempo antes, con elaboración racional de jefes, etcétera. En todos los acontecimientos políticos del mismo tipo siempre se tuvo el mismo resultado (así en 1830, en Francia, el predominio de los orleanistas sobre las fuerzas populares radicales democráticas, y así también en el fondo en la Revolución Francesa de 1789, en la que Napoleón representa, en último análisis, el triunfo de las fuerzas burguesas orgánicas contra las fuerzas pequeñoburguesas jacobinas). En todo caso, la ausencia en las fuerzas radicales populares de una conciencia de la misión de la otra parte les impidió tener plena conciencia de su propia misión y por lo tanto pesar (sic) en el equilibrio final de fuerzas, en relación a su peso efectivo de intervención, y por consiguiente les impidió determinar un resultado más avanzado, según una línea de mayor progreso y modernismo” (Gramsci, 1999, 193).

Se precisa entonces en una relación de fuerzas, tal como le enseña a Gramsci la historia italiana del siglo XIX, que debe pensarse conscientemente en la contraparte implicada en la misma lucha. La dialéctica no se agota en la lectura de los meros intereses partidistas, en este caso del movimiento “demagógico” de masas, Mazzini o Garibaldi bien sea, sino que la dialéctica debe estar implícita en la lucha política que hace consciente la misión histórica que tiene el antagonista, por ejemplo durante el *Risorgimento*, lo realizado por Cavour en tanto era un líder burgués.

Ahora bien, en la misma nota “Maquiavelo”, Gramsci escribe temas puntuales sobre cómo algunas tendencias historiográficas italianas del *Risorgimento*, sin nombrarlas, han entendido el problema de las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas en el estudio del suceso histórico. Sobre el particular podemos leer en detalle la siguiente frase ilustrativa por demás: “Parece evidente que nunca

pueden faltar las llamadas condiciones subjetivas cuando existen las condiciones objetivas en cuanto que se trata de simple distinción de carácter didáctico: por lo tanto es en la medida de las fuerzas subjetivas y de su intensidad sobre lo que puede versar la discusión, y por lo tanto sobre la relación dialéctica entre las fuerzas subjetivas en contraste. Hay que evitar que la cuestión sea planteada en términos «intelectualistas» y no histórico-políticos” (Gramsci, 1999, 199). La posición de Gramsci en la historia integral, como lo veremos en la tercera parte de esta investigación sobre el *Risorgimento*, se plantea en términos histórico-políticos materialistas.

### **17.5 Las fuerzas históricas operando**

La referencia del párrafo anterior ha sido esquemáticamente la forma como Gramsci ha planteado el escenario de discusión con respecto al estudio de los grupos y las clases subalternas en el *Risorgimento*. En cierto, en primer lugar, el grado de intensidad de las fuerzas subjetivas, es decir lo que Gramsci llama la “situación”. Y después, como segundo elemento, la dialéctica encarnada en la conciencia política de las propias fuerzas subjetivas. Esto último podríamos llamarlo la autonomía individual y colectiva que se expresa como partido, el segundo grado de la relación de fuerzas estudiada por Gramsci.

A continuación Gramsci, sin nombrar desafortunadamente las referencias bibliográficas que hemos consultado, sostiene que en los “últimos tiempos” muchas publicaciones sobre el *Risorgimento* han revelado que existían personalidades que “veían claro”. Para Gramsci si estas figuran como “revelaciones”, las mismas deben ser tomadas como “elucubraciones individuales”. Con lo cual está cuestionado que se llame “clarividencia” a esta presunta revelación del periodo histórico, debido a que con ello nada se descubre. Más cuando dichas conceptualizaciones no se cimentaron en la *realidad efectiva* ni se convirtieron en municiones para despertar la conciencia popular-nacional. Consideremos así las palabras finales de Gramsci en este capítulo: “Entre el Partido de Acción y el Partido Moderado, ¿cuál de ellos representó a las efectivas «fuerzas subjetivas» del Risorgimento? Ciertamente el Partido Moderado, y precisamente porque tuvo conciencia también de la misión del Partido de Acción: por esta conciencia la «subjetividad» era de una calidad superior y más decisiva. En la expresión, aunque sea de sargento mayor, de Vittorio Emmanuele II: «Al Partido de Acción lo tenemos en el bolsillo», hay más sentido histórico-político que en todo Mazzini” (Gramsci, 1999, 200).

## Tercera parte

### Hacia la “historia integral” del *Risorgimento*

## 18. Capítulo 18

### *Quaderni*: una lectura materialista de la historia

“*He sido un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata*”. GRAMSCI, Carta a la madre, agosto 24 de 1931.

“...el actuar es siempre un actuar político”. GRAMSCI, Cuaderno 11, (XVIII), 1986, 248.

#### 18.1 El programa inicial de los *Quaderni*

Sabemos que el 8 de noviembre de 1926 Gramsci siendo diputado del Partido Comunista de Italia es apresado y tras un juicio de carácter político amañado fue hallado culpable sin apelación alguna por el régimen fascista con el argumento de atentar contra los poderes del Estado y, en consecuencia, condenado a veinte años de prisión. Pasados algunos meses del juicio condenatorio Gramsci comunica en una carta a su querida y atenta cuñada Tatiana Schutz el programa que quisiera desarrollar en la prisión para con ello mantener su actividad intelectual a salvo (Gramsci, 2014a, 33-35). La carta del 19 de marzo de 1927 ha sido un referente de muchos lectores de los *Quaderni* para proponer la forma en que Gramsci pensó, conceptuó y posiblemente redactó su contribución inter y transdisciplinaria al saber humano en las distintas cárceles fascistas.

Señala Gramsci en aquella carta: “He pensado hasta ahora en cuatro temas, y eso es ya un indicio de que no consigo concentrarme; son: 1) una investigación acerca de la formación del espíritu público

en Italia el siglo pasado; dicho de otro modo una investigación acerca de los intelectuales italianos (...) 2) Un estudio de lingüística comparada (...) desde el punto de vista de los neolingüistas contra los neogramáticos (...) 3) Un estudio del teatro de Pirandello y acerca de la transformación del gusto teatral italiano que Pirandello ha representado y ha contribuido a determinar (...) 4) Un ensayo acerca de la novela de folletón por entregas y acerca del gusto popular en literatura (...). En el fondo, si bien se observa, hay homogeneidad entre esos cuatro temas: el espíritu popular creador en sus diversas fases y grados de desarrollo, está en el fundamento de todos en la misma medida” (Gramsci, 2013, 204-205).

Nos interesa en esta precisión intelectual del propio Gramsci que él está interesado en la “formación del espíritu público” en Italia en el siglo XIX. Podemos considerar que esta formación del espíritu público italiano pasa por asumir periodos históricos, etapas o fases definitivas. Pero en la carta que citamos no hay indicaciones al respecto. Su interés intelectual en ese entonces, corre el año 1927, está mediado por la pesquisa sobre los intelectuales italianos del siglo XIX, particularmente Benedetto Croce. ¿En qué momento Gramsci enfilaba baterías para asumir la gigantesca tarea de pensar la historia italiana, la del siglo XIX y la de los siglos que la anteceden? ¿En qué momento la historiografía sobre la formación italiana y del Estado-nacional en particular se le convierte a Gramsci en elemento central casi obsesivo de sus largos días de la cárcel?

Indicaciones precisas no tenemos para considerar una serie de respuestas acordes a las inquietudes aquí consideradas, hartamente interesantes por demás. En las *Lettere dal carcere* no se deja entrever el momento exacto de esta catarsis histórica. Y en sus 33 *Quaderni* no hay registro del momento exacto del inicio de la redacción de sus escritos históricos e historiográficos con el cometido de pensar al tiempo a los subalternos. Sin embargo, podemos hacer la tentativa de explicar que el interés por la historia italiana venía desde hace años en él, desde su temprana juventud, y no propiamente debido a su paso ya adulto como reo.

En efecto, en una carta a su pequeño hijo Delio, Gramsci señala que le gusta la historia desde la niñez porque se refiere a hombres vivos, en cuanto se unen, trabajan, luchan y se mejoran a sí mismos (Gramsci, 2014a, 285). Y si repasamos los textos precarcelarios de Gramsci, necesariamente encontraremos conceptos, datos y elementos históricos, más aún en un marxista heterodoxo como lo era él. Por cuestiones de espacio e interés, no nos volcaremos a explicar el joven Gramsci y su inclinación por la historia italiana en virtud de que nuestro tema tiene que ver con los *Cuadernos de la cárcel* y la propuesta de escribir una “historia integral” sobre los grupos y las clases subalternas, tema que en efecto, no encontramos ni de forma implícita o explícita, ni lejana ni cercana, en los textos juveniles del autor (Gramsci, 2016).

Sabemos, por el contrario, que hacia el año 1929, después de mucho pedirlo, se le concede a Gramsci la posibilidad de escribir en la cárcel. En los *Cuadernos de la cárcel* quedó registrado este hito inicial: primer cuaderno (8 de febrero de 1929). Pasemos con ello a considerar las temáticas del plan intelectual que registra el Q. 1 (XVI). Podemos leer en Gramsci: “1) Teoría de la historia y de la historiografía; 2) Desarrollo de la burguesía italiana hasta 1870; 3) Formación de los grupos intelectuales italianos: desarrollo, actitudes; 4) La literatura popular de las “novelas por entregas” y las razones de su persistente fortuna; 5) Cavalcante Cavalcanti: su posición en la estructura y en el arte de la Divina Comedia; 6) Orígenes y evolución de la Acción Católica en Italia y Europa; 7) El concepto de folklore; 8) Experiencia de la vida en la cárcel; 9) La «cuestión meridional» y la cuestión de las islas; 10) Observaciones sobre la población italiana: su composición, función de la emigración ; 11) Americanismo y fordismo ; 12) La cuestión de la lengua en Italia: Manzoni y G. I. Ascoli; 13) El «sentido común» (cfr. 7); 14) Revista tipo: teórica, crítico-histórica, de la cultura general (divulgación); 15) Neo-gramáticos y neo-lingüistas («esta mesa redonda es cuadrada»); 16) Los sobrinillos del padre Bresciani” (Gramsci, 1981a, 73).

Con esta ruta temática empezó Gramsci la escritura de las 2848 páginas en 33 cuadernos de escolar. Escribirá entonces en las distintas prisiones a dónde llega, en buena medida le acompañaban las condiciones más adversas, desde la precaria salud que siempre lo limitó y el aislamiento político de sus camaradas, hasta las propias del distanciamiento familiar y la censura carcelaria que minarán más aún sus días.

Recordemos esos momentos con esta cita de su biógrafo Fiori: “Los compañeros de la cárcel recuerdan que dedicaba muchas horas al trabajo. Escribía sin sentarse nunca: paseaba absorto y solo cuando la frase se le había ordenado bien a la mente se dirigía a la mesa, apoyaba una rodilla en el taburete y de pie, un poco encorbado, escribía; al terminar volvía a empezar. Nunca había sido un escritor de flujo continuo, ni siquiera la experiencia del periodismo cotidiano le hacía ir de prisa. Pero después de la larga meditación, lo que tenía que escribir lo escribía de un tirón, sin rehacer ni tachar nada. Así trabajaba un par de horas cada día, con ejemplar tenacidad, pese a los muchos factores desfavorables (...) El trabajo, los apuntes, las notas breves con una idea fija en su primer esbozo, los ensayos a completar o a reelaborar eran para Gramsci la vida misma, su modo de continuar la lucha revolucionaria, de permanecer vinculado al mundo, ideológicamente activo en la sociedad de los hombres” (Fiori, 2017, 283-284).

Como hemos leído, desde la carta del 19 de marzo de 1927 a Tatiana Schutz, hasta llegar a la primera página escrita en los *Cuadernos de la cárcel*, que data del año 1929, el plan inicial de Gramsci se ha materializado en términos de empezar por un estudio sobre la teoría de la historia y la

historiografía, para pasar luego en un segundo momento a investigar sobre el desarrollo de la burguesía italiana hasta 1870, el momento culmen de la unidad italiana, del *Risorgimento* articulado desde Roma. En este plan del Cuaderno (Q.) 1 (XVI) no se encuentra mención de forma literal a los grupos y las clases subalternas y menos al punto de discusión sobre la hegemonía en la historia integral de aquellos. Sin embargo, podemos desde ya a modo de lectura ir relacionando estos temas, tal como él mismo los va asumiendo en el listado completo que hemos citado. Por ejemplo: la relación entre el folklore y el sentido común se posiciona de forma preponderante cuando se hilvana el vínculo con la emergencia de los grupos y las clases subalternas.

Pero también está *in nuce* en esta primera página de los *Cuadernos de la cárcel* que existen los grupos intelectuales en la historia, los cuales deben ser investigados, por un lado, y por otro, se toma en consideración seriamente el problema de la “cuestión meridional” en la historia italiana, donde la respuesta al problema planteado pasa por la acción de los intelectuales y su función de organizar la cultura de los subalternos.

De manera que desde nuestra perspectiva, el listado que acabamos de presentar que data de 1929, con los antecedentes temáticos de la carta a Tatiana Schutz dos años antes, nos ponen en el horizonte de la discusión una preocupación de Gramsci por la teoría de la historia y la historiografía italianas, en primer lugar. Y en segundo lugar, el autor perfila un interés por estudiar los grupos y las clases subalternas, partiendo para ello de considerar la novedad del folklore y del sentido común en la historia. En todos estos puntos existe un interés manifiesto por pensar la praxis en la historia, particularmente de los subalternos.

## **18.2 La praxis política en la “historia integral”**

En la escritura de esta tesis doctoral sobre el *Risorgimento* en los *Cuadernos de la cárcel* hemos tomado en consideración las propias indicaciones que Gramsci nos brinda en sus apuntes del Q. 19 (X), nota 1, y que fue redactado en su última etapa, durante los años 1934-1935; y que a su vez es una reelaboración que viene de su lectura del *Risorgimento* en el Q. 9 (XIV). Dice Gramsci en el primero de los textos citados: “Estos ensayos deben ser concebidos para un público determinado, con el fin de destruir nociones anticuadas, retóricas, absorbidas pasivamente por las ideas difusas en determinado ambiente de cultura popular; para suscitar, en consecuencia, un interés científico por las cuestiones tratadas, que por lo tanto serán presentadas como vivas y operantes también en el presente, como fuerzas en movimiento, siempre actuales” (Gramsci, 346, 1999). Como tal, tenemos entonces una lectura del historicismo absoluto: la continuidad de las fuerzas vivas que operan con sentido en la historia humana, pasada y presente.

Lo que vamos a ordenar según nuestra propia lectura, apoyándonos para ello en los 33 *Quaderni*, es una forma novedosa como Gramsci, no sólo interpreta la historia integral de su tiempo, sino en cómo la va registrando. Situándose él con su escritura a través de la historia, piensa la formación social y la unidad del Estado italiano, es decir la formación histórica y cultural de los grupos y las clases sociales. Una lectura y una escritura de claro acento materialista e historicista, en tanto como él lo acabó de señalar, tiene el interés de suscitar un interés científico por las materias tratadas, las cuales registran la particularidad de operar en el presente, puesto que son fuerzas históricas en movimiento que elevan la cultura de los pueblos y de las naciones. La actualidad de la lectura de Gramsci, su novedad intelectual como comunista incluso, tiene que ver justamente con este interés científico por el presente de la historia integral como herramienta de formación cultural de un pueblo ganando su autonomía. El saber histórico, en este caso, como una fuerza material de liberación social.

Entonces lo primero que encontramos en nuestra propia lectura es la pregunta por cuál es el método de lectura de la historia que propone Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*. Y como ya lo advertimos en la cita con la que abrimos este apartado metodológico, es una lectura filológico materialista de la historia humana, porque con ella se interpela la praxis social y política y sus fundamentos intelectuales con sus documentos históricos: las fuerzas vivas que operan en el presente. Esto quiere decir historia integral.

De manera que el estudio histórico, filológico e historiográfico que abordamos a propósito del “Risorgimento” y de la historia integral de los grupos y las clases subalternas con Gramsci a la cabeza, asume la praxis en la historia como un proceso de liberación social. Este es nuestro lente de análisis para pensar con él la materialidad de los grupos y las clases sociales en la “historia integral”. Recordemos que este aporte intelectual está contenido en la octava tesis sobre Feuerbach de 1844, redactada por el joven Marx y que reza: “La vida social es en esencia práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica” (Marx, 1844).

El análisis histórico que realiza Gramsci al *Risorgimento* quedó plasmado según un esquema filológico materialista *sui generis*: tenemos una variedad de textos, unos extensos, tipo ensayos breves, otros bajo la forma de apuntes, notas sueltas, reseñas y compendio bibliográfico de diversas materias. Las extensiones y las temáticas varían mucho, una suerte de *collage*. Escrito con un estilo breve, casi que intempestivo, propio de una vida periodística, con lo cual se alumbran algunas ideas y se desarrollan también otras en mayor o menor extensión.

Los análisis y las descripciones culturales que realiza Gramsci deben ser considerados materiales de trabajo para una investigación de largo aliento que nunca pudo concluir del todo por estar reducido en la cárcel. Y no solo eso, Gramsci no podía tener muchas fuentes primarias y secundarias al tiempo en su mesa; no podía tener acceso a fondos documentales, salvo algunas referencias bibliográficas y revistas ocasionales que tenía por generosidad de su amigo Piero Sraffa vía suscripción con una librería en Milán. Y por peticiones expresa de libros que hacía a sus familiares.

Nuestra lectura sobre los *Cuadernos de la cárcel*, siguiendo el rastro conceptual del *Risorgimento*, como periodo histórico decisivo en la formación del Estado-nación italiano, asumirá entonces una serie de textos por encima de otros. Es así como le daremos filológicamente prelación a algunos *Quaderni* donde la materia tenga que ver directamente con el proceso histórico del *Risorgimento*, leído este en el corto mediano y largo plazo. Por ejemplo, es el caso del *Q.* 9 (XIV) del año 1932, el *Q.* 19 (X) de los años 1934-1935 y el *Q.* 25 (XXIII) de 1934, respectivamente.

Gramsci era un autor que luego de leer lo que pudo en las cárceles fascistas, a las que llegó muy reflexivo en el año 1926, pasa a escribir sus 33 *Quaderni* desde 1929, ordenándolos en esos dos últimos años de escritura 1934-1935, cuando las enfermedades acosan su precaria salud. Estos dos últimos años son decisivos en su producción intelectual porque ahí tenemos los grandes temas que en ese entonces tienen que ver con su largo estudio sobre el pasado italiano, el *Risorgimento* y la historia integral de los grupos y las clases subalternas, aparte del tema de la filología que no abandona.

A partir de lo comentado, nuestro enfoque de lectura en los *Cuadernos de la cárcel* está en unir el complejo proceso histórico del *Risorgimento* con la propuesta metodológica de corte filológico para investigar la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas, las cuales Gramsci traduce en este periodo histórico. Ambos procesos son capitales y se tocan en algunos puntos centrales pues tienen que ver con el pasado del Estado italiano y la ausencia de una reforma intelectual y moral que diera autonomía y libertad a los grupos y a las clases subalternas en formación. Pero también hay otros temas conexos con los anteriores: los intelectuales en la historia y los grandes procesos históricos, el Renacimiento, la reforma protestante, así como la Revolución Francesa de 1789 y sus ecos en Italia, entre otros temas.

### **18.3 Una “historia integral” de la hegemonía**

Como sabemos, en el *Q.* 19 (X), “Risorgimento italiano”, nota, 1 que data de los años 1934-1935, Gramsci nos presenta sucintamente lo que van a ser sus temas de investigación en los 33 *Quaderni*. Nos precisa que su cometido inicial son dos investigaciones conjuntas. La primera sobre la edad del *Risorgimento* y una segunda sobre la historia precedente a dicho periodo, es decir antes del siglo

XIX. De este segundo periodo histórico entra a precisar el autor que creó los elementos culturales que repercutieron positiva y negativamente en el *Risorgimento*. Y más aún: en los tiempos inciertos en que escribe Gramsci esos mismos elementos culturales continúan operando en la vida nacional italiana como “datos ideológicos de propaganda”.

Entonces, aunque el cometido del análisis histórico en Gramsci es registrar el proceso del *Risorgimento*, se ve impelido a irse mucho más atrás en el tiempo, un proceso de larga duración. Y como lo veremos, a una historia milenaria, no ya un periodo histórico definido, sino a una serie de épocas o de ciclos con largos procesos internos casi difíciles de concebir en la teoría y más complejos de atrapar con fuentes y datos objetivos. Es cuando nos va diciendo a sus lectores: “Esta segunda serie debería ser una recopilación de ensayos sobre aquellas épocas de la historia europea y mundial que tuvieron un reflejo en la península” (Gramsci, 1999, 345).

A esta altura del capítulo debemos aclarar entonces esta forma original de leer la historia que tiene Gramsci. Genera curiosidad ya que no entra en detalles. Además, porque con ella está rompiendo una tradición en el marxismo. Recordemos que este Q. 19 (X) está escrito entre los años 1934-1935 cuando en la Unión Soviética se ha consolidado el estalinismo, proceso que empieza realmente en 1929 con el ascenso de Stalin como secretario general de la URSS, justo el año en el cual Gramsci inicia la escritura de sus *Quaderni*.

En la *Ideología alemana* Marx y Engels (1974), libro que Gramsci no leyó, habían postulado los dos autores alemanes que la ideología no tiene historia. Porque, según afirmaban ellos, la ideología se reduce a ser la falsa conciencia de una realidad invertida, una teoría del reflejo que luego retomará Lenin en su momento a comienzos del siglo XX. Según rezaba la famosa metáfora: Hegel está de cabeza, debemos colocarlo de pie.

Gramsci en la cárcel fascista durante los años 1934-1935 dice no a la inversión de la figura ideológica como falsa conciencia, con lo cual dice también no a ese Marx y a ese Engels de la *Ideología alemana*, texto que por demás fue publicado por el Instituto Marx-Engels de la URSS en 1932.

Gramsci nos va escribiendo de una forma concisa que cuando se propone estudiar el *Risorgimento* debe señalarse que: existió una “historia precedente” que creó “elementos culturales”, los cuales repercutieron en el *Risorgimento*. Con estas palabras el autor nos va presentando a la ideología. Aquella que crea “elementos culturales”. Es decir, la ideología es histórica, en cuanto tal puede estudiarse e investigarse. Es lo que encontramos en distintas notas de los *Cuadernos de la cárcel*. Una

suerte de historia de lo que él denominará las superestructuras complejas (sociedad política y sociedad civil). Gramsci va a historiar estas superestructuras y se va a enfrentar a esa “historia anterior”.

Este punto, lo resaltamos, es fundamental en la lectura de los *Quaderni*, porque si no reconocemos que la ideología es una fuerza material situada en la historia humana, no podemos entender de qué está hablando Gramsci cuando articula el sentido común a la propuesta de pensar una “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. Podemos así decir que la ideología es histórica: tiene un comienzo, tiene un final, es una práctica situada, existen procesos ideológicos, prácticas institucionales, concepciones de mundo, sujetos históricos con concepciones de mundo, etc. Todo lo anterior puede igualmente acabarse, modificarse, revolucionarse. La historia es un proceso social que puede y debe comprenderse y explicarse. La propuesta de escritura de una historia integral en Gramsci cumple este cometido.

Lo que Gramsci nos quiere dar a entender es que las ideologías han repercutido positiva o negativamente en el *Risorgimento*. Entonces, a continuación el autor va haciendo una separación por épocas muy amplias, y se entiende que en cada una de ellas existe una serie de ideologías históricas, totalmente situadas y fundamentadas en su materialidad. A saber: a- el periodo de la historia romana que hace el tránsito de la República al Imperio; b-el Medioevo o época de los comunes y c-la época del mercantilismo y de las monarquías absolutas. Igualmente, Gramsci señala que se puede hacer un recorrido por la palabra “Italia” en sus distintas acepciones y según las épocas que hemos esbozado. Porque “Italia” como voz y como palabra no siempre ha existido.

Entrando en detalles, Gramsci nos va mostrando más elementos para el análisis histórico y los fundamentos historiográficos que va asumiendo y que nos va presentando en los *Cuadernos de la cárcel*. Es así como podemos leer: “No parece que se comprenda que precisamente César y Augusto en realidad modifican radicalmente la posición relativa de Roma y de la península en el equilibrio del mundo clásico, quitando a Italia la hegemonía «territorial» y transfiriendo la función hegemónica a una clase «imperial», o sea, supranacional” (Gramsci, 1999, 345).

En efecto, existió un proceso hegemónico en Roma que fue liderado por dos intelectuales emperadores César y Augusto para formar una clase social imperial. Con esta referencia tenemos la entrada de la hegemonía en la historia, por lo menos en la historia romana: hace dos mil años. Y en concreto la expresión, *función hegemónica*, muy importante en la lectura del *Risorgimento*.

Roma e Italia, volviendo con ellas, entonces vivirán una transformación significativa cuando se convierten en parte del Imperio, porque se da al traste con una vida nacional propia y asciende, por el contrario, un proceso de “desnacionalización” de Roma y de toda la península incluida. El

resultado no puede ser otro que el cosmopolitismo. Como lo leeremos en esta tesis, la consecuencia de esta larga época es que Italia va a quedar condenada en la historia moderna a no ser un Estado-nación con autonomía y con participación de los grupos y las clases subalternas en su dirección. Ni siquiera con el *Risorgimento* del siglo XIX se logrará llegar a un éxito político de unidad nacional que tome en consideración la historia integral de las superestructuras complejas, es decir, la sociedad civil y la sociedad política.

Después, y tal como lo hemos leído, viene la segunda época que registra Gramsci en su estudio sobre Italia: el medioevo o época de los comunes. En este largo periodo histórico se van formando y organizando nuevos grupos sociales. Pero dicho proceso no se afianzó hasta su cabal maduración como en Francia o en España, ejemplos de Estados modernos exitosos que toma en consideración el autor. En Italia este proceso histórico atado a las clases sociales fue sumamente deficiente en lo político y en lo cultural, y ello se va a ver reflejado históricamente en su tardía y limitada unidad nacional.

Por último, tenemos la época del mercantilismo y las monarquías absolutas. Italia como estaba dominada por poderosos imperios europeos no tiene margen de maniobra con respecto a su autonomía política y económica. No llega a erigirse en un Estado absoluto. No vivió por ello el mercantilismo como proceso generador de riqueza social y de saberes igualmente sociales, ni contó con una monarquía absoluta que uniera política e ideológicamente al país con el liderazgo de una clase social definida por su vocación histórica de ser hegemónica. Citemos por ello a Gramsci: “la península está bajo la influencia extranjera, mientras en las grandes naciones europeas, los nuevos grupos sociales urbanos, introduciéndose energicamente en la estructura estatal de tendencia unitaria, revigorizan la misma estructura y el unitarismo, introducen un nuevo equilibrio en las fuerzas sociales y se crean las condiciones de un desarrollo rápidamente progresista” (Gramsci, 1999, 346).

Este último proceso, que en realidad es una época, da origen al crecimiento cultural, económico e intelectual de la modernidad como proceso mundial (Jaramillo Vélez, 2021a, 2021), y es la confluencia de las dos primeras épocas que hemos citado con Gramsci, primero la del Imperio romano con sus herencias y, en segundo lugar, la de la ausencia de los comunes en la Italia del Medioevo. Es decir, dos problemas históricos sumados tenía por igual Italia antes del periodo del mercantilismo: la falta de una unidad política y la ausencia total de las clases sociales dirigentes de los procesos sociales en su formación como pueblo nacional. Y si sumamos que la bota itálica no vivió en esos siglos el despliegue de la riqueza a partir del mercantilismo, ni tampoco un absolutismo monárquico como el de Francia con sus gobernantes ilustrados, debemos decir que el gran problema histórico de

Italia como Estado-nación fue la doble falta de hegemonía cultural: no contó con hegemonía territorial ni menos contó con la “función hegemónica” de una clase social dirigente, respetable en cuanto tal.

Con lo anteriormente leído, vamos descubriendo que la clave de entendimiento de la larga historia italiana, desde el nacimiento del Imperio hasta la modernidad, pasa por asumir la existencia de un problema estructural que va y viene en la historia como ciclo: la ausencia de hegemonía en el Estado-nación italiano.

Para seguir confirmando este análisis histórico y político, el mismo autor en el Q. 6 (VIII), redactado entre los años 1930-1932 va ilustrándonos sobre cómo entender el Estado en el medioevo: “Es preciso determinar en qué consiste concretamente la independencia y la autonomía de un Estado y en qué consistía en el periodo posterior al Mil. Ya hoy las alianzas, con la hegemonía de una gran potencia, hacen problemática la libertad de acción, y especialmente la libertad de fijar la propia línea de conducta, de muchísimos Estados: este hecho debía manifestarse en forma mucho más marcada después del Mil dada la función internacional del Imperio y del Papado y el monopolio de los ejércitos que tenía el Imperio” (Gramsci, 2000, 12-13).

En efecto, la hegemonía como proceso histórico-político sigue apareciendo en el Medioevo, como ya lo había hecho en tiempos del Imperio romano con César primero y Augusto después. Más marcado fue este proceso posterior al año Mil, porque las grandes potencias existen en Europa, así como el poder temporal del Papado; y en todos ellos existe el respaldo militar de sus poderosos ejércitos de leva. Italia en ese proceso histórico estaba en el peor de los mundos: no era un Estado y no tenía ejércitos propios. Existían, por el contrario, mercenarios que la invaden y se lucran de ella, al decir de Maquiavelo, contemporáneo de estos pillajes. En el entretanto, la burguesía medieval no italiana permanecía en una fase económico-corporativa con la que disputaba la hegemonía de los procesos en Europa. Para Italia solo quedaba registrar, tal como lo hace Gramsci, que los intelectuales a lo sumo tenían una función cosmopolita, pero no podían ellos mismos pensar en su país ni hacer nada por él. No podían ellas contar con una función hegemónica en Italia.

Lo que acabamos de leer es una breve historia de la ausencia de hegemonía civil en la larga historia italiana; en efecto, un proceso deficitario de larga duración sin hegemonía civil. O por lo menos de su prolongada y crónica crisis de dirección intelectual y moral a través de los siglos y hasta de los milenios. Esa crisis de hegemonía en el Estado italiano lo veremos nuevamente confirmando en el estudio de caso del *Risorgimento*, en pleno siglo XIX, cuando la unidad del Estado italiano es tardío y precario. Por ahora, dejemos aquí estas ideas generales y pasemos al segundo elemento sustancial de esta investigación: la “historia integral” de los grupos y de las clases subalternas.

## 18.4 Leer la “historia integral” en los *Quaderni*

En el Q. 25 (XXIII) podemos leer según Gramsci los elementos fundamentales para estudiar la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. Recordemos que esta es una historia de corte materialista, es decir, le apuesta tanto a la praxis como a la autonomía, y con ello a la creación humana de lo común. De hecho, para hacer mayor claridad el título de todo el *Cuaderno* en referencia se intitula “Ai margini della storia (Storia dei gruppi social subalterni)”. Este es un cuaderno muy importante para nuestra investigación, aunque solo tenga ocho notas y se haya quedado relativamente inconcluso.

Entrando en materia en este apartado vamos a comprender cuál es la “historia integral” de los grupos y las clases sociales subalternas. Enseña Gramsci que en la historia existe una tendencia a la unificación de estos grupos sociales puesto que su experiencia es “disgregada y episódica”. Pero como dichos grupos subalternos están en una relación de fuerzas también histórica, es decir fáctica y relacional, la tendencia a la unificación de los grupos sociales subalternos es en buena medida interrumpida por el ejercicio de los grupos dominantes que ejercen de plano su poder político y social. Solo cuando los ciclos históricos son completados exitosamente puede entonces demostrarse dicho proceso de unificación de los subalternos, proceso que es muy difícil de lograr, porque, como lo anota el autor, la victoria de los subalternos y de sus partidos es inusual en la historia humana.

Podemos advertir hasta aquí una inquietud histórica de Gramsci por la autonomía de los grupos subalternos con la llamada “historia integral”. Y no solo eso, sostiene, igualmente, el autor lo siguiente: “Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aun cuando se rebelan y se sublevan: solo la victoria “permanente” quiebra, y no inmediatamente, la subordinación” (Gramsci, 2000, 251).

Reparemos, entonces, la anterior frase en lo que puede ser una historia del sufrimiento. Grupos subalternos *sufren* la dominación de grupos dominantes. Los primeros no siempre tienen una victoria “permanente”, casi siempre pierden a manos de los segundos, tal es la tendencia de la “historia integral” que estamos articulando. Sigue diciendo Gramsci que aunque parece que triunfan, los grupos subalternos están siempre en “estado de defensa alarmada”. Y precisa que esta verdad histórica se prueba operativamente en la experiencia sinigual de la Revolución Francesa, hasta llegar este proceso al año 1830.

Este proceso implica, como lo hemos señalado, reconocer que en la “historia integral” de los grupos subalternos existe ganada la acción de la autonomía individual y colectiva, es decir, la praxis es un proceso histórico. Y, en efecto, de praxis individual y colectiva habla Gramsci, no olvidemos que su

propuesta materialista para leer la historia de la lucha de clases descansa en la filosofía de la praxis de Marx. Escribe por ello Gramsci: “Cualquier vestigio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos debería por lo tanto ser de valor inestimable para el historiador integral: de ahí se deduce que una historia de este tipo no puede ser tratada más que por monografías y que cada monografía exige un gran cúmulo de materiales a menudo difíciles de recoger” (Gramsci, 2000, 251).

Como lo resaltamos, Gramsci está registrando la existencia del llamado “historiador integral”: aquel que investiga la autonomía de los grupos y las clases subalternas. Esta indicación nos remite a pensar en un historiador de la praxis en tanto con él designemos a un historiador de la autonomía individual y colectiva; el cual requiere para serlo una concepción del mundo afincada en la filosofía de la praxis. En efecto, esta es la propuesta formativa que recorren todas las páginas de esta investigación, las de Gramsci en tanto referente conceptual y la nuestra, cuando asumimos la propuesta metodológica de corte filológico de llevar a cabo una lectura historiográfica desde Gramsci, tomando como prueba de fuego el periódico del *Risorgimento* y asumiendo en él el documento histórico denominado *Cuadernos de la cárcel*.

## 18.5 La “historia integral” de las clases subalternas

Para seguir avanzando tenemos el texto originario en el Q. 3 (XX), nota 14, de los años 1929-1932 intitulado “Storia della classe dominante e storia delle classi subalterne”. De otro parte, encontramos que este mismo texto en la escritura de Gramsci va a tener una modificación con posterioridad en el Q. 25 (XXIII), nota 2, del año 1934, donde encontramos ahora la nota titulada “Criteri metodologici”, del cual ya hemos escrito un comentario párrafos atrás.

En el Q. 3 (XX), nota 90, del año 1930 se presenta inicialmente el texto “Storia delle classi subalterni”. Y no es la última, porque en el Q. 25 (XXIII), nota 5, del año 1934, con el título “Criteri metodici”, Gramsci va a volver a reelaborar la nota aquí citada.

Entremos entonces en detalles con respecto al segundo texto que pasamos a abordar y que reúne elementos o criterios metodológicos para la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. Gramsci era un pensador de la filosofía de la praxis y en esta concepción de mundo existe un objeto de estudio e investigación que se está redefiniendo, el Estado. Sigamos a Gramsci en su explicación de este objeto y leamos a continuación la siguiente frase: «La unidad histórica de las clases dirigentes se da en el Estado y su historia es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados (...) la unidad histórica fundamental, por su concreción, es el resultado de las relaciones orgánicas entre Estado o sociedad política y “sociedad civil”» (Gramsci, 2000, 249).

Con lo anterior, estudiar históricamente las clases sociales dirigentes nos remite de esta manera a estudiar también el Estado en tanto este es la unidad histórica de aquellas clases. En ese orden, a Gramsci le interesa en la historia integral el proceso social y político en el cual las clases sociales se vuelven dirigentes en el plano intelectual y moral con respecto al Estado. Pero, según el mismo autor, cuando decimos Estado afirmamos la existencia de una unidad histórica fundamental ya consumada. Así es como el Estado, leído al tiempo como sumatoria de las dos superestructuras complejas, sociedad política y como sociedad civil, se convierte este binomio en un objeto histórico de investigación para Gramsci. No es solo un problema de poder político, es también sobre todo un problema histórico: la existencia situada y material de las clases sociales dirigentes y de su dirección intelectual y moral.

Como lo habíamos registrado en la anterior nota, la historia de las clases subalternas es “disgregada y episódica”: no es lineal y no es tampoco orgánica cual si ella fuera un bloque previamente definido. Como son clases sociales subalternas, que no dirigen los procesos sociales, políticos o económicos, no pueden unificarse como Estado: históricamente no se han hecho Estado. Comenta a continuación Gramsci: “su historia, por lo tanto, se da trezada con la de la sociedad civil, es una función «disgregada» y discontinua de la historia de la sociedad civil y, por ese intermedio de la historia de los Estados o grupos de Estados”. (Gramsci, 2000, 249). La “historia integral” por ello debe asumir esta disgregación y discontinuidad del sujeto clase social subalterna en tanto no son aún Estado.

De esta forma es como empezamos a estar inquietos con respecto a la existencia histórica de los grupos y las clases subalternas. Al tiempo que este proceso ideológico se decanta, poco a poco nos hemos dado cuenta de que para la cabal comprensión de la “historia integral” de estos grupos y estas clases subalternas se requiere investigar materialmente el Estado en sus dos elementos integradores, la sociedad política y la sociedad civil. Y en virtud de que la historia de la sociedad política pertenece a los grupos y clases dominantes en tanto son dirigentes y dominantes del Estado, la historia de la sociedad civil, enseña Gramsci, es propia de los grupos y las clases subalternas, lugar donde se realiza la hegemonía civil. Si queremos por lo mismo conocer cuál es la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas, debemos historiar la sociedad civil, espacio donde se despliega, como decimos, la hegemonía del Estado.

Es así como el autor a continuación precisa cuáles son las fases o periodos si queremos estudiar la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas desde el espacio estratégico de la sociedad civil. Sigamos a Gramsci: 1. Formación objetiva de los grupos sociales subalternos en el terreno de la producción económica; 2. Adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes (partidos políticos); 3. Nacimiento de nuevos partidos de los grupos dominantes; 4. Formaciones

propias de los grupos subalternos con reivindicaciones restringidas, sectoriales, parciales y limitadas; 5. Nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos sociales subalternos, pero adscritos aún en los viejos cuadros; 6. Formaciones sociales que afirmen la autonomía integral, etc. (Gramsci, 2000, 249-250).

Como en efecto puede haber en cada una de estas fases registradas otras fases intermedias, Gramsci tiene una sugerencia para el estudioso de estos procesos históricos. La enseñanza metodológica es pues la siguiente: “El historiador debe observar y justificar la línea de desarrollo hacia la autonomía integral, desde las fases más primitivas debe señalar cualquier manifestación del «espíritu de escisión» soreliano” (Gramsci, 2000, 250).

Gramsci es consciente del trabajo monumental y la dedicación en tiempo completo que implica levantar la información de todos los grupos y las clases subalternas en la “historia integral” de los procesos objeto de investigación. Realizarlo debe incluir todas las repercusiones de las actividades de partido igualmente para todos los grupos subalternos y también sobre las mismas actitudes de los grupos dominantes. En ese orden, se deben incluir las repercusiones de las actividades que son respaldadas por el Estado y que son propias de los grupos dominantes cuando ejercen presión sobre los grupos subalternos y sobre sus distintas organizaciones y partidos políticos subalternos. Entonces, en este punto es cuando nos encontramos nuevamente con la hegemonía civil en la “historia integral” de los subalternos. Las indicaciones de Gramsci son precisas: “Entre los grupos subalternos uno ejercerá o tenderá a ejercer cierta hegemonía a través de un partido y esto debe ser determinado estudiando el desarrollo de todos los demás partidos en cuanto incluyen elementos del grupo hegemónico o de los otros grupos subalternos que sufren esa hegemonía” (Gramsci, 2000, 250).

Sobre lo anotado, en páginas anteriores ya lo hemos planteado: la hegemonía cultural o civil es también un problema histórico cuando de lo que se trata es de estudiar a los grupos y las clases subalternas actuantes en la “historia integral” de un Estado específico. Para Gramsci la hegemonía civil es de tipo histórica y cultural. Y no solo eso: la acción hegemónica de los grupos dominantes contra los grupos subalternos genera cierto sufrimiento: por ser una acción directa sobre los subalternos, sus cuerpos, sus ideologías, sus carnes. Se debe pues también historiar este sufrimiento de los subalternos, llamados por Gramsci, los “simples”.

Entonces sobrevienen en los apuntes de Gramsci, en la misma nota especial que estamos analizando, Q. 25 (XXIII), nota 5, la puesta en elaboración de estas propuestas conceptuales llevadas ahora al plano del proceso histórico-político fundamental del *Risorgimento*. Por eso propone el autor que al estudiar este periodo histórico de la formación del Estado italiano podemos construir una suerte de

cánones de investigación histórica que toma en elaboración lo anteriormente anotado con respecto al Estado, es decir, la sociedad política y la sociedad civil como superestructuras complejas complementarias. En otras palabras: las fuerzas que tomaron el poder se unificaron en el Estado moderno italiano, lucharon contra otras fuerzas igualmente históricas y fueron ayudadas ocasionalmente por auxiliares o aliados específicos, hasta que para convertirse en Estado formal debían subordinarse o eliminar a unas fuerzas definidas y obtener, por el contrario, el consenso activo o pasivo de otras fuerzas políticas. Este proceso histórico así tomado por el autor da pistas sobre lo que significa hacerse clase hegemónica, es decir, dirigir el Estado.

Entonces, como también lo reconocíamos páginas atrás, Gramsci hace hincapié en que la preocupación conceptual que le asiste como intelectual orgánico es a propósito de la autonomía integral de los grupos y las clases subalternas en la “historia integral”. Esta es su preocupación en el análisis histórico cuando pone el acento en la novedad de las fuerzas sociales en la “historia integral”.

Por lo mismo, citemos a continuación la investigación de método que hace Gramsci en este largo párrafo: “El estudio del desarrollo de estas fuerzas innovadoras de grupos subalternos a grupos dirigentes o dominantes debe por lo tanto investigar e identificar las fases a través de las cuales adquirieron la autonomía frente a los enemigos a derrotar y la adhesión de los grupos que las ayudaron activa o pasivamente, en cuanto todo este proceso era históricamente necesario para que se unificaran en un Estado. El grado de conciencia histórico-política al que habían llegado progresivamente estas fuerzas innovadoras en las varias fases se mide precisamente con estas dos medidas y no sólo con la de su separación de las fuerzas anteriormente dominantes. Habitualmente se recurre sólo a este criterio y se obtiene así una historia unilateral o en ocasiones no se entiende nada, como en el caso de la historia de la península desde la era de los Comunes en adelante. La burguesía italiana no supo unificar alrededor de sí al pueblo y ésta fue la causa de las derrotas y de las interrupciones de su desarrollo” (Gramsci, 2000, 250-251). En el *Risorgimento*, en efecto, esta victoria política de la burguesía italiana, frente a las demás clases sociales, no operó.

## **18.6 El grado de conciencia histórico-política**

Ahora bien, contra esa “historia unilateral” que sólo advierte la separación de los grupos subalternos con respecto a los grupos dominantes, o de estos frente a aquellos, Gramsci está anteponiendo una “historia integral”, como rezaba también su interés en la nota 2 del Q. 25 (XXIII) que presentamos algunas páginas atrás. El grado de conciencia histórico-política se mide, precisa Gramsci, primero, cuando se identifican las fases a través de las cuales los grupos subalternos adquirieron autonomía frente a los antagonistas y, en segundo lugar, por la separación que tuvieron las fuerzas sociales

anteriormente dominantes en la historia, es decir, obró su derrota a manos de las “fuerzas innovadoras”.

El ejemplo que nos muestra Gramsci es, claro está, la formación del Estado italiano y el proceso histórico-político trunco y desigual del *Risorgimento*. Nos dice por eso que en el *Risorgimento* lo que hubo fue un “egoísmo limitado” que impidió una revolución rápida y vigorosa como la que se libró en Francia en las jornadas violentas de 1789 y los años de ruptura social y política que le siguieron. Es decir, en Italia la burguesía no se pensó como clase dirigente en lo intelectual y moral, y, por el contrario, alejó al pueblo, a los subalternos, de la unificación nacional, con lo cual no hizo causa común para forjar realmente un Estado-nación.

¿Por qué en Italia no hubo una revolución como la francesa? Es la pregunta que asalta a esta altura de la reflexión a Gramsci en su celda. Y se responde a sí mismo: porque los grupos y las clases subalternas en Italia no fueron interpelados y menos tomados realmente en cuenta y con la debida seriedad durante la fundación del Estado moderno italiano del siglo XIX. Con ellos no hubo un proceso hegemónico de integración y dirección intelectual y moral que los hiciera partícipes de la cultura nacional italiana. Entonces, los grupos y las clases subalternas quedaron al margen de la historia social de la unidad nacional. De ahí la importancia de hacer una historia integral de los subalternos durante el *Risorgimento*.

Para terminar este análisis sobre la forma de “traducir” una investigación histórica que toma los subalternos, cuando estos han sido dejados de lado en la historia fundacional de los Estados, apunta Gramsci la siguiente frase: “Esta es una de las cuestiones más importantes y de las causas de dificultades más graves en el estudio de la historia de los grupos sociales subalternos y por lo tanto de la historia total (pasada) de los Estados” (Gramsci, 2000, 251). Lo que quiere decir Gramsci es que los grupos y las clases subalternas tienen, en efecto, una historia que debe asumirse, no importa si la historiografía oficial o progresista ha dejado al margen de la historia social y política a estos subalternos.

En los siguientes capítulos vamos a explorar con Gramsci la larga duración en la historia y pasaremos repaso a los dos ciclos que hemos situado como componentes del mismo: el Imperio romano y Comunes, por un lado y el mercantilismo y las monarquías absolutas, por otro. Todo lo cual desembochará en el *Risorgimento* como un proceso abierto a las relaciones de fuerzas en la llamada por Gramsci “historia integral”.

## 19. Capítulo 19

# La larga duración en la “historia integral”: del Imperio Romano a la Reforma

“Me fijé en tres o cuatro temas principales, uno de los cuales es aquel de la función cosmopolita que vieron los intelectuales italianos hasta el siglo XVIII, que luego se divide en varias secciones: El Renacimiento, Maquiavelo, etcétera. Si tuviera la posibilidad de consultar el material necesario creo se podría hacer un libro verdaderamente interesante que aún no existe; digo libro sólo para referirme a la introducción de cierto número de trabajos monográficos, porque la cuestión se presenta diversamente en las distintas épocas, y según yo creo habría que llegar a los tiempos del Imperio romano”. GRAMSCI. Carta a Tatiana, 17 de diciembre, 1930.

### 19.1 La reconstrucción y la traducción de la “historia integral”

En el capítulo anterior habíamos visto la lectura de los *Quaderni* desde la praxis social y política de la “historia integral”, siguiendo el hilo de la formación de los subalternos como grupo y como clase social. También advertimos su relación con la hegemonía civil y, en general, con la larga “historia integral” de los grupos y las clases subalternas cuyas pesquisas teóricas en Gramsci se acompañan de una metodología filológico-materialista. Seguimos a continuación en este capítulo leyendo a Gramsci desde sus propios fundamentos metodológicos, repasando la complejidad del periodo romano y medieval.

Hasta este momento hemos enfocado nuestra atención para pensar la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas en los siguientes cuadernos: *Q.* 3 (XX), nota 14 de los años 1929-1932 y *Q.* 25 (XXIII), nota 2 del año 1934. En estas notas encontramos una propuesta de entendimiento para responder las siguientes tres preguntas, a saber: ¿por qué son derrotados los grupos subalternos?, ¿por qué estos grupos tienden a estar en una posición de defensa? y, por último, ¿por qué la historia

de los grupos sociales subalternos es disgregada y episódica? Cada una de estas preguntas es relevante en nuestra investigación.

También habíamos abordado el *Q.* 3 (XX), nota 90 de los años 1929-1932 y el *Q.* (XXIII), nota 5, del año 1934, con los cuales queremos pensar la relevancia que tiene el Estado no solo en la historia de las clases dirigentes y dominantes, sino también en el interés de escribir la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas en formación. En estas mismas notas habíamos subrayado una lista de fases o ciclos que Gramsci registra, los cuales nos llevan a plantear que el historiador de los grupos subalternos debe reconocer en ellos la línea de desarrollo hacia la “autonomía integral”. Es decir, la “historia integral” tiene un cometido, una dirección: la autonomía integral. De manera que recordando lo anterior podemos fijar nuestra atención en cómo a Gramsci le interesa investigar en la “historia integral” los grupos y las clases subalternas, en tanto son fuerzas innovadoras de la historia que aprenden en la materialidad de sus días, la forma y el medio para hacerse dirigentes, es decir, que estos grupos y estas clases subalternas se vuelvan Estado: ganen autonomía integral.

Las cuatro notas que han sido explicadas en el capítulo anterior se han acompañado de otras referencias, citémoslas: *Q.* 19 (10), nota 1 y *Q.* 6 (8), nota 7, las cuales datan de los años 1934-1935 y 1930-1932, respectivamente. Señalábamos entonces que Gramsci quería investigar el *Risorgimento*, por un lado, pero por otro, perfiló un estudio más ambicioso que se remontaba incluso al periodo de la historia romana que abre el tránsito especial de la República al Imperio en los tiempos fundacionales de César y Augusto, para luego pasar por el Medioevo, los Comunes y el mercantilismo, junto a lo cual estarían consideradas las monarquías absolutas de Europa.

Todo lo anterior fue hecho para lograr tener un panorama de una historia total que registre la larga y difícil formación del Estado italiano, hasta llegar, decíamos, al *Risorgimento* e incluso hasta el tiempo presente que padece Gramsci en la cárcel a comienzos del siglo XX, es decir, durante el fascismo. Un largo proceso afincado en el historicismo absoluto cuando leemos en él que no hay un fin de la historia, sino una dirección en ella que está definida por una necesidad histórica: la autonomía integral.

Debemos recalcar que a Gramsci *qua* militante revolucionario le interesa el tiempo histórico del presente que está viviendo, su coyuntura de vida, y esta no es otra que el tiempo de la política. En las cárceles fascistas donde está pagando su condena como comunista, Gramsci no puede analizar ni tener como objeto de estudio el presente del fascismo italiano, se lo impide por completo la censura penitenciaria (aunque existen en los *Cuadernos de la cárcel* una serie de frases escritas en distintos años que sumadas todas cuestionan al fascismo). Lo que más bien podemos decir, y existe material

documental para ello, es que Gramsci en la cárcel está investigando los fundamentos ideológicos, políticos e históricos más lejanos y más orgánicos del fascismo italiano, a partir del proceso de formación del Estado italiano en la larga duración de la “historia integral”.

En efecto, no debemos olvidar el interés político que implica en un condenado como Gramsci conocer la historia de la formación estatal italiana y en ella el ejercicio histórico de la dominación política por parte de las clases dominantes. Con la anterior apreciación sobreviene entonces la inquietud con respecto a la importancia de la reconstrucción de la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas en las que Gramsci se inscribe, en tanto este revisionismo histórico nos vuelve a conducir a una pregunta nuclear sobre la derrota histórica.

## 19.2 ¿Por qué fueron derrotados los subalternos?

Para ir respondiendo esta pregunta capital en su vida, Gramsci se remonta en los *Quaderni* a los fundamentos de la formación social italiana en un periodo central de la historia romana: el tránsito que va de la República al Imperio. Detallamos a continuación lo que describe de este proceso y también analicemos con él esta primera etapa de sus investigaciones históricas, llamada “la historia europea y mundial”.

Lo que Gramsci pasa a investigar es cómo surge en la historia italiana la dirección intelectual y moral de un pueblo y la función que en ella les asiste a los dirigentes en un proceso de larga duración. Al tiempo, la propuesta histórica así leída también integra esta otra cuestión: cómo esta primera etapa de la formación social italiana crea “algunas tendencias ideológicas” de la futura Italia, hasta llegar incluso al siglo XIX durante el *Risorgimento* y con posterioridad a él hasta el fascismo.

Del mundo clásico romano se transita en esta pesquisa de Gramsci a una clase imperial, de influencia supranacional, la cual da al traste con la unidad de la península itálica y de Roma en cuanto unidad estatal. Ese mundo clásico romano, erigido con la magnificencia de la República y del derecho romano, había sido construido por la aristocracia como clase social hegemónica, pero esta clase histórica fue vencida por la emergencia más poderosa de las fuerzas imperiales que conquistaron el poder político en Roma. Cuenta Gramsci en el *Q. X (XXXIII)* este proceso de la siguiente manera: “César suelta con la espada el nudo histórico-político y se inicia una época nueva, en la que Oriente tiene un peso tan grande que termina por superar a Occidente y llevar a una fractura entre las dos partes del Imperio” (Gramsci, 2000, 12).

Gramsci le otorga a César el proceso de la desnacionalización de Italia y, consecuentemente con ello, su subordinación a los intereses del naciente Imperio con su correspondiente expansión

cosmopolita en tres continentes. Y no solo eso: en crítica a Emilio Bodrero, periodista y político italiano, Gramsci detalla el aporte de César a la historia romana. Sostiene entonces: “Con César la revolución no es ya solución de una lucha entre clases itálicas, sino de todo el Imperio, o al menos de clases con funciones principalmente imperiales (militares, burócratas, banqueros, contratistas, etcétera. Por otra parte César con la conquista de la Galia desequilibró el cuadro del Imperio: el Occidente comenzó con César a luchar contra el Oriente. Esto se ve en las luchas entre Antonio y Octavio y continuará hasta la escisión de la iglesia en que tuvo incidencia el intento de Carlomagno de restaurar el Imperio, así como la fundación del poder temporal del papado romano” (Gramsci, 1981, 315).

Gramsci en su lectura histórica hace el tránsito material de la República al Imperio y especialmente explica la experiencia histórica de César como emperador -pues Augusto desaparece de sus referencias en los *Quaderni*-, con lo cual anotará varias cosas útiles para nuestra investigación sobre la formación del Estado italiano, a saber: Cesar fue un jefe que a la gran capacidad militar unió también la capacidad política, y así lo apreciaban sus legiones, las cuales comandaba con evidente destreza (Gramsci, 1981, 169-170).

Citando a Suetonio y su *Vida de César* comenta Gramsci que el tránsito de la República al Imperio operó un cambio notable en la condición de los intelectuales de Roma, pues se pasó de un régimen aristocrático-corporativo a un régimen burocrático-democrático. Y más aún: con César se permitió el establecimiento y la centralización de un grupo de intelectuales que habían sentado sus reales de tiempo atrás en Roma, dándoseles en su momento carta de ciudadanía a los médicos y a los maestros de las artes liberales, para crear con ellos una organización cultural que no existía por entonces. Una suerte de reforma intelectual y moral en curso.

Igualmente, César como Emperador atrajo a los mejores intelectuales de todo el Imperio romano y los condujo al epicentro de su capital, Roma, por lo cual, gracias a su política expansiva se inició la categoría de intelectuales imperiales que continuará a su manera mucho después el clero católico. Esta práctica intelectual expansiva se extendió luego como una característica a los intelectuales cosmopolitas, proceso que logra llegar hasta el siglo XVIII (Gramsci, 1984, 229). Este es otro ejemplo de larga duración en la “historia integral”, situada a partir de la expansión de la forma intelectual como creadora de historia.

Pero César en la historia romana también originó una tradición política denominada cesarismo en virtud de ser él una gran personalidad heroica. Sobre esta figura Gramsci dirá que fue un cesarismo progresista, porque permitió un avance intelectual tanto en Roma y luego por extensión en el Imperio.

Pero solo la historia concreta puede reconstruir el significado del cesarismo en otras experiencias históricas con posterioridad al ejemplo inicial, y allí se verá si este es progresista o regresivo (Gramsci, 1986, 102). Igualmente, solo el estudio concreto de la historia romana vía “historia integral” nos puede revelar la importancia que tuvo la literatura como manifestación cultural en el Imperio. Al respecto Gramsci nos plantea que la literatura latina, en efecto, florece después del periodo de César, durante la época imperial, cuando la función cosmopolita hermana Roma-Italia con el Imperio romano, en cuanto unidad estatal en expansión (Gramsci, 1999, 324).

### 19.3 Los subalternos en la historia de Roma

De manera que el tránsito de la República al Imperio es un periodo fundamental para pensar la genealogía de la formación social italiana con respecto a cuál fue la función cosmopolita que cumplieron los intelectuales, y con ellos los procesos ideológicos y culturales que llevaron a que Italia se “desnacionalizara” al volverse cosmopolita por obra y gracia del Imperio expansivo. Experiencia histórica que después, como lo citamos, retomará para sí la iglesia católica cuando se organice como institución ecuménica en el Concilio de Nicea del año 325.

Sin embargo, debemos apuntar un hecho representativo del mundo antiguo y de la vida republicana en Roma: la esclavitud. Y en este orden histórico-político igualmente debemos registrar un hito singular: la rebelión de Espartaco entre los años 73-71 antes de Cristo. Gramsci refiere cómo el subalterno Espartaco pide una participación en el gobierno, en colaboración con la plebe (Gramsci, 2000, 255). Frente a lo cual, igualmente Gramsci, citando a César en su *Bello Gallico* y al historiador norteamericano Tenney Frank con su *Storia económica di Roma*, sostiene que podemos leer que el núcleo de los esclavos que se levantan junto con Espartaco eran prisioneros de guerra cimbrios, un pueblo germánico-céltico. Esta fue pues una rebelión subalterna de esclavos contra el Imperio romano, tal vez la primera de la historia y fue sellada con la derrota de aquéllos.

A continuación, citando al historiador Frank, Gramsci escribe sobre la posible supervivencia de esos esclavos, pese a que César había dicho que los había destruido completamente. Así fue como posiblemente los subalternos esclavos que lucharon con Espartaco entre la coyuntura de los años 73 y 71 a.C., enfrentando las legiones de César, se asimilaron muy posiblemente a la población indígena o la sustituyeron directamente (Gramsci, 2000, 255-256). De esta manera, los subalternos bien pudieron haber sobrevivido a la experiencia de su exterminio por parte de César.

Otra referencia histórica sobre los subalternos que trae a colación Gramsci se da citando primero a Séneca, con su *De clementia* y luego a Tácito, con sus *Annales*, cuando afirma que los esclavos romanos no podían ser reconocidos en cuanto tal, es decir, como grupo social específico. Existe al

respecto un ejemplo histórico: frente a una solicitud de un senador de vestir a los esclavos con un traje que los distingue del resto de la población, el Senado romano se opuso tajantemente por el temor manifiesto de que los esclavos se volvieran peligrosos si ellos mismos se dieran cuenta del gran número que eran. Este episodio, escribe Gramsci, es revelador de las razones políticas y psicológicas que determinan una serie de acciones en el mundo antiguo durante la época romana, sintetizadas ellas en el miedo manifiesto a la acción de los esclavos: las procesiones religiosas, los cortejos, las asambleas populares, los desfiles, en parte las elecciones de algunos grupos y los plebiscitos, todos ellos son sus elementos integradores (Gramsci, 2000, 256).

#### **19.4 EL Medioevo como fase económico-corporativa**

Ahora bien, comparando este nuevo tema durante el periodo histórico del Medioevo con el precedente que relatamos del Imperio romano, debemos decir que sobre aquel periódico histórico existen más elementos de análisis y más páginas escritas en los *Quaderni* que sobre la República y el Imperio romanos en tanto son realidades históricas definidas. Lo mismo podemos decir sobre César y Augusto como intelectuales dirigentes: quedamos con deseos de saber más sobre ellos en los *Quaderni*.

En efecto, buena parte de los 33 *Cuadernos de la cárcel* están dedicados a estudiar los siglos V al XV en Europa y especialmente a Italia: sobre el cual existen un sinnúmero de notas menores, algunas definidas en una frase o una cita. Entre más nos acerquemos en nuestra lectura al Renacimiento italiano del siglo XV, más notas de Gramsci existen sobre este suceso cuando el tema aborda la historia italiana y, en ella, por supuesto, a los intelectuales en formación.

Entremos pues en detalles. Del Medioevo italiano le interesa a Gramsci resaltar la formación histórica de los nuevos grupos sociales, los Comunes, los cuales no se formaron bajo las mismas características ideológicas y tradiciones materiales que las que tuvieron para sí esos mismos grupos sociales en países como Francia o España, según el caso (Gramsci, 2000, 12).

Citando a Ettore Ciccotti, historiador y político italiano, en su libro *Confronti storici* de 1929, Gramsci saca algunos elementos dignos de mención en esta reconstrucción del desarrollo histórico de las clases subalternas en los Comunes italianos y con ello sobre la formación ideológica del periodo histórico. Podemos leer entonces: “Las guerras recíprocas entre los Comunes, y por lo tanto la necesidad de reclutar una fuerza militar más vigorosa y abundante armando a un mayor número, daban a los elementos populares conciencia de su fuerza al mismo tiempo que reforzaban sus filas (es decir que funcionaron como excitantes para la formación compacta y sólida de grupo y de partido). Los combatientes continuaban unidos aun en la paz” (Gramsci, 2000, 252).

Los Comunes en esta lectura propuesta son organizaciones populares para la defensa y la unión contra las agresiones militares de los nobles y los poderosos. Los ejemplos que retoma Gramsci de la historia italiana y con los cuales arma sus análisis históricos son las experiencias concretas de Bolonia, Siena, Pisa y Florencia a mediados del siglo XIII. Con el tiempo estos Comunes fueron creando para sí estatutos, al igual que también una serie de cargos y consejos donde se organizaron y encontraron autonomía integral. Sobre el particular subraya Gramsci que el pueblo subalterno pide y obtiene la participación en los principales cargos públicos, así fue como se va construyendo como partido político y hasta se puede dar para sí un jefe probado en la lucha, un “Capitán del pueblo”.

Este pueblo subalterno entonces se da sus propias leyes, pero aun así esta organización es inestable políticamente y más cuando está atada a procesos de mando y obediencia muy definitivos. Comenta al respecto Gramsci: “Cuando el pueblo no logra conseguir de las autoridades comunales las reformas que desea, se escinde con el apoyo de hombres eminentes del Común y, constituido en asamblea independiente, empieza a crear magistraturas propias a imagen de las generales del Común, a atribuir una jurisdicción al Capitán del pueblo, y a debilitar con autoridad propia dando principio (desde 1255) a toda una obra legislativa” (Gramsci, 2000, 253). El resultado de todo este proceso es que el pueblo ganada su autonomía política llega a dominar el Común y con ello supera con creces a la antigua clase dominante.

Estudiando estos procesos de autonomía integral de los subalternos, Gramsci le reconoce al estudio del historiador Ciccoti una validez probada. Refiere, por ejemplo, cómo el autor habla de acontecimientos e instituciones propias de los grupos sociales subalternos, como es el caso de una “tribuna de la plebe”. Partiendo de ello, Gramsci resalta el método de la “analogía histórica” que presenta Ciccoti en sus análisis históricos, porque con ello está poniendo de presente cómo estos grupos sociales subalternos carecen de autonomía política. La necesidad apremiante de sobrevivir al día a día les impone a estos grupos una serie de acciones y leyes propias, más simples acaso, más limitadas políticamente y mucho más apremiantes en urgencia vital que las mismas leyes de necesidad histórica, que son las propias que se otorgan las clases dominantes (Gramsci, 2000, 254).

## **19.5 La analogía histórica como esquema**

Después de este punto Gramsci entra a darle un límite al método de la “analogía histórica” como criterio de interpretación. Y entonces leemos: “En el Estado antiguo y en el medioeval la centralización, tanto político-territorial como social (y una no es más que una función de la otra), era mínima. El Estado era, en cierto sentido, un bloque mecánico de grupos sociales y a menudo de razas diversas: en el ámbito de la coerción político-militar, que sólo se ejercía en forma aguda de algunos

momentos, los grupos subalternos tenían una vida propia, instituciones propias, etc., y en ocasiones esas instituciones tenían funciones estatales que hacían del Estado una federación de grupos sociales con funciones distintas no subordinadas, lo cual en los periodos de crisis daba una extrema evidencia al fenómeno del «doble gobierno» (Gramsci, 2000, 254). En el medioevo había pues cierta “autonomía integral” acompañando y resguardando a los grupos subalternos.

Es necesario subrayar, señala Gramsci, que el único grupo social excluido de la vida colectiva en el mundo clásico eran los esclavos y también el de los propietarios de esclavos, mientras que en el mundo medieval eran los proletarios, los siervos de la gleba y los colonos. Pero aun así con esta realidad histórica desigual la situación por la que pasaban estos grupos subalternos, esclavos antiguos y proletarios medievales, no era idéntica en ambos periodos de tiempo estudiados. Por eso, si en el medioevo era posible una alianza entre proletarios y pueblo, incluso con apoyo de los proletarios sumándose a un príncipe, en el mundo antiguo ocurre algo bien distinto pues no había nada de cierta autonomía política para los esclavos. Como lo vimos: Espartaco y sus huestes subalternas fueron aplastadas.

La novedad histórica, entonces, se logra en el Estado moderno con la configuración de la hegemonía cultural como proceso histórico amplio donde se gana la “autonomía integral”. El proceso en la interpretación que arroja Gramsci se logra de la siguiente forma: “El Estado moderno sustituye al bloque mecánico de los grupos sociales, una subordinación de los mismos a la hegemonía activa del grupo dirigente y dominante, es decir que elimina algunas autonomías, que sin embargo renacen en otra forma, como partidos, sindicatos, asociaciones de cultura. Las dictaduras contemporáneas eliminan legalmente aun estas formas nuevas de autonomía y se esfuerzan por incorporarlas a la actividad estatal: la centralización legal de toda la vida nacional en las manos del grupo dominante se vuelve «totalitaria»” (Gramsci, 2000, 255).

Es decir, a partir de lo anterior podemos decir que el estudio de los grupos sociales subalternos, leídos inicialmente con el método de la “analogía histórica”, entre el mundo antiguo y el medioevo, implica considerar el nuevo periodo que sobreviene después, o sea, el proceso de la hegemonía en el Estado moderno, su nacimiento y prolongación, incluso hasta la degeneración de las dictaduras contemporáneas en el siglo XX. De esta manera cubrimos y hemos leído con Gramsci un largo proceso histórico-político desde la edad antigua con Roma a la cabeza, pasando luego a la edad media con la acción autónoma de los Comunes, para desembocar en el mundo que se está organizando con el Estado moderno a partir del nacimiento de la hegemonía cultural, es decir hasta llegar al Renacimiento. Este será el momento histórico cuando los intelectuales como fuerza ideológica y

cultural cobran más fuerza social y autonomía política en relación con la fundación de los Estados europeos.

Debemos por eso en nuestra interpretación detenernos en el análisis del Medioevo que realiza Gramsci, en el cual tiene especial cabida la referencia material a la fase económico-corporativa del Estado moderno. Una serie de textos a continuación así lo prueban.

Tomando como referente de análisis a Raffaello Morghen con un artículo intitulado “Il tramonto della potenza sveva e la piú recente storiografia”, Gramsci conceptúa sobre la característica del Medioevo en la época del reinado de Federico II Hohenstaufen (1194-1250), Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Y para lograrlo, cita a continuación el libro del historiador Michelaangelo Schipa, *Sicili e Italia sotto Federico II* de 1929. Gramsci, apoyándose en esta referencia, afirma que Federico II sí estuvo vinculado con el Medioevo, pero también se separa de él, porque su interés estuvo en fundar una sociedad laica y nacional, siendo para ello más italiano que alemán. A renglón seguido, afirma Gramsci, debemos reconocer que el Emperador Federico II luchó contra la Iglesia, tanto que afirmó para ello una tolerancia religiosa y se sirvió en consecuencia de tres civilizaciones (hebrea, latina y árabe), tratando de unir las alrededor suyo (Gramsci, 2000, 16).

## **19.6 Dante y Maquiavelo como intelectuales italianos**

En ese mismo siglo XIII, en el que vivió Federico II Hohenstaufen, también vivió un gran intelectual italiano con el que se inicia la fundación de la lengua y el espíritu italianos, nos referimos, por supuesto, a Dante Alighieri. Con él, como elemento central de la expansión de la cultura italiana, encontramos un tipo particular de pensamiento político nacional, dice Gramsci. Proceso que se consolida dos siglos y medio después de él con otro intelectual autónomo de proyección nacional, Nicolás Maquiavelo. Dante y Maquiavelo, con sus estilos y creaciones intelectuales, tienen en los *Quaderni* una especial consideración comoquiera que con estos dos grandes intelectuales florentinos se hace el tránsito del mundo antiguo al mundo moderno, es decir, a la hegemonía del Estado y a la dirección intelectual y moral de los grupos y las clases subalternas, las cuales tienen no solo vocación de poder, sino necesidad de dirección intelectual y moral. Florencia como polis es prueba de ello: allí triunfa la república afincada ella en una naciente clase burguesa que se hace hegemónica y a la cual pertenece Maquiavelo, hasta cuando en 1513 es derrotada y nuestro autor puesto a buen recaudo en un calabozo.

Sigamos entonces en este recorrido histórico e intelectual a Gramsci cuando nos enseña sobre Dante y Maquiavelo lo siguiente: “Es preciso saber fijar las grandes fases históricas, que en su conjunto han planteado determinados problemas, y desde el principio de su surgimiento han indicado los elementos

de la solución. Así, diría que Dante cierra el Medioevo (una fase del Medioevo), mientras Maquiavelo indica que una fase del mundo moderno ya ha logrado elaborar sus cuestiones y sus relativas soluciones en forma ya muy clara y profundizada. Pensar que Maquiavelo dependía genéticamente o esté vinculado con Dante es un despropósito histórico descomunal” (Gramsci, 2000, 17-18).

Al decir de Gramsci, no existe una unidad integral entre Dante y Maquiavelo, porque una cosa era el Emperador como figura de unidad en la lectura de Dante y otra es el príncipe como intelectual dirigente en la apreciación política del republicano Maquiavelo. Para Gramsci la doctrina política de Dante era entonces un solo elemento de la biografía del poeta italiano. Y lo es en tanto esta doctrina política de una monarquía universal retratada en el *De Monarchia* no tuvo eficacia alguna o fecundidad histórico-cultural: Dante, por el contrario, fue un derrotado político en la historia.

La concepción cultural e intelectual de Dante, siguiendo nuevamente la lección de Gramsci, era un “gibelinismo”, superior, es cierto, al “güelfismo” de antaño. Pero el pensamiento político de Dante era muy limitado. En otras palabras: “una utopía política, que se colorea con reflejos del pasado, y más que nada se trata del intento de organizar como doctrina lo que era sólo material poético en formación, en ebullición, fantasma poético incipiente que hallará su perfección en la Divina Comedia” (Gramsci, 2000, 18).

Dante, como intelectual florentino, no estaba interesado en las luchas seculares, tampoco era de su interés el exterminio y la destrucción del mundo existente. Dante, por el contrario, estaba interesado en conservar un orden superior al Común. Un orden de paz. Sueña, entonces, en una ley superior que administre justicia a las partes en contienda, en la Italia de su tiempo, es claro, cuando las fracciones políticas se dividían entre güelfos y gibelinos. Dante era pues un subalterno y obraba en consecuencia. Es por ello también un derrotado de la lucha de clases, nos enseña Gramsci. Pero este vencido ilustre, este poeta subalterno, que no tiene propiamente un partido político, es alguien docto y diestro en las artes y las letras, el que más, y también con su inteligencia fielmente probada conoce con lucidez literaria las doctrinas y la historia del pasado. Y de Italia en particular.

A su manera, Dante lee la historia de lo que ha sido Italia sometida y fragmentada por las fuerzas en lucha política y militar. Gramsci retrata históricamente a este genio florentino con las siguientes palabras: “El pasado le ofrece el esquema romano de Augusto y su reflejo medioeval el Imperio Romano de la nación germánica. Quiere superar el presente, pero con los ojos vueltos hacia el pasado. También Maquiavelo volvía los ojos hacia el pasado, pero en forma muy distinta de Dante” (Gramsci, 2000, 19).

Ya hemos señalado en el capítulo anterior la relevancia que para Gramsci era la vida de Augusto en el tránsito histórico que sigue de la República al Imperio. Con lo cual, recordemos, se inició nuestro recorrido por la larga historia italiana a propósito de su formación social, la lucha de los subalternos esclavos y la emergencia cultural de los intelectuales, entre ellos los Emperadores Augusto y César, así como la que nos lleva a los escritores florentinos Dante y Maquiavelo.

## 19.7 El ocaso económico y político del Medioevo

El Medioevo entonces va a caer, como en efecto ocurrió: los versos de Dante no lo pudieron regenerar. Y con el fin de este periodo histórico también cae el Común como realidad social y económica de raíces subalternas. Estudiando esta realidad histórica, Gramsci resalta lo que fueron las finanzas del Común. Tomando en consideración al historiador Bernardino Barbadoro con su libro *Le finanze della repubblica fiorentina* del año 1929, Gramsci entra a estudiar las finanzas del Común en Florencia, al paso nos informa que las finanzas del Común de Génova fueron presentadas por Sieveking, las de Venecia por Besta, Cessi y Luzzatto.

El tema que aborda Barbadoro son los impuestos indirectos y la deuda pública, lo que se conoce como la estructura económica del Común. El primer impuesto es sobre el fuego, es decir, sobre casa y familia. Un impuesto, en efecto, al consumo. La clase dominante pone todo el peso fiscal en las masas vía impuestos al consumo. Sin embargo, esto no es todo pues existía un régimen señorial que permitía cierto equilibrio entre las clases sociales, pero esta realidad no fue más allá del año 1427, en los albores del gobierno de los Medici, la familia banquera florentina, cuando fue instituido el catastro.

Todo lo anteriormente expuesto le sirve a Gramsci para precisar cómo la burguesía comunal, en este caso de Florencia, no logró superar la fase económico-corporativa. Esto quiere decir que no logró crear un Estado nacido del consenso de sus gobernados. No podía, entonces, erigirse ella misma como república comunal, sino solamente ejercer como principado (Gramsci, 2000, 20). La burguesía comunal no supo ser clase dirigente. Esta es la lección histórica.

De otra parte, la consideración del libro de Barbadoro le merece a Gramsci un reconocimiento especial sobre la deuda pública, en tanto este fue el medio como se desarrolló la guerra de expansión, asegurando con ello un mercado amplio para la burguesía, así como libertad de tránsito en los nuevos territorios descubiertos. El peso fiscal sobre el Común no resistió más y los préstamos llevaron a que el Común llegara a la insolvencia total, la cual coincidió con una crisis económica en curso que no fue posible detener. Esta nueva realidad aumentó la deuda y su “irremedimibilidad” (Gramsci, 2000, 21). La derrota fue la consecuencia natural con la que se cerró este álgido proceso.

Lo que viene a continuación en el relato de Gramsci es la caída del Común. Hacia el año 1400 la iniciativa de los mercaderes italianos se había estancado por completo. Existe una serie de elementos que hicieron posible este descalabro económico: las luchas de clases, muy violentas en las ciudades comunales, al igual que las quiebras por insolvencia de los deudores y, básicamente, la ausencia de un Estado real que protegiera a sus ciudadanos en el extranjero.

Como lo muestra Gramsci, la causa de esta derrota histórica se enmarca en la ausencia de un Estado. En sus propias palabras: “la causa fundamental se halla en la estructura misma del Estado comunal que no puede desarrollarse y convertirse en un gran Estado territorial. Desde entonces arraigó en Italia el espíritu reaccionario por el cual se cree que la única riqueza segura son los bienes raíces. Será necesario estudiar bien esta fase, en que los mercaderes se vuelven terratenientes, y ver cuáles eran los riesgos inherentes al intercambio y al comercio bancario” (Gramsci, 2000, 21).

De manera que la caída del Común se fijará como hito en el sitio de Florencia entre los años 1529-1530, con la conclusión momentánea de la lucha entre la fase económico-corporativa de la historia de Florencia y el Estado moderno en formación. En la lectura de la historia sobre el periodo estudiado, dice Gramsci, deben saberse apreciar estas dos fases históricas y no debe perderse su dimensión como proceso y como unidad.

La conclusión política sobre el periodo histórico analizado es que la burguesía comunal italiana no logró superar la fase económico-corporativa. No se puede pues afirmar a continuación que se haya erigido una suerte de Estado. Por el contrario, lo que había era un orden mediado por la Iglesia y el Imperio, sin Estado de por medio. Los comunes no superaron luego la realidad del feudalismo. Para seguirlo confirmando, Gramsci cita a continuación como prueba el libro del historiador Gioacchino Volpe, *Il Medioevo* del año 1926.

## **19.8 El mercantilismo y el auge del absolutismo monárquico**

Este nuevo periodo de tiempo en el estudio de los *Quaderni* se sitúa desde el Renacimiento y la Reforma, es decir, cubre los siglos XV-XVI, hasta llegar a la época moderna del *Risorgimento* italiano propiamente dicho, es decir, hacia mediados del siglo XIX, 1848-1871 para ser exactos.

Para Gramsci el Renacimiento italiano fue un orden social que creó una nueva cultura o, mejor, una nueva civilización en Europa. En ese sentido el autor habla de una gran “revolución cultural”. Se difundió, se convirtió en universal, una forma particular de pensar que atrajo a muchos: los hombres empezaron a pensar que lo eran “todo”. Según Gramsci: “El hombre no fue «descubierto», pero se inició una nueva forma de cultura, es decir de esfuerzo por crear un nuevo tipo de hombre en las

clases dominantes” (Gramsci, 2000, 23). Ese nuevo hombre cultural era un hombre perteneciente a las nuevas clases sociales que cobraron fuerza como dirigentes. Y actuaron en consecuencia.

La religiosidad de los italianos, anota Gramsci apoyándose en el escritor suizo Ernst Walser, es muy superficial, además tiene un carácter político, de “hegemonía internacional”. Téngase en cuenta, entonces, sigue diciéndonos Gramsci, que desde el año 1500 Italia contribuyó a la historia mundial como sede del Papado, lo que la marcó para siempre. Pero no solo eso. También la religión católica era una suerte de sustituto del espíritu estatal y de nacionalidad italiana, casi que como una “función hegemónica mundial”, con espíritu imperialista de por medio.

Si lo anterior fue así como lo registra el autor, tener un espíritu anticurial era una forma de lucha contra las clases privilegiadas. Pero, igualmente, el anticurialismo de los intelectuales laicos era una forma de lucha entre intelectuales laicos e intelectuales religiosos. En Italia, en efecto, la función eclesiástica dirigente era muy poderosa en términos de las tareas económicas y políticas que tenía como monopolio de poder, como en ningún otro país europeo. La lección metodológica que da Gramsci es que en el análisis histórico del periodo debemos separar el Humanismo del Renacimiento y detallar sus naturalezas particulares. En concreto escribió: “El renacimiento es un movimiento de gran alcance, que se inicia después del Mil, y del cual el Humanismo y el Renacimiento en sentido estricto son dos momentos concluyentes, que tuvieron en Italia su sede principal, mientras el proceso histórico más general es europeo y no sólo italiano” (Gramsci, 2000, 25).

El Humanismo y el Renacimiento por ello son expresión literaria de este movimiento histórico europeo, cuya sede fue Italia. Pero como sabemos el movimiento progresista de los Comunes después del Mil decayó en Italia, con las realidades sociales del Humanismo y del Renacimiento, porque en la península itálica estos eran movimientos de carácter regresivo y conservador. Por el contrario, en el resto de Europa esos movimientos históricos culminaron en la construcción de Estados nacionales y luego en la política imperial expansiva de dichos Estados; lo vemos probado históricamente en España, Francia, Inglaterra y Portugal. Pero esta realidad no halla tierra fértil en Italia: no hay materia cultural para ello.

Mientras el resto de Europa vive el nacimiento de monarquías fuertes y expansivas, imperiales en una palabra, lo que tenemos advertido en Italia es todo lo contrario. En la península itálica se vive el Papado como un Estado absoluto, proceso iniciado por Alejandro VI en el año 1468, y cuya función fue desarticular al resto de Italia de la unidad estatal. En el contexto de esta singular experiencia histórica nacerá y crecerá Maquiavelo como intelectual burgués, el cual tiene otro *ethos* político y

social, así como otro imaginario del mundo colectivo, como quiera que hace parte de la clase burguesa en ascenso que se presenta a sí misma como dirigente de todo el proceso histórico que se avecina.

Sobre el genio florentino anota Gramsci: “Maquiavelo representa en Italia la comprensión de que el Renacimiento no puede ser tal sin la fundación de un Estado nacional, pero como hombre, es el teórico de lo que sucede fuera de Italia, no de acontecimientos italianos” (Gramsci, 2000, 25). Con lo anterior, y apoyándose en Ernst Walsers, Gramsci empieza a conceptualizar lo que es para él el Renacimiento como proceso y realidad cultural, sacando en limpio las influencias ideológicas que ha bebido de dos obras de intelectuales de renombre: *La cultura del Renacimiento* de Jacobo Burckhardt y la *Historia de la literatura italiana* de De Sanctis.

Gramsci afirma que el libro de Burckhardt publicado en 1860 influyó mucho en Europa, incluso en las ideas de Nietzsche; igualmente proyectó ideas sobre artistas, *condottieri* del Renacimiento, el derecho a la vida bella y heroica, la libre expansión de la personalidad, sin respeto por vínculos morales, entre otros. Contrario fue lo que pasó culturalmente en Italia, publicado el libro en el año 1877, se leyó al Renacimiento a partir de lo que planteaba Burckhardt como un hombre con posiciones anticuriales, coincidiendo en ello con las tendencias ideológicas y políticas del periodo en el que se encontraba esta influencia, el *Risorgimento*. En igual sentido al autor Burckhardt se le leyó en Italia con respecto al individualismo y a la formación de la mentalidad moderna como si estas realidades fueran opuestas al mundo medieval encarnada ella por la institución del Papado. Italia era un país extraño y entonces no era territorio para los *condottieri*, para los aventureros, para la vida enérgica y de pura belleza (Gramsci, 2000, 26).

El otro intelectual de proyección europea era De Sanctis. Este autor acentúa en el Renacimiento la existencia de la corrupción política y moral, realidades que en efecto existieron. Este periodo histórico y cultural deshace a Italia como lugar de cierta unidad, y la entrega a la voracidad de los poderes extranjeros, imperios todos.

De esta forma y con estos acentos, dice Gramsci, tanto Burckhardt como De Sanctis, se oponen como pensadores sociales e intelectuales. Si el primero ve el Renacimiento como el inicio de una nueva época progresista de la civilización moderna en Europa y nacimiento del hombre moderno, el segundo apoyándose en la vida italiana, advierte que el Renacimiento fue el origen de un periodo de regresión absoluta para Italia. No obstante, ambos intelectuales, Burckhardt y De Sanctis, afirman la formación de una nueva mentalidad, una nueva concepción del mundo, la ruptura del pensamiento medieval frente a la religión católica, así como de la familia, la patria y la autoridad. Una suerte de revolución intelectual como proceso.

Armonio Janner reseña en 1933 el libro de Ernst Walser que Gramsci nos ha citado, y sobre esta contribución, ahora Gramsci se detiene para sostener, frente a los nuevos estudios sobre la interpretación de Burckhardt y De Sanctis, lo siguiente: “Está por verse si el espiritismo y la magia no son necesariamente la forma que debían asumir el naturalismo y el materialismo de aquella época, es decir la reacción a lo trascendente católico o la primera forma de inmanencia primitiva y tosca” (Gramsci, 2000, 27).

Ya hemos referido que para Gramsci después del Mil se vive un proceso de regresión en el Humanismo en términos de la vida nacional italiana. De esta definición sobreviene que el Humanismo fue un doble proceso histórico-cultural: progresivo para las clases culturales cosmopolitas, pero regresivo completamente para la historia italiana. En efecto, intelectuales como Petrarca, Boccaccio, Salutati, humanistas de la primera generación frente a la influencia ideológica de la Iglesia católica, no se apartan de los estudiosos medievales.

La nuez del asunto está en la nueva función que fueron adquiriendo los intelectuales durante el Renacimiento. Tema hartamente caro a la interpretación de la praxis en la “historia integral” que está recreando Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, es decir, planteando la formación del Estado moderno desde la función de los intelectuales y la organización de la cultura. Proceso de investigación que implica seguir el desarrollo de la forma intelectual, tal como lo estamos registrando.

## **19.9 Sobre el Renacimiento y Europa**

Retomemos frente a lo inmediatamente anotado el discurso propositivo de Gramsci sobre el período de nacimiento de una intelectualidad que gana en autonomía integral en Europa. Dice Gramsci: “El Renacimiento puede ser considerado como expresión cultural de un proceso histórico en el cual se constituye en Italia una nueva clase intelectual de alcance europeo, clase que se dividió en dos ramas: una que ejerció en Italia una función cosmopolita, vinculada al Papado y de carácter reaccionario, otra que se formó en el extranjero, con los exiliados políticos y religiosos y que ejerció una función cosmopolita progresiva en los diversos países en que se estableció, o participó en la formación de los Estados modernos como elemento técnico en las milicias, en la política, en la ingeniería, etcétera” (Gramsci, 2000, 28).

Bien pudo el Humanismo, como movimiento ético-político, plantear cuáles eran las bases del Estado italiano moderno y en su formación, el cual también pudo haber nacido contemporáneamente así como lo hizo con Francia, España o Inglaterra. Si hubiera sido así, entonces Maquiavelo sería el exponente del Humanismo y del Renacimiento, juntos. Pero no, en absoluto. Maquiavelo fue un “ciceroniano”, ya que buscó las bases en el período anterior al Imperio romano. Porque Cicerón se

opuso tanto a Catalina como a César, quienes representaban y no podían ser otra cosa, fuerzas anti-italicas, es decir, de clase cosmopolita.

En efecto, el Renacimiento italiano espontáneo, originado después del Mil, fue ahogado por la acción conjunta del Humanismo y del Renacimiento cultural por obra del renacimiento del latín, como lengua de los intelectuales contra el vulgo, y en esa medida contra el pueblo llano y subalterno. El Humanismo, señala Gramsci, fue, qué duda cabe ya, reaccionario y medieval como lo hemos registrado párrafos atrás y en este proceso fueron decisivos los intelectuales italianos y su función cosmopolita en Europa.

Ahora bien, apoyándose en el historiador Vittorio Rossi, Gramsci sigue la idea de que en el Mil existe el nacimiento y la maduración de un nuevo mundo espiritual. Esta afirmación va a ser secundada sosteniendo que en el Mil se inicia la reacción contra el régimen feudal, igualmente contra la aristocracia y el clero. Así pues dos o tres siglos con posterioridad asistimos a una transformación revolucionaria en todos los órdenes, económico, político y cultural. La agricultura, valga subrayarlo, adquiere nuevos aires, se extienden las industrias y los comercios. Nace entonces la burguesía como nueva clase dirigente en la historia mundial.

Se precisa entonces determinar qué fue del “Estado comunal”. Como institución tuvo un resultado corporativo limitado, por lo cual su desarrollo no fue más allá del feudalismo medio. Recordemos que, según Gramsci, en Italia los Comunes no supieron salir de la fase económico-corporativa, es decir, a la anarquía feudal creciente sobrevino la dominación extranjera. Eso fue Italia en los siglos que estudiamos, del Mil hasta el XV. Especialmente del Mil al año 1300 existe pues la manifestación espontánea de una energía creativa en la cultura latina, también en la escolástica y en el derecho romano. Procesos que se viven en toda Europa, es cierto, en Francia especialmente, mas no en Italia, donde llegó a ser modesta, tardía y mediocre, culturalmente hablando.

En Italia, por el contrario, se fue formando un estrato de intelectuales autónomos para la dirección cultural, que siente y vuelve a vivir la Antigüedad como propia. Pero al tiempo pagó el precio social alejándose de la vida popular, es decir, le da la espalda a la multitud; multitud que registró con autonomía política Maquiavelo en el siglo XVI. Porque, como lo afirma Gramsci, la burguesía en Italia como clase dirigente va a decaer paulatinamente y se degradará intelectualmente y por completo durante todo el siglo XVIII.

Ahora, contra el historiador Vittorio Rossi y su lectura retórica y literaria del Renacimiento, pese a también ser realista e historicista, Gramsci afirma por el contrario una concepción de tipo materialista. Rossi es contradictorio y su pluma tiene “acribología” cuando presenta el surgimiento de la lengua

vulgar en la literatura. Para Rossi el surgimiento del vulgar indica un desvío de la Antigüedad. A lo que Gramsci acota: cada lengua es una concepción integral del mundo. Sin embargo, retomando la distancia de Rossi por la lengua vulgar en el Renacimiento, también se pregunta Gramsci: “no significa eso que estaban en lucha dos concepciones del mundo: una burguesa-popular, que se expresaba en vulgar, y una aristocrático-feudal, que se expresaba en latín y se hacía remontar a la Antigüedad romana, y que es esta lucha lo que caracteriza al Renacimiento y no la serena creación de una cultura triunfante?” (Gramsci, 2000, 34).

El remontarse a la Antigüedad no genera *per se* una cultura, como lo piensa ingenuamente Rossi. Por el contrario, como lo anota Gramsci, el movimiento histórico del Renacimiento debía resolverse en la Contrarreforma. Lo cual significaba, palabras más, palabras menos al decir de Gramsci: “la derrota de la burguesía nacida con los Comunes y el triunfo de la romanidad pero como poder del Papa sobre las conciencias y como intento de regreso al Sacro Romano Imperio: una farsa después de la tragedia” (Gramsci, 2000, 35).

Registrando entonces las referencias del historiador Rossi, y criticándolas al tiempo, Gramsci va mostrando a continuación las contradicciones en las que se incurre: después del Mil el movimiento innovador de la literatura vulgar fue más violento en Italia que en Francia, la clase dirigente de ese proceso se desarrolló económicamente antes y con más vigor que en Francia, hasta lograr Italia voltear el dominio de sus enemigos. Realidades que en Francia no ocurrieron. Rossi pues no sabe señalar las diferencias reales entre uno y otro país, imposibilitado está para demostrarlas, precisa Gramsci.

Lo que sí debe registrarse es la diferenciación histórica entre Italia y Francia, cosa que Rossi no hace, pero Gramsci sí. Nuestro autor registra, por ejemplo, que a partir del juramento de Estrasburgo del año 841, luego de la muerte de Carlomagno, el pueblo-ejército va a participar activamente en la historia de Francia. Este pueblo-ejército introduce su lengua vulgar en los juramentos, asumiendo su función política y presentándose como elemento de una “democracia nacional”. Es decir, los carolingios en Francia apelan al pueblo en su política exterior. Con lo cual podemos comprender el peso que tiene entonces la monarquía como factor de unidad nacional. En Francia, claro está; en Italia este proceso singular no se despliega.

En Italia los primeros juramentos en vulgar son de carácter individual y no implicaban ejércitos, como en Francia. Implicaban, eso sí, la propiedad de ciertas tierras de conventos o, incluso, su carácter era impopular. La burguesía italiana, con su autonomía económica, era incapaz de salir del terreno económico-corporativo hasta crearse ella misma una civilización estatal propia a su imagen y semejanza: no podía, no solo no quería (Gramsci, 2000, 37).

Igualmente, escribe Gramsci, que en Italia las señorías nacionales, origen del absolutismo monárquico, nacen a partir de la imposibilidad que tiene la burguesía de conservar el régimen corporativo, de gobernar al pueblo llano por la violencia. Por el contrario, en Francia, el origen del absolutismo se localiza en las luchas entre la burguesía y las clases feudales, aunque la burguesía está unida con ciertos límites al pueblo llano y a los campesinos subalternos.

## 20. Capítulo 20

### La Contrarreforma

“Ha existido una primera unidad de Occidente, la cristiano-católica medieval; un primer cisma o crisis: la Reforma, con las guerras religiosas. Después de la Reforma, después de casi dos siglos de guerras religiosas, se realizó de hecho, en Occidente, una segunda unidad de otra índole, que infiltró por sí profundamente toda la vida europea y culminó en los siglos XVIII y XIX: las resistencias que encontró no la invalidaron, como las herejías medievales no invalidaron a la primera”. GRAMSCI. *Cuadernos de la cárcel*. La crisis de “Occidente”.

#### 20.1 La reacción política al Renacimiento

Como lo vimos en el capítulo anterior, lo que ocurrió con la derrota de la burguesía en Italia fue el tránsito sin mayores dificultades del Renacimiento a la Contrarreforma. Y esto sucedió en virtud de la lucha social que existía previamente. Gramsci, corrigiendo la retórica de Rossi, señala este suceso durante el Renacimiento y resalta que este historiador: “no sabe valorar el hecho de que existían dos corrientes: una progresiva y una regresiva, y que esta última triunfó en último análisis, después de que el fenómeno general alcanzó su máximo esplendor en el siglo XVI (no como hecho nacional y político, sin embargo, como hecho cultural en primer término si no exclusivamente), como fenómeno de una aristocracia separada del pueblo-nación, mientras el pueblo se preparaba la reacción contra este espléndido parasitismo en la Reforma protestante” (Gramsci, 2000, 38).

La reacción social al Renacimiento, apunta Gramsci, tiene sus agentes registrados en la historia, considerémoslo brevemente: el savonarolismo, el bandidismo popular y otros movimientos que deben investigarse en el periodo. En esa misma línea de pensamiento como reacción al Renacimiento Gramsci registra el aporte del intelectual y político Maquiavelo. Este aporte está en la necesidad política y nacional de volver a acercarse al pueblo, a la multitud, a los subalternos, como lo hicieron

en su momento las monarquías de Francia y España; como no lo ha hecho hasta entonces Italia. Y como finalmente no lo va a hacer.

Precisando nuevas críticas históricas a Rossi, Gramsci sostiene que este historiador no logra hacer la separación entre latín medio y latín humanístico o filológico; igualmente, no logra advertir que se trata de dos lenguas, porque son dos concepciones del mundo. Rossi no logra en consecuencia distinguir el prehumanismo de Petrarca con el Humanismo. Petrarca, dice Gramsci, era un poeta de la burguesía como escritor en lengua vulgar, pero es de suyo un intelectual de la reacción anti-burguesa (Señorías y Papado) como escritor en latín.

Sin embargo, en el siglo XVI la influencia del intelectual Petrarca era mínima, porque ya no domina la vida pública y más cuando la realidad histórica no estaba dominada por la burguesía comunal, la cual se hallaba entonces en franca decadencia cultural (Gramsci, 2000, 39). En lo político ejercía su dominio la aristocracia confinada en las cortes de los señores y resguardada por el poder de los mercenarios. Es esta aristocracia la que produce la cultura intelectual del siglo XVI, pero políticamente es muy limitada, quedando a los pies de las potencias extranjeras y sus acciones.

Igualmente, escribe Gramsci cómo el historiador Rossi no logra ver otras referencias históricas válidas. Por ejemplo, los orígenes del pasaje de Sicilia a Bolonia y a Toscana de la primera poesía en vulgar. En Sicilia, cuenta Gramsci, la burguesía mercantil se desarrolló bajo una forma monárquica y con Federico II se sumó al Sacro Romano Imperio de la nación germánica. Federico II, recuérdese, era un monarca absoluto en Sicilia y en el Mediodía, pero igualmente ejercía como un emperador medieval. Con la protección de este monarca se desarrolló una burguesía siciliana, igual que en Francia, pero más rápidamente poderosa desde el punto de vista cultural. Tan fuerte fue este proceso histórico que Federico II y sus hijos escribieron poesías. Pero, como lo señala Gramsci, las burguesías de Toscana y Sicilia estaban atrasadas ideológicamente, mucho más que Federico II, quien al final terminó fracasando en sus empresas culturales (Gramsci, 2000, 40).

Volviendo a Rossi, Gramsci le cuestiona su forma retórica, la misma práctica que se usaba durante el Renacimiento; la misma retórica nacional que señala que los humanistas auspiciaron el dominio cultural de Italia sobre el mundo. Y no, no es cierto. Por el contrario, Gramsci precisa que es en este punto donde debe asumirse la función cosmopolita de los intelectuales italianos, porque esta nueva realidad con los intelectuales cosmopolitas es por sí mismo el testimonio de la ausencia del carácter nacional de la cultura italiana. El no desarrollo de una voluntad nacional popular liderada por aquellos.

Es así como Rossi, sostiene Gramsci, hablando del bilingüismo de los intelectuales no logra admitir que el vulgar para los humanistas era una suerte de dialecto, es decir, sin lograr tener él mismo el carácter nacional. Rossi pensaba, en esa misma línea, que los humanistas eran los continuadores del universalismo medieval: en tanto eran apolíticos y anacionales.

El Humanismo, en palabras de Rossi, tenía como finalidad la educación integral del alma humana. Rehabilitando con ello el espíritu humano como creador de la vida y la historia. Gramsci entonces acota que el humanismo no desarrolló este cometido en Italia: no podía. Por lo mismo anota como respuesta: “Tuvo el carácter de una restauración, pero, como toda restauración, asimiló y desarrolló, mejor que la clase revolucionaria a la que había sofocado políticamente, los principios ideológicos de la clase vencida, que no había sabido salir de los límites corporativos y crearse todas las superestructuras de una sociedad integral” (Gramsci, 2000, 43).

## 20.2 Una lucha intelectual histórica

Ese mismo patrimonio que referimos fue monopolio de una casta intelectual que no contó con el contacto directo del pueblo-nación, la multitud, los subalternos. Sobrevino entonces la vigorosa reacción política con la Contrarreforma y el Humanismo, en tanto ideología, fue sofocado. Algunos humanistas, salvo excepciones, terminaron consumiéndose en la propia hoguera.

La conclusión de este periodo cultural e histórico tan movido y contradictorio del Renacimiento lo sintetiza Gramsci con su estilo. Recuperemos sus palabras: “El contenido ideológico del Renacimiento se desarrolló fuera de Italia, en Alemania y en Francia, en formas políticas y filosóficas: pero el Estado moderno y la filosofía moderna fueron importados a Italia porque nuestros intelectuales eran anacionales y cosmopolitas como en el Medioevo, en distintas formas, pero en las mismas relaciones generales” (Gramsci, 2000, 43.).

Sobre la literatura y la poesía en vulgar existen en Gramsci otras afirmaciones que debemos considerar sobre el periodo de estudio. Apoyándose en Ezio Levi y su texto *Uguccione da Lodi e i primordi della poesia italiana*, planteará Gramsci la inquietud con respecto a lo popular frente a lo literario, con lo cual quiere darle validez y autonomía a lo popular. Dice Gramsci: “Cuando surge una nueva civilización ¿no es natural que asuma formas «populares» y primitivas que sean hombres «modestos» sus primeros portadores? ¿Y esto no es tanto más natural en tiempos en que la cultura y la literatura eran monopolio de castas cerradas?” (Gramsci, 2000, 44).

Sin embargo, Levy en sus investigaciones tiende a demostrar que los primeros elementos originarios del Renacimiento no fueron de origen áulico y académico, sino que tuvieron un rasgo popular, esto

es subalterno, en tanto eran expresión de un movimiento general cultural religioso llamado *patarino*, que articuló una rebelión contra las instituciones medievales, la Iglesia y el Imperio.

La nueva civilización italiana que emergerá, en un contexto de destrucción y disgregación, no es de carácter nacional, sino de clases sociales, asumiendo la forma comunal y local no unitaria. Hasta el siglo XIV toscano es que se unificará de forma lingüística. Lo que existía entonces era una suerte de “universalidad europeo-católico-cultural” y la nueva civilización que está naciendo reacciona contra este universalismo que tiene su base lingüística en los dialectos de Italia y en la acción que desarrollan los grupos burgueses de carácter municipalista.

Gramsci llama la atención entonces a no confundir dos momentos de la historia: la ruptura de la civilización del Medioevo con la aparición de las lenguas vulgares y la elaboración de una suerte de “vulgar ilustre”, alcanzando con ella cierta descentralización entre los grupos de intelectuales, especialmente entre literatos de profesión (Gramsci, 2000, 45).

Estas lenguas vulgares empezaron a emerger en el escenario por razones religiosas (juramentos militares, testimonios jurídicos fijando derechos de propiedad, campesinos que no conocían el latín). Y en forma fragmentaria, casual. Que el vulgo escriba obras literarias va a ser la novedad del periodo. Que entre las lenguas vulgares uno, el toscano, alcance la hegemonía, es un hecho que se debe precisar, porque esta fue una realidad que no se acompañó de una especie de hegemonía política y social, sino que es un mero hecho literario. En efecto, precisa Gramsci, el vulgar escrito aparece en Lombardía y está vinculado al patarinismo, es decir a una especie de reforma religiosa radical.

Si seguimos el discurso de Gramsci encontraremos también el problema de la formación social de las clases sociales: “En realidad, la burguesía naciente impone sus propios dialectos, pero no logra crear una lengua nacional: si ésta nace, está limitada a los literatos, y éstos son absorbidos por las clases reaccionarias, por las cortes; no son «literatos burgueses», sino áulicos. Y esta absorción no sucede sin contrastes. El Humanismo demuestra que el «latín» es muy fuerte. Un compromiso cultural, no una revolución” (Gramsci, 2000, 46).

Sin embargo, Gramsci le apuesta al reconocimiento cultural de un nuevo tipo de hombre durante el Renacimiento. Señala a Leon Battista Alberti, Baldassar Castiglione y Nicolás Maquiavelo como sus representantes. Con ellos trata de estudiar la vida del Renacimiento en su aspecto de hombre, con sus contradicciones morales y civiles, inclusive. Escribe entonces lo siguiente: “Alberti representa al burgués (véase también a Pandolfini), Castiglione al noble cortesano (véase también a Della Casa), Maquiavelo representa y trata de dar forma orgánica a las tendencias políticas de los burgueses

(repúblicas) y de los príncipes, en la medida en que unos y otros quieran fundar Estados o ampliar su potencia territorial y militar” (Gramsci, 2000, 49).

### **20.3 Sobre la Reforma protestante**

Maquiavelo, volviendo a él, como sabemos era un pensador de la clase emergente, la burguesía en ascenso, cuyo credo político está afincado en la república. Pero el periodo histórico de Maquiavelo está inscrito en un contexto conflictivo, más amplio y complejo en el espacio de Europa, la Reforma protestante. Sobre este proceso histórico y cultural, la Reforma, Gramsci nos dirá que era una crisis del pensamiento filosófico y científico, una “concepción del mundo”.

Como lo hemos leído párrafos atrás, la religión en Italia en el siglo XVI no era un elemento de unidad entre el pueblo y los intelectuales. De ahí, va a señalar Gramsci lo siguiente: “y precisamente por eso la crisis filosófica de los intelectuales, no se prolongaba en el pueblo, porque no existía un «bloque nacional-popular» en el campo religioso. En Italia no existía «iglesia nacional» sino cosmopolitismo religioso, porque los intelectuales italianos estaban vinculados a toda la cristiandad inmediatamente como dirigentes anacionales. Separación entre la ciencia y la vida, entre la religión y la vida popular, entre la filosofía y la religión; los dramas individuales de Giordano Bruno, etc., son del pensamiento europeo y no italiano” (Gramsci, 2000, 50-51). En Italia se vive pues un problema con la forma intelectual y su autonomía integral.

A propósito de la Reforma también trae a colación Gramsci la referencia histórica de un intelectual olvidado, Nicolaus Cusanus. Para ello toma en consideración la lectura de L. von Bertalaffy en su texto “Un cardinale germanico (Nicolaus Cusanus)” del año 1929. Gramsci sostiene que Cusano, olvidado por la Iglesia, era un reformador del pensamiento medieval y uno de los iniciadores del pensamiento moderno. Cusano, recuerda Gramsci, estuvo contra el Papa, pero en el Congreso de Basilea defendió la reforma de la Iglesia. Pretendió reconciliar a Roma con los husitas, reunir a Oriente con Occidente, llegando incluso a preparar la conversión de los turcos, destacando para ello el núcleo común entre el Corán y el Evangelio.

El cardenal Cusano era entonces un intelectual muy importante en el tránsito de la Reforma a la Contrarreforma. Gramsci le reconoce una trascendencia histórica que debemos leer: “Puede decirse que la reforma luterana estalló porque fracasó la actividad reformadora de Cusano, es decir porque la Iglesia no supo reformarse desde dentro” (Gramsci, 2000, 52).

Otro intelectual que tiene cabida en el análisis histórico-político de la cultura italiana es Lorenzo El magnífico, fallecido en el año del descubrimiento de América, 1492. Para entrar en detalles sobre

su vida, Gramsci referencia el estudio de Edmondo Rho con el cual representa el paso de un periodo importante en Italia a uno de decadencia de los grupos burgueses. Lorenzo de Medici, en efecto, representa como modelo la incapacidad burguesa para transformarse en una clase independiente y autónoma políticamente, es decir, dirigente de otros grupos sociales. No podía como clase social subordinar los intereses personales e inmediatos en intereses orgánicos de largo alcance.

Sobreviene a continuación la reacción eclesiástica en Italia, la cual se preparaba desde hace largo tiempo según las interpretaciones de Gramsci en las páginas anteriores. La reacción eclesiástica implica que los escritores y los editores desaparecen del espacio cultural italiano. Maquiavelo, el autor con el que la burguesía emerge con espíritu republicano, va a ser proscrito del panorama florentino, muriendo en el ostracismo político en 1527. Sus obras, entre ellas fundamentalmente *El príncipe*, van a ser arrojadas al *Index* después de su última publicación en 1554. Igual suerte le ocurre al *Decamerón* de Boccaccio, publicado por última vez en 1557 y a Petrarca que dejó de ser impreso en 1560. Los intelectuales modernos son todo ellos proscritos con los vientos de la Reforma, la violenta reacción católica que le sigue y las innumerables guerras campesinas de tinte religioso que desangran a católicos y protestantes en los campos de Europa durante todo ese siglo XVI.

El historiador alemán Ludwig von Pastor en *Historia de los Papas* registra las consecuencias que tuvo para Italia la prohibición de los escritos en defensa del nuevo sistema terrestre copernicano, pero, según él, no por ello dejó de surgir un segundo Galileo o un Newton en la península itálica. Frente a lo anterior, Gramsci responde con las siguientes palabras: “Bruers señala sin embargo que los rigores del *Index* suscitaron entre los científicos un pánico terrible y que el propio Galilei, en los 26 años transcurridos entre su primer proceso y su muerte, no pudo libremente profundizar y hacer estudiar a sus discípulos la cuestión copernicana” (Gramsci, 2000, 54).

## **20.4 La reacción eclesiástica en la dirección cultural**

Las consecuencias de la reacción eclesiástica en Italia son desastrosas para la divulgación del conocimiento científico, literario y filosófico. La cultura renacentista se pone en cuestión de principio a fin y se reduce. Desaparecen entonces de Italia los grandes editores. Dice Gramsci que Venecia resiste más pero al final declina y los autores italianos y las obras italianas de Bruno, Campanella, de Vanini, de Galilei, deberán ser impresas en Alemania, en Francia o en Holanda, fuera de Italia. El resultado de esta prohibición es que el Renacimiento italiano llega a su fin. En palabras de Gramsci: “Con la reacción eclesiástica que culmina en la condena de Galileo termina el Renacimiento en Italia aun entre los intelectuales” (Gramsci, 2000, 54).

De manera que esta larga duración de la historia italiana, la cual en los *Quaderni* se remonta, como lo vimos, hasta los tiempos de los emperadores Augusto y César, tiene un proceso definitivo en el Medioevo con los Comunes, pero ellos también serán derrotados. Han pasado 15 siglos desde Augusto y todavía Italia no logra ser un Estado autónomo y políticamente viable; no logra hacerse con un proyecto de nación, no tiene lengua propia y vida nacional, no tiene pues una iniciativa que le posibilite una reforma intelectual y moral para su pueblo. No es una nación, no es un Estado. Es un pueblo pulverizado.

## 21. Capítulo 21

### El *Risorgimento* como proceso histórico abierto

“Si estudias toda la historia italiana de 1815 en adelante, ves cómo un pequeño grupo dirigente logró absorber en su círculo metódicamente a todo el personal político que expresaban los movimientos de masas de origen subversivo. Entre 1860 y 1876, el Partido de Acción, mazziniano y garibaldiano, fue absorbido por la monarquía, dejando un insignificante residuo que continuó existiendo como Partido Republicano con un significado más folklórico que histórico-político. El fenómeno fue llamado «transformismo» y no era un fenómeno aislado; era un proceso orgánico que sustituía, en la formación de la clase dirigente, aquello que en Francia tuvo lugar durante la Revolución y con Napoleón, y en Inglaterra con Cromwell. De hecho, el proceso continúa molecular”. GRAMSCI. Carta a Tatiana, 6 de junio, 1932.

#### 21.1 Antecedentes históricos y políticos del siglo XVIII

El último periodo de análisis histórico, político y cultural que analiza Gramsci estudiando a los intelectuales y a los subalternos para llegar a leer con ello el *Risorgimento*, nos lleva a un debate teórico con una serie de historiadores con los cuales cruza armas de principio a fin. Debemos entonces considerarlos uno a uno y en los casos más representativos para hacer claridad en el asunto de la formación histórica del Estado-nación italiano.

*L'età del Risorgimento italiano* es el libro del historiador Adolfo Omodeo del año 1931. Gramsci sostiene que este es un libro que fracasa como manual escolar. Los hechos que registra no tienen nexos de necesidad histórica. Por lo mismo, tienen juicios de carácter tendencioso. Según la lectura crítica que hace Gramsci, parece que Omodeo quiere ver el *Risorgimento* como un hecho solamente italiano y no en relación con algunos hitos del proceso europeo como lo fue la Revolución Francesa y la invasión napoleónica. Para lograr este cometido la narración, precisa Gramsci, debe iniciar en 1740 y no en 1789 o en 1769 o en 1815. Omodeo, al no hacerlo, fracasa con su historia (Gramsci, 2000, 59).

Entonces lo primero que enseña Gramsci es ubicarnos con respecto al proceso integral europeo en el cual se puede situar el hito histórico-político del *Risorgimento*. Gramsci llama la atención sobre las monarquías ilustradas y cómo ellas no son autóctonas de Italia. Sin embargo, debemos empezar por ahí para buscar los antecedentes más próximos del *Risorgimento*.

Retomemos, en consecuencia, el discurso gramsciano en los *Cuadernos de la cárcel*: “Me parece que puede decirse que la monarquía ilustrada es la derivación política más importante de la edad del mercantilismo, que anuncia los nuevos tiempos, la civilización nacional moderna. ¿Pero ha habido en Italia una edad del mercantilismo como fenómeno nacional? (Gramsci, 2000, 60).

La respuesta a esta pregunta de corte materialista es que no, no ha habido mercantilismo en Italia. Porque si el mercantilismo se hubiera desarrollado se afirman las divisiones del orden en Estados regionales. Ocurrió todo lo contrario: las distintas partes de Italia se encontraban en un estado informe e inorgánico desde el punto de vista económico, por lo cual tampoco había la formación de fuertes intereses en torno a un sistema mercantil-estatal. La no existencia de ambas realidades facilitó la unificación del *Risorgimento* con las debilidades que le son características.

La edad del *Risorgimento*, en palabras de Gramsci, tiene un punto de vista europeo. Específicamente por la acción de la Revolución Francesa en la que se inscribe todo el proceso y del liberalismo como concepción general de la vida, como una nueva cultura y civilización. Así las cosas, el libro histórico de Omodeo que analizamos no logra su objetivo. Omodeo, al decir de Gramsci, como escritor no desarrolla una propuesta para leer la historia europea y mundial, así sea en términos de los nexos que modifican la estructura de las relaciones de fuerzas internacionales que se oponían a la formación de un Estado unitario en Italia. O de aquellas fuerzas internacionales que estimulaban en Italia sus fuerzas autónomas y locales (Gramsci, 2000, 60).

Entonces, y luego de esta crítica a Omodeo, para Gramsci la lectura debe ser la siguiente: existe una edad del *Risorgimento* en la historia desarrollada en Italia, pero no existe en la historia de Europa. En otras palabras: “no existe en la historia de Europa como tal: en ésta corresponde a la edad de la Revolución Francesa y del liberalismo (como la ha tratado Croce, en forma defectuosa, porque en el cuadro de Croce falta la premisa, la Revolución en Francia y las guerras posteriores.” (Gramsci, 2000, 60-61).

Omodeo como historiador, escribe Gramsci, debe advertir el nexo histórico entre el proceso italiano y lo que está pasando en el resto de Europa. Porque el criterio metodológico que sigue utilizando el historiador Omodeo no demuestra que un nexo histórico europea sea también un nexo histórico italiano, inserto en la vida nacional. El nexo internacional es importante, resalta Gramsci. La

personalidad nacional está unida a relaciones internacionales, porque se están estudiando Estados europeos y el contexto continental debe ser ese. Y este proceso no se puede marginar en la discusión.

Recuerda Gramsci cómo hay un periodo de dominio extranjero en Italia, luego de dominio directo y posteriormente uno llamado hegemónico o mixto, es decir, dominio directo más hegemonía. En el año 1500 la península había caído en manos extranjeras y Maquiavelo se alza con una propuesta nacional-democrática, recordando para ello con nostalgia la hegemonía de Lorenzo de Medici en la Florencia durante ese siglo. La forma para conquistarla era por medio de un nuevo príncipe absoluto del tipo de los de España o Francia, tal como leemos en *El príncipe*. Un nuevo príncipe, dice Gramsci, era una suerte de intelectual orgánico para la unidad y dirección del Estado italiano (Gramsci, 1980).

Después se transitó en el siglo XVIII a un nuevo equilibrio europeo. Austria-Francia en bloque entran en una nueva relación internacional con respecto a Italia. Como existe el debilitamiento de las dos grandes potencias europeas, surge una tercera que entra con seriedad a disputarles el poder en la zona: Prusia.

Como ya sabemos, al estudiar el origen del *Risorgimento*, enseña Gramsci, debemos focalizar la atención en el equilibrio europeo de entonces. Este proceso significa advertir, según Gramsci: “los orígenes del movimiento del Risorgimento, es decir del proceso de formación de las condiciones y de las relaciones internacionales que permitirán a Italia reunirse como nación y a las fuerzas internas nacionales desarrollarse y expandirse, no deben buscar en este o aquel acontecimiento concreto registrado en una u otra fecha, sino precisamente en el propio proceso histórico por el cual se transforma el conjunto del sistema europeo” (Gramsci, 2000, 62).

Existe pues un nexo entre estos procesos macros desplegados en el continente europeo y los que se suceden en el tiempo en la península italiana. El Papado, por ejemplo, había sido un elemento importante de los sistemas europeos, pero en el siglo XVIII se debilita la posición estratégica que tenía. Esta debilidad nace de las consecuencias del desarrollo cultural de la Contrarreforma en tanto el Papado como institución se sumó a las fuerzas populares y a las guerras religiosas de exterminio, con lo cual se confundió con las clases dominantes. Se perdió por ello la capacidad de influir directa o indirectamente sobre los gobiernos, presionando ocasionalmente a las masas populares, es decir, a los subalternos. La Iglesia se ha separado entonces de las masas populares, tal es la verdad histórica, por lo cual la debilidad del Papado y de Roma se hace manifiesta.

Entonces volviendo a la pregunta por las monarquías ilustradas, ellas existen por este proceso degenerativo del Papado que estamos comentando. Pasa así Gramsci a recordarnos esta lección: “La política regalista de las monarquías ilustradas es la manifestación de esta pérdida de autoridad de la

Iglesia como potencia europea y por lo tanto italiana, y también inicia el Risorgimento, si es cierto, como es cierto, que el Risorgimento sólo era posible en función de un debilitamiento del Papado como potencia europea, y como potencia italiana, es decir como posible fuerza que reorganizara los Estados de la península bajo su hegemonía” (Gramsci, 2000, 62-63).

## 21.2 ¿Cuándo se origina el *Risorgimento*?

Pese a lo inmediatamente anotado en el párrafo anterior, la inquietud por el origen del periodo histórico es válida todavía: ¿cuándo nace el *Risorgimento*? Existen dos respuestas posibles en la propuesta que seguimos de Gramsci. Los que por un lado dicen que hay un origen autónomo del proceso italiano y luego ocurrió que la Revolución Francesa sobrevino, desviando con ello la tradición italiana; y los que piensan que el proceso histórico-político del *Risorgimento* es dependiente de la Revolución Francesa de 1789 y de sus consecuentes guerras patrias.

Gramsci precisa que la Italia que se unifica hacia 1870 no ha existido siempre. Aunque el sentido común crea lo contrario, una Italia unitaria, dice el autor, no había existido antes del *Risorgimento*. Muchas ideologías políticas han creído que ha existido esta unidad territorial desde hace siglos, entre otras cosas para afirmar con ello que existe alguna herencia del mundo antiguo y de otras tradiciones imperiales. Pero esto no tiene sustento histórico, ni prueba alguna cierta.

Entonces Gramsci debe focalizar su atención en todo el movimiento histórico del *Risorgimento* para leerlo como “historia integral” en tanto es un proceso abierto en el tiempo. Al hacerlo parte desde distintos puntos de vista para advertirnos los elementos esenciales de la unidad italiana, cuestión que sucede como hito en el año 1848 con la primera guerra de Independencia. Anota Gramsci que en ese año existe simultáneamente un proceso revolucionario europeo y especialmente en Italia se suceden una serie de insurrecciones focalizadas: en Milán, Venecia, Sicilia y Nápoles. 1848 era en Italia un año revolucionario, lo es también en buena parte de Europa donde alumbran revoluciones por doquier.

Nuestro autor pasa luego a describir históricamente el hito emancipador de 1848 tal como sigue. Vamos a leerlo *in extenso*: “El 9 de febrero se proclamó en Roma la República Romana, a la que acudieron, entre muchos otros, Mazzini y Garibaldi. El 9 de marzo se formó un triunvirato y poco después una Junta de guerra, ambas con Mazzini. Austria, Nápoles, España y la República Francesa de Luis Napoleón (de quien Mazzini esperaba apoyo) se disputaban el honor de intervenir para salvar al Papa. Las tropas francesas entraron finalmente a Roma el 3 de julio, luego de una heroica defensa que aumentó mucho el prestigio de Mazzini en Italia y de la huida de los principales revolucionarios, que se exiliaron para preparar la revancha. Mientras tanto, a mediados de marzo Carlos Alberto no había tenido otra salida honrosa que recomenzar la guerra, ahora solo, pero inmediatamente fue

derrotado en Novara y debió solicitar un armisticio el 23. Ante las condiciones que le exigía Austria, sin embargo, abdicó en su hijo Víctor Manuel y abandonó el país” (Gramsci, 2000, 54). Con esta renuncia se selló el proceso de la Independencia italiana.

Debemos volver por ello al punto de discusión con respecto a la creencia del sentido común de que la unidad nacional italiana existió siempre. Esta fuerte creencia de una supuesta “unidad cultural” ha existido entre los intelectuales italianos, por lo menos, desde el siglo XIII, cuando se desarrolló una lengua literaria unificada, el llamado “vulgar ilustre” de Dante. Sin embargo, señala Gramsci que este argumento no tiene eficacia directa sobre los acontecimientos históricos que deben considerarse objetivamente.

Otro elemento que resalta la pluma de Gramsci sobre algunos intelectuales es la conciencia de una necesidad de independencia de la península italiana respecto a la influencia de potencias extranjeras. Ninguno de ambos elementos, ni la unidad cultural a partir de la lengua literaria ni la creencia de la independencia de los poderes extranjeros, son expresión de una conciencia nacional unitaria difundida y compacta.

No obstante lo referido, anota Gramsci, existen también unas ciertas condiciones para la unidad nacional. Por ejemplo, la existencia de un equilibrio de las fuerzas internacionales como premisa básica de lo que debe ser la unidad nacional. A saber: “Esto se verificó después de 1748, es decir después de la caída de la hegemonía francesa y la exclusión absoluta de la hegemonía española y austriaca, pero desapareció nuevamente después de 1815; sin embargo el periodo de 1748 a 1815 tuvo gran importancia en la preparación de la unidad, o mejor en el desarrollo de los elementos que debían conducir a la unidad” (Gramsci, 2000, 65).

Volvemos así a un punto estratégico, la posición del Papado, del que sabemos que está fracturado en su poder absoluto, porque estaba vinculado a las fuerzas internacionales y estas viven un proceso de reorganización con el regalismo como tendencia para constituir un Estado, aparte de liberal, laico. Fue en esta coyuntura histórica cuando sobrevino la Revolución Francesa de 1789 y las guerras napoleónicas que le siguieron, procesos que amplían el interés político y nacional de la pequeña burguesía y de los pequeños intelectuales, los cuales se van a crear como oficiales italianos.

Es entonces cuando en la referencia histórica la fórmula “República una e indivisible” adquiere en este contexto de Revolución Francesa una cierta popularidad. El Partido de Acción luego se organiza en 1853 como partido de izquierda liberal; de tendencia republicana proviene de la experiencia de la Revolución Francesa y de sus ecos en Italia. La unidad nacional, en consecuencia, se jugó en el Estado piamontés y en la dinastía de Saboya. Sin embargo, recuerda Gramsci, desde el año 1492 el Piamonte

estaba interesado en la existencia de un equilibrio interno entre los Estados italianos como premisa básica de independencia frente a las potencias europeas. Pero el Estado piemontés no era fuerte, como podía serlo acaso Venecia, para plantear realmente una hegemonía en la Italia septentrional.

Solo después de 1848, cuando son derrotados la derecha y el centro político, y a su vez emergen los liberales con Cavour a la cabeza, solo ahí es cuando el Estado piemontés se convierte en motor de la unidad italiana. Es decir, la derecha representada por Solaro y el centro político con Gioberti y los neoguelfo, en tanto los liberales de Cavour, que no son jacobinos, superan a la derecha política. Pero, como lo recuerda también Gramsci, la superación de Cavour no es cualitativa, porque no conciben la unidad nacional como “movimiento nacional desde abajo”, sino como ampliación del Estado piemontés y del patrimonio de la dinastía en términos de una conquista regia (Gramsci, 2000, 68). Por el contrario, el carácter más nacional lo presentaba entonces el Partido de Acción.

Por eso, volviendo a nuestra inquietud, la apreciación sobre a qué se le llamaba *Risorgimento* es todavía una pregunta que debe plantearse. Y viene a propósito del complejo movimiento histórico que condujo a la unidad nacional, territorial y política de Italia como Estado-nación.

Gramsci apunta que después del Mil se le llamó *Risorgimento* al movimiento de las fuerzas “indígenas” italianas, liderado por los Comunes y que condujo luego al Renacimiento. Dicha realidad tenía un elemento común, que, según sus propias palabras significaba que: “la economía italiana era muy débil y el capitalismo incipiente: no existía una clase fuerte y difundida de burguesía económica, sino en cambio muchos intelectuales y pequeños burgueses, etc. El problema no era tanto liberar a las fuerzas económicas ya desarrolladas de las trabas jurídicas y políticas anticuadas, como crear las condiciones generales para que esas fuerzas económicas pudieran nacer y desarrollarse según el modelo de los demás países” (Gramsci, 2000, 69). Cuestión que al final no se logró.

Gramsci comenta, empero, con una larga digresión que a comienzos del siglo XX existía en Italia una suerte de modelo para comprender el pasado italiano: la conciencia cultural europea, la cual tiene una serie de manifestaciones de intelectuales y políticos que plantean en cuanto tales la necesidad de una unidad europea: el proceso histórico, incluso, tiende a esa unión.

Pero también existe otro hecho contemporáneo de Gramsci que explica ese pasado: la “no resistencia y no cooperación” propugnada por Gandhi. Gandhi, como intelectual dirigente, revive un cristianismo primitivo que el mundo moderno protestante y católico no logra hacer suyo. Este cristianismo primitivo frente al Imperio inglés es semejante a la relación que puede haber entre el cristianismo-helenismo y el Imperio romano. Porque países de antigua civilización, desarmados y militarmente inferiores, son dominados por países técnicamente desarrollados como Inglaterra, pese

a ser insignificantes en términos del número de habitantes. Precisa, en consecuencia, Gramsci: “Que muchos hombres que se consideran civilizados sean dominados por pocos hombres considerados menos civilizados pero materialmente invencibles es lo que determina la relación cristianismo primitivo-gandhismo. La conciencia de la impotencia material de una gran masa contra pocos opresores lleva a la exaltación de los valores puramente espirituales, etc., a la pasividad, a la no resistencia, a la no cooperación, que sin embargo de hecho es una resistencia diluida y penosa, el colchón contra la bala” (Gramsci, 2000, 70).

Igual prédica y práctica comparten los movimientos religiosos populares del Medioevo, como por ejemplo el movimiento franciscano: todos los cuales se atrincheraron en un pacifismo evangélico primitivo. Francisco de Asís, por ejemplo, no quiere saber nada de luchas: está realmente aterrizado con lo que han arrojado las sangrientas cruzadas.

Luego de esta digresión volvemos entonces a la pregunta sobre el origen del *Risorgimento*. Gramsci plantea que la respuesta a esta inquietud está viciada por consideraciones y tendencias políticas inmediatas, ora de escritores italianos, ora de escritores franceses. Estos últimos asumen que la nación italiana debe su unidad territorial a la labor de Francia como potencia internacional, y especialmente a la acción de los dos Napoleones, tanto Napoleón Bonaparte como luego su sobrino Luis Bonaparte.

Los nacionalistas monárquicos, con el historiador Jacques Bainville como intelectual de cabecera, cuestionan la labor de los dos Napoleones en tanto con ello han debilitado la labor de Francia en toda Europa, puesto que han favorecido el despertar de los nacionalismos. Francia, como país unido, se vio entonces despojada de su tradición y sus intereses monárquicos, clericales y antiitalianos. De ahí que no es lo mismo que Francia comparta con grandes Estados sus fronteras patrias que con “estadillos” como lo eran por entonces Alemania e Italia durante el siglo XVIII.

Por otro lado, recordemos que según Gramsci, en Italia la lectura de la influencia francesa se ha leído de la siguiente manera: a) la tesis democrática francófila sostiene que el movimiento de unidad italiana se debe básicamente a la acción de la Revolución Francesa y es por lo mismo una consecuencia de ella; b) la segunda tesis es absolutamente contraria a la anterior, y sostiene que la Revolución Francesa interrumpió, suspendió, el movimiento nacional de unidad italiana (Gramsci, 2000, 71).

Esta última tesis, considerada relevante por Gramsci, tiene a su vez tres derivaciones que con el autor pasamos a considerar. A saber: i- el jusuítico que asume que los sanfedistas, aquellos que aplastaron a la República Partenopea de 1799, en tanto fueron miembros de las bandas de la Santa Sede, eran como organización los únicos elementos respetables y legítimos en el orden; ii- los

moderados, estaban aludiendo a los príncipes reformadores y a las monarquías ilustradas y iii- el movimiento de unidad nacional, por último, había sido interrumpido por los ecos desgarradores de la Revolución Francesa, en tanto ella ocurrió, la intervención de los ejércitos franceses en Italia no interrumpió el movimiento indígena, por el contrario, posibilitó a su vez su continuidad e incluso su posterior triunfo.

Gramsci afirma que buena parte de estos elementos registrados en el párrafo anterior tienen referencia a una literatura que tiene un nombre sugestivo: *Interpretaciones del Risorgimento italiano*. La misma, dice el autor, y no cita desafortunadamente referencias explícitas, tiene muy poca trascendencia en la historia de la historiografía italiana (Gramsci, 2000, 71).

Sin embargo, el historiador italiano Gioacchino Volpe en su artículo “Una scuola per la storia dell’Italia moderna” de 1932 sostiene que el origen del *Risorgimento* debe buscarse antes de la Revolución Francesa. Este origen, sigue diciendo, debe igualmente registrar el cuadro europeo, las corrientes de cultura, las transformaciones económicas y, por último, las distintas situaciones internacionales totalmente nuevas en el panorama europeo.

Gramsci, por su parte, sostiene que con estas afirmaciones de Volpe el historiador Adolfo Omodeo debió llenar su preciado libro *L’età del Risorgimento*. Cuestión que ya abordamos, en tanto reconozcamos cómo las referencias históricas del análisis de Omodeo quedaban desconectadas y por fuera del punto de discusión, es decir del origen del *Risorgimento*. Pareciera, anota Gramsci, que el libro de Omodeo quiere brindar un homenaje polémico a la “tendenciosidad histórica” y no a la historia misma (Gramsci, 2000, 72).

### **21.3 Italia frente a las potencias europeas**

Entonces vuelve Gramsci a los argumentos históricos. En el siglo XVIII se habían modificado las condiciones de la península itálica en el cuadro europeo, ya sea por la “presión hegemónica” de las grandes potencias, Francia y Austria entre ellas, que no querían ver la formación autónoma de un Estado italiano en Europa. En igual sentido, no veían para bien la consideración del Papado como potencia política y cultural que pudiera limitar a los países católicos europeos. En consecuencia, las grandes potencias europeas católicas eran renuentes a aceptar un Estado unificado en Italia, con poder territorial y ejércitos incluidos, y menos bajo la supremacía del Papa en Roma. No solo estaba ocurriendo lo anterior, sino que también se había modificado en el siglo XVIII la importancia de la tradición literaria-retórica que exaltaba intelectualmente el heroico pasado romano, la gloria de los Comunes y del Renacimiento por extensión y, por supuesto, la función universal del Papado como unidad intelectual y moral de todo este proceso (Gramsci, 2000, 72).

Esa atmósfera intelectual beneficiaba en lo posible al Papa. Y con ello al personal eclesiástico y laico-eclesiástico del reino papal. Como lo describe Gramsci era una “máquina” centralizada del ejercicio del poder temporal para beneficio único de la Iglesia católica en todo sus órdenes: cultural, político, jurídico, filosófico y publicístico.

Pero en el siglo XVIII se da inicio a una serie de cambios en esta posición de poder. Una parte de ella se vincula a la institución del Papado con la función ético-política de “hegemonía intelectual y civil” de Italia en el mundo, se entiende. Lo cual se traducirá en el *Primato* giobertiano y el neogüelfismo. Mucho después se organizará en forma orgánica bajo la impronta del Vaticano en el movimiento que se autodenominó Acción católica. La posición preponderante de Italia en esta organización como consecuencia de lo anterior se reduce al mínimo; la parte laica entonces trata de reivindicar la primacía italiana en el mundo independiente del poder papal. Esta línea intelectual confluye en el movimiento que lleva al mazzinianismo en el siglo XIX.

En efecto, en el siglo XVIII esta tradición católica inicia su disgregación para concretarse mucho mejor de forma dialéctica. De manera que esta tradición literario-retórica se está convirtiendo de suyo en un proceso político, organizando el terreno ideológico de las fuerzas políticas en su alineamiento de las masas populares subalternas y llegando con ello a poner en jaque al Vaticano como a las demás fuerzas reaccionarias en Italia. Sostiene por ello Gramsci: “Que el movimiento liberal haya logrado despertar la fuerza católico-liberal y obtener que el propio Pio IX se colocara, aunque fuera por poco tiempo, en el terreno del liberalismo (justo lo suficiente para disgregar el aparato político-ideológico del catolicismo y quitarle la confianza en sí mismo) es la obra maestra política del Risorgimento y uno de los puntos más importantes de la resolución de los viejos nudos que hasta entonces habían impedido pensar concretamente en la posibilidad de un Estado italiano unitario” (Gramsci, 2000, 74).

Retomando esta referencia, Gramsci hace hincapié sobre el hecho en sí de tomar en consideración la transformación de la tradición cultural italiana como factor básico en la investigación sobre los orígenes del proceso histórico llamado *Risorgimento*. Porque si se concibe la destrucción de esa tradición cultural como elemento central para que surja y se desarrolle el elemento activo liberal nacional, con ello adquieren significado otros movimientos como el jansenismo. Así visto el asunto, Gramsci está perfilando un posible estudio por su cuenta: una investigación sobre los “cuerpos catalizadores” en el campo histórico-político italiano. Los cuales, según el autor, son cuerpos catalizadores que no dejan huella definida pero que han tenido una función capital como instrumentos en la creación del nuevo organismo histórico.

El historiador Alberto Pingaud, autor del libro *Bonaparte, président de la République italienne* de 1914, y que por entonces al momento de redactar los *Quaderni Gramsci* estaba preparando un libro intitulado *Le premier Royaume d'Italie*, es uno de los autores que plantean que se precisa fijar la fecha de 1814 como punto de partida y a Lombardía como epicentro del nacimiento del movimiento político que llevará a la toma de Roma en 1870, suceso que funda la nación italiana en su unidad estatal (Gramsci, 2000, 75).

De otra parte, el historiador Baldo Peroni, quien está reseñando a Alberto Pingaud en la presentación que hace Gramsci, sostiene a su vez que el *Risorgimento* se articula cuando se despierta el amor patriótico y este sentimiento se convierte de esta forma en un pensamiento consciente hasta proyectarse a la realidad italiana. Sin embargo, acota el mismo autor, una transformación de este tenor ya se había presentado en la última década del siglo XVIII, en Lombardía, Nápoles, Piamonte y por extensión en todas las regiones de Italia.

Continúa Peroni líneas después sosteniendo sus argumentos: los patriotas que ejecutaron acciones entre 1789 y 1796 al tiempo en que son derrotados fueron enviados al exilio o al patíbulo. Ellos eran los mismos que habían conspirado tanto para la instauración de la República como para darle unidad e independencia a Italia. Justamente, en los años siguientes a estos sucesos es el profundo amor por la independencia lo que anima las acciones de toda la clase política italiana, tanto en la colaboración con el Emperador Napoleón, como cuando van a luchar contra él en los movimientos insurreccionales que se levantan a su paso (Gramsci, 2000, 75).

Gramsci a renglón seguido sintetiza que Peroni no estaba de acuerdo con permitirle al movimiento de la independencia de Italia extenderse como origen más allá de 1798. Por lo mismo, entonces el nacimiento del *Risorgimento* debe buscarse con el tiempo histórico y político de la Revolución Francesa, no antes de ella. Esta tesis que estamos registrando la historiografía nacionalista italiana no la concibe ni la acepta. Gramsci, contra esta tendencia, toma partido por Peroni y afirma que “parece” cierta la tesis que Peroni propuso. En efecto, es cierta en tanto se tome en consideración la relevancia del primer agrupamiento de elementos políticos que llevarán a la formación de los partidos protagonistas del *Risorgimento*, acota Gramsci.

## **21.4 La Revolución Francesa y sus ecos en el *Risorgimento***

Leamos a continuación el argumento histórico y político, de corte materialista e historicista de Gramsci: “Si en el curso del siglo XVIII empiezan a aparecer y a consolidarse las condiciones objetivas, internacionales y nacionales, que hacen de la unificación nacional un deber históricamente concreto (es decir no sólo posible sino necesario), es verdad que sólo después de 1789 ese deber se

hace consciente en grupos de ciudadanos dispuestos a la lucha y al sacrificio. Es decir que la Revolución Francesa es uno de los acontecimientos europeos que más operan para profundizar un movimiento ya iniciado en las “cosas”, reforzando las condiciones positivas (objetivas y subjetivas) del propio movimiento y funcionando como elemento de congregación y centralización de las fuerzas humanas dispuestas en toda la península y que de otro modo habrían tardado más en hallar su centro y comprenderse entre sí” (Gramsci, 2000, 76).

Este mismo tema está en referencia al artículo del historiador Gioacchino Volpe, “Storici del Risorgimento a congresso” del año 1932. El cual refiere el vigésimo congreso de la “Società Nazionale per la Storia del Risorgimento”, celebrado en mayo-junio de 1932. Volpe va señalando que el *Risorgimento* fue inicialmente concebido como “historia del patriotismo italiano”, para pasar después a leerse como “vida italiana del siglo XIX”. Pero desde el siglo XIX se remontó como proceso histórico con nexos al siglo XVIII. Este último siglo fue visto desde el punto de vista del *Risorgimento*, es decir, también como *Risorgimento*: con su burguesía nacional, con su liberalismo, con algunas aspiraciones a la unidad territorial, porque los Estados individuales italianos no podían hacerle frente a la economía invasora de las grandes potencias internacionales europeas. En ese siglo XVIII, sigue Volpe analizando, en efecto, se delinea una nueva relación de fuerzas internacionales, con la entrada de nuevas fuerzas políticas en el ajedrez del poder en Europa. En suma, con lo anterior emerge una nueva realidad italiana y europea que da pábulo al nacionalismo de los literatos (Gramsci, 2000, 76-77).

Gramsci le precisa al historiador Volpe que no advierta la relevancia histórica de la Iglesia católica, la cual sufre una transformación cultural en 1773 bajo la égida del Papa Clemente XIV con un golpe desestabilizador: se disuelve la Compañía de Jesús. Suceso que refuerza el Estado laico y al tiempo consolida la posición contra la injerencia eclesiástica en el Estado. Aunque debe anotarse que la misma Compañía de Jesús se restauró hacia el año 1814 (6 de abril) cuando se selló la derrota histórica del Emperador Napoleón en París con su rápida abdicación.

Gramsci al ir detallando las consecuencias que se sucedieron con la transformación del Papado en Italia durante el siglo XIX, debe registrar también que en el año 1870, cuando como sabemos se funda oficialmente la unidad territorial y política italiana, y con ella se convalide la supresión del poder temporal de la Iglesia tras la toma de Roma, y mientras está escribiendo en la cárcel los *Quaderni*, la situación política era otra: Italia como Estado fascista firmó un Concordato (tratados de Letrán) con la Santa Sede, suceso que ocurrió en el año 1929. De ahí que el autor sostenga que para la historiografía del *Risorgimento* ha obrado con el Concordato una ostensible modificación en sus

referencias históricas: el Vaticano se ha convertido en una de las mayores, o en la mayor, fuerza de atraso científico y de “maltusianismo” metódico en Italia (Gramsci, 2000, 77).

Hubo un tiempo, escribe Gramsci, en que junto con el Vaticano ejercían como fuerzas conservadoras del avance científico tanto la monarquía como el miedo al separatismo territorial. Es así como varios trabajos históricos no fueron publicados por esta misma razón: el libro de historia de Cerdeña del barón Manno, el episodio Bollea durante la guerra, etc. Lo que sucedió después no pudo ser peor para la historiografía del *Risorgimento*: los publicistas republicanos redactaron una historia “panfletaria”, explotando para ello todas las obras históricas existentes. Lo que resultó de lo anterior fue una historiografía apologética y una ausencia de exploración en los archivos. Es decir, en palabras de Gramsci, una “mezquindad” de la historiografía del *Risorgimento* si la comparamos con la de la Revolución Francesa (Gramsci, 2000, 77).

En el tiempo presente que está viviendo Gramsci en la cárcel las influencias monárquicas y separatistas se habían debilitado, pero, según el propio autor, habían aumentado las vaticanescas y las clericales. A partir de ahí se explica no solo el ataque al libro del historiador y filósofo Croce, *Historia de Europa* del año 1933, sino también el libro de 1929, interrumpido en su primer tomo, del historiador Francesco Salata, *Per la storia diplomatica della Questione Romana*.

Existen, no obstante, más referencias en la discusión intelectual. Tomando en consideración otra vez el artículo de Volpe citado, Gramsci aborda el texto del historiador Pietro Silva, *Il problema italiano nella diplomacia europea del XVIII secolo*, en cual fue presentado en el vigésimo “Congreso de la Societa Nazionale per la Storia del Risorgimento”. Volpe registra que en el siglo XVIII existen grandes potencias influenciando a Italia, pero existe una disminución progresiva de dicho dominio directo. Y al mismo tiempo existe un desarrollo de organismos estatales fuertes al norte y al sur de la península itálica. España y Francia firman el tratado de Aranjuez en 1752, luego se sucede el acercamiento entre Austria y Francia que va a dar un estancamiento de cuarenta años entre los dos reinos europeos, cuyos intereses en Italia son por demás manifiestos. Entonces, relata Volpe que en esos cuarenta años del siglo XIX se desarrollan fuerzas autónomas en la península itálica, las cuales se suman a la propuesta de pensar lo unitario del poder estatal italiano. Con estos hitos se originaron las reformas y con ellas vendrían los reformadores en Nápoles, Sicilia, Toscana, Parma, Piacenza y Lombardía (Gramsci, 2000, 78).

Después, como complemento bibliográfico, tenemos al historiador Carlo Morandi con su texto *Le riforme settecentesche nei risultati della recente storiografia*, quien ha estudiado las reformas italianas en el cuadro histórico del reformismo europeo y, a propósito, en ellas, la relación singular

entre reformas y *Risorgimento*. Sobre el particular, nuevamente Gramsci recurre al historiador Volpe, para cruzando diálogo con él, afirmar lo siguiente: la Revolución francesa introduce nuevos elementos en el contexto de la vida italiana. En ese sentido, el *Risorgimento* reelabora todas estas experiencias de la Revolución Francesa, dice Volpe. Incluso lo supera. Porque el *Risorgimento* tiene tradiciones, mentalidad, problemas y soluciones que le son propias. Todo lo cual le posibilita tener a este periodo histórico una cierta continuidad con la edad precedente e, igualmente, le permite interactuar contemporáneamente con otros países (Gramsci, 2000, 79).

Pero para Gramsci algunas afirmaciones de Volpe no son del todo exactas. Como las tradiciones, la mentalidad, los problemas y las soluciones que está justamente acotando. Tales temas no eran unitarios, sostiene Gramsci a Volpe, y, por el contrario, eran múltiples y contradictorios. Entonces Gramsci debe, en consecuencia, ahondar en el asunto: “Las fuerzas tendientes a la unidad eran escasísimas, dispersas, sin nexos entre sí y sin capacidad de crear vínculos recíprocos y eso no solo en el siglo XVIII, sino que se puede decir hasta 1848. Las fuerzas opuestas a las unitarias (o mejor de tendencia unitaria) eran en cambio potentísimas, coaligadas y, especialmente como Iglesia, absorbían la mayor parte de las capacidades y energías individuales que hubieran podido constituir un nuevo personal dirigente nacional, dándoles en cambio una orientación y una educación cosmopolita-clerical” (Gramsci, 2000, 79).

Estas fuerzas nacionales en ascenso deben igualmente cruzar armas con las fuerzas internacionales hegemónicas en cuanto que ellas son factores como lo fue la Revolución Francesa. Labor esta que implicó de un lado exacerbar las fuerzas reaccionarias para luego agotarlas en su sustento, pero, por otro lado, potenciando al tiempo a las fuerzas nacionales, escasas e insuficientes por demás. Gramsci sostiene que esta contribución de la Revolución Francesa es difícil de valorar y al tiempo de definir, pero era, en cuanto tal, una fuerza decisiva, porque le permite dar un primer momento al *Risorgimento* en su hacer histórico.

## **21.5 Algunas interpretaciones historiográficas**

Comentando otras memorias que ha arrojado el “Congreso de la sociedad nacional para la historia del *Risorgimento*” y que estamos citando, Gramsci repara lo siguiente con respecto al texto del historiador Giacomo Lumbroso, intitulado *La reazione popolare contro i Francesi allá fine del 1700*. Lumbroso sostiene que las masas populares campesinas reaccionaron empuñando las armas porque ellas sentían el amor a la patria o apego a la propia tierra y a sus instituciones. El historiador deja de lado el que los nobles hayan sobornado a las masas subalternas, frente a lo cual Gramsci le cuestiona que no tiene en cuenta el “soborno” de los sacerdotes, más eficaz que la de los nobles.

Entonces, a renglón seguido Gramsci apunta lo siguiente, a modo de corrección histórica: “la cuestión de la actitud de las masas populares no puede plantearse independientemente de las de las clases dirigentes, porque las masas populares pueden levantarse por razones inmediatas y contingentes contra «extranjeros» invasores en la medida en que nadie les ha enseñado a conocer y seguir una orientación política distinta de la localista y restringida. Las reacciones espontáneas (en cuanto lo son) de las masas populares solo pueden servir para indicar la «fuerza» de dirección de las clases altas; en Italia los liberales-burgueses siempre han descuidado a las masas populares” (Gramsci, 2000, 80).

Es así como, siguiendo a Gramsci nuevamente, desembocamos en una serie de interpretaciones sobre el *Risorgimento*, útiles en nuestro análisis histórico sobre la formación del Estado-nación italiano. Registra Gramsci que buena parte de la literatura en estas interpretaciones es de carácter político inmediato e ideológico y para nada histórico. Igualmente, debe observarse que es escaso su interés nacional. Lo que sí es evidente para Gramsci es que este tipo de literatura surge en las coyunturas de crisis político-social, cuando existe la separación grave entre los gobernantes y los gobernados, con lo cual se anuncian también acontecimientos catastróficos para la vida nacional italiana. El pánico cunde, con lo cual se faculta a aquellos que quieran suscitar nuevas fuerzas ideológicas en los partidos políticos; a la par de lo anterior, cunde la desesperación y el pesimismo.

La clasificación racional de esta literatura sobre el *Risorgimento* Gramsci la realiza de la siguiente manera y bajo tres parámetros precisos, a saber: 1) interpretaciones en *stricto sensu*: un primer libro es *Lotta politica in Italia* de 1892 y otras obras del historiador Alfredo Oriani. Vale entonces resaltar la influencia de Oriani en el periodista Mario Missiroli, al igual que la producción de los políticos Piero Gobetti y Guido Dorso. 2) este grupo de autores es más “sustancial y serio” al decir de Gramsci, incluso con “rigor historiográfico”, en el cual tenemos a los historiadores Benedetto Croce, Sergio Solmi y Luigi Salvatorelli. 3) las interpretaciones del escritor Curzio Malaparte con su obra intitulada *Italia Barbara* del año 1926 o sus textos sobre la lucha contra la reforma protestante; igualmente el periodista Carlo Curcio con su libro *L`eredità del Risorgimento* del año 1931 (Gramsci, 2000, 82).

Después Gramsci empieza a cuestionar una serie de autores y libros que no tienen el peso histórico para analizar el *Risorgimento*. El primero es el historiador Francesco Montefredini quien presenta “extravagancias”, después viene el historiador Aldo Ferrari quien a la condición de extravagancia del primero suma el que su obra es una novela. Otro grupo de escritores es el que encabeza el politólogo y político Gaetano Mosca con su *Teorica dei governi e governo parlamentare* que data de 1888. A la lista, Gramsci le suma el libro del autor Pasquale Turiello, *Governo e governati in Italia* de 1882; el periodista Leonardo Carpi con su libro *L`Italia vivente. Studi sociali* de 1878; el escritor

Luigi Zinil con su obra *Dei criterio e dei modi di governo* de 1876; el político Giorgio Arcoleo con su libro *Il Gabinetto nei governi parlamentari* de 1881; el autor Marco Minghetti con su obra *I partiti politici e la ingerenza loro nella giustizia e nell'amministrazione* de 1881.

Lo anterior con respecto a los nacionales italianos, porque también en las referencias literarias de Gramsci tienen cabida los autores extranjeros que citaremos a continuación. El economista belga Emile de Laveleye con su libro *Lettere d'Italia* de 1886; von Löhe con su obra *La nouva Italia*; Auguste Brachet de la Academia Francesa con la obra *L'Italie qu'on voit et l'Italie qu'on ne voit pas* de 1881. Igualmente, Gramsci registra una serie de artículos de la "Nouva Antología" y de la "Rassegna Settimanale", en los que están los siguientes autores: el historiador Pasquale Villari, el político Ruggero Bonghi y G. Palma, entre otros, de los cuales no da nombres, salvo un artículo de Sidney Sonnino en "Nouva Antología" intitulado "Torniamo allo Statuto" (Gramsci, 2000, 82).

Comentando la bibliografía que ha citado, Gramsci señala que estos libros históricos son consecuencia de la caída de la derecha histórica y del ascenso de una aparente izquierda, así como de las novedades planteadas al régimen constitucional para erigirlo en régimen parlamentario. Apunta también Gramsci que en buena medida estos libros y referencias son recriminaciones, juicios pesimistas y catastróficos sobre la realidad nacional italiana.

Benedetto Croce, el historiador y filósofo burgués en su libro *Storia d'Italia del 1870 a 1915*, es la referencia que ha tomado Gramsci para afirmar lo que acabamos de leer sobre el pesimismo y el catastrofismo de la independencia y unidad italiana. Por el contrario, los intelectuales del Partido de Acción, así como los publicistas del partido republicano, se oponen a estas consideraciones a propósito de la caída de la derecha histórica y del parlamentarismo, como lo plantea el libro póstumo del historiador Luigi Anelli, el cual Gramsci no cita su nombre, pero debe ser *I sedici anni del governo dei moderati (1860-1876)* de 1929.

Después Gramsci plantea que existe un nexo entre estas diversas épocas de florecimiento de la literatura "pseudohistórica y pseudocrítica". Y como lo referimos, este tipo de literatura obedece a la marcada influencia de elementos conservadores, furiosos por la derrota de la derecha, así como la reducción de la influencia de los grandes terratenientes y de la aristocracia en la vida estatal italiana. Huelga señalar, siguiendo con Gramsci, que esta literatura no tiene ninguna referencia histórica a la tradición reaccionaria. En el pasado lo que existe, señala nuestro autor, son los viejos regímenes regionales y las influencias del Papa y de Austria como Imperio dominando Italia.

Sin embargo, la acusación que se desprende de dicha literatura contra el régimen parlamentario de no llegar a ser nacional, no tiene sustento alguno. Por el contrario, en el análisis de Gramsci, este

argumento es solo el intento de algunos autores de ocultar la intervención de las masas populares, los subalternos, en la vida del Estado italiano. Para redondear esta idea, las palabras textuales de Gramsci son ahora necesarias: “la referencia a una «tradición» italiana de gobierno es necesariamente vaga y abstracta porque una tradición semejante no tiene perspectivas históricamente apreciables: en todo el pasado nunca ha existido una unidad territorial-estatal italiana, la perspectiva de la hegemonía papal (propia del Medioevo hasta el periodo del dominio extranjero) ya se ha confundido con el neogüelfismo” (Gramsci, 2000, 83).

Esta literatura de carácter reaccionario tiene entonces una consideración que debe apuntarse como hecho probado: es anterior a la del grupo de los autores Oriani-Missiroli, cuyo acento era más popular-nacional. Sin embargo, esta última es anterior a la del grupo Gobetti-Dorso, cuyo significado histórico es actual (en el tiempo que escribe Gramsci, se entiende). No obstante, lo referido, ambas tendencias historiográficas presentan un carácter según Gramsci, marcadamente abstracto y literario. Pero, aun así, un punto de interés con respecto a esta literatura es el problema advertido de que en Italia ha faltado una reforma religiosa como la realizada por la reforma protestante en Europa. Este problema, sigue diciéndonos Gramsci, se ha planteado de manera mecánica y exterior y con ello se repiten las referencias de T. G. Masaryk en su libro *Russland und Europa. Studien über die geistigen Strömungen in Russland* de 1913.

En suma, la importancia de toda esta literatura brevemente citada es netamente documental, como marco histórico y debate historiográfico. Si por un lado los escritores de la derecha pintan corrupción política y moral en el periodo de gobierno de la izquierda desde 1876, por el otro lado los autores del Partido de Acción no presentan con buenos ojos el gobierno de la derecha. No ha habido pues un cambio historiográfico entre los autores de la derecha y de la izquierda. No es por el régimen parlamentario italiano que el país está en crisis, anota Gramsci, es por un hecho de que la historia italiana va registrando poco a poco durante los siglos “la debilidad e incoherencia orgánica de la clase dirigente y a la gran miseria y atraso del país” (Gramsci, 2000, 84).

Visto así el panorama intelectual en el contexto histórico del análisis de Gramsci, según él podemos caracterizar una división en tres orillas ideológicas, derecha, centro e izquierda. En la derecha caben los clericales y el partido religioso llamado *Sillabo* que están contra la civilización moderna y el Estado legal, con lo cual quieren conservar la precariedad e inseguridad del nuevo Estado unitario italiano. En el centro político e intelectual encontramos desde los moderados hasta los republicanos. Por último, a la izquierda del espectro político tenemos el país “miserable, atrasado, analfabeto”, que expresa ciertas tendencias subversivas anarcoides, pero que no pueden ganar ninguna dirección política definida, es decir, sin autonomía integral.

## 21.6 El problema de la dirección intelectual y moral

Es manifiesto que para Gramsci existió un problema de dirección política e intelectual en el *Risorgimento*, lo cual se expresa en la pregunta que guía su reflexión: ¿cómo se ha leído la historia de la formación territorial de Italia en el siglo XIX? Responde a su vez el autor: “No existen «partidos económicos» sino grupos de ideólogos desclasados de todas las clases, gallos que anuncian un sol que no quiere asomar” (Gramsci, 2000, 85).

Otras referencias historiográficas que deben tenerse a la vista son las que brinda el grupo Mosca-Turiello. Precisamente el politólogo y político Gaetano Mosca publicó en 1925 su libro *Stato liberal e stato sindacale* y aunque Gramsci sostiene que en 1883 Mosca publicó otro libro, realmente fue en 1884 con el título *Sulla teorica dei governi e sul governo rappresentativo*. Sobre la propuesta de Mosca Gramsci es tajante al decir que en su libro hay inconsciencia y *dilettantismo* político, que al igual es tosco y con un sentido claramente reaccionario en sus planteamientos. Aunque el libro de Mosca es útil como documento histórico, no dejan de ser sus conceptos políticos vagos y fluctuantes las más de las veces. Igualmente, se advierte, sigue diciéndonos Gramsci, que en sus análisis de la burocracia civil y militar Mosca ofrece a veces increíblemente cuadros de costumbres pero, como lo refiere nuestro autor, “con una sustancia de verdad” (Gramsci, 2000, 86).

Esta síntesis apretada de la historiografía sobre el *Risorgimento*, con planteamientos ideológicos y “novelas históricas” incluidas, pretende hallar una suerte de balance conceptual sobre la unidad nacional italiana, desde la lejana Roma imperial hasta el presente en el que escribe Gramsci. E incluso antes de Roma como era la propuesta del político y sacerdote Vincenzo Gioberti. Esta pretensión, señala Gramsci, era el reflejo de un fanatismo ideológico que buscaba “resanar” las debilidades estructurales de Italia, con lo cual se buscaba, igualmente, impedir el derrumbe temido, que no era posible detener.

## 22. Capítulo 22

### El debate intelectual sobre el *Risorgimento*

“La misma investigación se podría llevar al periodo de 1750-1850 cuando aparece la nueva formación burguesa que culmina en el Risorgimento. El modelo que podría servir es el de Groethuysen (*Origenes de l'espirit bourgeois en Francia: 1er. Vol. L'Eglise et la Bourgeoisie*), naturalmente que integrado con los motivos particulares de la historia social italiana. Las condiciones del mundo, del Estado y de la vida contra la que tuvo que combatir el espíritu burgués en Italia no se asemejan a las que existían en Francia”. GRAMSCI. *Cuadernos de la cárcel*, “Formación y difusión de la nueva burguesía en Italia”.

#### 22.1 Debates historiográficos sobre los intelectuales

Atado a las discusiones teóricas del capítulo anterior, vamos a continuar esta reconstrucción de la “historia integral” del *Risorgimento* con la importancia que se otorgan los intelectuales de la pequeña burguesía frente a las clases económicas, atrasadas y políticamente incapaces de tener dirección política en Italia. De ahí que la unidad nacional sea sentida como “aleatoria” en virtud de que las fuerzas salvajes no conocidas se agitan en la base social. Es así como la llamada “dictadura de hierro” de los intelectuales, sumado a los grupos urbanos terratenientes, “sobreejecitan” a sus militantes con el mito de la poderosa “fatalidad histórica”. Entonces, es cuando se asiste a la selección de voluntarios de la nación en abstracto y se deja de lado por último la adhesión orgánica de las masas populares nacionales al Estado italiano (Gramsci, 2000, 87). Un fracaso más.

Maquiavelo, volviendo con él, al decir de Gramsci, planteó reemplazar los mercenarios extranjeros por milicias nacionales. Suceso político muy relevante que solo se puede resolver cuando el

voluntarismo sea reemplazado por el hecho nacional-popular de las masas subalternas, entendiendo por tal que el voluntarismo es igualmente tan peligroso como los mercenarios.

Después de este análisis contra el voluntarismo de algunos intelectuales, Gramsci perfila nuevas referencias con respecto a cómo entender los acontecimientos históricos en estas interpretaciones ideológicas de la formación social italiana en pro de la unidad territorial y nacional. A esta serie de referencias las llama “historia fetichista”, porque para esta propuesta literaria lo importante son los personajes abstractos y mitológicos, los cuales le dan sentido a la realidad histórica. Un ejemplo claro de esta “historia fetichista” que concibe la historia a través de figuras mitológicas es el libro *la Lotta politica* de Alfredo Oriani de 1921.

Oriani, al decir de Gramsci, no tiene en cuenta por un lado que todo proceso histórico es documento de sí mismo y por otro que el presente ilumina y justifica el pasado. Entonces lo que leemos en él es mecanizado, exteriorizado y reducido a una ley básicamente determinista. Existe en él pues una “unilinealidad” en esta lectura, porque el horizonte histórico se reduce a confines geográficos nacionales previamente definidos y el acontecimiento, en cuanto tal, es aislado del registro de la historia universal y también del sistema de las relaciones internacionales (Gramsci, 2000, 87).

Gramsci, con todo lo analizado, perfila en estas discusiones con estos autores citados un proceso de investigación fallido e ideologizado con respecto a este pasado real de la formación social italiana, que en el caso de las investigaciones puntuales que hemos referido siguiendo a nuestro autor, se practica con regularidad. Gramsci precisa en consecuencia: “El problema de la investigación de los orígenes históricos de un acontecimiento concreto y circunstancial -la formación del moderno Estado italiano en el siglo XIX- se transforma en el problema de ver a ese Estado, como unidad o como nación o genéricamente como Italia, en toda la historia precedente, como el pollo debe encontrarse en el huevo fecundado” (Gramsci, 2000, 88). Y no puede ser así concebido un problema histórico capital en la formación del Estado.

Entonces para abordar de la mejor manera este problema Gramsci sigue las indicaciones del filósofo marxista Antonio Labriola en su libro *Scritti vari di filosofia e politica* de 1906, así como en su otro texto *Saggi sul materialismo storico*. En igual sentido sostiene que es necesario leer al historiador y filósofo Benedetto Croce en su libro *Storia della storiografia* que data del año 1917.

Retomando entonces la lección de Labriola puede estudiarse la reacción que han tenido en las obras históricas y políticas los textos del historiador Gaetano Salvemini, el cual se resiste a saber algo a propósito de los güelfos y los gibelinos, en tanto partido de la nobleza y del Imperio, el primero, y el segundo en tanto partido del pueblo y del Papado. Para el intelectual Salvemini ambas agrupaciones

no pueden ser otra cosa que partidos de carácter local y no coinciden con lo que significó realmente el Papado ni menos con lo que fue el Imperio. Una muestra de este talante conceptual y que considera Gramsci válido de mostrar es la conceptualización con “exageraciones antihistóricas” que tiene Salvemini en su libro *La Rivoluzione francese*, donde asigna los acontecimientos y cada hecho a los individuos o al grupo de individuos, y no al bloque llamado Revolución Francesa (Gramsci, 2000, 88).

No obstante, para Gramsci la metodología del historiador Salvemini presenta serias incongruencias pues su planteamiento es muy unilateral. De ahí que se pregunte si esta es una historia “integral” o una historia “polémica” o, mejor, polémicamente complementaria. Entre tanto, otra referencia crítica viene al auxilio de la lectura histórica de Gramsci. El historiador Adolfo Omodeo sostiene que Salvemini ponía la tesis del *Risorgimento* como “pequeña historia”, entendiendo por tal que el mismo *Risorgimento* como proceso era una obra de las minorías contra la apatía de la mayoría de la población.

Sin embargo, Omodeo en su libro *L'età del Risorgimento* de 1931 tiene una interpretación y una reconstrucción extrínseca y aparatosa del periodo estudiado. Gramsci sostiene que es cierto que el *Risorgimento* fue el aporte italiano al gran movimiento europeo del siglo XIX, también entiende que la “hegemonía del movimiento” en el cuadro europeo no estaba en Italia con el *Risorgimento*, proceso histórico en el que también estaban presentes las masas subalternas con sus vacilaciones. Cavour y Mazzini, los líderes probados del movimiento, para Gramsci tienen una grandeza individual y se destacan en el horizonte político e histórico italiano. De manera que las afirmaciones de Omodeo sobre que el *Risorgimento* fue una “pequeña historia” son malévolas y hasta triviales (Gramsci, 2000, 89).

## 22.2 Una “historia integral” para el presente

Omodeo, en efecto, no logra comprender que la concepción que él tacha del *Risorgimento* como “pequeña historia” fue el único intento de nacionalizar a las masas subalternas, creando en consecuencia un movimiento democrático con raíces y exigencias igualmente italianas. Con lo citado anteriormente debemos referir ahora un apunte para tener en cuenta a propósito del llamado método filológico materialista gramsciano para escribir la “historia integral”. Enseña Gramsci: “la historia del pasado no puede dejar de escribirse con y por los intereses actuales (...) Explicar cómo se dio concretamente el *Risorgimento*, cuáles son las fases del proceso histórico necesario que culminó en ese acontecimiento determinado puede ser sólo un modo de representar la famosa «objetividad» exterior y mecánica. A menudo se trata de una reivindicación «política» de quien está satisfecho y en

el proceso al pasado ve justamente un proceso al presente, una crítica al presente y un programa para el porvenir” (Gramsci, 2000, 90).

Con esta cita riposta Gramsci la crítica levantada por el grupo Croce-Omodeo y compañía, porque están “santificando” el periodo liberal de Italia; el libro de Omodeo, *Momenti della vita di guerra* de 1934 se presta para este objetivo al mostrar en él el periodo giolittiano (Giovanni Giolitti) al finalizar el siglo XIX y comienzos del siglo XX como un periodo de idealismo y heroísmo. La historia de Italia es más que eso, piensa Gramsci. Y apunta: “Y si escribir historia significa hacer historia del presente, es un gran libro de historia el que en el presente ayuda a las fuerzas en desarrollo a adquirir mayor conciencia de sí mismas y por lo tanto a ser más concretamente activas y poderosas” (Gramsci, 2000, 90). Esta es justo la función que logra el historicismo absoluto en Marx y en Gramsci: escribir historia es hacer historia del presente con lo cual se ayuda a las fuerzas históricas en lucha social a cobrar conciencia de sí y un horizonte de praxis política. Para esto, pensamos con Gramsci, se debe escribir la “historia integral”.

Esta es la significación material de la “historia integral” como documento abierto a la creación humana de lo común. Frente a esta apreciación materialista, las referencias filológicas que hemos considerado siguiendo la lectura de Gramsci sobre la historiografía del periodo de estudio son interpretaciones que pecan de ser ideológicas sobre el *Risorgimento*, porque no intentan suscitar fuerzas políticas actuales, ni siquiera las presumen. En esta labor sin trascendencia política en el presente italiano, sindica Gramsci, han caído muchos autores: literatos, aficionados, pequeñas camarillas de intelectuales sin futuro, mercenarios de la ciencia, cretinos del bolígrafo y lacayos intelectuales como el periodista Mario Missiroli.

No obstante, la existencia este cuestionamiento a estas obras literarias y a autores cuestionados por la pluma de Gramsci y que hemos citado con cierto detalle, las interpretaciones ideológicas de la formación social italiana de la nación y del Estado deben poderse estudiar por separado. Según Gramsci deben estudiarse porque son un documento del “primitivismo” de los viejos partidos políticos, del empirismo inmediato de toda acción constructiva y de la ausencia en Italia de todo movimiento “vertebrado”. Esa falta de perspectiva histórica en los programas de partido político ha permitido el florecimiento de “novelas ideológicas” como premisas de los movimientos políticos. Todo ello faculta la creación de movimientos espontáneos que difunden un tipo particular de opinión pública favorable a los grupos dominantes, con lo cual no está de acuerdo Gramsci. Compañías de fortuna ideológica, al tiempo ellas son siervas de los grupos plutocráticos. Pippo Naldi, como intelectual de referencia, es uno de estos organizadores, quien a su vez ha sido discípulo de Oriani y organizador de Missiroli (Gramsci, 91-92).

Enfilando baterías contra el intelectual Missiroli, Gramsci sintetiza las ideas de ese autor, tal como siguen. 1) el *Risorgimento* fue una conquista regia y no un movimiento popular, 2) El *Risorgimento* no resolvió el problema histórico de las relaciones entre Estado e Iglesia, en tanto un pueblo que no había sentido la libertad religiosa plena no podía vivir la libertad política. Si es así, explica Gramsci, entonces fue la ausencia de la Reforma protestante en Italia la que explicaría el análisis de todo el *Risorgimento* y también de la historia moderna nacional.

Aquí Missiroli luego aplica a Italia el criterio hermenéutico que aplicó el historiador Masaryk a la historia rusa, sin importar que Labriola haya tenido razón en su crítica a Masaryk. Sostiene, en consecuencia, Gramsci: “Igual que Masaryk, Missiroli (a pesar de sus relaciones con G. Sorel) no comprende que la «reforma» intelectual y moral (es decir, «religiosa») de alcance popular en el mundo moderno se dio en dos momentos: en el primer momento con la difusión de los principios de la Revolución Francesa, en el segundo momento con la difusión de una serie de conceptos tomados de la filosofía de la praxis y a menudo contaminados de filosofía iluminista y luego de evolucionismo científicista” (Gramsci, 2000, 92).

Esa reforma religiosa que citamos tiene de suyo una significación histórica, pese a ser difundida en formas burdas y en opúsculos. Lo que existió históricamente fue un problema revelado en los dirigentes de esa reforma, en su incoherencia, y también en la ausencia de un carácter fuerte y enérgico.

Missiroli, dice Gramsci, tampoco hace suya la pregunta de por qué la minoría que guió el movimiento del *Risorgimento* no fue el pueblo subalterno, ni ideológicamente asumiendo un programa democrático ni económicamente con la reforma agraria. Y ello fue así porque el campesinado era casi todo el pueblo de entonces y la Reforma protestante coincidía con la guerra de campesinos en Alemania y con los conflictos entre nobles y burgueses en el caso de Francia (Gramsci, 2000, 93).

Corrigiendo a Missiroli, nuevamente Gramsci afirma que la minoría italiana que tuvo en su haber dirigir el movimiento unitario en verdad se interesaba por intereses económicos y no por fórmulas ideales. En efecto, combatió para que los grupos y las clases subalternas no intervinieran en la lucha y con ello impedía que esos mismos subalternos pudieran convertirla en una lucha social, incluida la reforma agraria en ella. También corrige Gramsci a Missiroli cuando este dice que el socialismo era la forma más poderosa que asumió la reacción antiliberal y antiunitaria. Ese socialismo que Missiroli caracterizaba como el partido de los pobres y de la plebe hambrienta es el mismo que cuestiona el autor porque deja atrás los principios políticos para irse tras las cuestiones económicas materiales.

Entonces es cuando Gramsci se hace esa misma pregunta, a propósito de si la unificación nacional de Italia y la formación de su Estado con el *Risorgimento* debía necesariamente desembocar en el nacionalismo y en el imperialismo militar, el mismo que lo ha conducido a la cárcel donde está escribiendo estas notas en sus *Quaderni*. Y es así como se responde: “Cabe sostener que ese desenlace es anacrónico y antihistórico (es decir artificioso y de corto alcance); en realidad está contra todas las tradiciones italianas, primero romanas, después católicas. Las tradiciones son cosmopolitas. Que el movimiento político tuviera que reaccionar contra las tradiciones y dar lugar a un nacionalismo de intelectuales puede explicarse, pero no se trata de una reacción orgánico-popular” (Gramsci, 2000, 94-95).

Existió, en efecto, la experiencia durante el *Risorgimento* entre Mazzini y Gioberti cuando trataron de insertar el movimiento nacional en la tradición cosmopolita, creando el mito verbal de la misión de Italia como “nueva cosmópolis europea y mundial”. Pero fracasaron de principio a fin. Porque dicha misión estaba fundada en el pasado y no en las condiciones propias del presente italiano. Pero estos mitos siempre han habido en Italia con ejemplos de postín: Quintino Sella, Ernico Carradini y D’Annunzio.

Precisando lo que ha referido, Gramsci debe apuntar lo siguiente: “El que un acontecimiento se haya producido en el pasado no significa que tenga que reproducirse en el presente y en el futuro; las condiciones para una expansión militar en el presente y en el futuro no existen y no parece que estén en proceso de formación. La expansión moderna es de tipo financiero-capitalista. En el presente italiano el elemento “hombre” es o bien el “hombre capital” o bien el “hombre trabajo” (Gramsci, 2000, 95).

Si esto es así, la expansión italiana solo puede ser obra del hombre-trabajo. Gramsci en ese sentido aboga por un cosmopolitismo de tipo moderno y no tradicional que desarrolle al hombre-trabajo italiano en el mundo. Como productor de civilización. Con lo cual el autor sardo aboga igualmente porque la tradición italiana se desarrolle dialécticamente en el pueblo trabajador y en sus intelectuales dirigentes. Todo el pueblo: el obrero, el campesino y especialmente el campesino meridional. Para Gramsci en la tradición de Italia y en su propia historia está la reconstrucción del mundo económicamente en forma unitaria. Incluso, dice Gramsci, se puede demostrar que el Emperador César en la antigua Roma, con quien hemos empezado este recorrido histórico por la formación del Estado italiano, hace parte de los orígenes de la larga tradición en pro de la unidad italiana. En suma: “La misión del pueblo italiano está en la renovación del cosmopolitismo romano y medioeval, pero en su forma más moderna y avanzada” (Gramsci, 2000, 96).

### 22.3 La biografía nacional en la historia de Italia

Otra discusión que va a plantear Gramsci es contra la historia patria leída como “biografía” nacional. La función que se articula ahora es con respecto al tema del sentimiento nacional, que se ejerce sobre las grandes masas. Esta propuesta de leer de esta manera la historia tiene dos características: i-, que lo que se desea ha existido siempre, pero no se puede manifestar y ii-, esta propuesta ha dado lugar a una historia popular oleográfica en la que Italia es vista como una madre con hijos buenos e hijos malos. En general, anota Gramsci, este tipo de historia nació por razones políticas y de propaganda.

Sin embargo, en el tiempo en que escribe Gramsci esa historia es abiertamente antihistórica por dos cosas: porque contradice la realidad histórica y porque al disminuir la trascendencia de los hombres concretos del *Risorgimento* ha impedido valorar en su real dimensión sus esfuerzos y luchas, contra los enemigos externos y las fuerzas nacionales internas que se oponían a la unidad italiana, y que debieron combatir (Gramsci, 2000, 97).

Aflora de otra forma una comparación con la historia de Francia y sobre ese mismo periodo del siglo XIX. Napoleón y Luis Felipe se llamaron a sí mismos emperador de los franceses, el primero, y rey de los franceses, el segundo. Esta denominación, es claro, tiene un carácter “nacional popular” profundo. Es decir, es una ruptura con el anterior Estado patrimonial existente, porque con esta nueva expresión política se le da una mayor relevancia a los hombres, en este caso, los franceses, que al territorio en cuanto tal, Francia, verbigracia.

En la historia de Italia sucede otra cosa muy distinta. Las diversas “doctrinas” sobre el *Risorgimento* han derivado en una suerte de sectarismo que caracteriza a la mentalidad italiana, manifestándose en cierta manía de persecución. Esa mentalidad que proyectó una “misión” nacional pervive en las corrientes democráticas de origen mazziniano como en las fuerzas conservadoras de origen neogiulfo o giobertiano. El supuesto del que parte este sectarismo es que fue Francia, como gran potencia en formación, la que arrancó a Italia la primogenitura civil de la larga herencia romana. No obstante, durante el *Risorgimento*, la lucha que se libró contra Austria atenuaba este posible sentimiento (Gramsci, 2000, 97).

Gramsci apoyándose en lo anterior, se hace una serie de preguntas que vienen al caso. Y en nuestra investigación debemos considerar también: “¿En la formación del Estado unitario italiano ha habido “herencia” de todas las funciones político-culturales desarrolladas por los Estadillos individuales precedentes o hubo, desde ese punto de vista, una pérdida? Es decir, ¿la posición internacional que ocupó el nuevo Estado resumía las posiciones particulares individuales de los Estados regionales

precedentes, o bien se perdió algo paralelamente a lo que se ganó? ¿Y las pérdidas tuvieron consecuencias en los años de vida unitaria de 1861 a 1914?” (Gramsci, 2000, 97-98).

A estas preguntas le siguen una serie de sugestivas propuestas que realiza el autor como por ejemplo la posible relación de los distintos Estados de la bota itálica (Piamonte, Nápoles y Venecia) antes y después de la unificación con respecto a sus vínculos individuales con Francia, Austria, Rusia, Inglaterra, según el caso, y también con respecto a la Iglesia católica. Necesitamos continuar la reflexión para dar una serie de respuestas favorables a las inquietudes que Gramsci consigna a su paso.

Todo lo cual nos lleva a hacer claridad sobre cuál es el problema histórico que está investigando Gramsci sobre el *Risorgimento*. En efecto, es el problema de la dirección política e intelectual en la formación y el desarrollo de la nación y del Estado moderno en Italia. En este problema histórico descubriremos que la cuestión pasa por la labor que han tenido los intelectuales y su dirección ético-política con respecto a los grupos y las clases subalternas.

Durante el *Risorgimento*, especifiquémoslo, existen dos grupos sociales definidos. Por un lado tenemos a los moderados con el neoguelfo Gioberti y por el otro está el Partido de Acción con Mazzini, Garibaldi y Cattaneo como sus intelectuales de avanzada. Los moderados, dice Gramsci, representan un grupo social homogéneo, por lo cual su dirección sufrió oscilaciones limitadas pero con un marcado horizonte progresivo. Por el contrario, el Partido de Acción, de tendencia de izquierda, que no se apoyó en ninguna clase histórica, sufrió ciertas oscilaciones que tenían que ver con los intereses que abrigaban en su interior el grupo de los moderados. De manera que la conclusión política de este vínculo histórico es que el Partido de Acción fue guiado por el grupo de los moderados. En otras palabras: el Partido de Acción fue conducido indirectamente por el intelectual Cavour y por el rey Víctor Manuel II (Gramsci, 2000, 99). Es decir, los republicanos liberales del Partido de Acción, no tenían autonomía política como grupo social. Por lo mismo, no podían ser dirigentes históricos de la unidad italiana y perdían frente a Cavour y el rey Víctor Manuel II. Y así lo hicieron.

## **22.4 La hegemonía civil durante el *Risorgimento***

Luego de esta caracterización intelectual sobre los dos bandos en disputa política e ideológica durante el *Risorgimento*, Gramsci tiene que asumir cuál es la lección metodológica que saca en limpio, en términos de lo que arroja el estadio concreto de la historiografía del periodo analizado, leído en horizonte del historicismo absoluto. La lección no puede ser otra que la hegemonía civil como proceso histórico y político. Por ello, leamos a continuación el siguiente párrafo: “El criterio

metodológico sobre el cual es preciso fundar nuestro examen es este: que la supremacía de un grupo social se manifiesta en dos modos, como “dominio” y como “dirección intelectual y moral”. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a “liquidar” o a someter incluso por la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente ya antes de conquistar el poder gobernante (ésta es una de las condiciones principales para la conquista misma del poder); después, cuando ejerce el poder y aun cuando lo tenga fuertemente en sus manos, se vuelve dominante pero debe continuar siendo “dirigente” (Gramsci, 2000, 99).

Para comprobar estas palabras Gramsci va a sostener que los moderados continuaron siendo el grupo dirigente del Partido de Acción después incluso de los años 1870-1876. El “transformismo”, entonces, fue la expresión parlamentaria de esta “acción hegemónica intelectual, moral y política”. En efecto, toda la discusión de las páginas precedentes sobre cómo leer la historia de la formación social italiana, la llamada unidad territorial y nacional, ha desembocado en la relevancia del concepto de hegemonía como elemento de análisis histórico-político. La hegemonía luego es un concepto situado en la “historia integral” de la formación del Estado moderno italiano. Y con ella se articula y levanta una “historia integral” de los grupos y las clases subalternas y de sus respectivas luchas.

Sigue por ello Gramsci diciéndonos que no podemos olvidar toda la vida estatal italiana desde 1848 hacia adelante, la cual se caracteriza por el “transformismo”: la elaboración de una clase dirigente cada vez más amplia en los cuadros adscritos a los moderados, así como la derrota liberal de las experiencias de utópicas neogiulfas y federalistas del Partido de Acción, que implicaron al final la absorción de los diversos elementos activos de los potenciales grupos aliados e incluso de los mismos adversarios. A este proceso histórico-político de formación hegemónica se le llama, en efecto, “transformismo”. Acota por ello Gramsci: “En ese sentido, la dirección política pasó a ser un aspecto de la función de dominio, en cuanto la absorción de las élites de los grupos enemigos lleva a la decapitación de éstos y a su aniquilación por un periodo a menudo muy largo. En la política de los moderados se ve claramente que puede y debe haber una actividad hegemónica aún antes de la toma del poder y que no es preciso contar únicamente con la fuerza material que da el poder para ejercer una dirección eficaz: precisamente la brillante resolución de estos problemas posibilitó el Risorgimento en las formas y en los límites en que se llevó como “revolución pasiva” para emplear una expresión de Cuoco en un sentido un poco diverso del de Cuoco” (Gramsci, 2000, 99-100).

La forma y los medios con los cuales los moderados pudieron hacerse a la “hegemonía intelectual, moral y política” fueron de carácter liberal-republicano, vía iniciativa individual, “molecular” y “privada”, sin programa alguno de partido político. Era lo normal entonces en virtud de que los

moderados eran no solo el grupo dirigente de diversos grupos sociales, sino los intelectuales orgánicos del proceso de la unidad italiana.

La historia italiana luego arrojó que el Partido de Acción no supo emplear diversos sistemas organizativos para afincar su liderazgo político sobre los grupos y las clases subalternas ayudando a transformar su precario y contradictorio sentido común. En el entretanto los moderados eran intelectuales “condensados”, vale decir una vanguardia real, orgánica de las clases altas italianas en tanto ellos mismos eran económicamente de las clases altas. Al tiempo eran intelectuales y organizadores políticos, así como directores de empresas, grandes agricultores, administradores de propiedades, empresarios comerciantes e industriales. Con esta conformación social tan variopinta, tan variada y orgánica, los moderados atrajeron de forma espontánea a la masa de los intelectuales en la península (Gramsci, 2000, 100). Con ello se hicieron dominantes.

A renglón seguido, apunta Gramsci lo que él llama la coherencia metodológica de un criterio de investigación histórico-política. Detengámonos en su reflexión y leamos: “no existe una clase independiente de intelectuales, sino que cada grupo social tiene un grupo propio de intelectuales o tiende a formárselo; sin embargo, los intelectuales de la clase histórica (y realmente) progresiva, en las condiciones dadas, ejercen tal poder de atracción que terminan en último análisis, por subordinarse a los intelectuales de los demás grupos sociales y por lo tanto por crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales con vínculo de orden psicológico (vanidad, etc.) y a menudo de casta (técnico-jurídico, corporativo, etc.)” (Gramsci, 2000, 101).

Se puede verificar este hecho, señala Gramsci. En efecto, de forma espontánea cuando en los periodos históricos en que el grupo social es progresivo y hace avanzar a la sociedad entera no solo satisfaciendo sus exigencias existenciales básicas, sino ampliando cada vez más sus cuadros dirigentes al tomar nuevas esferas de actividad económico-productiva. Entonces la acción hegemónica intelectual y moral se materializa en una nueva realidad al hacerse economía.

Cuando se ha agotado la función espontánea del grupo social dirigente en cuanto tal, el bloque ideológico tiende a vivir la crisis y desmoronarse, tiempo en el cual la “espontaneidad” de la dirección del grupo que comanda debe ser sustituida por la “coacción” cada vez menos indirecta, hasta llegar incluso a las acciones policiales de choque y de golpes de Estado, incluso. De la dirección a la dominación, tal es el proceso político en la relación de fuerzas históricas. Subrayemos que nunca se pierde la dominación en este proceso hegemónico: el poder político es también una lógica de dominio.

## **22.5 El Partido de Acción y sus crisis intelectuales**

En cuanto al Partido de Acción, volviendo con él, era claro que no podía ser él mismo el llamado grupo dirigente, hegemónico, que condujera a la unidad italiana. Por el contrario, el Partido de Acción era el atraído e influido por el pánico que se podía vivir con respecto al año revolucionario de 1793 y el terror jacobino impuesto, así como el vivido también por los sucesos de Francia entre los años de ruptura revolucionaria de 1848-1849. Todo lo cual con creces desmotivaba políticamente al Partido de Acción para no tomar para sí reivindicaciones populares como la bandera de la reforma agraria a favor de los grupos y las clases subalternas, más cuando uno de sus líderes, Garibaldi precisamente, estaba en subordinación política e ideológica con los jefes de los moderados, es decir, del ala que debía combatir y derrotar.

El Partido de Acción, liberal en términos ideológicos, sumaba una serie de crasos errores, por ejemplo, no contaba con un programa orgánico de gobierno que asumiera las reivindicaciones populares de los campesinos subalternos para lograr ser dirigidos. Este fue el gran error histórico y político de los liberales, comenta Gramsci. Ese simple hecho orgánico le hubiera permitido al movimiento liberal-republicano ganar fuerza y autonomía políticas. Y con ello le hubiera imprimido al *Risorgimento* un carácter popular y democrático, es decir, subalterno que no tenía. Pero no. A la atracción espontánea que ejercían los moderados no le opuso el Partido de Acción resistencia alguna, ni una contraofensiva organizada articulada por un programa popular realizable en el escenario del campesinado subalterno sin tierras (Gramsci, 2000, 101-102). Un gran fracaso.

Respecto a los moderados, es decir, los conservadores, el ejemplo que ofrece Gramsci es el movimiento “católico-liberal” que logró impresionar al Papado y lograr incluso paralizarlo al desmoralizado. Llegó igualmente a llevarlo al aislamiento en la península y luego en toda Europa. Tiempo después el Papado aprendió la lección y ha sabido maniobrar a la perfección este problema: primero con el modernismo y luego con el populismo, como corrientes ideológicas en cuestión. Movimientos estos que son debidos a la atracción espontánea que ofrece el historicismo moderno de los intelectuales laicos de las clases altas y, por otro lado, al movimiento histórico de la filosofía de la praxis haciéndose sentido común. La respuesta de la Iglesia a esta coyuntura intelectual y en esta lucha social no se hizo esperar, por un lado ahogó el modernismo, pero por otro desarrolló la corriente del populismo como base económico-social del mismo modernismo.

El llamado Partido de Acción, de corte republicano y de izquierda, sostiene Gramsci, no fue entonces de acción ni de praxis. Fue por el contrario un “organismo de agitación y de propaganda” que le sirvió a los moderados en sus amplios intereses políticos. Pero también deben sumarse las disensiones y los conflictos internos del Partido de Acción como los apasionados odios que su jefe Mazzini desencadenó en compañeros como Garibaldi, Felice Orsini y otros. Y, por supuesto, tal vez

lo más importante de este proceso es que hizo falta una dirección política e ideológica, firme y orgánica con intelectuales igualmente orgánicos que condujeran el proceso político e ideológico por el sendero de la hegemonía civil con los subalternos en formación escalonada (Gramsci, 2000, 102). Sus dirigentes, entonces, no pudieron hacer el cambio social en la historia, sellando su derrota.

Desentrañando ideológicamente, entonces, lo que fue el Partido de Acción, Gramsci sostiene que este grupo político de vertiente republicana tenía una retórica tradicional de la literatura italiana. Por ejemplo, confundía la unidad cultural en la península itálica con la unidad política y territorial de las masas subalternas ajenas a estas tradiciones. Sobreviene a continuación la comparación necesaria con el hacer de los jacobinos. Estos grupos revolucionarios lucharon para unir el campo con la ciudad, lográndolo con éxito revolucionario en las calles de París. Sin embargo, la derrota histórica del jacobinismo ocurrió porque no lograron contar con las exigencias de los obreros parisinos ni los ganaron para sí, aunque después estos intereses materiales continuaron de otra forma bajo los mandatos ideológicos de Napoleón como jefe del proceso que le siguió. Desde entonces, esta unidad campo-ciudad ha estado presente en buena parte de la literatura política francesa. Eugenio Sué, uno de sus intelectuales más probados, fue uno de los autores de referencia para plantear este problema histórico, en tanto era un novelista popular atado a la tradición política jacobina y abrevando de ella.

Siguiendo otra vez al historiador Adolfo Omodeo Gramsci precisa que Mazzini como dirigente del Partido de Acción tenía un pensamiento antifrancés, con lo cual impregnó a todo el partido por él representado de esta ideología conservadora. Sin embargo, Mazzini tenía en la península itálica una tradición ideológica a la que pudo remontarse, como la historia de los Comunes, es decir, un ejemplo subalterno propio y vigoroso, cuando la burguesía naciente buscaba aliados entre los campesinos contra el Imperio y, especialmente, contra el feudalismo local. Recordemos que aparece con ella la función dirigente de la ciudad que profundiza los conflictos en el campo y se sirve de ellos como instrumento político-militar para derrotar al feudalismo, lo que finalmente hace (Gramsci, 2000, 104).

Pero Maquiavelo en su momento también había planteado esta misma idea, con los límites y las precauciones de su tiempo republicano, precisa Gramsci. Es decir, era necesario subordinar las masas campesinas subalternas a las capas dirigentes para crear así una milicia nacional que derrotara a los ejércitos mercenarios en Italia. En ese sentido, el patriota noble napolitano y revolucionario Carlo Pisacane en el siglo XIX debe vincularse entonces a la corriente republicana originada en Maquiavelo, en tanto entendió que el problema de satisfacer a las masas subalternas en sus reivindicaciones sociales y económicas aparece en él desde un punto de vista netamente militar. Lo cual quiere decir

que intelectualmente Pisacane comprendió muy bien que sin una política abiertamente democrática no era posible, ni menos deseable, contar con ejércitos nacionales en Italia. Y vencer.

Escribe Gramsci a continuación que también el historiador y filósofo Giuseppe Ferrari es quien más debe ser estudiado, hablando de intelectuales individualmente considerados en el *Risorgimento*. Pero Ferrari se había afrancesado demasiado, apunta. Aplicaba entonces a Italia esquemas franceses con esquemas más avanzados que no venían a ser ajustados a la ocasión. Como historiador no supo luego traducir la experiencia francesa al italiano, creando él mismo a su vez sectas y “escuelitas”, pero con estas acciones no incidía de ninguna manera en el movimiento real, fracasando en el intento.

Acaso la diferencia entre los intelectuales del Partido de Acción y la de los moderados está en el temperamento y no tanto el carácter político, anota Gramsci. Por lo mismo es necesario entender en Italia, en el escenario del vertiginoso y desigual siglo XIX, el término “jacobino” y sus características ideológicas, no del todo entendibles. Jacobino ha tenido pues dos significados. En primer lugar, el históricamente definido como partido de la Revolución Francesa, con un programa específico subalterno y con una serie de fuerzas sociales igualmente subalternas que le acompañaron con energía, decisión y resolución hasta el límite inmarcesible, al tiempo contaban con una creencia fanática en el programa político y en el método para desarrollarlo, con violencia, claro está.

Pero después de los sucesos revolucionarios en Francia el término jacobino se escindió. Se llamó así jacobino al hombre político enérgico, resuelto y fanático. En esta definición se privilegiaron de esta manera los elementos destructivos del odio frente a los adversarios y enemigos: una posición sectaria. Y se dejó de lado la definición a partir de la reivindicación de los grupos subalternos autónomos como elemento político de alcance nacional. Desaparecía con ello lo revolucionario del vocablo jacobino.

## **22.6 Los intelectuales dirigentes en el proceso italiano**

Retomando el punto, por ejemplo, del político de izquierda Francesco Crispi se dijo que fue un jacobino, vale decir, en el significado peyorativo del término, un sectario. Pero en realidad Crispi por su programa político, sostiene Gramsci, fue un moderado que estaba obsesionado por la unidad político-territorial de Italia, aunque al mismo tiempo odiaba con furia a los moderados. Crispi, en su lógica, abrazaba por ello la causa de la monarquía y secundaba la “hegemonía piemontesca”. Si Cavour en tanto político italiano del *Risorgimento* sostiene que no se trate al sur italiano con la declaración de un estado de sitio, Crispi como político los establece y también establece los tribunales marciales en Sicilia por el movimiento de los *Fasci*, como organizaciones obreras y campesinas de

corte socialistas surgidas en el año 1891, duramente reprimidas después entre los años 1893-1894 (Gramsci, 2000, 106-107).

Crispi, igualmente, se vinculaba con los latifundistas sicilianos por temor a las reivindicaciones del campesinado pobre subalterno, así como igualmente se vinculaba con el industrialismo septentrional. Es evidente, dice Gramsci, que Crispi como político estaba haciendo causa común con el grupo social dominante bajo la prédica política de “fabricar fabricantes”. Crispi, en efecto, fue el verdadero hombre dirigente de la nueva burguesía en ascenso durante la unidad italiana. Por eso si entre los años 1861-1866 había existido un gobierno de la derecha italiana, que creó las condiciones generales exteriores para el desarrollo económico (es decir, trenes, telégrafos, caminos: obras e infraestructura), fue con Crispi como intelectual dirigente que se le dio un empujón hacia adelante a estas condiciones burguesas.

Si esto es así, Crispi como intelectual dirigente entonces supo plantear la obsesión de la unidad territorial y jugó con ella, ganando la partida. Se sirvió del apoyo del campesinado meridional pobre que quería tierras, es decir, propiedad privada. Pero su interés realmente era no dárselas, porque hacerlo implicaba realizar una suerte de “jacobinismo económico”. Gramsci dice que estando en estas Crispi fue cuando descubrió para sí mismo el espejismo de la explotación de las tierras coloniales. Un imperialismo pasional en concreto, y no propiamente económico-financiero, fue el que respaldó Crispi.

La jugada realizada fue, por supuesto, a nivel continental con jugosos resultados. Señala por ello Gramsci: “La Europa capitalista, rica en medios y llegada al punto en que la tasa de ganancia empezaba a mostrar tendencia a la caída, tenía necesidad de ampliar el área de expansión de sus inversiones rediviticias; así se crearon después de 1890 los grandes imperios coloniales. Pero Italia, aún inmadura, no sólo no tenía capitales para exportar sino que debía recurrir al capital extranjero para sus propias necesidades más estrictas. Al imperialismo italiano le faltaba pues un impulso real, y se lo sustituyó por la pasión popular de los campesinos que ansiaban ciegamente la propiedad de la tierra: se trató de resolver una necesidad de política interna desviando su solución hacia el infinito” (Gramsci, 2000, 108).

Así las cosas, Crispi como intelectual dirigente fue popular en el sur porque creó el “mito” de la tierra fácil, pero con los capitalistas septentrionales él mismo vivió una oposición manifiesta. Sin embargo, Crispi era, al decir de Gramsci, una figura intelectual de alcance nacional, porque con su fanatismo unitario ha influido en todos los intelectuales italianos, incluso como se probó en las primeras células del socialismo italiano a finales del siglo XIX. Pero la influencia política de Crispi

desborda al siglo XIX y llega hasta el siglo XX, es decir, hasta la actitud de varios grupos sociales en el sur de Italia en los años decisivos de 1919-1926.

El político Giovanni Giolitti, líder del “transformismo”, él mismo varias veces presidente del consejo de ministros entre 1892 y 1921, corrigió con su hacer político la labor heredada de Crispi en el siglo XIX. Giolitti como político mantuvo el “espejismo de la tierra” en la política colonial e hizo suya la astucia y la continuidad burocrática del más fuerte. Era un transformista, es decir, aislaba a las fuerzas de izquierda y de la derecha de las decisiones orgánicas del Estado italiano. Es tal su trascendencia política que el periodo histórico de 1901 a 1914 lleva su nombre: la era Giolittiana.

## **22.7 El norte y el sur en una Italia dividida**

Gramsci pasa a considerar que la política unitaria de Crispi tiene otro elemento relevante en este análisis histórico material sobre la unidad del Estado-nacional italiano: los sentimientos creados en el rico norte capitalista riñen por completo con respecto al sur italiano, subalterno, empobrecido y olvidado. La miseria del sur de Italia era inexplicable entonces para las masas populares y trabajadoras del norte. Estos mismos grupos subalternos no lograban entender cómo la unidad italiana no se había producido sobre una base justa de una igualdad social, sino sobre una hegemonía del norte industrial, subordinando el sur empobrecido, en la relación territorial desigual entre el campo y la ciudad.

El norte, era claro para Gramsci, se enriquecía a costa de la pobre realidad material del sur (Mezzogiorno) y el incremento económico-industrial de ese mismo norte estaba en una relación directa con el empobrecimiento de la economía y de la agricultura meridionales (Gramsci, 2000, 111). La cuestión meridional, por el contrario, seguía siendo luego de realizarse la llamada unidad italiana, un problema histórico no resuelto. De esta región, recordemos, viene Gramsci.

Gramsci también registra que el hombre común del norte italiano pensaba que las causas de la miseria social de los subalternos del sur no eran por obra y gracia de potencias extranjeras aliadas a los borbones, sino debido a las condiciones económico-políticas internas de la población meridional, es decir, por obra y gracia del mismo sur. La conclusión que sacaban esos hombres comunes subalternos del norte, los llamados “simples”, era que la causa debía buscarse en la incapacidad de los hombres del sur, su barbarie y su inferioridad biológica. Años después estas opiniones varias fueron difundidas y llegaron a ser teorizadas esquemáticamente por sociólogos positivistas como Nicéforo, Sergi, Ferri, Orano, etc. De opiniones populares del hombre común, inscritas en el sentido común, pasaron a ser verdades científicas probadas con métodos positivistas. Todo lo cual, por supuesto, se reflejó en una polémica sobre el norte y el sur que pasaba por la existencia de las razas

sociales y la superioridad biológica del norte industrial sobre el inmenso sur abandonado. La creencia se difundió, es decir, se hizo verdad cotidiana y en el norte industrial se volvió un sentido común que el sur era una “bola de plomo” (Gramsci, 2000, 111).

Sólo a principios del siglo XX aparece en esta historia de separaciones geográficas la reacción meridional. En la isla de Cerdeña, al sur, se inicia un movimiento en pro de la autonomía política. Pero no solo esto. También sostiene Gramsci que existe otra novedad en el despertar de ese siglo, que nuestro autor pasa a considerar de forma puntual: la existencia de un “bloque intelectual”, pan-italiano liderado por dos intelectuales de extracción burguesa, Benedetto Croce y Giustino Fortunato, los cuales con su función de liderazgo intelectual y moral tratan de imponer la cuestión meridional como un problema de carácter nacional, capaz de renovar la misma vida política y parlamentaria del país.

Estos elementos de historia nacional que componen la vida política italiana después de la unidad territorial y que hemos presentado desde la crítica de los subalternos, siguiendo la pluma de Gramsci, conservan algunos criterios que el autor pasa a exponer para apreciar el cuadro integral y con ello el contraste existente entre los moderados y el Partido de Acción; con lo cual también advertir sus posiciones ideológicas y políticas hasta la disputa que se libró consecuentemente por la dirección política e ideológica del Partido de Acción.

Como lo hemos escrito páginas atrás, el Partido de Acción, de tendencia moderada y realmente conservadora en la práctica política con el pueblo, aunque fungiera ser liberal y de izquierda, debió tácticamente vincularse con los grupos subalternos del campesinado, particularmente meridionales, para con ellos construirse en un partido tipo jacobino, con un claro contenido económico-social de reivindicaciones subalternas de largo aliento, orgánico en esencia. Pero, bien lo sabemos, no lo hizo y no podía hacerlo: por su precaria composición intelectual y moral en sus dirigentes nacionales, entre ellos su más puro dirigente nacional, Mazzini.

En efecto, enseña Gramsci que el bloque reaccionario de las clases propietarias rurales, con sus capas de intelectuales legitimistas-clericales, pudo haber sido disuelto para erigir en su lugar una formación liberal-nacional, republicana como hemos dicho, pero para lograrlo se necesitaban dos cosas que no había en su historia concreta. En primer lugar, afirmar una posición integral sobre los campesinos subalternos de base, aceptando sus reivindicaciones básicas, concretas en el plano material de la propiedad privada, sumando estos grupos rurales al nuevo programa de gobierno italiano. Y, en segundo lugar, llevar a cabo una acción dirigente sobre los intelectuales de los estratos medios e inferiores, concentrándolos y sumándolos a los temas centrales que a ellos pueden

interesarles en sus particulares modos de vida. Por ejemplo, el empleo era un elemento formidable de atracción política e ideológica (Gramsci, 2000, 113).

Estos dos elementos señalados que tienen que ver con la praxis en la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas son al tiempo dialécticos y recíprocos. Ejemplos existen en la historia social de la Revolución Francesa que hablan por sí solos, recuerda Gramsci. Verbigracia, cuando los campesinos se mueven por impulsos espontáneos, los intelectuales dirigentes empiezan a oscilar, y si un grupo de intelectuales específicos se levanta sobre una base de “política filocampesina concreta”, logra arrastrar consigo a diversas fracciones de masa cada vez más relevantes en su fuerza política. Empero, no siempre se consigue contar con un grupo compacto y unido de campesinos subalternos, lo frecuente es todo lo contrario: la dispersión y el aislamiento de la población rural empobrecida, por lo tanto es muy difícil concentrarla en una serie de organizaciones de este tipo. Por lo mismo, conviene iniciar el movimiento, dice Gramsci, desde los grupos intelectuales en formación. Gramsci también anota que es preciso en realidad tener presente ambas iniciativas cuando se lucha por la unidad de un bloque social en específico.

Es casi imposible crear partidos campesinos autónomos, enseña Gramsci. Estos partidos si se crean son con base en una fuerte corriente de opinión, no en una definición de burocracias y jefes naturales dirigentes. No obstante, la mera existencia de estos partidos con sus limitaciones políticas y su autonomía contradictoria es de inmenso valor y utilidad histórica, porque controla a los grupos intelectuales e impide que los intereses de casta, que los hay, se transporten a otros terrenos no funcionales (Gramsci, 2000, 113-114).

Los anteriores criterios definidos por Gramsci también sirven para analizar la relevancia histórica y política del historiador y filósofo Giuseppe Ferrari quien en materias agrarias era el especialista no escuchado del Partido de Acción. Con este intelectual se puede estudiar la actitud que se desarrolló hacia los asalariados agrícolas, los campesinos subalternos sin tierra. El problema de estudiar los “braceros”, aquellos que trabajan al día, es difícil, anota Gramsci. Los braceros son campesinos sin tierra, mucho más complejos de atrapar durante el *Risorgimento*. En este periodo histórico, leído desde la condición subalterna, la psicología del brasero era la que se derivaba en tanto era obligado y no en cuanto “adventicio”. Por lo mismo, compartía él mismo una misma psicología con la del colono y la del pequeño propietario. Un sentido común subalterno.

Sostiene Gramsci que el problema vislumbrado no era agudo en el sur, porque el trabajo de masas era en general más artesanal. En cambio en el valle del río Po se abrían las dificultades por lo velado de la situación del brasero en su condición de subalterno. No obstante, en épocas recientes para el

tiempo en que estaba escribiendo Gramsci en la cárcel, el problema de los braseros en el valle del río Po se presentaba a partir de causas extraeconómicas, por la superpoblación y por la restringida política de los propietarios que no querían de ninguna manera ampliar la base tanto de braseros como de aparceros (Gramsci, 2000, 115). Anota Gramsci que durante el *Risorgimento* el problema de los braseros lombardos se definía espontáneamente como pauperismo, al decir del economista Tullio Martello en su *Storia dell'Internazionale* de 1871-1872.

Los moderados, volviendo con ellos, tomaron como bandera social la independencia y la unidad, pero sin tener para ello en cuenta el contenido político y material concreto de tales palabras. De esta manera y con estas ideas en curso, el grupo de los moderados construyó después de 1848 un “bloque nacional” bajo su propia hegemonía, con lo cual influyeron en al menos dos de los jefes supremos del Partido de Acción, Mazzini y Garibaldi. Los moderados, como se recordará, triunfaron en esta iniciativa. Mazzini, como también lo resaltamos, fue obsecuente con su apego en buscar la unidad italiana, por sobre todas las cosas.

## **22.8 La herencia política de los jacobinos en Italia**

El Partido de Acción en la lectura que hace Gramsci, apoyándose en el jacobinismo, también debió aprender de la experiencia histórica de Francia, como paradigma histórico sobre cómo llevar a cabo una revolución triunfante. Recordemos que los jacobinos franceses conquistaron su función de partido dirigente nacional por medio de una “lucha sin cuartel”. Con ello se impusieron por la fuerza sobre la burguesía, incluso llevándola a una posición más avanzada que la que los propios dirigentes burgueses primitivamente más fuertes hubieran querido ocupar en la Revolución Francesa. Plantea Gramsci que este hecho así registrado es un rasgo de toda revolución triunfante, como lo fue entonces con Cromwell y con las “cabezas redondas” durante la guerra civil inglesa entre los años 1642-1651. Debemos pues mirar a continuación el ejemplo histórico de la Revolución Francesa de 1789 y su proceso político, deteniéndonos en él.

Describiendo este hito revolucionario que implica tácticamente forzar la situación para crear hechos irreparables en la “historia integral”, como escribe Gramsci, “empujando a los burgueses hacia adelante a patadas en el trasero”, debemos detallar la situación francesa tomando para ello la labor del Tercer Estado en su proceso revolucionario de lucha por una cierta hegemonía de clase, conducido por la mano audaz de los jacobinos, y los pasos que siguen estos para poder lograr conquistarla.

En consecuencia, retomemos a Gramsci en la siguiente extensa cita: “el Tercer Estado era el menos homogéneo de los Estados; tenía una élite intelectual muy dispar y un grupo económicamente muy avanzado pero políticamente moderado. El desarrollo de los acontecimientos sigue un proceso de los

más interesantes. Los representantes del Tercer Estado inicialmente planteaban sólo las cuestiones que interesan a los componentes físicos actuales del grupo social, sus intereses «corporativos» inmediatos (corporativos en sentido tradicional, de inmediatos y egoístas de una categoría determinada): los precursores de la revolución son efectivamente reformadores moderados, que ahuecan la voz pero en realidad piden muy poco. Poco a poco se va seleccionando una nueva élite que no se interesa únicamente por reformas «corporativas» sino que tiende a concebir a la burguesía como grupo hegemónico de todas las fuerzas populares, y esa selección se da por la acción de dos factores. La resistencia de las viejas fuerzas sociales y la amenaza internacional. Las viejas fuerzas no quieren ceder nada y si ceden algo lo hacen con la intención de ganar tiempo y preparar una contraofensiva. El Tercer Estado habría caído en esas «trampas» sucesivas sin la acción enérgica de los jacobinos, que se oponen a toda detención «inmediata» del proceso revolucionario y mandan a la guillotina no solo a los elementos de la vieja sociedad que se resiste a morir, sino también a los revolucionarios de ayer que hoy se han vuelto reaccionarios. Los jacobinos, por lo tanto fueron el único partido de la revolución en acto, en cuanto no sólo ellos representaban las necesidades y las aspiraciones inmediatas de las personas físicas efectivas que constituían la burguesía francesa, sino que representaban el movimiento revolucionario en su conjunto, como proceso histórico integral, porque representaban también las necesidades futuras y, una vez más, no sólo de esas personas físicas determinadas, sino de todos los grupos nacionales que debían ser asimilados al grupo fundamental existen” (Gramsci, 2000, 116-117).

Los jacobinos con su praxis política revolucionaria fueron realistas al estilo de Maquiavelo. Estaban convencidos de su verdad con las fórmulas trinitarias de igualdad, libertad y fraternidad. De esa trinidad verdadera también estaban convencidas las masas subalternas francesas que eran acaudilladas por los jacobinos como su partido político dirigente. El lenguaje político subalterno de estos así como su ideología política, al igual que los métodos utilizados en la lucha política directa y espontánea, reflejan las exigencias culturales de la época que estaban viviendo y que querían construir.

Siguiendo ese realismo político, los jacobinos como partido dirigente hicieron suya una serie de exigencias fundamentales. Primero, dice Gramsci, aniquilaron las fuerzas adversarias o las redujeron a la impotencia política para que no pudieran ellas mismas realizar una contrarrevolución en acto. Una segunda exigencia era ampliar los cuadros políticos de la burguesía como clase dirigente y ponerla a liderar todas las fuerzas nacionales, identificando para ello los intereses y las exigencias comunes a todas las fuerzas nacionales subalternas para reorganizar de esta manera esas fuerzas y conducir las finalmente a la lucha política exitosa. Dos resultados pues se lograron: oponer un frente político-militar a los golpes de la reacción política y quitarle a los adversarios políticos toda zona

favorable en la que pudieran reclutar contingentes habilitados para el grueso del ejército católico y real de Vendée, durante las jornadas de 1793-1796.

Volvamos entonces al registro que hace Gramsci, y a los factores decisivos que la historia integral de la Revolución Francesa hizo suyos, y que con su triunfo arrojó al mundo. Debemos leer nuevamente a Gramsci *in extenso*: “Sin la política agraria de los jacobinos, París hubiera tenido a la Vendée a sus puertas. La resistencia de la Vendée propiamente dicha está vinculada al regionalismo de las poblaciones bretonas y alógenas en general, exasperado por la fórmula de la «república una e indivisible» y por la política de concentración burocrático-militar, a la cual los jacobinos no podían renunciar sin suicidarse. Los girondinos trataron de apoyarse en el federalismo para aplastar a París jacobino, pero las tropas provincianas conducidas a París se pasaron a los revolucionarios. Con excepción de algunas zonas periféricas donde la distinción nacional (y lingüística) era grandísima, la cuestión agraria fue más importante que las aspiraciones a la autonomía local: la Francia rural aceptó la hegemonía de París, es decir, comprendió que para destruir definitivamente el antiguo régimen debía formar un bloque con los elementos más avanzados del Tercer Estado y no con los girondinos moderados. Si es cierto que los jacobinos «forzaron» la mano, también es cierto que eso sucedió siempre en el sentido del proceso político real, porque no sólo organizaron un gobierno burgués, es decir hicieron de la burguesía la clase dominante, sino que hicieron más, crearon el Estado burgués, hicieron de la burguesía la clase nacional dirigente, hegemónica, dieron al nuevo Estado una base permanente, crearon la nación francesa moderna” (Gramsci, 2000, 118). Son estas las palabras capitales que dan pie para conceptualizar la respuesta a una pregunta de carácter histórico-político: ¿cómo se lleva a cabo una revolución triunfante?

El talón de Aquiles del jacobinismo revolucionario fue, como lo plantea Gramsci, que este grupo político permaneció siempre en el terreno estratégico de la burguesía dominante. Lo demuestran los hechos al final de su historia social y política con la liquidación del partido y la muerte en la guillotina de su intelectual orgánico, el incorruptible Robespierre. Porque estuvieron siempre bajo la influencia de la burguesía en ascenso, los jacobinos no quisieron reconocer a los obreros subalternos el derecho de asociación, conservando para ello la ley Le Chapelier del 14 de junio de 1791 y promulgando, en pleno periodo del terror, casi dos años después la ley del *máximo general* a precios, salarios y beneficios. Pero esto no bastaba, ya era muy tarde en la historia. Como en el sermón de las siete palabras: “todo está consumado”.

Gramsci entonces reconstruye a continuación esta suerte de historia de la derrota: “Así partieron el bloque urbano de París: sus fuerzas de asalto, que se agrupaban en la Comuna, se dispersaron desilusionadas y triunfó el Termidor. La revolución había encontrado sus límites más amplios de

clase; la política de las alianzas y de la revolución permanente había terminado por plantear cuestiones nuevas que entonces no podían ser resueltas, había desencadenado fuerzas elementales que sólo una dictadura militar podría contener” (Gramsci, 2000,119). Y así fue: sobrevino el Termidor.

Todo lo anotado con respecto al rutilante ejemplo histórico de la Revolución Francesa de 1789 sirve para conceptualizar, a propósito, la figura de la analogía histórica en la que el Partido de Acción en Italia y durante el *Risorgimento* no tenía una experiencia similar a la de los subalternos jacobinos franceses. No podía el Partido de Acción transformarse en un partido político hegemónico que dirigiera a su vez a los grupos subalternos hacia la revolución nacional vía unidad territorial y política italiana. Por supuesto, Gramsci tiene en cuenta que la situación histórica concreta por la que pasaba Italia no era la misma que la que se vivía en una Francia revolucionaria que hacía temblar a Europa. La primera no era una monarquía absoluta, la segunda lo era, y no solo eso, también era una potencia europea que influía sobre aquella.

Con estas indicaciones, la lucha histórica en Italia se presentó y asumió bajo la forma de una lucha contra los viejos tratados imperiales y el orden internacional europeo, donde Francia era una de las santas potencias militares. Austria era la potencia contra la cual Italia ejercitaba su proyecto de independencia política y en consecuencia libraba su lucha, bien o mal, pero la libraba. No solo era la potencia que representaba el orden europeo vigente, sino que como país garante ocupaba una parte del territorio italiano y controlaba el resto: como tal era el Estado hegemónico contra el que debía lucharse.

En la Francia revolucionaria la arquitectura de la nación francesa debió asumir la defensa integral del territorio en las fronteras patrias como una lucha con carácter nacional de vida o muerte. Pero lo hizo cuando el credo de la revolución social se esparció como pólvora y estaba en todo el territorio francés como sentido común, y los jacobinos aprovecharon la amenaza externa de un poder invasor real para forjar una mayor energía revolucionaria, al tiempo que un ardor combativo al interior, sin antecedentes. Como lo plantea Gramsci, el partido jacobino aprendió que para vencer al enemigo externo debía aplastar a sus aliados en el interior de Francia y, en consecuencia, asumieron que debían llevar a cabo las masacres del 2 al 6 de septiembre de 1792 (Gramsci, 2000, 119). Y en efecto, se levantó el patíbulo en la capital francesa.

## 23. Capítulo 23

### Italia como Estado-nación en el siglo XIX

“Cuando en 1789 un nuevo grupo social surgió políticamente en la historia, el mismo estaba completamente capacitado para todas sus funciones y por eso luchó por el dominio total de la nación, sin avenirse a compromisos con las viejas clases, sino subordinándolas a sus propios fines. Las primeras células intelectuales del nuevo tipo nacen de las primeras células económicas: la misma organización eclesiástica sufre su influencia (galicanismo, luchas precoces entre la iglesia y el Estado). Es maciza construcción intelectual explica la función de la cultura francesa en el siglo XVIII y XIX, función de irradiación internacional y cosmopolita, y también de expansión con características imperialistas y hegemónicas en modo orgánico; por lo tanto muy distinta de la italiana, de carácter migratorio, personal y disgregado que no se derrama sobre la base nacional para potenciarla sino que tiende a hacer imposible la constitución de una firma base nacional”. GRAMSCI. *Cuadernos de la cárcel*. “Distinta posición de los intelectuales de tipo urbano y de tipo rural”.

#### 23.1 La difícil formación social italiana

Otras referencias complementarias al caso histórico de Italia en su formación como Estado nacional durante el *Risorgimento* tienen que ver con lo que no hizo el Partido de Acción; especialmente en lo atinente a que no tomó cartas en el asunto al denunciar con la debida energía el vínculo entre Austria como Imperio regente en alianza con una parte de los intelectuales, de los nobles y de los terratenientes italianos. Afirma Gramsci que tal denuncia no se convirtió en un “elemento político activo”, sino en una cuestión de dignidad patriótica con polémicas ásperas que tiempo después hacia 1898 se volvieron realmente estériles.

Útil es señalar, y tal es el cometido de Gramsci, que la defensa de Austria en Italia contó con un hecho singular después del intento insurreccional de Milán en febrero de 1853, durante el reinado de Maximiliano. El hecho sucedió en 1857 con el respaldo de la aristocracia lombarda. El periodista e historiador Alessandro Luzio legitimó, incluso, los servicios prestados por el consejero imperial Antonio Salvotti a favor del emperador Francisco José I de Austria. Subraya Gramsci cómo Alfredo Panzini en su texto de 1929 intitulado *Vitta di Cavour* hace también una defensa fútil de la presencia de Austria con la visita que realizó a Milán el emperador austriaco.

Todas estas apreciaciones de los teóricos italianos sobre el *Risorgimento*, vale decir, sumados también las referencias de Missiroli, Gobetti, Dorso, etc., deben ser considerados bajo la óptica de ser a favor de la “conquista regia”. Este es el paradigma de análisis histórico-político que está subrayando Gramsci y al tiempo también cuestiona con creces. Sin embargo, nuestro autor no se queda en las explicaciones ideológicas de la “conquista regia” que hemos citado. La lectura del periodo histórico del *Risorgimento* desde la pregunta planteada con motivo de la influencia del jacobinismo en Italia debe ser materialista e ir a lo profundo del problema, es decir, a la producción y reproducción del orden social y económico vigente por entonces.

Leamos nuevamente a Gramsci: “Si en Italia no se formó un partido jacobino fue por razones que deben buscarse en el campo económico, es decir en la relativa debilidad de la burguesía italiana y en el distinto clima histórico de Europa después de 1815. El límite que habían encontrado los jacobinos en su política de despertar forzado de las energías populares francesas que podían aliarse a la burguesía, con la ley Le Chapelier y la referente al *máximum*, se presentaba en 1848 como un “fantasma” ya amenazador, sabiamente utilizado por Austria, por los viejos gobiernos y hasta por Cavour (además del Papa). La burguesía ya no podía (quizás) extender su hegemonía sobre los vastos estratos populares que en cambio pudo abrazar en Francia (no podía por razones subjetivas, no objetivas) pero la acción sobre los campesinos ciertamente seguía siendo posible” (Gramsci, 2000, 121).

Apunta Gramsci estas diferencias fundamentales con respecto a lo que la burguesía es como clase dirigente, no solo en Francia sino en Italia. Y no solo eso. Se resalta lo que en un periodo histórico definido y un país determinado como Francia se pudo realizar y lo que no puede hacerse pasadas dos generaciones en otro país, como es Italia. Y esto es así en virtud de que en el tránsito político de Francia a Italia media un aprendizaje histórico concreto que hacen todas las clases sociales en formación, ya sea su derrota o su triunfo. En Italia, lo registró Gramsci, tenemos un problema orgánico con respecto a la burguesía como clase dirigente. Un problema definido por la falta de un proyecto

histórico de hegemonía cultural y de dirección intelectual y moral en los grupos y las clases subalternas en formación.

Diferencias que se corresponden con el proceso de toma del poder que se han vivido en Francia, Alemania e Italia, respectivamente. Cabe por ello la siguiente pregunta: ¿cómo conquistar el poder en una revolución en curso? Francia en este caso es un caso paradigmático. El proceso allí fue más rico en desarrollos y también en los elementos políticos activos y positivos durante el periodo histórico, subraya Gramsci.

Por el contrario, en el caso de Alemania el proceso de toma del poder que se desarrolla con aspectos semejantes a los italianos y a los ingleses, fracasa durante el movimiento revolucionario del año 1848. Existe allí una escasa “concentración burguesa” y ello se puede probar con el lema lanzado por la extrema izquierda: la “revolución permanente”. Allí, repetimos con Gramsci, la cuestión de la renovación estatal pasaba por asumir la cuestión nacional y la de la clase era de tipo intermedio. En efecto, la burguesía alemana en este proceso obtiene el gobierno económico-industrial, pero las viejas clases sociales de corte feudal conservan aún la dirección política gubernamental de aparato de Estado, con una serie de privilegios corporativos en el ejército, la administración pública y, especialmente, el monopolio de la tierra. Esas mismas viejas clases sociales alemanas ejercen por casta y tradición una función de corte nacional: son los “intelectuales” de la burguesía (Gramsci, 2000, 121).

Por otro lado, está el ejemplo histórico de Inglaterra, donde la experiencia de la revolución burguesa se desarrolla mucho antes que en Francia. Nuestro fenómeno político guiado con la pregunta, ¿cómo conquista el poder político la clase burguesa?, es parecido en su respuesta al ejemplo histórico nacido en Alemania. En efecto, si seguimos a Gramsci en el asunto, allí en Inglaterra existe una fusión entre lo viejo y lo nuevo, a pesar del influyente poder de las “cabezas redondas” como poder parlamentario liderado por Cromwell entre los años 1642-1651. Esto quiere decir que la vieja aristocracia inglesa permanece como la clase dirigente durante el proceso y con una serie de privilegios se convierte de esta forma en la capa intelectual de toda la burguesía inglesa, entre otras haciendo suyo a elementos provenientes de los sectores intelectuales y de la misma burguesía.

En este orden, Gramsci corrige al filósofo Antonio Labriola en su caracterización de las clases sociales en Alemania. En efecto, la permanencia de los junker como nobleza terrateniente prusiana y del kaiserismo como régimen imperial tiene luego una explicación que pasamos a considerar. Según las palabras de Gramsci: “la relación de clases creada por el desarrollo industrial al alcanzar el límite de la hegemonía burguesa y la inversión de la posición de las clases progresivas, ha inducido a la

burguesía a no luchar a fondo contra el antiguo régimen, dejando en cambio subsistir una parte de la fachada detrás de la cual cuidar su propio dominio real” (Gramsci, 2000, 122).

Las diferencias que hemos explicado sobre el proceso revolucionario en un desarrollo histórico diverso en varios países europeos no solo sostienen diversas combinaciones de las relaciones internas de estas naciones, sino de las distintas relaciones internacionales, siendo que como acota Gramsci, este tipo de investigaciones históricas subestima las relaciones internacionales. Es decir, una investigación histórica seria no puede marginar la historia de las relaciones internacionales en términos de lo que ha sido la formación del Estado nación en Europa. Un problema de hegemonía civil.

### **23.2 El problema histórico-político de la hegemonía italiana**

Vista la situación histórica, podemos considerar a continuación algunas lecciones históricas y políticas, útiles por demás para el análisis histórico de los procesos investigados con respecto a la formación del Estado-nación moderno. El espíritu jacobino, audaz y temerario está vinculado con la hegemonía que históricamente ejerció Francia sobre Europa, además de París como centro urbano hegemónico sobre el mundo rural disperso, y de la concentración institucional de Francia al contar con una monarquía absoluta durante varios siglos. Por el contrario, como sostiene Gramsci las guerras napoleónicas tuvieron la consecuencia de debilitar la energía política francesa y también el de las naciones europeas, aunque fueran intelectualmente fecundas para la renovación de Europa como lugar donde se definía la historia de los pueblos (Gramsci, 2000, 122).

Volviendo al punto de novedad, enseña Gramsci que las relaciones internacionales durante el *Risorgimento* fueron capitales en su desarrollo y no deben marginarse de la historia de todo el proceso. Pero el partido moderado y un político unitario como Cavour han exagerado su importancia. Cavour en tanto intelectual temía a la iniciativa de Garibaldi del Partido de Acción, y lo temía antes de la expedición de la playa de Quarto de 1860 y del cruce del estrecho de Génova a Sicilia, al igual que tenía un temor manifiesto por una posible guerra contra Austria. Cavour, es cierto, era un hombre de partido. Gramsci no entra en detalles si este mismo político con su partido a la cabeza representaba los intereses y exigencias de la burguesía respecto a la masa popular. Pero se puede entender que no es así.

Lo que sí apunta Gramsci y nos interesa en este análisis con respecto a la hegemonía cultural es lo siguiente. El lema jacobino de “revolución permanente” fue utilizado en la coyuntura histórica europea de los años revolucionarios 1848-1849, pero fue retomado tiempo después por Parvus y Bronstein (Helphand y Trotsky) pero en la revolución rusa de 1905 se mostró realmente ineficaz. El

leninismo, sostiene Gramsci, como proyecto revolucionario en 1917, sin emplearlo a propósito, lo aplicó en verdad a un hecho de la historia actual, concreta y viviente en Rusia, adaptándolo por ello al tiempo y al lugar como una “alianza” de dos grupos sociales (proletariado y campesinado) “con la hegemonía del grupo urbano”. En este último caso, precisa Gramsci, tenemos temperamento y contenido jacobino en el leninismo, según las nuevas relaciones históricas (Gramsci, 2000, 123).

Ya hemos considerado páginas atrás que este punto de la hegemonía civil de un grupo fundamental sobre el resto de grupos sociales no existió en la unidad territorial de Italia. Pasa entonces Gramsci a poner de presente en su análisis de método y nomenclatura justamente cómo era la dirección política y militar del movimiento nacional del *Risorgimento*, antes y después del hito revolucionario de 1848. Por dirección militar no basta entender dirección militar a secas, en sentido técnico. Debe entenderse en relación con la dirección política. En ese sentido es que debemos entender, apoyándonos en Gramsci, que el principal cometido desde el punto de vista militar en Italia era expulsar a Austria como país invasor y a sus ejércitos de toda la península, junto con sus reservas armadas en el Piamonte. El problema militar planteado integralmente era, por supuesto, expulsar al ejército austriaco de la península itálica con una insurrección, pero al tiempo era también impedir que se reorganizara después y regresara más fuerte en una contraofensiva que derrotara a los nacionales italianos. No podía por ello ser solo una expulsión violenta para luego batirse en retirada. Debía ser algo más.

Las soluciones planteadas para este problema político y militar resultaron abstractas, contradictorias y totalmente ineficaces para Italia. El lema piamontés de 1848, a saber, “Italia se las arreglará sola”, implicó una derrota desastrosa, recuerda Gramsci. Los partidos políticos de la derecha piamontés actuaron con abundante incertidumbre y ambigüedad. Los ejércitos de otros Estados italianos (napolitanos y romanos) se fueron retirando al ver que lo que el Piamonte quería era la expansión de sus influencias territoriales y militares y no una confederación italiana, sumados en ella todos los estados italianos. Como sabemos, y lo subraya insistentemente Gramsci, no existió una política popular dirigente hacia los grupos subalternos en formación. Sin embargo, los campesinos lombardos y vénetos que se sumaron a Austria pudieron sofocar en general la revolución de Viena y también la italiana. Los campesinos a su vez, en tanto grupo social sin dirección definida, veían el movimiento de Lombardía y también el de Venecia como una “cosa de señores y de estudiantes”. Y por esto no se sumaban al proyecto independentista.

En suma, los partidos políticos italianos no lograban disgregar el poder del Imperio austriaco en la península y, por el contrario, lo que hicieron fue que los destacamentos italianos fueron, paradójicamente, uno de los puntales fundamentales de la reacción austriaca. Gramsci sostiene que

lo que debió hacerse entonces no era la destrucción del ejército austriaco (“objetivo inalcanzable”), sino la disgregación de la capacidad austriaca al interior de Italia, por un lado. Y por otro, ayudar a las actuales fuerzas liberales a llegar al poder para con ello modificar ahora sí la estructura política del Imperio, convirtiéndolo en un orden federal italiano. O al menos, y si aquello no era posible, crear un estado de luchas internas para con ellas abrirse a la posibilidad de que fuerzas nacionales italianas se concentraran política y militarmente, erigiendo una unidad que no existía (Gramsci, 2000, 125).

Cuando la empresa de la guerra estaba en peligro de ser hundida, y ya el lema de combate no servía (“Italia se las arreglará sola”), se buscó conseguir ayuda de Francia, cuando a causa de la potencia austriaca habían llegado al poder político francés los reaccionarios, enemigos declarados de la unidad del Estado italiano y también de la expansión piemontesa como proyecto histórico y político. Francia entonces, como recuerda Gramsci, no ofreció ni siquiera a un general anciano.

### **23.3 La importancia histórica de la dirección política**

La dirección militar, comenta Gramsci, era un problema amplio, más que la dirección del ejército y del plan estratégico a seguir. Como lo hemos registrado antes, comprendía la movilización político-insurreccional de fuerzas populares subalternas, campesinas básicamente, así como la creación única de masas auxiliares y de reserva para extraer en su momento nuevos contingentes que alimentarían las filas del ejército en el frente de combate y en el teatro de operaciones.

Pero después del año 1849, precisa Gramsci, tampoco se desplegó siquiera una política popular. Lo único que se hizo exitosamente fue intimidar de forma ocasional a las fuerzas democráticas. Por ejemplo, la derecha de corte nacionalista buscó hasta encontrarlo durante el segundo periodo del *Risorgimento* la ayuda de la Francia bonapartista, y con esta alianza equilibró el poder austriaco de dominio. La lección que arrojaba el convulsionado año de 1848 como inicio violento de la Independencia, sostiene Gramsci, era que la política desastrosa de la derecha italiana demoró la unificación de la península varias décadas más. (Gramsci, 2000, 125).

En el ejército piemontés se vivieron por entonces las inseguridades en la dirección político-militar y las oscilaciones sin más entre el despotismo y el constitucionalismo. Lo anterior le sirve a Gramsci para hacer una precisión técnica: cuanto más numeroso llega a ser un ejército, más importante es la dirección política sobre la dirección militar. Volviendo al ejemplo piemontés, podemos considerar que la combatividad de su ejército era altísima al inicio de la confrontación armada en el año de 1848. La derecha creyendo que esa combatividad era expresión de espíritu militar, empezó a intrigar para limitar las libertades subalternas y las esperanzas de un porvenir democrático. Entonces decae la moral del ejército, tanto que en Novara las tropas del ejército italiano fueron derrotadas porque no

quisieron seguir combatiendo hasta rendirse. Entretanto, la derecha política acusaba a los demócratas de llevar los intereses políticos al interior del mismo ejército, cuando, según Gramsci, justamente era este constitucionalismo democrático el que hacía posible que se nacionalizara el ejército como un elemento de política general, con lo cual de entrada lo reforzaba militarmente.

Los responsables de la disgregación del ejército son los que han modificado la dirección política sin prever las consecuencias en el campo militar. Bajo esta afirmación, Gramsci construye entonces un referente analítico de la coyuntura histórica para Italia y el mundo moderno. Lo leemos de la siguiente manera: “La dirección política correcta es necesaria incluso en un ejército de mercenarios profesionales (hasta en los ejércitos mercenarios había un mínimo de dirección política, además de la técnico-militar); tanto más es necesaria con un ejército nacional reclutado por leva. La cuestión se vuelve aún más compleja y difícil en la guerra de posiciones, hechas por masas enormes que solo con grandes reservas morales pueden resistir al gran agotamiento muscular, nervioso, psíquico: sólo una habilísima dirección política que sepa tener en cuenta las aspiraciones y los sentimientos más profundos de las masas humanas puede impedir su disgregación y destrucción” (Gramsci, 2000, 126-127).

En efecto, la dirección militar, enseña Gramsci, se debe subordinar a la dirección política. Pueden, sin embargo, existir casos contrarios, que en la dirección militar existan grandes jefes que unan capacidad militar con la capacidad política de dirección intelectual y moral. Son los casos paradigmáticos de los emperadores César y Napoleón. Este último incluso cambió su política y creyó tener un instrumento militar y fue al tiempo estruendosamente derrotado. Entonces, se impone que cuando la dirección política y militar se encarna en la misma persona; el momento político debe prevalecer sobre el momento militar.

En ese sentido, son también útiles los consejos de César en su *Comentarios*, en términos de la combinación de arte político y arte militar para lograr la victoria. Los soldados veían en el emperador César no solo a un jefe militar capacitado, sino fundamentalmente a su jefe político, “el jefe de la democracia”. Igual referente se da con el canciller alemán Bismarck a propósito de las referencias lanzadas por el general prusiano Clausewitz, es decir, la supremacía del momento político sobre el momento militar (Gramsci, 2000, 127).

### **23.4 Las clases subalternas sin dirección ideológica**

Dejando de lado este punto anterior de la primacía de la política, Gramsci se adentra en un tema también prioritario: el aporte histórico de las clases subalternas al *Risorgimento*, especialmente lo que corresponde a los soldados voluntarios. Cita para ello al historiador Ettore Rotta en la “Nouva Rivista

Storica” de 1928-1929. Rota confirma que los soldados voluntarios eran mal vistos por las autoridades del Piamonte. Lo cual da a entender y confirma a su vez la mala dirección político-militar que se tenía. El Piamonte partiendo de su frase de combate, “Italia se las arregla sola”, debió aceptar la confederación de los demás Estados italianos o proponerse la unidad político territorial sobre una base popular más amplia, en el que las masas fueran inducidas a levantarse contra los otros gobiernos, construyendo para ello ejércitos voluntarios que se sumaban a los contingentes del Piamonte.

El problema fue que las fuerzas de la derecha piamontesas no querían auxiliares porque creían que podían derrotar a los ejércitos austriacos con solo la sumatoria de las fuerzas regulares piamontesas. O, mejor, hubieran querido recibir cierta ayuda de forma gratuita, sin contraprestación alguna por parte de la contraparte. En ambos casos no entiende Gramsci las creencias y suposiciones de los jefes piamonteses. Tal fue el drama vivido en la coyuntura álgida de los años 1848-1849 en Italia con el inicio del proceso bélico. Pero el responsable del desastre no es el pueblo llano, los subalternos de todos los colores. Los responsables son los moderados o el Partido de Acción, o ambos, anota Gramsci, es decir, las clases dirigentes que de dirigentes no tenían nada, según la prueba histórica que analizamos recientemente con nuestro autor.

En efecto, ya sabemos que la capacidad directiva de los líderes del movimiento nacional del *Risorgimento* es una verdad situada que se prueba históricamente con la derrota del mismo movimiento en los años objeto de escrutinio. Gramsci sostiene que frente a dicha derrota histórica y las preguntas que saca a flote no se puede responder con que esos jefes políticos no eran demagogos. Con lo cual da pie para que él mismo determine lo que hace una clase social “cultura” en términos de su función de dirección intelectual y moral en el Estado-nación.

Enseña por ello Gramsci en una larga cita: “su función histórica es la de dirigir a las masas populares y desarrollar los elementos progresistas de ella: si la clase culta no fue capaz de cumplir su función, no debe hablarse de mérito, sino de demérito, es decir de inmadurez y debilidad interna (...) Efectivamente esos hombres no supieron guiar al pueblo, no supieron despertar su entusiasmo y su pasión, si entendemos demagogia en su significado primordial. ¿Alcanzaron por lo menos el fin que se proponían? Decían proponerse la creación del Estado moderno de Italia y produjeron algo bastardo; se proponían suscitar una clase dirigente amplia y enérgica y no lo lograron, insertar al pueblo en el cuadro estatal y no lo lograron. La mezquina vida política de 1870 a 1900, la rebeldía elemental y endémica de las clases populares, la existencia con muchas dificultades de una capa dirigente escéptica y holgazana son consecuencia de esa deficiencia; y también es consecuencia de la posición internacional del nuevo Estado, carente de autonomía efectiva porque estaba minado desde dentro por el Papado y por la pasividad malévola de las grandes masas. Además, en realidad los derechistas

del *Risorgimento* fueron grandes demagogos: hicieron del pueblo-nación un instrumento, un objeto, degradándolo, y en eso consiste la máxima y más despreciable demagógica” (Gramsci, 2000, 129).

### **23.5 La ciudad y el campo sin unidad posible**

Viene a continuación la relación entre la ciudad y el campo italianos, esto es, entre la población urbana y la población rural en la civilización moderna. Lo que busca aquí Gramsci son las formas anticuadas y retardatarias que perviven en la población. Y subraya una paradoja histórica: a veces un modelo rural es más progresivo que uno urbano. En la lectura tradicional que se ha tenido con respecto a la ciudad, se considera que una ciudad industrial siempre es más progresista que el campo, pero en Italia no es así. En Italia no todas las ciudades son industriales o ciudades típicamente industriales. Porque en esta parte de Europa el urbanismo no es un fenómeno de desarrollo capitalista y de la gran industria, como lo es en otras partes del continente. Ni Nápoles ni Roma son en ese orden de ideas definidas como ciudades industriales. Estas poblaciones que son de tipo medieval, sin embargo, tienen núcleos de poblaciones de tipo urbano moderno.

En este tipo de ciudades, conceptúa Gramsci, existe entre todos los grupos sociales una cierta unidad ideológica urbana contra el campo, la campiña, en cuanto tal. Existe entonces un odio y un desprecio hacia los “villanos”, una suerte de frente único contra la campaña. También recientemente, anota Gramsci, existe lo contrario: existe una aversión de la campaña, del campo contra la ciudad y todos los grupos que la integran y la constituyen. Esta relación general con respecto al binomio ciudad/campo ha tenido una relevancia fundamental en el desarrollo de lo que fueron las luchas por el *Risorgimento* (Gramsci, 2000, 130). Veamos pues a continuación sus implicaciones.

El ejemplo con el que arranca Gramsci esta caracterización histórica es con la emergencia de la República Partenopea o Napolitana del año 1799. Esta ciudad, Nápoles, fue aplastada por las hordas campesinas del cardenal Ruffo, porque en el primer momento aristocrático como en el segundo momento republicano se dejó de lado el campo, la campiña. Por otro lado, la posibilidad del cambio jacobino que implicaba solo tratar de erigir una república en este tiempo llevaba a que se pensara que las tierras y las propiedades rurales podían ser confiscadas, dejando a los sectores subalternos inermes y sin sus medios de vida e ingreso: expropiados. Huelga anotar que los propietarios de estas tierras gastaban como podían sus rentas en la ciudad de Nápoles. Estas amenazas que referimos, el miedo al jacobino y la posible usurpación de las tierras de pan coger, dejaba desubicados a los grupos populares y subalternos napolitanos.

Como lo decimos, siguiendo a Gramsci, durante el *Risorgimento* se manifestaba en forma embrionaria la relación histórica de separación entre el norte y el sur de Italia como si esta fuera una

relación similar calcada entre la ciudad y el campo. No se desplegaba entonces como una relación simbiótica entre la provincia y la capital industrial, sino entre dos grandes territorios de tradición civil y cultural antagónicos entre sí, con lo cual se profundizaron los aspectos históricos, adquiriendo el perfil de un conflicto de nacionalidades en un mismo territorio geográfico.

Sobre el particular resalta Gramsci que lo históricamente novedoso de esta situación es que durante el *Risorgimento* las crisis políticas cobraban iniciativa desde el sur empobrecido de Italia. Nápoles en el año 1799, Palermo después en 1820-1821, Messina y Sicilia le siguen en 1847 y para terminar Sicilia y Nápoles en 1847 y 1848. Otro elemento para resaltar es la forma particular en la que se manifestaban los movimientos sociales en el centro de Italia como terreno intermedio entre el norte y el sur. Es así como el periodo de las iniciativas populares de tendencia relativa, que cubren, dice Gramsci, los años 1815-1849 y culmina en la Toscana y en los Estado del Papa, subrayando con ello la novedad de que Romaña y Lunigiana, sean parte del centro italiano (Gramsci, 2000, 131).

Estas realidades geográficas, sociales y políticas tienen una serie de reflejos posteriores que vamos a registrar continuando el discurso de Gramsci. Los sucesos de junio de 1814 terminaron en las regiones del centro, Romaña y Marcas; la crisis del año 1893 en Sicilia repercutiendo en el sur y en Lunigiana, logrando culminar en Milán en 1898; en 1919 están, igualmente, las invasiones de tierras en el sur y en Sicilia; en 1920 tenemos la ocupación de fábricas en el norte italiano. Todo lo anterior nos revela, afirma Gramsci, una relativa singularidad y sincronía que da a entender como proceso histórico que desde el año 1815 existía una estructura económica-política “relativamente homogénea”. De otra parte, está revelando que en los periodos profundos de crisis histórica, es la parte más débil y periférica del país la que debe reaccionar tomando la iniciativa política. Y, en efecto, así ha obrado la dinámica de la “historia integral”.

### **23.6 El problema de la cultura nacional italiana**

Pero también sobre esta separación norte-sur existe la lectura de historia cultural. No lo refiere así Gramsci pero se entiende que esa es la idea que tiene cuando quiere estudiar las “diversas concepciones culturales y actitudes mentales” del norte y del sur italianos. Empieza por ello citando a dos grandes intelectuales burgueses e historiadores liberales italianos que ya conocemos, Benedetto Croce y Giustino Fortunato. Ambos personajes lideraron a principios del siglo XX un movimiento cultural de hondo calado que de cierta forma era oposición al movimiento cultural del norte, es decir, el idealismo contra el positivismo, el clasicismo o clasicidad contra el futurismo. Valga señalar que Sicilia se separa del Mediodía (la zona meridional), también en el aspecto cultural. La relación con los intelectuales de formación se sucede entonces de la siguiente manera, según Gramsci: Crispi, al

que también ya vimos, es el hombre político del industrialismo del norte, Pirandelo como dramaturgo está cerca del futurismo, Gentile como filósofo y el actualismo están cerca del movimiento futurista como forma de romanticismo contemporáneo.

Visto de esa manera, el panorama es, según Gramsci como sigue: “Distintas son la estructura y el origen de las capas intelectuales: en el Sur predomina aún el tipo del «leguleyo», que pone en contacto a la masa campesina con la de los propietarios y con el aparato estatal; en el Norte predomina el tipo del «técnico» de taller, que sirve de nexo entre la masa obrera y los empresarios: la vinculación con el Estado era función de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos, dirigidos por una capa intelectual completamente nueva” (Gramsci, 2000, 132).

Ahora bien, esta relación compleja entre la ciudad y el campo puede estudiarse desde los programas políticos de los partidos en lucha, antes de la llegada del fascismo al gobierno y al Estado. En ese sentido dice Gramsci que el programa de Giolitti y de los liberales demócratas tendía en el norte a crear un bloque de tipo “urbano”, de industriales y obreros unidos como base de un sistema proteccionista para reforzar la economía y la hegemonía septentrional.

Entre tanto, en el sur se reducía a un mercado de venta semicolonial como fuente de ahorro e impuestos, atado este a dos medidas complementarias: medidas policiales de represión despiadada por un lado, incluyendo en ella la matanza de los campesinos pobres y, dos, con las medidas policiaco-políticas que al tiempo se traducían en favores personales a las capas de intelectuales y a los leguleyos: en forma de empleos en la administración pública, igualmente en permisos para saquear con impunidad la administración local, legislación eclesiástica menos estricta, etc. Todo ello implica la incorporación de elementos activos a las labores del personal dirigente público, con una serie también de privilegios que complementan lo primero.

Lo que sucedía entonces era la compra directa de estas capas de intelectuales meridionales. No se podía entonces llegar a organizar el descontento meridional con el liderazgo de estos intelectuales que eran reclutados de esta forma, porque estas mismas capas se convertían en grupos que favorecían la política septentrional, es decir, los intereses amplios del norte industrial. Sin embargo, precisa Gramsci, el descontento meridional se revelaba en formas caóticas y turbulentas, las cuales no lograban triunfo alguno en el contexto político. Cabe por lo mismo recordar aquí que los grandes intelectuales Croce y Fortunato, debido a su concepción fetichista de lo que debía ser la unidad italiana, se adhieren siempre a este tipo de corrupción.

En la campaña italiana, registra Gramsci, existía un factor político-moral clave que no puede perderse de vista: la intimidación que se hacía respecto a los contrastes entre el norte industrial y

el sur empobrecido. En cierto, entre los intelectuales sicilianos, apunta Gramsci, se encontraba esta forma de exasperación unitaria debido a la presión campesina que era ejercida sobre la tierra señorial y, en segundo lugar, a la popularidad política del político Francesco Crispi.

De otro lado, el programa político de Giolitti en los comienzos siglo XX fue afectado por dos elementos que deben fijarse a continuación: la afirmación de los “intransigentes” del partido socialista con la dirección de Mussolini y sus coqueteos con los meridionalistas para con ello lograr destruir el “bloque urbano septentrional” y, en segundo lugar, el reconocimiento del voto universal que animó la labor de ampliar con creces la base parlamentaria del sur, dificultando con ello la corrupción individual. Recuerda Gramsci que Giolitti entre sus acciones decide sustituir al bloque urbano, es decir, construye un bloque de separación ideológica entre la industria septentrional y la población rural del campo, cuyos efectos cubrían por igual el amplio componente del sur, para al tiempo, igualmente, restringir la ampliación de la masa electoral. Bloqueó de esta manera al sur (Gramsci, 2000, 134).

Hubo, sin embargo, otro programa político llamado del *Corriere della Sera* o de Luigi Albertini. Esta fue una alianza entre una parte de los industriales del norte, encabezados por diversos sectores empresariales, como los librecambistas, los textileros, los aldoneros, los exportadores con el bloque rural del sur marginal.

Cuando se amplió el sufragio electoral hacia el año 1913 se habían pues producido entonces acciones a favor de dicho fenómeno, es decir, un cierto despertar de los subalternos del sur, los cuales tendrían su hito más representativo entre los años 1919-1921, debido al rápido aprendizaje que hicieron las masas campesinas subalternas durante la Primera Guerra Mundial. En otras palabras, operó la relativa división del bloque rural meridional y en consecuencia la separación política de los campesinos sureños que son guiados por una parte de los intelectuales que tienen en su haber los grandes propietarios.

Surge así el sardismo como partido reformista siciliano, el cual erige ocasionalmente un ala extrema separatista. Las capas campesinas de este movimiento, por otro lado, fueron organizadas desde Cerdeña, en el sur, y en Sicilia, y dependieron para ello de la fuerza, el prestigio y la presión ideológica ejercida por los grandes propietarios sobre los campesinos, los cuales eran muy poderosos en Sicilia, pero muy débiles en la isla de Cerdeña. Igualmente, apunta Gramsci, también se sucede una cierta independencia relativa de los intelectuales autónomos con respecto a los propietarios del sur (Gramsci, 2000, 135).

Considerando la relevancia del grupo de los intelectuales en la “historia integral”, como capa que ejerce “funciones organizativas en sentido amplio”, Gramsci desentraña y precisa lo que es su función político-social. Se pregunta entonces si ellos tienen una función paternalista hacia las clases instrumentales o por el contrario se creen que son su expresión orgánica; también se pregunta en qué sentido tienen los intelectuales una actitud servil hacia las clases dirigentes o, por el contrario, se creen ellos mismos dirigentes, o sea, como parte integrante de las actuales clases dirigentes.

La prueba histórica de este problema político está otra vez en la experiencia histórica que arroja el Partido de Acción. Gramsci lo refiere de forma crítica en los siguientes términos: “En el proceso del *Risorgimento*, el llamado Partido de Acción tenía una actitud «paternalista», y por eso no logró sino en una medida muy limitada poner a las grandes masas populares en contacto con el Estado. El llamado «transformismo» no es más que la expresión parlamentaria del hecho de que el Partido de Acción es incorporado en forma molecular por los moderados y las masas populares son decapitadas, no absorbidas en el ámbito del nuevo Estado” (Gramsci, 2000, 135-136). Una traición manifiesta al espíritu cardinal que anima a los grupos y las clases subalternas en las luchas políticas, y al sentido común dominante del que aquellos no logran liberarse y ni siquiera cuestionar medianamente.

## 24. Capítulo 24

### Las fuerzas motrices del *Risorgimento*

“El presente actuante no puede sino continuar, desarrollándolo, al pasado, no puede sino estar injertado en la «tradición». Pero ¿cómo reconoce la «verdadera» tradición, el «verdadero» pasado, etc., esto es, la historia real, efectiva y no la veleidad de hacer una nueva historia que busca en el pasado una justificación tendenciosa, de «superestructura»? La estructura es pasado real, precisamente porque es el testimonio, el «documento» incontrovertible de lo que se ha hecho y de lo que continúa subsistiendo como condición de presente y del porvenir”. GRAMSCI. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, 230.

#### 24.1 Las relaciones de fuerza en movimiento

Como esta es una lectura materialista de la historia integral italiana, Gramsci se posiciona con respecto a cómo explicarla como proceso integral a partir de la relación ciudad-campo. Las llamadas fuerzas motrices de la historia italiana tienen allí su nudo social-económico fundamental. Con este fundamento material debe explicarse en consecuencia la dirección ideológica que siguió a cargo del Partido de Acción. El esquema de fuerzas históricas que pinta Gramsci es el siguiente: i) la fuerza urbana septentrional, ii) la fuerza rural meridional, iii) la fuerza rural septentrional-central, iv) la fuerza rural de Sicilia, v) la fuerza rural de Cerdeña (Gramsci, 2000, 136). Todas ellas hacen parte del bloque rural.

Gramsci divide en distintos vagones esta historia de Italia. Si el primer vagón se mantiene invariable en tanto fuerza urbana septentrional, deben existir por lo mismo una serie de combinaciones para construir un tren que avance en la historia. Tal es la metáfora que el autor está utilizando. No obstante, la primera fuerza tiene problemas que le son propios, de carácter interno, de organización, de articulación, de dirección político-militar (es decir, se corresponden con la hegemonía piemontesca, así como las relaciones entre las ciudades de Milán y Turín, etc.).

Pero esa primera fuerza avanza, es decir, existe en cuanto tal. Esta fuerza histórica que ha ejercido cierto grado de unidad y de combate, también tiene en su haber una función de dirección integral sobre la demás fuerzas en acto. Sigamos en este recorrido a Gramsci en sus análisis histórico-político, cuando sostiene: “En los diversos periodos del *Risorgimento* se observa que la colocación de esta fuerza en una posición de intransigencia y de lucha contra el dominio extranjero, determina una exaltación de las fuerzas progresivas meridionales: de ahí la relativa sincronía, pero no simultaneidad, de los movimientos del 20-21, del 31, del 48. En 1859-60 ese «mecanismo» histórico-político actúa con todo el rendimiento posible puesto que el Norte inicia la lucha, el Centro se adhiere pacíficamente o casi y en el Sur el Estado borbónico se desploma bajo el empuje de los garibaldinos, empuje relativamente débil” (Gramsci, 2000, 136).

Esta acción que registramos de Garibaldi sobreviene después de la acción de los moderados con Cavour a la cabeza. Estos últimos, era claro entonces, habían organizado al norte y al centro a su manera y con su estilo. Si esto es cierto, señala Gramsci, existen dos direcciones político-militares que se advierten; por un lado, ya lo sabemos, los moderados y por otro, el Partido de Acción. Son ellos, los moderados, quienes organizan las direcciones integradas de ambos colectivos sociales.

Retornando a las precisiones de la primera fuerza, es decir, la urbana septentrional, esta debía organizar para sí a todas las fuerzas urbanas frente a las otras secciones nacionales y particularmente las focalizadas en el sur. Problema difícil por donde se le mire. Y, sin embargo, este punto que señalamos es decisivo pues era uno de los puntos cruciales del desarrollo nacional. Sostiene a continuación Gramsci que teóricamente las fuerzas urbanas eran socialmente “homogénea”, por lo mismo, deben hallarse en una condición de igualdad.

Sin embargo, históricamente ocurría todo lo contrario: las fuerzas urbanas con asiento en el norte estaban a la cabeza de su sección nacional, pero no pasaba lo mismo ni en la misma medida e intensidad con respecto a las fuerzas urbanas del sur, las cuales estaban más bien rezagadas. Así las cosas, se presentaba un serio problema de dirección intelectual y moral. Vale decir, las fuerzas urbanas del norte debían obtener de las fuerzas urbanas del sur una subordinación hacia ellas, en cuanto esta era la relación fundamental inscrita entre el binomio ciudad-campo. Esto, por supuesto, quiere decir que las fuerzas urbanas del sur, rurales, debían subordinarse por completo a la dirección que venía del norte, de tipo industrial.

Pero, como dice Gramsci, no se podía plantear esta separación tan tajante entre una fuerza del norte opuesta con respeto a una fuerza del sur, ídem. Lo que se debe tener claro es que estas no eran fuerzas independientes en sí mismas. No se podía concebir que existiera *a priori* una división nacional de

este tenor. Si ello ocurriera, hubieran nacido dos naciones diferentes con un mismo enemigo común, Austria como casa imperial regente. Bajo este entendimiento histórico sólo podían existir algunos elementos de la cuestión nacional en el debate político. Sobre esta cuestión lo más grave era la manifiesta y débil posición de las fuerzas urbanas meridionales frente a las fuerzas rurales, incluso como sujeción de la ciudad frente al campo.

Sigamos entonces el recorrido histórico que plantea Gramsci al respecto. Sostiene el autor que las fuerzas urbanas del norte debían darle a las fuerzas urbanas del sur el prestigio de las primeras y con ello podrían ganar la preciada autonomía social, adquiriendo en consecuencia una conciencia concreta de su “función histórica dirigente”. Así vista la situación, con esta nueva dimensión de autonomía se podían dar las soluciones respectivas a los problemas apremiantes en el sur.

## **24.2 La función histórica dirigente**

Sabemos ahora que el problema más grave de este vínculo de dirección política entre las fuerzas urbanas del norte y su contraparte, las fuerzas urbanas del sur de Italia, estaban en las primeras y no, como se ha creído, en estas últimas. En efecto, en las fuerzas urbanas del norte la tarea histórica era convencerse ellas mismas del cometido trazado en términos de la complejidad real del sistema político italiano. Porque era allí, justamente en el norte, donde existía un fuerte centro de dirección político-ideológico, con el cual la colaboración de personalidades fuertes y populares meridionales y también de las distintas islas, era sentida como prioritario. Así que la idea de crear este bloque social entre el norte y el sur pasaba, afirma Gramsci, por crear igualmente una cohesión y una solidaridad sólida entre todas las fuerzas urbanas nacionales, incluyendo en ella, por supuesto, las tres secciones meridionales encabezadas por los tres centros de poder: Nápoles, Sicilia y Cerdeña (Gramsci, 2000, 138).

En consecuencia, sostiene Gramsci, la fuerza urbana del norte debía resolver una serie de problemas e interferencias que se desprendían de las fuerzas rurales septentrionales-centrales y que urgía imperativamente resolverse para plantear ahora sí esa nueva relación entre la ciudad y el campo y, con ello erigir el nuevo Estado italiano. Ahora bien, en estas fuerzas rurales del norte, en su composición social, existían dos grupos de corrientes, la laica y la clerical-filoaustriaca. Esta última fuerza tenía su asiento territorial en la región de Lombardía-Venecia y Toscana, así como en una parte de los llamados Estados pontificios. La fuerza laica, por el contrario, tenía su base territorial en el Piamonte, con algunas interferencias ubicadas en el resto de la península itálica, además de las considerables legaciones existentes en otras partes como lo era en Romaña y otras secciones del sur y, como hemos dicho, también de las islas.

Se imponía en esta difícil situación que las fuerzas urbanas del norte resolvieran estas relaciones inmediatas para con ello, ya resuelto el nudo histórico, asumir en consecuencia el ritmo y el acento con respecto a todas las cuestiones que son sustanciales en la escala nacional buscando con el sur la unidad territorial del nuevo Estado. En esta serie descrita de problemas mayores y menores el Partido de Acción, como organismo liberal republicano, fracasó por completo, estruendosamente, de principio a fin. Dice Gramsci que se limitó de forma absurda a una cuestión de principios y de programa esencial, cuando lo que urgía la situación histórica era la acción política osada y decidida para con ello hallar una solución legal a los problemas que eran más urgentes: plantear en el horizonte político una Constituyente.

De otro lado, se puede decir que el partido de los moderados no fracasó en esta historia a favor de la unidad italiana. Porque ellos, pragmáticos como eran, no animaban insurrecciones sociales ni menos hacían cuentas alegres de grandes ejércitos garibaldinos en formación, como a su manera lo hacía el Partido de Acción. Por el contrario, los moderados como organización adscrita a la derecha abrazaban con realismo iniciativas tipo expansión orgánica del Piamonte, con el consabido acompañamiento de nuevos soldados que ingresaban para luego sumarlos esta vez al ejército piamontés (Gramsci, 2000, 139).

Lo cierto es que el Partido de Acción en términos estratégicos no jugó todas las cartas en la mesa y, básicamente, no quiso resolver el centro de gravedad de la relación de fuerzas en el sur: la cuestión agraria, es decir la cuestión del campesinado pobre y sin tierras. Era claro que sus antagonistas políticos, los moderados, nunca la harían, porque ellos requerían de todas las fuerzas de la derecha, incluyendo muy especialmente a todos los grandes terratenientes del sur, para con ellos en bloque sumar apoyos en torno al Piamonte como Estado posible, respaldando esta iniciativa con un nutrido y desafiante ejército.

### **24.3 La cuestión agraria estratégica**

Registra Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* cómo Austria amenazó entonces con llevar a su pronta solución el problema de la cuestión agraria, favoreciendo con ello a los campesinos del sur sin tierra. Este anuncio que cayó como un rayo en cielo sereno, sembró el pánico no solo entre la aristocracia italiana, sino que también -quién lo creyera- paralizó en términos políticos al Partido de Acción. Era de esperarse, nos dice Gramsci, toda vez que en este terreno de la reforma agraria el Partido de Acción pensaba igual que los moderados. Es decir, consideraba como tema de carácter “nacional” a la aristocracia y a los grandes propietarios de tierras, y no a los campesinos subalternos, empobrecidos y abandonados a su suerte.

Solamente hacia el año 1853, y no en la coyuntura álgida que analizamos con el estallido militar de 1848, Mazzini como líder intelectual del Partido de Acción contó con algún valioso atisbo democrático en esta materia agraria tan decisiva. Pero, dado su carácter de limitada conciencia política, Mazzini como jefe liberal no fue políticamente capaz de realizar un acto de radicalización agraria con miras a definir un programa concreto a favor de la autonomía de los grupos subalternos del campo, logrando una conquista material necesaria. La relación de fuerzas históricas entonces cobró nuevas formas, alejando de ellas a los subalternos del sur, negándoles entonces de plano su autonomía política y conservando su sentido común tradicional.

Gramsci llama la atención sobre una serie de sucesos relevantes para nuestro análisis histórico-político. Lo define de la siguiente manera nuestro: “Debe estudiarse la conducta política de los garibaldinos en Sicilia en 1860, conducta política que fue dictada por Crispi: los movimientos de insurrección de los campesinos contra los grandes barones fueron aplastados despiadadamente y se creó la guardia nacional anti-campesina; es típica la expedición represiva de Nino Bixio en la región de Catania, donde las insurrecciones fueron más violentas. Y sin embargo, aun en las *Noterelle* de G. C. Abba hay elementos para demostrar que la cuestión agraria era el resorte para hacer entrar en movimiento a la grandes masas” (Gramsci, 2000, 139).

Nuestro autor también advierte que estas referencias que ha apuntado sobre la emergencia de la cuestión agraria asumida por los campesinos subalternos fue respondida con una feroz represión, la cual se puede descubrir literariamente en los cuentos del escritor Giovanni Verga, en los que se afirma que la guardia nacional descargó y sofocó con terror y fusilamientos en masa a una parte de los campesinos emancipados. Si la cuestión agraria no se resolvía con estas acciones, se dejaba por esa vía también casi sin resolver el problema del clericalismo y de la actitud antiunitaria que encabezaba el Papa.

Nuevamente Gramsci nos indica que en este último punto sobre el clericalismo cómo los moderados fueron más decididos y prácticos que el mismo Partido de Acción. Útil entonces es resaltar que los moderados en bloque no solo se repartieron los bienes eclesiásticos, formando a su vez una nueva capa de grandes y medianos propietarios, sino que también tuvieron tiempo para abolir la propiedad de las congregaciones religiosas. A raíz de lo descrito, el Partido de Acción estaba paralizado frente a la acción de los campesinos subalternos, porque su interés como partido estaba puesto en una reforma religiosa, la cual no interesaba a las vastas masas rurales empobrecidas. De esta manera atípica se confirmaba, una vez más, que el Partido de Acción no aprendía nada de la historia social inmediata del jacobinismo en Francia.

Recordemos que para Gramsci, el ejemplo francés de la unidad estatal durante la Revolución Francesa de 1789 era el modelo histórico para estudiar, en la relación de fuerzas, la crisis social y política que operó en la formación social del naciente Estado italiano, igual que sus clases dirigentes así como sus clases y grupos subalternos en ebullición. En palabras de Gramsci: “El ejemplo de la Revolución Francesa estaba cerca para demostrar que los jacobinos que habían logrado aplastar a todos los partidos de derecha hasta los girondinos en el terreno de la cuestión agraria y no sólo impedir la coalición rural contra París, sino multiplicar sus adherentes en las provincias, fueron condenados por la tentativa de Robespierre de instaurar una reforma religiosa que en el proceso histórico real, tenía un significado concreto inmediato” (Gramsci, 2000, 140).

Aun así, y tomando en consideración esta indicación histórica sobre la cuestión agraria, Gramsci llama la atención sobre la relevancia de estudiar e investigar la política agraria de la República romana, al igual que el carácter de la misión represiva encomendada por el líder liberal Mazzini a Felici Orsini en Romaña y en las Marcas. Y lo hace porque en ese periodo que va más allá de la unidad territorial de 1870 se ha utilizado el calificativo de “bandolerismo” al movimiento caótico y feroz de los campesinos en busca de la tierra (Gramsci, 2000, 140). El interés de Gramsci era profundizar el punto de la cuestión agraria en Italia, particularmente en el siglo XIX, porque, como lo hemos referido, este era el centro de gravedad de las relaciones de fuerzas políticas en el naciente bloque histórico agrario del sur italiano. Y con el cual se podía transformar el sentido común dominante, el mismo que los mantenía en la pobreza y la marginación social y política.

#### **24.4 Los intelectuales en ascenso político**

Pasando entonces al análisis de los intelectuales centrales, en la función de la dirección intelectual y moral, Gramsci se pregunta por qué los moderados predominaban en la masa de los intelectuales. Pero particularmente la explicación en pro de la labor intelectual toma en consideración las experiencias del filósofo, político y sacerdote Vincenzo Gioberti y la del político y periodista Giuseppe Mazzini.

Los dos intelectuales citados por Gramsci eran contrarios política e ideológicamente entre sí. Gioberti, por ejemplo, brindaba a sus oyentes una filosofía que parecía de carácter original y racional, Mazzini, por el contrario, sólo podía ofrecer a su vez una serie de afirmaciones nebulosas, “atisbos filosóficos”, que a muchos de los intelectuales napolitanos que lo escuchaban podían parecerle solo “charla vacía”.

Adentrándonos entonces en el punto de discusión sobre la forma intelectual, son los moderados los que introducen el único movimiento pedagógico bajo el primado de la enseñanza recíproca que se

opone a la escuela jesuítica en Italia. Con lo cual logran atraer para sí a los laicos, igualmente al clero liberalizante y antijesuítico. Los moderados como movimiento durante el *Risorgimento* buscan llegar a conquistar intelectualmente su hegemonía civil sobre la masa de los intelectuales, y lo hacen por medio de una reforma liberal a la actividad escolar. Recordemos que la escuela en la propuesta materialista de Gramsci tiene también una función en el plano económico en tanto entendamos que en su interior se preparan, se forman y surgen los distintos cuadros intelectuales que ocuparán los empleos públicos y privados en Italia. Es decir, la cuna de la dirigencia intelectual y moral en formación.

La hegemonía civil, como sabemos, se conquista desde las bases sociales subalternas. En ese plan estaban los moderados durante el *Risorgimento*. Por ello comenta Gramsci: “La hegemonía de un centro directivo sobre los intelectuales se afirma según dos líneas principales: 1) una concepción general de la vida, una filosofía (Gioberti), que ofrezca a los adherentes una «dignidad» intelectual que dé un principio de distinción y un elemento de lucha contra las viejas ideologías coercitivamente dominantes; 2) un programa escolar, un principio educativo y pedagógico original que interese y dé una actividad propia, en su campo técnico, a la fracción de los intelectuales que es la más homogénea y la más numerosa (los docentes, desde los maestros más elementales hasta llegar a los profesores universitarios) (Gramsci, 2000, 141).

A propósito de lo inmediatamente apuntado, los congresos de científicos que se organizaron en el periodo del llamado primer *Risorgimento* tuvieron por ello un doble propósito que pasamos a considerar. Existió una reunión de intelectuales de alto vuelo científico con sus marcadas influencias y se obtuvo a su vez una concentración más rápida y decidida de los intelectuales de grados inferiores, esta vez no ya alrededor de las castas previamente definidas en sectores universitarios y científicos.

Otro elemento que debemos tener en cuenta es cómo forjaban la propuesta de hegemonía civil los moderados. Este tema, dice Gramsci, tiene que ver básicamente con la divulgación de las revistas enciclopédicas. Los moderados estaban en plan de ofrecer a los diversos intelectuales italianos, vía servicios estatales, todas las satisfacciones posibles que puede ofrecer un partido político en el gobierno; y los moderados, por supuesto, lo querían ofrecer. Este ejemplo se reveló en la experiencia concreta del Estado piamontés después de los sucesos de los años revolucionarios 1848-1849, cuando fueron acogidos los intelectuales exiliados; este hecho en sí mismo fue botón de muestra de lo que podían ofrecer los moderados si llegaran en el futuro a ser un Estado unificado (Gramsci, 2000, 142).

En efecto, la función histórica que cumplió el Piamonte durante el *Risorgimento* fue la de afirmarse como “clase dirigente”. Gramsci señala que no se habían forjado entonces núcleos definidos de clase

dirigente orgánicamente en toda la península itálica. Aunque esos núcleos existían esparcidos, la tendencia a unirse como un solo hombre no existía. Incluso cada grupo social considerado no era como tal “dirigente”, porque ser dirigente tiene una función cualitativa particular que pasamos a considerar.

Enseña con justa razón Gramsci: “El dirigente presupone al «dirigido» y ¿quién era dirigido por esos núcleos? Esos núcleos no querían «dirigir» a nadie, es decir, no querían hacer concordar sus intereses y aspiraciones con los de los intereses y aspiraciones de otros grupos. Querían «dominar» no «dirigir» y más aún, querían que dominasen sus intereses, no sus personas, es decir querían que una fuerza nueva, independiente de cualquier compromiso y condición, pasase a ser árbitro de la nación: esa fuerza fue el Piamonte y de ahí la función de la monarquía” (Gramsci, 2000, 142).

Sin embargo, sostiene Gramsci, el Piamonte visto como ejemplo de Estado-nación contó con una función especial cual si fuera un partido político definido, esto es, como personal dirigente de un grupo social más vasto. Se habla de “partido piamontés”, y en efecto, algo de certeza existe en esa expresión siendo como era un Estado que tiene a su cargo un ejército adscrito, una diplomacia en uso, una magistratura funcional y otras funciones estatales.

## **24.5 La revolución pasiva en Italia**

A partir de este descubrimiento histórico de la función dirigente del Piamonte italiano, es que Gramsci se pone en la labor de considerar cuál es la relación de esta experiencia histórica con la llamada “revolución pasiva”. Entendiendo por “revolución pasiva” el hecho de que no es un grupo social el dirigente de otros grupos sociales, sino un Estado en tanto “dirigente” del grupo que debería haber sido dirigente, el cual dispone de un ejército y también de una fuerza político-diplomática en uso. Esta obra, repetimos, fue la función histórica que cumplió el Piamonte y así debe referirse en el lenguaje político-histórico internacional. E igual debe asumirse en nuestra investigación sobre la formación histórica del Estado nacional italiano.

Con lo anterior podemos pasar en los renglones siguientes a las analogías políticas que se desprenden de este proceso en otros valiosos momentos históricos de Europa. Gramsci señala los casos de Serbia antes de la primera guerra mundial, cuando intentó ser el Piamonte de los Balcanes, así también se considera el caso francés desde la Revolución Francesa de 1789 hasta los sucesos de 1851 con el golpe de Estado que llevó a cabo Luis Bonaparte; periodo en el cual Francia como país representó el Piamonte de Europa. Serbia, volviendo a ella, no triunfó en su momento porque en la posguerra de 1919 existió un despertar y una movilización de los campesinos, como no lo hubo posterior a 1848 en Italia. En Serbia, curiosamente, las fuerzas favorables a la “hegemonía” serbia eran las fuerzas

opuestas al desarrollo e implementación de una reforma agraria. Por otro lado, existía en Serbia un bloque rural-intelectual antiserbio, e igualmente, existían las fuerzas conservadoras favorables a Serbia en Croacia y otras regiones que no eran serbias. No existían en estas regiones fuerzas locales “dirigentes”, sino dirigidas por las fuerzas serbias; en el entretanto, las distintas fuerzas subversivas no tenían mayor importancia como articuladoras de una función social dirigente (Gramsci, 2000, 143).

Gramsci con esta argumentación histórica y política desentraña lo que él llama la función tipo Piamonte en las revoluciones pasivas. Es decir, como hemos escrito párrafos atrás, un Estado sustituye a los grupos sociales locales en la función de dirección de una lucha por la renovación política. La sustitución implica, desde luego, que se ejerce en acto la función de “dominio” y no la de la “dirección” intelectual en estos grupos específicos de subalternos. En consecuencia, en palabras de Gramsci, lo que surge históricamente es la “dictadura sin hegemonía”. La hegemonía, entrando en detalles, se despliega por parte de un grupo social específico sobre el grupo entero, y no de este grupo sobre otras fuerzas para potenciar el movimiento sobre el modelo jacobino (Gramsci, 2000, 143-144).

La hegemonía, por lo mismo, es un proceso histórico-político muy importante que debe tomarse en consideración cuando se investiga el nacimiento y la formación del Estado-nación, como lo hacemos en el caso específico de Italia durante el *Risorgimento*. La hegemonía como proceso histórico-político nos pone en situación con respecto a las relaciones, tanto las inmediatamente nacionales, como las que se corresponden con el plano internacional. Historiar ambas es tarea básica de la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas.

Ahora bien, Gramsci nuevamente llama la atención sobre el estudio de las analogías históricas, entre el periodo posterior a la caída de Napoleón Bonaparte y el siguiente a la primera guerra mundial de 1914-1918. Al tomarlas en consideración advierte que lo más importante que debe estudiarse es la “revolución pasiva”, problema que no aparece de forma vistosa porque falta, dice él, el paralelismo de Francia entre los años 1789-1815. No obstante, todos los que han leído el periodo referido reconocen que la Primera Guerra Mundial fue realmente una fractura histórica, porque una serie de relaciones de fuerzas y situaciones acumuladas antes de 1914 alcanzan ahí, justo con la guerra, su “masa crítica”, modificando la estructura del periodo que le precede. Tal es entonces la relevancia metodológica de la analogía histórica para pensar con ella el problema italiano del *Risorgimento*, su falta de unidad con respecto también a pensar *in situ* la hegemonía como dirección política e intelectual de los grupos y las clases subalternas.

Entonces volviendo al punto de referencia, en la propuesta analítica de Gramsci sobre las relaciones de fuerza actuantes durante la coyuntura histórica italiana de 1848-1849 puede afirmarse que esta era inmediatamente decisiva. Su naturaleza era ser un “nudo histórico”. Dada su espontaneidad manifiesta, puede considerarse también como típica para estudiar las fuerzas sociales y políticas de la nación italiana en ebullición. Las formaciones que se pueden hallar y se ubican en este periodo están divididas en tres fuerzas específicas que pasamos a referir, a saber: i- los reaccionarios moderados, es decir, los municipalistas, b- los neogüelfos, es decir, la democracia católica y c- el Partido de Acción, es decir la democracia liberal de izquierda burguesa nacional. (Gramsci, 2000, 144).

Estas tres fuerzas históricas citadas están en lucha política entre sí y todas van a ser derrotadas en el lapso de solo dos años, justamente entre los años coyunturales de 1848-1849. A esta derrota histórica le sucede un hecho notorio que debe asumirse: las fuerzas reconstruidas se alinderan a la derecha del espectro político. Gramsci registra cómo la derrota política más grave es la de los neogüelfos, en tanto dejan de ser democracia católica y se suman como elementos burgueses sociales a los sectores reaccionarios; y se erigen al tiempo en una nueva fuerza de derecha liberal-conservadora. Con este ejemplo también se puede establecer un cierto paralelo histórico entre los neogüelfos y el Partido Popular, así como también de ahí se desprende el fracaso político del Partido de Acción, el cual se asemeja como analogía histórica al “subversivismo” de los años 1919-1920.

## **24.6 Las fuerzas nacionales e internacionales actuando**

Gramsci señala una serie de tareas en el análisis histórico. Precisa en esta tarea la reconstrucción de la sucesión de los gobiernos y las combinaciones de partidos políticos en el Piamonte durante los años coyunturales de 1848-1849. Precisa, igualmente, la función establecida por los políticos Gioberti y Rattazzi, al igual que el significado político del *matrimonio* Cavour-Rattazzi.

Entre el Piamonte y Lombardía existieron entonces una serie de contradicciones. Hija de ellas nació la propuesta del federalismo de Ferrari-Cattaneo. Pero Lombardía no quería la anexión al Piamonte, porque aquella era más avanzada en tres órdenes: el intelectual, lo político y lo económico. Lombardía, por el contrario, había hecho su revolución democrática en las Cinco Jornadas de marzo de 1848 contra la ocupación austriaca de Milán. Lombardía, al decir de Gramsci, era más italiana que el Piamonte. Así las cosas, no fue el federalismo propuesto por el binomio Ferrari-Cattaneo el responsable de la falta de unidad nacional y la separación entre Piamonte y Lombardía.

Al respecto, bien valen las siguientes luces de Gramsci: “Es preciso insistir aún en el criterio metodológico de que una cosa es el *Risorgimento* y otra la hagiografía de las fuerzas patrióticas y

principalmente de una fracción de ellas, las unitarias. El *Risorgimento* es un proceso histórico complejo y contradictorio, que resulta integral de todos sus elementos antitéticos, de sus protagonistas y antagonistas, de sus luchas, de las recíprocas modificaciones que las propias luchas determinan y también de la función de las fuerzas pasivas y latentes como las grandes masas agrícolas, además, naturalmente, de la función eminente de las relaciones internacionales” (Gramsci, 2000, 145-146).

Iniciativas hubo, insiste Gramsci, para poder soldar esta posible unidad confederal. Veamos algunos referentes que deben tenerse en cuenta. La liga aduanal de 1847 fue una de ellas. Fue impulsada por el político y escritor Cesar Balbo y luego fue organizada y definida en Turín con la asistencia de tres representantes intelectuales de Piamonte, Toscana y del Estado Pontificio. La Confederación fue rechazada de plano en 1848. Gioberti, como intelectual dirigente y como político de ocasión veía en la Confederación política y aduanal la premisa inicial del lema “Italia se las arreglará sola”. Lo cual da a entender, dice Gramsci, que el movimiento de 1848 fracasó por las intrigas mezquinas de los derechistas, que en el periodo siguiente eran ya los moderados. Ellos, como lo analizamos, no sabían dirigir, ni en lo político ni en lo militar, al movimiento nacional que se estaba formando. El gobierno piamontés, de carácter conservador, no hegemónico, prefería en el calor de los años convulsos de 1848-1849 vivir una derrota histórica a una insurrección general en Italia. (Gramsci, 2000, 146-147). Y en efecto, esto ocurrió.

Existen, escribe Gramsci, una serie de escritos tendenciosos que atribuyen un significado trascendental a las expresiones literarias del *Risorgimento*, bajo la prédica de que la cuestión oriental austriaca está en función de los álgidos problemas italianos. Son los supuestos planes de balcanización de Austria para compensarla por la región lombardo-veneciana, cedida pacíficamente. Estos planes vagos deben ser vistos, explica Gramsci, como expresión de una pasividad política y de un desánimo creciente de la empresa nacional. No era materialmente posible balcanizar a Austria, el cual, huelga decirlo, es entonces un poderoso imperio. Porque hacerlo implicaba crear la situación político-administrativa y militar en una Europa beligerante. Significaba en lo práctico tener y hacer suyo, la “hegemonía política y diplomática”. Un desatino histórico para entonces, imposible, acota Gramsci.

Sin embargo, la cuestión oriental, ventilada en el libro de Cesare Balbo de 1844, *Le Speranze d'Italia*, debía, según Gramsci, prestársele la atención debida en Italia, en tanto tenía ella una atención manifiesta sobre los Balcanes y sobre el Imperio turco. Y era la forma político-diplomática de lucha entre las dos potencias hegemónicas, Inglaterra y Rusia; vale decir, era la cuestión del Mediterráneo, de Asia menor y central, de la India también y del Imperio ruso, todo unido.

Después de 1849, enseña Gramsci, no era viable la propuesta de Baldo de posicionarse desde el oriente frente a la situación nacional italiana. Menos relevancia política va a tener esta propuesta posterior a los sucesos de 1870 con la unidad italiana lograda y la formación inicial del Estado-nación en curso, cuando, por ejemplo, los problemas de las relaciones diplomáticas de la casa Borbón de Nápoles con el zarismo llegan a su fin, las cuales tienen materialmente su historia limitada a los años 1799-1860 (Gramsci, 2000, 149).

## 24.7 La “historia integral” leída en coyunturas

Existen luego una serie de momentos claves de la vida del pueblo italiano que Gramsci pasa a considerar en su repaso de la “historia integral” del *Risorgimento*. Lo relevante en términos de estos momentos es la potencialidad activa que puedan tener para plantearse el ser colectivos y unitarios, al tiempo, es decir con difusión territorial y con intensidad de masas subalternas en movimiento. Se precisa pues realizar la investigación, no obstante, Gramsci, limitado a su celda, adelanta en algo esta materia al detallar los hitos más representativos de diversa naturaleza que lo integran. Veámosla a continuación. Existen pues en el periodo histórico estudiado una serie de sucesos mayores y menores: guerras, revoluciones, plebiscitos y elecciones generales en el recorrido que va desde comienzos del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX. La larga duración en la historia de Italia.

En concreto las guerras, en las que se inscribe Italia, son ordenadas de la siguiente manera: 1848-1849, 1859, 1860, 1870; guerras de África en Eritrea y Libia, y primera guerra mundial de 1914-1918. Las revoluciones así llamadas tienen las siguientes fechas: 1820-1821, 1831, 1848-1849, 1860 y *fasci* sicilianos en 1898, 1904, 1919-1920, 1924-1925. Los plebiscitos para la conformación del reino se suceden de la siguiente manera: 1859-1860, 1870. Elecciones generales y elecciones típicas en las que la izquierda llega al poder se registra la del año 1876, igualmente la posterior a la ampliación del sufragio después de 1880, y, por último, la posterior a 1888. Debe señalarse que en 1913 se da la primera elección política de alcance nacional en la que participan ampliamente las fuerzas campesinas subalternas, las cuales están cobrando rápidamente autonomía política. Por último, la elección política de 1919 obliga a los partidos políticos a reagruparse en su formación; los mismos partidos se presentan entonces a elección en el contexto integral de toda la bota itálica (Gramsci, 2000, 150).

Todos estos múltiples hitos políticos y procesos históricos hacen parte sustantiva del abanico complejo del *Risorgimento*. Es decir, Gramsci en su lectura del historicismo absoluto, en sus conceptos sobre la filosofía de la praxis y en sus análisis históricos materialistas va más allá del siglo XIX donde la historia patria, conservadora o liberal ubica el periodo. Como lo hemos referido

capítulos atrás, para Gramsci la formación del Estado-nación italiano se da como proceso integral abierto, no terminado en el siglo XIX. Incluso Gramsci llega a sostener que el *Risorgimento* es tema de discusión durante el periodo del fascismo, porque lo que integra y le da sentido de cultura nacional a los problemas históricos y políticos del siglo XIX y XX en el Estado italiano es la cuestión no resuelta de la hegemonía cultural de los grupos y las clases subalternas.

Debemos ahora considerar algunas glosas sobre las elecciones del año 1919, las cuales como hemos visto son definitivas al tratar de historiar el mundo subalterno en la tardía unidad italiana. En efecto, son las primeras elecciones con un alcance nacional, esto es con un elemento unificador tal como lo plantea el análisis materialista de Gramsci.

Las vastas masas de subalternos bullen luego de la victoria de la revolución rusa de 1917, y adquieren un nuevo sentido común con sus elementos críticos de buen sentido hacia 1919, con cierta conciencia de la importancia que tienen como sujeto político autónomo en Italia. Se alcanza a reflejar en ellas una “unidad popular-nacional”. Las elecciones políticas de 1919, al igual que la del año 1913, dice Gramsci, son una suerte de “Constituyente”. Es decir, los grupos y las clases subalternas al ir cobrando autonomía social y política miraban hacia el futuro como posible bloque histórico subalterno. Pero, rompiendo esta tendencia histórica, los partidos políticos dominantes en ejercicio miraban hacia el pasado y a un porvenir abstracto, pasivo. No tenían, ni podían tener, una concepción histórico-política del momento concreto que estaban viviendo en términos de las nuevas relaciones de fuerzas. Subraya Gramsci que esta contradicción y separación al tiempo entre las clases y los grupos subalternos, campesinos y trabajadores, y los partidos políticos italianos dominantes, fue el hecho más dramático del año 1919.

Por último, debemos decir que tanto en 1913 como en 1919 participaron en las elecciones nacionales los católicos con sus organizaciones de base y sus programas propios. Valga señalar también, como lo advierte Gramsci, que en 1913 realmente existió esta novedad del catolicismo político, toda vez que participaron de forma indirecta con el pacto Gentiloni, pero participaron como fuerza autónoma (Gramsci, 2000, 152). Con ello se traduce y se pone de manifiesto como tendencia histórica el despertar escalonado de diversas fuerzas sociales en el escenario político nacional. Un nuevo sentido común de los subalternos estaba pues naciendo en Italia. En este proceso ideológico el buen sentido intentaba dirigir nuevas relaciones de fuerzas y también cobrar en consecuencias nuevas autonomías sociales, políticas y económicas. Hitos políticos que en su momento vivirá intensamente Gramsci en Turín y luego en Roma siendo dirigente político de los subalternos.

## 25. Capítulo 25

### El *Risorgimento*: lectura abierta de un fracaso histórico

“En el siglo XIX nace el término «*Risorgimento*» en un sentido más estrictamente nacional y político, acompañado de las expresiones «*riscossa nazionale*» y «*riscatto nazionale*» («recuperación nacional» y «rescate o liberación nacional»: todas expresan el concepto del regreso a un estado de cosas que ya había existido en el pasado o de «recomienzo» ofensivo («recuperación») de las energías nacionales dispersas en torno a un núcleo militante y concentrado, o de emancipación de un estado de servidumbre para volver a la primitiva autonomía («rescate»). Son difíciles de traducir precisamente porque están expresamente unidas a la tradición literaria-nacional de una continuidad esencial de la historia desarrollada en la península italiana, desde Roma hasta la unidad del Estado moderno, por la cual se concibe a la nación italiana como «nacida» o «surgida» con Roma, se piensa que la cultura greco-romana ha «renacido», que la nación ha «resurgido», etc.”. GRAMSCI, *Cuadernos de la cárcel*, C. 26 (XII).

#### 25.1 El problema histórico-político desde la “historia integral”

A partir de lo comentado en el capítulo anterior, Gramsci pasa a considerar un marco general de análisis de la “historia integral” del *Risorgimento*. Existen cuatro hechos a considerar cuando esta materia se trata. El primero tiene que ver con explicar por qué ocurrió el “milagro” del *Risorgimento*. Milagro por la escasez de las fuerzas activas con las que se contaba en pro de la unidad y la independencia nacional de Austria. Pero como tampoco se desea reconocerlas, se asiste en general a pintar una “novela histórica”. El segundo punto es que no se quiere involucrar al Vaticano en esta historia de la unidad italiana. El tercer elemento es que se evita explicar el “bandolerismo” meridional.

Y, por último, se asiste a desentrañar la debilidad estatal durante las guerras de África (como lo hace el historiador Oriani y sus seguidores, por cierto).

La manifiesta debilidad de estas propuestas “interpretativas” es que se quedó en un mero hecho intelectual y no llegó a articularse como premisa material en un movimiento político de alcance nacional. Esta acción sólo fue pensada a posteriori por el periodista y político Piero Gobetti en el siglo XX. Gobetti, al igual que el historiador Guido Dorso, se separan ideológicamente en este punto del historiador Oriani y del periodista Mario Missiroli, que dicen lo contrario.

A propósito del tema, sobre el libro de Roselli de 1932 intitulado *Carlo Pisacane nel Risorgimento italiano*, Gramsci hace estas útiles afirmaciones: “Un problema que Roselli no plantea bien en el *Pisacane* es éste: cómo una clase dirigente puede dirigir a las masas populares, es decir, ser “dirigente”. Roselli no ha estudiado qué fue el “jacobinismo” francés y cómo el temor al jacobinismo precisamente paralizó la actividad nacional. No explica tampoco por qué se formó el mito “Surpolvorín de Italia” en Pisacane y luego en Mazzini. Sin embargo, este punto es básico para comprender a Pisacane y el origen de sus ideas que son las mismas de Bakunin” (Gramsci, 2000, 153).

Por lo mismo, dice Gramsci, Carlo Pisacane como patriota e intelectual dirigente del siglo XIX no es precursor de Georges Sorel, sino de un tipo de nihilismo de origen ruso y de la teorización sobre la “pandestrucción” creadora. En ese sentido político, el tránsito del patriota republicano Mazzini al patriota militar Pisacane, con su cultura libresca pinta bien cómo se va coloreando la iniciativa popular de tendencias extremas. Pisacane es relevante para la discusión, sostiene Gramsci, por lo cual se precisa la reconstrucción de cuáles son las fuentes de sus conceptos. Esto es, la reconstrucción intelectual de la emigración política posterior al año rebelde de 1848 en Francia e Inglaterra, así como la “cultura hablada”, las comunicaciones ideológicas que se desarrollaron en las discusiones y las distintas conversaciones que tuvieron lugar (Gramsci, 2000, 153).

Por otro lado, el historiador Omodeo realiza una reseña al libro sobre el patriota Pisacane, subrayando sus deficiencias orgánicas con respecto al *Risorgimento*. El texto fue publicado en *Nouva Rivista Storica* de 1933 y Gramsci dirige contra él su crítica. Asumámoslo entonces. Omodeo, en términos de su formación intelectual, con su lectura histórica se pone en el ángulo conservador y retrógrado de la discusión. Para Gramsci no son exactas las afirmaciones que dan cuenta, según Omodeo, de que Pisacane es un fragmento del 1848 francés introducido en la historia nacional italiana. Igual que no logra ser exacta la afirmación de Roselli que asimila a Pisacane y a los sindicatos modernos. Lo cierto es que Pisacane, en efecto, se aproximó a los revolucionarios rusos tal

como piensa Gramsci. Por eso la influencia marcada de Bakunin con posterioridad en el sur italiano puede ser comprendida y debe ser explicada. El historiador Rosselli en su libro *Carlo Pisacane nel Risorgimento italiano* no vio posible este nexo con el anarquismo, concluye Gramsci.

Ahora bien, este nexo entre Pisacane y las masas plebeyas italianas son parte de una adscripción de tipo jacobino. Existen pues unas bases reales del tipo histórico con el binomio “jacobinos-reforma agraria”, al igual que existe en este mismo argumento histórico un egoísmo mezquino y antinacional de las clases dirigentes, representadas esta vez por los nobles terratenientes y secundada por la burguesía rural ausentista. Estas clases sociales dirigentes, así leídas por Gramsci en su momento, no estaban representadas por la burguesía urbana de corte industrial y tampoco por los intelectuales denominados “ideólogos”.

Pasando a otro autor, Omodeo como historiador se había equivocado cuando afirmaba que su argumento sobre el *Risorgimento* estaba fundado sobre las bases plebeyas-socialistas encontradas, lo cual como argumento, dice Gramsci, era muy débil, tal como se ha apuntado con precisión en el párrafo anterior. Tampoco es del todo cierto, siguiendo a Omodeo, que contar con programas definidos durante el *Risorgimento* era una muestra de “debilidad”. No había una técnica definida de cómo hacer programas políticos exitosos, repara Gramsci. Pero, igualmente, apunta que sólo la teoría contra los programas es de una posición retrógrada y al tiempo conservadora. En cierto, dice Gramsci, los programas deben ser elaboraciones técnicas para su cabal aplicación política. Ahora bien, el liberal republicano Mazzini, que trabajaba entonces para el rey de Prusia y no tenía programa definido, terminó como todas estas experiencias, favoreciendo con su técnica a los sectores más retrógrados de la sociedad.

Volviendo entonces a la experiencia del patriota Pisacane, no representaba él durante el *Risorgimento* una tendencia de tipo “realista” porque a su vez estaba aislado, sin el acompañamiento de un partido político, como también sin cuadros dirigentes de apoyo para actuar en ese futuro Estado-nación. Omodeo en su reseña al libro sobre Pisacane, subraya Gramsci, tiene una lectura conservadora y retrógrada del periodo en análisis, a propósito de cómo él está asumiendo la historia del pasado italiano con intereses contemporáneos. Sin embargo, lo relevante de la reseña es que muestra tendencialmente la relevancia que han tenido en las últimas décadas las “teologías” modernas en el estudio de la historia del *Risorgimento*. (Gramsci, 2000, 155).

## **25.2 El programa político de las fuerzas en lucha**

Por otro lado, debemos referir que el político y sacerdote Vincenzo Gioberti en *Del rinnovamento civile* de 1911, ha hecho suyo un argumento sobre las posibilidades técnicas de la revolución nacional

en la península durante el *Risorgimento*. Particularmente, dice Gramsci que Gioberti ha considerado la capital revolucionaria y la disposición regional de las fuerzas insurreccionales. Tomando estos elementos claves es que Omodeo critica a Roselli por no investigar este último la organización meridional, si bien en 1857 no debía ser tan ineficiente la situación en tanto tres años después, en 1860, se lograron inmovilizar las fuerzas borbónicas. Anota Gramsci cómo esta crítica no parece hecha con fundamentos. Sobreviene entonces su argumento que pasamos a leer: “En 1860 la situación había cambiado completamente y bastó con la pasividad para inmovilizar a los borbones, mientras que en 1857 la pasividad y los planes en el papel eran ineficientes. No se trata pues de comparar la organización del `60 con la del `57, sino las diversas situaciones especialmente «internacionales». Es probable incluso que como organización la de 1860 fuera peor que la de 1857 por la reacción ocurrida” (Gramsci, 2000, 155).

Precisa luego Gramsci que Omodeo en su crítica a Roselli era muy superficial e irreflexivo. Esas opiniones se pueden comparar con el ensayo que presentó Benedetto Croce sobre el *Partito come giudizio e come pregiudizio* de 1911. Para Gramsci, en términos políticos, el programa de Pisacane era “indeterminado”, al igual que el de Mazzini. Programas para el fracaso político.

En efecto, ahondando en el asunto, sigue Gramsci sosteniendo que a ambos políticos, tanto a Pisacane como a Mazzini, les hizo falta la conformación de un partido político, porque el programa político presupone al partido homogéneo y desgastante. Sin programa concreto, con tendencia general, se asiste a una forma burda de “mercenarismo”. Sobre el particular salta a la vista el ejemplo de la postguerra, cuando después de 1919 se desmiente a Omodeo en su afirmación: en esos años posbélicos no existieron programas concretos sino tendencias generales vagas y fluctuantes. Y lo que en verdad existieron como grupos fueron “bandas gigantes”, fluctuantes e inciertas, los cuales confirmaban la indeterminación de los programas políticos. No se puede tampoco hacer la comparación directa con la Revolución Francesa y con París como capital de la misma, porque en Italia ninguna ciudad pudo desempeñar dicha función revolucionaria después de 1848. Ni siquiera Roma en las jornadas heroicas de 1870.

De manera que la cuestión adquiere otra lectura y Gramsci precisa que esta sea replanteada bajo otras referencias analíticas, más acordes a la situación estudiada. Apunta que este tema en particular sea planteado desde la “guerra de movimientos-guerra de asedio”. Si el objetivo era expulsar a los austriacos y a sus auxiliares italianos, acción que recuerda el capítulo final de *El príncipe* de Maquiavelo, las acciones en curso deben ser políticas contundentes, decisivas en lo inmediato.

Escribe Gramsci que se requerían tres elementos básicos para lograr este fin: un fuerte partido político homogéneo y coherente como organización intelectual, un programa concreto, útil y específico de partido político en lucha permanente y, finalmente, que dicho programa político fuera compartido por las vastas masas populares, agrícolas, es decir, por todos los grupos subalternos, para con la precisa dirección partidista irlos educando y dirigiendo, cuestionando su sentido común dominante, hasta prepararlos para el levantamiento unitario en toda la península.

La derrota del ejército austriaco en Italia dependía pues de estas decisiones, en las cuales como vemos eran imperativas tanto la profundidad popular del movimiento de liberación como la simultaneidad del mismo. Ello implicaba una relación entre Pisacane y Gioberti, el último de los cuales tenía una concepción estratégica de la revolución italiana en términos de una relación político-militar. Escribe Gramsci que a Gioberti como dirigente político igualmente le hacía falta el acompañamiento de un verdadero partido político, no solo en el sentido moderno sino en el sentido que tenía para el tiempo de la Revolución Francesa, como movimiento de los “espíritus”.

Por otro lado, acota Gramsci, el programa político del dirigente Mazzini era para su tiempo demasiado “determinado” y concreto en sentido republicano y unitario, contrario entonces al propuesto por Gioberti que es más de tipo jacobino: el que requería Italia entonces. Omodeo se pone en un punto antihistoricista, ya que lee a Italia como un país unitario preexistente en su formación social, tal como cuando se erigió en los sucesos de 1870, así como cuando Gramsci escribe sus *Quaderni*, sesenta años después. Con la anterior postura Omodeo adopta la tendencia económica-jurídica del historiador Gaetano Salvemini al teorizar sobre Mazzini.

Los llamados “libres de intereses de clase” en la postguerra mundial se han puesto en relación igual como durante el *Risorgimento*, porque no supieron decidirse y quedaron en consecuencia para ser sumados a la cola del vencedor. Y en tanto no se decidieron a actuar políticamente, contribuyeron a vencerlo: actuaron de forma mezquina al no saber leer que este vencido representaba a su propia clase social. Estos son los sucesos dramáticos por los que pasó Italia en su formación inicial como Estado-nación.

Como complemento a lo anotado, leamos a continuación la síntesis histórica y política que escribe Gramsci a este proceso de formación: “El autor de la reseña (igual que Rosselli) tampoco entiende que lo que faltó en el *Risorgimento* fue el fermento «jacobino» en el sentido clásico de la palabra y que Pisacane es una figura altamente interesante porque es de los pocos que entendió esa falta, aunque él mismo no haya sido un «jacobino» como Italia necesitaba. Cabe observar además que el fantasma que dominó en Italia antes de 1859 no fue el del comunismo, sino el de la Revolución Francesa y

del Terror; no fue «pánico» de burgueses, sino pánico de «terratenientes» y por otra parte comunismo, en la propaganda de Metternich, era simplemente la cuestión de la reforma agraria” (Gramsci, 2000, 158).

### 25.3 Historiografías como vulgarización de la historia nacional

A continuación, Gramsci con la lectura del historiador Alessandro Luzio aborda la llamada historiografía tendenciosa y facciosa sobre el *Risorgimento*, la cual fue realizada por los moderados. Luzio como historiador ha sido alabado por los jesuitas de *Civiltà Cattolica*, órgano de la Compañía de Jesús fundado en el año 1850 en Nápoles.

El autor Luzio en su libro *Giuseppe Mazzini carbonaro* (1920) defiende a Carlos Alberto Saboya rey de Cerdeña, Duque de Piamonte y Príncipe de Carignano. Cuestiona por ello al político Gioberti por los hechos del año 1831 y en las acciones de las que fue participe la asociación secreta, *La giovine Italia*. Adentrándose por ello a la literatura histórica de Luzio, Gramsci hace algunas observaciones pertinentes sobre el orden político faccioso, el método y la mentalidad. Útiles en nuestra investigación.

Luzio, volviendo con él, por ejemplo, cuando se refiere a los apresados de los partidos demócratas durante el *Risorgimento* parece que tiene un reproche directo a los mismos acusados por no haberse ellos hecho al tiempo condenar y colgar. Luzio, en términos jurídicos, se pone entonces del lado del juez y no de los acusados en condición subalterna. Rehabilita de esta manera a los jueces reaccionarios. A esta forma de “justicia” estatal, que se presenta como una particular forma de guerra, solo le importa destruir al enemigo. Gramsci plantea que justamente por esto es que los escritos “histórico-judiciales” de Luzio pueden dar lugar a una serie de valiosas observaciones sobre el método histórico (Gramsci, 2000, 159).

Entrando en materia, la historia del *Risorgimento* que plantea Luzio en varios de sus libros como son *I Martiri di Belfiore e il loro proceso* (1908), *Il processi politici di Milano e Mantova 1850-1853: restituiti dall’Austria* (1919) y *La massoneria e il Risorgimento italiano* (1918) tienen un carácter faccioso en la narración, la cual se realiza después del año 1876, justo cuando se dan los sucesos que llevaron la izquierda al poder en Italia. Ha sido este el rasgo político -la facción- lo que ha caracterizado la lucha entre los católicos moderados y los demócratas en Italia.

Pero más allá de este debate álgido de grupos donde incluso los moderados trataron de atenuar la responsabilidad de los nobles milaneses en la insurrección de 1853 y las ejecuciones posteriores, Gramsci se pregunta por qué se proponían los historiadores y los publicistas moderados con ese

insistente trabajo de propaganda desigual que defendía a unos y atacaba a otros. Lo cierto, dice él, era que existía una sola cuestión sobre la que gravitaba el debate: “«Demostrar» que la unificación de la península fue obra principalmente de los moderados aliados a la dinastía y legitimar históricamente el monopolio del poder. Es preciso recordar que a los moderados pertenecían las mayores personalidades de la cultura, mientras la izquierda no brillaba (salvo pocas excepciones) por excesiva seriedad intelectual, especialmente en el campo de los estudios históricos y de las obras de divulgación. La actividad polémica de los moderados a través de su «demostración» arreglada lograba disgregar ideológicamente a la democracia, absorbiendo muchos elementos individuales de ella y especialmente influyendo sobre la educación de las generaciones jóvenes, formándolas con sus concepciones, con sus lemas, con sus programas” (Gramsci, 2000, 161).

Visto lo anterior, vienen a continuación una serie de afirmaciones que hacen posible la labor intelectual del grupo de los moderados como partido político. Pasemos a considerarlas siguiendo para ello la referencia de Gramsci. Primero, los moderados como agrupación de derecha no tenían escrúpulos algunos, en tanto los integrantes del Partido de Acción eran personas generosas y patrióticas, respetando a los que sufrieron el *Risorgimento*. Segundo, un elemento central para la documentación del proceso histórico son los archivos públicos. Estos eran favorables a los moderados, porque tenían permiso para estudiar dichos archivos. En consecuencia, podían mutilar o silenciar ciertos documentos, según convenga.

Valga pues resaltar que los moderados con Cavour a la cabeza no reconocían una fuerza de carácter colectivo operando políticamente durante el *Risorgimento*, salvo la fuerza misma de la dinastía y la de los moderados. Del Partido de Acción, liberal-republicano, reconocen los moderados los méritos de algunas personalidades que debidamente son exaltadas. Pero en general la acción de este partido fue ineficaz porque no supo convencer a los jóvenes y menos a los adultos en su militancia. El resultado obtenido fue que el Partido de Acción de tendencia de izquierda liberal se disgregó y la democracia burguesa no supo crear para sí una verdadera base social popular. Su propaganda sobre el pasado fue entonces ineficaz para construir los cuadros dirigentes y para poder actuar con decisión en el presente como en el futuro con programas políticos válidos, que se opusieran a los programas oficiales de los sectores moderados, favorables estos al orden vigente.

Es decir, el Partido de Acción no supo leer la historia social italiana y los procesos que la integraban en su originalidad. En palabras de Gramsci el cuadro se pinta dramático: “La polémica del partido era especialmente difícil y peligrosa para el Partido de Acción, porque él había sido vencido y el vencedor, por el solo hecho de serlo, tiene grandes ventajas en la contienda ideológica. No es para nada que nadie ha pensado nunca en escribir una historia del Partido de Acción a pesar de la indudable

importancia que tuvo en el desarrollo de los acontecimientos: basta pensar en las tentativas democráticas de 1848-1849 en Toscana, en Venecia, en Roma, y en la empresa de los Mil” (Gramsci, 2000, 162).

En el repaso de esta historia nacional del *Risorgimento*, Gramsci recuerda que en cierto momento las fuerzas de la democracia se aliaron y la masonería se convirtió en el eje intelectual de esa combinación de fuerzas ideológicas. En el entretanto, durante la dirección coyuntural de la masonería, se limitaron las pretensiones del clericalismo, pero también se terminó con el desarrollo de las fuerzas obreras de carácter subalterno. Con lo cual, la masonería como organización de poder pasó a convertirse en el blanco de los moderados para congraciarse con las fuerzas católicas, en este caso especialmente juveniles. Estando en este contexto social, la conciencia nacional vivió un contragolpe porque las fuerzas católicas controladas políticamente por el Vaticano fueron apreciadas por el grupo de los moderados, influyendo negativamente estos y aquellos en la formación del Estado moderno italiano y en la conciencia laica del mismo (Gramsci, 2000, 63).

---

## 25.4 Las funciones históricas de la iglesia católica y el papado

Analiza Gramsci un artículo de Luigi Cavina, “Fiorentini e Veneziani in Romagna” del año 1929. Sostiene que Venecia durante el *Risorgimento* era parte esencial del equilibrio interno de Italia, particularmente del equilibrio entre Venecia y Florencia, así como entre Venecia y el Papa. Acota Gramsci que ni Florencia ni el Papa aceptaban una “hegemonía veneciana sin Romaña”.

Tomando al autor Cavina y sus referencias, Gramsci se hace la pregunta siguiente: ¿porqué se buscan las causas de que la unidad territorial-política de la península no se haya realizado antes del año 1870? Frente a esto, podemos leer una posible respuesta de Gramsci: “Pero si es difícil hallar y ponerse de acuerdo sobre las causas de determinado acontecimiento, ciertamente es mucho más difícil y casi absurdo querer hallar las causas de por qué la historia se desarrolló en un sentido antes que en otro. En realidad, no se trata de un problema histórico, sino de una necesidad de carácter sentimental y político. Se parte del supuesto (de carácter sentimental y práctico inmediato) de que la nación italiana fue siempre una nación en los actuales cuadros geográficos y luego se pregunta por qué no tuvo antes unidad política territorial, como Francia o España, etcétera” (Gramsci, 2000, 167).

El problema histórico-político así visto no es absurdo, sostiene Gramsci, siempre que se entienda en un marco para explicar procesos históricos de la vida moderna o para el estudio de determinados criterios metodológicos. Cavina entonces sostiene una referencia al “efectivo pensamiento universal”. Gramsci está de acuerdo con él y lo secunda, por lo cual, entra a recordar lo que nosotros ya sabemos:

la genealogía al Imperio romano y al Medioevo en el largo proceso histórico del Estado-nación italiano. En efecto, se ha señalado que Italia tenía una suerte de “función cosmopolita” en el largo periodo histórico que va del Imperio romano al Medioevo, lo cual implicó que sufriera pasivamente las relaciones internacionales de las potencias europeas hegemónicas. Vale decir entonces, precisa Gramsci, las relaciones internacionales predominaron ostensiblemente sobre las relaciones nacionales italianas (Gramsci, 2000, 168).

El Papado, al decir de Gramsci, es el responsable de esta forma particular de pensar cómo Italia se inscribió primero con sufrimiento en las relaciones internacionales en curso, es decir, de forma subalterna en el concierto europeo de entonces. Huelga decir que el Papado era en ese tiempo la expresión de un doble reino, por un lado una monarquía espiritual universal y por otro lado un principado temporal, por lo mismo su potencia terrenal era bien limitada. Lo cual recuerda, recuerda Gramsci, el tercer capítulo de *El príncipe* de Maquiavelo: los italianos no entendían de guerra, los españoles no entendían de política, es decir, porque si lo hicieran ambos grupos sociales, no dejarían que la Iglesia adquiriera tanto poder sobre ellos.

Siguiendo estas sugestivas referencias Gramsci sostiene que aun así con todo su inmenso poder a cuestas, la Iglesia como principado terrenal no tenía hegemónicamente todo el poder en la península italiana. Contaba, es cierto, en su haber con los Estados pontificios durante más de mil años, entre los años 754 a 1870, pero como lo precisa Gramsci: “del poder espiritual puede ser respetado mientras no represente una hegemonía política y todo el Medioevo está lleno de luchas contra el poder político del papa” (Gramsci, 2000, 168).

Ya sabemos nosotros que para Gramsci la tradición universal de Roma como Imperio y del Medioevo como largo proceso histórico con la consiguiente derrota de las Comunas impidió el desarrollo de las fuerzas nacionales de carácter burgués por fuera de la economía del municipio. En efecto, sólo fue hasta después de la Revolución Francesa de 1789 que las fuerzas nacionales italianas se convirtieron en la “fuerza” política nacional. A lo anterior debe sumársele el hecho de que el poder del Papado en Europa había disminuido en realidad, porque habían obrado fuerzas políticas de marcado contexto histórico que condujeron a un “laicismo triunfante” a comienzos del siglo XIX. Ahora bien, estos mismos elementos internacionales que presionaban a Italia como Estado-nación continuaron incluso siendo activos hasta 1914, inicio de la Primera Guerra Mundial y, posteriormente, hasta la conciliación de febrero de 1929, que dió origen a los Pactos de Letrán, o sea, al Concordato. Continúan pues durante este periodo determinando las relaciones existentes entre el

Estado italiano y el papa como poder establecido, lo que se confirma con un cierto lenguaje, por lo menos (Gramsci, 2000, 168-169).

## 25.5 El modelo histórico de Groethuysen

Con lo anteriormente expuesto en este capítulo podemos pasar a una sugerencia de escritura en el marco de lo que ha sido la larga historia italiana. Enseñaba Gramsci que su propósito intelectual durante la cárcel era llevar a cabo una investigación heterodoxa de largo aliento que tiene las siguientes características. “Para comprender con exactitud el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas nacionales en Italia en el periodo que va desde el nacimiento de los Comunes hasta el advenimiento del dominio extranjero, sería preciso hacer una investigación del tipo de la de Groethuysen en *Origines de l'esprit bourgeois en France*. Sería preciso investigar estos elementos en las crónicas, en los epistolarios, en los libros de política, en la literatura amena, y en los libros de los pedagogos o de los estadistas de moral, etc. Un libro muy interesante es el de Leon Batista Alberti, por ejemplo. Se podría ver para la bibliografía las historias de la pedagogía en Italia, etc. Y el *Cortegiano* de B. Castiglione indica ya el predominio de otro tipo social, como modelo que no es el burgués de las repúblicas comunales, etc. En lugar aparte los grandes escritores de política, como Maquiavelo y Guicciardini. También en lugar aparte para los escritores religiosos, prédicas, tratados, etcétera” (Gramsci, 2000, 169).

Con estas palabras podemos considerar que la labor intelectual de Gramsci con sus *Cuadernos de la cárcel* era hacer una suerte de genealogía de la formación del espíritu público en Italia, tomando al historiador Groethuysen como modelo apropiado de enfoque histórico y filológico. Y en este esquema teórico sobre el espíritu burgués, la cultura moderna, la labor de los intelectuales y su función dirigente en el orden social, político y económico era materia fundamental de dicha investigación histórica. Todo lo que hemos considerado se condensa en una propuesta de historia integral, a partir de lo que llamamos la “forma intelectual” en los grupos y las clases subalternas, tal como lo hemos referido al inicio de este trabajo y lo hemos seguido presentando en los capítulos anteriores. En ese sentido, Groethuysen, es un historiador muy importante para entender cómo se hace la historia integral desde los intelectuales subalternos en Gramsci.

## 26. Capítulo 26

# Hacia la reconstrucción de la “revolución pasiva” en Italia

“Cada relación de «hegemonía» es una relación pedagógica, y se verifica, no sólo en el interior de una nación, entre las diversas fuerzas que la componen, sino en todo el campo internacional, entre complejos de civilizaciones nacionales y continentales”. GRAMSCI, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, 32.

### 26.1 El ejemplo francés como modelo de análisis histórico

Debemos, a partir de lo referido en el capítulo anterior sobre las implicaciones del fracaso político del *Risorgimento*, volver los ojos a la discusión intelectual del periodo histórico estudiado, donde como sabemos, no se verificó la hegemonía de un partido político dirigente en la unidad de Italia. Con el interés de poder establecer la relación básica entre los factores internacionales y los nacionales en el proceso histórico del *Risorgimento*, Gramsci busca a continuación profundizar sus estudios en la cárcel. Sostiene, por ejemplo, que existió la influencia francesa en Italia y tomó posiciones estratégicas en la política, la literatura, la filosofía, el arte y las costumbres. Los Borbones, como casa dinástica regente, reinan en Nápoles y en el ducado de Parma. Sobre esta última experiencia, anota Gramsci, están las referencias históricas de Henri Bédarida, *Parme dans la politique française au XVIIIe Siècle*. También debe nombrarse la contribución de Tulio Ortolani: “Italie et France au XVIIIe siècle”.

Con lo inmediatamente referido Gramsci pasa a organizar su idea más general con respecto a las relaciones internacionales e Italia en ella incluida: “En la política francesa Italia por su posición geográfica, está destinada a asumir la función de elemento de equilibrio ante la creciente potencia

de Austria: por lo tanto Francia, desde Luis XIV hasta Luis XVI, tiende a ejercer en Italia una acción de predominio, anticipando la política de los Napoleones, anticipación que se manifiesta en los repetidos proyectos o tentativas de federar a los Estados italianos al servicio de Francia” (Gramsci, 2000, 169).

Lo anterior con respecto a la herencia ideológica francesa en Italia. En esa misma línea de interpretación intelectual debemos considerar la siguiente referencia al proceso histórico del *Risorgimento*, igualmente con carácter de herencia francesa, cuando los revolucionarios eran escasos o no existían en la península itálica. Leemos en Gramsci: “El error es considerar la superficie y no las condiciones reales de las grandes masas populares. De todos modos, es cierto que sin la invasión extranjera los «patriotas» no habrían adquirido la importancia y no habrían sufrido el proceso de desarrollo relativamente rápido que tuvieron después. El elemento revolucionario era escaso y pasivo” (Gramsci, 2000, 170).

Si para despertar el elemento revolucionario se requirió la invasión imperial de los territorios italianos, igual proceso se dio también si tomamos en consideración lo que fueron las clases revolucionarias durante el *Risorgimento*.

En las *Memorie storiche del regno di Napoli dal 1790 al 1815* del patriota Francesco Pignatelli existe un ensayo del historiador Nino Cortese intitulado “Stato e ideali politici nell’Italia meridionale nel Settecento e l’esperienza di una rivoluzione”. En este texto Cortese se pregunta cómo es posible que en el sur de Italia la nobleza aparezca al lado de los revolucionarios y posteriormente sea perseguida por la reacción, mientras que en Francia la nobleza y la monarquía compartían una unidad política frente al peligro revolucionario. No solo son curiosidades del proceso de la unificación italiana. Este es un problema histórico y político que debe ser comprendido y explicado.

Señala Gramsci que el historiador Cortese se remonta a los años de Carlos de Borbón para localizar el punto de unión entre los innovadores aristocráticos y la de los burgueses. Los primeros postulan que la libertad y las reformas políticas deben asegurarse por un parlamento aristocrático, mientras se disponen a aceptar la colaboración atenta de la burguesía. Para esta última clase social el control y la garantía deben ser aseguradas por la aristocracia de la inteligencia, es decir, por el saber. Para ambas clases sociales el Estado debe entonces ser gobernado por el rey, en tanto también esté rodeado de forma adecuada por los buenos oficios de la aristocracia. En el año 1799, después de la fuga del rey, existió una tentativa de construir una república aristocrática por parte de los nobles y

luego la de los innovadores burgueses en la república napolitana posterior: la república partenopea de 1799.

En ese sentido, no se pueden contraponer ambos acontecimientos, los de Francia durante la Revolución Francesa con los de Nápoles durante la república napolitana. En efecto, en Francia existió un intento de alianza entre distintos órdenes, la monarquía, los nobles y la alta burguesía, proceso posterior a la ruptura entre los nobles y la monarquía. Sin embargo, el impulso de la revolución en Francia halló su fuerza vivificante en las clases populares subalternas que le impulsaron con fuerza descomunal y no la dejaron detenerse en las primeras etapas del proceso social, ruptura que no ocurrió en Italia meridional y luego en todo el periodo del *Risorgimento*. Dice Gramsci que no debemos olvidar, igualmente, que el movimiento napolitano sucedió posterior al cruento proceso francés, justo cuando la monarquía italiana vivía con la pesadilla diaria del Terror francés jacobino y, en consecuencia, veía enemigos en todo aquel que propusiera ideas verdaderamente innovadoras, como la república.

## 26.2 Debates historiográficos sobre el *Risorgimento*

Gramsci en esta línea de entender la república partenopea hace alusión directa al libro de Antonio Manes, *Un cardinale condottiero. Fabrizio Ruffo e la Repubblica partenopea*. Manes busca rehabilitar al cardenal Ruffo de las represiones y de las abjuraciones sobre los Borbones. Parece, dice Gramsci, que Manes no sabe registrar las divisiones políticas y sociales en Nápoles, por ello en ocasiones habla de corte entre la nobleza y el clero y el pueblo por otro lado, en otras oportunidades el corte no existe y se ven nobles y clero en ambas partes de la historia. Por último, Gramsci registra que es útil referenciar el libro del historiador Niccolo Rodolico sobre Italia meridional, *Il Popolo agli inizi del Risorgimento nell'Italia meridionale* de 1926.

Retomando el punto de discusión inicial, esta herencia ideológica de la Revolución Francesa durante el *Risorgimento* tiene varias aristas de interpretación que deben localizarse. Gramsci por ello profundiza más los vínculos entre ambas realidades históricas y pasa a considerarlas una a una. Por ejemplo, a continuación realiza un registro a los libros y memorias de antiliberales y antifranceses durante el periodo de la Revolución Francesa hasta Napoleón Bonaparte y, luego, fervorosamente a los reaccionarios durante el *Risorgimento*.

Es necesario entonces citar estas referencias bibliográficas sobre las distintas fuerzas adversas al movimiento liberal italiano, dice Gramsci. Ellas han sido parte de la realidad que se trata de analizar

en el periodo histórico. Pero deben ser leídas con un efectivo método. En primer lugar, las reimpressiones como el *Memorandum* del político Clemento Solaro della Margarita y las ediciones del escritor Carlo Lovera di Castiglione, y también las realizadas por el jesuita Ilario Rinieri, todas ellas pueden tener una lectura reaccionaria en términos de cómo interpretan el *Risorgimento*. O son presentados en general como textos para la acción política actual, tales como las obras *El Papa* de De Maistre y la citada memoria *Memorandum* de Solaro.

En segundo lugar, y siguiendo con la idea, son útiles las descripciones de las distintas intervenciones francesas en varias regiones de la península itálica bajo el Directorio. Las publicaciones para ser consideradas en la investigación son las siguientes: la de Ranuccio Ranieri, *L'invasione francese degli Abruzzi nell 1789-99, e una memoria del tempo inédita di Giov. Batt. Simone*, del año 1931. De la lectura de Simone se desprende, dice Gramsci, que los jacobinos tenían cierta fuerza en la ciudad de Chieti, región de Abruzzo. Pero en el campo había aún el dominio de fuerzas reaccionarias contra Chieti. Subraya Gramsci que es importante la exposición de Ranieri por la reconstrucción de la situación en Abruzzo (Gramsci, 2000, 173).

Gramsci pasa revista luego a algunos intelectuales italianos. En una nota sobre el periodo sigue la referencia del escritor Ferdinando Martini en *Confessioni e ricordi 1859-1892* de 1928, donde se habla de Cavour como hombre del *Risorgimento*. Del mismo dice el propio Gramsci que aquél fue un político “creador”, pero ese modo de crear no era la del revolucionario, sino la del conservador. Sobre el particular subraya que no debe olvidarse que el programa que triunfó durante el *Risorgimento* fue el del conservador Cavour y no el del liberal Mazzini, como tampoco el del revolucionario Garibaldi. El programa político del *Risorgimento* fue plenamente conservador en cabeza de Cavour, su dirigente máximo.

Ahora bien, Francesco Crispi, otro intelectual y político siciliano de la dirección en pro de la unidad italiana, tenía una novedad ideológica que se resalta por parte de Gramsci: era de temperamento jacobino, pero no un “jacobino político-económico”. Esto quiere decir que no tenía un programa político a semejanza de los jacobinos franceses, ni tenía menos su misma fuerza ideológica. Sobre este particular jacobinismo vienen a continuación algunas palabras de Gramsci: “Francia era desde muchos siglos antes una nación hegemónica: su autonomía internacional era muy amplia. En Italia no había nada parecido: no tenía ninguna autonomía internacional. En esas condiciones especiales se comprende que la diplomacia fuera concretamente superior a la política creativa, fuera la «única política creativa» (Gramsci, 2000, 196).

Es la falta de autonomía internacional la que explica mucho de lo que ha sido la historia italiana del siglo XIX durante el proceso inusual del *Risorgimento*, y no sólo la pobre acción de las clases burguesas en general. Igualmente, explica muchos de los logros diplomáticos siendo como era un país con una debilidad pronunciada en la relación de fuerzas político-militares, en tanto Estado-nación, cuestión que no importó en términos diplomáticos. Pero, como dice Gramsci, no es la diplomacia italiana la que triunfa, sino la habilidad para sacar partido del equilibrio de las fuerzas internacionales en pugna. Es curiosamente una “habilidad subalterna” la que asiste a Italia en el decurso del siglo XIX (Gramsci, 2000, 196).

Del mismo libro de Martini que referimos párrafos atrás Gramsci llama la atención sobre el capítulo “Guerra di successione”, sobre el cual son los siguientes análisis. Al suceder la muerte del presidente del consejo de ministros Agostino Depretis los septentrionales no deseaban en la sucesión a Francesco Crispi. Crispi al llegar al cargo va a proclamar su unitarismo, afirmando que ya no existe regionalismo. Esta fue la debilidad de Crispi, piensa Gramsci. Porque ha sacrificado al sur italiano, es decir, a los campesinos, a los subalternos. En sus palabras, su proceder fue el siguiente: “no haber osado, como osaron los jacobinos, posponer los intereses corporativos del pequeño grupo, dirigente inmediato, a los intereses históricos de la clase futura, despertando sus energías latentes con una reforma agraria. También Crispi es un termidoriano preventivo, es decir un termidoriano que no toma el poder cuando las fuerzas latentes ya han sido puestas en movimiento, sino que toma el poder para impedir que esas fuerzas se desencadenen: «un feuillans» era en la Revolución Francesa un termidoriano anticipado” (Gramsci, 2000, 197). Crispi lo fue con creces.

### **26.3 ¿Dónde están las clases sociales italianas?**

Gramsci se sigue preguntándose si existe algún indicio de un programa en el que la “unidad de la estructura económico social italiana” haya sido vista del modo en el que se anuncia en el párrafo anterior. Es por eso que al mismo tiempo Gramsci piensa que sólo Cavour como líder conservador contó con una concepción de este tenor, colocando a las clases agrarias meridionales como “factor primario”, las clases agrarias y no campesinas, sino el bloque agrario dirigido por los grandes propietarios y los grandes intelectuales. Para resolver el problema subraya Gramsci que debe leerse el volumen especial de la correspondencia de Cavour sobre la *Questione meridionale*. Acota, igualmente Gramsci, que el historiador y filósofo Giuseppe Ferrari debe estudiarse, en ese contexto, antes de 1860 y después de esa fecha con sus discursos parlamentarios sobre los sucesos del sur italiano. Pero la posición de Ferrari se ve muy debilitada en virtud de su federalismo, puesto que

aparecía, viviendo en Francia, como un mero reflejo de los intereses nacionales y estatales de este país. Debe pues recordarse, subraya Gramsci, que las principales corrientes de la política francesa durante el siglo XIX eran abiertamente contrarias a la unidad italiana. En una palabra, reaccionarias.

Cavour como jefe de los moderados triunfó en el *Risorgimento*, es cierto, porque representaba la única política justa de la época en cuestión. Triunfó políticamente con su plan en términos de que su lucha grupal fue victoriosa contra las fuerzas populares, subalternas en buena medida, con cuyo resultado se fue construyendo un Estado “estrecho, sectario”. Este Estado italiano así originado, afirma Gramsci, no tiene margen de maniobra en lo internacional, porque vive con la amenaza permanente de fuerzas subversivas en su interior. Las mismas fuerzas que Cavour no quiso “nacionalizar”. Cavour en ese mismo sentido contó con una política de “justo medio” que llevó a un equilibrio progresivo con un programa propio desde el Piamonte en 1861, sintetizado este proceder en una fuerza histórica que ha tenido la tarea de superar los extremos, siendo conservador en política de principio a fin (Gramsci, 2000, 198).

Siguiendo con las conceptualizaciones sobre Cavour, Gramsci dice que los factores internacionales con él como dirigente han tenido un factor preponderante durante el periodo del *Risorgimento* y hasta su muerte acaecida en 1861. Y esto obedece a que Cavour supo asumir como político una actividad diplomática, la misma que al Partido de Acción de tendencia liberal le parecía una monstruosidad. Cavour en palabras del político Crispi, supo “diplomatar la revolución”. Y lo hizo así, piensa Gramsci, porque las fuerzas internas nacionales eran muy débiles frente a las tareas históricas que debieron cumplir, y no lo hicieron, incapaces ellas de asumir entonces su misión en términos políticos con la construcción de un nuevo bloque histórico. Ese fue entonces el realismo político de Cavour: desarrollar la diplomacia.

El siguiente intelectual que referencia Gramsci es el político y sacerdote Vincenzo Gioberti. De este autor señala que después de los sucesos de 1848, si tomamos el libro de 1911, *Il Rinnovamento civile degli italiani* de Gioberti, se prueba allí una simpatía del autor por los jacobinos, justificando el exterminio de los girondinos y al tiempo aceptando la lucha contra los extranjeros invasores y contra los reaccionarios internos, aunque también deja claridad que se podrían haber utilizado fórmulas más suaves. La actitud de Gioberti es un hecho cultural relevante y se comprende por los excesos de los sectores de la reacción después de 1848, sucesos que llevaron a poner los ojos en las energías del jacobinismo francés. Gioberti fue puesto en el *Index* como autor de libros prohibidos gracias a la acción del Rey Carlos Alberto de Cerdeña y Piamonte.

De otra parte en el libro *Il Rinnovamento* Gioberti se muestra jacobino en términos teóricos y lo hace para estudiar el caso de Italia. Los elementos que integra él en tanto intelectual jacobino son: primero, la afirmación de la hegemonía política y militar del Piamonte como tal, bajo el supuesto de que podía ser él solo lo que representó París para Francia durante la Revolución Francesa. Al respecto sostiene Gramsci: “este punto es muy interesante y debe estudiarse en Gioberti aun antes de 1848. Gioberti sintió la ausencia en Italia de un centro popular de movimiento nacional revolucionario como fue París para Francia y esta comprensión muestra el realismo político de Gioberti. Antes de 1848, Piamonte y Roma debían ser los centros impulsores, el primero para la política-milicia, la segunda para la ideología-religión. Después de 1848 Roma no tiene la misma importancia, al contrario: Gioberti dice que el movimiento debe ser contra el Papado” (Gramsci, 2000, 190).

El segundo punto de la referencia sobre Gioberti que apunta Gramsci es que este político tiene el concepto “popular-nacional” jacobino de la hegemonía política. Entendiendo por tal una “alianza” entre burgueses-intelectuales (ingenio) y el pueblo. Lo anterior en la economía y en la cultura, afirma Gramsci. Gioberti, por otro lado, sentía él mismo la ausencia de un jacobinismo literario. Desde este punto de vista es preciso estudiarlo a él y a su romanticismo moderado, particularmente también bajo el concepto de “literatura nacional-popular”.

Ahora bien, en sus obras, tanto en *Il Rinnovamento*, que ya citamos, como en *Il Primato morale e civile degli italiani* publicada en 1843, Gioberti muestra una estrategia de movimiento nacional. Su realismo se centra en esta estrategia general. Sin embargo, sostiene Gramsci, Gioberti como hombre de Estado era un exiliado, no conocía a los hombres que debía dirigir y no se acompañaba de un partido político. Igualmente, aunque no conocía a las fuerzas reales con las que interactuaba, se debe resaltar el hecho de que Gioberti como intelectual era un “jacobino teórico” pues nunca llevó a cabo la vida práctica, la lucha política, sus doctrinas (Gramsci, 2000, 191).

Comenta Gramsci también una noticia, a propósito del intelectual Gioberti, el órgano de los jesuitas, *Civiltà Cattolica* del 2 y del 16 de marzo de 1929, sale a rebatir la afirmación de que los jesuitas del siglo XIX fueron adversarios decididos de la unidad de Italia y que conspiraron en consecuencia aliándose con Austria. Sostiene *Civiltà Cattolica* que desde el papa Pío IX hasta el más humilde cura, no eran ellos enemigos de la unidad italiana. Afirman incluso que Pío IX en su condición de Papa llamó en 1848 a establecer una liga italiana.

Para terminar con Gioberti, Gramsci escribió sobre una distinción conceptual operada en él, a saber: “Hay que ver la distinción que hace Gioberti entre «Risorgimento» y «Rinnovamento», entre la situación antes de 1848 y después de 1848, tanto interna -relaciones entre los varios Estados italianos y las clases sociales italianas- como internacional, de la posición de Italia en el conjunto de las relaciones entre los Estados europeos y las fuerzas políticas de estos Estados” (Gramsci, 2000, 193).

## 26.4 La dirección intelectual y moral en crisis

El siguiente intelectual que debemos citar es Giuseppe Ferrari con respecto al jacobinismo en Italia. Con la pregunta siguiente Gramsci entra a detallar el jacobinismo: ¿cómo el jacobinismo histórico (unión de la ciudad y el campo) se diluyó y abstrajo en el historiador y político Giuseppe Ferrari? La ley agraria se transformó en “ideología vaga” como principio de filosofía de la historia. Al respecto comenta Gramsci: “Debe observarse que en los jacobinos franceses la historia campesina no fue más que una intuición política inmediata (arma de lucha contra la aristocracia terrateniente y contra el federalismo girondino) y que se opusieron a cualquier «exageración» utópica de los «agraristas» abstractos” (Gramsci, 2000, 203).

Fue a raíz de la imposición de la reforma agraria en Ferrari que él adquirió la notoriedad entre los libertarios, escribe Gramsci. Existen puntos en común entre el anarquista Bakunin y Ferrari, así como con los *narodniki* rusos. Se mitificaba con ello a los desposeídos del campo en busca de una suerte de “pandestrucción”. Para el historiador Ferrari se trata de una reforma liberalesca. Por lo mismo, Gramsci apunta una tarea para la futura investigación sobre este proceso social en los jacobinos italianos: comparar las ideas de Ferrari sobre la reforma agraria en la revolución nacional con las ideas expuestas de Pisacane. Este autor, conceptúa Gramsci, se acerca más a Maquiavelo en términos de que su concepto es más limitado y más concretamente político (Gramsci, 2000, 203-204).

En efecto, lo anterior nos permite decir que Gramsci analiza el “transformismo” en la política italiana del *Risorgimento*, en especial el de aquellos intelectuales que lideran procesos sociales y políticos. El “transformismo” era una de las formas históricas de la “revolución-restauración” o “revolución pasiva” en la formación del Estado moderno en Italia. Es, como tal, un “documento histórico real” de la verdadera naturaleza de los partidos políticos y sus intelectuales que se presentan con el énfasis de extremistas durante el periodo de la acción militante, es decir, es la práctica liberal del Partido de Acción.

Dos periodos existen entonces del transformismo. El primer periodo va de 1860 a 1890 y ha sido llamado transformismo “molecular”: las personalidades políticas individuales de los partidos políticos de oposición se suman a la clase política conservadora-moderada. Esta clase política tiene una aversión a que las masas populares subalternas intervengan en la vida estatal y busca, por el contrario, que no se sustituya el dominio dictatorial por una “hegemonía”. El segundo periodo va de 1900 en adelante, hasta el presente que vive Gramsci. Este transformismo implica que grupos extremistas completos pasan de plano al campo moderado (con la formación del partido nacionalista y con el intervencionismo). Sin embargo, Gramsci resalta un periodo intermedio de una década, de 1890 a 1900, tiempo en el cual una masa de intelectuales pasa a inscribirse en los partidos de izquierda, los llamados socialistas, pero sólo eran de tendencia democrática y no son socialistas realmente (Gramsci, 2000, 205-206).

Una inquietud que subraya Gramsci y que queda como tarea pendiente para ser investigada es la función que desarrolló el Senado en Italia como terreno fértil para el transformismo “molecular”.

## **26.5 La formación de los intelectuales como tarea pendiente**

Una serie de referencias de Gramsci al *Risorgimento* deben ser consideradas a continuación. Particularmente abordemos la siguiente cita sobre la expresión del líder político Mazzini, esto es, “Italia del pueblo”, la cual está consignada en el “Cuaderno 15” (II) de 1933. A saber: “En Italia el concepto de «tercera Italia» del Risorgimento no podría ser fácilmente comprendido por el pueblo por la no continuidad histórica y la no homogeneidad entre la Roma antigua y la papal (en verdad también entre la Roma republicana y la imperial no hubo una homogeneidad perfecta). De ahí el relativo éxito de la consigna mazziniana de la «Italia *del* pueblo» que tendía a indicar una renovación completa en sentido democrático, de iniciativa popular, de la nueva historia italiana en contraposición al «primado» giobertiano que tendía a presentar el pasado como continuidad ideal posible con el futuro, o sea con un determinado programa político presente presentado como de largo alcance. Pero Mazzini no logró enraizar que su fórmula mítica y sus sucesores la diluyeran y la rebajaron en la retórica libresca” (Gramsci, 1999, 221).

Gramsci en la anterior cita contrapone dos expresiones situadas en el periodo histórico del *Risorgimento*, por un lado “tercera Italia” y por el otro “Italia *del* pueblo”. Es interesante reconocer intelectualmente que la primera expresión pretende cierta continuidad histórica y una homogeneidad entre dos periodos históricos italianos, la roma imperial y la Roma sede del papado. De otro lado, Gramsci señala que frente a la derrotada expresión “tercera Italia”, logró relativo éxito la expresión

de Mazzini “Italia del pueblo”. Tenía esta última referencia al sentido popular y democrático de una nueva historia italiana, la que se podía escribir durante el *Risorgimento*, frente a otra lectura de historia, la brindada por Gioberti cuando hablaba de una posible continuidad ideal con respecto al futuro italiano.

Volviendo al escenario de los intelectuales, y especialmente de los intelectuales que piensan en relación con la cuestión meridional y que proyectaron algún carácter nacional en su reflexión, encontramos, en efecto, nuevamente a Mazzini del Partido de Acción. Gramsci quiere estudiar los orígenes y las causas de la convicción de Mazzini con respecto a que la insurrección nacional debía iniciarse en la Italia meridional, con los ejemplos de los hermanos Bandiera y Pisacane. Citando a Mazzini, Gramsci señala que Pisacane era de la misma posición que Mazzini, porque aquél tenía un “concepto estratégico de la guerra de insurrección”. Son los orígenes racionales y positivos los que busca Gramsci en la convicción política de Mazzini.

Sostiene Gramsci, en consecuencia, que esta convicción de Mazzini debe vincularse con la del anarquista Bakunin y la de los primeros internacionalistas antes de 1870. En Bakunin implicaba la acción subversiva de algunas clases sociales en lucha. ¿De dónde sacó Pisacane la expresión “guerra de insurrección”? ¿Dónde se puede buscar información? Responde Gramsci: en los ensayos político-militares, en los escritos de su autoría, en su *Epistolario* y en diversas actitudes prácticas que tenía Pisacane (Gramsci, 2000, 211).

Uno de los momentos más relevantes de analizar, piensa Gramsci, es la aversión de Pisacane a Garibaldi durante la República Romana en 1849. Entonces vienen a considerarse una serie de preguntas: ¿de dónde viene la aversión de Pisacane? ¿Qué pensaba él de la dictadura militar? ¿Buscaba que la insurrección militar contara ella misma con un contenido social o no?

Objeta Gramsci que Pisacane actuó de forma políticamente errada frente a los sucesos comentados. Porque la experiencia en sí misma era la de una dictadura en régimen de “república” ya instaurada, con gobierno mazziniano ejerciendo. Todo ello hubiera implicado un gobierno de salvación pública más estrictamente de tipo militar. En ese sentido, explica Gramsci, la aversión de Pisacane se diera por las experiencias de la Revolución Francesa, las cuales temía en grado sumo (Gramsci, 2000, 211).

## **26.6 El pueblo italiano reproduce el sentido común**

Lo anteriormente expuesto nos conduce a la pregunta siguiente: ¿dónde está el pueblo italiano? Gramsci buscando elementos para plantear la respuesta a esta pregunta con respecto a dónde está realmente el pueblo durante el *Risorgimento*, va señalando una serie de estudios para consultar y tener con ello elementos de juicio. En primer lugar, registra el volumen de Niccolò Rodolico, *Il Popolo agli inizi del Risorgimento nell'Italia meridionale: 1798-1801* del año 1926. Luego refiere los estatutos de la sociedad secreta *Esperia*, que fundan los hermanos Bandiera. Apunta en consecuencia Gramsci que se deben reunir todas las informaciones sobre este tema que están inscritas en el primer periodo del *Risorgimento*, es decir, antes de 1848. Con respecto a esta propuesta, la causa debe buscarse en los procesos que se adelantaron luego de la tentativa de revuelta militar entre los soldados y los oficiales.

Igualmente, Gramsci apunta que debe registrarse la actitud de Mazzini antes y después de la insurrección de febrero de 1853, pero después de esa fecha es útil ver sus instrucciones a Crispi para la fundación de unas secciones del Partido de Acción con sede en Portugal.

Gramsci precisa una advertencia en *Marzocco*, la revista literaria florentina, donde se registra la frase de Antonio Pilot, “La Serenissima meritava di morire?”, con la cual también reúnen extractos de diarios, opiniones y memorias de venecianos sobre la caída de la república de Veneta (Gramsci, 2000, 212). Otra referencia que cita Gramsci es la responsabilidad del patriciado como idea fija en la mente de las clases subalternas.

En el caso concreto de la historia del periodo, Livorno fue una de las pocas ciudades que en la coyuntura de 1848-1849 vio un profundo movimiento de carácter popular, una acción de masas plebeyas que repercutió en la Toscana, con lo cual se asustaron los grupos moderados o los conservadores (Gramsci, 2000, 213).

Para comprender los sentimientos populares y las pasiones que atravesaban a las grandes masas subalternas, las cuales carecían de dirección intelectual y de programa, llegando a ser meros tumultos y actos brutales de violencia sin objeto, Gramsci señala que se precisa ver la revista *Irpinia* de Avellino de julio de 1931, citada en la revista *Marzocco* del 26 de julio de 1931. Se anota también la participación de algunos integrantes del clero con las masas subalternas. Con ello se verifica la confusión entre “comunismo” y “reforma agraria” que Testa en la revista *Marzocco* que acabamos de citar, no saber presentar. Gramsci escribe que tampoco lo sabe hacer la mayor parte de los investigadores de archivo y de los historiadores. Por lo mismo, anota que sería interesante recoger la

bibliografía de todas las publicaciones como esta, a propósito del periodo histórico del *Risorgimento* (Gramsci, 2000, 214).

Una frase de Gramsci nos llama poderosamente la atención sobre el *Risorgimento*: “para construir historia duradera no bastan los «mejores» son necesarias las más vastas y numerosas energías nacionales-populares” (Gramsci, 2000, 215). Y “energías nacionales-populares” da a entender a los grupos y clases subalternas actuando y dirigiendo en el contexto nacional, con lo cual no contaba Italia por los años críticos de la unidad estatal.

Otro tema de interés en esta referencia sobre el nacimiento de la conciencia nacional es la discusión sobre judaísmo y antisemitismo. Pasa Gramsci a considerar cómo el historiador Arnaldo Momigliano en una reseña del libro de Cecil Roth, *Gli Ebrei in Venezia* de 1933, publicada en forma de reseña en *Nouva Italia* del 20 de abril de 1933, refiere observaciones sobre el judaísmo en Italia. Estas referencias a Gramsci le parecen “justas”. Es decir, se señala que la historia de los judíos en cualquier ciudad italiana es esencialmente la historia de la formación de su conciencia nacional italiana. La formación de la conciencia de los judíos se da al tiempo que se desarrolla la misma en los piemonteses, los napolitanos o los sicilianos. Es un momento del mismo proceso histórico, refiere la idea de Momigliano.

Afirma Gramsci que la tesis anterior es exacta en su esencia, pero que debe confrontarse con la de otro judío, el historiador y arqueólogo Giacomo Lumbroso, en el libro *I moti popolari contro i Francesi all' fine del secolo XVIII (1796-1800)* de 1932. Lumbroso resalta que los movimientos populares que él registra tienen un vestigio de espíritu nacional. Esta idea le parece a Gramsci “un hallazgo feliz” pero que esos movimientos deben ser dignos de un estudio y de una interpretación particular. En efecto, fueron movimientos populares pero por el rechazo de lo nuevo y la pasividad conservadora de las masas campesinas subalternas atrasadas y barbarizadas. Al tiempo tomaron conciencia de las fuerzas sociales que los estaban guiando y resultó que esas fuerzas eran reaccionarias y antinacionales o mejor, anacionales (Gramsci, 2000, 217).

## **26.7 La conciencia nacional fracturada y violentada**

Gramsci secunda al historiador Momigliano cuando sostiene que la conciencia italiana se construyó con la superación de dos formas culturales preexistentes, el particularismo municipal y el cosmopolitismo católico, fuertemente vinculados entre sí. Ambas formas culturales constituían un residuo medieval y feudal. En ese sentido, en Italia no se produjo un antisemitismo en tanto se superó

el cosmopolitismo católico y emergió un espíritu laico que luchaba contra el catolicismo. Todo ello, por supuesto, benefició a los judíos para manifestar su nacionalidad en cuanto tales, es decir, una “deshebreización”. En los judíos, apunta finalmente Gramsci, el cosmopolitismo religioso se vuelve particularismo en el interior de los Estados nacionales (Gramsci, 2000, 218).

Se persiguió a los judíos después de la invasión austro-húngara de 1799. Hubo *pogroms* contra ellos y se enviaron a la hoguera. Con estas indicaciones afirma luego Gramsci: “Los reaccionarios y los clericales querían hacer aparecer las innovaciones liberales de 1848 como invención de los judíos” (Gramsci, 2000, 219).

Sobre el tema religioso, debemos detenernos en el clericalismo, particularmente el que se vivió en Turín. Sobre este punto Gramsci conceptúa: “existía efectivamente y se sentía con fuerza una separación neta entre el Estado (legalidad formal) y la sociedad civil (realidad de hecho), pero la sociedad civil ¿estaba toda y únicamente en el “clericalismo”? La sociedad civil era algo informe y caótico y siguió siéndolo por muchas décadas: por eso le fue posible al Estado dominarla, superando uno por uno los conflictos que se manifestaban en forma esporádica localista sin nexo y simultaneidad nacional. El clericalismo no era pues tampoco la expresión de la sociedad civil, porque no logró darle una organización nacional y eficiente, aun cuando fuese una organización fuerte y formalmente compacta: no era políticamente homogénea y tenía miedo de las mismas masas que en cierto sentido controlaba” (Gramsci, 2000, 229). En efecto, el resultado del proceso fue que el clericalismo italiano no era expresión de la sociedad civil.

Gramsci llama a distinguir y valorar tanto en la reconstrucción de la historia pasada como en el análisis histórico-político de distinta manera las empresas y organizaciones de los voluntarios como las empresas y organizaciones de bloques sociales homogéneos (Gramsci, 2000, 257). Dice que este punto es importante para distinguir tres componentes complementarios: 1) apoliticismo y pasividad tradicional de las grandes masas populares de donde son reclutados los voluntarios subalternos. 2) la constitución social italiana tiene una malsana cantidad de burgueses rurales o de tipo rural, medianos y pequeños, de los que se van formando muchos intelectuales que son voluntarios fáciles. 3) la masa de asalariados rurales y de lumpenproletariado, llamados en Italia los “muertos de hambre”.

El autor resalta que en los partidos políticos italianos no ha habido bloques sociales homogéneos. Al respecto afirma: “Una excepción fue la derecha histórica cavouriana. Y de ahí su superioridad orgánica y permanente sobre el Partido de Acción mazziniano y garibaldino, que fue el prototipo de

todos los partidos italianos de «masa» posteriores, que en realidad no fueron tales (es decir no ordenaron grupos sociales homogéneos) sino que fueron campamentos gitanescos y nómadas de la política” (Gramsci, 2000, 257). Útil entonces para ahondar en la temática explorado es el libro de Roberto Michels, *Il proletariato e la borghesia nel movimento socialista italiano* de 1908.

Gramsci precisa distinguir entonces entre voluntarismo y garibaldismo que teoriza sobre sí mismo como forma orgánica de actividad histórico-política y se exalta en consecuencia con frases impregnadas de lenguaje del superhombre individual. Otro voluntarismo o garibaldismo está concebido como momento inicial de un periodo orgánico que debe prepararse y desarrollar, para ello está el bloque social y su participación en el proceso. Igualmente, Gramsci pasa a cuestionar la concepción de las élites de intelectuales sin masa frente a los que se sienten vinculados orgánicamente con la masa nacional-popular. Se requiere, dice él, la formación de bloques sociales homogéneos expresados por un grupo de intelectuales definidos que reaccionan dentro de su propio bloque para poder desarrollar sus potencialidades sociales (Gramsci, 2000, 258).

## 26.8 El ejemplo de Lazzaretti y la hegemonía

Gramsci hace útiles indicaciones sobre el revolucionario Davide Lazzaretti y para ello toma las referencias de Andrea Verga, *David Lazzaretti e la pazzia sensoria*, 1880; Filippo Imperiuzzi, *Storia di Davide Lazzaretti, Profeta di Arcidosso* de 1905; Giacomo Barzellotti, *Davide Lazzaretti* de 1884. Dice Gramsci que en estos textos hay “patriotismo literario” y “biografía patológica” (Gramsci, 2000, 260).

El revolucionario Lazzaretti murió fusilado entonando himnos de la República. Ese carácter de tendencia republicana del movimiento le permitió difundirse entre los campesinos subalternos. Se mezclan en ello elementos religiosos, fanáticos y proféticos. De ahí su espontaneidad y popularidad entre los subalternos. Masas rurales frente a la ausencia de partidos regulares buscaron dirigentes locales surgidos de la misma y encontraron a Lazzaretti. Dos años antes de su muerte, en 1876 había llegado al poder un gobierno de izquierdas que defraudó a las masas subalternas. La bandera de Lazzaretti fue sintetizada en una frase: “La repubblica e il regno di Dio”. Murió en la procesión del 18 de agosto de 1878. Lazzaretti, señala Gramsci, no quería erigir una república tipo 1848. En la Toscana ese hecho no había dejado un buen recuerdo (Gramsci, 2000, 262).

El drama del líder Lazzaretti, que en sus orígenes era un blasfemo y luego se convirtió, debe vincularse a las empresas de las llamadas “bandas de Benevento”, casi simultáneas. Sacerdotes y

campesinos en el proceso de Malatesta pensaban de forma muy análoga a los lazzarettistas. No existe un análisis político-histórico de la vida de Lazzaretti como líder de este proceso social, dice Gramsci. Posterior a la muerte de Lazzaretti, siguen existiendo lazzarettistas o cristianos jurisdavídicos en la aldea de Zancona, en Arcidosso.

Para ir finalizando este último capítulo debemos asumir, otra vez, el cuestionamiento de Gramsci a la realidad histórica fragmentada del norte y del sur italianos. Realidades antagónicas desde todo punto de vista. En esta comparación histórica construida sobre la ausencia de las clases sociales dirigentes se resalta que no existió hegemonía civil en la fundación de la unidad italiana en el siglo XX. Este ha sido el gran tema de Gramsci en los *Quaderni*. El gran problema histórico no resuelto en el siglo XIX ha repercutido con creces en el tumultuoso siglo XX italiano.

Gramsci pintaba de la siguiente manera lo que hubiera pasado si la hegemonía cobra cuerpo político en Italia: “La hegemonía del Norte hubiera sido «normal» e históricamente beneficiosa, si el industrialismo hubiera sido capaz de ampliar con cierto ritmo sus cuadros para incorporar constantemente nuevas zonas económicas asimiladas. Esa hegemonía hubiera sido entonces la expresión de una lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo progresista y atrasado, entre el más productivo y el menos productivo; habría habido una revolución económica de carácter nacional (y de amplitud nacional) aun cuando su motor hubiera sido temporario y funcionalmente regional. Todas las fuerzas económicas habrían sido estimuladas y al choque hubiera seguido una unidad superior. Pero en cambio no fue así. La hegemonía se presentó como permanente; el choque se presentó como una condición histórica necesaria por tiempo indeterminado y por lo tanto aparentemente “perpetua” para la existencia de una industria septentrional” (Gramsci, 2000, 272).

El resultado de la ausencia de hegemonía civil como dirección intelectual y moral de grupos y clases fundamentales fue que en esta nueva realidad histórico-política, los protagonistas son los mismos hechos y no los hombres individualmente considerados, los intelectuales y los grupos y las clases sociales que se aprestan a la dirección. Entonces se pregunta Gramsci: “Cómo en un determinado contexto político necesariamente se modifican las relaciones sociales fundamentales y surgen y se desarrollan nuevas fuerzas políticas efectivas que influyen indirectamente, con presión lenta pero incontenible, sobre las fuerzas oficiales que a su vez se modifican sin darse cuenta o casi” (Gramsci, 2000, 180).

## **26.9 El risorgimento: una “revolución pasiva” progresiva**

Gramsci, en consecuencia, llama la atención sobre la relación existente entre revolución pasiva, revolución-restauración y “revolución ordenada, legal, oficial”. En Italia lo que operó durante el *Risorgimento* fue una revolución pasiva o revolución-restauración: no se modificaron las relaciones de fuerza fundamentales para la construcción del Estado-nación italiano: los campesinos y los trabajadores se mantuvieron al margen del proceso histórico. Hubo, dice Gramsci, un proceso histórico que fue de cierta forma progresivo en comparación con otras épocas históricas donde dominaban las potencias europeas los designios de Italia, pero, en ningún momento, los grupos y las clases subalternas italianas lograron adquirir la autonomía política, social y económica con el nuevo Estado, conquistando su hegemonía civil. No lograron por ello hacerse dirigentes con una sólida voluntad nacional popular que pusiera en su sitio al sentido común dominante.

Este proceso histórico-político de unidad con los grupos y las clases subalternas quedó pendiente para ser desplegado durante el siglo XX, el siglo en el que está escribiendo Gramsci en la cárcel. Con el fascismo italiano este problema de los sujetos políticos estallará en todo su esplendor abriendo, otra vez, la pregunta por cuál es la formación social y política de la unidad italiana y qué importancia tiene allí la hegemonía civil. Como Gramsci enseñó en los *Quaderni*, la pregunta por el origen y formación del Estado-nacional es, igualmente, una pregunta por el despertar autónomo de los grupos y las clases sociales subalternas, sus concepciones de mundo y su sentido común, con lo cual ganar autonomía integral. Esta es pues una pregunta circunscrita a la “historia integral”, una inquietud igualmente cultural por el registro de lo que ha sido y es la sociedad civil y la sociedad política como unidad histórica de un pueblo vejado a través de los siglos.

El cometido de la investigación llevada a cabo por Gramsci sobre la “historia integral” del *Risorgimento* no solo era entonces aprender las lecciones que este proceso arrojó, sino lograr separar al subalterno de una vez por todos de una herencia cultural negadora. Con lo cual liberarse de las elocuentes repeticiones en la vida nacional italiana, en los que se negaba una y otra vez la acción revolucionaria de los subalternos. *Antonio Gramsci y el Risorgimento italiano. Hacia una historia de los grupos y las clases subalternas en los Cuadernos de la cárcel* justamente buscaba mostrar este recorrido, el de un intelectual probado en la lucha política que piensa la teoría y la práctica de la historia integral en las carnes mancilladas de los subalternos italianos.

Una historia integral está pendiente de ser escrita desde la autonomía del subalterno, sirviéndonos para ello de la forma intelectual. Con ella podemos encontrarle forma orgánica y darle sentido político, social y económico a las inmensas luchas por la dirección individual y colectiva de los

grupos y las clases subalternas en la ya milenaria historia italiana, donde la lucha de clases arroja grandes lecciones, así como inmensos sacrificios.

Cerramos entonces esta investigación con la referencia que hace el propio Gramsci a la *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho* de Marx, para pensar con él cómo la historia integral puede repetirse dos veces, primero como tragedia y luego como farsa. Sostiene Gramsci con cita tomada directamente del propio Marx: “Los dioses griegos, trágicamente heridos de muerte en el Prometeo encadenado de Esquilo, sufrieron una segunda muerte cómica, en los diálogos de Luciano. ¿Por qué este camino de la Historia? Para que la humanidad se separe con alegría del pasado”. La “revolución pasiva” es esta repetición de la historia italiana como bloqueo y anulación de la “autonomía integral” de los grupos y las clases subalternas y de la transformación necesaria del sentido común dominante en este proceso, el cual sigue su curso en la historia integral.

## 27. Conclusión

# El revolucionario Antonio Gramsci como historiador integral de los grupos y las clases subalternas

“...la historia avanza fracasando”.

René Zavaleta Mercado

La presente tesis doctoral es una propuesta teórica de la historia y se ha dividido en tres partes complementarias. La primera integra una presentación conceptual de la filosofía de la praxis para con ella leer como propuesta novedosa la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas en Gramsci, sirviéndonos del método filológico-materialista. Una segunda parte ha hecho la traducibilidad de las superestructuras complejas (sociedad civil más sociedad política), de la estructura material y, especialmente, de la “forma intelectual”, para realizar con ella la reconstrucción de la historia social italiana, leída ahora como “historia integral”, en tanto nos situamos en la “autonomía integral” de los subalternos. En una tercera parte de la tesis ha operado la explicación de la larga y difícil formación del Estado-nación en Italia y, especialmente, la traducción de la “historia integral” durante el *Risorgimento* con la propuesta que leemos de Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*. En esta tercera parte el método filológico-materialista se ubica en la larga duración para pensar la crisis de hegemonía y en ella la función de los intelectuales subalternos y dirigentes en la “historia integral” del Estado-nación italiano y sus recurrentes crisis de dirección ético-políticas.

En la parte final de nuestro trabajo el método filológico-materialista de Gramsci ha traducido la “forma intelectual” al estudio histórico de los grupos y las clases subalternas italianas, y se ha buscado en ella la relevancia del sentido común para explicar las situaciones históricas. Como lo hemos leído, el lenguaje histórico-político del sentido común en los grupos subalternos es escaso, por no decir, precario, en la literatura que del *Risorgimento* consulta Gramsci. Y eso lo sabe él, por

supuesto. Nosotros ahora también sabemos que la escritura de la “historia integral” está asociada a la crisis de subjetividad y opera desde abajo, desde lo micro, desde lo concreto, leyendo el sentido común de los subalternos como práctica ideológica de formación de una subjetividad histórica y política. Como lo afirmamos en la investigación, los subalternos en la “historia integral” de Italia han existido desde los tiempos lejanos del Imperio Romano, hasta los dolorosos días de cárcel que asume Gramsci durante el fascismo, entre la segunda y la tercera década del siglo XX. La historia de los subalternos, por la ausencia de fuentes primarias, de documentos varios y estudios objetivos serios, es y no puede dejar de ser fragmentaria, y hasta contradictoria. Lo que encontramos en los *Quaderni* son adelantos de este ejercicio histórico, sus bases fundamentales en una forma intelectual para ejercer la traducibilidad de estos saberes y lenguajes subalternos, vertiéndolos al tiempo presente, al momento de la hegemonía. Pensando con ello la voluntad nacional-popular y la construcción social del Estado-nación. Tal es la perspectiva histórica y política de Gramsci en la cárcel.

Hemos seguido con detalle y fundamento a Gramsci en sus *Quaderni*. Le hemos leído según nuestro criterio, desde la “forma intelectual”, dándole un orden de lectura y tomando sus sugerencias de método sobre los intelectuales; igualmente, hemos leído sus interpretaciones históricas, hemos asumido con seriedad sus preguntas, sus autores, sus lecturas, las reseñas y el lenguaje histórico-político que lo acompaña. Nos hemos basado en él, más que en ningún otro autor secundario, porque él es nuestro objeto de estudio principal. Además, porque el documento histórico que estudiamos e investigamos son los *Cuadernos de la cárcel*. El terreno está abonado para que en otras investigaciones se puedan desarrollar analogías y críticas disciplinarias con otros diversos autores secundarios, tanto del siglo XIX como del siglo XX. La traducibilidad de los lenguajes y los saberes lo permitiría; al igual que la discusión por la “forma intelectual”, y en ella la “historia integral” de los intelectuales subalternos. Las tareas por desarrollar en la cultura de los subalternos siguen pues abiertas y no se agotan, afortunadamente, con nuestra contribución y esclarecimiento.

Nuestra investigación ha sido animada por una pregunta, a propósito del aporte de Gramsci al método de investigación para realizar la escritura de la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas. A saber: ¿cuál es la función que cumple el sentido común en Antonio Gramsci para transformar el enfoque de la historia tradicional de los grupos y las clases subalternas durante el periodo histórico del *Risorgimento* italiano? Hemos afirmado en la tesis doctoral que para Gramsci estudiar e investigar la historia material de los grupos y las clases subalternas italianas debe focalizar la atención en la crítica de las superestructuras complejas (sociedad política más sociedad civil como Estado integral) y en ellas del sentido común dominante. En los *Cuadernos de la cárcel*, por la

fragmentación temática de su escritura y el método intenso de notas de lectura, misceláneas, reseñas y síntesis apresuradas, es decir, intempestivas al mejor estilo nietzscheano, esta idea que proponemos no está explícitamente así considerada por el autor en los dos textos cimeros que deben siempre consultarse sobre la historia de los subalternos: “Apuntes sobre las clases subalternas” y “Criterios de método”.

Frente a lo anotado, hemos afirmado que para escribir y con ello traducir la “historia integral” y la historiografía de los subalternos al momento de la hegemonía civil, debemos no perder de vista el sentido común en estos grupos y estas clases. Con lo cual, entendemos, como enseña Gramsci, que el sentido común subalterno está situado históricamente como una concepción del mundo acrítica y espontánea, operando en la praxis social y política de situaciones y coyunturas históricas. Como lo hemos referido también en diálogo con Gramsci, lo propio de los grupos y las clases subalternas en la historia social es la emergencia del espontáneo y contradictorio sentido común. Tal es su realidad material en curso. En Gramsci el estudio del sentido común histórico se materializa en subjetividades sociales en movimiento, las cuales son precarias y elementales, porque no se han hecho Estado, y, por lo mismo, están atadas a la dominación de otras clases y grupos sociales en el comando del Estado. Es decir, el sentido común subalterno debe leerse en los procesos de dominación política, económica, cultural y social: una relación de fuerzas dinámica que no libera ni emancipa. Básicamente, esto es lo que encontramos leyendo el *Risorgimento* como proceso fallido de unidad nacional popular. Y es lo que leemos en la tercera parte de nuestra investigación.

Pensamos que con respecto al caso italiano del *Risorgimento* en Gramsci esta investigación fue concluida frente a los materiales de que disponía en la cárcel, y los libros que podía encontrar en la prensa y revistas especializadas, que oportunamente le llegaban por solicitud especial y ayuda, entre otros, de su amigo economista Piero Sraffa, profesor de Cambridge. Nosotros hemos tratado de ordenar la lectura que del *Risorgimento* hiciera Gramsci, siguiendo, así lo hemos entendido, la propuesta heterodoxa de pensar como horizonte de análisis el sentido común de los subalternos en la “historia integral” italiana, operando en ella de forma recurrente la “forma intelectual”. La hemos periodizado en la larga duración, más allá de la coyuntura específica circunscrita al siglo XIX, hasta Roma antigua, e incluso la hemos llevado a los años de Gramsci en la cárcel. Por ello, como proceso histórico abierto, el *Risorgimento* no se agota en el siglo XIX entre los años especiales de 1848-1871. Y llega, por lo menos, hasta los años en que Gramsci escribe en la cárcel contra el fascismo como proceso regresivo y degenerativo de la vida nacional italiana.

Por lo anotado, con Gramsci podemos decir que investigamos historia social (es decir, en el lenguaje histórico-político de él, la llamada “historia integral”) para actuar con este saber social en el tiempo presente de la hegemonía civil, animando y despertando conciencias históricas y subjetividades políticas. Este proceso histórico sitúa en el presente político de Gramsci la “necesidad” que habita en el pasado, siguiendo a Maquiavelo y a Ricardo. Existe por ello una carga material y política en el saber histórico cuando interpelamos el paradigma de la “historia integral”, leída como un largo proceso de una lucha de clases y de grupos sociales en la formación del Estado moderno. Por esto, este trabajo de investigación está dirigido en lo fundamental a ser una lectura inicial de formación intelectual y ético-política para nuevos lectores en los estudios sobre Gramsci y sus teorizaciones.

Volviendo al punto del *Risorgimento*, este proceso histórico-político singular, contradictorio y complejo, ha sido leído y abordado por Gramsci como una coyuntura trunca, fallida y desigual puesto que no logró construir un Estado-nación, ni darle vía a los subalternos en su autonomía individual y colectiva, al no forjarse ellos como una clase dirigente. Y esto se debió a que fue nula la construcción de hegemonía civil en la historia nacional, en tanto los grupos dominantes del *Risorgimento*, como el Partido de Acción, marginaron de los espacios colectivos a los grupos y a las clases subalternas, a los campesinos especialmente, durante el proceso de la unidad política y territorial de Italia.

Este proceso social y político de signo conservador lo hemos leído con Gramsci como un capítulo más de una larga “historia integral” que en el caso de estudio se remonta hasta los tiempos épicos del Imperio romano con su corte de emperadores. Esta ha sido una coyuntura histórica decisiva leída en una serie de ciclos, donde se interpela a la “forma intelectual”, es decir, a los intelectuales tanto dominantes como subalternos, sus saberes y sus lenguajes sociales. La “historia integral” enseña que la hegemonía es un proceso histórico que no se agota en el pasado de las luchas vividas en la península itálica. Porque la hegemonía desde la teoría de Gramsci nos impulsa a traducir las luchas desde el presente político de la “historia integral” de los subalternos. Tal es el historicismo absoluto que resaltamos en nuestro autor.

Con estos elementos integrados en la discusión, los cuales se corresponden con el sentido común en la “historia integral” de los grupos y las clases subalternas, esta investigación debe cerrar este ejercicio de exploración, comprensión y análisis del *Risorgimento* italiano, leyéndolo al tiempo como un proceso fallido para los subalternos, aunque progresivo para los dominantes en la unidad nacional. Esta realidad histórica estuvo signada por la “revolución pasiva”, que fue comandada por los grupos y las clases sociales dominantes, con el Conde de Cavour como su cabeza dirigente, cumpliendo este

la triste función de sofocar y eliminar la unidad histórica de los subalternos en el *Mezzogiorno*, negando también en el cuadro general la articulación posible desde el campo y las provincias trabajadoras hacia las ciudades principales, gobernadas por una acuciante burguesía italiana. El resultado del proceso fue el poder concentrado de la monarquía y, a su manera, en un Estado laico, del papado con su poder histórico y espiritual, como grupos dominantes en la nueva Italia capitalista en el norte, y abandonada a su suerte en el amplio sur, la que conocerá Gramsci en Cerdeña cuando era niño y adolescente, entre la pobrería social y la exclusión total de las masas campesinas y semiproletarias.

Como nuestro interés es que nuevos lectores, especialmente las inquietas juventudes, se acerquen a la lectura heterodoxa de Gramsci como un pensador para el tiempo actual, lo lean y lo debatan, pensando en ir más allá de él, de sus notables contribuciones a los saberes sociales y a los distintos lenguajes científicos, debemos concluir nuestra exploración con una frase del mismo autor consignada en los *Quaderni*. Para lograrlo, nos situamos en el horizonte material de nuestra reflexión sobre la creación humana de lo común, en la “historia integral” de los subalternos, y en las tareas intelectuales por venir en el espacio amplio de la cultura humana, cuando en ella se articula la lectura y la escritura buscando forjar la “autonomía integral” de los subalternos, liberándolos al tiempo de su pasado como una conciencia fallida y negadora de lo común que bloquea nuestro presente. En nuestro caso, siguiendo la lección de Gramsci, hemos ido al pueblo.

En consecuencia, la historia en Gramsci no puede ser otra cosa que un saber social situado para la liberación y la autonomía individual y colectiva del pueblo, y también para la vida nacional; un saber que alimenta la filosofía de la praxis y logra con ella erigir nuevas verdades sociales en la hegemonía cultural. En ese sentido, como lo leemos en Marx y también en Engels, la historia como saber y praxis tiene un carácter revolucionario. Lo enseñó del mismo modo Gramsci, como historiador integral *sui generis* de los grupos y las clases subalternas italianas, cuando afirmó que como proceso socio-cultural

*“todo movimiento histórico innovador es maduro sólo en cuanto participan en él no sólo los viejos, sino también los jóvenes y los maduros y las mujeres, de modo que se refleja incluso en la infancia”.*

## Bibliografía general

### Bibliografía principal

Gramsci A, & Bordiga, A. (1975). *Debate sobre los consejos de fábrica*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5. México: Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 6. México: Ediciones Era / Benemérita Universidad de Puebla.

Gramsci, A. (1975a). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, A. (1975b). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, A. (1975c). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, A. (1976). *Literatura y vida nacional*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, A. (1979). *Sobre el fascismo*. México: Ediciones Era.

Gramsci, A. (1981a). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 1. México: Ediciones Era.

Gramsci, A. (1981). *Escritos políticos (1917-1933)*. México: Pasado y presente.

Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 3. México: Ediciones Era.

Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 2. México: Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 4. México: Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Gramsci, A. (2000). *El Risorgimento*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, A. (2003). *Cartas de la cárcel: 1926-1937*. México: Ediciones Era, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Fondazione Istituto Gramsci.

Gramsci, A. (2013). *Antología*. Madrid: Akal.

Gramsci, A. (2013). *Escritos sobre el lenguaje*. Buenos Aires: Universidad Nacional tres de febrero.

Gramsci, A. (2016). *Escritos de juventud I (1914-1917). Crónicas de Turín*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

Gramsci, A. (2016). *Escritos de juventud II (1917-1918). La ciudad futura*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

Gramsci, A. (2016). *Escritos de juventud III (1918). Il Nostro Marx*. Buenos Aires: Editorial Gorla.

## **Bibliografía secundaria**

Aguilera Peña, M. & Vega Cantor, R. (1991). *Ideal democrático y revuelta popular: bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia 1781-1948*. Bogotá: ISMAC.

Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Anderson, P. (1979). *El Estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Anderson, P. (1986). *Tras las huellas del materialismo histórico*, 1986.

Anderson, P. (2015). Los herederos de Gramsci, *New Left Review*, 100, 79-110.

Anderson, P. (2018). *Las antinomias de Antonio Gramsci*. Madrid: Akal.

Anderson, P. (2018a). *La palabra H. Peripicias de la hegemonía*. Madrid: Akal.

Archila Neira, M. (1992). *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Bogotá: CINEP.

Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal Ediciones.

Beverly, J. (2004). *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*. Madrid: Iberoamericana.

Braudel, F. (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

Burgio, A. (2002). *Gramsci storico. Una lettura del "Quaderni del carcere"*. Roma: Editori Laterza.

Burgio, A. (2014). *Gramsci. Il sistema in movimento*. Roma: Derive Approdi.

- Chakrabarty, D. (2008). La historia subalterna como pensamiento político. En MEZZADRA, S. (comp.). *Estudios poscoloniales. Ensayos fundamentales* (145-165) Madrid: Traficante de sueños.
- Cospito, G. (2016). *The Rhythm of Thought in Gramsci. A Diachronic Interpretation of Prison Notebooks*. Boston: Brill.
- Cospito, G. (2018). Senso comune / buon censo, *Materialismo Storico*, vol. V (2), 73-97.
- Crehan, K. (2016). *Gramsci's Common Sense: Inequality and its Narratives*. Durham: Duke University Press.
- Crehan, K. (2002). *Gramsci, Culture and Anthropology*. London: Pluto Press.
- Dal Maso, J. (2018). *El marxismo de Gramsci. Notas de lectura de los Cuadernos de la cárcel*. Madrid: Ediciones IPS.
- Douet, Y. (2018). *Saisir l'histoire: conception de l'histoire et périodisation chez Antonio Gramsci*. Paris: Université de Nanterre, Paris X. (Tesis doctoral).
- Dube, S. (2001). *Sujetos subalternos: capítulos de una historia antropológica*. México: El Colegio de México.
- Erice Sebares, F. (2013). Thompson y Hobsbawm frente a los dilemas del marxismo historiográfico: concepción de la historia, estrategia teórica y propuesta política. *Sociología histórica*, (3), 199-250.
- Fiori G. (2017). *Antonio Gramsci. Vida de un revolucionario*. Madrid: capitán Swing.
- Fontana I Lázaro, J. (2018). Gramsci y la ciencia histórica. *Nuestra historia*, 6, 145-150.
- Fontana, B. (1993). *Hegemony and Power. On the Relation Between Gramsci and Machiavelli*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Foucault, M. (1988). *Nietzsche, Freud, Marx*. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freeland, A. (2017). *Gramsci in Latin America: Reconstitutions of the State*. New York: University of Columbia. Tesis doctoral.
- Frosini, F. & Liguori, G. (2004). *La parole di Gramsci. Per un lessico dei "Quaderni del carcere"*. Roma: Carocci editore.
- Frosini, F. (2003). Sulla "traducibilità" nei Quaderni di Gramsci. *Critica marxista: analisi e contributi per ripensare la sinistra*, 6, 1-10.

Frosini, F. (2016). Traducibilità dei linguaggi e filosofia della praxis. Su una fonte crociana dei “Quaderni”. *Laboratorio culturale*, (6), 39-48.

Gantiva Silva, J. (2008). *Un ensayo sobre Gramsci. El sentido de la filosofía, de la política y la tarea del pensar*. Caracas: Centro Internacional Miranda.

García Linera, A. (2009). *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Bogotá: Clacso / Siglo del hombre editores.

García Lozano, J. C. (2016). *La lucha contrahegemónica de las Farc-Ep (1998-2002)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

García Lozano, J. C. (2021). *Las Farc-Ep en la coyuntura estratégica de la paz negociada (2010-2017). Un acercamiento a su lenguaje político subalterno*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Gilly, A. (2006). *Historia a contrapelo: una constelación*. México: Ediciones Era.

Ginzburg, C. (1999). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XIX*. Barcelona: Munchnick editores.

Guha, R. (2002). *Las voces de la historia y otros escritos subalternos*. Barcelona: Crítica.

Guha, R. (2019). *Dominación sin hegemonía. Historia y poder en la India colonial*. Madrid: Traficante de sueños.

Herrera Zgaib, M. A. (2013). *Antonio Gramsci y la crisis de hegemonía. La refundación de la ciencia política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Herrera Zgaib, M. A. (2016). *Antonio Gramsci y el pensamiento de ruptura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Hobsbawm, E. (1983). *Marxismo e historia social*. Puebla: Instituto de Ciencias de la Universidad de Puebla.

Hobsbawm, E. (2011). *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona: Crítica.

Ives, P. & Lacorte, R. (2010). *Gramsci, Language, and Translation*. New York: Lexington Books.

Ives, P. (2004). *Language and Hegemony in Gramsci*. London, Winnipeg: Pluto Press / Ferwood Publishing.

Jaramillo Vélez, R. (2021a). *La primacía de la praxis. Ensayos críticos sobre Marx y el marxismo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Jaramillo Vélez, R. (2021). *Kant y la sociedad moderna. Ensayos*. Bogotá: Ediciones Veramar.
- Kanoussi, D. (2000). *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Plaza y Valdéz.
- Kanoussi, D. (1998). *Los estudios gramscianos hoy*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Plaza y Valdéz.
- Laclau, E. & Mouffe, CH. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Liguori, G. (2013). Genesi e struttura dei Quaderni del carcere di Gramsci. <https://laboratoriogramscianounical.files.wordpress.com/2013/11/genesi-e-struttura-dei-quaderni-del-carcere-di-gramsci-g-liguori.pdf>
- Liguori, G. (2015). “Classi subalterne” marginali e “Classi subalterne” fondamentali in Gramsci. *Crítica marxista*, 4, 41-48.
- Losurdo, D. (2019). *El marxismo occidental. Cómo nació, cómo murió y cómo puede resucitar*. Madrid: Trotta.
- Mallon, F. E. (1995). *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial Mexico and Perú*. Berkeley: Universidad de California.
- Mallon, F. E. (2010). “Promesa y dilema de los Estudios Subalternos. Perspectivas a partir de la historia latinoamericana”, en SANDOVAL, P. (comp.). *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina (151-196)*. Popayán: Editorial Enviñón.
- Maquiavelo, N. (2009). *Historia de Florencia*. Madrid: Técnos.
- Maquiavelo, N. (2000). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marx, C. (1845). *Tesis sobre Feuerbach*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>
- Marx, C. (2004). *Contribución a la crítica de la economía política*. Granada: Editorial Comares.
- Marx, K. (1974). *Cartas a Kugelmann*. Barcelona: Ediciones península.
- Marx, K. & Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona / Montevideo: Ediciones Grijalbo / Ediciones Pueblos Unidos.
- Mena, J. (1996). *Gramsci y la Revolución Francesa*. México: Plaza y Valdéz.
- Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Modonesi, M. (2013). *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Modonesi, M. (2016). *El principio antagonista. Marxismo y acción política*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Modonesi, M. (2017). *Revoluciones pasivas en América*. México: Universidad Autónoma Metropolitana / Itaca.

Musto, M. (2020). “Las investigaciones tardías de Marx sobre los países no europeos”. <https://www.marcellomusto.org/las-investigaciones-tardias-de-marx-sobre-los-paises-no-europeos/992>

Nietzsche, F. (2006). *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*. Madrid: Alianza Editorial.

Oliva, A. (2010). Gramsci y el método historiográfico, *Laberinto*, 31, 9-15.

Oliver, L. (2017). Gramsci y la noción de catarsis histórica. Su actualidad para América Latina, *Las torres de Lucca*, (11), 25-42.

Pala, G. (2021). *La fuerza y el consenso. Ensayo sobre Gramsci como historiador*. Albacete: Editorial Comares.

Palacios, M. (2002). La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica. *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia* (19-58). Bogotá: Editorial Norma.

Portantiero, J. C. (2019). *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Tierra del Sur.

Rama, A. (1991). *La narrativa de García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular*. Bogotá: Colcultura.

Romero, J. L. (1943). *Maquiavelo historiador*. Buenos Aires: Ed. Nova.

Salles, R. (2012). Gramsci para historiadores. *História da Historiografia: International Journal of Theory and History of Historiography*, 5, (10), 211-228.

Spivak, G. (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?* Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona.

Skinner, Q. (2008). *Maquiavelo*. Madrid: Alianza Editorial.

Starckenbaum, M. *Marxismo occidental: Vicisitudes de una topografía*. <https://www.academica.org/000-097/32.pdf>

Tapia, L. (2009). *La coyuntura de la autonomía relativa del Estado*. La paz: Clacso.

- Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona, Editorial crítica.
- Thompson, E. P. (1994). Folclor, antropología e historia social. *Historia social y antropología*. México: Instituto de investigaciones, 55-82.
- Thompson, E. P. (1979) *Tradicón, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Traverso, E. (2018). Marx, la historia y los historiadores. Una relación para reinventar. *Nueva sociedad*, 277, <https://nuso.org/articulo/marx-la-historia-y-los-historiadores/>
- Uribe de Hincapié, M. & ÁLVAREZ, J. M. (1987). *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana 1810-1850*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Vacca, G. (2020). *Vida y pensamiento en Antonio Gramsci 1926-1937*. Madrid: Ediciones Akal.
- Vega Cantor, R. (2002). *Gente muy rebelde*. Bogotá: Pensamiento crítico. 4 vols.
- Zavaleta Mercado, R. (1986). *Lo nacional popular en Bolivia*. México: Siglo XXI Editores.
- Zavaleta Mercado, R. (2015). *La autodeterminación de las masas*. México: Siglo XXI Editores / Clacso.